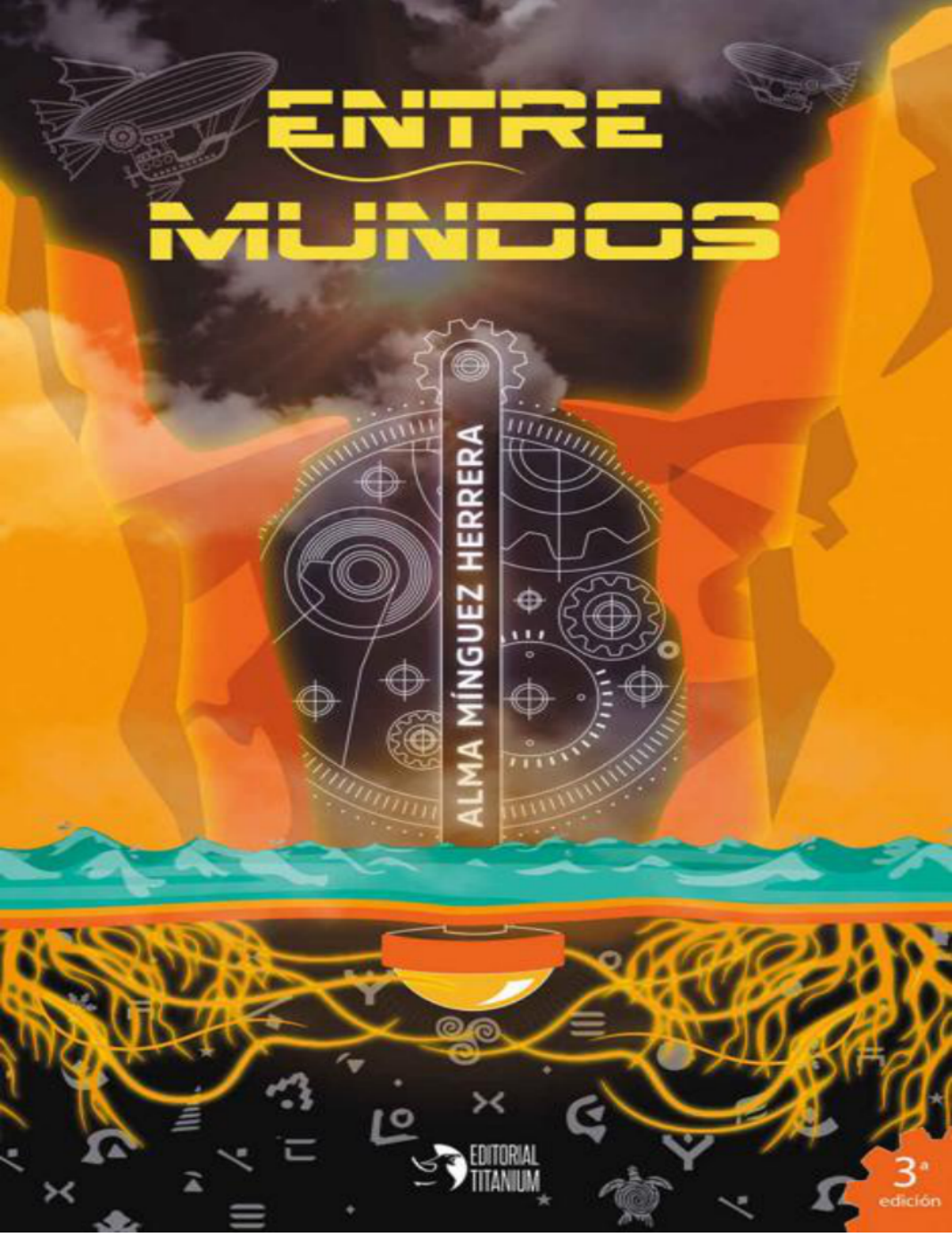

ENTRE
MUNDOS
ALMA MÍNGUEZ HERRERA
EDITORIAL
TITANIUM
3ª
edición

DESCENSO AL ORIGEN

EL NEXO

TEMPLO

OX

LA CIUDAD DENTRO DE LA CIUDAD

¿HOMBRE O SOMBRA?

EL APRENDIZAJE

POLARIS IV

LA RED QUE SE TEJE

EL AVENTURERO Y EL MAYORDOMO

REGRESO

SOC CÉRRIDAN

BUSCANDO AL REY

DE GIROS Y VUELTAS DEL DESTINO

LARGA VIDA AL REY

TIERRA DE NADIE

EL CORAZÓN HERIDO DE LA MONTAÑA

EL EMPRESARIO

ÁNSAR DEL MAR

DESDE LO MÁS PROFUNDO DEL OCÉANO

LOS OSCUROS SALONES DE UN REINO

EL DESPERTAR DE UN REY

SVELTON FALLAS

LA HUÍDA

ESPADA DEL DAO

REY DEL GAULOS

TIEMPO Y PALABRAS

LA TORMENTA QUE CRECE

LUCHA DE VOLUNTADES

REGRESO AL HOGAR

LA ÚLTIMA LUNA

TOQUE A DIFUNTOS

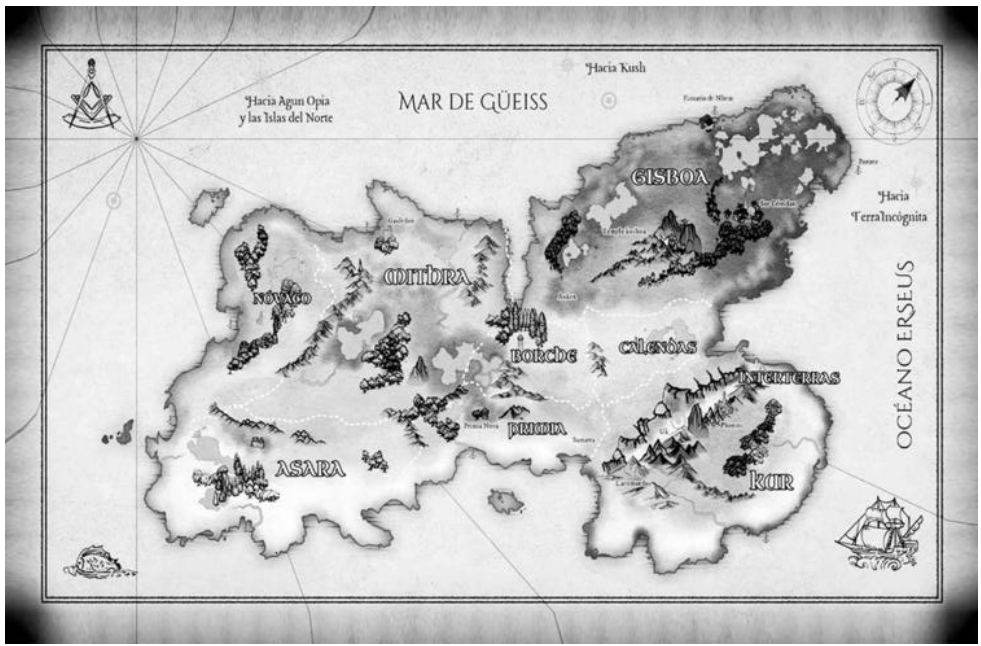
AD FINEM

DIECISÉIS HORAS

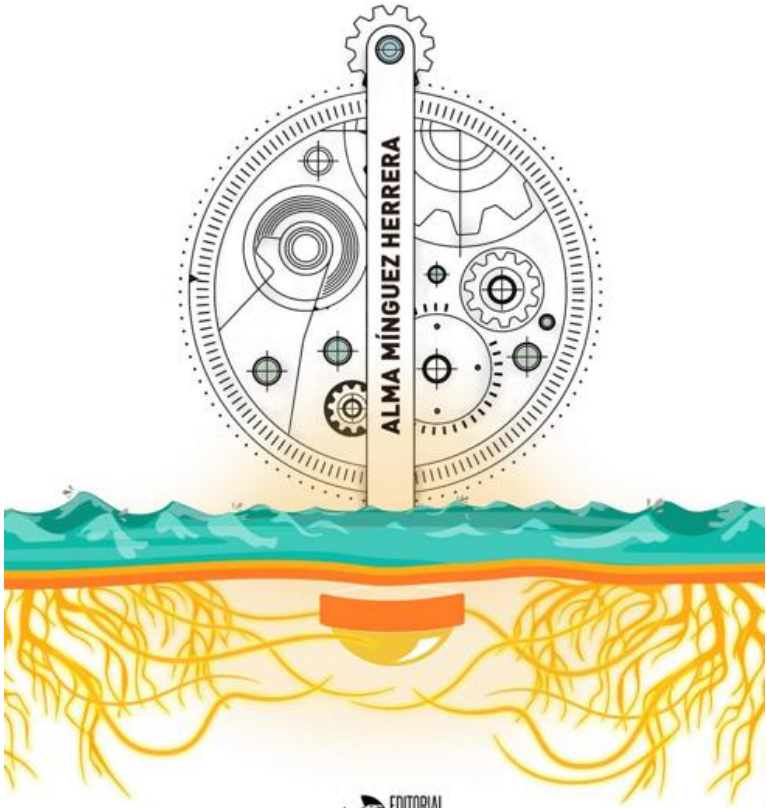
LA CAÍDA DE PHONTOS

LO QUE NUNCA FUE

Epílogo


Hacia Kush
Hacia Agun Opia
y las Islas del Norte
MAR DE GÜEISS
GISBOA
Hacia
TerraIncógnita
MITHRA
NOVAGO
BORCHE
CALENDAS
INTERTERRAS
PRIMIA
ASARA
KUR
OCÉANO ERSEUS

ENTRE MUNDOS



EDITORIAL TITANIUM

Entre Mundos

Primera edición: septiembre, 2021
Segunda edición: diciembre, 2021

© Alma Carmen Mínguez Herrera, 2021
Diseño y maquetación © Editorial Titanium, 2021
Portada OMGO

© Editorial Titanium, 2021
www.editorialtitanium.com

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

A mi amado padre, Joaquín,
cuyo gusto por la fantasía
y su infinito amor a los libros
hicieron de mí la persona que soy hoy.
Gracias por llevarme a viajar
entre mundos, papá.
Te llevaré siempre en mi corazón.

DESCENSO AL ORIGEN

«A las sombras dirigía mi espíritu,
sin saber siquiera que lo que buscaba
yacía oculto por buenas razones,
en las profundidades de Cosmos».
G.Caere.

Las cavernas resonaban con ecos y crujidos sordos. De los túneles y recovecos brotaban siseos indescriptibles y enigmáticos tamborileos, como de rocas que se hubieran desprendido varios niveles más arriba y golpeasen una y otra vez sin llegar jamás al suelo. La atmósfera estaba cargada y era agobiante. El aire enrarecido entraba y salía de los pulmones de los expedicionarios con dificultad, mezclado con polvo y diminutos fragmentos de roca y cenizas, de manera tan exigua que empezaba a hacer mella en la determinación de todos. Cada bocanada resultaba un suplicio y dado que las reservas de agua escaseaban, sus gargantas se abrasaban con cada necesario sorbo de oxígeno.

En esas circunstancias, Thaddeus Shane, codirector de la partida, historiador y arqueólogo, detuvo la marcha con una interjección que se repitió amortiguada en forma de eco penetrante, alrededor de la sala.

—Señores, se impone considerar nuestra situación detenidamente —anunció, en el tono más conciliador que fue capaz.

Desplegó una hoja arrugada y manchada que mostraba un croquis que había sido tachado y remodelado en al menos cinco ocasiones, dando lugar al borrón informe que era ahora, y que, a esas alturas, solamente el propio Thaddeus debía entender.

«Nos encontramos en un punto indefinido de esta sección. En la bajada hasta aquí, como desgraciadamente sabéis, hemos perdido a dos camaradas y ni siquiera sabemos si estamos más cerca de las coordenadas de destino que hace dos días. Bien. La cuestión es la siguiente; tenemos suficientes provisiones, pero no hemos encontrado todavía reemplazo para nuestras cantimploras vacías y pese a que el racionamiento ha funcionado hasta ahora, según mis cálculos no aguantaremos mucho con vida si no hallamos agua».

—Me parece que no llego a entender a dónde quieres llegar, amigo mío —inquirió una voz autoritaria.

Era la de un anciano, un anciano que, en su mejor momento, vestido, aseado y descansado, hubiera sido contemplado por cualquiera como un ejemplo de perseverancia ante la vida dada su

extrema vejez, pero que ahora, embutido en un mono manchado y rasgado por el roce implacable de miles de aristas, magullado y cansado hasta casi el extremo, desnutrido y famélico, ofrecía el aspecto de una antigua momia de civilizaciones pretéritas que solamente se movía, y hablaba, por pura obstinación. Así con todo, sus ojos brillaban como relámpagos y se encendían con una llama de pura ira ante la sola mención de desistir. Se trataba del profesor Galwyn Caere, catedrático de la universidad de Auken, experto en civilizaciones antiguas y controvertido historiador. Su trayectoria profesional resultaba, para cualquiera que supiera algo de él, tan fascinante como contradictoria.

—Galwyn, solamente trato de exponer una situación que no podemos seguir desoyendo. Todos lo pensamos. No hay agua en estas grutas; es inexplicable, es inconcebible, pero es la realidad. Estamos agotados, deshidratados, y el muchacho lleva tosiendo sin descanso desde esta mañana —explicó Thaddeus.

—Así es, y acumulamos demasiadas horas perdidas por su causa. Dejad que vuelva a la superficie y continuemos con el plan inicial —replicó el anciano.

—Morirá —añadió su compañero con nerviosismo, mirando a los ojos al anciano con firmeza—. Vamos, solo es un crío.

El chico, un joven aprendiz que había seguido al profesor Thaddeus para ganarse unos cuantos créditos extras, al escuchar aquella afirmación, empezó a toser con fuerza y a gemir desconsoladamente.

—Todos moriremos si seguimos deteniéndonos cada vez que alguien se pone a gimotear —espetó Galwyn.

El anciano tomó el papel arrugado de las manos de Thaddeus, lo estrujó y lo lanzó al suelo con indiferencia. Después, observó a todos y cada uno de los miembros de la expedición, que sumaban un total de ocho, incluyéndolos a ellos, y sacó fuerzas de algún sitio recóndito para proclamar un anuncio.

—Veamos. Todos vosotros estáis aquí por voluntad propia, ¿verdad? Fuisteis seleccionados por vuestras capacidades con cometidos simples y específicos, y por ello se os ha pagado o se os ha recompensado. Regresar, llegados a este punto, es más inútil que aventurarnos en los túneles, que en cualquier momento podrían conducir a una escorrentía o a un río subterráneo. Si estáis cansados, si estáis derrotados, decidme, ¿cómo es posible que un viejo que cuenta con cien años de vida posea todavía la fuerza y la voluntad para continuar, y jóvenes fornidos se agosten de estas maneras? Debería daros vergüenza, pero si no es por vergüenza, sabed que a la vuelta se os pagarán tres sueldos extra por los servicios prestados a partir de este momento.

Hubo un murmullo generalizado y consecutivos carraspeos y los

hombres hablaron entre ellos meditabundos. Thaddeus agarró al anciano y lo apartó a una esquina.

—Galwyn, puedes jugar con su codicia, pero de nada le sirve el dinero a un muerto. Desistamos, por lo que más quieras, volvamos a casa mientras podemos y busquemos más información. Preparemos una nueva expedición e intentémoslo mejor preparados, en primavera. Contamos con dos muertos hasta ahora, buena gente con una familia a quien de nada servirá tu recompensa —imploró el hombre a su colega.

—Es demasiado tarde para eso, Thaddeus. Cruzamos esa frontera hace más de un día —contestó el erudito—. Lo sucedido fue un accidente.

—Claro que lo fue, pero ¿estás dispuesto a cobrar el precio de la vida de todos, por una idea, Galwyn? —siguió su compañero.

—Por una simple idea, no. Por el trabajo de una vida, sí, Thaddeus. La tuya y la mía. Escucha, has sido un entregado discípulo durante largos años, y un digno camarada muchos más. Sabes mejor que nadie que no hay vuelta atrás para mí. Si regreso, nunca más emprenderé este viaje. Ya he decidido que moriré, o viviré según los designios de la fortuna. No obstante, todos podéis elegir. Dime, compañero, ¿qué harás tú? —preguntó mientras colocaba su mano en el hombro de su compañero y su mirada se fundía con la de él. Después se giró ante la comitiva y añadió— ¡Recoged el macuto! ¡Continuamos!

Thaddeus, quien a sus sesenta y tres años todavía apreciaba la vida y los años venideros y para quien su trabajo era algo importante pero no hasta el extremo del fanatismo, contempló asombrado cómo todos los hombres se levantaban y se preparaban para enfrentarse de nuevo a la fría roca y a lo desconocido. Una vez más el profesor se hacía con la audiencia, una vez más la oratoria convencía por encima de la razón, aun cuando la sinrazón se codeara con la certeza de la muerte. No pudo evitar recordar las largas jornadas de clase y la vehemencia del tesón de su maestro, que, al fin y al cabo, habían sido las razones por las que él mismo se encontraba rodeado de aquella desolación. Estaba seguro de que hallaría la muerte.

«A no ser que…»

Sacudió la cabeza tratando de eliminar ese pensamiento, ya que era un imposible. El verdadero objetivo de todo aquello; un imposible.

Galwyn se equivocaba.

Llevaban cinco horas vadeando abruptos túneles descendentes, cuando se toparon con otra sección de laminadoras; cuerpos geológicos que se

estratificaban formando pasajes a través de la piedra de una anchura tal, que solo cabía cruzarlos arrastrándose. No eran las primeras que atravesaban, pero cada vez se antojaban más difíciles, y el esfuerzo de hacerlo era tal, que después de sobrepasarlas debían permanecer descansando largos periodos.

Morn, el especialista espeleólogo, encabezaba la marcha, colocaba las guías y analizaba el terreno. También ayudaba a empujar a sus camaradas cuando estos se quedaban atascados, y todo lo hacía de buena gana. Se trataba de un hombre fornido y afable, de sonrisa fácil y carcajada sincera, que en sus medianos cuarenta y pese a su gran envergadura, se movía entre las grutas con la gracilidad de una mangosta.

En aquel pasaje en concreto, Morn se había encontrado con algo que no había visto jamás en ninguna de sus expediciones. Adherida a la roca, una sustancia negra se extendía a lo largo del túnel. El especialista apartó sus gafas de protección y se irguió todo lo que la caverna le permitía, lo cual no significaba ni siquiera permanecer de rodillas. Rozó con sus guantes la extraña sustancia y comprobó que era líquida y levemente pegajosa, y que rezumaba de alguna manera de la piedra, como si ésta fuese porosa y permeable, aunque él bien sabía que no lo era. Aquello se trataba de algo desconcertante según su experiencia, pero no viendo ninguna manera de obtener más respuestas al respecto, continuó la marcha sin comentar nada del tema.

De esta manera, y tras una hora de marcha, alcanzaron a una caverna que se abría sobre una sima, una cuyo fondo no se contemplaba a simple vista, al menos con las luces artificiales de que disponían. Morn llegó el primero y se asomó al abismo, notando cómo subía de las profundidades un viento frío y denso y cómo un leve resplandor azulado iluminaba los niveles inferiores dando, por fin, relativa sensación de amplitud y desahogo. Poco a poco llegaron los demás y más que sentarse se derrumbaron como troncos recién serrados, tratando de recuperar el resuello.

Dersen, un hombre alto, de rostro afilado y mirada penetrante, que había sido marino durante muchos años y que hoy en día trabajaba para Galwyn como guardaespaldas personal, se ocupaba del anciano sin un ápice de emoción, pero con gran diligencia. Primero le preparó, con sus propias mantas, un lugar decente donde recostarse y después se aseguró de que bebiera una generosa ración de agua. El anciano, quien se encontraba encogido y macilento, al borde del colapso, no opuso resistencia ante la sugerencia de acampar hasta nuevo aviso.

Thaddeus se acercó a Morn mientras éste se encontraba contabilizando el material y desplegando sus utensilios de escalada.

—¿Cómo ves esto? —preguntó, señalando al vacío.

—Infrranqueable a pie. Necesarrio descender con cuerrda —respondió en su habitual tono amable y con un marcado acento Asariano. Pese a llevar muchos años viviendo en Gisboa, Morn todavía encontraba dificultades con el idioma.

—¿Lo crees posible? —indagó el hombre, sintiendo vértigo tan solo de pensarlo.

—El señorr Galwyn puede serr acarreado como macuto. Sistema de poleas de Morn muy efectivo. No dudarr, prrofesorr —añadió mientras daba palmadas a su equipo personalizado, del cual se sentía particularmente orgulloso.

En aquellos momentos, el joven aprendiz sufrió un nuevo ataque de tos, a sus espaldas, uno tan fuerte que retumbó alrededor de la cueva, en forma de eco. Morn se giró para observarlo, con la preocupación reflejada en el rostro. Mesó su frondoso bigote y suspiró.

—¿Cómo irr el chico? —preguntó.

—Pobre Robert. Me temo que no muy bien. Les he pedido a los hermanos que se ocupen de él, y cada vez que les pregunto por su estado, quieren darme menos explicaciones. Creo que han empezado a darle de sus propias raciones de agua, lo cual no es bueno para nadie.

—La juventud poderr con todo, señorr Shane. Crreamos en él —dijo Morn.

—Sinceramente, ojalá aciertes —suspiró Thaddeus.

Morn asintió con convencimiento e ignoró a Thaddeus para seguir con su inventario, dándole a entender que la conversación había finalizado. El profesor, quien necesitaba mantenerse en movimiento para acallar sus propios miedos, comenzó una ronda para cerciorarse del estado de los diferentes miembros del grupo y sus necesidades.

Mientras tanto, en la gruta comenzaba a extenderse un olor a comida que resultaba muy chocante con el entorno y que hacía rugir todos los estómagos, recordándoles lo hambrientos que estaban. El cocinero, Hanson Abbot, era un joven de unos treinta y pocos años, antiguo alumno de Galwyn y entusiasta de las investigaciones de éste, que había conseguido su puesto en la expedición, no gracias a su mérito académico sino a su talento culinario. Pese a que poco después de entrar en las cuevas se había arrepentido de su decisión de venir, su diligente amor por los potajes y las especias lo mantenían animado y le hacían sentirse útil.

—¡La cena está lista! —gritó de improviso mientras golpeaba una cazuela—. ¡Cocido de judías! ¡El que tenga hambre que se dé prisa! —continuó mientras pensaba que cada vez le resultaba más complicado improvisar un menú.

—Muchas gracias, Hanson —dijo Galwyn cuando el joven se acercó a él y le ofreció la primera ración. Aquel simple comentario hizo que éste sonriera de oreja a oreja asintiendo, antes de pasar a ofrecer la

cena a los demás miembros del grupo, que esperaban ansiosos.

En general el ánimo del grupo no se encontraba demasiado mal. Los más afectados eran los hermanos Barraud, quienes habían sentido la pérdida de dos amigos suyos en el accidente y que, además, se habían hecho responsables de un muchacho de diecisiete años que habían llegado a apreciar. Cuando alimentaba a Robert, Duncan, el mayor de los dos hermanos, maldecía internamente. Conseguir que una cucharada de potaje llegara a su garganta significaba toda una gesta, y cuando lo conseguía, sus ataques de tos se encargaban de que la escupiese.

—Ir man Tharnen geriond, dul geas —bramó Duncan, en un primio nativo.

—No digas esas cosas, por favor, ¡podrían oírte! —Le reprendió Amos.

Amos Baraud era el hermano pequeño de Duncan, un joven mecánico y artificiero que había conocido de la expedición de Galwyn por parte de León, uno de los hombres que habían fallecido en el que habían venido a llamar; «El paso del hombre muerto». Naturales de Primia, Duncan y Amos se habían criado sin padres, buscando la fortuna ahí donde pudiese encontrarse. Y el mejor lugar para buscar fortuna era, como todos sabían, la república floreciente de Gisboa.

—Como si me fueran a entender —replicó él—. Ese maldito viejo está loco... debimos haber hecho caso de las palabras de Thaddeus y largarnos de este pozo —se lamentó.

—No decías eso hace unas horas, hermano. El cansancio te ciega —respondió Amos.

—Bueno, pues lo digo ahora si al señor no le importa, quizás porque me canso de este vertedero oscuro y siniestro, y de hacer de niñero y enfermero. Recuérdame por favor, querido hermano, ¿por qué estamos aquí? —preguntó Duncan, asqueado.

—Lo sabes de sobra; por dinero —respondió Amos, encogiéndose de hombros.

—Hablo del motivo principal, el de esta expedición, el del profesor chiflado y su amigo —continuó él.

—Se nos explicó al principio. El profesor Caere busca el emplazamiento antiquísimo de uno de los primeros pueblos pobladores. Según sus investigaciones... —empezó a explicar Amos.

—¿En serio? —lo interrumpió Duncan, quien no tenía ningún interés real en la respuesta de su hermano—. Quiero decir; perdemos a dos técnicos y continuamos, nos encontramos en peligro de morir de sed y continuamos, llevamos a un moribundo a rastras y continuamos... ¿todo eso por unas ruinas de no sé qué gente muerta?

—Bueno, ya sabes cómo son estos arqueólogos entusiastas —respondió Amos, sonriendo.

—No hay entusiasmo que pague esto, ni publicación en una revista de eruditos que le justifique a un extremo anciano semejante esfuerzo. Yo digo que aquí hay algo más —espetó Duncan.

—¿A qué te refieres? —preguntó el joven mecánico, enarcando una ceja.

—Es obvio, ¿no? Hablo de un gran botín, piezas valiosísimas, tesoros... ¿por qué sino ese viejo nos pagaría tan bien? —respondió el hermano.

—No sé, Duncan, creo que estás fantaseando —bufó Amos—. Y no digo que no me gustaría que tu versión fuese cierta.

—Escucha. Propongo que, si seguimos, debemos estar atentos. No vamos a ser los porteadores de nadie a cambio de las migajas de un gran pastel —susurró el hombre—. Cuando llegue el momento...

Duncan hubo de interrumpir la frase tras escuchar un sonido a sus espaldas. Mientras se giraba para dilucidar el origen de aquel, se dio cuenta de que se trataba del inconfundible crepitar de la roca al resquebrajarse. A pocos metros de ellos, una sección de la pared se desprendía y estaba empujando la terraza de tierra y piedra que tenía justo debajo. Vencida por el peso, ésta cayó rápidamente hacia el abismo, provocando los gritos ahogados de todos los miembros de la expedición, que buscaron frenéticamente la manera de ponerse a cubierto.

Dersen empujó al anciano justo a tiempo de evitar que un grupo de rocas le aplastaran, y se pegó contra la pared cuanto pudo. Thaddeus saltó a resguardarse bajo un saliente mientras veía cómo tierra y guijarros caían como cascada delante de sus ojos.

—¡Cuidado! —se oyó entre la oscuridad.

El desprendimiento cesó tan repentinamente como se había iniciado, restando como únicos testigos, los ecos residuales que reverberaban en la gruta, y una nube densa de polvo y tierra. Tras unos segundos de expectación, comenzaron a escucharse toses y carraspeos, seguidos de profusas maldiciones. Gran parte de la terraza que los sostenía se había perdido en el abismo, abriendo un hueco en el ya reducido puente.

La cabeza del especialista emergió sobre el montón de tierra, junto con un gruñido gutural a modo de desafío.

—¡Arrr! ¡Aquí estarr Morn! —gritó, sacudiéndose como lo haría un sabueso.

El espeleólogo se quitó el polvo de encima y encendió un farol de cierto tamaño que iluminaría toda la zona. Con un vistazo rápido localizó a Galwyn, quien se encontraba observando el techo de la caverna, con el ceño fruncido. Estaba vivo y parecía ileso, así que lo dejó estar.

Dersen permanecía a su lado, masajeando su brazo derecho y

observando algo con mucho interés. Aquello llamó la atención del especialista, que siguió su mirada hasta el lugar donde el resto se había reunido. A escasos metros de ellos, Hanson y Duncan se afanaban en apartar un montón de piedras que se habían apilado sobre un extremo de la plataforma.

—¡Ayúdame a sacar ésta! —gritaba Duncan mientras ladeaba un pedrusco bajo el cual asomaba una pierna. Hanson se colocó junto a él y juntos hicieron rodar la piedra que acabó cayendo al vacío

—¡Dejarr Morn! —bramó el espeleólogo cuando llegó hasta ellos y sin una palabra más, se puso a levantar a pulso rocas que pesarían treinta kilos, y a lanzarlas lejos como si de gravilla se tratase. En pocos segundos, y tras su intervención, la zona quedó despejada.

—¡Amos! —gritó Duncan, abalanzándose sobre el cuerpo de su hermano que yacía tumbado boca abajo, sus ropas teñidas en su totalidad de marrón tierra.

Le dieron la vuelta a Amos, y al hacerlo, descubrieron con sorpresa que el joven Robert se encontraba debajo, hecho un ovillo. El mecánico debía haberse interpuesto entre el desprendimiento y él, parapetándolo con su cuerpo.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Thaddeus mientras se arrodillaba a su lado y comprobaba el pulso del muchacho.

—Traeré agua —dijo Hanson, quien no tardó ni diez segundos en volver con una cantimplora. Levantando la cabeza del muchacho con cuidado, abrió la tapa del odre y dejó que el líquido desbordase por la boca del chico. Con dificultad, logró dar algunos sorbos antes de atragantarse.

—Está vivo —suspiró Thaddeus, dedicándose a comprobar si tenía algo roto o aplastado—. Y por suerte ileso.

Junto a ellos, un lamento agónico les recordó que estaban pasando algo por alto.

—No por suerte —susurró Duncan, mientras mecía el cuerpo de su hermano entre sus brazos— ¡No por suerte! —repitió amargamente.

La comitiva se quedó muy quieta observando los quedos sollozos de Duncan mientras abrazaba el cadáver aplastado de Amos. Uno a uno, bajaron la cabeza como muestra de respeto, y se llevaron la mano derecha al corazón. Si hubieran llevado sombrero se lo habrían quitado, más en aquella lóbrega caverna, que no parecía augurar y ofrecer más que pérdida y destrucción, poco consuelo podían ofrecer a su compañero.

El único médico de la expedición, el doctor Frem Curtis, había sido el primero en morir en el lamentable accidente que había ocurrido días atrás, en «El paso del hombre muerto». De haber estado vivo, seguramente habría corrido a examinar al pobre Amos Barraud y no les habría entregado ninguna buena nueva. Era evidente para todos

que el mecánico no habría sobrevivido; una herida abierta en la nuca y la imposible posición de sus extremidades dejaban patente aquel hecho. Duncan se hizo un ovillo sobre su hermano y continuó gimiendo.

—Morn —una voz tras ellos interrumpió el trágico momento, devolviéndolos a la realidad. Era la voz de Galwyn, que, recuperado del incidente, tomaba de nuevo el liderazgo—. Debemos practicar el descenso ya. No podemos permitirnos más demora en una caverna tan inestable. Prepara las cuerdas y recoge lo que sea necesario. El resto, sacad fuerzas de donde os resten, porque aquí somos hombres muertos. Nos movemos.

El grupo asintió en silencio y comenzó a empaquetar. Thaddeus, compungido, se acercó a Duncan y colocó la mano sobre su hombro, demostrándole que no estaba solo.

—Lamento tu pérdida, camarada. Amos ha demostrado ser un hombre honorable y fiel hasta el final. Ha salvado la vida del joven Robert y ten por seguro que será recordado y honrado por ello —dijo, con la mayor dignidad que pudo reunir.

Duncan se quedó muy quieto durante unos segundos. Después, apartó de un manotazo la mano de Thaddeus y se incorporó de súbito para encararle, regalándole una mirada tan cargada de odio que hubiese congelado la lava candente de un volcán activo.

—Honor —le escupió—. Quédate con tu honor, patético viejo. Mi hermano ha muerto. ¡Muerto! ¿Y para qué? ¡Para salvar la vida de un despojo humano como ese, que tiene los días contados! ¡Idos todos al infierno!

—Duncan, por lo que más quieras, no empeoremos la situación —carraspeó Thaddeus, asustado, tratando de calmar al hombre.

—¿Por lo que más quiera? Te diré qué es lo que más quería en el mundo, profesor —gritó, señalando a Amos— ¡A él! ¿Entiendes, viejo? ¡solo a él!

—Lo entiendo. Todos lo hacemos, maldita sea. Ha sido un accidente —trató de explicar Thaddeus.

—Accidente, ¿eh? ¿Cuántos accidentes más ocurrirán antes de que acabe todo? Esto no ha sido un accidente, claro que no —bramó Duncan, andando de un lado a otro, totalmente crispado.

Galwyn, que comenzaba a perder la paciencia, se adelantó para poner orden.

—Flaco favor y escaso homenaje le hace a su hermano montando este numerito, señor Barraud —espetó en el tono aleccionador de un padre que corrige a su hijo díscolo—. Si no ve que Amos ha muerto como un héroe es que es más obtuso de lo que me parecía.

—¿Qué?... ¡¿Qué?! —exclamó Duncan, incapaz de creer lo que estaba escuchando—. ¿Qué es lo que dice esta momia?

—Galwyn, por favor... —imploró Thaddeus, al ver que su maestro entrecerraba los ojos en una mueca de disgusto que conocía de sobras. No podía ser más inoportuno.

—Compórtese, señor Barraud. No es usted un niño de teta —le desafió Galwyn.

—Niño de... le voy a matar... ¡le voy a matar! —gritó el hombre, con el rostro desencajado y totalmente presa de la enajenación.

La ira con la que profirió aquella amenaza hizo vibrar levemente la caverna. Fuera de sí, el técnico se agachó para recoger una piedra y se abalanzó sobre el viejo con la clara intención de abrirle la cabeza y no detenerse hasta que sus sesos decoraran toda la gruta.

El fuerte brazo de Dersen, a quien nadie había visto venir, lo detuvo en seco. Sin mucho esfuerzo, alejó al atacante del profesor con una presa sobre su cuello, lo empujó contra la pared más cercana y una vez ahí, lo dejó colgando a varios centímetros del suelo.

—Quietecito —le advirtió el guardaespaldas.

El hombre se debatió como un toro, hasta que finalmente dejó de forcejear. Dersen lo liberó entonces, permitiendo que cayera a plomo y recuperara algo de dignidad, si podía.

El grupo contemplaba la escena con sentimientos encontrados.

—Qué trragedia —se lamentó Morn, negando con la cabeza—. Qué trragedia.

Sin saber que más hacer, y deseando alejarse de ese lugar, el grupo se disolvió para proseguir con sus tareas y preparar el descenso. No tenían tiempo, ni voluntad suficiente, para celebrar nuevas exequias. Lo sentían por Duncan, pero en aquellos momentos su propia supervivencia era más importante.

A los pocos minutos, Morn alertó al resto y todos pudieron contemplar cómo Duncan escapaba por el túnel por el que habían venido, sollozando. Se arrastró por la roca hasta desaparecer.

Había dejado un papel escrito sobre el cuerpo de su hermano que rezaba lo siguiente;

«Asesinos»

—Debemos ir tras él —dijo Thaddeus a Galwyn—. Está enajenado por lo de su hermano. Su locura le llevará a la muerte.

—¿Olvidas que acaba de intentar matarme? Si quiere regresar, tal vez tenga más suerte que el resto de nosotros —bufó el anciano.

—Se ha ido sin provisiones ni equipo, Galwyn —argumentó Thaddeus, a la desesperada.

—Thaddeus, tienes buen corazón y eso te honra. Pero esta es una empresa dura en la que la partida no termina porque caiga un peón. Haznos el favor de recobrar la compostura y ocuparte de los vivos y

de los cuerdos. Te necesitaré muy pronto, viejo amigo, y espero poder contar con tu lealtad y tu apoyo.

Galwyn le dio unas palmadas en la espalda y le instó a que empezara a moverse. Con un nudo en el pecho, Thaddeus hubo de admitir que no podía hacer más por aquel pobre diablo.

Descendieron lentamente a través de una garganta que se perdía en la distancia. El paso era lento, ya que debían asegurar cada parte del descenso con nuevas guías, aprovechando para ello los mejores salientes, demorando cada tramo en pos de la seguridad de todos los miembros de la expedición, algunos heridos, otros viejos y el resto, simplemente, agotados. Comenzaban a acusar la fatiga ya no física, sino mental, y aunque trataban de no pensar en aquellos que habían quedado atrás, el sentimiento colectivo de un incipiente miedo a la muerte iba apoderándose de sus corazones.

Desde el más fuerte al más débil, los hombres comenzaban a preguntarse si acaso ellos serían el siguiente. Las paredes se erguían como un bastión inexpugnable a su alrededor. Allá donde pusieran su vista, la fría roca devolvía la mirada y respondía con quedo silencio a las recurrentes preguntas que sus inquietas mentes solicitaban;

«¿Hay salida?, ¿Qué día es hoy?, ¿Dónde está el agua?»

Se buscaban unos a otros encontrando consuelo en el hecho de no estar solos, incluso riendo eventualmente con la broma de algún compañero que encontraba la manera de amenizar todo aquello, pese a todo. Y mientras tanto descendían. Poco a poco, consumiendo su aguante, descendían.

Conforme se acercaban al suelo, la gruta se iba iluminando de una tenue y verdosa luz procedente de una miríada de puntos repartidos por toda la estancia. Organismos bioluminiscentes se esparcían a modo de estrellas iluminando la bóveda que se iba abriendo a sus pies, algunos colgando como si de lámparas de araña se trataran, otros creando auténticas alfombras que refulgían sobre la inerte roca escarpada.

Con semejante escenario llegaron al suelo de la caverna que, majestuosa, se mostraba ante sus atentas miradas como la más grande que habían podido observar desde que se hubieran adentrado en los entramados de la tierra.

Galwyn, mientras el resto de la comitiva se reponía y empacaba el utillaje, aprovechó para sacar un diario forrado de cuero y acordonado con una lazada, y sacudir un carboncillo antes de hacerlo bailar sobre

el papel, esbozando unas líneas que, rápidamente y con gracia, se convirtieron en una imagen bastante precisa de lo que podía verse. Cuando acabó, colocó un papel sobre él y continuó escribiendo un párrafo en la siguiente página del libro.

Cuando su camarada se acercó, Galwyn cesó en su escritura y guardó el cuaderno de nuevo en su bolsa.

—Galwyn, estoy demasiado viejo para estos trotes —dijo suspirando mientras se sentaba a su lado.

—Eso debería animarte, ¿no crees? —respondió éste perdiendo su mirada en los túneles posteriores. Thaddeus lo observó circunspecto.

—¿Sigues pensando en eso? Todavía no tenemos un solo indicio ni siquiera de la parte racional de tu plan. No hemos encontrado nada de nada.

—Oh vamos, mírame. Te saco treinta años y aquí estoy, ¿no? No te preocupes tanto, sé que estamos cerca.

—Dame una sola prueba, Galwyn, porque de verdad necesito creerte —languideció un agotado Thaddeus.

—Es el lugar, estoy seguro. Observa y escucha. No de pasada sino por encima de las voces y las pisadas. ¿No sientes la cueva? —le respondió, enigmáticamente.

Thaddeus se detuvo unos instantes concentrando sus esfuerzos, e incluso aguantando la respiración.

—Nada, me temo. Siento hambre y sed, y demasiado cansancio, me atrevería a añadir. ¿A estas alturas nos estamos volviendo creyentes, amigo mío? —preguntó Thaddeus, enarcando una ceja de cinismo.

—Oh vamos, no me insultes. Esto no tiene nada que ver con el misticismo, y lo sabes —replicó el anciano.

—A estas alturas, estoy dispuesto a hacer algunas concesiones —suspiró Thaddeus.

—Quizás no estás preguntando al hombre correcto —añadió Galwyn, mientras señalaba al muchacho, que descansaba junto a la pared en unas posturas muy complicadas y que no parecían nada cómodas.

—¿Robert? ¿Qué me puede decir ese pobre chico, si no es que desea volver vivo a casa, con sus padres? —replicó su amigo.

—El chico habla, pero no le escucháis como deberíais —dijo el anciano, como si eso lo explicara todo.

El hombre devolvió la mirada al joven y encontró algo extraño al observarle detenidamente. Tanto, que olvidó a Galwyn y su conversación y se acercó lentamente al muchacho. El chico permanecía quieto, pero no inmóvil, desgarbado, pero no desfallecido. Había cesado en uno de sus ataques de tos momentos antes, y ahora el silencio general se apoderaba de la amplia estancia. Se encontraba mirando a un punto de la gruta fijamente, con la cabeza medio caída

hacia delante y la boca semiabierta. De la comisura de sus labios se desprendía algo que parecía sangre seca. No, no era sangre. Se trataba de algo más denso y oscuro.

—¿Rob? ¿Muchacho? —le susurró en tono paternal—. Ha sido un duro descenso, ¿eh? ¿Cómo te sientes?

Como respuesta obtuvo silencio. Un silencio inquietante.

Thaddeus buscó con la mirada el punto de fuga que seguía la visión del muchacho tratando de congratularse por él, o quizás por pura curiosidad. Cuando lo hizo, sintió un repentino mareo que cesó tan pronto como se había manifestado, y que le hizo despertar de un leve letargo. La roca que contemplaba absorto era tan vulgar como las toneladas que ya había observado antes. Comenzó a hacer un comentario mientras devolvía la mirada al muchacho.

—¿Qué es lo que...? —empezó a preguntar.

Robert lo miraba fijamente a los ojos.

Thaddeus se sobresaltó y no pudo reprimir un grito mientras trastabillaba hacia atrás, apartándose de él. Cuando se recompuso, le pareció ver por un instante que éste sonreía.

—Es a la derecha —siseó el muchacho, tan bajo que Thaddeus se preguntó si había dicho tal cosa y no cualquier otra.

—¿Como dices? —preguntó el profesor, aflojándose el pañuelo que le protegía el cuello. Se sentía como un estúpido por haberse asustado así.

Robert giró la cabeza devolviendo su mirada hacia el mismo punto de la pared y no añadió nada más. El pobre aprendiz parecía apenas una sombra del muchacho alegre que había comenzado la travesía con ellos. Pese a que llevaba días enfermo, a Thaddeus le costaba creer el deterioro que había sufrido. Parecía, literalmente, una persona distinta.

—¡La marcha continúa! —escuchó declamar a Galwyn tras él.

Y la marcha continuó. Continuó durante mucho, o poco tiempo, nadie sabría a esas alturas decirlo ya. Llegó un momento en el que ninguno de ellos era capaz de asegurar si habían pasado unas horas o varios días, o de imaginar si allá arriba en algún lugar, luciría un brillante sol, o una tormenta sacudiría los bosques y los prados. Tan solo la dura roca que apenas cambiaba, que nunca crecía, ni menguaba, que solo mostraba las distintas facetas de sus cortes y las puntiagudas aristas que modelaban sus crueles formas, les saludaba al final de cada tramo y al comienzo del siguiente.

Agradecían cada boca de túnel que les brindaba la oportunidad de seguir avanzando, pues temían hallar, tanto como a la misma muerte, en cualquier momento un punto estanco que les cerrara el paso y los condenara definitivamente. Pero al mismo tiempo odiaban cada uno de los pasadizos de las cuevas, detestaban imaginar que en algún

momento de su historia el fluir de las aguas hubiera abierto sus resquicios, para, desplegar ahora una infinita red de sequía, túneles, tierra y desesperación.

Pues el agua se había agotado. Se había agotado hacía ya mucho, aun después de un férreo racionamiento por parte de Morn. Cuando comían no juntaban saliva suficiente para tragar y cuando tragaban, la comida se quedaba atrapada en sus gargantas haciéndoles toser. Robert hacía tiempo que había dejado de comer, y ya nadie se preocupaba por su bienestar pues había comenzado a causarles más que lástima, pavor. Ya no era acarreado, sino que caminaba por su cuenta, replegado sobre sí mismo y encorvado, como si de una bestia se tratara, y ya no hablaba, sino que emitía extraños sonidos guturales. Solía adelantarse o retrasarse y cuando creían haberlo perdido de vista, reaparecía de improviso y les daba un susto de muerte. Sin embargo, continuaba vivo, y caminaba con ellos. Morn había propuesto una forma de recuperar líquido bebiendo la propia orina, método que, dando ejemplo había comenzado a utilizar él mismo, seguido por Galwyn y Dersen, y repudiado por el resto, quienes aseguraban que aquello no traería nada bueno. De todos modos, hasta eso se había agotado pues ya nadie orinaba.

Pasaban largos periodos durmiendo, aun cuando la comodidad era un concepto ya obsoleto para cualquiera de ellos. Les dolían los huesos de tal manera que ya ni se paraban a observar los cortes superficiales ni las magulladuras. Cada vez tardaban más en reanudar la marcha y hasta Dersen había comenzado a desatender a Galwyn, quien iba más lento que ninguno de ellos en las marchas y que boqueaba como un pez fuera del agua, persistiendo de una manera que nadie comprendía. Tan solo Thaddeus lograba que no quedara totalmente rezagado, auxiliándole con las pocas fuerzas que le restaban.

En una de las paradas, Galwyn se hallaba tan agotado que no podía ni sostener su diario. Thaddeus lo recogió del suelo donde había caído y le sacudió la tierra.

—Dibújala tú —le dijo el anciano—, la gruta.

—Me temo que nunca fui un buen dibujante. Suspendí esa asignatura cuatro veces —sonrió Thaddeus, a quien le tembló el pulso mientras trataba de esbozar los primeros trazos.

—Lo recuerdo. Mi peor alumno. Un muchacho revoltoso que pensaba más en las jovencitas que en los libros.

—Todo el mundo te odiaba en la universidad en aquellos tiempos, Galwyn. Aún hoy lo hacen. Terco y exigente hasta lo imposible. Ese era Galwyn, el mentor de los muertos.

—No me extraña tal apodo. Los vivos son unos ineptos.

Unas risas cansadas y sin fuelle bailaron levemente en la caverna,

al rememorar los años jóvenes.

—El mejor maestro que se puede tener —sentenció entonces Thaddeus mientras tocaba su hombro.

—El alumno más tozudo, que se convirtió en el compañero más audaz y brillante —respondió Galwyn sonriendo afablemente, como si largos años se desprendieran de su cara—. Tengo cien años, Thaddeus, y toda mi larga vida la dediqué al estudio.

—Una buena vida.

—No es suficiente.

—Bueno, consuélate sabiendo que ya has vivido el doble o incluso el triple de los aquí presentes —Thaddeus suspiró cansadamente—. Todos vamos a morir aquí.

—No... ¡No! —alzó tanto la voz para esa segunda negación que le sobrevino un ataque de tos—. No vamos a morir. No voy a morir aquí.

—Bien, amigo mío. Bien.

«Se encontraba solo en el salón de su casa en Auken, escuchando crepitar las llamas que bailaban sinuosas en la chimenea de piedra. Recostado en el sillón mecedora palpó las hojas que se encontraban en sus rodillas y las levantó hacia la luz. Dibujos. Extraños glifos que se repetían una y otra vez en una consecución de páginas arrancadas de uno de sus cuadernos. Parecía que había vuelto a hacerlo, había vuelto a dibujar en sueños. Saltó de su sillón y se acercó a la estantería de la que bajó varios volúmenes y una caja cerrada. Buscó en su bolsillo y su mano comenzó a temblar mientras levantaba la llave que había encontrado. Acercó la caja a la chimenea y notó cómo la ansiedad volvía a crecer en su interior. No quería hacerlo estando solo. Aunque pensándolo bien, siempre estaba solo. No tenía familia, no tenía amigos y lamentablemente las únicas personas que le aguantaban eran ciertos colegas con los que rara vez podía contar. Lo llamaban obsesión, pero no sabían nada. Cada año que pasaba encontraba nuevas pruebas, nuevos indicios. Hizo girar la llave y escuchó el sonido de la cerradura al ceder mientras de reojo veía cruzar una sombra en la ventana».

Se sobresaltó y el ataque de ansiedad que sobrevino con ello casi lo hizo caer peldaños abajo. Su corazón comenzó a latir desaforadamente presa de un miedo irracional. ¿Dónde estaba?... dónde iba a estar, en las cuevas. Ante su atónita mirada, los túneles de piedra se sucedían a cada paso que daba. Había estado caminando. Caminando automáticamente mientras en su cabeza se reproducían recuerdos del pasado. ¿Le estaría volviendo a suceder? Los episodios de

sonambulismo que solía sufrir eran terribles, y en más de una ocasión habían estado a punto de costarle la vida. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que no se trataba de eso. Al menos, no de la manera habitual.

Delante de él, sus compañeros caminaban sin emitir una mera palabra o un simple sonido, vagando todos ellos con la mirada perdida, la mirada de alguien presa de un sueño del que no puede despertar. Metódicamente colocaban un pie tras otro, con decidida cadencia. Y descendían. Descendían sin parar a través de... ¡Una escalera!

Galwyn tomó aliento sin poder creerlo. Se quedó pasmado, inmóvil, presa de toda la incredulidad del mundo. Se trataba de una escalera perfectamente formada. ¿Estaría soñando? Encendió una lámpara y observó el túnel. La conocida roca estaba presente, pero no parecía la misma. Parecía trabajada. Era aquella una gruta inexplorada por el hombre, en una ubicación que nadie hubiera aventurado, encontrada por medios nada fiables y del todo desacreditados. ¿En qué momento habían llegado a aquella maravilla? No podía recordarlo.

Gritó. Su grito resonó en los túneles como una orden imperativa e inapelable, y tan pronto como salió de su garganta lamentó haberlo proferido. No era aquel un lugar en el que quisiera alertar a nada que allí.... existiese. No después de lo que había visto.

—Qué demonios —dijo Thaddeus agarrándose la cabeza y abriendo mucho los ojos—. ¿Qué...?

Dersen y Hanson se miraron entre ellos como no reconociendo a quien tenían delante y fruncieron el ceño. Después se unieron al común desconcierto sin dejar de proferir exclamaciones de asombro. Morn pareció desconsolado al ser devuelto a la realidad, con escaleras o sin ellas.

—¿Alguien recuerda cómo hemos llegado a este lugar? —indagó Galwyn a la concurrencia. Ante la conjunta negación prosiguió—. ¿Qué es lo último que recordáis?

—La parada en aquel túnel estrecho. Recuerdo tumbarme a dormir pensando que no despertaría vivo —respondió Hanson.

—¿Aquí? —Galwyn acercó su diario abriéndolo en la última página escrita, donde figuraban los esbozos de Thaddeus. Hanson asintió con gesto grave.

—Yo también recordarr eso, eso y extrraños sueños muy rreales —añadió Morn.

—¿Dónde estamos, viejo? —inquirió Dersen—. Los míos no han sido apacibles.

—En el final de nuestro viaje —respondió Galwyn.

- Nombre: Galwyn Cuero
- Edad: 100
- Ocupación: Arqueólogo y profesor
- Origen: Auken
- Motivación: Seguir el rastro de «Los Legados»

Como académico, Galwyn ha gastado una vida entera estudiando el pasado de Cosmos. Extremadamente anciano, tras haber cumplido su centenario, se embarca en una expedición a las entrañas del mundo en busca de una civilización primigenia: «Los legados». Lo que hallará en su última aventura será mucho más de lo que jamás hubiera soñado.

GALWYN

ARQUEÓLOGO

EL NEXO

Había algo extraño en el aire, y no era solo lo enrarecido que podía esperarse en aquellas profundidades, sino más bien una sensación de quemazón y ponzoña al respirar que no podía ser descrita. Aparentemente podían llenar sus pulmones y lo que sorbían les permitía respirar aún tras el esfuerzo del descenso, pero cada gota de ese oxígeno parecía envilecer su talante y, de alguna manera, mermar los pocos ánimos que habían podido recobrar con el hallazgo.

Como el aire, la sensación de claustrofobia presente durante todo el trayecto a través de aquella interminable escalera se incrementaba conforme descendían.

La roca serpenteaba formando un túnel recogido y oscuro en cuyas paredes apenas rebotaba el eco sordo de las pisadas de la comitiva, muriendo a escasos metros alrededor. La manufactura de la escalera que era de naturaleza osca, como realizada a toda prisa o sin ningún esfuerzo adicional, aprovechando la orografía natural donde se podía prescindir del corte y alisado de la roca. Incluso en uno de los tramos, el túnel se estrechaba tanto que solo cabía un hombre de costado y a su salida se hizo necesario para los cansados caminantes cubrir el paso con un salto, pues un pozo ciego se abría a sus pies.

Pronto el túnel se dividió en varias bifurcaciones. Atónitos, observaron como varias sendas aparecían frente a ellos, planteándoles un dilema que no estaban en posición de asumir.

Aparentemente cada camino parecía similar en características, pero un examen más minucioso pronto reveló que solamente a través del túnel inferior seguía la escalera. Galwyn decidió sin oposición que debían continuar por esa senda.

Y así continuó lo que parecían varios interminables kilómetros, y su transcurso no estuvo carente de accidente. El peso de la expedición y los acontecimientos parecía demasiada carga a sostener para una mente lúcida y despierta. Los miembros del grupo comenzaron a padecer episodios que solo podían ser explicados como el resultado de la infame sed que les apremiaba. Mareos y vértigos fueron el común denominador para los expedicionarios, mareos que se incrementaban a cada paso y les hacían chocarse con las paredes y trastabillar en los escalones. En uno de aquellos fatídicos momentos, Thaddeus perdió pie y rodó como un tronco varios metros adelante, levantándose segundos después, magullado y con su brazo derecho rasgado. La visión de la sangre que surcaba su antebrazo relució a la luz de la única lámpara encendida y enervó la mirada de Hanson. El muchacho, que hacía largo rato que molestaba a sus compañeros apoyándose en

ellos mientras caminaban y que incluso había llegado a sentarse en los escalones y bajar deslizándose con las nalgas, cayó presa de una transitoria locura al ver cómo las gotas del rojo fluido se deslizaban sin oposición y caían sobre la piedra, repicando y salpicando como rocío derramado. De improviso y sin mediar palabra, al son de un infame gruñido más parecido al de un perro que al de un hombre, se abalanzó sobre un atónito Thaddeus, aplastándolo contra la pared. Acto seguido, como un demente, comenzó a lamer la sangre de la herida de su compañero con desesperación, succionando después como si de una sanguijuela se tratara. Thaddeus gritó pidiendo auxilio, pues ya no le restaban fuerzas para contener ataque alguno. Dersen agarró el cuello del demente y con un movimiento seco, tiró de él haciéndolo caer de espaldas. El joven, inevitablemente rodó escaleras abajo, se golpeó con un peldaño en la cabeza y tras un lastimero gemido, quedó inerte, ofreciendo una estampa espantosa. Sus ojos abiertos y aterrados miraban desviados hacia el infinito mientras de su boca emborronada de sangre fluía un hilo rojo que se deslizaba a lo largo de su barbilla. El grupo lo contempló presa de un absoluto terror y desasosiego, incapaces de creer lo sucedido.

—¿Ha muerto? —balbuceó Thaddeus, demasiado aterrado para mantenerse en pie.

Morn se agachó y palpó el cuello del joven.

—Todavía vivirr —respondió, aunque pronto reparó en la brecha de su cráneo—, pero malherrido.

—No podemos cargar con él —sentenció Galwyn, dejando muy claro que lo iban a abandonar a su suerte. Y por vez primera no recibió objeción ni réplica alguna.

A partir de ese momento la marcha devino más penosa y taciturna si cabía. Si bien no pensaban mucho en el desafortunado Hanson ni en los otros compañeros caídos, no era por desapego ni explícita maldad (aunque un afloramiento de ésta incidía inexplicablemente en sus mentes), sino por la extrema situación de debilidad que sentían. Les acuciaban mareos y visiones de cosas que no existían, espejismos que les impulsaban a cometer sinsentidos y que los volvía erráticos e impredecibles. A esas alturas era inaudito el hecho de que permanecieran en pie, de que no hubieran sucumbido hacía ya tiempo de pura sed, en especial los más mayores.

Había algo en aquellas cuevas. Algo extraño y remoto que los conducía y los manipulaba inconscientemente, que de alguna manera dictaba sus destinos. Hasta el último de los viajeros había caído en la cuenta de ello.

Galwyn escuchaba susurros, voces en su cabeza. Parecían pensamientos propios, o incluso delirios que se manifestaban a través de ataques de puro terror en algunas ocasiones, y de brillante lucidez

en otras. A veces resonaban como ideas que parecían demasiado fabulosas para haber nacido de su propia mente. Pese a ser un hombre de razón y de ciencia, erudito y doctor por antonomasia, hacía tiempo que había cedido al hecho de que no todo podía explicarse por estas vías. Sobre todo, desde aquel «hallazgo» y de aquellos sueños que surgían cada vez que insistía en investigar y estudiar el tema. La sensación que venía invadiéndole desde hacía mucho tiempo había cobrado un cariz del todo desconocido tras haberse adentrado en aquellas cuevas. Conforme más avanzaba más lo sentía.

La gruta palpitaba, latía en una cadencia rítmica y profunda. Retumbaba como una leve vibración bajo sus botas y a través de sus huesos. Se adentraba directamente en su cabeza cruzando sus pulmones y sus sienes. Era inaudible, pero ahí estaba; perenne, seductora y terrible a partes iguales.

A su juicio (en el cual no podía, sin embargo, confiar demasiado), sea lo que fuere que se escondiera ahí abajo, le había estado llamando desde hacía largos y tortuosos años. Le había estado tentando.

—Una idea. Una idea es como una enfermedad —entonó el anciano como una letanía, ignorante de estar haciéndolo en voz alta—. Crece y crece hasta que se apodera de ti y te roba el alma.

Si alguien lo escuchó, hizo caso omiso de aquella sentencia. De aquella y de todas las demás que le siguieron.

Deshicieron cada peldaño de aquella interminable escalera hasta que el último de ellos se convirtió en el suelo de una cámara. Ésta era rectangular y austera, encumbrada por una semi-bóveda rematada por una arcada de medio punto de varios metros de altura sobre el suelo. Los pilares sobre los que se sostenía estaban tallados de una manera que jamás habían visto hasta entonces. Pequeños triángulos, hexágonos y cubos con aristas que no guardaban simetría, se amontonaban entre ellos formando una especie de mosaico geométrico, como si la roca se hubiera combado y deformado a sí misma para crear aquella construcción. Al margen de esta peculiaridad, la habitación no ofrecía grandilocuencia alguna, salvo...

—¿Qué hay al otro lado? —preguntó Dersen señalando hacia la arcada.

Todos quedaron absortos mirando en aquella dirección. Efectivamente, la arquería no rodeaba puerta alguna. Se trataba de un arco libre que no impedía el paso, pero bajo el cual moría toda luz y toda visión. Pese a encontrarse la cámara bien iluminada gracias al dispendio en las exiguas reservas de baterías para lámpara que el grupo había decidido realizar, ninguna luz iluminaba más allá del dintel. Sin perder la calma, Thaddeus insistió enviando hacia aquella dirección un fuerte foco de luz que, del mismo modo, murió en la oscuridad más negra e impenetrable.

—Vamos a verr —rezongó el especialista Morn mientras sacaba de su mochila un encendedor metálico y lo lanzaba a la oscuridad. El objeto traspasó ésta sin problemas, pero tan pronto dejó atrás la puerta, desapareció de la vista y ningún sonido devolvió su caída al otro lado.

«Maldición, erra mi mejorr encendedorr».

—Esto es del todo inaudito. Deberíamos estudiar este fenómeno antes de hacer nada —dijo Thaddeus.

—Yo no veo más opción que cruzar. Y mejor será cuanto menos lo demoremos —replicó Galwyn.

—A mí me incomoda la idea de acabar como quiera que haya acabado ese mechero —Dersen parecía especialmente nervioso mientras hablaba.

—Escuchad. ¿Alguien ha visto a Robert? ¿Alguien lo vio regresar? Si siguió hacia adelante, y presuponiendo que sigue vivo ya que no hemos hallado su cuerpo en el camino, por fuerza ha de haber cruzado esta puerta —argumentó Thaddeus.

—Aunque así fuera, y contando con que no se haya desviado en alguna bifurcación ¿qué importancia tiene? Tanto si al traspasar esa puerta tuvo éxito, como si se perdió en alguna suerte de desgracia, no lo podemos saber. ¿A qué viene esa disquisición? —respondió Galwyn con tono cortante.

—Tiene su importancia, tal y como yo lo veo. Pese a que el muchacho estaba raro...

—Querrás decir endemoniado —interrumpió Dersen.

—Pese a que estaba *raro* —enfatizó Thaddeus—, siempre regresaba sobre sus pasos de manera más o menos regular. Hasta que dejó de hacerlo.

—¿Qué tratas de decir? —Galwyn se acercó a su viejo compañero y lo miró a los ojos.

—Bien... estaréis conmigo, camaradas, en que, si nos atenemos a las leyes de la física conocidas o a nuestro nivel de tecnología actual, esto se nos escapa. Mi teoría, aunque sea ésta muy vaga, es que si cruzamos esa puerta —hizo una pausa—... no podremos volver.

Los cuatro hombres permanecieron callados ante tamaña aseveración. Dada la situación, parecía una conclusión de lo más plausible y certera. Hubo un incómodo silencio durante el cual, Morn se dedicó a lanzar piedrecitas hacia la puerta desde todos los ángulos que se le ocurrían. Cuando se aburrió de éstas y al ver que los demás no hacían nada salvo pensar, desenvolvió una cuerda y lanzó una porción de ésta hacia la puerta. De nuevo no se oyó nada al otro lado, y cuando tiró de ella de nuevo, esta obedeció del mismo modo que hubiera hecho cualquier cuerda del mundo al ser lanzada, recuperándola sin más novedad. Rascándose la cabeza y soltando un

gruñido, volvió a lanzarla.

—¿Quieres dejar eso? —protestó Dersen, enervado con el trajín del hombretón.

—Al menos así saberr que hay suelo al otrro lado —rezongó el especialista junto con una mirada de mal talante.

—Un gran aporte, aunque se te olvida un detalle, mi extraño e ingenioso amigo, y es que ¡una cuerda no es una persona!

—En mi país decirr que algunas buenas cuerrdas valerr más que algunas perrsonas —sentenció Morn irguiéndose cual largo era y colocándose al lado de Dersen, a quien sacaba media cabeza de alto, pero mucho más de ancho.

—Perdona ¿qué has dicho? Hay veces que es imposible entenderte, ¿sabes?

—Calma, calma, camaradas —intervino Thaddeus, sin mucho interés real en la pugna—. Lo que yo opino, si me permitís hacerlo, es que uno de nosotros debería cruzar e inspeccionar.

—Podrriamos lanzarr a este petulante —sugirió Morn. Dersen contestó a aquel comentario con una sonrisa de autosuficiencia.

—El que lo hiciera —continuó Thaddeus—, podría ir amarrado a esta soga y quizás podríamos hacerlo regresar. Si como creo, algo se lo impidiese, podría éste recoger la cuerda al otro lado, usando quizás una cadencia programada que nos permitiera saber que no hay peligro.

—¿Verr? Cuerda muy útil. Idea muy útil —bufó Morn.

Alejándose de su contrincante y con aires de pavo real, se agachó para recoger la soga cuyo extremo aún permanecía al otro lado. Cuando tiró de ella, ésta de repente se tensó y ejerció una considerable fuerza en contrario haciéndolo caer de bruces. La fuerza, proveniente del otro lado de la oscuridad tiró del cordel sin misericordia, arrastrándolo en el camino.

—¡Suéltala, Morn! —chilló Thaddeus.

Dersen, sin dudar un segundo, se lanzó a agarrarlo de los tobillos para evitar su avance. Gracias a esto y a que el especialista pudo soltar la soga antes de que la inercia lo hiciese pasar a través de la puerta, su trepidante avance se detuvo y el cabo de aquella soga se introdujo, solitario, en lo desconocido. El grupo observó aquella oscuridad con horror, esperando que algo o alguien apareciese en el umbral de manera inminente. Tras unos segundos de tensa angustia, nada sucedió. Así que, con sumo nerviosismo se recompusieron y apartaron y continuaron observando, como animalillos esperando a un avezado cazador que no pueden localizar.

—Hay... hay algo al otro lado —susurró la trémula voz del guardaespaldas.

Morn le colocó su mano en el hombro y asintió gravemente con la

cabeza.

—Grracias —dijo, de corazón.

—Olvídalo. Larguémonos mientras podamos —siguió Dersen.

—Es demasiado peligroso —sentenció Thaddeus, irguiéndose, con resolución—. Tenemos que volver y tomar otro de los caminos. Recogedlo todo, rápido, hay que poner distancia entre nosotros y....

La frase fue interrumpida por el sonido inconfundible de un arma amartillándose detrás de ellos. Los tres hombres se giraron casi sin respirar y contemplaron al anciano profesor Galwyn con un revolver en la mano y el porte decidido de un psicópata.

—Me temo que no regresamos a ninguna parte —interrumpió el anciano, que sujetaba en su mano un revolver «zorro del desierto» y los apuntaba uno por uno.

—Galwyn, amigo, ¿qué estás haciendo? —tartamudeó Thaddeus mientras tragaba saliva, incapaz de creer que su colega hubiese bajado hasta ahí, armado—. Tranquilízate.

—Me he cansado de vuestras charlas sin sentido. No argumentaré con vosotros ya que es imperativo que sigamos por este camino. Ahora, portaos bien y caminad hacia la puerta uno por uno.

—¡No lo harremos! —se negó Morn, quien no llevaba bien la extorsión como método de hacer las cosas. En respuesta, Galwyn disparó dos veces hacia la puerta generando un estruendo que retumbó en la sala. No obstante, los proyectiles se perdieron en la distancia al traspasar el ignoto umbral.

—¿Veis? Si hay algo vivo al otro lado he acabado con él, así que no temáis. ¡Adelante he dicho! ¡Moveos, no volveré a repetirlo!

Encañonados, presa de la duda y el miedo, los tres hombres avanzaron con temor hacia el arco. Uno por uno, cruzaron la oscuridad. Cuando hubieron desaparecido, Galwyn se acercó al arco y asintió con gravedad.

—Es la hora de que al fin nos conozcamos —declamó con voz grave.

Inspirando con fuerza, el anciano irguió su postura e hinchó su voluntad y sin más sombra de duda ni temor, se sumergió en las aguas de lo antiguo.

Y cayó al vacío.

O quizás no estaba cayendo sino flotando. Sus brazos se alargaron hacia el infinito perdiendo sus formas y pudo ver su propia cabeza delante de él desplegándose en un millar de copias. Escuchaba su voz, que provenía de kilómetros a la redonda, sin poder determinar su ubicación. El tiempo y el espacio se deformaron y millones de sensaciones comenzaron a avasallarle. Todas las habidas. Sentía calor, frío, miedo, alegría... los pensamientos se mezclaban con los recuerdos y devolvían visiones de montones de personas que alguna vez en su

vida se habían cruzado en su camino. Todas chillaban a la vez, todas le urgían en algún vacío reclamo. Sintió que su cabeza iba a explotar. La sensación era tan fuerte que sin duda creyó que su cerebro estaba descomponiéndose y degradándose por segundos. Aunque trataba de gritar, los sonidos no salían de su garganta, sino que le eran devueltos del exterior, para atormentarle. Cayó, giró y fue atraído al mismo tiempo en una espiral de demencia que le hizo estar seguro de que iba a perder la vida.

Y de repente abrió los ojos.

Inhaló aire en una larga bocanada y pronto comprobó que seguía vivo y aparentemente ileso, a pesar de que una sensación de frío intenso le atenazaba los músculos y los huesos. Cuando alzó la vista y contempló el panorama, se quedó boquiabierto y paralizado. Era magnífico, era grandioso, era....

—Perfecto —susurró.

Y en aquel momento se golpeó con brusquedad contra el suelo. Algo lo había placado con una fuerza asombrosa, y lo mantenía inmovilizado con una presa de la que ni siquiera intentó escapar.

—¡Estarr quieto o lamentarr! —bramó un Morn enfurecido como no había estado en mucho tiempo.

—Espera —jadeó Galwyn, tratando de respirar bajo el peso de la mole.

El hombretón rebuscó entre el equipo del anciano y encontró el arma que éste guardaba, lanzándola todo lo lejos que pudo de un manotazo y sin aflojar el agarre. Galwyn buscó con la vista a Thaddeus pero no lo halló en su ángulo de visión. No obstante, sí que encontró a Dersen, quien observaba la escena con el ceño fruncido.

—Eres mi guardaespaldas. Ayúdame —jadeó el anciano.

—Me apuntaste con un revolver, viejo. Esas cosas matan, ¿sabes? Tengo mucho aprecio por mi cabeza.

—Pero era para... —tosió— asustar. No iba en serio, solo quería... que cruzásemos...

—¡Casi matarrnos a todos! —interpeló Morn.

—Hemos... llegado —balbuceó Galwyn—. Casi estamos... y no os imagináis la recompensa. Os haré... ricos. Soy el único que sabe — Miró a Dersen a los ojos suplicante. Este le devolvió la mirada, pensativo, evaluando la situación.

—Suéltalo —sentenció el guardaespaldas.

—¡Perro este hombrre es un peligrro constante!

—Solo es un viejo. Y ahora un viejo desarmado. No será un peligro nunca más, yo acepto la responsabilidad —después se dirigió al anciano—. Espero, por tu bien, que no me engañes. Quiero el triple de lo que me prometiste, y no te olvides; estaré vigilando cada paso que des.

— Sí... sí....

Galwyn se retorció levantándose cuando el especialista soltó su presa. Se sentía malhumorado y dolorido, pero su atención no se centró ni un instante más en aquellos hombres tan insignificantes.

Tenía asuntos mucho más relevantes entre manos. Se levantó, recompuso sus maltrechos ropajes y observó con el corazón en un puño.

El arco por el que habían cruzado se erguía a sus espaldas como una puerta de obsidiana maciza, y se encontraba emplazado en lo que parecía una plataforma elevada y abierta sobre la que ululaba una brisa helada. El paisaje que observaban era el de una enorme caverna; una tan grande que se perdía en la distancia y cuyos límites no se alcanzaban a atisbar, dada la escasa iluminación que los rodeaba. Pese a que la oscuridad se cernía sobre ellos y sobre aquel lugar, unas vagas luces procedentes de puntos indeterminados en la distancia, permitían percibir los contornos y las siluetas de lo que parecían edificios y construcciones de manufactura desconocida. A la mente de todos acudió la idea de una ciudad, un asentamiento enterrado en las entrañas de la tierra, sin salida al aire puro ni al refresco de los vientos y de la luz del sol.

No parecía que se encontraran en las mismas cavernas de las que habían venido, y aunque era imposible discernir techo o pared en aquella negrura velada y en aquel desconocido y vasto horizonte cuyo final la vista no lograba alcanzar, quedó en ellos bastante claro que seguían encerrados.

Thaddeus vino a detener toda aquella contemplación lanzando unas cantimploras a los pies de los presentes. No obstante, al único que miraba, y no precisamente de manera amistosa, era a Galwyn.

—Agua. Hay una fuente más abajo —escupió más que anunció el hombre, evidentemente enfadado con su colega.

Los tres abrieron los ojos con inusitada sorpresa y se lanzaron a recoger los odres sin reparar ya en nada más. Abrieron los cierres y bebieron como si no hubiera un mañana, atragantándose y tosiendo, pero sin detenerse ni a respirar. Pese a las advertencias del profesor de que debían beber despacio, Dersen y Morn acabaron vomitando todo lo ingerido y tendidos en el suelo de puro agotamiento.

—Fui el primero en entrar —añadió entonces Thaddeus, dando una patada a la cuerda que permanecía en el suelo—. No había nadie aquí.

—Te dije que llegaríamos —añadió Galwyn, que bebía a pequeños sorbos, saboreando cada trago y reteniéndolo en la boca varios segundos, mientras observaba con detenimiento a su alrededor.

—No había nadie —continuó el primero—, pero no estamos solos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Dersen levantándose del suelo—. ¿Hay personas aquí abajo?

—No lo sé. No he adelantado mucho. Pero me preocupa, pues he sentido no estar solo mientras caminaba, y por el rabillo del ojo he podido vislumbrar, en varias ocasiones, algo que se deslizaba a mi alrededor.

—Bien pues es horra de que los profesorres, locos o no, cuenten lo que saben —sentenció Morn— ¿Dónde estarr? ¿Es esto lo que buscarr?

—Sí —respondió Thaddeus—. Buscábamos los vestigios de una civilización que no encontraréis en ningún libro de historia, una que se pierde en los anales del tiempo y de la que no solo no sabíamos casi nada salvo vagos hallazgos descontextualizados, encontrados por casualidad, sino que...

—Es suficiente Thaddeus. Te pierdes en información inútil —interrumpió Galwyn—. Baste decir que estamos donde deberíamos y que todos los presentes son, a día de hoy, los descubridores de un portento que los hará famosos y ricos. Ricos. Supongo que eso será suficiente.

—Y supongo que este viejo querrá llevarse todo el mérito y la fama —bufó Dersen refiriéndose a Galwyn. Este lo miró con una expresión mezcla de desdén y sorna.

—¿Quieres fama? Quédate con ella, guardaespaldas, pues para nada la ansío. Si es que sales vivo de aquí.

—¿Es una amenaza?

—Las amenazas han finalizado. Nos encontramos en terreno hostil, y ninguno de vosotros sabéis hasta qué punto. O quizás sí. Sí, ya que lo habéis sentido en vuestras cabezas ¿verdad? Latiendo como un corazón antiguo, presente y persistente, hablando en un idioma que desconocéis pero que tiene sentido, un sentido terrible. Me llamáis loco pero este loco os ha salvado la vida. Me llamáis loco, pero ninguno de vosotros podría asegurar estar completamente lúcido, ¿me equivoco?

—Está bien, Galwyn, ya has hecho suficiente. No es necesario que los asustes más. Deberíamos inspeccionar la zona y buscar un refugio seguro —suspiró Thaddeus. Cuando se cruzó con su antiguo maestro, le susurró—. Nunca más, Galwyn.

El mermado grupo continuó caminando, fortalecidos todos ellos por un refrigerio rápido y sobre todo por una hidratación que devolvía cordura a sus mentes y fuerza a sus músculos.

Descendieron de la plataforma a través de unas escalinatas

esculpidas en piedra hasta alcanzar los primeros edificios, conteniendo la respiración a cada paso que daban.

Las primeras calles que pisaron eran anchas y deslavazadas. Separaban conjuntos de casas semiderruidas fabricadas mitad en piedra, mitad adobe, y cuyos techos se habían desplomado completamente. Galwyn, observando aquellas construcciones, rápidamente dedujo que probablemente se trataran de almacenes y edificios auxiliares, pues al avanzar un poco más, el modelo arquitectónico de aquella ciudad magnífica cambió completamente. El material de construcción pasó a ser la piedra, y las casas, prácticamente copias unas de otras, se levantaban impertérritas ante el paso de los milenios. Galwyn y Thaddeus dedicaron algún tiempo a tratar de esclarecer el tipo de piedra utilizada en la confección de los bloques, pero no lograron sacar nada en claro. Parecía obsidiana, o basalto, pero aquello resultaba poco creíble pues tales rocas ígneas eran demasiado quebradizas para utilizarse en la construcción de los enormes edificios que estaban contemplando.

Por el aspecto que ofrecían las calles, las plazas y las casas, el panorama semejaba el de una civilización caída en abandono, pero no en la ruina. Pudiera pensarse al contemplar el estado de aquella piedra trabajada, de aquellas calles adoquinadas y separadas por plazas desiertas, semicubiertas en algunas zonas por tierra o rocas desprendidas, que la ciudad sufría del estado de descuido y dejadez propio de los asentamientos objeto de una súbita emigración de sus habitantes.

Había trozos de utensilios destrozados cubriendo los suelos y Galwyn pronto dedujo que se trataba de algún tipo de cerámica modelada con la técnica tosca y arcaica propia de los pueblos primitivos del continente, y aquel descubrimiento le hizo enarcar una ceja, extrañado.

Thaddeus, quien había recuperado su ánimo al perderse en aquel lugar, se dedicaba a recoger todo tipo de muestras, olvidando incluso las advertencias y suspicacias que él mismo había defendido poco antes.

—No hay puerrtas —espetó Morn, mientras acariciaba la pared pulida de una de las casas.

—Estarán arriba, en el techo —anunció Galwyn.

—Claro, eso tiene sentido —continuó Thaddeus—. Alrededor de todo esto habría pasarelas de madera, puentes y escaleras que conducían al interior de los edificios y los conectaban entre sí.

—¿Y dónde estarr ahorra? —preguntó el espeleólogo, muy interesado.

—Deshechas, naturalmente. La caverna preserva esta ciudad, pero el asentamiento parece del neolítico temprano. La madera no

sobrevive tantos milenios a la humedad —explicó el arqueólogo.

—¿Y de dónde sacaban la madera? —intervino Dersen—. No veo bosques por aquí, y no parece que esta gente saliese mucho.

—¿Y acaso ves cultivos? —respondió Galwyn—. ¿Cómo se alimentaban los habitantes de esta ciudad, que debían contarse por centenas de miles?

—Eso también me lo preguntaba —mintió el guardaespaldas, ahora más confuso que nunca.

—O tenían una vía de salida, o un suministro aquí abajo —dedujo el arqueólogo.

—Deberríamos entrar en ésta —sentenció Morn, explícitamente interesado en aquel edificio negro y brillante que mostraba el único adorno que habían encontrado hasta entonces, un frontón triangular dentro de un arco ciego.

Galwyn lo contempló, impresionado.

—Coincido —dijo.

—¿Y cómo vamos a hacer eso? ¿Alguien ducho en la escalada que se presente voluntario? —rezongó Dersen.

—Yo mismo, porr supuesto —anunció Morn.

Con la aquiescencia de los profesores, quienes no podían evitar sentir una imprudente curiosidad, el espeleólogo sacó sus cuerdas, guías y anclajes y comenzó a escalar la pared del edificio. Sin mucha dificultad llegó arriba y se perdió de vista. El resto del grupo esperó, presa del nerviosismo.

En la ciudad hacía frío, un frío penetrante acuciado por la humedad y acrecentado por la leve brisa que les llegaba de vez en cuando. Unos minutos más tarde, Morn apareció a pie de calle, llamándolos.

—Porr aquí. He encontrrado entrrada —anunció el hombretón, muy satisfecho de sí mismo.

Efectivamente, el hombre había hallado un túnel subterráneo que conectaba el interior del edificio con su patio trasero, a través de una trampilla.

«Estarr muy oscurro dentro. Encenderr linterrnas»

Los hombres vadearon el estrecho túnel resbaladizo y pegajoso y subieron por unas pequeñas escaleras hasta el interior de una cámara de considerables dimensiones. Al hacerlo, hubieron de taparse la nariz y la boca, pues un fuerte olor a cerramiento y podredumbre les sacudió de lleno. Galwyn aumentó la llama de su linterna de gas, que había estado reservando hasta entonces, y observó en derredor.

Una sala grande, sin muebles ni ornatos, conectaba con dos estancias pequeñas o antecámaras vacías. Delante de ellos, cuatro grandes arcones rectangulares, del mismo material del que estaba hecho todo, se encontraban dispuestos en un semicírculo.

—¿Altares? —se preguntó Thaddeus, pasando la mano sobre la cubierta de uno de ellos.

—O tumbas —dijo Galwyn, acercando el foco de luz.

—Solo hay un modo de saberlo —dijo Dersen, acercándose resuelto a empujar la cubierta.

—Espera —le detuvo Galwyn.

El erudito se encaramó a la tapa del arcón y observó con detenimiento toda su superficie. Nunca había necesitado gafas, pero los glifos que encontró en uno de sus laterales eran tan pequeños, que le costó gran esfuerzo distinguirlos.

—Escritura logográfica, y aquí hay trazos cuneiformes —explicó.

—¿Juntas? —se extrañó Thaddeus, quien se acercó con vehemencia —. Eso es imposible.

—Mira, esto parece Budulita arcaico; «infinitud de la…" —tradujo Galwyn.

—No, no puede ser. El símbolo que le sigue es Jomón, seguro. Se traduce como «Utillaje de cocina» —adujo su compañero.

—Saca un calco, deprisa —le urgió el anciano.

Dersen, que se aburría del trajín de los profesores, se dedicó a recorrer las antecámaras. El suelo estaba lleno de depósitos de tierra y cieno, y algunas larvas habían edificado ahí sus hábitats. Cuando un ciempiés se enroscó en la puntera de su bota, el guardaespaldas dio un respingo y pateó el montículo de detritos.

—Silencio, ¡por favor! —le urgieron desde la cámara contigua.

El guardaespaldas apartó con los pies lo que había pateado y descubrió algo que brillaba a la luz de su linterna. Reprimiendo el asco, se agachó y de entre aquel lodo rescató una especie de collar.

—Estupendo, esto empieza a mejorar —susurró para sí, observando aquella pieza.

La alhaja se trataba de una clase de camafeo sin efigies ni tallados de pura piedra verde. Pendía de una cadena triple de color ambarino que se cerraba en un broche dorado. Dersen estaba seguro de que, si les preguntaba a los profesores, le indicarían el periodo de que databa, y probablemente cuan valiosa podía ser. Pero también se la confiscarían con la excusa manida del museo y la conservación de la pieza. No, no iba a permitirles quitarle su botín. Ya encontraría algún tasador en Dy, alguno que nada tuviera que ver con Auken ni con su universidad.

—Esto ya está —dijo Galwyn, recogiendo el rollo de papel de arroz con el calco de las superficies en su mochila—. Ha llegado el momento de abrirlo.

—Yo lo harré —siguió Morn, quien empezaba a saborear la aventura y había encontrado un nuevo respeto por el anciano arqueólogo, tras verlo trabajar con aquella vehemencia.

Los profesores dieron unos pasos atrás, y el guardaespaldas se asomó mientras el hombretón se acercaba al arcón y comenzaba a empujar aquella pesada losa de piedra negra. No sin dificultad la tapa del sarcófago comenzó a ceder, chirriando y levantando una vaharada de polvo, un polvo rancio proveniente de los organismos muertos que poblaban el lugar. Con estrépito, la cubierta cedió bajo su propio peso hasta caer a uno de los lados del arcón. Thaddeus acercó la linterna al interior de la caja de piedra y todos pudieron ver cómo los últimos restos esqueléticos de un humano se deshacían ante sus ojos y se convertían en polvo.

—Tumbas, efectivamente —dijo Galwyn, enguantando su mano derecha para posteriormente buscar entre los restos del féretro. No había nada.

—Se ha disuelto como café en agua caliente —dijo un sorprendido Dersen—. Ha sido realmente asqueroso.

—Era de esperar. Probablemente suceda lo mismo con los demás. Las condiciones que el espacio estanco proveían a los restos desaparecen rápidamente tras su contacto directo con el oxígeno exterior —explicó el anciano—. Vamos a por los siguientes.

—¿Realmente necesarrio? Respetemos el descanso de los muerrtos —sugirió Morn, sintiéndose un profanador de tumbas.

—Mi afligido espeleólogo, lo que ves aquí no son más que retazos de historia. Ni más, ni menos —adujo Galwyn.

—Muy bien. Perro no estarr de acuerrdo —refunfuñó Morn.

Uno por uno, Morn fue destapando los sarcófagos. En ellos encontraron un ábaco de metal, un peine de quitina, restos de antiguos ropajes deshechos y algunos huesos humanos. Uno de los cuerpos estaba sorprendentemente bien conservado, y hasta podía verse el cráneo intacto del inhumado, sosteniendo una tiara oxidada.

—Acabemos con esto —dijo Galwyn, animando a Morn a que empujara la cubierta del último sarcófago. Había reservado éste para el final debido a que había encontrado tallado en uno de sus laterales, un símbolo desconocido del que los demás carecían. Se trataba de un círculo con un cubo dividido en dos mitades dentro de él. Nunca había visto nada parecido a aquello.

El asariano destapó el arca y lo que allí vieron los dejó estupefactos. En su interior había un cuerpo, pero no un cuerpo como los demás. La momia estaba colocada en posición fetal, pues de otro modo su cuerpo no habría cabido en el ataúd. Doblaba en altura a un humano medio, y sus miembros eran anormalmente largos y agudos. Sus brazos abrazaban sus piernas, su cráneo era ovalado y extremadamente alargado, y las cuencas de sus ojos sufrían algún tipo de deformidad por gigantismo.

Contemplaron aquel hallazgo conteniendo la respiración. Galwyn

sacó su libreta con nerviosismo y se puso a trazar un bosquejo de lo que estaba viendo. No llevaba apenas un minuto haciéndolo cuando aquella momia comenzó a degradarse. No lo hizo con la misma rapidez que la primera, pero inexorablemente acabó desapareciendo ante sus ojos.

—Porr Vedorr, el vagabundo —susurró Morn, aludiendo a una deidad del panteón de Asara.

—Es evidente que ese hombre sufría de una tremenda deformidad —empezó a decir Thaddeus.

—¿Tú crees? —añadió Galwyn, acabando el boceto antes de que se le olvidara la imagen.

—Bastante conseguido —aplaudió Dersen, al contemplar el dibujo, detestando admitir que el viejo era realmente buen dibujante.

—Yo... no sé qué creer —admitió Thaddeus.

—Esto es espléndido. Maravilloso —afirmó el anciano mientras guardaba su cuaderno y se aseguraba de que el arca no ocultase ningún secreto más.

—¿Podemos salirr ya de este lugarr? —preguntó Morn, frotándose los brazos con agitación.

—Hemos terminado aquí. Y, por cierto, ¿Todavía pensáis que esta expedición fue un desatino? —sonrió el anciano con suficiencia.

Sin esperar la respuesta de nadie, se puso la mochila a la espalda y encabezó la marcha, de vuelta a la ciudad.

Se adentraron más y más en la vorágine de edificios y avenidas, deteniéndose en la medida en la que eran capaces, a investigar lo que encontraban. Mientras avanzaban a través de la urbe, se dieron cuenta de que la oscuridad que les envolvía, en lugar de menguar, crecía, y que sus escasas lámparas y linternas poco podían hacer ante ella. La iluminación ambiental era exigua, proveniente únicamente de organismos luminiscentes que habitaban en las paredes de la gruta y en algunas zonas de la ciudad y de un único y vago punto de luz que los guiaba; un haz luminoso que brillaba en la distancia como si de una antorcha se tratase, y que, pese a su pequeño tamaño, resultaba suficiente para establecer un punto de referencia al que llegar. Habían calibrado su ubicación al noreste y tomado la decisión de continuar en aquella dirección sin detenerse, en la medida de lo posible.

Poco a poco, dejaron a sus espaldas barrios completos. Las calles enteras semicubiertas de tierra y escombros vadeaban sencillas manzanas llenas de edificios sin apenas ornamentación. No había dibujos ni murales exteriores, o escultura decorativa en las fachadas, más allá de algunas columnas de formas serpenteantes y extrañas que

no parecían sostener nada. Todo estaba tallado en la misma roca y solamente parecía diferir la forma, que además era tosca, aunque firmemente acabada y modelada.

—Apostaría a que nos encontramos en un barrio obrero —comentó Galwyn, quien trazaba rápidos dibujos con su carboncillo en una especie de plano improvisado, amalgamando la variedad pintoresca de curiosidades que se sucedían a su paso. Lo hacía a tal velocidad que costaba creer la calidad artística resultante. Y todo ello sin detenerse.

—Me duele la cabeza —Se quejó Thaddeus, que en aquel momento lideraba el grupo y observaba su brújula—. Es como si algo palpitara desde dentro.

—Si, yo también sentirr. Penetrrante dolorr.

—Bebed agua. Es la deshidratación. Bebed a gusto pues las fuentes de este lugar son potables y todavía funcionan —sugirió el guardaespaldas.

—Un gran trabajo de canalización —añadió el profesor— Agua potable y algo más, observad.

Más adelante los edificios acababan en una zona abierta que rodeaba una descomunal sima. Hubieron de acercarse temerosos para comprobar que la caída a su interior debía ser de varios cientos de metros, o incluso más, y que su distancia se perdía en la negrura. La tierra horadada revelaba amplios bloques de roca cortada en ángulos precisos y certeros. La oscuridad se cernía sobre todo ello como embebiéndose de tiempos remotos y de sucesos que nadie podría ya recordar.

Junto la sima, toneladas de tierra excavada sepultaban extraños artilugios sobre los que no eran capaces de determinar, ni someramente, su posible utilidad, y que yacían como basura. Nada tenían que ver con las muestras halladas cerca de los edificios, ni con la cocción de cerámica, ni con el modelado de piezas de metal que una cultura arcaica pudiera ofrecer. Parecía tecnología avanzada, realizada con aleaciones de metal, máquinas espléndidas, pero sumamente deterioradas. A su lado, bloques enteros de un tipo de mineral se apilaban ordenadamente colocados.

Aquella debía haber sido, en sus buenos tiempos, una zona de trabajo incesante, y casi podían imaginarse a los habitantes del lugar, valiéndose de su esfuerzo para trabajar la roca en busca de aquel mineral extraño de tonalidades irisadas y con vetas cristalinas en su interior.

—Muestras de dos grados de civilización en el mismo lugar. ¿Superpuestos? ¿cohabitantes? ¿sucesivos? La hipótesis de una simbiosis, de una cooperación, parece la más lógica —murmuraba Galwyn mientras dibujaba como un loco. Su mano trabajaba con tanto ahínco que bailaba sobre la hoja, casi lacerándola a golpe de trazo.

Rallaba, y rallaba y rallaba.

—Galwyn... ¿qué haces? —lo interrumpió Thaddeus—, ¿qué es eso?

El anciano profesor se detuvo y observó su cuaderno, hallando una página emborronada casi en su totalidad. Una figura imponente los contemplaba con ojos penetrantes desde ella. Tenía el aspecto de un hombre, pero mucho más recio y corpulento, de formas monumentales aun cuando no podían comprobarse sus dimensiones. Su cara estaba surcada por grietas que cuarteaban su carne dejando ver algo de su interior. Su piel era negra como el azabache y sus ojos, sin pupilas y sin iris, de forma parecida a los ojos de un halcón, poseían una fuerza tal que costaba mantenerle la mirada aun cuando fuera un dibujo.

—¿Qué? —respondió Galwyn sin dar crédito—. Yo no... — inmediatamente cerró el cuaderno y lo guardó en su mochila, evidentemente turbado. La visión de aquella figura produjo una profunda sensación de desasosiego en los dos compañeros, que comenzaron a mirar a su alrededor con paranoia, esperando ver acercarse algo a sus espaldas en cualquier instante.

La zona en la que estaban parecía extenderse kilómetros por delante en una vastedad absurda, y los túneles y simas debían continuar en igual proporción adentrándose en la tierra. Pronto comprendieron que debían regresar a la zona edificada y encontrar su destino con la mayor rapidez posible. Ahí no existía ni día ni noche, solo una oscuridad eterna que ni las luces de las linternas parecían dispuestas a atravesar.

A partir de aquel suceso la marcha se tornó frenética, y de frenética, penosa. Las callejuelas a través de las cuales cruzaban eran cada vez más cerradas y oscuras y las formas de las casas crecían y se distorsionaban sobre ellos. Habían aligerado el paso, perdiendo el rumbo en su huida, adentrándose en aquella maraña de túneles y calles que cada vez asemejaban más una tela de araña. En todo momento sentían la presencia de algo o alguien que les perseguía, que caminaba cuando ellos caminaban, y que corría cuando ellos corrían, siempre un poquito más rápido. Siempre un poquito más cerca.

Las sombras eran prácticamente inexistentes pues la negrura, que tornaba por momentos infranqueable, bloqueaba cualquier haz de luz que pudieran portar, pudiendo otear apenas un metro más allá de sus botas.

Galwyn comenzó a derrumbarse. Padecía como nunca había padecido hasta ahora. La esperanza y el premio habían motivado su ajado cuerpo hasta casi el imposible, su voluntad le había hecho

honorario de una armadura más fuerte que el acero y había endurecido sus huesos y potenciado sus centenarios músculos. Pero ahora, corriendo bajo la misma inclemencia que hubiera tenido que soportar un joven de veinte años, atemorizado y viéndose su lucidez mermada, presa de un permanente temor ancestral, se venía abajo. De nuevo el peso de sus muchísimos años le hizo temer el hecho de que llegaría un momento que sería imposible continuar. Un momento en el que simplemente su corazón se pararía presa de un insostenible esfuerzo y en que su razón le devolvería la imagen del fracaso. De la derrota. No estaba muy lejos, y él lo sabía. Sus huesos crujían y hacia días que soportaba una cojera que ocultaba con sabia destreza a costa de un callado dolor. Sentía tirones en el cuello y en los músculos de las piernas, y sus pulmones demandaban oxígeno con mayor insistencia. La muerte le buscaba.

Sin detenerse, avanzaron durante horas y horas, temiendo que parar fuera peor que morir de agotamiento. Por el rabillo del ojo habían comenzado a notar la presencia de figuras que se movían y escapaban a tal velocidad, que forzosamente habían de ser una alucinación. Todos ellos las habían podido ver en uno u otro momento, aunque ninguno lo suficiente como para poder describir algo certero. También escuchaban sonidos. Sonidos que pasaban del agudo al grave en demencial cadencia y que algunas veces procedían de lugares realmente cercanos a ellos. Lo único que sabían era que debían salir de ahí. Huir hacia la luz en la lejanía; baluarte de esperanza y posible refugio.

Y así corrieron, huyeron, desfallecieron, entre oscuridad e imágenes fuera y dentro de su cabeza.

Con el tiempo, la oscuridad comenzó a cesar dando paso a una blanquecina niebla que no mejoraba la visibilidad, pero permitía distinguir de nuevo los contornos y las dimensiones, otorgando un poco de sosiego a sus mentes desquiciadas.

«El miedo es un cáncer para la razón» —se repetía Galwyn en queda letanía.

Una amplia avenida dio paso a una zona de la ciudad totalmente despejada de edificios. Hasta donde la visibilidad alcanzaba, no había absolutamente nada. Una explanada cubierta de ligera niebla se extendía por delante del grupo reflejando la luz que sin duda procedía de alguna parte más adelante y que era la misma que habían estado buscando, pues no había otra igual en aquella misteriosa y anciana urbe. Thaddeus lideró la marcha en aquel tramo, haciéndoles avanzar con especial cautela mientras consultaba su viejo reloj una y otra vez de forma mecánica, como si aquel gesto le devolviera algo de cordura y le hiciera pensar en mejores días de su vida.

Sentían el frío calándoles los huesos, si bien las presencias

parecieron reducirse paulatinamente hasta desaparecer. Aquello les insufló el valor necesario para continuar en una dirección que se apreciaba redentora, y caminaron hasta darse cuenta de la enormidad que se alzaba delante de ellos, y en la cual no habían reparado hasta que la niebla se hubo disipado, dejando paso a la mayor maravilla que sus ojos hubieran podido contemplar.

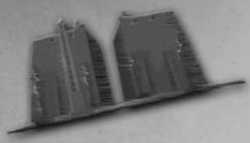
Notas de Galwyn Caere

Es una ciudad magnífica, construida en piedra negra y adobe. No me puedo creer lo ihlacla que está. Estimo su datación en veintemil años. ¿Será siquiera posible?

La caverna preserva la urbe como un mausoleo. Sus calles se extienden hasta donde la vista alcanza, sin aparente planimetría, pero con un inusual orden que sólo una vista entrenada podría percibir. Los tejados son planos y las entradas a los edificios se encuentrán en las techumbres.

¡Restos cerámicos por todas partes!

Thaddeus está emocionado como un colegial. No me extraña, pese a lo sombrío de este lugar. Notamos una presencia que nos vigila, algo que eclipsa en cierta medida lo espectacular del momento. Ni siquiera eso me importa. Debo darme prisa. Se me acaba el tiempo.



La entrada al templo está custodiada por las efigies de los antiguos dioses. Toda la ciudad converge hacia este lugar. Es la hora de la verdad...

Sarcófagos con signos de escritura logográfica y cuneiforme. Batalla y Jonón. Enterramiento ceremonial. ¿Momias no humanas?

¿Qué me dices ahora, Samuel Banas?

TEMPLO

«El mayor y más soberbio homenaje a los dioses que se hubiera podido erigir. Bajo la cúpula inmensa, en la última morada del mundo, construido por artesanos e ingenieros cuyos saberes debieron perderse en los anales de la historia. ¡Oh, mancillado secreto que mis mortales ojos contemplan! Lloro, pues en el ocaso de mi existencia, más allá de todas las cosas que he buscado y he visto, puedo contemplar antes de que la muerte me alcance, y con frío puñal arranque el calor de mis huesos, el Nexo de los Mundos»
G. Caere.

Thaddeus, Galwyn, Morn y Dersen subieron a la plataforma que se detenía frente a las puertas de un ciclópeo baluarte. A su alrededor, una veintena de estatuas del doble del tamaño de un hombre rodeaban la plaza. Thaddeus las reconoció rápidamente. Deidades prehistóricas de los pueblos primigenios, algunas con forma humana, otras bestiales y grotescas.

—Sume, la cazadora. Buscadora de las almas de los muertos —dijo Thaddeus señalando una de ellas.

—Aelas, el carcelero —asintió Galwyn mientras dirigía su mirada hacia la estatua de un viejo que sostenía una enorme cadena—, y Baras, y Coridonte, la bestia de los abismos.

El templo se encontraba enclavado en la roca. A su alrededor había un foso bastante extraño que convergía hacia él, como si el edificio fuese cóncavo y su parte inferior se hundiese en la tierra. El aspecto era monumental y su manufactura mezclaba la roca con un metal de cuya aleación no sabían nada. La piedra esculpía estatuas y relieves y conformaba las puertas labradas con imaginería y figuración inexistente en otros lugares de la ciudad. El metal parecía soportar la estructura, o ser el esqueleto del templo, al cual se habían agregado multitud de obras superpuestas.

El resultado era sobrecogedor. Aquel edificio sorprendente y diferente a todos los demás, se elevaba decenas de metros sobre sus cabezas, perdiéndose su cúpula en la negrura de la caverna.

Crujidos metálicos resonaban a su alrededor y disipaban el eterno silencio de la urbe.

Galwyn fue el primero en acercarse a las puertas macizas de piedra tallada. Estaban cerradas y no parecían poder abrirse de forma manual ni por medio de la fuerza. Debía existir alguna especie de mecanismo

en algún lugar.

—Galwyn, tu mochila —escuchó el anciano decir a su compañero.

Descolgando su bolsa, se sorprendió al ver que una luz emergía de su interior. Tras abrirla e inspeccionarla descubrió que provenía de un objeto que se hallaba envuelto en una tela, un objeto que conocía muy bien. Thaddeus se acercó y contempló cómo su maestro desenvolvía una especie de pulsera metálica lisa, sin ornamentos.

—Nunca había brillado hasta ahora —comentó Thaddeus, impresionado.

—Siempre sospeché que se trataba de algún tipo de tecnología. Algo ha debido activarla.

—Está claro que tiene que ver con este lugar... y esto demostraría que estabas en lo cierto desde el principio.

—Ahora veamos de qué sirve.

Galwyn examinó el objeto como tantas veces había hecho anteriormente. Era liso, plano, inútil. Ni como ornamento servía, pues era simple y feo. Le había dedicado muchas horas de análisis y estudio, pero nunca había sacado nada en claro, salvo determinar el origen desconocido de la aleación que lo conformaba. Era el mismo artefacto de siempre, la diferencia estribaba en que se había encendido una especie de luz azul en su parte exterior.

Abrió la pulsera y se la colocó en la muñeca. En el mismo instante de hacerlo sintió un pinchazo en la carne y profirió una maldición. Al alzar el brazo, pudo ver un hilillo de sangre que se escapaba de su muñeca y recorría sinuosamente las arrugas de su piel.

—¡Esta cosa se me ha clavado en la carne! —exclamó el anciano.

Al mismo tiempo que las palabras salían de su boca, un sonido grave retumbó en la sala. Las puertas de piedra que tenían delante tronaron y crujieron, y comenzaron a abrirse desplazándose hacia los lados lenta y pesadamente. Mientras lo hacían, levantaron una enorme nube de polvo y tierra, y gran cantidad de guijarros fueron disparados en todas las direcciones. La efigie de Coridonte que dominaba el portón se dividió en dos y sus fauces se separaron de manera especialmente teatral. Un metro y medio de grosor de piedra dejó paso a dos pares más de puertas hechas de metal que se abrieron verticalmente.

Y la luz se hizo. Provenía del interior, en los márgenes de una escalera que se elevaba varios metros más allá de la puerta.

—Puede que estas puertas se hayan abierto por primera vez en milenios —dijo Galwyn con la boca abierta—. ¿Te das cuenta, Thaddeus? Tiene que ser esto.

—¿Te refieres al Nexo?

—Al Nexo —sentenció, alternando su mirada entre su muñeca y la entrada a aquel lugar.

—Esperad. Un momento, profesores. ¿Qué es el Nexo?

Thaddeus se giró hacia Dersen sonriendo.

—Es el motivo por el cual estamos aquí. El testimonio de los antiguos dioses.

—¿Estar buscando dioses? ¡Maldición! Hombre sabio temerr dioses o adorarrlos, no buscarrlos —protestó Morn.

—¿Nos estáis diciendo que nos encontramos en la morada de las deidades de los antiguos? —rio Dersen—. Espero que os refiráis a metáforas de arqueólogos, pues bastante tenemos que aguantar con los beatos del Dios verdadero y con las nuevas sectas.

—Puede que sean metáforas —respondió Galwyn con una sonrisa de triunfo en la cara. La decisión había vuelto a su semblante y volvió a quitarse años enteros de golpe—. Vamos allá.

Traspasaron el recio umbral entre toses. La polvareda resultante de la apertura había quedado suspendida alrededor de la entrada y del vestíbulo. Conforme subían las escaleras a las que daba paso aquella extraña habitación, se iban dando cuenta de lo diferente que era el entorno a cualquier cosa que anteriormente hubieran podido ver. Tras remontar la escalera llegaron a una sala estanca y diáfana, bien iluminada, cuya puerta se cerró primero y bloqueó después, dejándolos encerrados.

Perplejos, observaron cómo se iluminaban unas pequeñas luces en el techo. Tras unos breves segundos, las luces se transformaron en haces luminosos transparentes de tonalidad rojiza, que comenzaron a moverse a través de la sala, efectuando barridos, a lo largo, ancho y alto. Los expedicionarios se aplastaron contra las paredes tratando de evitar ser tocados por aquellos rayos de luz, pero tan pronto como estos llegaron y rozaron su piel, se percataron de que eran, al menos aparentemente, inofensivos.

Tras retirarse las luces, escucharon un sonido metálico y hueco, como el que provoca un mecanismo al activarse. Una fina bruma emergió de alguna parte y comenzó a bañar toda la estancia creando, en esta ocasión, un auténtico caos en el grupo.

—¡Es una trrampa! —bramó Morn, tapándose la nariz y boca con un pañuelo.

—No respiréis —Consiguió decir Thaddeus momentos antes de que aquel gas llegara hasta él.

El único que conservaba la calma era Galwyn, quien observaba todo con atención y esperaba, tan impertérrito como resuelto, inhalando con tranquilidad. Tras unos minutos en los que, definitivamente nadie fue envenenado ni asfixiado, la puerta delantera se abrió, dando paso a una inesperada maravilla.

El anciano traspasó el umbral en primer lugar, no dando crédito a lo que sus ojos contemplaban. Ante ellos, una estancia enorme se iba

iluminando paulatinamente por secciones y pisos. Varios niveles de pasarelas y pasillos se alzaban hacia arriba y hacia abajo alrededor de un núcleo central circular en cuyo centro se levantaba una plataforma de unos quince metros de diámetro. Ya no se veía piedra alguna ni ornamento. Muy al contrario, todo aquello parecía tratarse de tecnología avanzada que de alguna manera había sobrevivido al paso del tiempo.

—¡Porr todos los dioses antiguos y moderrnos! —Bramó Morn boquiabierto, mientras traspasaba la puerta y contemplaba las vistas.

—Id con cuidado —repuso Thaddeus, mientras se encogía, sobrecogido.

—¿Qué lugar es este? No hay nada parecido en toda Gisboa —sentenció Dersen.

— ¡Ni en todo el mundo! —añadió el espeleólogo.

—Esto es enorme. Deberíamos dividirnos —sugirió Galwyn.

—¿Dividirnos? ¿Y qué se supone que estamos buscando? —preguntó el guardaespaldas.

—Hay que encontrar un lugar donde guarecernos. Esta es la última etapa de nuestro viaje y dado que nos quedaremos un tiempo, vamos a necesitar refugio y comida. Seguro que alguna de esas salas debía de hacer las veces de dormitorio para los antiguos moradores. En cuanto a la comida, haced inventario de lo que queda —contestó el anciano señalando a Morn y a Thaddeus.

—¿Qué piensas hacer tú? Es peligroso que vayas por ahí tu solo —intervino su amigo.

—El guardaespaldas se viene conmigo.

—A sus órdenes —contestó Dersen con tono burlón.

—No me has respondido —insistió Thaddeus.

—Tan solo inspeccionar los niveles superiores. ¿Por qué me miras así? Tengo tanto conocimiento como vosotros de este sitio, pero ahora que he llegado hasta aquí, no me pararé a mirar. Estaré bien con este fortachón. Nos vemos en tres horas en este mismo lugar.

Thaddeus se acercó a Galwyn apartándolo de los otros.

—No quiero alarmar a nadie, pero sabes que aquí no estamos solos. No he llegado tan lejos para morir en un descuido.

—¿Crees que soy estúpido? Yo también lo he sentido, pero todavía no hemos visto ni un alma. Tengo mis propias conjeturas sobre esa presencia latente y creo que por ahora no puede hacernos nada. Estamos llegando al fondo del asunto y parloteando no vamos a desentrañarlo, ¿no crees?

—¿Todavía crees que la fuente existe? —suspiró Thaddeus.

—Querido amigo, si alguna vez mis creencias necesitaron ser inquebrantables, sin duda que es ésta. Estoy más seguro que nunca.

—No sé. Eres un viejo insoportable.

—Yo también estoy harto de este viejo —respondió Galwyn, haciendo ademán de irse. Entonces se paró y le susurró a su amigo—. Hazme un favor, Thaddeus. Olvídate de las puertas.

Thaddeus y Morn dejaron la decisión sobre la dirección a seguir al puro azar, y teniendo cuidado de no perder sus pasos, el profesor comenzó a esbozar un plano conforme iban avanzando. Las salas que atravesaban eran frías, sin mobiliario alguno. Había extraños paneles reflectantes en algunos puntos y la luz que iluminaba el recinto provenía de una especie de tubo rectangular y plano solapado a las paredes de las salas. Era una luz tenue y artificial que en algunas ocasiones fallaba.

—Me parece increíble que este lugar aun conserve energía —murmuró Thaddeus a Morn mientras inspeccionaba los tubos.

—¿Cuánto tiempo llevarr aquí? ¿A quién perrtenecerr?

—Quién sabe, Morn. Varias decenas de miles de años, o quizás más. Sobre sus moradores no puedo decirte nada, me temo. No porque no quiera, sino porque incurriría seguramente en sandeces. Galwyn te contaría algunas teorías, deberías preguntarle más tarde.

—El maestrro Galwyn me desconcierrta.

—¿Y a quién no? —rio Thaddeus—. La vehemencia de sus convicciones podría llevarnos a todos al desastre. ¿Pero eso ya lo sabíamos no?

—Yo no.

—Bueno, para la próxima quizás te lo pienses antes de embarcarte en la expedición de un profesor chiflado. Eh, ¿qué me dices de esto?

Thaddeus se acercó a lo que parecía una mesa con su tablero ladeado, como lo estaría el escritorio de trabajo de un arquitecto, o de un delineante. Era enorme, y como todo ahí, estaba construido de materiales desconocidos. No era metal ni era madera y en su centro, una placa de cristal reflejaba el techo de la sala en semipenumbra. Frente a ella, algo parecido a unos sillones del doble del tamaño de un hombre.

—Todo esto parrecerr inutil. ¿Qué clase de gente serr esta?

—A mí me parece que sin duda debía ser de todo menos inútil. Veamos.

El profesor sacó un cuchillo de su petate y lo pasó por debajo del cristal. Para encaramarse a aquella mesa había tenido que ser aupado por Morn. Estuvo forcejeando varios minutos, buscando un medio para abrir aquel panel, hasta que finalmente se rindió. Morn, impasible, contempló como trabajaba, y cuando el profesor, en su derrota se hizo a un lado, agarró el cuchillo y con su mango golpeó

una sola vez el cristal, que se partió en pedazos.

—Más fácil —respondió el espeleólogo, encogiéndose de hombros.

Thaddeus observó a todos lados asustado, inquieto de que el ruido hubiera podido alertar a alguien o a algo. Al ver que nada pasaba, levantó los cristales y observó debajo. Paneles extraños con dibujos geométricos se unían unos a otros por medio de fibras metálicas. Arrancó uno y lo sostuvo frente a él.

—No tengo ni idea de qué puede ser —dijo mientras se los guardaba—. Me temo que este tipo de tecnología nos supera.

—Aquí no hallarremos refugio —apuntó Morn, negando con la cabeza—. Solo tenerr trres horras. Profesor deberría dejar de perderr tiempo con arrtefactos inútiles.

—Sabias palabras —respondió Thaddeus dando un salto al suelo. Ya no estaba para esos trotes.

Atravesaron varias salas más a las que se accedía por pasillos, y en todas ellas encontraron puestos extraños y útiles desconocidos. Algunas salas mostraban enormes contenedores y cajas selladas del tamaño de un hombre. Otras zonas estaban llenas de mesas de diferentes tamaños, como si aquellos seres no hubieran guardado todos ellos las mismas proporciones. Las paredes de algunas de esas salas parecían tener ventanas al exterior selladas.

Así llegaron a una zona que fue de su agrado. Atravesaron una de esas extrañas puertas que se abrían a su paso (hecho con el que habían perdido más de media hora entre estudio y debate) y encontraron lo que a todas luces parecía una sala de descanso.

Había seis camas, o lo que Morn había tildado de camas, aunque quizás esa acepción pudiera considerarse aventurada. Las estructuras eran horizontales y todas ellas estaban empotradas en la pared formando una especie de nicho abierto. Eran más altas en una zona y más bajas en otra, y el espeleólogo consideró que limpiando un poco y echando unos sacos de dormir encima, podría resultar confortable.

Thaddeus observó su reloj y se sentó en una caja al comprobar que quedaba más de una hora para volver al punto de encuentro. Tenía tanto material en sus bolsas y en el exterior de ellas que se apabulló al pensar en el trabajo que le quedaba por delante. Iba a costar mucho analizar y tratar aquellos objetos maravillosos.

—Morn. ¿Qué comida nos queda?

—Comenzarré el inventarrío ahorra mismo —respondió alegre, dejando caer su enorme petate, el más grande de todos, y varias bolsas que había recogido de los compañeros caídos.

En aquel momento notaron un temblor que hizo vibrar la estructura. Provenía de los pasillos adyacentes y se acercaba a la sala en la que se encontraban a una velocidad vertiginosa. Ambos se llevaron las manos a la cabeza y contuvieron un chillido. Un pitido

agudo laceró sus oídos, aprisionando sus sienes y haciéndoles sentir que les iba a estallar el cráneo. Duró tan solo unos segundos y luego se disipó, dejándolos totalmente atontados. Thaddeus se levantó del suelo al que había caído y palpó a su alrededor a la desesperada, buscando un asidero para levantarse. Abrió y cerró los ojos con dificultad y lo primero que vio fue una sombra en la puerta que se disipaba.

—¡Allí! —gritó, levantándose y volviendo a caer—. ¡Hay alguien ahí!

Morn corrió hacia el lugar con ojos enloquecidos y bramó al no encontrar a nadie a quien golpear—. ¡Yo también verrlo! —espetó.

—¿Qué ha sido eso? Yo... no puedo pensar —admitió un desconcertado Thaddeus.

—Prrofesor, he visto un lugarr, en mi cabeza. Debemos dirigirrnos ahí —añadió Morn, recuperando el resuello, pero no la claridad mental.

—Sí. Es el centro de todo. Me ha llamado —asintió el arqueólogo, olvidando completamente lo que estaba haciendo antes de la sacudida.

—Irr —dijo Morn, simplemente, dejando las últimas raciones de que disponían tiradas en el suelo, y comenzando a andar.

Galwyn caminaba detrás de su guardaespaldas apretando el puño en cuya muñeca llevaba la pulsera. Todo aquello le parecía fascinante, pero, al igual que le había pasado con la fabulosa ciudad que habían dejado atrás, no tenía tiempo para detenerse a investigarlo. Nadie sabría nunca el dolor que le causaba el no poder simplemente establecer un campamento y ponerse a analizar piedra a piedra, construcción a construcción. A trazar planos, colocar niveles, analizar materiales y técnicas, comparando lo encontrado con la historia ancestral de su mundo.

Pero no podía. No ahora. Ahora debía buscar lo que debía buscar y con su último aliento debía encontrarlo, o perecer.

Dersen no dejaba de sorprenderse con lo que encontraban, no paraba de detenerse a inspeccionar incluso cuando no era tal la condición de su carácter. Hombre sobrio y conciso, jamás se dejaba llevar por la expectación ni el desenfreno, ni por el alegre hacer de los entusiastas. Galwyn tenía que apremiarle todo el tiempo para que se pusiera en marcha y comenzaba a arrepentirse de haberlo traído.

—No eres un viejo de muchas palabras ¿verdad? —preguntó, con osadía.

—Tu tampoco cuando te contraté. ¿Has encontrado lengua para comer, en las cuevas? —respondió el anciano.

—Jajaja. Bien, esta situación es, ya sabes, inusual. Encuentro natural que mi talante sea del mismo género —asintió el guardaespaldas.

—¿Podrías mantener tu talante calladito y dedicarte a estar alerta? —sugirió Galwyn, antes de corregir el rumbo—. Por ahí no, vayamos por la otra sección.

—¿Motivo?

—Intuición.

—¿Y eres natural de Auken? —continuó Dersen, con perseverancia.

—No. Estoy ahí por la universidad.

—¿Familia? —siguió el guardaespaldas, no dándose por vencido antes las lacónicas respuestas de su interlocutor.

Silencio.

—Yo tengo familia ¿sabes? Exmujer y dos hijos. Ahora no viven conmigo, pero pienso cambiar eso en el futuro —comentó el joven.

Galwyn suspiró y cruzó a una sala dejando al guardaespaldas atrás. Conforme entraba, la habitación se iluminaba por secciones revelando lo que parecía un gigantesco almacén.

—Y dime, ¿cómo se lleva eso de tener una centuria...? ¡Guau! —la sarcástica pregunta del guardaespaldas se vio interrumpida por su propia fascinación.

Delante de él, se extendía, colocada por secciones y perfectamente ordenada, una colección increíble de objetos, artefactos, figuras, enseres y todo lo que cupiera imaginar. Los estantes llegaban hasta el techo, conformados por habitáculos de diversos tamaños que dejaban las piezas a plena vista. Para llegar a ellas, un sistema original de pasarelas daba acceso a cualquier parte a la que se quisiese llegar.

Galwyn se encontraba en shock. Aquella colección era magnífica. Ningún museo que conociese podría igualarse, y eso contando con que conocía todos los que merecía la pena conocer.

Pronto comenzó a identificar piezas entre muestras de las primeras etapas del hombre en el planeta. Cristales tallados, bifaces y raederas primigenios, raspadores y puntas de lanza de los pueblos Gemere, y de los Kux, y de los Mintra. Había también rastros de metales, piezas completas de afeites y maquillajes Alianos, e incluso telas. ¿Cómo habían sobrevivido a veinte mil años de historia? La tela se degrada con rapidez, las fibras no sobreviven a la inclemencia de los milenios a no ser que se preserven en lugares estancos y con unas condiciones muy precisas.

El erudito extendió su arrugada mano para tocar una capa ceremonial Vever que todavía mostraba los espléndidos tintes de sus múltiples capas sobrepuestas. Era la primera que contemplaba una en vivo, pues solo las había visto en grabados y dibujos. Y, sin embargo, no fue capaz de alcanzarla. Su mano se topó con una especie de cristal

invisible que no podía traspasar y que cerraba todo el compartimento. Por más que buscó un resquicio y golpeó aquella mampara inexistente, tratando de echarla abajo, le fue imposible.

Aunque fastidiado, su fascinación no le dejó detenerse más tiempo en aquella pieza. Mientras caminaba, un sinfín de objetos magníficos se sucedían ante sus ojos. Joyas palaciegas de Komón, estatuas sedentes de agrimensores sacros de Budulia, sarcófagos redondos de la bella y mítica Iridia. ¡Debían ser de Iridia pues respondían a las descripciones de las leyendas de Turio! Y no solo sarcófagos. Arcos de puerta del palacio de Iridia, azules por los miles de aguamarinas que los conformaban. Carros de tiro de Masonte, característicos por sus asientos suspendidos, para la realeza. Ábacos, cuentas, tinajas, pesos y medidas, bolas de cambio, juegos de mesa, todo de la Antica Pulia. Aperos de labranza y trabajo, maquinaria de los pueblos Yermos. Y numismática de todas las civilizaciones que la poseyeran. Un dragón de jade de dos metros, probablemente de Ilem, precedía una colección sin igual de tablillas, piedras grabadas a cincel reglo, papiros, lanas, hojas, libros y cualquier otro soporte que se hubiera conocido en los reinos antiguos del mundo.

Y más allá de Lasta Ilem, Galwyn dejó de comprender y de identificar pieza alguna. La colección, interminable, se sucedía en bloques y estantes llenos de artefactos, ropajes, máquinas y toda clase de objetos de civilizaciones que el erudito desconocía por completo. Había figuras de seres extraños no homínidos con formas grotescas y otros parecidos a un humano, pero con variaciones. Objetos cuyo uso no podía alcanzar ni a especular, piedras y materiales iridiscentes que flotaban y esferas de energía que permanecían girando sobre sí mismas. Las representaciones se volvieron confusas y algunas costaba mirarlas, ignoraban el porqué. Otras eran bellísimas, de una armonía tal que aun sin parecerse a nada conocido, generaban sensación de orden y perfección.

—¿Buscabas esto, profesor? —preguntó Dersen con la boca abierta —. No mentías con lo de que íbamos a hacernos ricos. ¡Ricos! ¡Ha valido la pena todo! ¿Qué es todo esto? —siguió mientras contemplaba un cubo negro e intentaba inútilmente alcanzarlo.

—Xenoarqueología. Aquí hay material para lanzar por primera vez una rama de la ciencia hasta ahora existente tan solo en la teoría y la imaginación. Inventariar y analizar todo esto daría trabajo a los hijos de los hijos de tus hijos —los ojos del profesor se encontraban vidriosos de la emoción— Lástima no tener más tiempo.

Galwyn se detuvo al decir aquella frase y se irguió, cesando al instante sus lágrimas, regresando a su semblante la determinación. Reculó unos pasos hacia atrás y contempló el gigantesco almacén.

—¿Qué sucede? —preguntó Dersen, regresando al estado de alerta

y mirando a todas partes, en busca del peligro que hubiera motivado el repentino cambio de actitud del profesor.

—No —sentenció éste.

—¿No qué?

—No a tu pregunta. No he venido a buscar esto.

—No lo comprendo. ¡Esto es lo más impresionante que he visto en mi vida! No podemos pasar sin más, profesor...

En aquel instante una onda de vibración se acercó desde los pasillos hacia su posición. Hizo retumbar levemente y crujir el material del almacén y al llegar a ellos, lo hizo en forma de una fuerte sacudida. El guardaespaldas gritó y se llevó ambas manos a la cabeza mientras se replegaba sobre sus rodillas. Galwyn sintió un viento helado y una sensación de desesperación que pugnaba por adentrarse en sus sentidos. Cargó el peso de su cuerpo sobre su pie derecho y se apuntaló mientras el entorno se tornaba difuso y caótico. Las formas se combaron y él apretó el ceño.

Entonces lo vio. La misma figura que había dibujado en aquel papel cuando estaba en la ciudad lo miraba desde unos ojos huecos. A través de su piel negra se podía ver el fuego que agrietaba en surcos su carne, cuarteando sus formas. Tenía boca, y la movió siseando unos sonidos que intentaban ser palabras.

«Shhhhj xarmmshhhh,,,jjaxallllieb»

—¡Habla! —desafió Galwyn.

«Encuéntranos»

Una sucesión de imágenes sacudió la mente del anciano mientras esa palabra retumbaba en su cabeza a golpes de martillo. Se vio a sí mismo sobre una gran plataforma rodeado de puertas. En su centro, un cilindro negro se abría y brillaba. De alguna manera reconocía aquel lugar.

Pero pronto se esfumó la figura y con ella aquella extraña visión, volviendo la realidad a su ser. Jadeando, el anciano recobró la compostura y trató de analizar lo sucedido mientras el guardaespaldas se levantaba con los ojos vidriosos por las lágrimas.

—Debemos ir al centro —sollozó Dersen mientras se erguía.

—¿Qué has visto? —se apresuró a preguntarle Galwyn, quien lo agarró por ambos hombros.

—Nada. Pero tengo mucho miedo. Algo terrible está punto de suceder y nuestra única esperanza está en esa sala.

—¿Cómo llegas a esa conclusión? —insistió, mirándole a los ojos.

—Simplemente lo sé. Ellos se acercan.

—¿Ellos?

—Debemos ir ahí. Es nuestra única salvación —languideció Dersen.

El anciano le propinó una buena bofetada al guardaespaldas, quien lo miró sobresaltado primero e iracundo después. Estuvo el hombre a punto de devolvérsela, pero se contuvo y respiró hondamente. No quería golpear a un saco de huesos y pellejo de cien años.

—¿Qué demonios es todo esto, viejo? —inquirió en su lugar.

—Nada bueno. Deberíamos ser capaces de resistir los ataques psíquicos, pero estos cada vez son más fuertes. Se nos acaba el tiempo.

—¿Qué debemos hacer?

—Mantén la cabeza despejada. Y sígueme.

Galwyn resistió el impulso de dirigirse en la dirección que le ordenaba su instinto y obligó al guardaespaldas a seguirle, no sin esfuerzo por su parte. Cruzaba pasillos a toda velocidad sin detenerse a mirar nada, entraba en todas las habitaciones, y tras una simple ojeada las descartaba. Lo cierto es que creía que en cualquier momento iba a perder la cordura. Imágenes sobre la sala circular aparecían en su mente cada pocos minutos, exhortándole a correr literalmente hacia aquel cilindro oscuro. Un terror incipiente crecía a su alrededor como alternativa a ello, y no pasó mucho tiempo antes de que Dersen le abandonara.

—¡No! —le gritó el anciano mientras el hombre huía—. ¡Necio!

Maldiciendo para sí, Galwyn continuó. Bebió un sorbo de agua de su cantimplora y trató de serenar su mente, desechando cualquier pensamiento referido a aquella sala y desterrando el temor que asomaba cada vez que tenía la posibilidad. Estaba solo, pero eso no iba a ser un problema. No. Sería una ventaja, como siempre.

Continuó su búsqueda dosificando sus fuerzas. Comenzó a ver una pauta en la estructura de aquel lugar. Aunque era éste una evidencia en sí mismo de la existencia de una civilización tecnológicamente avanzada que no eran capaces de entender, las zonas respondían a utilidades bastante comprensibles (al menos algunas). Galwyn ya había llegado a algunas conclusiones y esperaba poder reflejarlas en alguna anotación tan pronto como pudiese.

Siguió caminando e investigando hasta que finalmente encontró una puerta sellada. Al elevar la mano hacia ella para tocarla, su pulsera brilló y las puertas se separaron sin ningún ruido, permitiéndole el acceso a un habitáculo del tamaño de un armario. Una vez dentro, notó como la sala se movía y comenzaba a subir. Debía de tratarse de un ascensor muy sofisticado que finalizó su trayecto en la plena oscuridad.

Al cabo de unos segundos en los que Galwyn ni siquiera se atrevió a exhalar el aire que guardaba en sus pulmones, la sala comenzó a iluminarse descubriendo delante de él un pasillo que acababa en una

habitación circular. Al contrario de las zonas que había visto de aquel enorme edificio, austeras y funcionales, ésta presentaba elementos ornamentales y acogedores. La iluminación, tenue y azulada, revelaba un elemento central al que se accedía por una pequeña escalinata.

Lentamente, sobrecogido, Galwyn subió los pocos peldaños y se encontró sobre una tarima circular que dominaba toda la estancia. Delante de él había un pequeño altar con una fuente de color plata brillante, vacía.

Con temor y veneración, con más nervios de los que había tenido desde hacía años, colocó sus manos sobre aquella estructura mientras un halo de luz blanca acariciaba su piel. De pronto, pudo ver cómo junto a él aparecía una representación de su propia figura, transparente. Anonadado, se contempló a sí mismo, mirándose cara a cara. Pero no solo se veía a sí mismo, ¡sino que veía el interior de sí mismo! Podía ver su corazón y cómo éste latía irregularmente, la sangre fluyendo por sus venas, sus huesos y el interior de ellos. Podía ver su cerebro, iluminándose, y la retina de sus ojos, y cada músculo entrelazado bajo su piel. Y aún alcanzaba a atisbar una luz que lo rodeaba, saliendo de su cuerpo, como si fuese parte de él, inidentificada. Fascinado, escrutó la imagen hasta que ésta desapareció, devolviendo la sala a su tenue luz azulada original.

Entonces, la fuente se llenó de un líquido transparente. Parecía agua.

El anciano temblaba como un flan, como un adolescente ante su primer beso, como un niño desvalido. Buscó frenéticamente en su mochila hasta encontrar una taza, tirándolo todo a su paso.

Con el brazo temblándole, perdida ya toda noción de autocontrol, sumergió la taza en aquel líquido semiespeso y bebió. Tragó sin preguntarse nada más, con los ojos inundados de lágrimas.

Entonces sintió un profundo dolor. Y se desplomó.

Thaddeus era un hombre racional. Siempre se había jactado de su capacidad lógica y deductiva, y de poseer férreo control sobre su pequeño universo. Hasta que había llegado a aquel lugar.

Desde que se había adentrado en aquellas cuevas todo había empezado a ir mal. Terriblemente mal. No había sido capaz de evitar que camaradas suyos muriesen en las más aciagas circunstancias, ni de llamar a la razón a un grupo totalmente descontrolado. Tampoco había conseguido serenarse a sí mismo, y había perdido la cuenta de las veces que el terror había anulado sus sentidos.

Como ahora, que pese a darse cuenta de la ilógica consecución de sus actos, continuaba efectuándolos. Se encontraba a sí mismo

corriendo por pasillos extraños como un loco, acompañado de un fortachón de dos metros que parecía tener menos control aún que él, y que, si se descuidaba, lo dejaría atrás en su patética huida hacia... ¿hacia dónde? Solo sabía que debía alcanzar aquella sala enorme, y entonces estaría seguro. ¿Seguro contra qué?

Jadeando, desquiciado, persiguiendo a un Morn totalmente enajenado, alcanzó el lugar que buscaba. De pie, en aquella enorme plataforma circular suspendida sobre una caída de veinte metros de altura, era incapaz de asegurar cómo había llegado hasta allí. De hecho, parecía un lugar bastante peligroso.

—¡Prrofesorr! —gritó Morn, señalando algo.

Delante de ellos, cinco arcos del doble del tamaño de un hombre rodeaban lo que parecía una pirámide opaca que se encontraba en el centro de la plataforma. Aquel elemento, a simple vista desentonaba con el resto, estaba fuera de lugar, pero su presencia era tan fuerte que Thaddeus palideció con solo mirarlo.

—¡El chico! —volvió a gritar el espeleólogo, llevándose las manos a la cabeza

Los ojos de Thaddeus se abrieron como platos al reparar en algo que había desatendido en un primer momento. A los pies de aquella pirámide, abrazado a ella, en lo que parecía un saco de carne destrozada y humeante se encontraba el cuerpo de Robert Kent, a quien habían dado por perdido largo tiempo atrás. Las desgarradas manos del muchacho todavía se encontraban enganchadas a la superficie del mismo, como tratando de abrirlo a través de una ranura. Sus ojos vacíos y abiertos se desprendían de sus cuencas y su rostro enarcaba una expresión terrorífica. Solo alguien que lo hubiera conocido bien en vida, sería capaz de identificarlo en ese estado.

—¡Hay que sacarrlo de ahí! —dijo el especialista, mientras se dirigía hacia el cadáver del chico.

—¡No! ¡Detente! —gritó Thaddeus.

El profesor trató de detener a Morn sin éxito y palideció al contemplar cómo el especialista salía despedido hacia atrás al mero toque de aquel artefacto. Entonces una nueva oleada de energía, como la que hubiera sentido en los dormitorios, volvió a hincarlo con las rodillas en el suelo. A su alrededor, la realidad se estaba volviendo una pesadilla auténtica. Sombras, como las que hubiera podido contemplar de reojo anteriormente, aparecieron a su alrededor con total claridad. Se llevó las manos a la cabeza y apretó sus sienes, tratando de desterrar las voces que le increpaban a acercarse a aquel objeto y abrirlo. Comenzó a llorar, y a través de sus lágrimas pudo ver cómo Morn se levantaba y volvía a acercarse a aquella cosa, golpeándola y gritando de dolor ante la sacudida que recibía. Trató de acercarse y gritar, pero solamente un susurro logró emerger de su

boca.

—Vámonos... tenemos que... escapar.

Pero nadie lo escuchó. Ni tan siquiera él mismo. Otra sacudida lo tumbó en el suelo y a través del mayor terror que jamás hubiese sentido, vio como Dersen aparecía corriendo y golpeaba a Morn, totalmente desquiciado. Después, éste se encaramó al artefacto y trató de abrirlo por la misma ranura donde aún colgaban los dedos de Robert.

El tiempo se convirtió en algo palpable. Las sombras se cernían sobre él. Sus compañeros se estaban suicidando contra aquella maldita cosa. Y él solo podía llorar. Ni siquiera podía levantarse y correr. Tan solo podía llorar. Imágenes de su hermana cocinando guisado de patatas para su anciano padre y de su mejor alumno despidiendo el curso con un regalo se fundían con las terribles instantáneas que le devolvían sus ojos. Recordaba el bosque, y los verdes prados de su casita en Auken, y el olor de las flores de arista, en primavera. Todo eso iba a acabar. Su muerte le alcanzaba de la manera más horrible que hubiera podido imaginar.

De una manera ilógica e incomprensible.

Entonces algo sucedió. A través de su débil consciencia pudo ver a su maestro, que se acercaba. Se acercó a él y no al artefacto, y le ayudó a incorporarse.

—Debemos marcharnos, Thaddeus —oyó que le decía. Lo escuchó desde un lugar muy lejano, aunque, de hecho, Galwyn estaba junto a él. Podía sentir sus brazos sosteniéndole con fuerza. ¿De dónde sacaba aquella fuerza? ¿Y por qué no sucumbía a la voluntad del artefacto?

—Ayúdalos —respondió Thaddeus, con lágrimas en sus ojos.

—No. Ya están perdidos. Tenemos que huir de aquí rápidamente. Esto no se va a detener.

—Tú puedes ayudarlos, Galwyn. El hombre que conocí... el que es mi amigo, no dejaría morir a sus camaradas. No así —gimió el empequeñecido profesor.

—No lo entiendes, Thaddeus. No debo acercarme a esa pirámide —le respondió el anciano, con una preocupación genuina reflejada en sus ojos. Estaba claro que también él libraba su propia batalla.

—Entonces vete. Déjame aquí y huye. Háblale al mundo sobre este lugar. Tú tenías razón, después de todo —respondió Thaddeus con amargura, soltándose del agarre de su maestro y dejándose caer en aquella plataforma.

Galwyn lo observó, evidentemente sorprendido, y muy molesto.

—¡Debería hacerlo! No podías elegir peor momento para sacar gallardía, estúpido Thaddeus Shane.

Thaddeus vio cómo Galwyn fruncía el ceño, dudaba y maldecía y después se apartaba de él con resolución. Jadeando, el arqueólogo

siguió a su maestro con la mirada mientras éste se acercaba al centro de la sala. Puede que fuese producto de aquella confusión, pero parecía distinto. Su porte era más fornido y su espalda se erguía recta debajo de sus ropajes. A través de las sombras y del caos reinante, pudo ver cómo Galwyn se colocaba delante del artefacto, de manera casi desafiante. Las voces a su alrededor se incrementaron, creando un coro ensordecedor que amenazaba con hacerle estallar el cráneo. Si bien Thaddeus apenas podía conservar la cordura, Galwyn parecía impertérrito mientras elevaba su brazo derecho hacia la pirámide metálica; aquel terrible artefacto surgido de la mismísima morada del mal. La pulsera de su muñeca brilló de nuevo, acallando el mar de voces y haciendo que el artefacto comenzara a abrirse. Una luz mortecina surgió de su interior, junto a una ráfaga de fuerza que lanzó a Morn, a Dersen y al cuerpo de Robert a cinco metros de su epicentro.

La túnica de Galwyn se sacudió con fuerza, pero el hombre no se movió de su lugar.

La pirámide abierta en su totalidad dejó a la vista otro artefacto; un cilindro negro que se hallaba suspendido en el aire de manera imposible. El objeto, tan pronto como fue descubierto, comenzó a emitir una luz roja que se encendía y apagaba, en pulsos cortos y rítmicos.

Las sombras se disiparon y la enorme sala quedó en calma.

—Thaddeus, levántate. Ayúdame a sacarlos de aquí —escuchó decir a Galwyn, mientras señalaba a Morn y a Dersen, que permanecían en el suelo, presa de terribles heridas—. ¡Ahora!

—De... de acuerdo —gimió el profesor, tratando de recuperar sus funciones.

Entonces algo sucedió. Algo que los hizo detenerse y palidecer de nuevo. El templo entero comenzó a crujir a su alrededor. Los profesores trataron de asirse al suelo cuando un fuerte temblor comenzó a sacudir el edificio entero. La ciudad entera. La montaña entera. Y sobre ellos, hendiendo el propio aire, comenzó a dibujarse una grieta; una grieta que parecía estar partiendo en dos la realidad.

Thaddeus se llevó las manos a la cabeza de nuevo. Su mente, su cordura y su cuerpo no podían más.

—¿Qué hemos hecho? —oyó decir a Galwyn cerca de él, justo antes de perder el conocimiento.

«¿Qué hemos hecho?»

OX

Reino de Kur
Interterras.
Ruta en Keppler de Borche a Phontos.

«Aún me queda un poco de tiempo,
y cada resquicio de mi voluntad.
Para encontrarte».

…

En aquellos días, los barcos navegaban abarrotados debido a la huelga que duraba ya más de tres meses. El problema no estribaba en la cantidad de gente que un carguero podía o no podía acarrear, ni en el precio de los pasajes que comenzaban a rozar lo ridículo, ni tan siquiera en lo increíblemente desesperante que resultaba hacinarse en un bote que tendría más de cincuenta años junto a cientos de personas impacientes y atemorizadas. El problema radicaba en las cribas.

Por ellas, cruzar Interterras se estaba convirtiendo en objeto de pesadilla para cualquier desafortunado que tuviera que hacerlo.

Y, sin embargo, iban llenos. Siempre a rebosar.

En su camarote había una ventana. Solía empañarse y rara vez podía distinguir nada, pero ella, siempre que podía, elegía una ventana. En ocasiones, el Keppler dejaba atrás las nubes y permitía que el sol iluminara la estancia, y los paisajes que sobrevolaban. Le gustaba dejar volar su mirada a través de los valles y las cornisas escarpadas de las cordilleras, y de vez en cuando, contemplar los destellos azules de las minas de Cuanto diseminadas por las montañas. Todo aquello conseguía alejar, aunque fuese por unos momentos, la oscuridad que siempre la acompañaba.

Lamentablemente, hoy ni ese pequeño privilegio tendría, pues atravesaban una tormenta helada y el barco daba tantos bandazos que todos los niños se habían puesto a llorar a coro. Los adultos trataban de consolarlos sin que se dieran cuenta de que estaban más asustados que ellos.

En uno de aquellos movimientos, el niño que se sentaba junto a ella le vomitó encima toda la cena.

Su madre se turbó, apartando al pequeño y tratando de limpiar con su pañuelo de bolsillo el desastre de la camisa de la mujer.

Ella contempló la escena, impasible.

—Lo siento mucho, discúlpeme. Estas no son condiciones para que

viaje un niño, ¡ni nadie, dicho sea de paso! ¿Ha visto cómo cruje la quilla? —dijo la mujer, apurada.

—No pasa nada —respondió la joven encapuchada en poco más que un susurro. Su voz, carente de emoción, tenía una cadencia monótona pero perturbadoramente armoniosa. Si un felino pudiese hablar, seguramente usaría ese mismo tono.

—¡No son condiciones, no señor! ¡El ganado sin duda debe gozar de mejor trato en estos días! Por no hablar de esos malditos cenestes y su «selección». Somos gente normal y corriente, maldita sea, no rebeldes, ni terroristas —continuó protestando la madre del niño, quien por cierto ya parecía sentirse mucho mejor y se dedicaba a pegar puñetazos a su hermano.

—Tranquilícese, buena señora —intervino una tercera voz. Era la de un joven envuelto en una capa enorme y gruesa.

El chico, cercano aparentemente a la treintena, de cabellos claros y despeinados atados en una coleta formada por pequeñas trenzas, destapó una cítara de debajo de sus ropajes y se las apañó para hacerle un sitio entre la gente de su alrededor. Acto seguido comenzó a tocar, acallando los llantos y las voces indignadas. Se trataba de una cítara neniana, con lo que el sonido que creaba era más agudo y melódico que sus homónimas de las tierras sureñas. Pronto, los vaivenes y los crujidos quedaron en segundo plano, y la gente olvidó sus miedos.

La mujer lo observaba mientras tocaba. Tan solo sus ojos negros asomaban bajo la capucha envuelta, y lo escrutaban más allá de lo que unos ojos normales pudieran hacer. Pronto determinó que su interés era más bien escaso, y su mirada buscó más allá del ventanal cubierto de agua y escarcha, perdiéndose en la vastedad de los cielos oscuros.

En ese momento la música cesó, y la habitación recuperó un silencio incómodo que sus más de veinte moradores se ocuparon rápidamente de suplir con gritos y exabruptos.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó entonces el músico, acercándose a la joven encapuchada. Cuando ella reparó de dónde provenía la voz suspiró con fastidio.

—Lo dudo mucho.

—Pareces triste, y aunque no puedo ver tu cara, seguro que no es una cara que merezca estar así de triste —sonrió él.

—Mi tristeza no es algo que le incumba a un trovador como tú.

El joven soltó una carcajada.

—¿Ves? Eso ha tenido gracia. No se ven trovadores desde hace más de mil años. Es algo anacrónico, ¿no crees?

—Sin embargo es lo que tú eres. Creo que se te ha olvidado pasar la gorra.

—¡Bien dicho! Pero ya es algo tarde para eso. He decidido que me

caes bien, mujer misteriosa. Mi nombre es Fidias —el joven extendió la mano, mano que fue contemplada y después ignorada con el más impasible de los desdenes—. Oh, vamos. Dame un poco de cuartel y dime tu nombre.

—No estoy interesada. Ignórame, por favor.

—Hagamos una cosa —comenzó a proponer el músico, poco dispuesto a renunciar a su empeño y sin perder un ápice de buen humor.

—No me gusta repetirme —interrumpió la mujer, con un fulgor en los ojos que danzó del uno al otro.

El joven asintió, sonrió apaciblemente y guardó el instrumento bajo su capa, sumiéndose en un mutismo que le duró poco, pues el barco comenzó a descender saliendo de la tormenta y el paisaje apareció súbitamente ante él como la imagen de un lienzo a acuarela, velado como se encontraba por la lluvia.

Mientras el Keppler viraba y corregía su dirección, las luces del puerto de embarque comenzaron a encenderse metros y metros por debajo, engalanando las terrazas del viento. Desde su posición privilegiada, asomado al cóncavo ventanal del camarote, podía contemplar la ciudad en su totalidad, vestida de rojo atardecer.

Al oeste se levantaban dos grandes torres grises que inevitablemente, atraían la mirada del recién llegado. No eran hermosas, pero sí monumentales, y pertenecían al distrito gremial; eje principal de la industria Kurita. El humo de las grandes chimeneas de las fábricas se elevaba hacia cielo del ocaso, dando pinceladas de negro carbón sobre el lienzo ocre.

Los distintos barrios se distinguían perfectamente a simple vista. Al este, el distrito noble se diferenciaba por la calidad de sus residencias, así como por la cantidad de edificios públicos en forma de palacetes que asomaban entre los más de diez parques que lo decoraban. El distrito de las capillas se encontraba a su izquierda, y ofrecía, para deleite del visitante, un hermoso panorama en forma de catedrales, iglesias, y senderos de abedules. El distrito obrero, situado tras el gremial, acogía las residencias del ciudadano medio y sus servicios. En su seno se levantaba el hospital mayor, y uno de los cuarteles más impresionantes de la urbe.

La vista se perdía finalmente en el palacio real, que, desde las afueras, dominaba toda la ciudad. Sus cúpulas dobles y sus giraldas estaban rodeadas por bandadas de pájaros que parecían sobrevolarlas de forma perpetua.

Sin embargo, lo más impresionante de Phontos era su enclave, pues la urbe se encontraba erigida sobre un desfiladero rocoso que dominaba una impresionante vastedad montañosa, en todas las direcciones hasta donde la vista alcanzaba. Se podían ver hasta cinco

terrazas que lindaban con Interterras; el enorme cañón que comenzaba a sus pies y se perdía miles de metros en la bruma.

Los accesos a la ciudad eran complicados y pasaban por carreteras artificiales, pasos públicos, caminos y túneles rocosos que, de seguirlos, llevarían al viajero a múltiples e interesantes destinos, como la subterránea Kíos, o las paradigmáticas Belos y Sulena, tan próximas a Interterras que el dominio había sufrido cruentas guerras en el pasado para asegurarlas. O como Macelos, el enclave minero más importante de la nación, o quizás Lacomundus, el lago en altura más grande del continente, destino común de viajeros, científicos e intrépidos deportistas.

Con semejante panorama, la imaginación podía volar libre, y sin embargo hoy, todo eso ofrecía poco interés para los pasajeros. Lo interesante (o preocupante) era el enorme grupo de cenestes que se podían ver esperando en el puerto, mientras el barco descendía con lentitud.

—Mirad ahí —señaló el joven músico a la audiencia.

—Es imposible que hayan acudido solo para este barco, ¿verdad? —gritó más que dijo, la madre del niño.

—Son demasiados para un solo pasaje —respondió Fidias, tragando saliva—. Acabaré en el calabozo. Siempre acabo en el calabozo.

La encapuchada desconocida se levantó entonces y sorteó pesadamente a las personas del camarote, abriéndose paso hacia el exterior. Fuera era aún peor, pues la gente que no conseguía privilegio de camarote tenía que cruzar Interterras de pie, agarrados a las barras metálicas de las paredes, en viajes que oscilaban entre las cinco horas y los dos días de travesía. Era tal el hacinamiento que el olor a vómito de su camisa se disipaba entre el hedor de aquellos pasillos.

Maldiciendo para sí, empujó y se tambaleó entre cientos de personas hasta llegar a la puerta de uno de los pocos aseos del barco. Evidentemente había cola, y la gente que esperaba aporreaba la puerta increpando a su actual ocupante. Allí no encontraría nada que pudiese usar.

Siguió abriéndose paso hasta la parte de popa. Había algo menos de gente, pues la tripulación echaba a los sobrantes para gozar ella de algún espacio de maniobra. La mujer observó y analizó desde las sombras, hasta dar con un pequeño armario donde un empleado de la limpieza guardaba unas fregonas. Esperó hasta que se fuera y después se acercó. Trató de abrir la puerta, pero naturalmente, la llave estaba echada. Metió la mano en uno de sus bolsillos y buscó en su interior.

Tras palpar lo que buscaba, sacó una ganzúa de ángulo curvo, la introdujo en la cerradura y la deslizó hasta escuchar el esperado «click». Abrió con cuidado y apartando unos mochos se metió ella, cerrando tras de sí.

Y el barco atracó. El anclaje de un Keppler era siempre traumático, pues había que lograr colocarlo en una de las grandes plataformas colgantes de amarre. Ello se traducía en golpes y más golpes, y dentro del armario de la limpieza todavía fue peor.

La mujer esperó. Escuchaba el vocerío de la gente y el ir y venir de la inquieta tripulación, y algo más tarde los susurros contenidos de las personas mientras la Guardia Ceneste entraba en el barco sin miramientos. A sus oídos llegaron sonidos de pasos, de gritos, de golpes y de posterior tumulto.

Afortunadamente no escuchó ningún disparo, lo cual era de agradecer. Aquella había sido una redada limpia.

Hubo de esperar al menos una hora más antes de que los pasos de las personas cesaran. Debía salir de ahí en ese mismo instante, pues pronto comenzarían las labores de limpieza y mantenimiento del bastimento.

Abrió con cuidado y salió a los pasillos. La madera crujía levemente a sus pies mientras caminaba. Escondiéndose a través de las esquinas, se paraba cuando oía movimiento, incluso cuando este proviniera del techo del barco. Así cruzó la embarcación entera, y cuando por fin logró salir, una vivificante brisa portuaria la recibió.

Eso, y un cuchillo en su cuello.

La mujer dirigió la mirada a su derecha y encontró un ceneste empuñándolo, como no podía ser de otro modo.

Delante de ella, las luces del puerto brillaban bajo una cortina de lluvia.

El sargento Bredam Alistair de la guardia era un tipo flemático y eminentemente práctico. Para él, la vida se complicaba demasiado cuando uno trataba de buscar razones innecesarias, o cuando se ponía en entredicho algo que simplemente, estaba ahí, o era así, por una buena razón.

Por ello cuando le trajeron el grupo de sospechosos de aquella tarde, se limitó a sacar su libro-registro y a empapar su pluma en el tintero áureo con forma de yunque que engalanaba su mesa de trabajo.

—¿Cincuenta? —preguntó a su ayudante, el cabo Robbs, un muchacho timorato e impresionable, colocado ahí por los contactos con el Comisariado de su padre, por supuesto.

—Cincuenta… y… uno, señor —contestó con la voz trémula que acostumbraba, observando su ficha.

—¿Algún motivo para exceder el cupo? —indagó el sargento levantando por primera vez la vista hacia el grupo de gente colocada

en la sala sin orden ni concierto.

—Si, señor —respondió una voz, la del cabo Jehells—, encontré a una sospechosa tratando de evitar la redada. Tiene un aspecto prometedor, y hasta donde sé podría tratarse de un polizón en la fragata.

—¿Y por qué lleva cubierto el rostro todavía?

El guardia se adelantó con la prisionera y de un tirón le arrancó la capucha. Bajo ella apareció una mujer extraña. Nadie podría decir que no fuera joven, pero el semblante de su rostro era macilento, tan pálido y sin sombras que parecía presa de la enfermedad. Sus ojos, oscuros y almendrados, enmarcaban unas pupilas negras como pozos que escrutaban a su alrededor con frialdad. Un cabello enmarañado del color del ala de un cuervo, pero sin su brillo, enmarcaba unos rasgos fríos y poco marcados. Observaba la situación con la cabeza gacha, mirando hacia arriba, como un depredador.

—¿Nombre? —comenzó el sargento a preguntar, sin un solo atisbo de interés.

—Leandra.

—¿Ciudad de procedencia?

—Thul.

—Papeles —exigió el hombre, levantando la mano y sin disimular su aburrimiento.

—Sufrí un atraco antes de embarcar —susurró con su voz rasgada —, pero no soy un polizón. Aquí está mi pasaje —continuó ella, mientras le entregaba un trozo de papel.

—Indocumentada. ¿Tienes idea de los problemas que genera eso?, ¿y del papeleo? —el sargento elevó la vista al techo y se dirigió a sus hombres—. Metedla a los calabozos con el resto, pasará la criba y luego ya veremos. Llamad a los censores y no me molestéis si no es por algo importante. Estaré en mi despacho. Vamos Robbs, hay que liquidar cincuenta y una actas antes de la cena.

A golpe de empujón, la mujer fue conducida hasta una celda grande donde colocaron a todos los que cabían, sin distinción de ningún tipo entre ellos.

—Y no arméis problemas. Si no tenéis nada que ocultar, saldréis de aquí antes de la madrugada — explicó el cabo Jehells antes de marcharse.

Cuando los guardias se fueron la gente comenzó a protestar. Se escuchaban todo el tiempo frases como «esto es un abuso» o, «¿qué clase de ciudadanía es ésta?». Algunos hasta enarbolaban discursos acerca de los derechos inherentes vulnerados, o sobre la decadencia del país en los últimos años. A estos pronto les acallaban los demás, no fuera que a alguien a quien le importara de algún modo escuchara proclamas de alta traición. En esos tiempos, nunca se sabía.

La mujer eligió la esquina más apartada al fondo de la celda y simplemente, esperó.

Los celadores entraban metódicamente y elegían a dos o tres personas a quienes se llevaban y las cuales, generalmente, no volvían. Alguien había tenido la decencia de hacer un apartado para el cubo de excrementos para preservar la intimidad de los presos, pero estaba claro que ni se habían planteado la opción de un desagüe. Aquello apestaba.

Pasadas unas horas, se habían llevado a todos y devuelto a algunos, pero no habían reparado en ella. Fue en el último viaje que uno de los celadores se percató.

—¡Eh mira! A esa no la hemos sacado —se escuchó desde la puerta, señalando en su dirección.

—¿Estás seguro?

—Seguro. Fíjate, parece un fantasma en lugar de una mujer, qué miedo da.

—¡Tú!, con nosotros.

Ella se levantó sin rechistar y siguió a sus captores, sin perder de vista las habitaciones a través de las cuales cruzaba. La condujeron hasta una sala de piedra en el segundo sótano de los cuarteles, donde le esperaban dos guardias cenestes y un censor. Este, vestido de blanco y magenta, enarbolaba su conocida cofia de rango. Al parecer, se trataba de un censor de poca categoría, probablemente recién llegado al Censo o quizás de pocas aptitudes. Aun así, verlo imponía respeto.

—Pasa y siéntate. Leandra. ¿Verdad? —preguntó el señor, de unos sesenta años, leyendo el informe que uno de los guardias le acababa de facilitar—. Leandra ¿qué más?

—Ox.

—Ox. Jamás he escuchado tal gentilicio. No importa. Tu procedencia o tu ascendencia me son poco relevantes. Deja que te observe.

El censor se acercó a ella y la rodeó, analizándola de arriba a abajo. Después se detuvo a escasos centímetros de su rostro, y la escrutó.

—Tus ojos son extraños. Y tu piel —comentó, mesándose el mentón.

—Lamento no ser hermosa —replicó ella.

—La belleza es irrelevante. Dime, ¿qué opinas de la muerte, Leandra Ox?

—Que es inevitable —respondió, sin atisbo de duda.

—Es cierto. A todos nos llega. Sin embargo, la gente suele preferir eludirla, ignorarla, alejarse de sus poderes.

—No existe poder en la muerte —sentenció ella, mirando fijamente a la pared—, tan solo el vacío.

—¿Eso crees?

El hombre se acercó a su escritorio y tomó algo de él. Después lo colocó sobre las manos de la mujer. Al bajar la mirada, ella encontró un pájaro, un pequeño gorrión en plena descomposición. De sus tripas emergían blanquecinos gusanos que comían y rasgaban la carne del animal, liberando sus huesos. Inmediatamente abrió las manos con mueca de repugnancia y el cadáver se estrelló contra el suelo. El censor la observaba minuciosamente, sin rastro alguno de emoción. Escribió algo en su libro y clavó en ella su mirada. La estaba examinando, como a un ratón de prueba. La estaba juzgando.

—¿Qué has sentido? —indagó el hombre.

—Asco. Desagrado —respondió Ox, lacónicamente.

—Aseguras que no hay poder en la muerte, pero eres incapaz de mirarla a la cara. ¿Qué significa? —continuó el censor.

—Hay una diferencia entre el poder y la emoción humana —continuó la joven, notando cómo su pulso comenzaba a acelerarse, contra su voluntad.

—¿Qué viste en el pájaro?

—Descomposición. Vacío —insistió ella.

—Mientes —la increpó el censor. Acto seguido sacó un puñal de su túnica y lo llevó con lentitud hasta el cuello de ella. Apretó ligeramente sobre la blanca piel, haciendo brotar una única gota de sangre—. ¿Qué sucedería si fuera tu propia muerte la que se aproxima? ¿A quién rezarías?

—A nadie —Aseguró Ox, tratando de no dejarse llevar por sus emociones.

El censor apartó el puñal y se quedó observándola de manera indescifrable durante largos segundos.

—Devolvedla a la celda —sentenció.

Los guardias asintieron y la condujeron de nuevo al calabozo. Cuando se hubieron marchado, la joven se maldijo para sus adentros. Tenía ganas de llorar de impotencia, y le estaba costando trabajo contenerse. Todo aquello era una enorme pérdida de tiempo y a lo peor terminaría en desastre. Los inquisitivos ojos de aquel hombre repugnante todavía la perseguían en su mente. Tendrían que dejarla libre, no tenían ninguna prueba. A no ser que...

Algo llamó su atención. Varios bultos más allá (los presos se habían hecho un ovillo en el suelo para intentar dormir), localizó algo que gemía y se movía. No solía inmiscuirse en asuntos ajenos, pero se le antojó que cualquier cosa era mejor que quedar sola con sus pensamientos, en aquel momento. Así que se acercó a gatas a través de la paja que alfombraba el suelo de la celda. En un montón de ésta se arrebujaba una figura tratando de buscar calor bajo su capa. La figura lloraba y se lamentaba de su suerte.

Colocó su mano en el hombro del desconocido y éste se sobresaltó e incorporó asustado. La luz de una de las lunas que cruzaba a través de los barrotes iluminó la cara del músico que hubiera conocido en el barco. Tenía un ojo hinchado por haber recibido un buen golpe en la cara.

—Eres el trovador del Keppler —susurró ella, sorprendida—. ¿Por qué estás aquí?

—Mi mala suerte me persigue, supongo.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Ahora mucho mejor —sonrió el joven enjuagándose las lágrimas —, porque he podido ver tu cara, finalmente. Y también escuché tu nombre, Leandra. Hubiese preferido conocerlo en mejores circunstancias que ésta, pero...

—Ese no es mi nombre —suspiró ella apoyándose en la pared.

—Ah, ya veo.

—Puedes llamarme Ox.

—¿Es tu verdadero nombre?

—No.

El muchacho se arrastró hasta la pared y se apoyó a su lado, quejándose al moverse.

—Es mi apellido familiar. Uno tan insignificante que nadie lo conoce, y a nadie le importa. Dime, ¿qué haces todavía aquí?

—No debí parecer convincente. Dicen que soy un delincuente porque me parezco no sé a quién... siempre me confunden con alguien que buscan. He probado a cambiarme el aspecto de cien formas distintas, pero siguen pensando que soy él.

—¿Y quién es ese hombre con el que te confunden?

—Lo ignoro.

—¿Y esa paliza?

—Ese maldito abuelo psicópata me enseñó un animal vivo y quiso que lo apuñalara delante de él. Le escupí a la cara.

La mujer sonrió levemente al imaginarse la escena.

—¿Qué clase de métodos son esos? La gente está loca últimamente. Y para colmo me han requisado la cítara.

—Fidias...

—¡Recuerdas mi nombre! —exclamó exaltado. En respuesta recibió un zapato volante en plena cabeza, proveniente de algún preso, que además le profirió todo tipo de insultos para que se callara.

—Debo escapar de aquí antes del amanecer, y no sé por qué, pero creo que tú eres bueno en eso.

—Eh, que no soy un delincuente —se defendió el joven.

—Bueno, yo sí —aseveró Ox.

Hubieron de pasar al menos tres horas antes de que los sonoros ronquidos del celador llegasen hasta sus oídos. La sombra que era Ox, se deslizó entonces entre los presos y sacó algo de su bolsillo, manipulando y accionando el cierre de la puerta con ello. La joven estaba utilizando una ganzúa para abrir la cerradura de la celda, y su compañero no puedo evitar observarla divertido.

Una vez fuera, la semi penumbra y el silencio cubrían los pasillos de piedra, y tan solo una brisa helada recorría a esas horas aquellos suelos y paredes. La mujer señaló una dirección próxima y el joven se adelantó. Avanzaron con sigilo a través del baluarte, escondiéndose cada vez que escuchaban el menor movimiento o veían a lo lejos las danzantes luces de los candiles. Como ignoraban el camino, se perdieron varias veces antes de encontrar la entrada que recordaban.

—Detente —susurró la mujer, escondiéndose detrás de una mesilla de madera y atrayendo al joven hacia sí. Unos guardias cruzaban el pasillo en dirección contraria, charlando entre ellos.

—¿Has escuchado los rumores? —comentaba uno.

—Sí, pero no deberíamos hablar de ello, ni siquiera aquí.

—¿En estas soledades? ¿Quién podría escuchar nuestras palabras excepto las ratas? Además, no es ningún secreto. No se habla de otra cosa en los cinco distritos, pese a la propaganda que se lanza desde el palacio. El rey lleva meses muerto.

—Es demasiado rebuscado, Zed. Simples habladurías con las que se divierte la plebe. Todo lo que sabemos es que la gente como tú y como yo no hemos visto al rey en todo ese tiempo. Pero adivina qué; a nadie le importa la gente como tú y como yo. No pintamos nada en los asuntos de los políticos, si permites que te lo diga. Tú dame un buen bocadillo de tocino y que viva o muera el rey que sea, pues poco me interesa.

—Quién es el osado ahora, ¿eh?

Su colega se encogió de hombros y siguió su camino junto a su compañero. Cuando las voces fueron perdiéndose en la distancia, los prófugos corrieron hacia la salida.

Aquella escalinata la recordaban; a partir de ahí solo tendrían que cruzar el patio y estarían en el exterior. Tan solo un hombre guardaba la puerta, sentado en una butaca, haciendo la guardia que le había tocado, la peor de todas, a mitad de noche. Se encontraba silbando una canción muy conocida, de espaldas a ellos.

Fidias se acercó lentamente desde el pasillo y robó el puñal del cinto del guarda sin ninguna dificultad. Después lo agarró por detrás tapándole la boca y colocó el puñal su garganta.

—¿Por qué has hecho eso? —maldijo Ox, acercándose a su compañero a toda prisa—. En cuanto lo soltemos dará la alarma y nos

pondrán en busca y captura.

—No lo soltaremos entonces —sentenció el joven, como si fuera la respuesta más obvia. Su mano realizó un imperceptible movimiento.

—¡Espera! —gritó ella, deteniéndolo mientras lo escrutaba desde unos ojos que eran dos ranuras negras.

Sin esperar un segundo más, la joven colocó su mano en la frente del guarda, quien de repente abrió mucho los ojos, presa del terror, como si delante de él hubiese aparecido uno de los demonios del octavo infierno reclamando su carne, para después caer al suelo entre espasmos.

—Vayámonos —siseó ella, con rabia.

La pareja salió del cuartel y corrió sin descanso durante al menos media hora, a través de calles y callejuelas, antes de sentirse un poco a salvo. Se pararon en un callejón más oscuro que el resto, amparados por el toldo de un comercio.

—¡¿Qué fue eso?! —exclamó el joven entonces, extasiado—. ¡Lo tumbaste con un solo toque en la frente! ¿Está muerto?

—No, no lo está. Gracias a mí, de hecho —respondió ella fulminándolo con la mirada—. Ibas a matarlo, trovador. ¿Qué clase de impostor eres tú?

—¿Qué? ¡Te equivocas! No está en mi naturaleza quitarle la vida a nadie. Me ofende tu acusación. Solo planeaba dejarlo seco de un golpe —respondió agraviado.

Ella lo observó con el ceño fruncido, susurrando un «como tú digas».

—Está bien. Te deseo suerte en lo que quiera que hagas a partir de ahora —continuó Ox, preparándose para irse.

—Espera, espera. No irás a dejarme así…

—Ignoraba que fuese tu guardaespaldas, o tu niñera, bardo. Eres mayor para cuidarte solo.

—Pero yo te he ayudado ahí dentro.

—Porque te convenía. Además, no me fio de ti.

—¿Como podría ganarme tu confianza? —preguntó él, acercándose a un palmo de su cara, con expresión embaucadora—. Necesito que alguien me acompañe a los suburbios.

—¿Vas a Mehen?

—Debo acudir, por un encargo.

—Yo también necesito llegar ahí —dijo ella—, podemos ir juntos. Pero ni una sola cosa rara más, como la que acabas de hacer. Has podido ver que tengo mis métodos.

—Así será, mi señora.

—Y no me llames así —respondió mientras se alejaba.

—Pero es que aún no sé tu nombre.

—Ni lo sabrás.

- Nombre: Ox
- Edad: 25
- Ocupación: Caminante Planar
- Origen: Desconocido
- Motivación: Encontrar a «Ojo Blanco»

Un pasado turbulento, un origen incierto y una tremenda carga pesan sobre los hombros de Ox. Nadie sabe qué ocultan sus ojos color azabache. Sus movimientos felinos y sus oscuros talentos la hacen parecer una sombra. Llegará a Phontos con un sólo y acuciante propósito... desafiar al mismísimo destino.

LA CIUDAD DENTRO DE LA CIUDAD

Reino de Kur.
Ciudad de Phontos.
En algún lugar de Mehen.

«¿Yo? No, no soy ningún viajero ni he visto mundo.
No he juntado más de mil kels en mi vida.
Pero, ¡ey! ¿A quién demonios le importa?»
J «Botas» M.

Jon «Botas» Mclauden solía realizar todos sus encargos a esas horas. No porque fuera menos peligroso ni más conveniente, pues con los años había ganado la destreza y la sabiduría necesarias como para que cualquiera de sus «trabajos» resultaran indetectables hasta en las mismísimas narices de un ceneste, sino porque había una reputación que mantener. Era bueno para el negocio, se decía, dejarse ver de vez en cuando misteriosamente envuelto en una capa, agazapado sobre una solitaria cornisa, rodeado por la bruma.

Toda aquella parafernalia tenía sus ventajas, dicho fuera de paso. La gente extraña solía salir en esas circunstancias, por razones menos peregrinas y generalmente más lucrativas para un soplón como él. Como aquella pareja que llevaba dos manzanas zigzagueando y mirando a sus espaldas. Huyendo de alguien, probablemente. La clientela perfecta.

Mehen era la «ciudad dentro de la ciudad», el distrito sin número. Quien entrase en aquella zona lo hacía bajo su propia responsabilidad. No porque fuera una zona sin ley, ni porque las autoridades se hubieran desentendido de una parte de su territorio, sino más bien porque se había convertido en la manera y excusa de equilibrar poderes. En sus calles, delincuentes, proscritos, rebeldes y marginados hacían sus planes y tejían sus redes. Burócratas, cargos públicos y personalidades anónimas escondían sus vicios y maquinaciones, manteniendo así el quid pro quo. Se decía que, si hubiera que tirar del hilo de intrigas que se urdían en Mehen, no habría lugar suficiente en los calabozos y prisiones para recluir a todos los implicados.

Naturalmente no era una «zona de nadie». Las redadas y los arrestos se producían prácticamente a diario, y el cuerpo de cenestes realizaba entradas y registros de oficio con plena potestad. Aun así, prácticamente nada solía cambiar en sus calles, salvo las personas que integraban una u otra banda, o los dueños de uno u otro servicio.

Los límites precisos no existían como tales, pero era comúnmente

asumido que más allá de *Las Colmenas*, el barrio residencial para la gente de menores recursos de la ciudad, quien se aventuraba era porque sabía a lo que iba. Pese a ello, era raro que alguien accediese a pie de calle, pues Mehen se jactaba de contar con múltiples túneles subterráneos, mucho más discretos.

Los dos visitantes, que corrían más que andaban, a refugio de los edificios, parecían altamente sospechosos. Fue en esa circunstancia como fueron «abordados». Un hombre encapuchado, de mediana estatura y raída capa a un solo hombro, se colocó en su camino (a una distancia prudencial), y realizando una floreada reverencia, se presentó.

—«Botas» Mclauden, para serviros —los interpelados se detuvieron en seco y lo observaron con recelo, buscando a su alrededor señales de compañía—. No tengáis miedo de mí, pues trabajo solo. Bienvenidos a Mehen.

—¿Qué significa esto? —susurró la voz femenina bajo la capucha.

—Negocios, ni más, ni menos. Todo el que aparece por estos lugares busca algo, y digamos que yo... suelo tenerlo. Es así de simple. Os ofrezco mis servicios.

—Por un módico precio —añadió Fidias.

—Claro está —el hombre se acercó con una mueca socarrona en su rostro y ambos se dieron cuenta de que su curiosa y desgarbada manera de caminar se debía a que, por pierna derecha, tenía una prótesis de madera reforzada por un tronco metálico.

—No creo que nos hagas falta —se apresuró a decir el músico, pero antes de terminar la frase, fue interrumpido por su compañera.

—Espera —dijo dirigiéndose a Fidias—, ¿tu tenías que hacer un recado, ¿verdad? Quizás yo lo necesite.

—Sabia decisión, señora —añadió Botas, quien había llegado a su lado y mostraba un rostro surcado por fuertes marcas de expresión y algunas cicatrices.

El hombre estaría en sus cincuenta años. Sus profusas cejas no habían encanecido, y una mata de cabello fuerte y descuidado de color castaño, asomaba sobre su capa. Gozaba de facciones duras, pero no angulosas, marcadas por una fuerte mandíbula y una nariz levemente torcida que no le restaba atractivo. Su barba de varios días indicaba su indiferencia hacia la estética, y unos labios gruesos enmarcaban, eso sí, una sonrisa cuidada. Parecía muy seguro de sí mismo, y Ox se preguntó cuánto habría de verdad y cuánto de pose teatral.

—¡Pero no te puedes fiar del primero que ves! —protestó Fidias.

—No me puedo fiar de nadie, lo cual os iguala a todos. Dime, Mclauden, ¿qué servicios ofreces? —preguntó Ox.

—Bueno, cualquier cosa que necesites. Información, personas,

material, contactos...

—Estoy buscando a «Ojo Blanco». ¿Lo conoces?

El soplón torció el gesto y entrecerró los ojos. Titubeó unos instantes y después habló.

—«Ojo Blanco» ¿Eh? No es un tipo que sea fácil de conocer, desde luego. Y si te soy sincero, hay cosas en las que prefiero no meterme, ya sabes, por principios...

—*Prff* —resopló Fidias, con sorna.

—Por mucho que le cueste creer a tu amiguito, los de mi profesión también los tenemos —siguió hablando el hombre, mientras fulminaba con la mirada al joven rubio.

—Basta de acertijos. Eso quiere decir que lo conoces pero que va a ser caro, ¿verdad? —preguntó Ox.

—Eso quiere decir que sea lo que sea que tienes con «ese», deberías olvidarlo y volver por donde has venido. Pero si insistes, sí, será caro. El consejo corre por cuenta de la casa.

—No he venido hasta aquí en busca de charlas. Si puedes llevarme hasta él, te pagaré; por la información, por tu guía, y por tu silencio —explicó la joven encapuchada.

—Me gusta tu estilo y acepto tus condiciones, jovencita —comentó Mclauden, dibujando una carismática sonrisa en su rostro—. Pero yo pondré una más, y es inexcusable; si de verdad quieres llegar a «Ojo Blanco», tendrás que hacer lo que yo te diga. No hay una manera fácil de entrevistarse con ese tipo, y va a ser necesario mojarse el trasero. Si no estas dispuesta a asumir ciertos peligros, recibiré el dinero pactado en su totalidad, igualmente.

—Por mi seguridad no te preocupes. ¿De cuánto dinero estamos hablando? —continuó Ox.

El hombre se acercó a ella y le susurró al oído.

—Es demasiado. Buscaré a otro —sentenció ella, moviéndose para seguir su camino.

—Espera, espera. No encontrarás a muchos que puedan ayudarte, y te aseguro que serán menos simpáticos que yo.

—Lo que menos estoy buscando es simpatía.

—La tendrás de todos modos, y además te lo dejaré en setenta y cinco —se apresuró a rectificar, el informador.

—Hecho. Treinta y cinco ahora, y el resto cuando me lleves hasta él —aceptó la joven mientras buscaba unos billetes en su bandolera—. Y ni se te ocurra estafarme. Quedas avisado.

—Trato bien a mis clientes, querida. Si no fuera así, haría años que mi cadáver estaría alimentando a las alimañas de este antro hediondo —convino Mclauden. Después tomó la mano de la joven y la apretó con vehemencia—. Con esto sello nuestro trato, pequeña forastera.

—Está bien. Toma tu dinero. Y de ahora en adelante, no vuelvas a

tocarme sin mi permiso —espetó la mujer.

—La clienta manda —sonrió el hombretón.

—Yo no pienso moverme de tu lado mientras estés por aquí —manifestó Fidias, molesto con todo aquello.

—En marcha entonces. Todos queremos acabar con esto cuanto antes —anunció Mclauden, indicando que le siguieran.

Así lo hicieron, adentrándose en los suburbios. Las altas horas de la noche hacían que la escasa iluminación de las calles fuera convenientemente insuficiente. La mayoría de las farolas estaban inservibles, testigos de tiempos distintos, en los que aquellas calles formaban parte de un barrio de bien. Las que aun funcionaban, yacían tristemente apagadas y llenas de polvo, pues nadie recordaba ya la visita de un farolero por la zona. Los edificios a su alrededor eran de ladrillo pintado, y de las ventanas de las casas asomaban enigmáticas cabezas que observaban agazapadas. Algunas prendas tendidas indicaban que también ahí vivía gente.

Tras sortear una serie de calles oscuras y peligrosas, en las que las figuras que las poblaban eran más bien sombras que se agazapaban evitando ser descubiertas en sus asuntos, llegaron a una avenida poblada de indigentes. Estos, sentados en el frío suelo, trataban de agarrar las piernas (y la prótesis) de los recién llegados, y con voces lastimeras reclamaban algo de ayuda. Algunos estaban completamente desnudos, otros vestían harapos hechos con lonas de sacos de las fábricas. Mujeres, hombres, ancianos y niños se extendían por doquier a lo largo de lo que resultó más de una manzana de auténtica miseria.

Finalmente llegaron a un callejón sin salida. Al fondo de la calle, un anciano desgarbado guarecía una puerta de metal. Cuando lo alcanzaron, observaron cómo Botas sacaba un billete de cinco Kels y se lo ofrecía al hombre, quien lo tomaba y se hacía a un lado.

—Es el patriarca —les explicó—, él guarda el túnel.

—Podrías no haber pagado —susurró Fidias siguiendo al hombre por unas escaleras metálicas que desembocaban en una red vacía de antiguo alcantarillado.

—¿Escamotearías el dinero a un viejo que intenta alimentar a su gente? —resopló el guía—. Poco dice eso de ti, chaval.

—No, pero...

—Aquí hay reglas, niño. Reglas que no encontrarás escritas en ninguna parte. Vigila tu cuello es una de ellas.

—¿Cuál más?

—Paga a quien debas —continuó mientras les hacía avanzar por un túnel cilíndrico—, y respeta a quien se haya ganado tu respeto.

—No son gran cosa. Bastante obvias, debo decir.

—Tal vez no para ti, que vienes de la vida fácil y tocas un laúd

como pasatiempo.

—Es una cítara ¿Y tú como lo sabes?

—Tus manos. Dedos largos, venosos y entrenados. Aquí también hay gente que toca instrumentos, chico, pero al acabar no vuelven a su cama de plumas para echarse un sueñecito. Después deben emplearse a fondo.

—Crees saber mucho de mí, informador. Pero igual te equivocas. ¿Seguro que todos estos años de experiencia que dices tener han aguzado tus sentidos, o más bien los han embotado? —preguntó Fidias, divertido.

—Bueno, eso está por ver, ¿no? —respondió el hombre socarronamente—. Y ahora, chitón. No os separéis de mí.

El túnel desembocó en un amplio pasillo lleno de vida. Delante de él, lo que parecía un mercado nocturno en plena efervescencia se extendía laberínticamente en múltiples calles y direcciones. Aquellos túneles debían ser antiguos subterráneos de algún edificio de importancia, pues las paredes y techos eran firmes y robustos. Cientos de personas abarrotaban el lugar, hablando, gritando, comprando en subastas al mejor postor y ojeando artículos en pequeños puestecillos que parecían tener un surtido más que apetecible. Se sumaban a ellos los artistas callejeros y los mercachifles, buhoneros de hojalata que iban y venían rapiñando clientes.

—No os paréis u os embaucarán, y mi tiempo vale dinero. Si necesitáis algo, decídmelo ahora y os conduciré a quien lo venda, si es que se puede —explicó Botas.

—¿Qué lugar es éste? —gritó Ox, para hacerse entender entre la algarabía.

—El Mercado de las Horas. Aquí se comercia con imitaciones, falsificaciones y contrabando. Y con piezas de recambio no registradas. También hay libros.

—¿Libros? —preguntó la joven, extrañada.

—Libros prohibidos por el censo. Pero los vendedores se camuflan bien y son difíciles de adquirir.

—Aquí hay demasiada gente —gritó Fidias—, es agobiante.

—Mejor. Así pasaremos desapercibidos.

Ox iba sujeta a la manga de la chaqueta de su nuevo guía, pues no quería quedarse atrás, pero aprovechaba para observar a su alrededor y lo pintoresco del lugar. Agradecía ir cubierta con su capucha, ya que, si alguien reparaba en ella, tan solo vería sus ojos; unos ojos simples y negros que pasarían desapercibidos ante cualquiera. Sin embargo, parecía la única que pretendía no hacer ostentación. Allí, tanto tenderos como consumidores, no solo se exhibían, sino que alardeaban de ropas extravagantes y joyas por doquier; bisutería

pobre pero brillante y resultona que a más de uno engañaría. Ignoraba el motivo de todo aquello, pero suponía que estaría muy relacionado con simples demostraciones de poder.

Diseminada entre la muchedumbre podía identificar a los guardaespaldas; figuras misteriosas que observaban todo con detenimiento y protegían a sus jefes. Sus armas se encontraban guardadas, pero aparentes, y asomaban de vez en cuando bajo sus ropas como recordatorio de que todo aquello podía volverse muy peligroso en el instante en el que uno se lleva a la boca un pitillo.

Los mercaderes parecían ajenos a todo eso, mostrando sus artículos a grandes voces. El dinero pasaba de mano en mano, por encima de las cabezas de las personas que gritaban y comprobaban la calidad de la mercancía. Había joyas engarzadas, plata, oro y bisutería, bobinas, fuelles, linternas, y todo tipo de repuestos de maquinaria, así como telas, trajes, manufacturas y calzado. Uno de los puestos mostraba toda clase y variedad de lentes y relojería, y otro solamente exhibía sombreros, algunos tan rocambolescos que se anticipaban a las nuevas modas que tendrían las casas nobles la próxima estación. En otro, algo más recogido, se amontonaban hierbas para tabaco de todas las clases. Desde las más distinguidas y recomendadas hasta las variedades más alucinógenas y psicotrópicas.

Pese a lo cautivador del ambiente, Ox se sentía cansada y abatida, y se encontró deseando llegar a su destino por encima de todas las cosas. Estaba ahí, entre personas que desconocía, cruzando el sector más peligroso de una ciudad que desconocía, en busca de un hombre que también desconocía y que ignoraba si podría ayudarle. No era, de todas maneras, un destino muy alentador.

Al cabo del rato dejaron atrás el mercado encontrando algo de calma en unas calles que, si bien no vacías, se encontraban aisladas y escasamente transitadas. Los pocos transeúntes que se veían continuaban su camino a donde quisiera que fueran y no reparaban en asuntos ajenos, al menos aparentemente.

Botas dio tantas vueltas y giros en aquel entramado, que los dos compañeros pensaron que, si se quedaban ahí ellos solos, no sabrían regresar. El hombre caminaba muy rápido para hacerlo sobre tan solo una pierna y una prótesis, y además se las ingeniaba para no hacer ningún ruido a su paso.

En uno de esos pasillos, el guía se detuvo en seco y miró hacia una puerta en cuya entrada se podía ver un cartel que rezaba; «El Dueño de Todo». Les hizo pasar dentro, descubriendo entonces lo que parecía una pensión con una barra y algunas mesas.

—Seguidme —dijo, y dirigiéndose hacia el hombre que se encontraba tras el mostrador, añadió—. Una habitación para esta noche.

—¿A quién traes ahí, Botas? —le preguntó un tipo bastante peculiar, de largo bigote, alto y excesivamente delgado.

—Te traigo clientes que te pagarán por sus camas, y no necesitas saber más, «Dueño» —dijo él, con una sonrisa que asomaba entre sus arrugas.

—Desde luego, desde luego. Os daré la que queda, la de la ventana —convino el hombre.

Ox se dirigió al guía, le agarró del brazo y lo hizo girarse, hablándole entonces en voz baja.

—¿Qué significa esto? No te pedí habitación para una noche, sino a...

—A quien ya sabemos, lo tengo muy presente —le interrumpió él —. Te dije que no sería fácil. Ese hombre se mueve mucho y se esconde todavía más. Debo hacer unas cuantas averiguaciones y luego trazaré un plan para ti, mocosa. Vosotros deberéis esperar aquí, descansar y dejar de quejaros. Tranquila, estoy muy interesado en mi dinero como para no regresar.

Y sin decir mucho más, Jon «Botas» Mclauden se marchó, con pie y palo en polvorosa, dejándoles bajo la custodia de «Dueño», pues así gustaba hacerse llamar y por dicho nombre le conocían todos. Éste les habló de trivialidades a modo de cortesía mientras les conducía a su habitación, una sala con un camastro cubierto por una manta y una silla, como único mobiliario. Según comentó orgulloso el propietario, era la mejor de su establecimiento, pues poseía la única ventana del edificio, un ventanuco en forma de ojo de buey que daba a la calle subterránea. Tras desearles buenas noches, salió y cerró tras de sí, dejando en la habitación un fuerte olor a encurtidos.

Fidias se sentó en la cama y luego cayó tumbado, resoplando.

—Menuda noche. Estoy tan agotado que hasta esta cama me parece una maravilla.

—Estoy muy preocupada por este asunto —mientras hablaba, Ox pasó dos vueltas con la llave y después sacó una especie de ganzúa de su bolsillo y la introdujo en la cerradura, doblándola de una manera extraña. Luego colocó la silla delante de la puerta—. Y no me gusta la idea de compartir habitación contigo. ¿Por qué me sigues todavía?

—No te voy a dejar sola en este antro, a expensas de ese soplón — respondió Fidias.

—¿Y se supone que yo debo fiarme de ti? Apenas te conozco.

—No importa. Se trata de una cuestión de honor. Además, te dije que tengo un asunto por aquí, y aprovecharé para zanjarlo —explicó el joven.

—¿Tienes el sueño ligero? —preguntó ella, molesta.

—Como el de un felino. ¿Temes que entre alguien? —respondió el joven, extrañado.

—¿Acaso tú no? Verás, yo tengo un sueño muy profundo. A veces cuesta mucho despertarme, y por ello te rogaría que estuvieses atento.

—Así lo haré. Pero por ahora es mejor que nos relajemos un poco. Esto es más cómodo de lo que parece, y además creo que no hay chinches —comentó Fidias, risueño—. Lo malo es que tengo bastante hambre.

La chica se soltó la capucha y miró la cama con desgana. Desató sus botas altas, cuya doblez llegaba hasta las rodillas, y se tumbó observando al techo y sin prestar la menor atención a su compañero, que estaba a pocos centímetros de ella.

—Cuéntame algo sobre ti —dijo él, reclinándose—. Ya que estamos en esto juntos, deberíamos conocernos un poco más.

—No estamos juntos en nada —suspiró ella, cerrando los ojos—, descansa, y vigila. Y si haces algo raro, créeme que lo sabré.

—Pero...

—Lo sabré —repitió.

Fidias observó a la mujer y sin dar crédito, se dio cuenta de que ya se había dormido. La tapó con la manta, y también él se dispuso a hacerlo, quedando dormido a los pocos minutos.

En lo que pareció el lapso de un segundo, algo lo despertó con nulo miramiento. Ignoraba cuanto tiempo había pasado, pero en su atolondramiento solamente escuchaba golpes y golpes. Se levantó raudo y se cayó de la cama en el proceso, mientras el corazón comenzaba a latirle desaforadamente.

Encendió el pequeño candil que había en el suelo y corrió hacia la puerta, donde a ese paso alguien iba a echarla a abajo. Preguntó, completamente desquiciado, y la inconfundible voz de Botas le respondió al otro lado, urgiéndole para que abriera. El joven retiró la silla y arrancó la ganzúa, y tras girar la llave, la puerta se abrió con energía. A través de ella cruzó un indignado Botas, que cerró tras de sí.

—¡¿En qué estabais pensando?! Llevo varios minutos llamándoos. Incluso le he pedido la llave maestra a «Dueño», quien me la ha dado con gran reticencia, solo para comprobar que habíais atrancado la puerta. Ya la iba a tirar abajo creyendo que os había sucedido algo.

—¿Cuánto rato ha pasado? —preguntó Fidias, completamente activado tras semejante despertar.

—Unas ocho horas, gandules. ¿Y qué hace ella aún ahí? ¿Es que está sorda?

Ambos miraron a Ox, que se encontraba tumbada boca arriba, en

idéntica posición a la que tenía la última vez que Fidias la viera la noche anterior.

—Me dijo que tenía un sueño muy profundo —respondió él.

—Despiértala —ordenó el hombre mientras se sentaba en la silla y sacaba un trozo de pan que comenzaba a mordisquear.

—Ox... arriba...

El joven tocó el hombro de la mujer zarandeándola levemente. No se movía. Lo intentó de nuevo algo más fuerte y continuó sin mover ni un músculo.

—Oye, ¿esto es normal? —le preguntó a Botas, preocupado. El hombre se acercó a ellos intrigado y le propinó unas bofetadas suaves en la cara a la joven, que ni se inmutó.

—Creo que le ha pasado algo —anunció Botas mientras sacaba un espejo de su bolsa y se lo colocaba en la boca. Un leve vaho empañó el cristal—, pero está viva, al menos. Respira muy levemente ¿Qué ha pasado esta noche?

—Nada. Nos quedamos dormidos y nadie más ha entrado aquí.

—¿La drogaste? —inquirió el hombre, con los ojos transformados en unas rendijas y fulminando a Fidias con la mirada mientras se ponía en pie.

—¡No! ¿que?... ¡No!

—Conozco los síntomas de la droga del sueño. Se suele usar con las chicas... —Botas se llevó la mano a su cinto y desenvainó un puñal—. Me caíste mal desde el principio, guaperas. ¿Sabes que odio estos asuntos? ¿No te da vergüenza?

—¡No! ¿De qué estás hablando? ¡Yo no he hecho nada, lo juro!

—Cuéntale esa historia a otro —sonrió Jon mientras se colocaba en posición de ataque. El joven frunció el ceño con fastidio y sacó dos dagas de sus botas, apartándose de él y colocándose en guardia.

—No quiero pelear con viejos incapaces de escuchar —arguyó Fidias, cuyo semblante había cambiado completamente, y observaba a su contrincante como un ave de presa sobre su víctima—, pero si me das motivos, te mataré.

—¿Tú y cuántos como tú, chavalín? Aún tienes que crecer un poco —dijo Botas mientras atacaba.

Su puñal blandió el aire sin hacer blanco por escasos milímetros. Fidias aprovechó el fallo para lanzar una finta doble con sus dos armas, que Botas enganchó con su capa, distrayendo a su oponente. A partir de ahí comenzó un extraño baile de navajazos en el que ninguno de los dos se daba por vencido, hasta que el guía consiguió alcanzar al joven con un barrido de su prótesis que lo hizo caer de bruces al suelo. Tras darle una patada a cada daga, colocó su puñal en el cuello del muchacho.

—Y ahora confiesa —le ordenó.

—Confieso que te he dejado ganar —susurró Fidias de forma apenas audible, con una media sonrisa en el rostro, mientras dirigía sus ojos hacia el camastro, invitando a su oponente a que mirase hacia ahí.

Cuando lo hizo, Mclauden descubrió que Ox se había despertado, y los miraba a ambos con nerviosismo y temor.

—¡Parad! —La joven se levantó corriendo y se dirigió al hombre, apartándolo de Fidias—. ¿Qué estáis haciendo?

—¿Te encuentras bien? Este criminal te drogó y a saber lo que hizo después...

—No, Botas —se lamentó ella, llevándose las manos a la cabeza—, nadie me ha hecho nada.

—No despertabas con ningún estímulo, chica.

—Créeme. Siempre me sucede. Es una... enfermedad.

El muchacho, liberado de su presa se levantó y recogió sus dagas. Su expresión era neutra, como si estuviera observando el transcurso de los acontecimientos más que participando en ellos.

—Te debo una disculpa, chico —suspiró el hombre, poniéndose en pie.

—¿Disculpa? Casi me matas, viejo loco —respondió Fidias, entrecerrando los ojos.

—Bueno, te defiendes muy bien, lo cual me sorprende mucho. Y yo no atacaba para matar. Aun así, te reitero mis disculpas, humildemente.

El joven se encogió de hombros y le dio la espalda para mirar por la ventana. Mclauden se extrañó de su indiferencia, después de lo que acababa de suceder. Cualquier hombre en su situación se mostraría desencajado por la furia, y probablemente estaría maquinando su venganza. ¿Quizás había analizado mal a aquel chico?

—Muchacha, tú tienes peor cara que cuando te dejé —dijo Botas, volviéndose a sentar en la silla y mordisqueando el trozo de pan que acababa de recoger de la parte de suelo donde había ido a parar.

—Ya —respondió ella, masajeándose la cabeza.

—¿Es grave esa enfermedad tuya?

—No es nada que deba interesarte. Creo que estás aquí por otros motivos, ¿no es cierto? —respondió ella.

—No eres nada simpática, después de que acabo de librar una pelea a muerte por tu honor —comentó mientras miraba de reojo ojo a Fidias, quien seguía en el rincón.

—¿Has averiguado algo? —continuó ella, haciendo caso omiso del comentario.

—Me ha costado encontrar un enlace, pero Bruto el de los Puertos me ha dicho, que a él le han contado, que se encuentra escondido en alguna parte de estos túneles.

—¿Eso es todo?

—Es peor. Los túneles se extienden debajo de todo el distrito, y alguno de ellos están dominados por facciones que restringen completamente el paso.

—O sea, que estamos donde empezamos.

—¡No!, por mis barbas que no he perdido un día en averiguaciones para nada. Fandango Veyne, que es un tipo que sabe de muchas cosas porque trafica con la mayoría de ellas, me ha soplado una manera de llegar a él. Es por todos conocido el carácter solapado de ese al que buscas, pero dada la alta recompensa que se ofrece por su cabeza, el tipo se ha debido volver en extremo paranoico. Ahora realiza todos sus encargos por medio de tantos intermediarios que nadie es capaz de seguirle el rastro.

—Podremos llegar a él por medio de estos —añadió Ox.

—No exactamente. Verás. Cuando digo que se pierde el rastro, es que se pierde. Las órdenes de encargo ni siquiera provienen de él, sino que actúa por medio de algún adlátere. Fandango cree que algunas de sus partidas tenían a «Ojo Blanco» como destinatario final, pero no podría asegurarlo ya que iban a otro nombre.

—¿Y de donde sale tal suposición, entonces?

—Un proveedor suele conocer los «gustos» de sus clientes.

—Ahí está. Solo tenemos que llevarle uno de esos pedidos.

—Aquí radica el problema, bella. Tan solo algunos son identificables, y recuerda que hablamos de presunciones. Y estoy hablando de mercancía humana.

—¿Humana?

—Señoritas. Fandango tiene un cliente. Es un cliente muy especial del que nunca sabe nada y quien parece moverse de un lado a otro sin descanso. Podrían ser simplemente distintas personas, estarás pensando ¿verdad? Bien, he aquí la cuestión; este presunto señor, pide una vez a la semana una chica de alterne, y lo hace siempre a través de grumetillos de las calles a los que paga uno o dos kels por el mandado. Las chicas son citadas en sitios extraños y ruinosos, pero siempre se les paga correctamente, y algunas veces aun con generosidad.

—Me cuesta creer que ese sujeto sea la persona que busco —suspiró Ox, ciertamente asqueada.

—No te apresures a juzgar, bonita. No todos tenemos vidas fáciles —comentó Botas.

—Te dije que nada de charlas, Mclauden. Hasta ahora no me has contado nada que me parezca extraordinario. Nada que haga pensar que es él.

—Eso es porque eres muy impaciente, como todos los de tu edad. Como decía, se les paga con generosidad, y con una peculiaridad; las

chicas no tienen que hacer nada —explicó el informador.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ox, repentinamente interesada.

—Exactamente a eso. No les toca un pelo. Según me comenta Fandango, ninguna de ellas ha llegado a verle, pues siempre se camufla con amplios ropajes y capuchas caladas. Sin embargo, sí que le han oído. Al parecer a veces les habla, siempre de forma enigmática e inquietante y con una voz gutural. Les cuenta historias terroríficas, sucesos imposibles, o simplemente se sienta y las observa desde un sillón sumido en la sombra. No creas que las jóvenes están contentas con el trato. Fandango cuenta que vuelven tan asustadas que dicen preferir a los asquerosos clientes convencionales. ¿Qué te parece? —concluyó Botas.

—Creo que podría ser él. Es más, estoy convencida —asintió Ox.

—Yo también lo creo. «Ojo Blanco» tiene una fama pésima en todas partes. Algunos lo llaman «El brujo», y otros simplemente enmudecen cuando sale a la conversación, temerosos de que sea capaz de escucharlos y los maldiga. Las señoritas de Fandango no acudirían si supiesen que su cliente de esa noche es ese viejo, aun cuando parezca dinero regalado —explicó el informador.

—No te creas todo lo que oyes, Jon Mclauden. La gente es demasiado impresionable —arguyó Ox, algo molesta tras aquella descripción.

—Eh, muchacha, cualquiera diría que ahora lo estás defendiendo. ¿Qué me estás ocultando? ¿Acaso ya conoces a ese hechicero? ¿Qué tratos buscas con semejante tipo? —trató de indagar Botas, enarcando una ceja exageradamente.

—Nada, no y... ¿de verdad esperas que conteste a eso, informador? —respondió la joven, dibujando una sonrisa burlona.

—Jajaja —se carcajeó el hombre—. Bien respondido, muchacha. Aunque si fueras mi hija, te daría un sopapo para que reconsiderases todo esto. ¿Qué edad tienes, chica?

—Veinticinco —respondió ella—. ¿Eso importa?

—Todo importa, querida. No eres mi hija, pero ese tipo es muy peligroso. Te voy a decir una cosa; si aceptas dejarlo ahora, te devolveré los kels que me diste y no he gastado en información, y cada uno a su vida —soltó el informador, dejando a Ox muy sorprendida.

—Vaya. Eso es muy generoso para venir de un truhan de Mehen. Pero no pienso ceder. He venido a esta ciudad solo para dar con él —respondió Ox, colocando su mano sobre el brazo del informador.

El hombretón pudo ver que la joven había relajado su perpetua expresión de amargura y lo miraba con agradecimiento. Botas imaginó que lo que le pasaba era que sufría de la endémica enfermedad de la gente que crecía en aquellos ambientes de desolación; una severa y

congénita falta de cariño.

—¡Tozuda, como todos los jóvenes! —protestó él, elevando la vista al techo.

—Creo que podría conseguirlo si me infiltrara. ¿Puede tu contacto pasarme por una de sus chicas? —preguntó Ox.

—Podría, supongo. Ya he gastado la mitad de lo que me pagaste solo en informarme de todo esto. Me vas a salir cara.

—Pídeselo. Lo haré —asintió ella, con decisión.

—Ya. Pero ¿tú te has visto, muchacha? ¿Piensas que puedes dar el tipo de «señorita de compañía»?

—No veo por qué no. Muchas son muy feas, ¿sabes? Perfecto para mí. Y te daré dinero extra para que me compres un disfraz —respondió la joven, evidentemente molesta con aquella alusión.

Botas se maldijo por su poco tacto. No pensaba que la chica fuera fea, tan solo demacrada y triste. De alguna manera, la podía identificar con su pequeña Natha, y aquello le revolvió el estómago—. Puede que nos estemos equivocando, y desde luego es peligroso. ¿Estás segura de esto? —sentenció el informador.

—No hay otro modo, ¿no? —suspiró ella.

—Siempre existen otros modos. Siempre —respondió Botas, con seriedad. Ox sabía que no estaba hablando de la misión.

—No para mí —respondió ella, con una sonrisa cansada.

—Muy bien. Lo arreglaré todo —respondió el hombretón, poniéndose en marcha.

¿HOMBRE O SOMBRA?

Reino de Kur.
Ciudad de Phontos.
Suburbios.

«Si me preguntas por la vida, joven,
tan solo puedo responderte con desazón.
Es éste un caleidoscopio de mundos,
que no parece responder
ni a la justicia ni a la razón».
Maeron Bayle.

El paradero de la entrega era un almacén del sector oriental de los mercados. Fandango había resultado ser un tipo sin escrúpulos, y tras examinar a Ox y hablar sin miramientos de su aburrida belleza y sus escasas curvas, y de lo malo que resultaba ese asunto para su reputación, había aceptado una respetable suma de dinero a cambio de enviarla a ella en lugar de a una rubia exuberantemente grotesca llamada «Natilla», que se había ido por donde había venido, bastante contenta por cobrar sin trabajar.

Ox se sentía estúpida con esas ropas y pelucas, pero esto no cambiaba mucho el estado natural que solía envolverla. Todo aquello que la rodeaba no le causaba sorpresa, ni estupor, ni excesiva curiosidad, y tampoco sentía miedo real por esos hombres, o por una u otra situación. Todo estaba velado por la bruma, una bruma que convertía los asuntos de los hombres en banales y azarosos, estúpidos en su sentido último.

La entrega la realizaba el propio Fandango. En el primer cambio, el hombre la puso en manos de un tipo raro con cara de roedor, quien la condujo a través de todo el sector del placer, lugar donde tuvo oportunidad de contemplar la decadente plaza de los burdeles, a cada cual más estrafalario. No había nada de renombre ahí, y el tiempo que pasó en una de aquellas casas, a la espera de su tercer contacto, lo gastó pensando en lo que haría cuando encontrase a «Ojo Blanco» y en las preguntas que debía formular. Su tercer cambio fue una mujer, una altiva señora que la miraba por encima del hombro y comentaba airadas cosas como «se creen que pueden llegar y empezar, sin dar cuentas a nadie». Ésta la condujo a través de unos pasadizos secretos por debajo del sector y que desembocaron en una zona bastante pestilente de las alcantarillas que todavía debía permanecer en uso. Ahí, tras una discusión con el chico que vino a recogerla, la señora dio

media vuelta y se fue.

Ox caminó mucho rato a través de aquel lugar cuidando de no mojarse los bajos de su vestido. El muchacho que la guiaba apenas superaría los catorce años, y ella se imaginó la mala vida que le esperaba en un mundo sin oportunidades como ese.

Finalmente llegaron a su destino. Saliendo del alcantarillado, y dejando atrás los túneles, la joven se encontró de nuevo al aire libre. El niño le hizo un gesto para que lo siguiera hasta un edificio que parecía abandonado, y así lo hizo bajo el sol esquivo del final de la tarde. Hacía días que no salía al exterior, y aquellos escasos minutos caminando al sol a través de un sector extrañamente solitario y abandonado le devolvieron una pequeña porción de alegría.

La casa debía ser una antigua posada, o una tienda grande de abastos, que ahora se encontraba en un pésimo estado de conservación. Los muros eran fuertes y estancos, pero su interior era un desastre que, evidentemente, nadie se había molestado en limpiar. Trozos de madera de antiguos mostradores se encontraban repartidos por el suelo, junto a cascotes de yeso y mobiliario que había sido resquebrajado y que ya no cumplía en absoluto su función. Las escaleras, también de madera, crujían bajo sus pasos de una manera que evidenciaba que no permitirían muchas más subidas y bajadas. Llegados al segundo piso de aquel lugar, el chico señaló una dirección y se marchó.

Ox avanzó despacio, amortiguando como podía el crujido que producían sus sandalias al pisar sobre el viejo suelo. Los trozos desgastados y rotos de una moqueta eran testigo de que aquella casa había conocido días mejores, e imaginó por un instante a personas de otros tiempos, probablemente más felices, yendo y viniendo en sus quehaceres diarios a través de esos pasillos, a los niños correteando y jugando, o a los jóvenes estrenando su nuevo hogar.

Y mientras esos pensamientos llenaban su mente, alcanzó su destino, un portón que se levantaba bajo una floreada cenefa y que mostraba la dignidad que aun pudiera poseer el ajado edificio. Llamó tímidamente y tras escuchar la venia al otro lado, abrió.

Una habitación antaño lujosa apareció frente a ella. Estaba más limpia que el resto, y los muebles conservaban todas sus partes. Dos amplios ventanales sin cortinas estaban cubiertos en su totalidad por tablones clavados a la pared, obstaculizando todo paso de luz al interior. Una alfombra precedía una gran cama con baldaquino al que le faltaban uno de sus postes y de la que no colgaba dosel alguno, ni cortinaje. Junto a ella, una cómoda, un mueblecito con su palangana de agua y un sillón sobre el que descansaba una figura.

—Adelante —dijo una voz grave, pero sin potencia.

Ox cerró tras de sí, y al acercarse contempló al hombre que

reposaba, cansadamente, sobre la butaca. Se trataba de un anciano, un anciano muy extraño en quien nada parecía encajar correctamente. Su postura era encorvada y su semblante enjuto, doblada su columna hacia adelante como es más propio de la extrema vejez. Sus huesos se marcaban bajo su camisa blanca y en sus pómulos, bajo los cuales lucía una rala barba blanca que le caía hasta medio pecho, totalmente descuidada. Las chorreras de sus mangas escondían unos dedos largos y huesudos, pero dejaban ver unas uñas que hacía tiempo deberían haber sido cortadas. Su cabeza, totalmente calva, acababa en una frente cubierta de arrugas tan pesadas que invadían sus cejas.

Pero lo más remarcable eran sus ojos, pues solo tenía uno, un ojo de cristal blanco; un ojo y una cuenca vacía cubierta de ajada piel. Pese a todo, el hombre la observaba muy atentamente, moviendo imperceptiblemente su cabeza con cada mínimo desplazamiento de Ox. Parecía que la veía. ¿Cómo era posible?

—Has tardado —espetó él.

—Lamento la espera —respondió la chica, muy quieta, esperando para ver qué sucedía.

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Ox.

—Ox... ¿Nada de «Amapola», o «Pastel», ¿o «Zarcillo»?

—Solo Ox.

El hombre juntó sus manos y se quedó observándola mientras fruncía el ceño.

—¿Quién eres tú? —repitió, esta vez en un tono enfadado.

—No he mentido con mi nombre —aseguró ella.

—Pero mientes con tu identidad. Tú... —continuó mientras, levantándose con dificultad, comenzaba a dar vueltas a su alrededor y a observarla— estás vacía... llena de nada... y tu sangre fluye con lentitud. Fría... fría como el invierno —dijo con angustia—. ¡No fue esto lo que pedí!

—Tiene razón —respondió Ox, repentinamente asustada—, no soy lo que usted esperaba.

—¡Largo de mi casa! —gritó el hombre, señalando la puerta.

—¿Cómo puede verme? —preguntó entonces la joven, girando su cara hacia la de él, con desafío.

—¿Cómo? ¡¿Cómo te atreves?! —el anciano abrió mucho el ojo, con expresión enloquecida.

—Maestro. No he venido a calentar su cama, sino en busca de respuestas —sentenció la joven, tras inspirar un momento para reunir valor.

—¿Res... respuestas?

«Ojo Blanco» reculó en ese momento, repentinamente empequeñecido y asustadizo, hacia un rincón, como hiciera un roedor

que se ve atrapado en su madriguera sin contar con ningún medio de escape.

—Me han encontrado —empezó a balbucear, llevándose las manos a la cabeza— ¡Me han encontrado!

—No, no, no —trató de calmarle ella—, no pertenezco a la Guardia Ceneste, ni al censo, ni a ninguna Capilla.

El hombre tragó saliva y la miró desde su único ojo, sujetándose el pecho como si estuviese sufriendo un ataque.

—¿No... no me engañas?

—No.

—¿Quién... eres tú?

—Soy alguien que «ha visto». Soy alguien como usted.

Entonces el hombre se relajó. Se relajó y se paró a observarla como si fuese lo más raro que había contemplado en su vida. Incorporándose, arregló sus ropajes y adquirió una mueca seria y un talante flemático como no le había visto desde que entrara.

—No encontrarás vida en este lugar, pues la sombra hace muchos años que hizo presa de mí. Las cosas que nacen y florecen están muriendo a mi alrededor, en este instante, sin que yo pueda impedirlo, ni intervenir. La luz no ilumina ya estos salones que son mi prisión, y el sol hace demasiado tiempo que dejó de calentar mi piel. Soy un espectro de lo que fui, y en mi nada, tan solo anhelo el día en el que pueda liberarme de esta maldición —susurró el anciano en un tono anodino, con la mirada perdida.

—No temo a la maldición, y no creo en ella.

—Eso es porque aún eres joven, y crees que eres capaz de controlarla. Dime, ¿qué edad crees que tengo?

—Quizás unos ochenta años.

—Tengo cuarenta y cinco.

Ox lo contempló, repentinamente aterrorizada.

—Todavía andas a gatas. Estás coqueteando, pero todavía no te has enamorado. Vas a caer y te vas a perder, y nadie estará ahí para recogerte.

—No puedo permitirme caer.

—Determinación. Coraje. Todo eso que te motiva lo vas a perder, y te lo arrancarán de una forma tan dolorosa que jamás podrás reponer tu alma.

—Ya conozco el dolor, y no me detendrá.

—No, ¡no lo conoces!

El hombre se acercó a una librería y tomó un volumen que quedaba en ella. Lo abrió, pasó sus páginas con rapidez y acto seguido lo lanzó al suelo con desprecio.

—Esto... solo son palabras inanes.

Después se dirigió a la mesita y recogió un cuenco de comida que

contenía, en su interior, algo parecido a un guisado. Alguien debía haberlo dejado ahí hacía unas horas. Lo olfateó y puso cara de suma repugnancia, tras lo cual lo volcó sin ningún reparo en el suelo.

—Esto... no posee sino el sabor de la descomposición. Aun si se sirve el mejor manjar recién cocinado, olerá igual a esto —miró a la joven con expresión ceñuda—. ¿Entiendes lo que te digo? Has empezado a sentirlo, ¿verdad?

Ox le devolvió la mirada fijamente, casi de manera inquisitiva.

—Si tan perdido dice encontrarse. Si ya nada tiene sabor, ¿Por qué recurre entonces a señoras de compañía? Dígame.

—Por su calor. Por su energía —sonrió él en una mueca torcida—. Yo... hace tiempo que dejé de ver con mis ojos, al igual que muchas otras cosas de esta carcasa dejaron de funcionar. Pero puedo... ver de manera distinta; los hilos de la vida, de la sangre, y del alma. Veo, o siento, el calor de la pasión de una persona convencida, o su emoción al percibir un anhelo, el aura de su alma si brilla y arde como una llama encendida, pletórica de vida. No veo con mi ojo, que es un trozo inútil de cristal. Veo más allá de las cosas que se mueven en este mundo y que se entrelazan... ya sabes... en el otro —se volvió a sentar, cansado y meditabundo—. Tu ya no posees ese calor, y ahora entiendo por qué.

—Necesito saber más.

—¿Ni todas mis experiencias, ni siquiera ver tu propio futuro escrito en mi carne, podrán hacerte cambiar de opinión?

—No.

—Insensata. ¿Qué es exactamente lo que buscas?

—Necesito pasar. Lo he intentado, lo he intentado sin cesar, pero no puedo. No puedo ir más allá.

—Ah. Buscas un barquero.

—Necesito un guía. Ahí fuera solo hay niebla y miedo —los ojos de la chica se iluminaron.

—Y más allá, querida, es mucho peor que eso.

—Me hablaron de usted. Solo conseguí el nombre, y una vaga esperanza. Viajé, y viajé, y finalmente le he encontrado. ¡Ha valido la pena! —Sonrió ella, agarrada a los brazos del sillón donde se sentaba el anciano.

—Ahora brillas —dijo él, dibujándose una sonrisa de paz en su rostro, por un instante—. Deberías mantener ese brillo, es... precioso.

—¡No! ¡Maldita sea, no!

La expresión de «Ojo Blanco» volvió a agriarse.

—Eres estúpida, me temo, y no me gusta tratar con estúpidos. No te guiaré, ni enseñaré, ni nada que se le parezca. No señor. Has gastado tu tiempo inútilmente buscando a este viejo. Mejor regresa y vive tu vida, y quizás algún día te des cuenta de que te hice un favor.

—No tengo ningún sitio adonde regresar. Nadie me espera ya.

—Cualquier sitio puede ser el lugar de un comienzo, para cualquiera que tenga vida para vivirla.

—Yo ya no quiero comenzar nada. Si no acepta mis peticiones, me quedaré aquí hasta que lo haga.

—¡Maldito vendaval el que te ha traído a mi casa, niña! ¿No comprendes que no quiero hacer partícipe de esto a nadie más?

—Le pagaré.

—¿Crees que el dinero me importa? ¿Qué puedo comprar con él?

—Todavía está en este mundo, y todavía anhela cosas, o no estaría yo aquí.

—Estoy muy cansado. Más cansado que nunca, de hecho. Déjame, vete, ¡vete! ¡Vete maldita sea!

El anciano se levantó tambaleándose y se encaramó a un armario para alcanzar una botella de licor. Quitó el tapón y comenzó a beber un largo trago, para acto seguido, dejarse caer sobre el colchón, balbuceando palabras inconexas y gimiendo. Ox supo que no sacaría nada más de él por esa noche, y salió de la habitación en busca de un sitio en esa casa donde poder quedarse.

La mañana siguiente asomó tímidamente a través de la ventana, trayendo consigo una lánguida luz blanca. Ox se encontraba tumbada encima del armazón de un camastro sin colchón, vestida todavía, contemplando un techo de pintura descascarillada en una habitación desordenada y sucia, que bien podría ser el refugio de algún vagabundo. Justo lo que era ella actualmente; una vagabunda.

Pero no siempre había sido así. A su mente acudían pensamientos de tiempos pasados, mejores, mucho mejores, pensamientos que le sacaban una sonrisa y calmaban su cansado espíritu.

Y hacía tanto tiempo que se sentía agotada...

No podía recordar, aunque lo intentase, la última vez que había tenido un sueño reparador. Su mente ya nunca descansaba y su cuerpo no se recuperaba como debiera, por largas que fueran las horas de reposo.

Suspiró y se incorporó. A su alrededor todo era silencio. Caminó por el pasillo hasta la habitación del anciano y llamó a la puerta, sin obtener respuesta. Decidió entrar, y al hacerlo se lo encontró en la misma posición que lo había dejado, tumbado de lado en su enorme cama, con una botella de licor en la mano que se había derramado en la colcha. Respiraba tan levemente que podía confundirse fácilmente con un cadáver, máxime tras reparar en su aspecto.

Ox pensó en despertarlo con un desayuno. Imaginó que en aquella

casa habría alguna despensa con comida, y que unas tostadas con mermelada de frutas y unos huevos frescos a la sartén serían una buena forma de comenzar el día y de limar asperezas. Pero titubeó.

En lugar de salir por la puerta, se quedó quieta en aquel lugar, observando detenidamente al viejo.

Tras unos minutos en los que nada sucedió, se escuchó un alboroto en las escaleras y unos pasos que se acercaron corriendo, haciendo crujir la madera de manera alarmante. Por la puerta asomó una cabeza, la del niño que la condujera por los suburbios el día anterior, portando en su mano un tazón de algo caliente y una bolsa de tela que dejó caer en la entrada.

—¿Todavía estás aquí? —le preguntó el chaval mientras colocaba el cuenco en la mesita, ignorando el hecho de que el anterior yaciera roto a sus pies, con la comida desparramada por el suelo.

—¿Es esa la comida para el anciano? —inquirió ella.

—Sí.

—¿La traes a diario?

—Sí. Suele dejársela, así que traigo lo más barato.

—¿Estás empleado por este señor?

—Hago algunos encargos, igual que tú. ¿No has terminado ya?

—No, me voy a quedar un tiempo con él. Y tengo unas cosas que pedirte.

—No hago nada gratis.

—Lo suponía. Necesito que compres comida, algo de ropa y que busques a Jon «Botas», en la posada del «Dueño de Todo», dándole esta dirección. El sabrá lo que hacer —le ordenó mientras soltaba unos cuantos billetes para el chico—. Si lo haces bien, tendré más tareas y más dinero para ti.

—A tus órdenes, señora —contestó él, sonriendo—. Si continúas pagándome así, lograré reunir dinero para un pasaje de Keppler que me saque de esta ciudad. No pienso pasar mi vida trabajando en las fábricas.

—Y yo te aplaudo. También necesitaré que dejes de traer mujeres.

—¿Y qué pasa con los ingredientes y las cosas raras? —indagó el chico, señalando la bolsa.

Ox se acercó a ella y la abrió, encontrando objetos y materiales de lo más curioso. Había dos bolsas de papel llenas de algún tipo de hierba, otra repleta de lo que parecía azufre, y dos frascos de líquido que no era alcohol ni agua, y sí algo imposible de reconocer.

—¿Qué es todo esto?

—No lo sé. El viejo escribe y yo consigo. A veces quiere cosas muy asquerosas. Me da un poco de miedo, pero menos del que le da a los demás. Por eso llegaré lejos.

—Es inofensivo, o eso creo.

—¿Me puedo ir ya?

—Espera. ¿Cuánto suele tardar en despertar?

—A veces tarda días, y además come muy poco. Este señor es muy raro.

—¿Cómo te llamas?

—Rori, el chico de los recados.

—Muy bien. Rori, vete y haz lo que te digo.

El muchacho salió por la puerta y Ox advirtió de nuevo aquel silencio. Le rugían las tripas gracias al olor del plato que todavía humeaba en la mesita, y tentada estuvo de darle buena cuenta, dado que seguramente él lo despreciaría. Pero se contuvo.

Esperó largo rato y nada cambió. Sentía deseos de arrancar los tablones que cubrían aquellos ventanales, pues sabía que, a esas horas, la luz estaría iluminando las calles, trayendo algo de alegría a aquellos barrios deprimentes. Pero también se contuvo.

Y así transcurrieron varias horas. La joven se fue a pasear por la casa y regresó, y volvieron a transcurrir varias más. Finalmente decidió despertarlo. Se acercó a él y susurró su nombre, repitiéndolo poco después un poco más alto y finalmente casi a gritos, y también lo zarandeó, resultando igualmente infructuoso.

Entonces decidió tumbarse a su lado.

La cama era cómoda, pese a los efluvios a alcohol que despedía el colchón y la colcha. Preguntándose si podría llegar a dormir ahí, comenzó a imaginar el sol, y el calor sobre la hierba salvaje de los bosques orientales. Casi podía tocarlos. Tocar aquellos árboles ancestrales de corteza dura y pegajosa. Casi podía oler el almizclado aroma de las púrsulas. Poco a poco, fue cerrando los ojos.

Se despertó con un sobresalto.

Sintió que en el pecho el corazón le latía desaforadamente, y una ansiedad... no... un terror conocido se adueñaba de sus sentidos. Incorporándose, trató de serenarse y vencer aquel pánico que pugnaba por doblegar su razón. Bajó de la cama de un salto y se agarró a uno de los postes de madera del armazón, jadeando. Entonces lo vio. Y no era la primera, ni la segunda, ni la tercera vez que lo veía.

Se contempló a sí misma.

Tendido sobre el colchón, reconoció su propio cuerpo; sereno, quieto, vivo. No le era posible describir la sensación resultante de reconocerse a sí misma desde el exterior, pero si hubiera tenido que hacerlo, Ox la habría descrito como «terrorífica». Su cuerpo no era su cuerpo, y se contemplaba como un espectro de sí misma que, sin embargo, era tan real que negaba todo lo ajeno a ello. Y poseía su mente, y su razón, aunque siempre se nublaba ésta, a tenor de lo que la rodeaba.

Cuando se repuso del impacto inicial, se aventuró a mirar alrededor. La habitación seguía siendo la misma, pero sumida en un velo brumoso que desdibujaba las formas. La sensación era la de estar sin estar, la de respirar sin respirar, la de existir sin existir. Los colores habían desaparecido y tan solo reconocía el gris, un gris que cedía en tonalidades según se encontrase cerca o lejos, regalando una sensación de profundidad que, de otro modo, se perdería.

Y, sin embargo, no sentía irrealidad. Su *yo* presente se movía, lentamente y sin acierto, como si nadase en un medio extraño, y podía ver sus brazos y piernas, traslúcidos y opacos al mismo tiempo. En aquel lugar, que no era un lugar, daba miedo permanecer.

Ox se despegó de la cama y entonces reparó en él. Al fondo de la habitación, junto al ventanal que ahora lucía sin tablones, abierto de par en par, y que dejaba entrar una mortecina luz, la figura encorvada de «Ojo Blanco» permanecía de espaldas, en cuclillas y muy quieta. El bulto era oscuro y no se movía salvo por un ligero vaivén de su cabeza.

Ella lo llamó, y su voz escapó de su garganta amortiguada. Caminó paso a paso hasta llegar al hombre y una vez allí, se agachó junto a él, colocando la mano sobre su hombro.

—Maestro —le dijo—, ¿me oye?

El anciano, que parecía el mismo que recordaba, pero con un semblante más cetrino, la observó sin pasión ni sorpresa.

—Sabía que no te marcharías —respondió, suspirando—. Ni aun escondiéndome en este lugar.

—No es un buen sitio para esconderse.

—Eso depende —prosiguió el anciano mientras miraba por la ventana—. Con el tiempo aprendes a odiarlo lo suficiente como para que no te afecte.

—Pero no puede continuar aquí mientras su cuerpo se degrada ahí fuera. Lleva días sin comer, entre otras cosas.

—Eso es cierto a medias.

— ¿Qué quiere decir?

—El cuerpo vive, pero vive de una manera algo distinta.

—¿No necesita alimentarse cuando entra aquí?

—Lo necesito... lo necesitamos, pero más lentamente. — «Ojo Blanco» la observó—. ¿Sabes muy poco, ¿verdad?

—Eso es lo que justamente quería que entendiera. Sí. Se muy poco.

—¿Alguien de tu familia lo padeció? ¿Amigos?

—No. No lo sé, a decir verdad.

—Comprendo. Veo que me va a ser imposible evitarte, así que, bajo tu responsabilidad, te enseñaré lo que pueda.

—Muchas gracias, maestro —sonrió ella, agradecida—. Trataré de ser una discípula competente.

—Pero, antes de nada, quiero que me cuentes tu historia.

—Muy bien. Yo...

—No. Aquí no. Creo que tienes razón, ambos necesitamos algo de luz.

Ox suspiró aliviada y se detuvo unos instantes para mirar a través de la ventana. En el horizonte se levantaba una bruma infinita teñida de nubes y tormentas muy diferentes a las comunes. La ciudad había desaparecido.

—¿Bonito, no es cierto? No faltaría a la verdad si digo que es perturbadoramente hermoso —comentó el anciano.

—¿Qué es?

—Yo lo llamo «El Espejo», pero ese nombre es invención mía. El hombre que me enseñó lo conocía como el «Submundo», lo cual nunca me pareció acertado, dada su naturaleza.

—Todavía no lo comprendo. ¿Es el mundo donde moran los muertos, no?

—No. Los que mueren pasan por aquí, eventualmente. *El Espejo* es un entramado de realidades, uno muy vasto y que yo todavía no alcanzo a medir. Si eres capaz de entender nuestra realidad física como un mero plano de existencia, alcanzarás a ver que existen muchos otros. Es muy complicado, pero trataré de mostrártelo. Más tarde —explicó el anciano.

«Ojo Blanco» se incorporó e hizo un gesto con la mano para que la muchacha lo siguiera. Ambos traspasaron aquella niebla densa hasta llegar a la cama, donde se contemplaron unos instantes. El anciano cerró su ojo, se tumbó y despertó. Ox tardó un poco más. Encontraba menos dificultad para regresar que al principio, pero si no era presa de alguna urgencia o terror, siempre debía concentrarse mucho para unirse. Aquello la perturbaba.

Finalmente lo logró, y como siempre al despertar, sintió como si miles de alfileres le atravesaran la carne, una sensación parecida a la de los principios de la congelación, unida a un desasosiego inevitable, que la atenazaba aun minutos después.

Cuando se levantó, el anciano ya se había marchado. Regresó al poco tiempo con una bandeja en sus manos. En ella traía un queso redondo atravesado por un cuchillo, un pan, carne seca y una jarra con vino tinto.

—Eso parece un festín —sonrió ella.

—¿De veras? Más bien es lo poco que hay en mi despensa. Ese muchacho, Rori, suele traerme cosas, pero se las va comiendo él,

siempre que le apetece.

—Si quiere, yo podría arreglar un poco este sitio, y quizás levantar esos tablones.

—Los tablones están bien así, y en cuanto al lugar, no te preocupes pues lo dejaremos pronto.

—¿Por qué huye así? Si no es indiscreción —se atrevió a preguntar la joven.

—Si tú no lo haces, niña, es porque eres una insensata, y porque además todavía nadie ha debido reparar en ti.

—Bueno, realmente acabo de escapar de prisión. Me retuvieron tras una «criba», y aunque no tenían nada de qué acusarme, no me gustaba cómo pintaba la cosa.

—Hiciste bien. Si fuiste retenida sin cargos, sin duda es porque el censor vio algo raro en ti. Si te hubieras quedado, quien sabe cuál sería ahora tu destino.

—¿Qué es lo que buscan, maestro?

—Nos buscan a nosotros. La animadversión que nos tiene el Censo proviene de antiguo, y crece conforme la institución cobra poder en Kur. Su odio es una locura legitimada en el fanatismo. Es el mismo fanatismo que prohíbe difundir la palabra escrita que no haya pasado su corte, o que obliga a la gente a permanecer sumisa y esclavizada. No quedan muchos de los nuestros, pues hemos sido diezmados a lo largo de las centurias, sin ningún reparo. Pero a mí no me engañan; lo que somos, lo que podemos hacer, es una pieza codiciada para esa gente. Debes aprender a ocultarte siempre, y de toda persona.

—¿Cómo?

—Bueno, lo iremos viendo. Por el momento, jamás duermas con nadie ni a la vista de nadie en quien no confíes absolutamente, y si puedes, hazlo en un lugar escondido. Jamás confieses tu poder, y, sobre todo, debes tratar de ocultar tu indiferencia ante ciertas cosas que a la gente normal le emocionarían.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, la propia muerte.

—¿Por eso aquel censor me mostró un pájaro en descomposición?

—Probablemente. ¿Cuál fue tu reacción?

—Horrorizarme.

—¿Pareció convincente?

—Lo dudo mucho.

—A eso me refiero.

«Ojo Blanco», que había colocado la mesa en la mitad de la habitación mientras hablaba, partió un pedazo de queso curado y lo colocó en el plato de Ox, junto a varios pedazos de cecina. Con lentitud, llenó dos copas de aquel vino espeso y oscuro que manaba efluvios dulzones por toda la habitación.

—¿Ya has contemplado a alguien, al otro lado? —preguntó el anciano.

A Ox, aquella pregunta la cogió por sorpresa y fue muy obvio que la perturbó considerablemente. Pese a que la muerte en sí no le afectaba en demasía, aquel recuerdo sí lo hacía. Y mucho.

—A una sola persona —dijo finalmente, con una mezcla de seriedad y enojo.

—¿Como fue?

—Él... estaba ahí, de pie, con la mirada perdida. Debió permanecer esperando mucho tiempo, pero poco después de que me percatara de su presencia, se marchó.

—¿Algo personal?

—Yo... preferiría hablar de otra cosa —contestó la joven mirando a otro lado.

—Muy bien, querida.

Comieron en silencio durante al menos diez minutos. Cuando hubieron dado buena cuenta de todo, se repartieron el potaje frio que todavía permanecía en la mesilla, y todavía habrían seguido devorando manjares, de haberlos tenido.

—Hacía tiempo que no tenía este apetito, muchacha —comentó el hombre para romper el silencio.

—Lo siento, maestro —interrumpió ella—. No soy mujer de muchas palabras, y me ha pedido que sea sincera. Bien, siendo sincera le diré que todavía no puedo serlo completamente. Hay una parte de mí que no puedo expresar todavía. No hasta que la solucione. Nadie más puede ayudarme a hacerlo, y nada bueno puede salir de compartirla.

—Hablas como si los demás no guardásemos secretos. Secretos oscuros e inconfesables con los que cargamos a la espalda, y que creemos son únicos. Nos rompemos la columna y el alma tratando de sostenerlos, a veces por años, décadas incluso, tan solo para descubrir un día que cualquiera a nuestro alrededor carga con lo mismo —suspiró «Ojo Blanco» —. Pero no te preocupes demasiado, niña. Eres muy joven y todavía te han de pasar muchas cosas que tambaleen tus prioridades.

—Sé lo que quiero. Con eso me basta —explicó Ox.

—Por ahora, quizás. Si consigues lo que anhelas, descubrirás que muy pronto querrás más, y luego más, hasta que te veas doblegada por el peso de tus propias expectativas. Pero esa es otra historia, una que habla más del viejo que la cuenta que de otra cosa. ¿Qué hay de la parte que sí puede ser contada, entonces? —indagó el anciano.

—Está bien, maestro, trataré de no aburrirle demasiado.

«Crecí en Samarra, una ciudad minera al oeste de Interterras, cerca de la frontera de Primia con Kur. Digo *crecí*, porque no sé si nací ahí o

en otra parte. Debería haber muerto al poco tiempo de llegar al mundo, pues quien quiera que me diese a luz, decidió que era mejor envolverme en una lona y abandonarme en un vertedero. Fue una mujer pobre la que escuchó mi llanto entre los escombros, y decidió llevarme a la casa de una señora viuda que se dedicaba ya a cuidar a varios huérfanos de las calles. Recuerdo a Nana Ox con cariño pues se ocupaba de alimentarnos bien, de educarnos, y de tratar de que olvidásemos nuestro descastado origen. En Primia, los niños huérfanos no son vistos con lástima sino con repulsa, pues se cree que portan mala suerte, como emisarios de la enfermedad. Cosas de estúpida religión, como siempre».

—No eres natural de Kur, entonces —infirió «Ojo Blanco».

—No. Aunque la Primia fronteriza se parece mucho a esto; soberbia, miserable e incapaz de avanzar.

«De todas formas, no me quedé mucho tiempo. En cuanto reuní el valor suficiente, me escapé del único refugio seguro que había conocido. Aquella pequeña ciudad me oprimía tanto, que me fui sin un solo *julio* en los bolsillos. Obviamente malviví por mucho tiempo. Mendigaba y viajaba.

En todas partes significaba una molestia; una cría fea y sucia sin ningún talento especial. Como no quería vender mi cuerpo, pasaba hambre y no me importaba demasiado.

Por aquel entonces, comencé a sufrir cambios extraños. Siempre había dormido demasiado profundamente, hasta caer en estados casi comatosos, pero aquello empezaba a ser distinto. Para mí, la pubertad amaneció cuando sin quererlo, me encontré flotando fuera de mi cuerpo. Recuerdo perfectamente aquel momento, porque había caído rendida tras una paliza que me habían dado en una pelea en la que me metí. Al verme plantada fuera de mi cuerpo me asusté tanto que regresé de inmediato y desperté. Fue uno de los momentos más terroríficos de mi vida.

Después de aquello, todo fue de mal en peor. El poco control que tenía sobre mí misma desapareció. Ya no solo pasaba hambre, sino que apenas dormía, y mi aspecto era terrible. Muchas veces me encontraban tirada en una cuneta, y al no poder despertarme, creían que había muerto. Hasta en dos ocasiones desperté dentro de la tumba que habían cavado para mí. Por fortuna, no llegaron a echar la tierra encima.

Continué viajando, pero lugar al que llegaba, lugar del que me echaban a patadas. Hasta que alcancé Primia Nova. La capital representaba mi destino ansiado, pues en una gran ciudad, me decía, sería todo distinto. Esperaba que, en el seno de una amalgama de personas con diferentes orígenes y culturas, también yo encontraría mi sitio. No fue así, o al menos, no por mucho.

Tras conseguir el primer empleo de mi vida, como lavaplatos en una fonda, por primera vez me atreví a soñar con algo mejor. Conseguí reunir algunos *julios*, y pude alquilar una habitación en el mismo lugar en el que trabajaba, renunciando a las tres cuartas partes de mi sueldo. Era poco más que un armario con un catre, pero para mí significaba mucho, en aquel tiempo. Podía encerrarme y evitar acabar despertando en mi propio entierro.

Ahí empecé a tener sueños extraños. Cuando no me desdoblaba de mi cuerpo, y acababa en el rincón de la habitación temblando de miedo, tenía sueños».

—¿Qué clase de sueños? — «Ojo Blanco» la interrumpió en este punto.

—Cosas inverosímiles, maestro. Soñaba con edificios de plata que nunca había visto, altos como espigas, en ciudades engalanadas de una vegetación prodigiosa, y desde cuyo firmamento se podían contemplar enormes lunas con sus anillos. Soñaba con barcos voladores y naves que parecían mucho más espléndidas que nuestros Kepplers y dirigibles, y con máquinas prodigiosas que te llevaban de un lugar a otro en un abrir y cerrar de ojos. También soñaba con seres fantásticos, dignos de los cuentos que se narran a los niños. Eran sueños tan reales, y tan distintos del resto de mis pesadillas…».

—¿Alguien te habló alguna vez, en aquellos sueños? —preguntó el anciano, francamente interesado.

—Una vez, sí. Y me dijo su nombre, pero no fui capaz de retenerlo. Era un ser muy bello, rodeado de una luz propia, y estoy segura de haber contemplado su rostro, pero igual que con su nombre, también lo olvidé.

—¿Qué te dijo?

—Que no estaba sola y que iba a ayudarme. Que iba a ayudarme a entender. Y en el sueño, tocó mi hombro derecho —explicó Ox, llevando su mano hasta la zona que describía, revelando una especie de signo grabado en ella—, es una marca de nacimiento. Parece un glifo, pero solo es una de mis imperfecciones.

—Interesante coincidencia —susurró el viejo, mientras observaba el extraño símbolo de la piel de su discípula.

—No lo creo, maestro. Es evidente que mi mente agotada por la falta de sueño generó una bonita historia para hacerme sentir bien, las pocas horas que conseguía descansar —explicó ella.

—Continúa, por favor —le solicitó «Ojo Blanco».

—Perdí mi trabajo por mis constantes faltas de puntualidad, y acabé en las calles de nuevo, esta vez en las de una gran urbe, donde ser pobre es peor que la muerte. La indigencia regresó a mi vida, acompañada de la peor etapa que he pasado. El hambre, el sueño y la soledad no eran mis peores enemigos; no me enorgullece admitir que

llegué a robar para subsistir, y a pelearme por dinero en luchas clandestinas.

—¿Pelearte tú? —preguntó el anciano, incrédulo al imaginar qué podía hacer una chiquilla escuálida en esas lides.

—Descubrí que poseía otro talento, aparte del de abandonar involuntariamente mi cuerpo. Al tocar a una persona, podía, si me concentraba lo suficiente, hacerle ver sus propios miedos por un instante. Todos reaccionaban a eso del mismo modo; desmayándose, así que creí que podría ser una ventaja para mí. Lamentablemente, me costaba demasiado esfuerzo mental, y aquello me dejaba exhausta.

«Los episodios de desdoblamiento se sucedían cada vez con mayor insistencia, sin poder yo controlarlos, así que empecé a tomar sustancias para domeñarlos. Para conseguir la *Dooma*, un potente narcótico ilegal que vendían las bandas de Primia Nova, tuve que unirme a uno de los jefes, y, a sus órdenes, robar y asaltar a gente que no se lo merecía. Conseguía aplacar los viajes, y dormir por las noches, pero a la vez lloraba en silencio al recordar las caras de los inocentes a los que agredía. Me encontraba tocando el fondo que siempre había querido evitar. Todo cuanto me rodeaba era miserable, y no alcanzaba a ver ningún futuro para mí. Sin duda llegué a creer que estaba maldita, y pensé en quitarme la vida».

—Afortunadamente no lo hiciste —susurró el anciano, ahora sobrecogido por la historia que le narraba su nueva alumna.

—Lo intenté —explicó la joven, sonriendo tristemente.

«Era el día de mi veinteavo cumpleaños, cuando me acerqué a uno de los puentes sobre el río Entario, que cruza a través de la capital. Me encaramé a su armazón y detuve el tiempo para mí. Estaba muy segura de que no quería despertar otro día más en aquella situación. Suspiré, dejé escapar todos mis temores, y cuando estaba a punto de saltar, escuché una voz a mis espaldas.

En un primer momento quedé paralizada. Conocía aquella voz; me resultaba increíblemente familiar. Recuerdo girarme lentamente, inexplicablemente fascinada y expectante, para encontrarme con un simple desconocido.

—¿A quién esperabas encontrar? —preguntó «Ojo Blanco», intrigado.

—No lo sé. Pero a quien encontré, fue mucho mejor. No estaría viva de no ser por él, y no solo me salvó del suicidio. Me acompañó a partir de entonces, y me ayudó a salir del infierno en el que me había metido. A su lado, los desdoblamientos desaparecieron, los sueños desaparecieron, y todo mi temor se esfumó. Dijo que creía en mí, y que debía educarme en lugar de luchar por sobrevivir. Y así lo hice, empezando la mejor etapa de mi vida —respondió, con un halo soñador en sus ojos.

—¿Dónde está él, ahora? —preguntó el anciano, viendo que la joven detenía su narración, y temeroso de una respuesta que sin duda ya esperaba.

Tras unos instantes de deliberado silencio, en los que la boca de la joven se frunció, tratando de evitar que las lágrimas aflorasen a sus ojos, respondió;

—Murió —y tras dejar transcurrir un largo y tenso minuto, añadió —; y lo último que me dijo fue que buscara al maestro «Ojo Blanco», en Kur.

La habitación quedó en silencio, sumida en un mutismo contenido. «Ojo Blanco» comprendió muchas cosas y se preguntó muchas más. Sin embargo, tras contemplar el desencajado rostro de la joven, quien sin duda mantenía una pelea constante con sus demonios del pasado, decidió que era el momento de que él aportara algo. Era el momento de entregar a aquella muchacha lo que había venido a buscar.

- Nombre: Maeron Bayle
- Edad: Desconocida
- Ocupación: Caminante planar
- Origen: Desconocido
- Motivación: Decadente

En Mehen lo conocen como «Ojo Blanco», en honor a su único ojo hecho de cristal. Su reputación le precede allí dónde se dirige, causando repulsa y temor en igual medida. De él se cuenta que es capaz de hablar con los difuntos, que bebe sangre humana, y que posee oscuros talentos mágicos. Fugitivo y derrotado, Maeron tiempo ha que renunció a la vida.

OJO BLANCO

AH'REE

EL APRENDIZAJE

Reino de Kur.
Ciudad de Phontos.
Mehen.

«Cuando tomé su mano entre las mías
algo en mí murió para siempre.
Un frío tan absoluto, tan opaco, tan hiriente,
jamás lo hubiera creído posible».
…

La taberna estaba repleta aquella noche. Servían dos copas de vino al precio de una, con lo que eso solía conllevar, aun cuando el local estuviese algo apartado de las zonas más famosas de los túneles. El joven, abriéndose paso entre la comitiva local, en su mayoría ebria, localizó primero a «Dueño» tras la barra, impertérrito y metódico a la hora de servir los licores, y poco después a Botas, quien debía llevar mucho rato ahí, pues se hallaba sentado en una mesa, y sorprendentemente había conseguido guardarle hasta un taburete, en el cual apoyaba su prótesis con total descaro.

Fidias se apartó de la cara un mechón rubio y se lo enganchó a una de sus trenzas embarulladas mientras saludaba con la mano a aquel viejo lisiado. El muy fanfarrón le devolvió el saludo con una carcajada que evidentemente hacía referencia a su último encuentro, dos días atrás, en aquel mismo lugar. El joven esbozó media sonrisa, que un espectador atento podría haber calificado como taimada.

—Fidias, el abnegado y cortés galante —le saludó el hombre, levantando una jarra de cerveza—. Empezaba a preocuparme, pero aquí estás, tal y como dijiste.

—¿Dudabas de mi palabra?

—¿Dudabas de que dudara?

—Oh, cállate —bufó el músico, mientras se sentaba—. ¿Qué sucede aquí esta noche?

—Nada, salvo que la mitad de estos están borrachos como una cuba. ¿No te parece un público perfecto? Deberías tocar y cantar algo, pues esa es tu profesión, ¿no?

—Me robaron la cítara. Además, no tendría ganas. Me agobian las multitudes.

—Parece algo bastante malo para alguien de tu gremio. ¿Has solucionado ya tus asuntos?

—En parte, sí.

—Espero que no fuese nada ilegal, ya sabes que no me gustan esas cosas, muchacho —se carcajeó el informador—. Te habría investigado, ya que, como dije, no me fio de ti, pero consideré que se trataba de mucho esfuerzo para nula recompensa.

—Casi como la que te vas a llevar por parte de Ox —sonrió el joven.

—¿Sabes algo de su paradero? —resopló el hombre, cambiando su talante.

—Yo nada, ¿y tú?

—Condenada muchacha. Ni una palabra por parte de nadie. O bien se ha largado con mi dinero, o bien está muerta en algún callejón oscuro. En ambos casos me irrita. Si no fuera por esta cerveza...

—No me dejó escoltarla. No me dejasteis ninguno —protestó Fidias.

—Relájate, muchacho. Después de todo, no la conocías prácticamente de nada ¿no?

—Esa no es la cuestión, maldito viejo.

—Ya lo sé. A mí tampoco me deja indiferente, aunque no lo creas. Y no solo por mi dinero. Aunque, ¡qué demonios, mi dinero! ¿Qué tal si me pagas tú?

—¿Yo? Estarás de broma.

—Vagamente —contestó el informador, con una mueca torcida.

La conversación se vio interrumpida por un jaleo inconfundible entre el gentío, que ya no reía y gritaba, sino protestaba ante la entrada de la guardia en el local. Cuatro hombres de uniforme, tres soldados rasos y un sargento, apartaron a la gente demostrando que quedaba más espacio del que parecía, hasta hacerse un hueco cómodo por el que transitar. El sargento alzó la voz y la sala se sumió en un silencio contenido. Después carraspeó y comenzó a declamar sin ganas, un discurso que con total seguridad había repetido en varias ocasiones esa noche.

«¡Por Real Decreto ejecutado por la Guardia Ceneste, se proclama lo que sigue; El traidor a la corona y fugitivo de la justicia, Maeron Bayle, también conocido como «Ojo Blanco», quien se encuentra en búsqueda y captura desde hace más de un año, ¡ha sido visto en este distrito en las últimas semanas! El Palacio aumenta la recompensa por su detención a quinientos kels, siempre y cuando sea entregado vivo. Repito para que se me entienda; vivo. Si alguien posee información sobre su posible paradero, y ésta resulta de alguna utilidad, será recompensado según valía. Por otro lado, cualquier obstrucción a la justicia u ocultación de información, a este respecto, se castigará con la inmediata ejecución. Quien dé cobijo o refugio al susodicho, o colabore con él de algún modo, correrá idéntica suerte. ¿Ha quedado

claro?»

El hombre, que parecía más aburrido que enojado o intimidante, observó la reacción de la gente durante unos segundos antes de clavar un cartel en la pared y finalizar

—Este es su aspecto aproximado, y su descripción física. El Monarca cuenta con su colaboración, ciudadanos.

Fidias y Botas se miraron sin decir ni una palabra y permanecieron en su sitio fingiendo normalidad, hasta tiempo después de que la guardia se hubiese marchado. El balance de aquella entrada había sido dos detenciones por delitos menores, un par de multas a «Dueño» por normas de seguridad infringidas, y varias cervezas apuradas por los guardias. En el desempeño de sus labores, claro está. Ellos mismos habían pasado desapercibidos debido a su ubicación en la sala, guarecidos como estaban por un muro humano de borrachos, y por el evidente desinterés de los policías, que se diferenciaban de los demás camorristas presentes únicamente por el uniforme.

—Tenemos que encontrar a Ox. Se está poniendo en grave peligro —susurró Fidias.

—Caramba. Quinientos kels me arreglarían las cosas, sin duda. —comentó el soplón —Parece que han doblado la prima por el viejo. Es una auténtica fortuna.

—¿De qué hablas? —los ojos del joven brillaron con una llama furiosa—. No te lo voy a permitir.

—Relájate, fiera. Solo decía en voz alta lo que todos piensan. Yo solo quiero mi justo pago, aunque reconozco que la suerte de ese agorero no me quita el sueño.

—¿Quién demonios es ese tipo?

—Mal fario. Un tipo de mente oscura que hace cosas raras. Muy raras, por lo que he oído. Come carne cruda y utiliza animales como sacrificio a los espíritus malignos. Se habla de desapariciones a su paso, y de cosas peores. Hay quien piensa que puede maldecirte si lo miras fijamente, y otros aseguran que bebe sangre humana en lugar de vino. No preguntes de dónde la saca.

—¡¿Y dejaste que saliera en busca de eso?! —gritó Fidias dando un puñetazo en la mesa.

—No son mis asuntos —contestó Botas mientras escupía al suelo—. Ya intenté advertir a esa cría.

—Debo dar con ella —afirmó Fidias, en lo que parecía genuina preocupación.

—*Guau*, chaval. Parece que tenemos a un enamorado —rio Botas. El joven respondió a aquel comentario con una simple sonrisa complacida.

En aquel momento, un niño se acercó hasta su mesa y miró con

interés la prótesis de Mclauden.

—¿Te gusta, chico? —rio éste, dándose cuenta del descaro del chaval—. No quieras tener una, es más incómoda de lo que parece.

—Me han dicho que tú eres «Botas».

—Según quien me busque —respondió sorbiendo por la nariz.

—No parece que «Botas» sea un buen apodo para ti. Solo calzas una.

—Muy agudo, mocoso. Pero desembucha ya o te daré un mamporro.

—Traigo un mensaje de una chica que se llama Ox. Quiere que te reúnas con ella en...

—Shhhtttt —el hombretón se irguió desde su cómoda postura y se abalanzó sobre el muchacho—, más bajo, pequeño diablo. Dímelo al oído e igual te ganas algo.

El chiquillo le susurró el mensaje y luego esperó su recompensa, que fue entregada junto a un revoltijo de pelos y una patada en el trasero.

—Ya tenemos destino —sonrió el soplón.

Ox abrió los ojos y parpadeó varias veces. Se tambaleó unos instantes y apretó los puños. Frente a ella, la figura difusa y enojada del anciano vigilaba cada uno de sus movimientos. Era la quinta vez que entraba en poco rato, solo para volver a salir. Cada vez que lo hacía, había de sentir toda aquella penuria; el terror, la desorientación, y acto seguido el empuje y el dolor de regresar, que hacía que su cuerpo se estremeciera y se doblara, agotado. Y por si fuera poco, «Ojo Blanco» perdía la paciencia con regularidad, haciendo de todo aquello un suplicio.

Simplemente no entendía la utilidad de esa práctica.

—Mal —sentenció el viejo, que en su forma desdoblada mostraba mayor porte y determinación. Como si se creciese.

—Me siento bien —replicó ella, apretando los dientes.

—Mientes, basta con ver tu patético semblante y esos temblores que te aquejan.

—No sé hacerlo mejor.

—Debes aprender a disociar, o no llegarás a ninguna parte. Observa tu cuerpo mortal —dijo mientras señalaba a una Ox dormida que reposaba sobre los cojines.

—Prefiero no hacerlo —replicó ella, sabiendo que cada vez que se observaba, sentía un miedo feroz ante lo que contemplaba y unas ganas tremendas de regresar—. Es más fácil para mí si simplemente me alejo.

—El problema estriba en que nunca has sido capaz de asimilar tu situación. El miedo te posee porque crees que perteneces a eso —y señaló la figura tendida—. Y eso aquí, no vale nada. Una carcasa, un recipiente, necesario en aquel mundo, sí, pero irrelevante en estos lugares. Si huyes de él podrías perderte para siempre, pero si te aferras, jamás te moverás.

—¿Cuál es entonces el punto?

—El medio.

—El punto medio...

—Respóndeme a esto, ¿dónde crees que existes?

—Creo que depende del momento.

—Exacto. Mira a tu alrededor.

Ox levantó la vista del suelo y observó la habitación velada por aquella bruma ominosa. Era similar a las anteriores veces, una réplica distorsionada de la casa del viejo, con sus muebles y enseres, pero con variaciones.

—Es la habitación. No hemos llegado a salir.

—¿Piensas que la habitación existe? ¿Qué motivo tendría para hacerlo, en un lugar como este?

—Es lo que veo.

—¿Crees que tus ojos pueden hacerte ver algo, aquí?

—Yo... —Ox se llevó las manos a los ojos y se tocó la cara —siento mis ojos. Y mis manos.

—Ahora mismo existes en este lugar, no en aquel —dijo señalando su cuerpo—, pero existes de forma parcial. Tu ser está dividido entre dos mundos y por tanto maneja la información que recibe de la forma menos traumática y más lógica posible.

—No comprendo.

—Quizás deberíamos cruzar esa puerta, para ver qué hay detrás —dijo, señalando la puerta de la habitación.

Ambos se acercaron al umbral del portón señorial, que lucía los mismos salientes decorativos que recordaban, cuyos goznes dorados soportaban una madera que parecía porosa y robusta.

—Esto es una puerta. Dime, ¿qué son las puertas en el mundo físico?

—Objetos que separan lugares.

—Así es. Cuando la crucemos, veremos qué encontramos.

—Creo que no comprendo...

—Éste que contemplas no es un plano físico. Tanto mi cuerpo como el tuyo, como las cosas que se presentarán ante ti, son proyecciones que podemos manejar e identificar, si aprendemos cómo. Cada plano tiene sus reglas y pertenece a quienes residen en él. De donde venimos, nuestro cuerpo mortal se degrada paulatinamente y requiere cuidados para prolongar su existencia.

—Comida, sueño...

—Entre otras cosas. Las ligaduras a un vehículo proporcionan ventajas y también inconvenientes, como bien sabes. El placer de los sentidos y la interacción con el medio, son algunas de las ventajas de portar un vehículo.

—Los olores, los sabores, las sensaciones —añadió Ox, asintiendo.

—Y las desventajas saltan a la vista.

—Luego, el nuestro es un mundo físico, en el cual existimos por medio de un vehículo físico, que es nuestro cuerpo.

—Eso es —asintió satisfecho, el viejo.

—¿Y aquí?

—Este es uno de los planos espirituales o anímicos. En un plano como éste somos intrusos. Dado que no pertenecemos a él, sabemos muy poco acerca de sus reglas. Éstas no son tan estrictas y sí mucho más extrañas e incomprensibles que las que conocemos, al menos bajo nuestro punto de vista.

—¿Cuáles son esas reglas? —preguntó Ox, cuya curiosidad aumentaba por momentos.

—Poco a poco. Es mejor no llenar la mente con cuestiones complicadas, antes de tiempo. La desazón llega temprano si el ansia es demasiada. Procede, por favor —dijo el anciano, señalando la puerta.

La joven asió el pomo con reparo. Los recuerdos de sus travesías anteriores le venían a la mente como sucesos que nunca habían sido agradables. Los escasos lugares que había recorrido en su adolescencia y su juventud temprana se habían revelado como sitios inhóspitos, fríos y amenazantes, con casas que no daban refugio y que mezclaban seres humanos y sombras en sus dependencias.

Desazón, pérdida, miedo; estos sentimientos habían formado invariablemente parte de la experiencia. Era incapaz de disociar. Efectivamente, «Ojo Blanco» tenía razón. Su problema era precisamente ese.

Apretó con fuerza el pomo y lo giró, empujando después un portón que no recordaba tan pesado ni tan ruidoso. La luz tenue se hizo delante de ella, sumida en la perpetua bruma, revelando el pasillo de la casa, más desvencijado pero similar en todo lo demás. Los mismos arcos separaban las distintas habitaciones, y al fondo se veían las escaleras.

—No lo entiendo. Creí que iríamos a parar a otro lado.

—¿Qué esperabas? Es esto lo que había, ¿no? —respondió el viejo.

—Pero... ¿quiere decir que este plano es similar al otro en su totalidad?

—Podrías continuar por ahí —explicó el anciano, señalando las escaleras—, y encontrarías el recibidor. Y más allá la salida, y más allá el distrito podrido de Mehen, y más allá...

—¿Es todo igual? —interrumpió ella, evidentemente molesta.

—¿En alguna de tus salidas viste algo distinto?

—No... siempre fue como una versión difusa y agobiante del lugar en el que me encontraba, habitada por seres con los que nunca quise cruzarme.

—¿Entonces, querida?

—Sé que hay más. Lo sé y además lo comprobé a través de esa ventana suya. No había ciudad.

—El barquero —respondió él, solemne.

—Es la segunda vez que alude al barquero. Pensé que era una alegoría.

—Es difícil explicar esto. Te hablé de las proyecciones, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. Este lugar, este submundo, se conforma de muchos estadios. En el que nos encontramos es el primero de ellos, el más cercano a nuestra realidad. Posee las proyecciones físicas de nuestro propio mundo, que nuestra percepción maneja de forma más natural y menos peligrosa. Hay muchos seres habitando este estadio, por muy diversas razones.

—Fantasmas —añadió Ox, sintiendo un escalofrío.

—Puedes llamarlos así, pero a ellos no les gustaría. Pese a lo que pueda parecer, este no es un buen lugar.

—¿Por qué?

—Está cargado de anhelos y sueños perdidos, de tristeza y abatimiento que se transforma en odio. Los que aquí habitan, lo hacen bajo la fútil esperanza de regresar al mundo de los vivos, de abrirse un hueco en el tejido planar. En ocasiones se obsesionan con lugares, o con personas de sus vidas pasadas. Probablemente tú nunca pasaste de este estadio de existencia.

—Jamás.

—Pero sabes que hay más. En algún momento de tus viajes lo percibiste.

—Sí. Fui muy consciente de ello —reconoció la joven, ocultando un lamento.

—Dame la mano, niña.

El anciano le tendió su ajada y arrugada mano de largas uñas y al tomarla, Ox sintió cómo el suelo escapaba de sus pies. Todo se movió muy rápido a su alrededor, o tal vez era ella misma la que se desplazaba. En cualquier caso, la bruma se arremolinó en torno a ella como una capa que la envolviese, y bailó desaforadamente antes de disiparse, mostrando un paisaje perturbador. Delante de ella, un páramo yermo apareció, extendiéndose hasta el rompeolas de un irregular océano. En el horizonte, un manto de nubes oscuras brillaba con destellos purpúreos de singular tormenta, iluminando las aguas de

aquel mar revuelto.

«Ojo Blanco», sumido en el mutismo, comenzó a caminar por aquella playa, guiando a su pupila hacia un saliente rocoso. Sus pasos no emitían sonido alguno, dejando que el ulular del viento, que parecía portar palabras en su extraña canción, se impusiera sobre los demás sonidos. La arena que se escapaba entre sus botas era negra, como la propia de una zona volcánica, y brillaba con los destellos de los rayos provenientes de las altas cúpulas del cubierto cielo.

Arribaron a la parte oriental de un golfo en el que, guarecido por las rocas, se erigía un pequeño puerto. En él, descansando sobre una silla típica de pescador, desliando lo que parecía una madeja de hilos, se encontraba un hombre. De arriba a abajo estaba cubierto por una especie de túnica rematada en una capucha calada por debajo de los ojos, que cubría la totalidad de su rostro. A semejanza de todo lo que lo rodeaba, la tela de sus ropajes era grisácea, y caía por encima de sus miembros, rasgada por el paso del tiempo. Ox se preguntó qué había sucedido con los colores en aquel mundo, pues parecían haber sucumbido a la nostalgia y a la amargura hasta apagarse en tonalidades deprimentes. Incluso algunos rojos o azules que distinguía eran tan desvaídos que parecían haberse esforzado en igualarse a todo lo demás.

La figura había percibido la presencia de los recién llegados mucho antes de que el primer crujido en la madera de la pasarela los anunciara, y había erguido su postura para recibirlos. Cuando giró su cabeza hacia ellos, ningún rostro apareció bajo los holgados pliegues de la tela, pero sí una mano de piel negra y huesudas falanges que les hacía señales para que se acercaran. Cuando así lo hicieron, Ox descubrió que aun sentado y ligeramente encorvado, aquel ser la igualaba en estatura.

—Peregrino —saludó el «hombre», cuya voz llegaba desde su posición, pero no necesariamente desde donde debería estar su boca. Era una voz fuerte y verdaderamente profunda, de una gravedad tal, que reverberaba en sus sienes y entraba directamente a su cabeza.

—Camino busco —respondió el anciano.

—Tú no estás perdido. Sin embargo, tú... —la figura se levantó de su asiento y adelantó sus pasos hacia Ox, quien sintió un escalofrío al comprobar el tamaño gigantesco del encapuchado—. Nunca te había visto.

—Es... la primera vez que vengo —carraspeó la joven, inevitablemente intimidada.

—Si deseas cruzar el mar, tendrás que pagar tu precio —dijo el encapuchado.

Ox miró a «Ojo Blanco» en busca de auxilio, quien se adelantó y sacó algo de su pequeño zurrón. Tomó con las manos un pequeño

paquete envuelto en tela verde y con sumo cuidado lo desenvolvió, destapando cuatro diminutas gemas del color de la sangre. Las tendió hacia el barquero y este las examinó, pasando sus larguísimas manos negras por la superficie de éstas. Pese a que su rostro era un enigma, Ox tuvo la impresión de que sonreía satisfecho. Sin embargo, las dejó en su lugar y devolvió su atención hacia ella.

—No —sentenció, con un tono que la hizo estremecer —, ella deberá pagar el pasaje.

—Pero yo no tengo nada que pueda... —su voz se hizo un hilillo mientras rebuscaba en sus bolsillos, pese a saber que no encontraría nada ahí.

—Claro que sí —contestó aquel ser, mientras una de sus manos se alzaba hacia su cabello. Acarició éste durante unos segundos en los que solamente se escuchaba una ronca y profunda respiración—. Este mechón de tu pelo bastará.

Ox no sabía qué contestar. Aquellas gemas tan hermosas eran rechazadas a cambio de un vulgar mechón de pelo, que, sin saber el motivo, ahora sentía como una gran posesión. Buscó de nuevo ayuda, o explicación de su maestro, pero el talante de éste era de resignación.

—De acuerdo —suspiró ella.

El Barquero agarró con fuerza el mechón de cabello y de un simple tirón, lo arrancó. Ox gritó y se llevó la mano a la cabeza, presa de un profundo dolor que laceró su ser. Cayó al suelo con ganas de llorar, pero pronto se dio cuenta de que el dolor que súbitamente la había asaltado, había desaparecido. Se levantó algo avergonzada, contemplando al enorme hombre, que acariciaba su pago con deleite y lo guardaba con cuidado en un pequeño cofre. La expresión en el rostro de «Ojo Blanco» era indescifrable.

—Por favor, embarcad. Cruzaremos sin percance las plateadas aguas del *Mar de Escada*.

Aquel extraño marino les señaló la vía de entrada a un bote, una hermosa barcaza de madera de cedro con la figura de una bestia alada cincelada entre el pico y la roda de proa. Ésta parecía ignorar el oleaje y la mar embravecida, y los fuertes vaivenes de las crestas marinas parecían hacerle poca mella, meciéndola levemente, o más bien arrullándola, con sus fuertes embates.

Cuando subió a la embarcación, el espectáculo tormentoso le pareció ajeno y distante, y encontró cierta belleza en el paisaje que la rodeaba. Ox se sentía expectante y emocionada, y cuando el barco dejó el pequeño muelle y se adentró en aquel extraño océano, se permitió por vez primera relajarse y dejar acudir a su mente aquellos recuerdos prohibidos. Sonrió de nuevo al imaginar aquellos ojos despiertos, y esa sincera sonrisa, y las horas perdidas sin motivo en un tiempo donde nada importaba demasiado. Sumida en aquella

ensoñación, Ox tardó en reparar en lo que estaba viendo, pero cuando finalmente lo hizo, se irguió como un resorte e hizo zozobrar ligeramente el bote.

A una distancia media entre su embarcación y el horizonte, numerosas figuras extrañas sobresalían de las aguas, como siendo mecidas por ellas, zarandeadas de un lugar a otro sin piedad. Tratando de aguzar la vista, distinguió cabezas y brazos, y algunas formas extrañas que no parecían humanas, retorciéndose mientras flotaban, o nadaban, o simplemente permanecían.

La joven señaló y llamó la atención de «Ojo Blanco», quien, tras echar una furtiva mirada a dicha dirección, negó con la cabeza con fastidio y volvió a sumirse en su mutismo.

El desasosiego regresó a ella y, arrebujándose, apartó la vista de aquel panorama y esperó.

La barca navegó durante largo tiempo, cruzando con rapidez grandes espacios marinos, sin que el paisaje variase en ningún momento. Las horas parecieron días, o quizás se tratase de días que semejaban horas, y la perpetua tormenta jamás finalizaba.

Una extraña figura consiguió, en uno de los momentos, acercarse al bote y Ox contempló, aterrorizada, cómo trataba de asirse con sus cuatro brazos al costado del mismo. El Barquero levantó entonces uno de sus remos y de un sonoro golpe rompió varios huesos de aquel ser que, con un agudo chillido, cayó de nuevo al mar.

A partir de dicho espantoso suceso, que ni al Barquero ni al anciano hubiera parecido renombrable, la travesía continuó tranquila hasta atisbar en el horizonte un puerto. Era la primera tierra que veían desde que salieran, pues ni una sola línea de costa, ni una ínsula perdida se había asomado, aunque fuese en la lejanía, durante todo el tiempo que habían estado navegando.

La barca atracó y el encapuchado marino ató los cabos al muelle, esperando para que descendiera el pasaje.

—Buena suerte —les deseó el gigantesco Barquero cuando así lo hicieron. Segundos después subió de nuevo al bote y se preparó para regresar.

—No veo más embarcaciones. ¿Cómo haremos para volver?

—Eso no debe inquietarte.

«Ojo Blanco» carraspeó y encendió la llama de un candil que segundos antes no tenía en su poder. La luz que desprendía éste era tenue y oscilante, e iluminaba apenas un par de metros a la redonda, revelando poco más que una llanura yerma, más allá del embarcadero.

La noche los rodeaba con su oscuridad, si es que en aquel lugar podía existir tal cosa. Bajo sus pies algo crujía a su paso, algún tipo de vegetación formada por delgadas raíces que se enmarañaban entre ellas a lo largo de un extenso sendero.

Caminaron varias millas adentrándose en una creciente espesura. A su alrededor había venido formándose lo que parecía un conjunto de árboles retorcidos cuyas ramas se abrazaban unas con otras y sobre las que, de vez en cuando, titilaban unos luceros.

Entre las sombras de los troncos y el dibujo del ramaje, Ox había empezado a distinguir formas que se movían. Cuando se lo apuntó a su maestro, éste le respondió con una callada reprimenda cuyo significado solo podía querer decir «calla y sigue adelante».

—*El bosque de los ocultos* —dijo en lugar de eso.

—¿Así se llama?

—Lo habitan criaturas que desean ser olvidadas. Llegaron hasta aquí sin un objetivo, o quizás lo perdieron mientras avanzaban en su camino. Han renunciado a sus lazos con todo y existen, permaneciendo, a la espera de desaparecer.

—Eso es terrible. —Comentó la joven mientras sentía un escalofrío que recorría todo su cuerpo— Ni siquiera yo creo ser capaz de entenderlo. ¿Tú crees que las personas que...

—Los seres —corrigió el hombre.

—De acuerdo, «los seres» ¿Crees que desaparecen de este plano para acabar en otro?

—Creo que desaparecen de este universo, y de todos los demás si es que los hay. Pero es solamente una conjetura ya que es imposible comprobarlo. Opino que no hace falta llegar muy lejos si la determinación ha sucumbido. Sin duda, es un buen lugar.

—¿Buen lugar? Podría calificarlo de muchas maneras, pero nunca de «bueno» —añadió Ox con asco, mientras hacía trizas una raíz seca que parecía no haber tenido vida jamás.

—Acabas de pisotear a un antiguo habitante —arguyó, desapasionadamente, Ojo Blanco, señalando la raíz hecha cenizas.

Ox dio un salto hacia atrás mientras reprimía una arcada. Un sentimiento repentino de repugnancia y desolación hizo que su corazón latiera sin freno, mientras observaba el árbol seco y gris. La idea que le sugería su maestro no podía ser verdad. Era demasiado odiosa. Hasta para ella.

«En esto se convierten —prosiguió él—. Dan vida a todo lo que ves a tu alrededor; raíz, rama y floresta. Los que aquí moran, respiran del bosque y permanecen entre el legado de los desaparecidos; aprenden de su sabiduría y a menudo preguntan sobre su destino, pudiendo decidir todavía. Pero no te inquietes, querida, pues estos árboles son sombras vacías a las que no puedes hacer daño alguno. Respecto a los moradores, algunas de las mejores conversaciones que he tenido

nunca se han dado aquí. Merece la pena escuchar lo que algunos pueden decir».

—¿Hablan? —Ox no dejaba de asombrarse.

—Como tú y como yo. Pero es un asunto que no nos ocupa, salvo que te apetezca intentarlo.

—No creo que quienes han perdido toda esperanza puedan ayudarme en nada.

—Puede que sí, o puede que no. De cualquier manera, todavía no hemos llegado a ninguna parte.

—¿Y cuándo lo haremos?

—Cuando tu decidas. O para ser más precisos —añadió al ver la expresión de incredulidad de su pupila—, cuando tú encuentres algún lugar al que llegar.

—¿Me toma el pelo? ¿Cómo sería posible que yo encontrara sitio alguno si no sé, ya no en qué lugar estoy, sino en qué plano o dimensión, o tan siquiera en qué tiempo o espacio?

—Y sin embargo solo tú puedes encontrarlo, ya que este bosque es infinito.

—¿Qué?

—Yo no puedo llevarte a ninguna parte, aunque vea las salidas. Así funciona. Ya te dije que cada plano posee sus propias leyes. De dónde venimos, las leyes son la gravedad, el tiempo lineal, el espacio y muchas más. Aquí, bueno... son cosas diferentes.

Ox observó con detenimiento hacia todas las direcciones por vez primera. A su alrededor, un bosque denso y agobiante se extendía sin fin. Lo llevaban atravesando horas, pero donde se encontraban bien podría ser donde comenzaron, pues no había diferencia alguna, al menos perceptible, en su monótono entramado.

—Pero yo... —la joven se asomó a varios claros, anduvo en círculos y luego en líneas rectas. Tomó referencias, buscó diferencias, pero cada recodo era casi similar al precedente, y parecía que el mismo bosque quisiera confundirla haciéndole olvidar cualquier forma precisa que retuviera en su mente.

—Te voy a dejar aquí —anunció su mentor.

—¿Qué? ¡No!

—Confía en ti misma, cuando encuentres la salida iré a tu encuentro. Mi presencia te está obstaculizando.

— ¡Ni por asomo! —comenzó a protestar Ox. Sin embargo, su furia quedó en el aire cuando se dio cuenta de que «Ojo Blanco» había desaparecido. Sin más, esfumado.

Sin dar crédito, trató de serenarse. No podía dejar que, entre aquellos sentimientos de desolación y tristeza que le acuciaban, se colara el miedo. Si su guía le había dado esas instrucciones, era porque así se debía proceder, y no sería ella quien, con infantiles

rabietas, diera al traste con toda su empresa.

—Está bien —dijo en voz alta—, avanzar no sirve. Si avanzar no sirve, habrá que quedarse quieto. Habrá que permanecer.

Aquella palabra le hizo estremecer. Escogió un trozo de tierra libre de raíces y de ramas y se sentó en posición de loto. Abrió los ojos y contempló a su alrededor, buscando algún sentido o propósito, algo que se le escapara en todo aquel embrollo.

Inspiró. El aire llenó sus pulmones y dejó en su boca un regusto dulce con un toque ácido, como a torta de limón de las que antaño cocinara su tutora Nana. ¡Qué tortas! Recordaba que las cocía en horno de leña, y conseguía sacarlas cuando el hojaldre estaba más crujiente, justo en el punto exacto. Esponjoso y crujiente. De niña había tratado de imitarla sin ningún éxito, y aunque quemaba todas las tortas, o las dejabas tan crudas que no las querían ni los perros de la casa, jamás había escuchado reprimenda alguna por parte de su cuidadora, una mujer adorable y complaciente en extremo, a quien nunca había observado levantar la voz a nadie. ¡Qué maravilla de tortas! ¡Cómo desearía poder comerse una ahora!

—Pequeña...

Ox quedó paralizada. Al levantar la vista, frente a ella, llamándola de la misma manera que solía hacerlo hacía casi veinte años, se erguía Nana, su madre adoptiva.

—Nana... —Ox sintió lágrimas en sus ojos. Lágrimas furtivas, impetuosas y avasalladoras.

—Pequeña...

—No lo entiendo.

—Mi pequeña, no debes estar aquí.

—¡Ni tú tampoco! —la joven se olvidó de todo lo demás y abrazó a la mujer, quien permaneció hierática e impasible, salvo por su mirada —. ¡Te sacaré de aquí! ¡Vendrás conmigo!

—No hay vuelta posible, ni hacia delante ni hacia detrás.

—Sí que la hay. Sé que la hay —Ox agarró a su madre por los hombros y la miró a los ojos. Eran unos ojos cuya luminosidad se había perdido, en cuyos globos oculares podían percibirse insondables pozos de lejanía—. ¡Por supuesto que la hay!

El tono de determinación de su hija perdida consiguió que Nana centrara en ella su mirada por vez primera.

—Comprendo entonces por qué has venido sin ser invitada. Cometes un error, pequeña. No existe regreso para los que llegaron, ni debe haberlo. Estás tan cambiada.

—¿Qué? Escucha Nana, no debes estar aquí. No entiendo mucho de nada, pero eso lo sé seguro. No voy a dejar que te conviertas en un árbol seco de este páramo desolado. No te perderé de nuevo.

—Los árboles son sabios.

—Necesito encontrar la salida de este condenado lugar —Ox agarró a Nana de la mano y la sujetó con fuerza mientras retomaba su marcha. Era increíble volver a sentir la mano de su madre sobre la suya—. Nana, háblame —exigió más que pidió a la par que caminaba, sin piedad, pisando raíces y destrozando ramas—. Dime lo que te apetezca, lo que sea. Háblame.

—Te quiero, pequeña.

Ox se detuvo en seco y se giró hacia su madre. En su mente se mezclaban imágenes muy claras de los días en las cocinas y en los jardines. De los juegos de verano con los otros niños, sobre las planicies. De aquel poste grabado a carboncillo en un cementerio sin nombre. De la lluvia de aquel mayo en el que se despidió de ella. De ella mirándola, ahora, señalando a su espalda.

—Has encontrado lo que buscabas —dijo Nana, sonriendo.

Ox siguió el dedo de Nana y en la lejanía contempló una ciudad bañada en ocre. Se levantaba a los pies del bosque y la sentía tan lejana como cercana, pues al mismo tiempo podía contemplar la entrada cincelada en forma de puente de piedra, y carecer de la capacidad de atisbar su profundidad, o su inmensidad. Estaba y no estaba, a un simple paso de sus pies. Y esperándole en su entrada, «Ojo Blanco».

Apretó con fuerza la mano de su madre y la atrajo hacia sí.

—Vamos, Nana. Te llevaré a ese lugar.

Entonces sintió un dolor repentino que le paralizó primero y le hizo desplomarse en el suelo después. Cada minúscula parte de su cuerpo era lacerada por un dolor feroz. Tratando de tomar aliento, pidió ayuda a su madre y gritó a su maestro con desesperación, sin poder evitar la sensación de que algo tiraba de ella, arrancándola de ese lugar como se arranca una mala hierba.

—Te llaman —sonrió Nana con amor—. Me alegro, cariño. Ve. Gracias por hacerme recordar.

—¡No! ¡No ahora! ¡No!

Tratando de levantarse y luchar, sintió cómo el bosque desaparecía, cómo la ciudad se disipaba y cómo Nana la despedía con un gesto en la mayor sensación de impotencia de su vida entera. Todo desaparecía en la bruma, como si nada hubiera existido.

Como el velado sueño de un loco.

POLARIS IV

República científica de Gisboa.
35 millas náuticas desde el Estuario de Nhem.
Estación submarina «Antillas Crane *Polaris IV*».

«Impresionante prodigio del hombre.
Cuando la vi por vez primera, no podía creerlo.
¿Un edificio bajo las aguas?
Entre sus válvulas y engranajes,
sus bombas, instrumentos y cables,
ahí debía estar yo».

Ameria Bane.

«Diario de trabajo, entrada 412. Día octavo de Cuartos.
Doctora Ameria Bane.

El equipo continúa con las dos investigaciones principales en turnos rotatorios de seis horas.
Hoy hemos acumulado un total de doce horas de inmersión en cuatro salidas. Los datos y resultados figuran en los cuadernos adjuntos y continúo defendiendo que existe una tendencia paulatina, pero inexorable, de descenso poblacional en el arrecife. Hoy he encontrado otra sección del mismo con muestras de desecación y es evidente que tenemos
dificultad para encontrar colonias de bicarvos.
La doctora Sun continúa con su reposo tras el incidente de ayer. Esperamos que pueda reemprender sus labores para mañana o tendremos que modificar los turnos. Por otro lado, seguimos esperando los suministros de superficie. Aunque por el momento no
supone un problema, contamos ya con
tres días de retraso.
Cierre de entrada. 21:45 h».

—Ameria —llamó una voz tras de sí.

La mujer dejó el cuaderno y se giró para responder a su interlocutor, un hombre joven de mirada despierta e inteligente, pero porte desgarbado.

—Gilbert, dime.

—Estás en descanso, ¿verdad? —le preguntó él.

—Sí, aunque me queda un montón de trabajo por delante. Traje algunas muestras al laboratorio —respondió Ameria.

—Me temo que tendrás que esperar para eso. Sun lleva toda la tarde acaparando los instrumentos.

—Si eso la mantiene ocupada, me parece bien, pero dile si puedes

que lo necesitaré en una hora. ¿Cómo lo lleva? —preguntó la mujer enarcando una ceja.

—Está más tranquila, aunque se niega a hablar de ello —dijo, eminentemente preocupado.

—La voy a sacar de las cuevas. No quiero nuevos ataques de pánico ahí dentro —suspiró Ameria, con desgana.

—No creo que eso le vaya a gustar —rio Gilbert mientras se sacaba un mechón rubio y lacio de los ojos.

—Por eso serás tú quien se lo diga.

—Buena encerrona, doctora. ¡Que lo haga el chico de los recados! «Gilbert, prepara la cena», «Gilbert, airea las muestras», «Gilbert, dame un masaje…». —caricaturizó en tono burlón.

—Más quisieras tú —sonrió Ameria, con sorna.

—¡Cuando la dama desee! ¿No te había contado que soy un experto dando masajes? Deberías probarlos. Todo el día aquí encerrado es bastante incómodo para cualquiera. Hasta para ti.

—Gilbert —la joven lo miró un momento antes de proseguir—, no te hagas repetitivo.

Ameria se levantó y guardó el cuaderno en la estantería. Miró su reloj y después se dirigió al panel situado al fondo del habitáculo. En él podían verse varios instrumentos y medidores, entre ellos un barómetro que marcaba una presión normal a cuatro atmósferas, dato que fue apuntado en un registro junto a su fecha y hora.

—¿Cenamos? —interrumpió el joven.

—Sí. Tengo tiempo antes de que llegue «Dos». Me gustaría hablar con Lando de un asunto.

—Con él sí, ¿eh? Me voy a poner celoso.

—Es acerca de las cuevas, Gilbert, tú no operas allí—comentó la especialista.

—Ahora que mencionas las cuevas; escuché que la expedición de Caere, ese arqueólogo de dudosa reputación de Auken, regresó hace unos meses, cuando ya los daban por muertos.

—¿En serio? ¿Con qué resultado? —Ameria parecía entusiasmada tras escuchar aquella noticia.

—No sé tanto, pero oí que habían sufrido muchas bajas y que los que regresaron se encontraban en estado de shock. Algo terrible —explicó Gilbert.

—Trataré de informarme en la Academia, cuando regrese a la ciudad. Sigo el trabajo de Galwyn Caere desde hace mucho tiempo. Siempre me pareció un personaje muy interesante. De lo mejor en su campo.

—No sabía que te interesara la historia —comentó el técnico.

—Oh vamos, Gil, sabes que me interesa casi todo.

La pareja dejó la estancia para entrar en la sala del comedor, la

cual estaba provista de una pequeña cocina, varias despensas, y una mesa junto a una claraboya de tamaño medio que permitía contemplar la profundidad del océano con sus azules cambiantes.

Ameria se sentó en el sillón junto a la ventana, su preferido (el preferido de todos), y apoyando la cara junto al frío cristal, dejó escapar su mirada hacia el insondable mundo submarino.

Las luces artificiales de la estación iluminaban unos diez metros a la redonda, y permitían contemplar la animada vida que existía ahí fuera. Situados en la parte frontal del arrecife de coral, la variedad de peces y colonias abundaba a simple vista. No había nada ahí abajo que no se moviera y estuviese pletórico de vida, incluyendo aquello que parecía inerte, como rocas o plantas, que en muchas ocasiones resultaban ser estéticas y danzantes especies animales que se nutrían en el arrecife. Todo era hermoso y perfecto, sencillo y natural.

Y por ello Ameria amaba ese lugar. Amaba su trabajo, que le permitía alejarse de las presiones de la ciudad y la familia, y encontrarse con la naturaleza salvaje en estado puro, en un lugar donde casi nadie ponía su atención. Pero sobre todo amaba esa sensación de aventura, de pasión por la investigación y de, en cierto modo, reclusión en el filo del mundo.

Y es que la estación *Polaris* probablemente se encontraba en la cima tecnológica del planeta, incluso dentro de la ventaja que, en este particular, el país de Gisboa tenía sobre el resto de las naciones.

Cuando el proyecto de una estación submarina semiautónoma se puso en marcha, Ameria no apostaba un centavo de Orio porque resultase practicable. Sin embargo, no tardó ni dos días en presentar sus referencias ante *Industrias Crane*, por si se daba el caso de que aquel nuevo ingenio tecnológico del magnate no explotaba en mil pedazos. El interés del empresario por la investigación oceanográfica sin duda le había ofrecido la posibilidad de su vida, pasando por delante de sujetos probablemente mucho más preparados que ella. Por todo esto, mientras la joven observaba a una pareja de *sargos bedaos*, con sus reflejos dorados sobre rayas parduscas, unos peces de común desconfiados, disputarse una ración suculenta de cena delante de sus ojos, no pudo reprimir una sonrisa sincera y alegrarse al recordar que todavía pasarían varias semanas hasta el fin de la misión.

La mujer, que estaría en sus treinta años, era una joven despierta e inteligente, dotada de una astucia poco usual y de unas menos aún frecuentes ganas de aprender. Era alta, de cabello rubio dorado que solía recoger en una trenza ladeada y de belleza carismática. No tenía interés alguno en potenciar su atractivo, pero su ánimo resolutivo y a menudo imparable, le conferían de forma pasiva esa característica. Era su voluntad la de aprender todo cuando su tiempo le otorgase y su capacidad le permitiese. Hasta el fin de sus días.

—Ameria —la voz de Gilbert la sacó de sus ensoñaciones—. Hay pasta para cenar.

—La pasta está bien.

—¿Tomate o salsa de cebolla?

—Salsa para mi —respondió otra voz de mujer. La doctora Sun, especialista en química oceánica, no esperó la respuesta de su compañero y se desplomó más que se sentó en el sillón, junto a Ameria—, si no te importa, Gilbert.

—Sun. Pareces agotada —el tono de voz preocupado de Ameria no pasaba desapercibido.

—Tengo un poco de hambre, pero estoy bien. Necesito carbohidratos, solo es eso. Y proteína. Gilbert, ¿puedes añadir algo de carne a mi plato? Mucha carne.

—No creo que suponga un problema —respondió el hombre.

—He estado trabajando, ¿sabes? —Sun se giró hacia Ameria y la miró fijamente con esos oscuros, rasgados y orientales ojos que tenía, pero con la mirada desvaída, como perdida—. Trajimos buenas muestras, Lando y yo. ¡Muestras que debían ser examinadas con detenimiento!

—Ajá. Estoy segura de eso, Sun. ¿Algún resultado? —preguntó su compañera.

—¡No me trates como si estuviera loca!, ¿quieres? Siempre haces eso, con esa condescendencia tan propia de ti.

—Sun, yo... —Ameria buscó a Gilbert, quien le devolvió la mirada con igual extrañeza— No pretendía causarte esa impresión.

—No importa. No importa. Las muestras son fabulosas, magníficas, ¡únicas, me atrevería a decir! Esas algas han incorporado arsénico a sus moléculas orgánicas complejas. Arsenoazúcares y arsenobetaína. Y creo que lo están utilizando para facilitar su crecimiento y generar energía.

—Espera, espera, Sun, ¿de qué estás hablando?

—No creo que sea tan difícil de entender, Ameria. Estoy hablando de formas de vida con una base de arsénico, no basadas en el carbono. Comprendes, ¿eh? ¿Te hago un mapa? —Sun comenzó a gesticular y a hacer aspavientos con las manos mientras hablaba, de una manera agresiva que no casaba en absoluto con el natural tímido talante de la bioquímica.

—Emm... Sun, querida, aquí tienes tu pasta con carne —interrumpió Gilbert, colocando un plato delante de la mujer, quien clavó su mirada en la de él de manera iracunda y desconfiada.

—¿Mucha carne, Gil?

—Demasiada.

—Permíteme que lo dude, señor descafeinado —Sun escupió aquellas palabras que no venían a cuento, y se lanzó a devorar la

comida como si hiciera semanas que no ingiriera un bocado.

Ameria hizo un gesto de calma a Gilbert y con los ojos, le señaló el armario de las medicinas. El hombre, comprendiendo, se acercó y sacó un bote de cápsulas, extrajo un par de ellas y disolvió su contenido en un vaso de leche caliente.

—Más proteína —anunció el afable hombre, colocándolo delante a la doctora.

—¡Bien! —respondió ésta, mientras se lo bebía de un trago y continuaba hablando sin dejar de masticar— Están todas muertas. Ya sabéis, murieron en cuanto las trajimos. Las algas, digo. Eso es normal, pero no así. Se descompusieron de una forma repugnante. Aunque en su hábitat ya eran grotescas, de color gris mortecino y asqueroso. Debo regresar y hacer más experimentos. ¿Dónde está Lando? —la doctora se puso a mirar a todas partes.

—No ha llegado todavía, Sun —respondió Ameria, con suavidad.

—¿En serio? —La doctora volvió a observarla fijamente, y colocó su cara a dos centímetros de la de ella—. Quizás lo tengas escondido en tu cama, Ameria.

La joven se quedó estupefacta ante el comentario, y no pudo reprimir un gesto de enfado en su rostro.

—Creo que es suficiente —interrumpió Gilbert, también molesto.

—¿Qué demonios tenía esta comida? —Sun se levantó de la mesa y se tambaleó—. ¿Me habéis drogado, malditos?

La doctora dio unos inseguros pasos hacia la puerta y se apoyó en la pared, perdiendo el equilibrio. Gilbert corrió a cogerla en brazos justo antes de que se desvaneciese.

—Solo era un concentrado de valeriana. Debía calmarla, no desmayarla —dijo Gilbert, asustado.

—Lo sé. Todo esto es muy raro. Tenemos una urgencia médica.

—¿Narcosis de nitrógeno? —preguntó Gilbert mientras caminaban hacia el laboratorio, a través del estrecho pasillo.

—Ya se le habría pasado. Tiene que ser otra cosa. Tengo que ver su registro de inmersión, tiempo, profundidad. Búscame los informes, y vamos a hacerle un análisis ya. Necesito hablar con Lando.

—¿Oxígeno?

—Por supuesto, al 100%.

Cuando entraron al laboratorio se encontraron con un panorama inesperado. El habitáculo, que, al igual que todo lo demás en la *Polaris* no era demasiado grande, solía estar siempre ordenado y pulcro, algo de natural necesario en la investigación. Se encontraba ahora, sin embargo, hecho monumental desastre, como si hubiese sido sacudido por un maremoto. Varias mesas estaban volcadas, y los utensilios que soportaban se hallaban desperdigados por el suelo. El instrumental yacía tirado sobre charcos de alcohol y otras sustancias, y varios viales

se habían quebrado en mil pedazos que flotaban sobre las soluciones que previamente contenían. Diferentes muestras habían corrido idéntica suerte, entre ellas los malhadados pedazos de alga de los que Sun había hablado, de los cuales había que reconocer, testimoniaban a la perfección lo que de ellos se había comentado. Los trozos, de un color negruzco grisáceo, parecían hincharse y borbotear aun sin vida, y la viscosidad de sus filamentos se antojaba muy diferente a todas las especies conocidas.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —bramó Ameria.

—Esto es de locos —Gilbert, aún con la doctora en brazos, dio una patada a una mesa para colocarla en su sitio, y tumbó a la mujer encima. Acto seguido comprobó su pulso y respiración, y la dilatación de sus pupilas. Aparentemente estaba todo correcto, pero aun así desplegó uno de los paneles sacando una mascarilla que colocó sobre la boca y nariz de la especialista, regulando después la salida de gas.

—¿Cuándo ha sucedido esto? ¿No se supone que estaba más tranquila? —inquirió Ameria, mientras examinaba los papeles.

—Eso me pareció hace unas horas, cuando me pasé a verla.

—Veamos. El registro de Sun no está anotado, genial.

—Busca en el de Lando —sugirió el joven.

—Vacío. Esto me está poniendo de muy mal humor, Gilbert. ¿Cómo va? —Ameria estaba frenética.

—Constante.

—Bien, ajusta los niveles de presión de la *Polaris*. Y vigila a Sun sin moverte de aquí.

—¿Dónde vas?

—Voy a buscar al «Dos».

—¿Para qué? Ameria, es mejor esperar a que vuelvan. Hay que respetar los turnos.

—No me gusta esperar —Ameria comprobó el diario de ruta programado para el día del equipo Dos.

«Zona norte del arrecife junto al punto cuatro».

La investigadora dejó atrás el laboratorio y entró en la cámara de embarque. Se trataba de una sala de tamaño mediano, con un armario para los trajes y botellas a un lado, y una salida al mar, abierta a modo de piscina de unos dos metros de largo y ancho en el suelo del habitáculo, al otro. Sobre una de las paredes descansaba una ducha para los trajes.

La joven se sujetó el cabello en un moño rápido y se quitó el mono que llevaba, sustituyéndolo por otro más liviano. Preparó el equipo y comprobó la botella y el instrumental, para después calzarse el traje completo, deteniéndose en cada cierre. Siempre que se embutía el

traje autónomo tenía la misma sensación; era lo más incómodo y pesado del mundo, hasta que entraba en el agua y todo regresaba a su lugar. Desde luego, aquel traje era toda una innovación que permitía una movilidad antes nunca vista. Había dejado obsoletos al instante a los antiguos trajes de buzo unidos por tubos a la nave, que eran de lo más aparatoso que existía.

Aunque Ameria Bane no era una avezada buceadora, poseía la práctica suficiente para orientarse si no se alejaba demasiado de la estación.

Descendió por la escalinata y se zambulló en el agua, que estaba fría, pese a que se encontraban en una zona tropical. Como era de noche no podía contar con la claridad que venía de la superficie, más de cien pies en la vertical, aunque la *Polaris* estaba, de hecho, suficientemente iluminada en sus instalaciones y alrededores.

Era apabullante. Toneladas de agua la cernían y rodeaban, danzaban entre sus piernas y hacían bailar sus brazos al son de las leves corrientes marinas. La distancia se intuía más que se veía, distorsionada y borrosa, desdibujando las formas y otorgando una sensación a medio camino entre la libertad y la opresión. Conforme avanzaba, su cuerpo se adaptaba a la movilidad acuática y sus ojos a la luminosidad del ambiente.

Ayudándose de las aletas, Ameria nadó hasta encontrar el cabo que buscaba y que le serviría de guía para llegar al punto cuatro, el lugar donde Lando y Dave se encontraban trabajando.

El sistema de cables había sido ideado para marcar los diferentes campamentos operativos. Era un buen sistema, el más fiable que habían probado hasta el momento, sustituyendo a las iniciales y poco estables banderas y a las prácticamente invisibles boyas de señalización. Bajo el océano no existían los caminos ni las carreteras, nada que guiase el paso en un mundo tremendamente cambiante, con lo que una ingeniosa red de cableado de colores hacía las veces de raíl submarino para los buceadores de la *Polaris*.

La bióloga avanzó a través del arrecife, colándose entre corales gigantescos de colores pardos y verdes cristalinos. Se abrazaban unos a otros formando esculturas naturales de una belleza indescriptible y sin mácula, hogar de cientos de especies que sobrevivían de las más variopintas maneras a la sombra y cobijo de los mismos. La simbiosis era tal, que resultaba prácticamente imposible diferenciar dónde acababa la vida vegetal y donde comenzaba el animal, y a su vez, lo que parecía piedra o tierra, podía perfectamente tratarse de una tortuga marina, o quizás de algún original molusco.

Nadar entre los peces de colores era maravilloso. Los animales, acostumbrados a la presencia de los investigadores, no hacían mención de huir a su paso, lo que permitía admirar perfectamente los

lomos de los peces loro, o reparar en los más precavidos, como las barracudas y los meros, que esperaban su momento para cobrarse el almuerzo.

Los bosques de esponjas naranjas y anémonas danzaban a su alrededor mientras seguía su paso. Estrellas de mar de colores azules y caballitos que nadaban entre un mar de algas de color verde casi radiactivo, se sucedían ante su cada vez más relajada mirada.

Una podía quedarse ahí, flotando, y simplemente perderse en la inmensidad de la nada, sintiéndose florecer henchida de vida, como el propio arrecife. Pero una no poseía branquias, y el oxígeno de sus botellas era limitado. Pese a todo, todos los investigadores eran meros invitados en tierras extrañas y hostiles.

El campamento norte 4 se encontraba señalizado con linternas y con tres cajas cerradas que utilizaban a modo de almacén provisional (nada podía permanecer demasiado tiempo ahí sin degradarse). La zona se delimitaba por el fin del cable, y siendo de noche en superficie, ninguna luz más iluminaba el lugar, aparte de la que cada buceador trajese consigo.

Ameria se acercó al campamento y comprobó los alrededores. Pese a no gozar de mucha visibilidad, buscó y no pudo localizar a Lando y a su ayudante en al menos diez metros a la redonda. Aquello la alertó.

La joven se dirigió a una de las cajas y comprobó su contenido. Al no encontrar tirada de cuerda, buscó en el suelo y por las rocas el nacimiento de un nuevo cabo que los investigadores hubiesen colocado en el caso de alejarse del lugar.

«Mal asunto, estas cosas se avisan» —pensó Ameria con gravedad. No le gustaban las imprecisiones ahí abajo.

Como esperaba, lo encontró. El cable se dirigía al este, abandonando el arrecife, y en dirección a mar abierto. Ameria comprobó su manómetro y siguió la guía, reticente. Podía sentir su respiración agitada bajo su casco y el latir de su corazón al son del esfuerzo. Pareciese que el océano se extendiera infinitamente en esa dirección, y que el provisional cordel no tuviera fin.

El hecho de cruzarse con un par de tiburones pequeños en su camino no la reconfortó. Aquellos animales no solían atacar, pues los humanos no significaban para ellos una presa apetecible, pero nunca se sabía. Los siguió con la mirada atentamente, por si hacían algún movimiento extraño hacia ella. No le prestaban atención. De hecho, actuaban de una manera extraña, nadando en círculos y chocándose entre ellos como si estuviesen desorientados.

Intrigada, continuó su camino.

«Qué frío hace» —dijo para sí misma. De alguna manera, oír su propia voz era tranquilizante. Y lo cierto es que hacía frío, más del esperado. Pese a que el esfuerzo la hacía entrar en calor, notaba el

agua que se escurría a través del traje, que nunca era completamente estanco.

Ameria comenzó a esas alturas, a sentirse intranquila. La situación no tenía nada de normal, y no se prestaba a mejorar. Comenzó a pensar en la posibilidad de un accidente, lo que hizo que instintivamente, empezara a nadar más deprisa.

Acortó distancia con gran rapidez sin perder de vista la guía, mientras sentía cómo una punzada de miedo comenzaba a atenazarle las entrañas. Ésta se acrecentaba por momentos, y de repente sintió un deseo casi irracional de regresar sobre sus pasos y alejarse de ahí, de tal manera que se detuvo en seco.

El agua la rodeaba. Delante, detrás, arriba y abajo. La luz de su linterna iluminaba a escasos cinco metros. Al bajar la mirada hacia sus pies, encontró el extremo del cable clavado en el suelo arenoso.

No había más cuerda, no había más camino. Y tampoco Lando, ni Dave.

«¿Dónde demonios estáis?»

Aquello empeoraba las cosas. Mucho. Ameria se vio en la tesitura de decidir. ¿Debía regresar y contar lo sucedido? Meditar las cosas, trazar un plan. ¿O debía continuar la búsqueda por su cuenta? Sus compañeros podían encontrarse en peligro.

Se abrazó a sí misma, aterida de frío. Lo cierto es que estaba aterrorizada. ¿Quién le mandaría venir sola? Se buceaba en pareja por una buena razón. Nadie podría ayudarla a ella sí...

Entonces lo vio. Fue un momento y de pasada, pero delante de ella, en la oscuridad de la noche marina, brilló una luz, un reflejo, algo que se movía.

Contuvo la respiración un instante y abrió mucho los ojos. ¿Realmente iba a seguir aquello? Su instinto le decía que no lo hiciera, pero la lógica le impulsaba desaforadamente a lo que sin duda se trataba de sus compañeros en apuros.

Dejando la guía, se dirigió hacia adelante. El agua parecía más densa. Costaba moverse y avanzar, y había dejado de ver animales.

Había algas. Algas extrañas, grisáceas, de textura porosa y maleable. Unas algas que ya había visto antes en el laboratorio. Eran las algas de Sun. Brotaban del suelo marino como fuera de lugar, como una mala hierba o una especie invasora que está donde no debe, desentonando con el paisaje autóctono. Vivas, mostraban un aspecto peor que muertas. La arena que las rodeaba era negra, parecida a la tierra volcánica. Se mezclaba con el suelo marino de una manera artificiosa, fundiéndose con las piedras de una zona rocosa que empezaba a nacer conforme avanzaba.

La oscuridad comenzó a mermar. Algo irradiaba una tonalidad azulada que iluminaba a su alrededor como si surgiese de una fuente.

Era leve y mortecina, pero rompía con la negrura y dejaba entrever formas a cierta distancia. Ameria sabía que no tenían instrumental alguno que emitiese una luz así.

Gracias a una mayor visibilidad, pudo contemplar el nacimiento de un montículo horadado que daba lugar a múltiples entradas en la roca. Nadó hacia allí, presa de una recién nacida curiosidad que se impuso sobre el miedo que venía sintiendo.

Conforme se acercaba a la entrada más grande, el paisaje se transformaba por momentos. La arena estaba prácticamente cubierta por una especie de barro oscuro del que crecían numerosas algas. Las rocas que rodeaban la entrada eran negras, pulidas y brillantes, de cantos afilados.

Se asomó al abismo. La entrada caía en la vertical descendiendo a una profundidad que era imposible de estimar. Seguramente bajaría otros treinta metros, mínimo, y conformaría una red de túneles submarinos que muy probablemente comunicase con la zona de cuevas que Sun había estado investigando en el campamento sur. Debía ser una vasta red si era capaz de comunicar ambos lugares, y Ameria se preguntó hasta dónde llegaría aquella formación rocosa que desentonaba con el ecosistema, que no era víctima de la erosión, ni de la colonización de numerosas especies, y sin embargo conformaba una cueva. Sin duda, si Lando había llegado hasta ahí se habría preguntado lo mismo y, conociéndole, habría querido ver un poco más allá.

La joven volvió a comprobar su manómetro. La presión en botella aún daba de sí, pero temía entrar en profundidad. Se encontraban a unos treinta metros de la superficie. Para bajar a mayores profundidades era mejor usar el batiscafo.

«Maldito Lando, ¿dónde te encuentras».

Decidió iniciar el descenso con cautela, comprobando cada poco tiempo su instrumental. El túnel giraba en ángulo de sesenta grados hacia la derecha mientras descendía, y Ameria tuvo que asirse a una roca para seguirlo. Nunca le había gustado el espeleobuceo.

Le estaba costando mucho nadar en esa agua, incluso con la ayuda de sus aletas. La densidad de la misma había aumentado, y ahora parecía un caldo viscoso. No debía estar ahí, estaba claro, ni debía continuar.

Las algas y arbustos se encontraban cada vez en mayor proporción y se veían más lozanos pareciendo, en su ondular, que quisieran asirse a sus brazos y piernas. Seguía sintiendo frío, tanto que le empezaban a castañetear los dientes, signo de un grado inicial de hipotermia.

El paisaje era perturbador. Parecía que hubiese cambiado de lugar, o aun de planeta. ¿Qué era esa extraña sierpe que había visto esconderse? Solo la vislumbró de reojo, pero no se trataba de ninguna

especie que conociera, seguro. ¿Qué significaba todo aquello?

Estaba a punto de darse media vuelta cuando localizó, a escasa distancia, a sus dos compañeros. Uno de ellos trataba de tirar del otro, que había perdido el casco de su equipo integral y estaba conectado al accesorio regulador de presión de su compañero.

Ameria se acercó a toda prisa y conectó el comunicador que permitía mantener una conversación a escasos metros, entre trajes.

—Lando, soy yo —anunció.

El hombre pareció no oírla. Trataba desesperadamente de soltar las piernas de su amigo, que habían quedado enredadas en el follaje.

—¡Lando! —repitió ella sacudiéndole el brazo, con el mismo resultado.

Con resolución, Ameria tiró de él, obligándole a mirarla frente a frente. Después golpeó su casco.

Lando pareció desconcertado al reparar en ella, y la observó como si no se creyese lo que veía. Tenía la mirada perdida y enloquecida, desviándose hacia todas partes, como si una concurrencia lo estuviera analizando. Ameria lo zarandeó de nuevo y señaló el comunicador de su traje. El hombre pareció entender y lentamente lo pulsó, abriendo el canal.

—¡Lando! Soy yo, ¿qué ha pasado?

El investigador parecía agotado. El pelo le caía lacio sobre la cara y la barba negra estaba empapada en sudor, cosa que se antojaba imposible con aquella temperatura. Parecía sumar muchos más años de los que en realidad tenía. Cuando habló, su voz llegó débil y agotada.

—Dave. No puedo soltarle.

—¿Cómo vais? —Ameria comprobó el instrumental de su amigo y se escandalizó. Habían agotado casi toda su reserva de aire. Rápidamente soltó y cerró el regulador de emergencia de Lando y colocó el suyo propio en la boca de Dave. El joven ayudante se encontraba inconsciente, pero por suerte respiraba.

—Lando, escúchame. Mírame a los ojos —esto lo dijo ayudándose de gestos—. Tienes que regresar rápidamente ¿entiendes? Sube por el túnel y sigue dirección suroeste hasta el campamento norte 4. Ahí hay una pequeña botella de emergencia. Úsala y regresa por el cabo hasta la base. ¿Podrás?

—Sí... —el hombre parecía ido.

—No me estás entendiendo —agarró el manómetro de Lando y lo alzó hasta su cara—. No te queda oxígeno ¿ves? Tienes que hacer lo que te he dicho si quieres vivir.

—De acuerdo —Lando pareció despertar vagamente al ver la presión de su botella. El susto le hizo reaccionar de algún modo.

—Dirección suroeste. ¡No te pierdas! ¡Corre!

Lando nadó hacia arriba dejando a Ameria sola con Dave. Lo primero que la joven comprobó era que el equipo del ayudante estaba inutilizado, mostrando marcas de impactos por todas partes. Dejó caer la botella, que estaba rota, y soltó el lastre. Trató de despertarle, pero por mucho que lo intentara, resultaba imposible. Sacó el cuchillo de su cinturón y comenzó a cortar los hilos extraños que se le habían enganchado por todas partes. Cortó varios, y para su sorpresa, el resto apretaron su agarre.

—Pero ¿qué...? —Ameria comenzó a asustarse mucho. La caverna entera parecía cernirse sobre ella como una prisión olvidada, ahogándola.

Con rapidez, cortó las algas y tiró de Dave hacia sí, consiguiéndolo liberarlo un poco, gracias a mucho esfuerzo. Al instante, nuevos filamentos lo succionaron hacia el follaje, acercándola a ella también. Un alga trató de enroscarse a su pierna y Ameria la esquivó. Flotando todo lo lejos que le daba el regulador, vio cómo lentamente las plantas, o lo que quisiese que fuese aquello, tiraban de su presa dispuestas a no dejarle ir

Le palpitaba el corazón con fuerza. Estaba hiperventilando, lo que hacía que consumiera mucho más oxígeno del que debía.

Se acercó con cautela y las plantas la ignoraron. Ya que no podría cortarlas, tenía que pensar rápido. Comprobó que Dave seguía con vida y, con lentitud, comenzó a soltarle los guantes. Sin dejar de vigilar el mar de algas, giró lentamente al muchacho y tras soltar los cierres del cuello empezó a bajar la cremallera del traje. No sin esfuerzo, consiguió liberar la mayoría del equipo hasta llegar a las piernas, que estaban sujetas con fuerza a los filamentos. Meter una mano entre el traje y la pierna de Dave, e ir soltándolo poco a poco, parecía que funcionaba. Necesitó más de diez minutos para sacarlo totalmente del traje y una vez hecho, lo remolcó hacia el exterior. De reojo, pudo ver cómo las algas apretaban el buzo del joven hasta retorcerlo, engulléndolo en el follaje.

Cuando llegó a la salida del túnel estaba agotada. Dave seguía inconsciente y debía arrastrarlo hasta la base. No sabía cómo iba a lograrlo ni si llegaría con el oxígeno de que disponían, pero ató el cable de su cinturón a la cintura de Dave y comenzó a aletear lo más rápido que le permitían sus mermadas fuerzas.

- Nombre: Ameria Bane
- Edad: 30
- Ocupación: Bióloga Marina
- Origen: Soc Cerridan
- Motivación: Investigar el fondo oceánico

Cuando Ameria consiguió un puesto en la tripulación del ingenio tecnológico más avanzado del mundo, la estación submarina -Polaris II-, no podía creerlo. De carácter alegre y decidido, la joven se convirtió en una pionera del progreso. Sin embargo, bajo toneladas de océano habrá de hacer frente a una amenaza para la que nadie está preparado.

AMERIA
CIENTÍFICA

LA RED QUE SE TEJE

República científica de Gisboa.
35 millas náuticas desde el Estuario de Nhem.
Estación submarina «Antillas Crane *Polaris IV*».

«Había algo ahí, ¡puedo jurarlo!
Retorciéndose bajo las aguas,
observándonos como a especímenes de muestra.
El nombre de la ciencia es suficiente para ella, doy fe.
Pero no para mí».

Gilbert Camus.

«Aquí estación Antillas Crane *Polaris IV*, por el canal de emergencia. Cérridan Crane, Respondan, por favor».

Gilbert repitió el mensaje al micrófono de la radio por duodécima vez, sin obtener respuesta. El sudor le recorría la frente y llevaba la camisa empapada. No podía creer que nadie respondiera.

—Gil —le llamó una voz, a su espalda.

—Ameria —se sobresaltó—, no deberías estar aquí. Tienes que descansar.

—Ya he descansado suficiente.

La joven estaba envuelta en una manta y pese a mostrar un pálido semblante, parecía sana y con mucho mejor aspecto que el que trajera horas atrás, cuando Gilbert la recogió exhausta en las afueras de la base. Era increíble que hubiese realizado semejante proeza, y, sobre todo, que todos estuvieran vivos. Se abrazaba a una taza humeante de café.

—¿Nada aún?

—No sé por qué no responden. Debe haber algún problema con la antena. Voy a tener que subir a superficie y ver qué sucede —Gilbert se sacó las gafas y las limpió de nuevo.

—¿Cómo están todos?

—Vivos. Lo cual ya es mucho. Ninguno ha despertado, salvo tú, y sus constantes se mantienen regulares. No tenemos espacio para tanto enfermo.

En ese instante se escuchó una interferencia.

«*Polaris IV*, respondan... aquí... tod ..... respondan».

—Aquí *Polaris IV* al habla, recibido. Repito, recibido. Tenemos

problemas de comunicación.

— ….enten....ar...cuencia

—Maldita tecnología punta —protestó Gilbert dándole a todos los interruptores del aparato.

—*Polaris IV*, ¿me reciben?

—¡Si! —se apresuró a decir Gilbert, entusiasmado.

—*Informen*, *Polaris IV*.

—Situación de emergencia. Necesitamos evacuar la base. Cuatro miembros accidentados necesitan cuidados médicos.

—*¿Cuál es la naturaleza del accidente, Polaris IV*?

Gilbert miró a Ameria de forma dubitativa, no sabiendo qué decir, y la joven respondió acercándose al aparato.

—Hemos hecho contacto con flora y fauna desconocidas. Se trata de una colonia indeterminada de algún tipo de vegetación invasora —Ameria trató de explicarse lo mejor que pudo, narrando la historia completa. Se sentía muy estúpida hablándole a un aparato.

—*Manténganse a la espera, Polaris IV*.

Los investigadores se miraron el uno al otro sin entender. ¿Qué era lo que tenían que pensar? Debían traer un equipo médico y sacarlos de ahí lo más pronto posible.

En ese momento, un ruido proveniente del camarote les sobresaltó. Ambos corrieron hacia ahí encontrándose a Lando en el suelo, que gemía y maldecía tratando de levantarse.

—Deja que te ayude —ofreció Gilbert, solícito—. ¿Estás bien?

—Sí... sí. Tengo la boca seca. Me duele todo.

El joven lo condujo hasta la mesa del comedor y lo ayudó a recostarse. Después recogió la manta de su camastro, no sin antes comprobar a los demás durmientes, y se la echó por los hombros.

Ameria se sentó en el sillón de enfrente y lo observó. Lando parecía un náufrago que llevara varios meses en una isla desierta.

—Ey —le saludó ella.

—Ameria. Gracias por rescatarnos. Has conseguido traer a Dave tú sola, eres increíble.

—No tanto. Estuve a punto de largarme varias veces —sonrió la joven bióloga.

—Toma —Gilbert le acercó a Lando una taza de café recién preparado.

—Muchas gracias, Gilbert, por tus atenciones. No sé cómo agradeceros todo lo que... —mientras trataba de hablar, los ojos se le arrasaron de lágrimas y rompió a llorar desconsoladamente, dejando a sus interlocutores sin palabras.

—Amigo... —trató de consolarle el investigador.

—No me hagáis volver ahí, os lo ruego. Debemos irnos, irnos todos juntos de esta base.

—Y eso vamos a hacer —Gilbert se sentó a su lado y le pasó el brazo por el hombro dándole unas palmaditas en la espalda.

—Se meten en tu cabeza y te muestran cosas terribles. ¿Sabes? No dejo de pensar...

—¿Quiénes hacen eso, Lando? —Ameria preguntó aquello con más afectación de la que hubiese deseado.

—Ellos... no sé. No sé nada.

—Intenta explicarte, por favor —le requirió su compañera.

—Cuando nos acercamos a aquel lugar, nos pareció fascinante. Un milagro desde el punto de vista de la geología y la biología conocidas, y perdonadme, un milagro que había sido el primero en descubrir. Dave se imbuyó también de esa alegría, y no pudimos esperar para adentrarnos en aquel extraño hábitat para recoger muestras. Durante largo rato no sucedió nada, si bien había algo extraño y desacorde en el ambiente. El entusiasmo inicial —hizo una pausa para dar un sorbo a la taza de café— pronto se convirtió en un desasosiego que quisimos ignorar. Sabíamos de sobra que no podíamos descender demasiado, pero aquellos túneles se extendían ante nuestros ojos como un reclamo. Como una llamada.

—¿Qué visteis? —Ameria se tensó, profundamente interesada.

—Había vida ahí abajo. Pero no era una vida natural. Los pocos peces, o seres parecidos a los peces que vimos, parecían deformes, como si hubieran mutado saltándose múltiples generaciones de desarrollo. La vegetación era oscura y repugnante y aumentaba conforme te adentrabas en el lugar. Pero lo peor era la sensación que todo aquello producía. No éramos bienvenidos, y lo sabíamos de alguna manera. No estoy diciendo locuras, os lo prometo....

—Lo sé. También yo lo sentí en el breve rato que estuve ahí —asintió Ameria.

—Cada minuto que permanecíamos en el lugar, aquella sensación de depresión aumentaba. Pareciese que algo estuviera radiando un pulso, o una comezón justamente, y en ritmo constante, hacia nuestras cabezas. Lo comentamos entre nosotros varias veces antes de que la cosa empeorara.

—¿Cómo empeoró? —indagó la investigadora.

—Comencé a tener alucinaciones. Vi, o creí ver, monstruos que nadaban en los alrededores, cercándonos. Delante de mí, una de aquellas abominaciones se materializó, observándome desde las cuencas de unos ojos hundidos, terroríficos. Presa del pánico, y sabiendo que no existía escapatoria, agarré una piedra y golpeé a aquella cosa con todas mis fuerzas —en este punto, Lando comenzó a llorar de nuevo, desconsoladamente—. Estaba enajenado, no era dueño de mí....

—Lando tranquilízate. Todo acabó y estamos bien, como has

podido ver. Continúa, es importante —insistió su compañera, quien no pensaba permitir que se viniera abajo.

—De repente aquella terrorífica imagen desapareció y en su lugar apareció el muchacho, mi ayudante, con el casco y medio traje inutilizado, pataleando por el pánico. Estaba ahogándose con el agua que le estaba entrando. Corrí a ayudarle, pero estaba demasiado nervioso. Cuando conseguí colocarle el regulador de emergencia de mi equipo, Dave ya no se movía. Pensé que estaba muerto. Traté de tirar de él, pero se había enganchado con algo.

—Estaba enganchado en las algas. Así os encontré —añadió la bióloga.

—Sí. Estoy muy avergonzado y no merezco llamarme líder de este equipo. Si a Dave le sucede algo, jamás podré perdonármelo —gimió el hombre.

La habitación quedó en silencio. Un silencio sepulcral en el que nadie sabía qué decir. Ameria miraba a la pared, pensativa.

—Gil, ¿crees que es posible que exista una toxina, algún tipo de sustancia con la que hayamos interaccionado que pueda causar trastornos mentales graves?

—Es posible. Hay precedentes, desde luego. Algunas especies liberan sustancias tóxicas o venenosas como mecanismo de defensa o aun de depredación —respondió Gilbert, que había empezado a sudar de nuevo. Ambos se miraron con gravedad mientras Lando sollozaba.

«*Polaris IV*, respondan. Aquí estación Cérridan Crane, respondan» —el mensaje de sonido metálico rompió el silencio helador que presidía el comedor.

—Aquí Ameria Bane, de la *Polaris IV*, les recibimos —contestó la investigadora, tras un suspiro.

—Deben permanecer en sus puestos hasta nueva orden, Ameria. Estamos enviando personal de rescate, entre ellos un médico, para que sean atendidos y valorados en profundidad. Mantengan la calma, informen una vez cada hora y traten de retomar sus tareas. Es imperativo que no dejen la base bajo ningún concepto. Repito. Bajo ningún concepto. La ayuda está de camino.

—Cérridan Crane, recibido.

Ameria se dejó caer sobre el respaldo del sillón y miró a sus compañeros con desgana.

—Estimados camaradas, me temo que estamos en cuarentena.

Las horas pesaban como losas. La estación se encontraba en silencio, un silencio relativo que era interrumpido constantemente por los ruidos de los engranajes, las bobinas y el crujir del casco.

Ameria realizaba su guardia mientras el resto descansaba, haciendo una revisión cada hora del camarote donde dormían todos, ya que Dave y Sun todavía no habían salido del estado comatoso en el que hubieran entrado hacía ya dos días. Aquello era ciertamente preocupante, pero no terminaba ahí. El aspecto físico de los dos científicos había ido en detrimento, mostrando un paulatino y palpable deterioro superficial. Si bien sus constantes vitales parecían estables, su piel revelaba un aspecto más cetrino y amarillento y ambos acusaban una sudoración excesiva, acompañada de un general aumento de la temperatura cercano a la fiebre.

La situación les tenía en vilo pues ninguno era médico, y aunque no lo dijeran abiertamente, comenzaban a sentir miedo de un posible contagio. La noche anterior se había comenzado a hablar de acomodar a los enfermos en las mesas de laboratorio, y tras realizar su última ronda, Ameria convino en que iba a resultar indispensable. El espacio en la *Polaris* era muy reducido, y los seis camastros del dormitorio, divididos en dos filas de a tres, que apenas se separaban entre ellas por un pasillo de poco más de medio metro, albergaban a toda la tripulación. Los sanos estaban durmiendo con los enfermos, y ahí olía cada vez peor. Hedía a sudor mezclado con un aroma dulzón que eran incapaces de determinar, y pese a que los habían lavado con esmero, el olor persistía.

La joven apuntó con su linterna a la cara de Dave. El chico respiraba profundamente y parecía calmado. Estaba tumbado boca arriba y no se movía, pasaran las horas que pasaran. Sus ojos, sin embargo, danzaban bajo sus párpados con violencia.

—Dave —susurró, incrustando el dedo índice en el brazo de él, buscando una reacción. No se inmutó.

Sun seguía igual que antes, y el resto dormía, así que dio por zanjada la ronda y volvió al laboratorio donde trataba de examinar esas algas. Se sentó delante del instrumental y se quedó absorta. Tenía que trabajar, pero su mente no hacía más que divagar acerca de las cosas que vio y sintió en aquellas cuevas.

—Un momento— se dijo.

Se levantó de la silla giratoria y se dirigió a uno de los armarios colocados en lo alto. Apoyando los pies en los cajones inferiores, se encaramó sobre el tablón del armario y se puso a rebuscar entre todo tipo de libros, carpetas e instrumental que estaba almacenado casi a presión.

Tras tirar la mitad del contenido del armario al suelo, encontró lo que buscaba; un tubo alargado. Abrió la tapa y sacó un fajo de planos enroscados que colocó sobre la mesa.

—No, no, no —enumeraba, mientras descartaba uno detrás de otro —. ¡Sí! ¡Aquí estás!

Eligió uno y se puso a observarlo. Se trataba de un mapa topográfico de la zona adyacente al arrecife. Su mirada siguió las líneas representadas con los dedos y frunció el ceño.

—Espera, espera... Gil, tienes que ver esto...

Ameria dejó el mapa y se dirigió corriendo al camarote, donde despertó a Gilbert dándole un codazo en las costillas. El joven se incorporó alarmado y jadeando, mirando a todos lados con pavor como si esperase encontrarse con un monstruo dispuesto a devorarle.

—Gil, ven, tienes que ver esto.

—Ameria —el investigador buscó sus anteojos a tientas y se los colocó tembloroso.

—Es algo que estaba rondándome por la cabeza —manifestó la mujer, conduciéndole hasta el laboratorio. El pobre Gilbert iba dando tumbos, sin saber muy bien donde estaba.

—¿El qué? —preguntó mientras trataba de enfocar el mapa que estaba señalando su compañera.

—Las cuevas, mira, están aproximadamente aquí ¿verdad? —la joven marcó un punto un poco alejado del arrecife—. Bien, ahora mira esto.

—¿Qué?... —Gilbert observó cómo el dedo de su compañera se movía a través del plano y sus curvas de nivel hasta detenerse en punto que reconoció—. La fosa de Ápalos.

—Observa la dirección. ¿Y si las cuevas conectan con la fosa de Ápalos por el sur? ¿Es posible que sean una prolongación de la fosa, producto de la misma subducción?

—Bueno, podría ser, o no. En cualquier caso, ¿qué importancia puede tener esa teoría?

—Que cuadra. La fosa es un terreno prácticamente inexplorado, con una profundidad que todavía no se conoce. Sin duda habrás leído artículos sobre los magníficos ejemplares de calamares gigantescos que en una ocasión aparecieron en la superficie.

—Claro que sí, pero continúo sin entenderte. Pongamos que están conectados y que las cuevas desembocan en la fosa. ¿A dónde nos conduce eso?

—La fauna y flora de ese lugar son ecosistemas invasores. Si eso es cierto, podríamos estar ante una manifestación del hábitat que hay ahí abajo, en Ápalos, a cientos de metros. Tal vez la profundidad del océano albergue ese tipo de vida y simplemente no lo habíamos visto hasta ahora.

—¿Y cómo explicas las alucinaciones y los efectos mentales?

—Como dije antes, puede deberse a una toxina del ambiente, quizás una sustancia que ese tipo de algas esparcen a través del agua marina. No conocemos dicho ecosistema, así que sus ejemplares podrían mostrar cualquier manifestación.

—Pero si tu teoría es cierta, implicaría que «eso» se está extendiendo. No es una buena señal, Ameria.

—Por ello tenemos que ponernos a trabajar. Debemos aprender lo máximo posible con lo que tenemos. Ayúdame con esto, Gil —solicitó la bióloga, señalando unas muestras.

—Ameria, apenas he dormido...

—Prepararé café, entonces —resolvió ella, sin dar pie a más discusión.

Las horas pasaron ante el microscopio y los cuadernos. Estaban sometiendo las muestras de vegetación a diversos estímulos, buscando algún patrón. Aquellas cosas eran tan diferentes a todo lo biológicamente conocido, que Ameria no se lo explicaba. Ni siquiera comprendía cómo podían existir en Cosmos.

Mientras tanto, el día llegó a la superficie. La luz del sol se colaba hasta la estación, iluminando los alrededores y dando una mayor sensación de amplitud. Incluso en las profundidades del océano, se agradecía la llegada de un nuevo día.

Gilbert se encontraba preparando la comida cuando una figura llamó su atención. En la puerta del puente asomaba un consciente Dave. El muchacho, de unos veintipocos años, lucía un aspecto inquietante. No parecía maltrecho, pero su expresión era sombría. Estaba semidesnudo, pero eso no parecía importarle, ni por pudor, ni por temperatura.

—Dave, muchacho, acércate— dijo Gilbert mientras lo dejaba todo y se dirigía hacia él. Se quitó la chaqueta que llevaba y se la colocó al joven sobre los hombros —qué alegría verte despierto. Seguro que tienes un buen dolor de cabeza.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Dave, con un tono totalmente desapasionado.

—Cerca. No te preocupes, en cuanto huelan los huevos revueltos aparecerán aquí como hienas.

El chico se sentó junto a la claraboya, pero no miró a través de ella, sino que se quedó contemplando a Gilbert mientras cocinaba.

—Estarás hambriento, llevas días sin levantarte de la cama. Toma, la mejor ración para ti.

Dave contempló el plato sin modificar la expresión de su cara. Tras unos instantes, decidió que aquello no tenía interés alguno y continuó observando a Gilbert, quien empezó a sentirse incómodo. En ese instante apareció Ameria con un lápiz colocado en la oreja y repasando un bloc de notas. No fue hasta que se sentó en la mesa del comedor, cuando reparó en el silencioso chico.

—¡Dave! —exclamó—. ¡Te has despertado!, ¿cómo te sientes, amigo?

El joven la observó fijamente desde unos ojos negros y opacos. Ameria se preguntó si siempre habían sido así de oscuros y penetrantes.

—Estoy vivo —respondió él, sin más.

—Lo que no es poco —asintió ella—. Han sucedido muchas cosas aquí desde hace unos días. Cuéntanos, Dave, ¿qué recuerdas del incidente de las cuevas?

Dave se tomó una pausa en la que respiró ampliamente tres veces antes de responder.

—Es un lugar espléndido —dijo al fin. La investigadora creyó leer en su rostro una expresión de cierto... ¿orgullo?

—Sin duda. Pero también es extraño, ¿no crees? —continuó ella, enarcando una ceja.

—Solo si se está ciego —declaró él.

—Dave, has estado sometido a mucha presión. Lando y tu habéis corrido un gran peligro.

—Lando —sonrió con una mueca—, ¿consiguió salir ileso?

—Por fortuna, sí. Os metisteis en un buen lío ahí abajo.

—Bueno. Estoy listo para salir de nuevo, ¿a qué hora es mi turno? —preguntó Dave, cortando la conversación. Ameria y Gilbert se miraron dubitativos.

—Dave, los turnos están cancelados y la base en cuarentena. En tierra nos han dado orden precisa de no salir hasta que llegue el rescate. Sin duda recordarás lo que encontrasteis ahí.

—¡Inadmisible! —gritó el muchacho de repente, dando un golpe de pura furia en la mesa y escrutándolos uno por uno. Ameria y Gilbert quedaron estupefactos—. No me quedaré quieto porque lo digan unos desconocidos que no saben nada. Si no me dais turno, me iré igualmente. No os necesito para nada y solo entorpeceríais.

—¿Es que has perdido la cordura? —respondió Ameria, tajante, tras unos segundos de incredulidad—. Si digo que no hay turnos, aquí no hay turnos, ni para ti ni para nadie, Dave, ¿Ha quedado claro?

—Clarísimo —respondió el chico, con una media sonrisa en la que Ameria creyó leer un desafío hacia ella.

—Gilbert, ven, tenemos que hablar.

—Sin duda...

La pareja se dirigió de nuevo al laboratorio y Ameria cerró la puerta tras ella.

—Gil, tenemos un problema— sentenció.

—¿Otro? — Coreó el joven, irónico.

—No es ninguna broma. Somos cinco personas encerradas en un habitáculo de unos veinticinco metros cuadrados y cuatro salas. El

océano nos envuelve, y aunque la superficie está relativamente cerca, tenemos órdenes de no salir de aquí. Órdenes que comparto.

—Yo también, visto lo visto.

—¿Has visto sus ojos, Gilbert? Había determinación en ellos, y desafío. ¿Cuándo has visto a Dave, ese chico tímido, apocado y servicial, mostrarse iracundo, o desafiante?

—Yo también me he asustado.

—Claramente es un efecto de la toxina, igual que sucedió con Sun —asintió Ameria.

—A Lando le pasó también, según nos contó.

—Y sin embargo parecía repuesto, era él mismo cuando nos hablaba. Hundido y pesaroso, sí, pero él mismo. Es una evidencia de que sea lo que sea que haga esa sustancia, no afecta a todos por igual.

—Pero debes recordar que, en su momento, a Lando le afectó más que a nadie. Fue capaz de atacar a su ayudante creyéndolo un monstruo —argumentó Gilbert.

—¿Crees que la liberación del detonante influye en la recuperación?

—Es posible. Aunque también es plausible que sean efectos distintos. Unos pasajeros, otros permanentes.

Ameria observó las muestras de algas, que estaban aisladas en su receptáculo. Gilbert y ella habían tenido sumo cuidado de no interactuar con ellas sin protección. Necesitaban a Sun para llegar al fondo de todo aquello, pero era la única que todavía no había despertado.

—Sea como fuere, tenemos un problema. Esta base se concibió para albergar a gente tranquila. La convivencia no es problema entre científicos más preocupados por su trabajo que por las manías de los demás. Si empezamos a lidiar con locos y ataques de furia, ¿qué va a pasar, Gil?

—No lo sé. Yo no soy muy fuerte, ¿sabes? Creo que cualquiera en esta base me noquearía si tuviera que hacerle frente —contestó el joven mientras limpiaba una gota de sudor que le resbalaba hacia las gafas.

—¿Tenemos sedantes?

—Tengo analgésicos bastante potentes, y hierbas tranquilizantes, pero nada tan fuerte como un sedante.

—Bien. Entonces, Gil, tenemos que ocuparnos nosotros de esto. Toma —Ameria arrancó una barra de metal que hacía las veces de colgador en uno de los armarios y se la entregó a Gilbert—, guarda esto debajo de la ropa, solo por si fuera necesario. Si tienes que emplearla, trata de no dar en la cabeza.

—¿Qué? No, Ame, yo no puedo. No sirvo para estas cosas —respondió temblando.

—Pero tienes que ayudarme si alguien se pone violento.

—En serio, soy incapaz...

—Claro que eres capaz —sonrió ella dándole una palmada en el hombro—, una vez te enfrentaste a un matón en la universidad.

—Eso fue distinto, se estaban metiendo con mi hermana.

—¿Y si alguien se mete conmigo, Gil? —sonrió Ameria.

Gilbert suspiró con desazón, sabiendo que ella había vuelto a ganar la discusión. Se guardó aquel instrumento horrible deseando no tener que usarlo nunca.

Lando despertó en su camastro solo para darse cuenta de que le dolía todo el cuerpo. Se tocó la cara mesando su barba y pensando que debía deshacerse de ella. Después de todo, ese experimento de parecer más serio y distinguido había sido una estupidez. Le picaba.

Aquella cama era una especie de tortura. Era estrecha y demasiado pequeña para su altura, y el somier estaba hecho de láminas que se le clavaban a través de un colchón demasiado fino.

Pensamientos sobre el incidente de días previos trataban de asaltar su mente, pero Lando los apartaba. No quería pensar en asuntos desagradables cuando había tanto trabajo por hacer. Lo primero, afeitarse esos pelos tiesos.

Saltó de la litera y al hacerlo se chocó con algo. En medio de la oscuridad de la sala, había alguien levantado y quieto.

—¿Quién está aquí? —preguntó con un susto de muerte. El que nadie respondiera hizo que se le erizara hasta el último pelo del cuerpo.

Buscó una fuente de luz como un desesperado, notando la presencia a escasos centímetros. Cuando la encontró y se pudo ver a la figura, no pudo reprimir un grito. Delante de él, en medio del pasillo del pequeñísimo dormitorio, Sun estaba de pie, estática, mirándole directamente a los ojos.

—¡Sun! ¿Qué te pasa? —preguntó tras el primer instante de sorpresa.

La mujer tenía mal aspecto. Llevaba días sin comer, y su postura estaba ligeramente torcida. Eso sin contar el hecho de que no respondía.

En aquel momento llegaron Ameria y Gilbert, quienes sin duda habían escuchado el grito. El lugar era demasiado pequeño para tanta gente.

—Estaba parada en la oscuridad —dijo Lando.

—¿Ha dicho algo? —inquirió Ameria, mientras apartaba al hombre y lo hacía salir de la habitación para examinar a la investigadora.

—Nada —respondió desde fuera, pero pronto se dio cuenta de que estaba siendo ignorado.

Lando, todavía aturdido, decidió que ahí no era de ninguna ayuda. Cruzó el pasillo hasta el puente principal y ahí encontró a Dave, quien observaba a través de la ventana, perdida su mirada en la inmensidad. Le dio un vuelco el corazón al verlo despierto y una profunda alegría se apoderó de él. El chico tenía vendada la cabeza y mostraba las contusiones que se estaban curando en su cuerpo. Lando sintió vergüenza de sí mismo.

—¡Dave! ¡Estás bien!

El muchacho se giró un momento. Pareció decepcionado con lo que encontró y volvió a su escrutinio del exterior.

—Estás enfadado conmigo, ¿verdad? No te culpo, pero déjame explicarme —dijo sentándose frente a él alrededor de la mesa.

—Necesito volver... —farfulló Dave entre dientes.

—¿Qué? Volver adónde, chico. Hay mucho trabajo por hacer aquí. ¿Has redactado ya tu informe?

—Es una pérdida de tiempo. No pienso hacer lo que esa necia ordena. ¿Qué poder piensa que tiene?

—Dave, compórtate. Esto es impropio de ti y no pienso tolerarlo, por muy conmocionado que estés.

—Vuestras tonterías de viejos me aburren. Dejadme solo.

Lando se quedó estupefacto. Su ayudante jamás le había hablado de esa forma. ¿Viejo? Tenía que reconocer que aquello le dolió un poco. A sus cuarenta y cuatro años estaba lejos de sentirse viejo.

—Ese lugar es maligno, Dave. No te olvides de eso —respondió muy seriamente.

—¿Maligno? No sabía que además fueras supersticioso. Te tenía por un científico aburrido y respetable.

—Sin duda recordarás lo que sucedió ahí abajo.

—Perfectamente. Fue un día grande.

—Dave, no te entiendo, pero hazme caso. No debes volver ahí, nunca. Ni yo tampoco. Nadie debe.

—No te preocupes, Lando, no tendré que ir muy lejos —sonrió el muchacho triunfalmente mientras seguía observando a través de la claraboya.

De alguna manera, Lando percibió la conexión entre sus palabras y lo que estaba sucediendo y se acercó al ventanal, tratando de seguir lo que Dave estaba observando. Cuando reparó en lo que los ojos del chico observaban, ahogó un grito y se pegó al asiento, aterrorizado. Con la luz del día filtrándose, la extensión de lo que se veía en aquellas límpidas aguas era bastante amplia. Desde ahí comenzaba a verse el arrecife de corales, un escenario pletórico de colorido y vida que les adornaba cada día. Hoy, sin embargo, podía verse algo más.

Una parte del mismo había cambiado. Allí donde se extendían los corales y las anémonas, había ahora algas verdosas y negruzcas que parecían estrangular la vegetación autóctona. El agua en ese lugar parecía de otro color y difuminaba las formas, permitiendo ver poco a su alrededor, como si algún tipo de vertido se estuviera liberando. Aquello no estaba ahí el día anterior.

Presa del pánico, Lando se levantó y reculó hasta chocarse con la pared del extremo opuesto de la sala. Reconocía muy bien aquel panorama.

Ameria examinó a la doctora Sun, quien la observaba sin mediar palabra. Enfocó una pequeña linterna a sus ojos y comprobó que tenía las pupilas dilatadas.

—Sun, ¿puedes oírme? —preguntó mientras chasqueaba los dedos junto a la oreja de ella.

La mujer la seguía con la mirada según se movía, y no respondió, pero abrió la boca formando una O y la dejó así.

—Maldita sea, Ameria. ¿Qué está haciendo? Da mucho miedo —gimió Gilbert.

—No lo sé. Ayúdame a llevarla al laboratorio.

—Quizás sería mejor dejarla aquí dentro... para que piense en sus cosas.

—No me seas idiota, Gilbert Camus, agárrala de los hombros y yo cogeré sus piernas.

—Está bien...

El joven técnico se limpió la frente con la manga y se recolocó las gafas redondas antes de proceder. Con ayuda de Ameria, sacaron a la mujer de la sala y la condujeron hacia el laboratorio. Cuando iban de camino, un agitado Lando los detuvo.

—Ameria. Tenemos problemas.

—¿Más? —gimió Gilbert.

—Tienes que ver algo...

—Tendrá que esperar. Tenemos que dejar a Sun en el laboratorio. Ayúdanos.

Rato después, Ameria estaba sentada frente a la radio. Gilbert y Lando se encontraban a su lado.

—*Cérridan Crane, aquí Polaris IV, respondan.*

Silencio. La bióloga repitió el mensaje varias veces más.

—Sigue sin funcionar —declaró la joven.

—No me puedo creer que todo vaya tan mal —suspiró Gilbert.

—Tenemos que pensar.

—Lo que tenemos que hacer es largarnos —dijo Lando con nerviosismo—. Esa «cosa» está avanzando, como habéis podido ver.

—Creo que irnos es la última opción. Sí, está extendiéndose, pero aún se encuentra lejos. Podemos esperar y ver...

— ¿Esperar a qué, Ameria? ¿A qué colonice hasta aquí y suceda algo peor?

—A que llegue la ayuda. Te recuerdo que estamos en cuarentena por algo. Si llegamos a tierra con algún tipo de virus y extendemos una enfermedad, no me lo perdonaría jamás.

—Podemos aislarnos nosotros mismos una vez allí. Además, ninguno de los tres presentamos ningún síntoma —adujo Gilbert.

—Eso no significa nada, y lo sabes. Todos hemos estado expuestos.

—Ameria, siento decirte esto, pero yo soy el encargado de la base —sentenció entonces Lando.

—Esto no es el ejército, Lando. No eres mi superior.

—No lo soy, pero soy el responsable de la investigación. Si alguien puede dar las órdenes soy yo —dijo muy seriamente.

—Y pretendes que nos vayamos pese a los riesgos.

—Son riesgos controlables. Tu predisposición para quedarte es lo que no comprendo, Ameria.

—Bien, pues es muy fácil. Estamos ante una evidente amenaza. Si nos vamos ahora, ¿quién quedará para aprender sobre esto? ¿Y si sigue avanzando? ¿Y si llega a costa?

—Lo harán otros.

—Dos días, Lando. Dame dos días antes de evacuar.

—En dos días pueden pasar cosas terribles, Ameria.

—O todo lo contrario. Podemos desentrañar este misterio.

Lando se quedó mirando a su compañera. Tan obstinada y cabezota como siempre, acostumbrada a salirse con la suya. Y sin embargo no había sentido lo que él. No comprendía el alcance de todo aquello.

—Dos días —respondió al fin—. Y luego nos marcharemos sin mirar atrás.

—Hecho. Y ahora, voy a salir.

—No lo dirás en serio... —intervino Gilbert, quien llevaba un rato callado.

—Tengo que ver el arrecife de cerca. Sé que contraviene las órdenes, no hace falta que lo mencionéis.

—Es muy peligroso Ameria. Iré contigo —sugirió Lando.

—No. Podrías verte afectado, dado tu contacto anterior. Te quedarás cuidando a esos dos y Gil me acompañará.

—¿Yo? —languideció el joven, levantándose los anteojos según se escurrían de su nariz.

Ameria nadó siguiendo las guías. Gilbert iba tras ella, moviendo torpemente las aletas pues nunca había sido un buen buceador. Algo bastante normal en alguien que apenas sabía nadar correctamente. La investigadora se giró y le hizo el signo del «ok» para preguntarle si estaba bien. El joven le devolvió el mismo signo indicando que sí, pero a través de la máscara ella podía notar su apuro.

—Hay poca fauna —dijo ella joven abriendo su comunicador de corto alcance. Ese ingenio había sido implementado a los trajes hacía muy poco, y aunque algunas veces fallaba, resultaba de lo más útil.

A su alrededor, el arrecife devolvía los bellos colores que acostumbraba. Los corales de todos los tonos se enroscaban unos con otros formando túneles y pasadizos por donde los peces cruzaban. Las anémonas y las plantas bailaban con el murmullo de las corrientes marinas y albergaban colonias de pequeños pececillos de colores. Nada parecía haber cambiado salvo que la presencia de animales era evidentemente menor.

Nadaron a través de los pasillos laberínticos del arrecife hacia la zona que habían visto en la distancia. Conforme se acercaban, pudieron notar un cambio paulatino e innegable en el ecosistema.

—Las plantas están mustias —comentó Gilbert.

—Mira, aquí ya hay presencia invasora —señaló Ameria, dirigiéndose hacia un brote negruzco que crecía en la roca.

—Hay más hacia allí —respondió Gilbert. A través del comunicador las voces sonaban metálicas y apagadas.

Se adentraron en una zona del arrecife más densa. Al igual que le había pasado aquel día, Ameria notó cómo el agua se densificaba y enfriaba, así como se volvía más oscura y menos límpida, limitando la visibilidad. A su alrededor, el ecosistema había muerto. Los corales de esa parte del arrecife estaban secos, simples cascarones muertos que se alzaban como estatuas en un cementerio, otorgando un panorama espectral y triste.

—Cuesta avanzar —comentó Gilbert, desolado.

—Imposible —susurró Ameria—. Gil, observa el suelo.

Gilbert dirigió su mirada al fondo marino. Donde antes había arena mezclada con piedras y vegetación, ahora se extendía una tierra negra de la que emergían algunas rocas aún más negras. Ameria asimiló la información, pero no la comprendía. Podía entender que un ecosistema se extendiese propagando sus semillas y fertilizando o invadiendo otros ecosistemas. Lo que no le entraba en la cabeza era cómo demonios podían surgir piedras y rocas diferentes. La geología tardaba muchísimo más en realizar cualquier cambio visible en el

mundo. Que ella supiera, los únicos motivos que explicarían aquello pasarían por un seísmo, una corriente marina espectacular que desplazara las rocas (cosa harto improbable pues parecían bien afianzadas al fondo), o que alguien o algo las hubiera ido colocando ahí a propósito. Es decir, ninguna de las teorías tenía el menor sentido.

De su bolsa sacó dos tarros. Uno de ellos lo llenó de tierra negruzca y en el otro metió un trozo de roca.

—Debemos adentrarnos más. Ver cómo ha evolucionado.

Gilbert la siguió sin oponer resistencia. Para él era más fácil seguir órdenes que tomar decisiones. Era malísimo con las decisiones. Sin embargo, no sabía hasta qué punto podría confiar en la determinación de su compañera. Al fin y al cabo, en otras ocasiones la había visto cometer locuras, y no querría verse arrastrado a ello en una situación como esa.

Sudaba hasta debajo de aquel traje, incluso con el frio que hacía, que le calaba hasta los huesos. Trataba por todos los medios de no perder de vista las aletas amarillas de Ameria. Hasta con ese llamativo color, apenas se distinguían si se alejaban más de un metro.

Para Gilbert todo esto era una absoluta locura. No era un hombre de acción sino de reflexión. Era de los que preparan a los demás y se queda atrás esperando su regreso, cómodamente y sin peligro.

Nadando entre esa bruma que desdibujaba todo, notó enseguida que cuanto más se adentraban en la zona, más fría se volvía el agua y menos visibilidad había. A su alrededor, la vegetación que le rodeaba era de un color desvaído, y oscilaba de una forma extraña en contra de las corrientes.

Pero lo peor era la sensación que todo aquello le estaba produciendo. Sentía un agobio creciente que no podía ignorar. La angustia le oprimía el pecho y hacía que su corazón latiera más fuerte.

En un momento dado notó algo que cruzaba a su derecha como una exhalación, pero al seguir su estela, aquella aparición ominosa se esfumó. Sin atreverse a mencionarlo, pues no quería quedar como el cobarde que sin duda ella pensaba que era, avanzó apretando los dientes. Dos veces más creyó ver algo a su alrededor, mientras una sensación de ser observado constantemente crecía en su interior.

—Ameria, por favor —dijo finalmente, jadeando.

La joven se giró hacia él y pudo comprobar que tampoco ella se encontraba impasible. Su rostro de preocupación todavía lo asustó más.

—Tenemos... que salir de aquí. No me encuentro bien —anunció el técnico.

—¿Has visto algo? —la oyó preguntar, con un tono agudo que le rechinaba en los oídos.

—Varias veces. No sé qué era, pero tengo miedo —Gilbert arrugó el gesto y medio sollozó sin poder controlarlo—. Mucho.

Ameria asintió y cambió el rumbo, de vuelta hacia la estación. Menos mal. Con el corazón desbocado, Gilbert nadó con frenesí. Ya no iban despacio sino aleteando con todas sus fuerzas. El esfuerzo que había que hacer con cada impulso era el doble de lo habitual, pero no le importaba, porque su destino era las aguas límpidas del arrecife, esas que dejaban entrar la luz del sol.

Costaba seguir a Ameria, pero estaba haciendo todo lo posible. Ya casi estaban fuera.

En ese instante notó un tirón que lo detuvo en seco. Aterrado, pudo ver cómo un alga se había enroscado en su pierna derecha. Soltó un grito ahogado. Ameria se giró y observando la escena, sacó un cuchillo de su cinturón. Sin detenerse un instante, cortó la planta de un tajo limpio y rápido. Ya no estaba enganchado, pero la parte que quedaba en su pierna se cerró al instante, estrangulándosela. La joven maldijo a través del comunicador e introdujo su cuchillo entre la presa y la pierna de Gilbert. De un corte limpio, soltó el anillo de alga, y antes de que éste se cerrase sobre su propia muñeca, lo lanzó todo lo lejos que pudo. El tentáculo se retorcía en el agua, buscando algo a lo que asirse con frenesí.

—Rápido, asciende —ordenó Ameria.

La pareja subió unos metros de profundidad mientras reparaba en que el resto de los filamentos habían comenzado a moverse, lanzándose como serpientes en busca de una presa. Cuando lograron llegar a las lindes de la zona, Gilbert supo que nunca había pasado más miedo en toda su vida. Jadeaba como si hubiera corrido una maratón, y pronto se dio cuenta de que había consumido el doble del oxígeno que debería, dada la distancia recorrida.

—Gilbert. Bien hecho. Hemos salido.

—¡De puro milagro! ¿Estás segura de que son plantas, Ameria? —masculló el joven, refiriéndose al bosque de algas.

—No estoy segura de nada. Se comportan como un organismo animal, y responden al unísono. Puede que no estemos tratando con vegetación sino con una especie compleja —sugirió la bióloga.

—Eso es muy interesante, de veras. Ahora... ¿podemos regresar? —preguntó esperanzado, sin poder contener unas lágrimas que afloraron sobre su rostro.

—Regresamos, amigo. Te has portado como un valiente —respondió Ameria, orgullosa del temple que había mostrado su colega.

Mientras deshacían el camino, algo captó su atención y desvió sus preocupaciones de lo que acababan de vivir. En la distancia, un buzo, embutido en un traje rojo brillante, descendía desde la superficie a

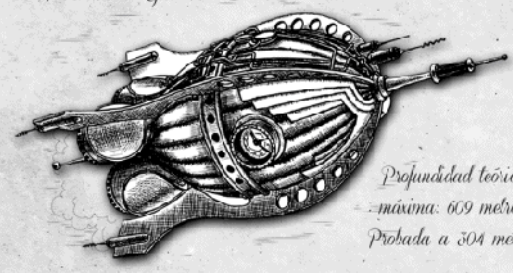
través del cabo, hacia la *Polaris*.

La ayuda había llegado.

Safari Crane

Prototipo de batiscafo construido en los astilleros de Corn. en un esfuerzo conjunto de Industrias Crane y la Academia de Gisbon.

Batisfera semiesférica resistente a la presión.



Profundidad teórica máxima: 609 metros. Probada a 304 metros

Habitáculo con capacidad para 3 tripulantes.
Brazo tractor para recoger muestras.
Ingenio con finalidad científica.

EL AVENTURERO Y EL MAYORDOMO

República científica de Gisboa.
35 millas náuticas desde el Estuario de Nhem.
Estación submarina «Antillas Crane *Polaris IV*».

«¿Qué puedo decir?
¿Descender a una fosa abisal como nadie antes?
Me pareció buena idea».
Marcus Bane.

Cuando Ameria emergió en la estación a través de la piscina de la sala de embarque, vio a dos figuras hablando. Una era Lando, y la otra estaba de espaldas terminando de quitarse el traje de buzo.

El muy loco no había previsto ni siquiera ponerse un mono de contención, y ahora la observaba con una sonrisa. Alto, moreno, con el flequillo despeinado cayéndole por la cara y tapando parcialmente uno de sus ojos azules, musculado y con ese talante socarrón tan característico. No podían enviar a otro, tenía que ser él.

—¿Es que en Cérridan Crane no disponen de activos suficientes, que tienen que enviarte a ti? — protestó Ameria mientras bajaba la cremallera de su traje y soltaba las presillas metálicas.

—Yo también me alegro de verte, hermanita —contestó el recién llegado, con ironía.

—Marcus, ¿en qué demonios estás pensando para meterte aquí sin protección? ¿Te han enviado sin avisarte de que hay un contagio?

—Llevo guantes —el joven levantó las manos mostrando unos guantes de goma sencillos.

—¿Estás de broma?

—Ameria, era imposible bajar hasta aquí con un traje de contención. Se habló, y fui el único que se ofreció a bajar sin uno. Sinceramente dudo que esto sea epidémico.

—¿Y en qué te basas?, ¿en tus grandes conocimientos de nada? — protestó su hermana.

—En mi intuición —respondió él, con aire de desenfado.

—En fin, lo hecho, hecho está —desistió Ameria, alzando los ojos al techo con desgana — ¿Te han enviado a ti solo?

—Para nada. Hay tres especialistas en el barco, y un buen perro.

—¿Has traído a Rhea? ¿Aquí? —Ameria no podía creer las cosas que hacía su hermano.

—Sabes que es el mejor perro de rescate de toda Gisboa —adujo él,

orgulloso.

—Sí, pero en tierra. Es un perro de rescate de tierra. ¿Qué demonios va a hacer aquí?

—Tiene su propio traje de buceo —respondió Marcus, orgulloso.

—¿Le has hecho un traje de buceo a tu perra? —Ameria abrió los ojos como platos. Y la boca.

—Funciona estupendamente, aunque a ella no le gusta mucho. Creo que le agobia.

—¿Por qué será?

—De todos modos no va a ser necesario. He traído más cosas aparte de un barco y tres empollones —Marcus alzó su mano mostrando un disco metálico con el logotipo pintado de un pez sonriente.

—¿Te han dejado la «Safari»? —gritó Ameria. Las sorpresas venían en grupo, se solía decir, pero ésta era incluso más inaudita que la de que alguien se molestara en embutir un perro en un traje de buzo—. Increíble.

—Creo que esos peces gordos todavía no se creen mucho el tinglado que habéis montado aquí. En las reuniones, una tercera parte de los asistentes creía que la mezcla de gases os había afectado el cerebro a todos. Afortunadamente, el resto pareció asustado.

—Y quieren que bajemos al epicentro del asunto —comprendió Ameria—. De ahí que te confíen la «Safari».

—Exactamente —asintió el joven.

—Están locos— interrumpió Lando, quien había permanecido callado hasta entonces—. No vamos a ir. Si quieren ver más, que envíen a otros.

—Eso han hecho —respondió Marcus, levantando la mano.

—Yo también voy. No pienso dejar que el último de los Bane en aparecer se lleve todo mi mérito —asintió Ameria.

—Imaginaba que dirías eso. Y ahora, enseñadme lo que tenéis —finalizó Marcus con decisión.

Marcus era especialista en rescates y poseía habilidades muy útiles, pero la medicina no se contaba entre ellas. Al examinar a la doctora Sun, se quedó igual que estaba. La mujer tenía los ojos abiertos y no pestañeaba. De vez en cuando gesticulaba de formas macabras y farfullaba cosas ininteligibles, palabras que semejaban una lengua desconocida, o un completo disparate demente. No parecía violenta, simplemente ida. Sea lo que fuere que decía, no se lo decía a ellos.

Con Dave la cosa fue distinta. El muchacho respondía preguntas y era capaz de mantener una conversación racional, pero lo que decía, o era rarísimo o daba miedo. Su aire de suficiencia parecía querer dar a entender que ninguno de sus interlocutores poseía la inteligencia o el entendimiento suficiente como para seguir el hilo de sus divagaciones.

Hablaba de «algo grande», o «que estaba por venir», y después se reía de ellos como si fueran estúpidos. Y a diferencia de Sun, Dave sí parecía violento.

Marcus pasó un test de preguntas a todos los presentes y después recogió todos los informes de la *Polaris*.

—Bien, hay que abandonar la base. En el Antillas Luxor hay preparada una sección de cuarentena. Una vez subamos, los enfermos ocuparán un camarote y los «sanos», otro. En el barco hay un médico y un epidemiólogo. Aparte de la tripulación, claro está.

—¿Quién es el tercero?

—No me lo han querido decir.

La evacuación fue relativamente sencilla, a excepción del incidente con Dave, quien no quería marcharse. Fue necesaria una inyección calmante, que Marcus había traído, para sacarlo de ahí convenientemente.

Tras las requeridas paradas descompresivas, el grupo salió a flote y se dirigió al barco, donde fue auxiliado por varios individuos embutidos en un traje preparado para la contención epidemiológica. Era un alivio poder ver la luz del sol en la superficie después de tanto tiempo. Con el atardecer, el astro rey regalaba un despejado baño de ocres y amarillos que se reflejaban en la superficie del agua.

Ameria subió al navío, y se quedó mirando al horizonte mientras suspiraba. Notaba una mezcla contradictoria de sensaciones; por un lado, sentía alivio en cada poro de su piel al haber abandonado aquel lugar, mientras por otro sentía cierta tristeza, pues sabía que a su aventura le quedaba poco tiempo. Otros serían los que se encargaran de las cosas grandes, esas que eran demasiado importantes para alguien como ella.

—¿Qué te pasa? —preguntó la voz de su hermano, que la había seguido hasta ahí.

—Echo de menos la base —respondió ella, resignada.

—¿Ya? Acabamos de salir, y actualmente parecía un sitio bastante pestilente, ¿Sabes?

—Trabajar en la *Polaris IV* ha sido lo más importante que he hecho en mi vida. Y aunque me cueste admitirlo, estoy segura de que también es lo más importante que haré. No creo que vuelva a tener la suerte de participar en algo tan innovador y relevante.

—Eso no puedes saberlo. Con lo que has vivido, estoy seguro de que tienes para varios artículos, o quizás hasta para un libro —dijo Marcus— No deberías desanimarte así.

—Tienes razón, hermanito —sonrió Ameria—. Además, aún queda algo que hacer ¿verdad?

—¡Queda lo mejor de todo!

En ese instante alguien se acercó a los hermanos. Alguien peludo y con tanta energía, que parecía que iba a saltar al agua en cualquier momento. La perra de Marcus era un animal de tamaño grande y fuerte musculatura, con muchas similitudes con un lobo de los Altos Basteáticos, excepto por el pelaje, que brillaba en color rojizo en el lomo y blanco puro por la pechera, patas y hocico. Sus ojos azules cristalinos, estaban enmarcados por una máscara negra alrededor de ellos que le daban un aspecto señorial. Hacía fiestas a Ameria, quien la saludó tumbándola en el suelo y soplándole en la pechera como solía hacer. Rhea se revolvió para zafarse de la presa y saltó a su alrededor.

—El barco se le queda pequeño —comentó Marcus—, está muy nerviosa.

Y era cierto. La perra solía derrochar vitalidad, pero ahora parecía frenética. Marcus no sabía si estaba contenta o estresada, o quizás una mezcla de ambas. El animal saltó hacia Ameria, la olisqueó, se apartó y volvió a saltar, a la par que soltaba un fuerte ladrido. Cuando la joven se acercó a acariciarla, la perra siguió ladrando y luego gimió apartándose.

Los hermanos se miraron con duda.

—¿Qué te pasa, chica? Soy yo —canturreó Ameria ofreciéndole la mano para que la oliera.

La perra dudó, pero finalmente se acercó olisqueando el aire y gimoteando. Ignoró su mano y se dirigió a la bolsa de su cinturón, moviendo el hocico en busca de algo. Ladró.

—¿Qué llevas ahí? —señaló Marcus.

Ameria introdujo la mano en la bolsa y sacó el tarro que contenía la piedra de muestra que había recogido en su última salida con Gilbert

—Es una muestra geológica que recogí ahí abajo —explicó.

La investigadora abrió el frasco y sacó un trozo de roca negra sosteniéndola con la mano. Al tacto era suave y fría, tremendamente fría. Sus aristas eran tan cortantes que parecían recién talladas, y su color era tan negro que desdibujaba las formas, pareciendo más una mancha informe que una pulida roca afilada. Rhea gimió y se apartó hacia atrás, sentada en el suelo.

—Deberías guardar eso —dijo Marcus enarcando una ceja—. Si a Rhea le disgusta, es mal síntoma.

—Caramba... —susurró ella, contemplando la belleza de aquel pedazo de roca, ensimismada.

Marcus suspiró, y tras coger de un manotazo el oscuro fragmento, y devolverlo a su tarro, agarró de la manga de la camisola a su hermana y la condujo hacia el interior de la embarcación.

La doctora auscultó a Gilbert de maneras más privadas de las que hubiera preferido. Se trataba de una señora rechoncha que bien podría ser su madre, pero aquel hecho no lo consolaba. Sin embargo, cuando aquella mujer le habló desde detrás de la máscara de su traje de contención para decirle que parecía sano, sintió un descanso tal, que olvidó rápidamente el invasivo análisis que acababa de efectuarle. Estaría confinado igualmente, pero agradecía saber que al menos, en apariencia, no iba a perder la cabeza y quien sabe qué más.

Animado, se colocó las gafas que obstinadamente se empeñaban en caérsele del puente de la nariz y se dirigió al camarote asignado, donde encontró una animada reunión.

—Gil —le llamó Ameria—. Me alegra saber que estás en el grupo de los sanos.

—A mí también —comentó el joven, dubitativo—. ¿Qué pasa aquí?

—Parece ser que estamos listos para el servicio. Nos han dicho que nos preparemos para embarcarnos. Pensábamos bajar Marcus y yo solos, pero al parecer va a venir alguien más —explicó Ameria.

—Yo no, ¿verdad? —preguntó Gilbert, espantado.

—No, amigo, no abusaré más de tu buen talante. Te mereces un descanso —la sonrisa de la joven tranquilizó a su compañero.

—Es un tipo que no conozco de nada —adujo Marcus, pensativo—. Recuerdo haberlo visto en el muelle, y desde entonces nada. No se comunica con el resto de la tripulación.

—Yo creo que es un pez gordo —convino Lando, que parecía mucho más relajado ahora que se sabía tranquilo en la superficie, y sin responsabilidades.

—Sea quien sea, tiene agallas, desde luego. Se va a meter ahí dentro junto a dos personas potencialmente contagiadas de algo que no se sabe qué demonios es —intervino Ameria.

—Para descender a las profundidades marinas dentro de un prototipo, lo cual no es de desdeñar tampoco —añadió su hermano.

—¿Cómo están los demás? —indagó Gilbert, acordándose de sus amigos enfermos.

—Aislados. Todos sus esfuerzos se dirigen a ellos, y a nosotros nos ignoran. Como necesitan atención médica en tierra nos dan un solo día para bajar ahí abajo y averiguar lo que podamos.

—Yo no os daría ni uno. Es una locura continuar aquí —protestó Gilbert.

La mañana se levantó fría y desapacible. Unas nubes negras

oscurecían el horizonte y traían un clima fresco y ventoso. Ni un rayo de sol vino a despedir a la comitiva. En el horizonte, el océano lucía un azul cobalto hasta donde se perdía la vista, exceptuando una zona. La misma a la que se dirigían, y cuyas aguas reflejaban ahora un negro azulado que contrastaba con todo lo demás, como si algún tipo de vertido se hubiera desparramado desde un barco mercante.

Ameria se anudó el pelo en una trenza con el viento a favor. Llevaba puesto un traje liviano y térmico que permitía la movilidad dentro del pequeño aparato. A su lado, Marcus mostraba la insignia de su cuerpo de salvamento en una chaqueta ajustada de color marrón y trataba de calmar a Rhea, que no parecía conforme con dejar que su amo se metiera de nuevo en el agua.

Junto a ellos, un extraño hombre que parecía totalmente fuera de contexto permanecía tranquilo y circunspecto, observando un reloj de bolsillo y contemplando cómo la grúa colocaba en el agua, sin soltar el anclaje, un flamante batiscafo de última generación.

La «Safari Crane» era una máquina espléndida. Había sido construida en los astilleros de Corm, en un esfuerzo conjunto de la comunidad científica Gisbóana y las Industrias Crane. Se trataba de una joya de la mecánica capaz de alcanzar profundidades cercanas a los seiscientos metros, pese a que en la práctica no se había probado más allá de los trescientos. Poseía una batisfera suspendida sobre un depósito de combustible cuyo peso era inferior al del agua. Su estructura respondía a una aleación novedosa que la hacía ligera y fuerte, y era capaz de albergar a tres personas en su interior, sin muchas comodidades. Estaba pintada de verde menta y amarillo, y en su lado derecho lucía flamante su nombre en letras plateadas, y un logotipo con forma de pez sonriente.

—He tenido que firmar un montón de cosas para conducir este trasto —explicó Marcus mientras observaba orgulloso el submarino.

—Espero que no les hayas vendido tu alma —respondió Ameria, tan divertida como emocionada.

—Casi, casi —languideció su hermano.

—Y estará bien pagada —asintió la joven, admirando la nave—. Fíjate qué belleza. La joya de la corona de la mecánica en nuestras manos, hermanito.

—Quién nos lo iba a decir —añadió Marcus.

El tercer pasajero se acercó a la plataforma y guardó su reloj en el bolsillo de su chaqueta. Era un señor de unos sesenta años, de cabello blanco grisáceo perfectamente repeinado, postura tiesa y elegantemente vestido con un traje de chaqueta, chaleco, corbata y zapatos de salón. Ameria se preguntó en qué estaría pensando ese señor para acceder a un submarino vestido de esa guisa. Lejos de parecer cómodo, su atuendo resultaba poco útil y totalmente fuera de

lugar. Sin embargo, dado que no era un asunto que le concerniese, Ameria decidió no comentar su peculiar actitud. No así Marcus, quien se acercó al hombre ofreciéndole su ayuda para embarcar en la inestable nave vapuleada por el oleaje.

—Caballero, me comentan que va a viajar en la «Safari Crane». Yo soy Marcus Bane, y seré su piloto. En nombre de todo el equipo, le doy la bienvenida.

—Muy agradecido, joven. Sin embargo, soy capaz de bajar ahí yo solo. Muchas gracias —contestó el hombre, rehusando su apoyo.

—También puedo ofrecerle, antes de que lo haga, un atuendo más cómodo e impermeable, que le protegerá de las bajas temperaturas del fondo oceánico —ofreció Marcus, con una sonrisa en su rostro.

—Me temo que de nuevo he de rechazar su ofrecimiento, joven. He sido informado de que el interior del aparato es estanco, y de que posee un sistema calefactor que mantiene la temperatura ambiente en unos cómodos veintidós grados centígrados, independientemente de la profundidad que se alcance— contestó el flemático desconocido.

—Y sin duda le han informado bien. Pero de la teoría a la práctica va un largo camino, y lo más probable es que acabe empapado antes de que termine el viaje —le advirtió el especialista.

—Correré ese riesgo, si es que debe correrse —respondió el hombre, empecinado, mientras arreglaba con toda intención el nudo de su corbata.

—Muy bien. Después de usted, caballero —respondió Marcus, dejándole paso.

Accedieron al batiscafo a través de la parte superior de su armazón con forma de huevo, donde se situaba una pequeña escotilla y posteriormente una escalera de mano que daba acceso al interior. Ameria fue la última en bajar. Contempló, por unos instantes, el océano cada vez más embravecido por una próxima tormenta, y finalmente cerró tras de sí, bloqueando con fuerza la manivela.

Dentro, el espacio era muy reducido. Disponía de tres asientos y una multiplicidad de controles. Marcus se puso al mando y comenzó a comprobar que todos los instrumentos funcionaban, incluido el pequeño brazo tractor con el que contaba el aparato, en su parte delantera. La aguja que marcaba el nivel de combustible señalaba que el tanque estaba lleno, y los demás indicadores daban a entender que la máquina se encontraba perfectamente preparada para emprender su viaje.

Cuando todos estuvieron listos, la «Safari Crane» se desancló de la grúa y comenzó a descender hacia el insondable océano.

Todo se sumió en el silencio. Era un silencio relativo, pues los crujidos del casco, los sonidos de los instrumentos y los del agua a su alrededor, creaban una música especial, una que coreaba el paisaje

espectacular por el que descendían.

Ameria se giró hacia detrás y alargó su mano hacia el desconocido, con una sonrisa.

—Ameria Bane, bióloga marina, encantada de conocerle, señor...

El hombre permaneció unos segundos observando impasible a la mujer y a su mano, y finalmente se la estrechó con la suya.

—Corso. Corso Welles. Un placer conocerla —respondió el señor, con amabilidad.

—¿Es usted un especialista? —indagó Ameria.

—Nada más lejos de la realidad. Estoy aquí para proteger los intereses de ciertas personas influyentes, pero si me pregunta acerca de mis aptitudes para con esta misión, le diré desde ya, que son absolutamente nulas —dijo sin más, y su tono dejaba claro que no tenía intención alguna de hablar sobre dichas personas o su relación con todo aquello.

—Muy bien, señor Welles —comentó Marcus—. Espero que no sea de los que se marean, porque esto va a dar algunos bandazos.

—Estoy preparado para... —la frase fue interrumpida por un grito ahogado del caballero, cuando la «Safari» vadeó una corriente y le hizo tener que agarrarse con fuerza al asiento. Tras reponerse, sacó un pañuelo doblado y planchado y secó su frente.

El batiscafo descendió en pocos minutos hasta la altura de la base submarina, ya que ésta se encontraba a poco más de treinta metros de la superficie, colocada estratégicamente cerca del arrecife y en una zona rocosa muy estable. Desde fuera, la *Polaris* parecía más pequeña e indefensa. Con todas sus luces apagadas, semejaba un museo de otra época que languidecía en las profundidades marinas, como un extraño objeto fuera de lugar.

Ameria contempló la ventana del comedor vacío con añoranza. Odiaba ver aquello sumido en la penumbra como si siempre hubiese estado abandonado. Durante unos instantes, se permitió observar la ventana, imaginándose cómo se vería ella misma a través de esa claraboya, todo el tiempo que pasó ahí.

Entonces se sobresaltó. Se levantó del asiento en el que estaba recostada, como un resorte.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marcus.

—Allí —señaló Ameria, nerviosa, hacia la claraboya del comedor de la base—. Había alguien. He visto a alguien moverse dentro.

—¿Cómo? Ahí no quedó nadie, Ameria. Me ocupé personalmente de ello.

—Pueden haber bajado del barco, acércate.

—Nadie ha bajado, te lo aseguro. Hay poca tripulación en ese barco y ni uno de ellos tiene el conocimiento ni la motivación para bajar a una base submarina presa de un contagio. Te habrá parecido...

—¡Te digo que no! —gritó entonces, molesta. Ameria estaba muy segura de lo que había visto.

La Safari se acercó a la base y enfocó hacia el comedor, iluminando el trozo de sala desde fuera. En su interior se podía ver incluso la bandeja de la última cena de Gilbert sobre la mesa. Salchichas medio comidas con puré de patatas. El radio que podían atisbar de la sala, mesa, silla, armarios y trozo de pasillo, estaba tan vacío y en calma como cabía esperar.

—Señorita, ¿exactamente que creyó ver? —preguntó Welles, rompiendo su silencio.

—Una figura. Se movía dentro.

—¿Humana? —preguntó el hombre.

—¡Claro que humana! ¿Qué otra cosa podría ser? —Ameria se giró hacia aquel desconocido enarcando una ceja.

— ¿La vio claramente?

—Pues... no. Vi algo moverse antes de desaparecer por el pasillo. No sé.

—Ameria, observa eso —Marcus señaló hacia el costado de la base y comenzó a echar marcha atrás el batiscafo para ofrecer una panorámica más general.

Las hélices de los motores girando en sentido contrario, levantaron un mar de espuma a su alrededor. Cuando ésta se disipó, pudieron contemplar cómo, alrededor de la base, había aparecido una especie de filamento de tamaño gigantesco (lo suficientemente grande para extenderse alrededor del ancho de la estructura), rodeando la *Polaris*. Parecía un organismo que surgía del suelo. No se trataba de nada que conocieran, ni de las algas que habían encontrado previamente.

—¿Eso estaba ahí antes? —Ameria no daba crédito— ¡Lo dudo!

—Quizás nadie se fijó. Es una especie de cosa babosa y rosácea, fijaos como se divide en múltiples brazos —comentó Marcus.

—Marcus, recula más y gírate —sugirió Ameria.

Fue entonces cuando repararon en un hecho. Alrededor de la *Polaris* estaba empezando a brotar el ecosistema extraño que días antes encontraran en las cuevas, y poco más tarde en el arrecife. Era escasamente perceptible todavía, y se mezclaba con el actual, pero estaba claro que ya estaba colonizando. Enfocando a la distancia, pudieron ver que gran parte del arrecife se encontraba ya afectado.

—¡Increíble! Ha pasado poco más de un día o dos. Avanza vertiginosamente —Ameria, quizás por vez primera, parecía verdaderamente alarmada.

—Ciertamente, es un problema —adujo Corso Welles, que observaba todo con asombro y temor—. Un problema gravísimo.

—Vamos —Marcus dejó atrás la base y se dirigió hacia las cuevas.

La «Safari Crane» avanzó a través de un arrecife irreconocible.

Conforme se adentraban, Marcus tuvo que encender todas las luces del aparato, pues el agua se había tornado oscura. Aunque el día en el exterior estaba nublado, algo de luz debería haberse colado hasta allí, pues se encontraban a poca profundidad. Sin embargo, no era así. Parecía que toda luz muriera en aquel lodo líquido que los rodeaba.

—No te acerques al suelo. La vegetación es hostil —indicó Ameria señalando al mar de algas, que había proliferado.

—No pensaba hacerlo, hermanita. Estamos llegando.

Se acercaron con cautela a la zona de las cuevas. El paisaje desolador se extendía muchos metros a la redonda; un panorama alfombrado de arena negra y lodo, embellecido por extrañas colonias de algas y otros vegetales que parecían deformados y marchitos, pero que se movían con las corrientes, y en contra de ellas.

—No vamos a poder pasar —indicó Marcus, señalando a la entrada a las cuevas submarinas—. Es demasiado arriesgado. Podemos vernos atrapados por túneles estrechos o pasos infranqueables para la «Safari».

—Ya me lo estaba temiendo —continuó Ameria—. Además, no estás contando con que esas algas nos engancharían en el paso, sin ninguna duda.

—¿Y qué podemos hacer?

—Nos dirigiremos hacia aquí —dijo la joven, señalando en un mapa.

—La *Fosa de Ápalos*. Está algo lejos, ¿qué pretendes encontrar?

—Es una corazonada. Puede que no sea nada.

—Sin duda es la dirección que debemos seguir —determinó entonces Corso Welles.

—¿Ah sí? —preguntó ella, extrañada

—Así es, señorita. Señor Bane, ponga rumbo a ese lugar horrible y pernicioso en el que ninguno de nosotros querría estar.

Coreado por las enigmáticas palabras del hombre, el batiscafo avanzó en aquella dirección. El océano, conforme se alejaban de la zona infestada, se abría de nuevo a sus colores habituales, otorgándoles una sensación de paz alentadora. Era reconfortante volver a ver los verdes chillones y los rojos, y la presencia de bancos de peces que rodeaban el casco de la nave.

Remontaron altiplanicies y bajaron pequeñas fosas y cavidades; vadearon los restos de un barco hundido y después comenzaron a descender en profundidad. Todavía era poca, apenas unos cincuenta metros, pero ya se notaban las variaciones en el paisaje.

El océano era inmenso, hogar de millones de especies conocidas y aún por conocer, si bien lejos del arrecife, y ganando profundidad, la flora y fauna eran menos espectaculares y más monótonas en colorido

y forma.

Con calma y entre nerviosas conversaciones, llegaron hasta los límites de la fosa. Cuando la «Safari» se detuvo en el borde exterior de la misma, los miembros de la reducida expedición contuvieron el aliento. Cortando la orografía en un plano vertical descendente, se abría la entrada a la *Fosa de Ápalos*. El radio de su circunferencia era tal, que desde donde se encontraban tan solo atisbaban un trozo del borde, por cuya apertura dedujeron varias millas de diámetro.

Ápalos era un pozo oceánico impresionante. El fondo se abría en una sima descendente a la que la luz no alcanzaba, y que parecía sumirse en lo profundo de la tierra. Una grieta que conectaba con el interior del mundo, adornada por anémonas y prados de verdes algas que danzaban sinuosamente.

—¿De verdad queremos bajar ahí? —preguntó Marcus, tragando saliva.

—Eso creo... —respondió Ameria.

—No, no queremos. Pero nos mueve el deber, lo cual debería ser más que suficiente —sentenció un sobrecogido Welles.

Marcus viró la manivela que hacía las veces de timón, y el submarino comenzó su descenso siguiendo la pared como guía. No se trataba de un corte recto en la tierra, sino de una estructura desigual, que en ocasiones se abría o cerraba, mostrando los diferentes estratos del progreso tectónico. Sus bordes eran redondeados, cubiertos de vida animal y musgos marinos, y se configuraban en huecos o cavidades que sin duda serían hogar para las rayas plateadas y otras especies. La fauna, rica en los niveles superiores, iba enrareciéndose conforme el submarino descendía.

El océano bramaba alrededor. Era aquel un reino perdido sumido en los abismos, en el que un espíritu imaginativo esperaría hallar monstruos y peligros, y tantos otros asuntos fascinantes. Un viaje que, aun en condiciones normales, tan solo se reservaría a los más intrépidos. Era en aquellas circunstancias, un asunto exclusivo de locos. Locos intrépidos.

Durante más de noventa metros de descenso nada ocurrió en aquel silencio. La *Safari* respondía a las fuerzas exteriores con algún quedo crujido, demostrando el buen hacer de los ingenieros que le dieron forma. La presión que el casco soportaba era inaudita, más allá de las posibilidades de ningún traje de buzo. El paisaje, cada vez más terroso y austero, acomodaba escasas especies vegetales de colores cambiantes, que en muchas ocasiones pasaban desapercibidas.

Descendieron lentamente, durante horas, hasta una cota de más de doscientos setenta metros de profundidad. Durante todo el trayecto casi nadie había hablado, sobrecogidos por la experiencia, y en cierta manera, por el temor de distraer de algún modo al piloto.

—Allí —señaló Ameria, en un momento dado, hacia un punto indeterminado.

Marcus modificó el ángulo de descenso y enfocó las luces del aparato hacia dónde su hermana había señalado. Sobre la roca reconocieron un alga negra inconfundible que nacía de la tierra.

—Creo que tenías razón —asintió Marcus.

—Es pronto para decirlo. Continúa en esa dirección, por favor.

El joven comprobó el instrumental y descubrió que habían descendido más de cuatrocientos cincuenta metros. Un poco más y estarían a punto de batir el récord de inmersión en batiscafo; un récord que hasta entonces ostentaba sir Bayton Bel, un aristócrata de Auken cuya lista de portentos era magnífica. Hacía años que había sido dado por muerto tras desaparecer en una expedición a los picos Balenos.

El frío dentro de la cabina comenzaba a acuciar. Aunque el aparato tenía un sistema calefactor con batería propia, el helor del abismo se metía en los huesos, lenta pero inexorablemente. Los tres integrantes frotaban sus manos y trataban de no pensar demasiado en ello.

Conforme seguían las pistas, empezaron a hallar más y más ejemplares de aquella extraña vegetación. En aquel lugar sus dimensiones eran significativamente mayores a las que habían visto en la zona de cuevas, y se mezclaban con otra clase de plantas del todo inauditas.

La Safari pronto se encontró navegando a través de un agua espesa y oscurecida, que comenzó a alojar paisajes más impresionantes. Al igual que hubieran visto antes, la tierra era diferente y la piedra crecía entre ella formando cristales opacos de un negro radiante y absoluto.

—Nos acercamos a los cuatrocientos ochenta metros. Estamos muy por debajo de lo que este trasto había registrado nunca. Empiezo a tener miedo de seguir —comentó Marcus.

—¿Hay algún problema? —indagó Ameria.

—Los motores. Hace rato que les está costando hacer su trabajo.

—¿Qué es esa luz? —preguntó entonces Corso.

Entre la negrura de las aguas, se abría paso una especie de iridiscencia de color pardo y morado. Refulgía como en latidos, aumentando y disminuyendo las pulsaciones lumínicas. Provenía de algún punto indeterminado en la profundidad.

—Habría que bajar ahí —dijo Ameria, secándose el sudor de la frente. ¿En qué momento había empezado a sudar?

Entonces, de improviso, Marcus detuvo el submarino y apagó los motores, dejándoles sumidos en la oscuridad a excepción del tenue resplandor que provenía del abismo. El aparato quedó a la deriva y empezó a caer hacia el fondo, bajo su propio peso.

—¡Marcus! ¿Qué demonios haces? —gritó Ameria — ¡Recupera el

control!

El joven hizo caso omiso a aquel llamamiento, presa de algún tipo de shock. Miraba fijamente al cristal con expresión aterrorizada.

—Marcus, ¿qué te pasa? ¡Reacciona! —Ameria le abofeteó y el chico pareció despertar de algún tipo de letargo. Con los ojos desvaídos, trató de poner en marcha los motores de nuevo. No respondían.

—No funciona...

—Por todos los demonios del *Páramo*, hermano. ¿En qué estabas pensando?

—Vi un ser en la ventana que me señalaba... lo juro. Era negro y grande, como un hombre cubierto de una tela —el joven respiraba con rapidez, tratando de resolver una crisis de ansiedad.

—¿Un ser? Es posible, Marcus, ¡pero no apagues todo por ello!

—Es... ¿posible? —Marcus tragó saliva.

—Claro. ¿No oíste nada de lo que te conté? —Ameria trataba de accionar los controles de nuevo, sin saber muy bien lo que hacía. Nada parecía responder —. Debe ser una alucinación, una respuesta a la toxina ambiental del ecosistema. Debes ser capaz de reponerte ¿sabes?

Ameria se levantó del asiento para mirar los paneles superiores. En ese momento, algo golpeó el aparato y la lanzó de nuevo sobre el sillón. El batiscafo había sido alcanzado por algo, y ahora descendía ladeado, de forma lenta pero continua, directamente hacia el fondo.

—¿Qué ha sido eso? —Corso, que había permanecido callado hasta entonces, habló con un timbre histérico. Miraba hacia todos lados con pánico.

—¿Llamas a eso alucinación? —gritó Marcus señalando—. ¡Algo acaba de golpear la Safari!

—¡Lo sé! —Ameria encontró en los paneles una linterna grande y la encendió.

Enfocó a Corso Welles y lo descubrió con los ojos abiertos como platos, mirando aterrorizado a su alrededor. Después alumbró a su hermano, quien trataba como un loco de recuperar el control de la nave mientras gemía. Ameria no se explicaba cómo de repente se había vuelto todo tan caótico. Finalmente enfocó hacia el exterior, y se quedó sin respiración.

Alrededor de la Safari nadaban cientos de seres nunca vistos. Peces de dos bocas, sierpes bicéfalas de varios metros, crustáceos de dimensiones imposibles; organismos parecidos a moluscos, pero de pieles blandas, entre otros muchos. Decenas de especies desconocidas para la ciencia, que no se podían incluir, ni en lo más básico, entre las más de trescientas mil especies eucariotas que habían sido catalogadas hasta entonces. Parecían seres ajenos al mundo conocido, miembros extraños de un ecosistema diferente.

Y la nave seguía cayendo.

La presión en el casco comenzaba a causar terribles ruidos en la nave. Por el momento resistía, pero cada tramo que la Safari caía era más preocupante. El frío, sin sistemas de calefacción, se incrementaba rápidamente. Y mientras descendían entre aquellas aguas densas, un paisaje cada vez más perturbador se levantaba a su alrededor. La luz que antes vieran ahora irradiaba lo suficiente, como para no requerir ningún otro tipo de iluminación. Descubría un mundo insólito, como de otro planeta, en el que vastas construcciones de piedra negra se erigían como bastiones naturales, formando columnas y arcos inmensos, encumbradas por una vegetación ominosa que se retorcía alrededor, pletórica de extraña y terrorífica vida; bañado todo ello por una mortecina luz parda que provenía del lugar al que se dirigían, sin poder detenerse.

—Marcus, no quiero morir aquí —dijo Ameria, mientras contemplaba cómo un ser con tentáculos palpaba la nave con curiosidad, para luego decidir que no le interesaba e ignorarla. Siempre había querido tener la oportunidad de ver algo así, pero no estaba preparada para afrontar su muerte. Todavía había tanto por hacer...

—No vamos a morir aquí, Ame —contestó Marcus, recuperando la compostura y tratando de vencer su miedo. Cogió la mano de su hermana y la apretó fuerte, queriendo regalarle la poca seguridad que le quedaba.

Un ruido terrible procedente del casco anunció lo contrario. No podían determinar cuánto habían descendido, ya que ningún control funcionaba, pero todos sabían que era más de lo que la nave estaba preparada para soportar, aun con toda su tecnología punta. Si seguían bajando, era cuestión de minutos que el submarino se destruyera con ellos dentro. No habría tumba para ellos, el mar se encargaría de borrar todo recuerdo que quedara de su paso por el mundo.

Los hermanos se miraron tratando de aunar fuerzas, estrechando sus manos. El viejo Corso aflojó su corbata y extendió los brazos, entregándose a la voluntad de los dioses, buscando una última redención.

El casco se combó alrededor suyo. Y entonces la Safari, con un ruido metálico, hizo fondo.

Los tres tripulantes, tras unos instantes de estupefacción, se incorporaron jadeando. Se miraron los unos a los otros, no pudiendo creer que siguieran vivos. Por un instante se alegraron, pero pronto se dieron cuenta de que seguían estando en peligro de muerte. Sin el sistema de depuración en marcha, pronto se quedarían sin oxígeno, o morirían de hipotermia.

Sin embargo, poco después de su aterrizaje, los motores

comenzaron a crujir y a quejarse, a la par que las luces empezaban a parpadear al son de la maquinaria. Los sistemas de la nave se estaban restableciendo.

—¡Si! —Marcus retomó los controles y enderezó la nave, sin poder evitar llorar de alegría—. ¡Nos largamos de aquí!

—Espera...

Nadie aguardó a que Ameria acabara la frase, ya que todos lo podían ver con sus propios ojos. Delante de La Safari, a una distancia de unos diez metros, brillaba un objeto cilíndrico del tamaño de un hombre. La luz que emitía era rojiza y se propagaba en forma de pulsos a través de las aguas. Su cadencia era monótona y exacta, muy parecida al ritmo de las agujas de un reloj de precisión. Se encontraba flotando sin ser movido ni un ápice por el vaivén del océano, y sin ser sostenido por soporte alguno. Bajo él, se alzaba una plataforma.

Incrédulos, los expedicionarios contemplaron los estudiados cortes y junturas de una estructura artificial, que de ninguna manera podía confundirse con una formación rocosa afortunada. Se trataba de un basamento bien anclado al fondo marino, que aprovechaba una cavidad natural como protección. Era circular, y matemáticamente perfecto en sus formas.

Ameria apretó el brazo de su hermano tanto, que consiguió que Marcus se quejara.

—Marcus —dijo.

—Lo sé —asintió él, zafándose del agarre.

—¿Qué probabilidades hay de que alguien haya construido algo aquí abajo? —preguntó Corso, tragando saliva.

—Ninguna —respondieron Ameria y Marcus casi al unísono.

—¿Y qué demonios es eso? —continuó el flemático Welles, refiriéndose al cilindro.

—Aparentemente es un artefacto construido con una tecnología que, hasta donde yo sé, no poseemos— trató de explicar Ameria, sin ninguna convicción.

Pronto se dieron cuenta de que, si observaban demasiado rato aquel objeto, perdían la noción del paso de tiempo y adquirían una especie de neblina mental. El cilindro pulsaba sin descanso aquel extraño ritmo a un mundo enteramente distante, y parecía sintonizar con todo cuanto le rodeaba. Aquella fauna exótica, aquel manglar submarino que lo guarecía, parecía crecer y nutrirse al son de su cadencia, tal y como si estuviese utilizando un lenguaje desconocido para comunicarse.

—Señor Welles, ignoro quién será su jefe, pero me parece que esto le valdrá un ascenso —comentó la joven para calmar su nerviosismo.

—¿Qué hacemos, Ameria? —preguntó Marcus.

—No lo sé. ¿Qué se hace cuando se descubre un hito histórico y

único? —contestó ella.

—Ponerlo en manos de mentes más preparadas —sentenció Corso Welles.

REGRESO

República científica de Gisboa.
Univesidad de Auken.
Aula de historia antigua y arqueología.

«El curso del tiempo es incompleto
hasta que uno se propone cerrarlo.
¿Cómo se retoma una vida cuando ésta,
en lugar de apagarse, comienza?»
Galwyn Caere.

El profesor borró lo que había escrito en la pizarra. Se había vuelto a confundir. Desde la tribuna, se giró y observó la sala; un majestuoso anfiteatro de piedra blanca construido hacía más de trescientos años por los primeros fundadores de la Universidad de Auken, más conocida como Belfonte, la magnífica.

Llevaba media vida dando clases entre esos muros, y siempre le había impresionado su arquitectura y cómo se erigía como templo del saber, como un faro de luz ante la ignorancia y el misticismo. Se había sentido orgulloso durante toda su carrera, de hacer lo que hacía, con la dignidad propia del maestro que entrega su alma para formar discípulos preparados y capaces de tomar el relevo cuando él ya no estuviera en el mundo. Así había sido, hasta el momento.

Ahora observaba con ojos vidriosos a la concurrencia; unos treinta alumnos que se distribuían en filas de asientos que deberían albergar a más de cien. Él sabía que lo observaban. No estaban atentos a lo que les explicaba, ni siquiera un poco, más allá de esperar a que cometiera algún error o algún despiste, listos para esbozar sus sonrisas socarronas y cargadas de burla, y los comentarios mordaces que les animaría la tediosa mañana.

«El profesor chiflado». «El profesor demente». Así solían llamarle. Tenía suerte de conservar su empleo y poder llevarse algo que comer a la boca. Notaba sus cuchicheos y las risitas amortiguadas. Podía hasta sentir el desprecio que hedía el oxígeno que se respiraba en el aula. ¿Cómo había acabado así?

Uno de los alumnos alzó la mano y el profesor lo observó, cansado, con la boca semiabierta.

—Profesor...

El muchacho que había hablado aguardó unos segundos a que el

hombre respondiera a su llamada, sin conseguir más reacción del interpelado que un escrutinio desganado hacia su persona y un gesto de hastío.

—Profesor Shane. Creo que ya había explicado la arquitectura de Antica Pulia la semana pasada. Nos hizo un examen.

—Oh. Puede ser, puede ser —suspiró el maestro, agobiado, dándose cuenta de que el chico quizás estuviera en lo cierto. Últimamente no lograba centrarse en nada.

—El examen fue impugnado porque no tenía sentido —añadió otra voz, la de una joven rubia que mordía una pluma.

—Yo... simplemente incluí cosas de otros temas —se defendió el profesor, sin ninguna convicción.

—¿Por qué no nos vuelve a contar alguna de sus historias, profesor? Nos interesan mucho más —sugirió una tercera voz.

—Sí, es mucho más divertido —añadió alguien en las filas de atrás.

Un murmullo primero, y un coro de risas después, rompieron el escaso silencio de la sala.

—Cuéntenos lo de la nave alienígena, profesor. La otra vez se quedó a medias —continuó, incansable, el más provocador de los muchachos.

—Cállate, Samus. Deja que nos cuente cómo acabaron sus compañeros. Todavía están investigando sobre eso —agregó otra joven, que prácticamente se acababa de despertar de una siesta en plena clase.

—Yo no quería... —balbuceó el profesor.

Se llevó la mano derecha a la cabeza y cayó sentado en la butaca de su mesa. Se sentía muy, muy cansado y tremendamente abatido. En ese instante, una bola de papel le acertó en la frente, poniéndole alerta. Se irguió como un resorte y comenzó a mirar a todas partes, como buscando amenazas, lo cual acrecentó el revuelo de la clase, que estalló en un coro de carcajadas.

—¿Por qué sigue dando clases este hombre? —oyó que decía alguien.

—Necesita ayuda —adujo otra voz, consternada—. Dejadle en paz.

—Lo que necesita es otra cosa —rio un tercero, que se preparaba para lanzarle una pelota de papel más grande.

Uno de los alumnos que había permanecido en silencio hasta entonces, se levantó de su asiento y de un salto descendió cuatro filas pisando las mesas del anfiteatro, sin importarle a quien pateaba en su tránsito. Cuando llegó a la fila del muchacho que se disponía a lanzar su segunda bola de papel, agarro al chico por el pescuezo y lo levantó de su asiento colocándole a su altura. La algarabía se acentuó y comenzaron a bramar chillidos de animación y risas.

El atacante, un chico que no sobrepasaría los diecisiete años, de

melena blanca, lisa y a la altura de los hombros, miró a su rival desde unos ojos de un azul magnético que bullían con poder en su interior. La resolución y la rabia danzaban en sus negras pupilas. Lanzó un puñetazo a la cara de su oponente, antes de que este supiera tan siquiera de dónde había venido el golpe. El muchacho trastabilló y cayó sobre las mesas, desde donde fue empujado hasta aterrizar en el suelo entre dos filas de pupitres.

—¿Alguno más? —gritó entonces, mirando a sus compañeros de clase con frialdad y desafío. Desde su posición dominante sobre la mesa, en medio del anfiteatro, escupió a un lado — ¿Alguno más está en desacuerdo con los métodos docentes del profesor Shane?

Se hizo el silencio.

—Eso me parecía —dijo mientras bajaba de las mesas de un salto y se dirigía a la tribuna, ignorando al resto.

Mientras la mayoría de la clase salía corriendo, probablemente para contarle lo ocurrido al director y a cuantos pudiesen en su camino, el muchacho subió la tarima y ayudó a levantarse al desdichado mentor.

—Vamos, profesor. Creo que le hace falta una buena taza de té— le animó.

—No debes meterte en problemas, Bastian. Ya te lo dije, nada de problemas —gimió el maestro.

—Los problemas los tienen ellos. Y si siguen buscándolos así, los encontrarán.

El joven ayudó a levantarse al profesor, no porque necesitase ayuda física, ya que aquel hombre no sobrepasaba los sesenta y pocos años, sino porque su estado de abatimiento era tal, que en cualquier momento amenazaba con tumbarse en el suelo y no moverse más. Tomándolo por el hombro, lo condujo a través de altos pasillos abovedados, cruzando salas repletas de estanterías con miles de volúmenes y decoradas con decenas de atriles y mesas de estudios. La luz entraba a través de acristaladas cúpulas de colores, bañando los pasillos con un aire más majestuoso todavía.

Cuando habían dejado atrás el ala de las aulas, alguien se acercó a la pareja con timidez.

—Profesor Shane, por favor acompáñeme. El director Samuel Banas ha sido notificado de algún tipo de incidente en su clase, y desea que traiga al alborotador... —el hombre dejó la frase en suspenso al reparar en el chico que ayudaba al maestro, quien lo escrutaba con ojos de desafío.

—El profesor se encuentra indispuesto —respondió el chico.

—Ambos deben venir...

—Angus Moeron. Quién si no seguiría las órdenes de sus superiores con una diligencia tan propia de los sabuesos —interrumpió el

alumno.

—Yo que usted mantendría la boca cerrada, muchacho. Tiene suficientes problemas ya, sin necesidad de incluirme en ellos —protestó el hombre con voz histérica. Bastian sonrió al ver cómo un hilo de baba le resbalaba por la comisura de la boca, al hablar.

—Muy bien, profesor. Le sigo.

Recorrieron los jardines y el ala este del complejo antes de llegar a la sala del claustro, donde esperaba, tras un gigantesco escritorio de madera de ébano, un hombre alto, gordo y calvo, que vestía con túnica blanca ribeteada de oro, al estilo de los antiguos eruditos de Belfonte. El director miraba al exterior desde el arco que conducía a una magnífica terraza privada construida en mármol. Al notar que alguien entraba, se giró, y con un gesto les indicó que se sentaran. Profesor y alumno tomaron sendas butacas y esperaron.

—Profesor Thaddeus Shane —declamó sin tomar asiento—. He sido informado de altercados en su clase de hoy. Altercados perpetrados por el joven que le acompaña; veamos, Bastian Shane, su sobrino. Se le ha descrito pegando a uno de sus compañeros, quien ha necesitado ser atendido en la enfermería con múltiples contusiones.

—Ese joven se lo merecía —respondió Bastian, con el ceño fruncido

El director dio un golpe en la mesa con el puño cerrado, asustando a Thaddeus.

—¿Le he permitido a usted que hable, señor Bastian?

El joven cerró la boca y observó al director.

—Como decía —continuó, abriendo un cuaderno y mirando sus apuntes— Bastian Shane. Un alumno nuevo, que apenas lleva un mes en nuestra magna institución. Que accedió sin aval y sin dinero, gracias a la consecución de unos exámenes ejemplares y a su propia promoción, profesor Thaddeus. Un mes y ya está dando problemas.

—No se repetirá, director Banas, se lo puedo asegurar. El incidente de hoy ha sido mi culpa por no saber encauzar la clase —suspiró el profesor Shane, tremendamente cansado.

—Así lo espero, pues no habrá más avisos. Está terminantemente prohibido agredir dentro de estos muros, joven. Como castigo, se disculpará con su víctima y trabajará todas las tardes durante un mes en el comedor —el director disfrutó viendo la mirada de odio que el muchacho le profería—, en tareas de limpieza. Empieza ahora mismo. Puede irse, señor Shane, y agradecer que sea tan magnánimo, como gracia hacia su tío.

Bastian apartó la butaca y se levantó con brío, dejando la sala con un portazo.

—Thaddeus, ese chico no durará mucho aquí si continua con esa actitud, no importa lo brillante que sea —comentó el director cuando

el joven salió.

—Es mi culpa —gimió el interpelado.

—Sí, sí que lo es. —el director se sentó y adoptó un aire paternalista— Thaddeus, ¿qué le está pasando? Esta casa tiene historia, una rica historia docente que todos debemos preservar y fomentar, como el regalo que es. Desde que regresara hace unos meses de su fatídica expedición, no ha levantado cabeza. Todos fuimos conscientes de las penalidades que ese viejo terco le hizo pasar, y de los límites a los que le obligó a llegar, perdiendo incluso su estabilidad mental.

—No estoy loco... —susurró Thaddeus.

—Nadie piensa eso, profesor. Largos han sido sus años como maestro en ésta, nuestra querida casa del saber, y todos le conocemos. Todos somos capaces de entender un trauma. Es por ello que sigue enseñando con nuestra venia y gratitud. Sin embargo —hizo una pausa—, el tiempo pasa y no vemos mejoría, lo cual nos lleva a preguntarnos si éste es realmente su lugar.

—Lo es —contestó rápidamente—. Lo es, señor.

—Bien. Entiendo que, si deja de narrar disparates y fantasías en sus clases, será capaz de recuperar el control de las mismas, y el respeto de sus alumnos.

—Disparates... —suspiró el hombre, apesadumbrado.

—Sí, disparates que dejan nuestra credibilidad por los suelos.

—No diré más disparates —accedió al fin.

—Bien. Es lo que necesitaba escuchar. Ahora, Thaddeus, le recomiendo que se tome unos días de descanso. Una semana o dos, antes de volver al trabajo. Aclare sus ideas y vaya a tomar unos baños. Despéjese y después vuelva, renovado. ¿Qué le parece?

El hombre asintió con tristeza.

«Por cierto, profesor. ¿Dónde está ahora Galwyn Caere? Dicen que ha desaparecido de la ciudad cuando aún pesan sospechas sobre él. El incidente que envolvió tantas muertes no ha quedado todavía resuelto, y que se dé a la fuga no es un buen indicio».

—No lo sé. Nos separamos poco después de todo aquello.

—Mejor. Siempre he pensado que no era bueno para usted, ni para su carrera, que se juntara con ese individuo demente. Los hechos me han dado la razón —comentó, como si estuviera saboreando algún tipo de triunfo personal largamente esperado.

—¿Puedo retirarme ya?

—Sí, sí. Márchese y haga lo que le he dicho, profesor. Entienda todo esto como un intento de ayuda, no como una amenaza.

Thaddeus asintió y dejó la sala, aguantando las lágrimas. Solo tenía ganas de llorar.

Era de noche cuando Bastian pudo salir de las cocinas. La ronda de la cena había sido pesada pues gran cantidad de alumnos eran internos, y la mayoría no tenían ninguna gana de marcharse a dormir.

El chico había trabajado con diligencia y rapidez, guardándose para él la rabia de saberse reprendido por completos ignorantes. «Cada etapa de la vida tiene sus momentos», se decía, y ahora el momento era el de limpiar platos y bandejas para gente intelectualmente inferior. Había pasado cosas mucho peores que esa como para amedrentarse.

Salió a las despejadas calles y contempló el cielo bañado por sus lunas. La blanca y pequeña, «Giros», y la roja y grande, «Baras». Las estrellas hendían el firmamento y refulgían con calidez.

Bastian inspiró y llenó de oxígeno sus pulmones, sonriendo. Había estudiado toda la mañana, trabajado toda la tarde, se había peleado, y todavía tenía una energía inaudita.

De un salto, se incorporó a la calle que conducía a la plaza, sintiendo el empedrado bajo sus pies. ¿Alguna vez se había sentido tan vivo? ¿Alguna vez el aire había olido tan bien? ¿Acaso las calles de la pequeña ciudad de Auken habían sido en algún momento tan hermosas? Comenzó a correr a través del barrio de la universidad, y cuando lo dejó atrás, aceleró todavía más. Atravesó el puente que separaba el distrito de la Academia mientras escuchaba el rumor del río Ruidoso, y sobrepasaba a los nocturnos transeúntes. Cuando sus pasos lo condujeron al centro de Auken, se fundió con una gran algarabía.

La gente había salido a disfrutar de la música en terrazas al aire libre, y el olor a comida impregnaba el ambiente, mezclándose los dulces y los salados. Vendedores ambulantes de bollos de azúcar que llevaban su puesto en bicicletas adaptadas, puestecitos de pinchos morunos especiados, cafés abiertos hasta el amanecer y múltiples músicos y artistas en busca de monedas, conformaban el ambiente único de Auken al llegar una tarde víspera de descanso.

Se trataba ésta de una ciudad pequeña, más campestre que cosmopolita. Nada tenía que ver con las mega urbes como Soc Cérridan o Plank, en las que la vida era frenética y llena de posibilidades. Probablemente, de todo el país de Gisboa, Auken era el sitio más deseable para quien amase de la vida tranquila. Allí, la gente disfrutaba de las comodidades de la nación más próspera del mundo, sin las penalidades de los pobres urbanitas que tanto trabajaban para construirla. La Universidad y la Academia se levantaban en su seno, atrayendo a alumnos de todas partes, aun cuando pocos de ellos continuarían en la ciudad tras acabar sus estudios.

Bastian se detuvo tan solo para comprar algunas cosas, entre las que se incluía un bollo de chocolate con coco y una jarra de leche de almendras, antes de continuar corriendo. Aunque no recordaba la última vez que los dulces le habían parecido tan apetecibles, ahora no podía parar de comerlos.

Atravesó varios barrios antes de llegar a las afueras y detenerse en una zona residencial tan tranquila como bucólica. La noche había caído de pleno, y los cantos de los *mimus polyglottos* danzaban entre los árboles estudiadamente colocados a la orilla de la carretera. Bastian pensó que nunca había reparado en las canciones de los pájaros nocturnos y aquello lo sorprendió enormemente. ¿Cómo había podido ignorar aquellos hermosos sonidos durante toda su vida? Con fascinación, se dio cuenta de que, si escuchaba con detenimiento, algo parecido a un lenguaje trataba de esbozarse en su mente. ¿Los *mimus* estaban charlando entre ellos?

—Eh, chico, ¡cuidado! —gritaron desde un carruaje.

El joven se apartó, dejando pasar a la calesa. Desde su interior, la señora Bastot le regaló una despreciativa mirada de suficiencia. No le importó lo más mínimo, ya que aquella mujer llevaba cincuenta años haciendo lo mismo. Muy al contrario, aquello le causó risa. Loretta Bastot ya no podía amedrentar a nadie con su fingida fama y fortuna.

Bastian suspiró, anotando mentalmente que debía estudiar mejor a aquellos *mimus*, y se dirigió hacia su destino; una casita de dos plantas, porche y jardín, y visillos blancos en sus grandes ventanas. Sacó una llave de su bolsillo y abrió la puerta de la verja, pensando que debía pintar las partes oxidadas, cuando tuviese tiempo. Después entró en la casa y cerró tras de sí. En el interior tan solo titilaba el danzar de la llama de una vela encendida, iluminando a un hombre dormido en el sillón. El joven se apresuró a encender la lámpara del salón y apagó la vela, iluminando la habitación de forma uniforme.

—Thaddeus, despierta —le dijo mientras lo zarandeaba. El hombre se irguió como un resorte, jadeando—. Tienes que dejar de asustarte por todo, amigo mío.

—Ah, eres tú, Bastian —respondió el recién levantado, mientras buscaba sus gafas.

—Deja de llamarme así —protestó el joven.

—Me resulta más fácil. Y es mejor para todos.

—Ese estúpido de Samuel cree que puede fastidiarme teniéndome bajo su zapato. Y pensar que un día ofrecí mi voto para que estuviera donde está —comentó Bastian mientras dejaba la comida que había comprado sobre las mesas de la cocina y comenzaba a sacar una sartén—. No acertaría a encontrar la pareja de su calcetín ni aun llevándolo puesto. Mucho menos está capacitado para dirigir la Universidad.

—Me ha echado por varias semanas. Dice que quiere que me despeje —suspiró Thaddeus.

—Mejor. Es insufrible tener que aguantar a esa caterva de petulantes más tiempo del necesario. ¡Y tendrías que ver lo que es asistir a sus clases! La mitad de las cosas que dicen son estupideces. Me paso el tiempo contradiciéndoles.

—Deberías dejar de llamar la atención —lo reprendió Thaddeus— o al final te expulsarán. Los dos estamos en el borde del precipicio académico. Y con razón.

—De verdad que lo intento. Pero me está resultando muy difícil —explicó el muchacho.

—Ahora todo es tan diferente —suspiró el profesor—. Todo ha cambiado.

—Tan solo algunas cosas. Otras son iguales, y son muchas otras las que deberían cambiar y no cambian. Pueden pasar centurias antes de que la estupidez y el obcecamiento abandonen las mentes de nuestros camaradas, me temo —protestó Bastian.

Thaddeus se quedó mirando al muchacho que iba y venía a toda pastilla, cocinando, recogiendo y hablando sin parar. Era tan joven. Era tan bello. Tenía toda la vida por delante.

En ese momento alguien llamó a la puerta. Thaddeus se alarmó primero y se obligó a calmarse después. Se levantó y con lentitud giró el pomo y abrió, descubriendo a un hombretón de dos metros y cara afable que traía un paquete en su mano.

—Morn —saludó Thaddeus—. Qué inesperada sorpresa.

—Mi mujerr ha cocinado una *Käushe*, y pensarr que a profesorr le gustaría probarr.

—Las tartas de queso de tu mujer son imbatibles. Pasa, por favor —susurró Thaddeus.

Bastian se asomó y contempló al hombretón desde el arco de la cocina. Tras unos instantes, le sonrió.

—Tendré que preparar algo más —dijo finalmente el muchacho, colocándose un trapo sobre el hombro.

Morn se quedó estupefacto contemplando al chico. Abrió la boca para hablar, pero de inmediato la volvió a cerrar. Continuó escrutándolo desde el pasillo, mientras sostenía la *Käushe* en sus manos, paralizado.

—Ah —suspiró Thaddeus—. Hacía un mes que no veías a Bastian, es verdad.

—¿El serr…?

—Sí. Pero no le prestes tanta atención, le encanta —protestó Thaddeus.

—Inaudito. Inaudito.

Morn dejó la tarta sobre la mesa y se dirigió a la chimenea. Cogió

unos cuantos troncos y los lanzó dentro, prendiendo la madera con el fuego de un encendedor. El hombre seguía prefiriendo la cálida luz de una hoguera, a la iluminación artificial de las lámparas.

—¿Cómo se encuentrra, profesorr? —preguntó al tomar asiento en el sillón, que se combó ligeramente bajo su peso.

—No muy bien, Morn.

—¿Todavía pesadillas? —asintió el grandullón, entendiendo.

—Más que eso, me temo.

—Morn también ha sufrrido mucho. Primerr mes Morn recuperarr herridas grraves. Segundo mes, tuvo que trabajarr para dar de comerr a la familia. Todo el tiempo verr cosas extrañas.

—¿Por eso has venido? —preguntó Thaddeus, sosteniendo su mano en el fornido hombro de él.

—Rresto no entiende. Rresto no sabe —respondió sorbiendo la moquita que le caía de la nariz.

—Es natural. Todo lo que dijimos. Todo lo que decimos son disparates —asintió Thaddeus.

—Ya lo entenderán —sentenció una voz tras ellos.

Bastian colocó sobre la mesa un plato de setas de temporada a la parrilla y otro de arroz blanco frito. Después se quitó el delantal y la túnica de estudiante y se quedó vestido simplemente con una camiseta blanca y unos pantalones interiores. Su único ornamento; una pulsera en su brazo derecho. Dando un salto, se sentó en el sofá y comenzó a servir los platos.

—Tenerr la edad de mi hijo —asintió Morn, sin poder dejar de observar al joven.

—Tal vez podamos ser amigos —respondió Bastian con ironía, mientras se llevaba una seta a la boca.

—Deberr vida a maese Galwyn. Siemprre estarré en deuda —dijo el hombre con seriedad, llevándose la mano al corazón.

Bastian dejó de comer y le devolvió la mirada con agradecimiento y orgullo, asintiendo. Una sucesión de imágenes regresó a su mente como un torbellino.

«La grieta se abría sobre sus cabezas, resquebrajando el espacio a su alrededor. Los objetos habían comenzado a elevarse del suelo pues algo los estaba atrayendo. La pulsera se clavaba en su brazo causándole gran dolor, haciendo fluir su sangre a lo largo de la extremidad.

Ahora podía ver claramente a aquellos seres embutidos en ropajes negros, de facciones cuarteadas y piel flameante. Rodeaban la plataforma, observando, emitiendo palabras en un idioma

ininteligible.

El artefacto había sido activado y ahora sabía que era todo cuanto habían buscado de ellos. Sus compañeros yacían tendidos sobre su desgracia, presas de su falta de voluntad. Hasta Thaddeus había caído.

El torbellino lanzó objetos en todas las direcciones. Un sonido de ruptura, como de trueno en una tormenta, sacudía la sala. Dentro de poco, todo iba a hacerse pedazos, incluyéndolos a ellos. Todo aquel conocimiento volvería a perderse. Había llegado tan lejos para nada.

Sin embargo, no sentía aquello como un fracaso. De alguna manera, comenzaba a notar fuerzas renovadas en su interior. Su carne ya no languidecía bajo sus profundas arrugas, y su energía volvía a fluir en adrenalina pura. Se sentía mejor que en muchísimos años y, sin embargo, no iba a ser capaz de salir de ahí a tiempo.

Observó a su alrededor buscando una respuesta. Las escaleras de las plataformas estaban combándose y retorciéndose. El material de las paredes se partía y agrietaba. El templo estaba a punto de derrumbarse.

Una de aquellas aterradoras figuras se detuvo en su letanía y lo miró fijamente, retorciendo su cara en algo que parecía ¿una sonrisa burlona? Con uno de sus brazos, le señaló un puesto que se encontraba a su izquierda y que había comenzado a doblarse. Galwyn se dirigió hacia allí y comenzó a tocar todo lo que veía. La pulsera brilló y se clavó de nuevo en su carne. Acto seguido un panel se iluminó mostrando algo parecido a unos controles.

«Seleccione destino»

Dijo una voz metálica. En ese momento ni siquiera cayó en la cuenta de que podía entender la frase, tan concentrado estaba en descifrar las imágenes traslúcidas que estaban apareciendo en el aire. Una de ellas, mostraba un paisaje escarpado desde el que se podía reconocer la cordillera de «Las Capas», en su horizonte. Sin pensarlo, puso su mano sobre aquella imagen y una luz iluminó la sala.

A sus espaldas, una de las cinco puertas de la ya desvencijada plataforma, brillaba mostrando una fluctuación en el interior de su marco. Se dirigió hacia allí e introdujo su mano en la superficie fluctuante y traslúcida, viendo cómo ésta desaparecía. Cuando la sacó, seguía estando allí. Inmediatamente el recuerdo de la imagen de la puerta que les había traído hasta la ciudad subterránea apareció en su mente. Debía tratarse de un mecanismo similar.

Con dificultad, se dirigió hacia donde sus compañeros se encontraban tendidos. Entre el caos de la tormenta, logró arrastrar y empujar a cada uno de ellos, mientras contemplaba los últimos momentos del mítico lugar.

Thaddeus fue el último, y junto a él cruzó la puerta.

Cayeron. Cayeron a través del vacío como ya hubiera sucedido antes. Así habían llegado a la mítica ciudad y así la abandonaban. La abandonaban solos, sin equipaje. Sin nada más que sus memorias, con las que estaban condenados a cargar el resto de sus vidas.

Cuando Galwyn se recuperó, se encontraba en un ventoso paisaje de montaña. La calma a su alrededor y el sonido de los animales de los bosques cercanos tardaron en conformarse como algo real en su mente. El viento soplaba, viento puro y revitalizante, trayendo consigo aromas a pino y a tierra húmeda».

La cena concluyó sin apenas conversación. Normalmente era Thaddeus quien hablaba más que nadie, pero en los últimos tiempos no había vuelto a ser el mismo. Poco después de terminar de comer, el hombre se quedó dormido en el sofá, y el joven lo tapó con una manta. Morn se despidió, asegurando que regresaría pronto.

El chico se dirigió a la habitación de invitados, en la que estaba hospedado desde hacía unos meses y se lanzó sobre la cama, pensativo. Se irguió buscando su imagen en el espejo, una obsesión que había adquirido desde hacía poco tiempo.

La imagen de aquel chico le devolvía la mirada. Un muchacho joven y apuesto, en la edad de estar todavía creciendo. Seguramente sería más apuesto en unos años, si eso era posible, o si aquello funcionaba así.

Lo cierto es que Bastian era un mar de dudas. Había supuesto que, con aquel cambio, cambiaría todo; incluida su forma de ver la vida, o su ingenuidad. ¡Como si la ingenuidad pudiera recuperarse!

Ahora sabía que ese sí que era un tren sin retorno, pues una vez perdida la inocencia, jamás regresa.

—La experiencia va más allá de la carne —dijo en voz baja, hablando consigo mismo.

Extendió su mano hacia la mesilla buscando su diario. Lo abrió y comenzó a releerlo desde la fecha del inicio de la expedición. Solía hacerlo buscando algo que se le escapara, y prácticamente se lo sabía ya de memoria. Y es que había cosas que merecía la pena no olvidar, como los portentos que había visto. De todo aquel periplo, tan solo le restaba su diario, su cuaderno de dibujo, y la pulsera que con terquedad se resistía a abandonar su brazo.

La última parte del diario había sido redactada tras regresar a casa, y narraba hechos que, pese a su magnificencia, habían caído en saco roto. Todavía recordaba los días en los que los supervivientes fueron convocados por las autoridades para prestar declaración. Para

entonces ya habían pasado varias semanas desde que fueron rescatados de las montañas y llevados a las casas de curación, y la mayoría se encontraban físicamente restablecidos. En su caso, la gente se sorprendía al verlo tan sano y erguido, cosa que sin duda atribuían al merecido descanso y al buen hacer de los especialistas médicos de Auken.

Aquella era una panda de necios...

«Los portones del juzgado se cerraron tras ellos. La Sala del Juez era una institución antigua y prestigiosa que se ocupaba de otorgar justicia tanto en la ciudad de Auken como en todas las provincias gisbóanas.

Como en las sesiones precedentes, los presentes eran pocos, pero importantes. Había miembros del gobierno, de la Universidad, de la Academia, y por supuesto sus señorías que eran tres, teniendo solo uno de ellos el voto decisorio en caso de conflicto. Este último era también quien ostentaba la palabra.

—Se inaugura la tercera sesión para el esclarecimiento de los hechos ocurridos durante la expedición arqueológica y prospectiva del profesor Maese Galwyn Caere, miembro jurado de la soberbia institución universitaria de Auken.

La sala guardó silencio a excepción de unas pocas toses amortiguadas.

—Presentes se hallan; Galwyn Caere, Thaddeus Shane, Morn Skavas y Dersen Valerio. Comparecen ante ésta, nuestra sagrada institución de la Sala del Juez, presididos por los magistrados eméritos; su muy señoría Otto Walls, su muy señoría Balisto Belfonte y su muy señoría Cormas Dale. Comparecen con la verdad como único atuendo y así lo juran.

—Así juramos —respondieron los cuatro aludidos, usando la fórmula esperada para esos casos. Naturalmente no era la verdad su único atuendo, pero los formalismos eran importantes.

El juez colocó un monóculo en su ojo derecho y observó los papeles sin ninguna prisa.

—Según actas precedentes, la mermada expedición, de la cual restaban únicamente —recalcó aquella palabra —cuatro supervivientes, cruzó una puerta «dimensional» —hizo una pausa tras leer aquello, dedicando una mirada inquisitiva a los comparecientes—, llegando a una ciudad antigua que, según se aduce, pertenecía a una civilización desconocida y que no aparece en ningún libro de historia. ¿Correcto?

—Es correcto —asintió Galwyn.

—Bien. Durante su avance por dicha ciudad, el grupo declara ver constantes presencias a su alrededor, que sin embargo no consiguen identificar, porque no existen —el juez paró y miró a Galwyn, esperando una respuesta.

—Es algo difícil de explicar si no se ha visto. Su presencia era clara, pero no existían de forma tangible en este mundo —aseguró el erudito, ignorando los murmullos de la sala.

—Presencias intangibles pertenecientes a una civilización desconocida —resumió el juez.

—No. Pertenecientes a una civilización alienígena —corrigió Galwyn con convicción.

Los murmullos se acrecentaron y el juez golpeó una campana llamando al orden.

—¿Alienígena era también el templo en el que posteriormente entraron, gracias a un artefacto que traían con ustedes? —continuó el hombre.

—Yo presumo que no se trataba de un templo, sino de una nave —respondió con seguridad el anciano profesor.

—Una nave. ¿Como un barco? —indagó el juez.

—No, señoría. Una nave para viajar por el espacio exterior, o entre mundos, eso no lo puedo saber.

Las risas surgieron entre los presentes como la onda que deja una piedra sobre el agua.

—¡Silencio! ¡Silencio o desalojo esta sala de inmediato! —gritó el juez. Tardó varios minutos en recuperar el orden antes de continuar—. Finalmente, un extraño objeto abrió una grieta en el aire destruyendo la estructura y todos ustedes consiguieron escapar a través de otra puerta «dimensional».

—Es una forma sencilla de explicarlo, sí —corroboró el profesor, con el mentón bien alto.

—¿Todos ustedes ratifican esta declaración sin ninguna apostilla? —preguntó mirando a los otros tres miembros, que apenas hablaban salvo cuando les hacían preguntas directas. Todos asintieron— Bien. Ahora quiero que examinen este mapa.

Los celadores acercaron un mapa a cada compareciente. Había varios puntos señalados.

«Según sus explicaciones, su expedición comenzó en algún punto del antiguo glaciar de Pemrose, situado en Mithra».

—Así es. Podemos presentar como prueba todos los permisos en regla de la nación de Mithra para hacer prospección científica, el visado del pasaporte y la memoria de proyecto que redactamos para conseguir los fondos de la universidad —sentenció Galwyn.

—Sin embargo fueron encontrados en Capas, una cordillera situada a cuatro mil metros de altitud, en el país de Asara, semi congelados, y

gracias a la actuación afortunada de un equipo de salvamento. Entre un punto y otro, median unos tres mil kilómetros ¿Cómo es posible?

—Ya lo he explicado. Viajamos por las puertas —explicó Galwyn.

—Las puertas dimensionales —repitió su señoría Otto Walls.

—Sí.

—¿De dónde saca esa palabra?

—Es una palabra que me parece apropiada para describir una tecnología capaz de solapar el espacio, conectando automáticamente dos puntos muy separados físicamente el uno del otro.

—¿Ahora es experto en ciencias físicas, maese Galwyn?

—Me intereso por ellas, sí, aunque no soy ningún experto. Si desea hablar con alguna autoridad de La Academia, quizás ellos le puedan explicar que la teoría de la dimensionalidad existe.

Los jueces cuchichearon entre ellos y se levantaron, anunciando que se retiraban a deliberar, rato durante el cual, concedían un descanso a la concurrencia. Tras una hora, regresaron y la Sala del Juez se llenó de nuevo. Llamando al orden, el juez decisorio se levantó con toda la pompa de su rango y comenzó a declamar.

—Tras cotejar todas las declaraciones, pruebas y testigos que han pasado por esta sala durante tres sesiones, y teniendo en cuenta los testimonios periciales que esta audiencia ha solicitado a puerta cerrada, cuyos informes pueden ser consultados por los comparecientes o sus representantes, la triada de jueces ha tomado una decisión. Teniendo en cuenta la calidad del juicio declaratorio y no acusativo, cuya finalidad es, ante todo, esclarecer unas circunstancias oscuras, se dice, que los comparecientes, únicos supervivientes de la expedición antes mencionada, sufrieron lo que la psicología describe como un episodio postraumático; episodio desencadenado por unas condiciones límites de hambruna y sed, falta de oxígeno y extremo esfuerzo físico. Dicho episodio desencadenó todo tipo de alucinaciones y distorsión de la realidad que los ha llevado a crear una serie de fantasías colectivas que entorpecen la verdadera narración de los hechos. Es por ello que exhortamos a los aludidos a someterse a examen psiquiátrico durante al menos dos meses, en pos de hallar el verdadero meollo del asunto, asunto en el que desafortunadamente se perdieron valiosas vidas. La investigación a este respecto se declara abierta, siendo posible aportar nuevas pruebas o nuevos hechos. Así se dice y así se jura».

—Y así es como la razón cae en manos de idiotas —dijo el joven en voz alta, respondiendo a sus propios recuerdos.

Sin querer prestar más atención a sus cavilaciones, se enrolló en las

mantas y se quedó dormido.

- Nombre: Bastian Shane
- Edad: 17
- Ocupación: Estudiante
- Origen: Erem
- Motivación: Graduarse en Belfonte

Bastian es un muchacho enérgico y tenaz que ingresó en la Magna Universidad de Belfonte a mitad de curso lectivo gracias a unas extraordinarias pruebas de acceso y al nombre de su tío, Thaddeus Shane.

Su carácter insubordinado, su facilidad de palabra y unos vastos conocimientos parecen impropios de un joven de su edad.

BASTIAN

APRENDIZ

SOC CÉRRIDAN

República científica de Gisboa.
Ciudad de Auken.
Casa de Thadeus Shane.

«A veces me siento pequeño,
muy pequeño.
Es como si anduviese descalzo,
sordo, ciego y mudo,
ante los acontecimientos».
Thaddeus Shane.

Los sueños no fueron apacibles. Nunca lo eran. Durante el día era capaz de mantener a raya sus visiones por medio de la voluntad, pero cuando dormía, agitados sueños le devolvían espantosas imágenes de destrucción y catástrofe.

Despertó, como cada mañana, empapado en sudor. El sol entraba por la ventana e iluminaba la habitación, descubriéndole un mundo sin mácula. A veces tardaba varios minutos en discernir qué realidad era la verdadera; la de sus sueños, o la que veía al despertar. Imaginaba que para Thaddeus sería peor.

Se levantó y se dirigió al espejo. Cada mañana repetía aquel ritual; se desnudaba y contemplaba su cuerpo, buscando cualquier signo de cambio. Hacía semanas que no notaba ninguno, lo que le inducía a pensar que el proceso se había detenido en aquel punto, siendo de hecho una estupenda noticia. Había temido llegar a desaparecer si aquello continuaba de igual manera.

Y es que todo había empezado poco después de regresar. En un principio, comenzó por notar subjetivas mejorías; sus músculos aguantaban mejor su estatura, se fatigaba menos al caminar o hacer esfuerzos, y su visión y oído habían aumentado sensiblemente. Las primeras semanas ocurrió de este modo; cada día que despertaba se sentía más fuerte y revitalizado, ligeramente más corpulento, ligeramente más vivaz.

Poco después empezó a notar cambios físicos visibles. Su piel se tornaba menos arrugada día a día, sus manos se estiraban y sus ojos se engrandecían. Poco después el cabello comenzó a crecer con mayor profusión, así como el resto del vello corporal.

Llegada la tercera semana, decidió comenzar a vestir con túnica y

capucha, pues los cambios eran tan palpables que darían demasiado que hablar. Parecía tener la edad de un hombre llegado a su vejez, pero todavía garante de sus pasados atributos. Nada que ver con el mermado anciano centenario que había sido.

Pero aquello no acabó ahí. En las siguientes semanas, el proceso de rejuvenecimiento se hizo totalmente evidente. Cada día despertaba y parecía tener una edad menor. Pasó de aparentar setenta años, a unos bien llevados sesenta, y de ahí, rápidamente se convirtió en un cincuentón que podía pasar fácilmente por el padre de cualquiera de sus alumnos.

En ese punto Thaddeus se encontraba tan asombrado que no daba crédito a lo que veía. Solía visitarlo frecuentemente en su casa, de la que Galwyn no se atrevía a salir por miedo a ser descubierto y reconocido, y pasaba largas horas en su compañía, hablando de lo sucedido y contemplando con fascinación la evolución de su maestro.

Los días se sucedían entre estupor y satisfacción, pues el erudito había encontrado lo que buscaba, ya no cabía duda de ello, y su ánimo crecía conforme sus músculos se tensaban y sus huesos se fortalecían. Y conforme Galwyn mejoraba, Thaddeus parecía menguar. Menguaba su talante y su aplomo, y cada vez se dejaba llevar más por sus demonios interiores; aquellos que no había sabido abandonar en la ciudad negra.

Cuando el arqueólogo llegó a aparentar entre cuarenta y treinta años, se aventuró a salir a la calle y dejarse ver, pues nadie lo reconocía ya, ni lo ligaba al antiguo Galwyn. Por aquel entonces habían pasado más de dos meses y existía sin nombre ni identidad, siendo una suerte que la universidad le hubiera retirado su cátedra y suspendido indefinidamente de su cargo.

Sin embargo, todavía recibía visitas en su casa; visitas a las que no podía y ni quería recibir.

Decidió en aquellos días mudarse a la casa de Thaddeus, su querido alumno y camarada, aprovechando que éste vivía solo. Entre ambos, convinieron convertirlo en Bastian, un sobrino lejano del profesor Shane, que había llegado a la ciudad para aprender de las grandes escuelas de Auken, pensando en que, si debía volver a empezar una vida, necesitaría documentos que le respaldasen. Un título de especialista, por ejemplo.

Y así se sucedieron las últimas semanas. Cada noche más ansioso, cada día más despierto, el espejo le devolvía una imagen de vez en vez más joven. Junto con la adolescencia regresaron apetitos ya olvidados y ansias renovadas de vivir. La única reminiscencia de su antiguo «yo» quedó en su cabello. En su primera juventud, Galwyn recordaba haber sido castaño. Ahora lucía una bonita melena lisa y larga, pero de un blanco impoluto, igual al que hubiera portado siendo anciano.

Mas, sin embargo, debajo de todo aquello, seguía siendo él. El mismo viejo cínico y mordaz, cargado por el peso de una vida de experiencias amargas.

Tenía que reconocerlo, se sentía más que satisfecho.

Buscó algo de ropa en el armario de la habitación de invitados. La elección era indiferente, pues todo sería cubierto con la túnica de alumno; una prenda de color crema que llegaba desde el cuello hasta media pierna y que se cerraba con cordones dorados.

Se rascó la muñeca donde la pulsera hendía su carne, molesto. Aquel accesorio no le impedía moverse ni cortaba su circulación, pero se hallaba adherido de tal modo que no resbalaba por su piel, sino que permanecía clavado insistentemente en su carne. Escondió el ornamento bajo las mangas de su camisa y decidió hacerle caso omiso.

Cuando abrió la puerta para salir rumbo a la universidad, se topó con un hombre a punto de hacer sonar la aldaba. Al perder su objetivo, la mano de éste quedó suspendida en el aire y Galwyn pensó que tenía pinta de idiota.

—¿Qué desea? —inquirió el muchacho.

—Estoy buscando a maese Thaddeus Shane, para entregarle una carta. ¿Podrías ir a buscarlo, chico? —contestó el mensajero.

—Démela a mí, yo mismo se la entregaré.

—No puedo hacer eso, el mensaje debe ser entregado con la máxima certificación. Además, necesitaré un resguardo de respuesta firmado por parte del mismo Thaddeus Shane.

—Y yo un justificante sellado para la universidad. Voy a llegar tarde.

—Claro, chico.

—Pase y siéntese por ahí mientras voy a buscarlo. No toque nada y si no le importa, no vuelva a llamarme «chico» —contestó el muchacho, con fastidio.

Galwyn se acercó a la habitación de Thaddeus y llamó a la puerta. Por una vez habría sido preferible encontrárselo durmiendo en el sillón. Nadie respondió, tal y como había supuesto. Agarró la manecilla y empujó la madera sin éxito, pues algo estaba bloqueando el paso. Cargando con el hombro volvió a empujar, hasta que lo que quiera que estuviera obstaculizando consiguió ceder lo suficiente como para que un chaval de diecisiete años se colara.

El interior era un caos. Pese a que hasta entonces no había entrado a la habitación de su colega, dado que respetaba su intimidad, ahora hubiese deseado hacerlo antes. Unos escasos rayos de sol que se colaban por la persiana dejaban entrever las formas de todo tipo de utensilios y ropa desplegados por todas partes, sin orden ni concierto. La habitación olía a cerrado y a sudor mezclado con polvo. Pero lo más impresionante eran los dibujos.

Colgados sobre las paredes, cientos de papeles pintados y escritos se distribuían sin lógica. Otros tantos permanecían esparcidos por el suelo, aparentemente a medio terminar.

Con un simple vistazo, Galwyn pudo ver que no se trataban de simples garabatos de un demente que diera rienda suelta a su creatividad. No había en ellos nada de casual ni aleatorio, pues rememoraban cosas que él conocía bien.

Se acercó a un dibujo y contempló una representación de un ente parecido al que él mismo hubiese dibujado en su libreta de excavación. Estaba rallado y garabateado de tal modo, que el trazo se había hundido en la celulosa y había cuarteado la hoja. El *ser* que representaba, aun escasamente conseguido, pues las artes plásticas de Thaddeus siempre habían brillado por su ausencia, era perfectamente reconocible. Incluso en aquel burdo dibujo, la mirada que surgía de las cuencas de los ojos de aquel *ser*, parecía capaz de sondear su alma.

Apartó la vista de esa obra y se dirigió a otra. En esta ocasión, la imagen de la entrada del templo precedida por las estatuas de los dioses antiguos aparecía representada en forma esquemática. Había anotaciones al margen que trataban de explicar cada uno de los elementos.

Las siguientes, pegadas entre sí, trataban de esbozar un plano de la ciudad subterránea, con los puntos de interés que Thaddeus había sido capaz de recordar.

Galwyn fue recogiendo uno a uno los dibujos, dándose cuenta de que muchos de ellos se trataban de valiosos documentos fruto de buenas horas de trabajo. Ni siquiera él había empleado tanto tiempo en realizar un archivo semejante.

Sin embargo, muchos otros representaban borrones de tinta y grafito de apariencia espeluznante, apenas susceptibles de ser entendidos. Colgaban por todas partes, confiriendo a la habitación un aire de oscuridad, como de ojos que observaran desde pozos negros.

El joven suspiró, se acercó al camastro y zarandeó a Thaddeus, primero con cuidado y después con vehemencia, hasta que éste despertó sobresaltado.

—Ha llegado un correo con certificado, amigo, tienes que levantar —le anunció.

—Ah... —balbuceó el profesor mientras se erguía con dificultad.

—Thaddeus, ¿por qué no me enseñaste todo esto? —preguntó Galwyn, levantando uno de los bocetos.

—Son tonterías, desvaríos —respondió el hombre con amargura.

—En absoluto. Aquí veo trabajo bien hecho que debería ser seleccionado y ordenado.

—¿En serio? —Thaddeus miró al muchacho con un brillo de sorpresa en sus ojos.

—Pues claro. Vas a coger todo esto y ordenarlo en carpetas, y después lo pondremos en común. He estado mucho tiempo dejándolo de lado, pero ya es hora de que nos pongamos a trabajar con lo que tenemos.

—¿Quieres que lo clasifique todo? —preguntó el hombre mientras miraba sus hojas llenas de dibujos informes y frases sin sentido, como si por primera vez reparara en lo absurdo que resultaba todo aquello.

—Todo. Está claro que cuando lo hiciste tenía un sentido para ti. Descartar una posible valiosa información, sería de necios. Y más después de lo que hemos visto.

Thaddeus asintió con renovada energía. Un brillo de orgullo nació en sus ojos y le confirió el ánimo necesario para levantarse y adecentarse un poco. Galwyn lo observó con curiosidad unos segundos y después salió al encuentro del cartero.

—Aquí tienes tu justificante, chico, ya te puedes marchar a la escuela —le dijo el hombre mientras le entregaba un papel firmado.

Galwyn tomó el papel y se lo guardó en el bolsillo de la túnica, cruzándose de brazos y esperando a su colega. No tenía ninguna intención de marcharse aún.

—¿Puedo tomar asiento mientras sale tu padre? —preguntó el cartero.

—No —respondió él.

—Ah...

Pasaron varios minutos bastante incómodos para el recién llegado antes de que Thaddeus hiciera acto de presencia. El profesor se había aseado y peinado, e incluso había rasurado su canosa barba formando una perilla grisácea bien delineada. Vestía una casaca gris y azul algo arrugada, pero limpia. Hacía tiempo que su camarada no lo veía tan impoluto.

—Soy Thaddeus Shane —se presentó el hombre—. Por favor, siéntese.

El hombre estrechó la mano del profesor, pero rehusó amablemente a tomar asiento, invitándole con cierta impaciencia a que leyera la misiva. Aquel modelo de correo implicaba una certificación de lectura, en la que el funcionario debía hacer de perito testifical de que el documento había sido, al menos, leído por su receptor.

Thaddeus rasgó el sobre y encontró una carta que procedió a leer.

«Estimado Señor Doctor Thaddeus Shane. Todas las glorias para su cargo.

Mi nombre es Salazar Hermes, director adjunto de «Conrad Dausen», y tengo a bien representar a un cliente que desea permanecer por el momento, en el anonimato. Recientemente, mi representado ha hallado en el Estuario de Nhem, algo que podría tener que ver con sus últimas investigaciones en

Pemrose y con su controvertida expedición. Mi cliente desea ofrecerle esta valiosa información y para ello le invita a que se persone en Soc Cérridan sin tardanza. Una persona de confianza pasará a recogerle a su casa y le conducirá en su viaje hasta aquí, para que no sufra ningún inconveniente. Todos los gastos
de desplazamiento y acomodo están cubiertos por
nuestra firma, así como cualquier lucro cesante a que este viaje dé origen.
Le pongo sobre aviso de que nuestro contacto nada sabe del propósito de la reunión ni de su contenido. Todas sus preguntas serán
satisfechas en su momento.
Le deseo un buen viaje, y un grato día.
Con atenciones.

Conrad Dausen Logística»

Thaddeus terminó de leer la carta y se la pasó a su joven compañero. Este hizo lo propio y se la devolvió.

—No conozco de nada a ese hombre —dijo Galwyn—. Y no ofrece gran cosa aparte de un bonito señuelo que podría ser una farsa.

—¿Con qué propósito? —continuó Thaddeus.

—Lo ignoro. Puede ser cualquiera, pero lo que está claro es que nadie da nada por nada.

—¿Opinas que debería ignorarlo?

—Disculpe —interrumpió el funcionario de correos—, ¿podría firmarme la recepción y lectura del documento ya?

—¿Ha enviado alguna carta certificada como ésta al profesor Galwyn Caere? —le preguntó el muchacho al cartero, mientras Thaddeus firmaba el papel.

—No estoy autorizado a revelar esa clase de información, chico —respondió éste, con el ceño fruncido y recalcando la palabra «chico». Estaba claro que no le caía bien.

—Ya está, que pase un buen día —le despidió Thaddeus.

Galwyn releyó la misiva varias veces y observó a través de la ventana mientras el cartero se alejaba por la calle.

—Iremos. Estoy seguro de que tengo otra invitación igual que no podré atender. No pondrán inconvenientes en que te acompañe tu sobrino adolescente, de todos modos.

—No lo harán, pero dudo que te dejen asistir a la reunión.

—Ya veremos.

La estación de tren estaba semivacía a aquellas horas de la noche. El hombre de cabello oscuro, corto y disparatado contempló el reloj colgante que marcaba las cuatro en punto. Se arrebujó en su gabardina y volvió a buscar con la vista entre los pocos viajeros que lo circundaban, algún signo de que alguien lo reconociera o anduviera

buscando. Sacó un papel de su bolsillo y lo releyó por décima vez, empezando a creer que se trataba de alguna broma de mal gusto. Su tiempo era oro y si pillaba a quien le estaba tomando el pelo, se lo haría pagar. Escupió al suelo.

«...Se le gratificará económicamente de tal modo que no habrá lugar para la decepción». Aquella era su parte favorita, y la que le había conducido hasta allí sin hacer demasiadas preguntas, aun cuando no tenía interés alguno en abandonar su patética habitación que se caía a pedazos.

—Señor —una voz le llamó desde abajo. Una niña de unos siete años, vestida con unas faldas abultadas con lazos y la cara manchada de hollín, le tironeaba de la gabardina para llamar su atención.

—Oh, ¿Y quién es esta señorita tan guapa? —respondió el hombre, repentinamente dulcificado.

—La hija del maquinista, señor.

—Una futura conductora que viajará a múltiples lugares —sonrió el hombre.

—Yo quiero ser mercenaria —respondió ella frunciendo el ceño.

—¿En serio? —el hombre la escrutó, extrañado.

—Señor, el hombre del sombrero quiere que vaya —señaló la chiquilla.

Con la mirada, buscó entre la gente que esperaba el próximo tren y discernió un caballero vestido de traje y sombrero blanco que levantaba la mano haciendo señas. Después sacó una moneda y haciéndola girar entre sus dedos, la colocó en la mano de la pequeña, quien sonrió con profusión.

—No te lo gastes demasiado rápido.

Avanzó a lo largo del andén y se dio cuenta de que aquel hombre acudía a su encuentro con una grata sonrisa enmarcada por su mostacho pelirrojo.

—El señor Dersen Valerio, presumo. ¡Bienvenido, bienvenido! Tan solo faltaba usted —le dijo mientras apretaba su mano con brío.

—¿Solo yo?

—Sus amigos han llegado antes. ¡Qué despiste! Debo cambiar los billetes pues me los dieron en clase «eficiente». ¡Se nos hace tarde! Ruego espere aquí junto a sus camaradas —el hombre atusó su mostacho con nerviosismo y salió corriendo.

Observándole, desde sus asientos, se encontraban sus antiguos colegas de penurias. O al menos dos de ellos. Thaddeus, uno de los profesores chiflados, y el molesto pero adorable espeleólogo, Morn.

—Dersen, cuanto tiempo. Es una alegría volverte a ver —le saludó el profesor con calidez.

—Amigo —dijo Morn acompañándolo con un abrazo sincero.

— ¿Qué demonios estáis haciendo aquí...? Espera. Así que de esto

va la cosa —reflexionó el guardaespaldas mientras se revolvía el cabello.

—Eso parece. Todos hemos sido llamados —aclaró Thaddeus.

—No todos. ¿Dónde está el vejestorio lunático? ¿Llega tarde o ya se ha muerto de viejo? Si quieren hablar con nosotros, sin duda querrán hablar con él.

—No se ha muerto —respondió una voz juvenil. Había reparado en un muchacho al lado de sus colegas, pero no le había prestado atención—, está más vivo que tú.

—Me debe dinero.

—No te debe nada. Te pagó hasta la última moneda poco después de llegar —respondió el chico, retándole con ira a decir lo contrario.

— ¿Y tú qué sabes, crío? Anda, vete a tu casa.

—Dersen, disculpa a mi sobrino. Siente algún tipo de admiración por Galwyn —intervino Thaddeus—. Y además tiene muy mal genio.

—Me doy cuenta —bufó.

—Galwyn no va a venir. Tenía... otros asuntos que resolver —añadió Thaddeus.

—Típico del viejo, siempre va por libre. Bueno, me alegro de veros tan bien a todos. Parece que os habéis sabido recuperar —dijo Dersen, más relajado.

—¿Tú como estarr? Morn prreocupado porrque nunca visitas.

—Bueno, no me puedo quejar. Al menos estoy vivo ¿no? Podría decir que el resto de mi vida es un asco, pero no quiero amargaros el viaje. Espero coger la pasta que nos den y largarme a mi agujero de nuevo.

El inconfundible sonido de una locomotora acercándose precedió el azorado regreso del contacto, quien ahora lucía los mofletes sonrojados por el esfuerzo.

—¡Ya tenemos los billetes en clase «Acomodo»! Caballeros, por favor, el tren ha llegado y no debemos demorarnos. ¡Síganme! ¡Oh!, por cierto, señor Dersen, mi nombre es Wilhelm Rose. ¡Vamos!

—Sin duda es un caballero muy esforzado —susurró Galwyn a Thaddeus, con una sonrisa, antes de correr hacia los vagones.

El tren dejó atrás la estación de Auken para adentrarse en las colinas de los Bajos Estivales, una serie de mesetas y montes llenos de bosques de pinos veteados, que separaban la campestre Auken del resto del país. Cruzaron los Apenales y la región de Sandell en un viaje que duró más de veinte horas. Eventualmente, el tren se detenía para recoger y dejar viajeros en las estaciones de pueblos y pequeñas ciudades, momento que aprovechaba la comitiva para estirar las piernas fuera de los vagones.

El clima, conforme se acercaban a la costa, iba cambiando. Los frondosos pinares continentales se iban convirtiendo en bosques de

coníferas, hayedos y robles, mezclados con numerosas plantas tropicales y laurifolias. La vegetación era exuberante y enmarcaba los asentamientos de modo que se fundían con la misma.

Algunas ciudades, como Erem, eran impresionantes de ver incluso desde los andenes de la estación. Gisboa se jactaba de ser la nación más avanzada del mundo, y no era para menos, si se comparaba con otras vecinas como Primia, Borche o Kur. Más aún si lo hacía con las que continuaban viviendo al modo de los pueblos de las primeras edades y se negaban a tener tratos con nadie, como algunas de las pertenecientes al continente «Terra Incógnita», más allá del océano Erseus. Desde que éste fue descubierto en las antípodas, varias centurias atrás, por la famosa navegante Úrsula Kane, se había convertido en el paraíso deseado para emprendedores, comerciantes, científicos y, por supuesto, aventureros.

Galwyn, quien se sentía tan lleno de energía como aburrido de estar tantas horas encerrado en un vagón, se dedicaba a deambular por los pasillos del tren, buscando algún tipo de entretenimiento. Fue sin quererlo que lo encontró, tras dejar atrás la estación de Ábaco, en la persona de una viajera que atinó a tener su billete en el compartimento del grupo de Wilhelm.

La mujer, de unos treinta y tantos, vestía con un traje abotonado de viaje, botas de piel y un turbante novaquita de color morado y blanco. Mientras examinaba las hojas del cuaderno que traía consigo, se dio cuenta de que un muchacho se había colocado a su vera y trataba de leer sus apuntes sin ningún reparo.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó la desconocida a aquel jovencito entrometido, levantando una ceja.

—No estoy seguro. Me ha parecido leer algo sobre los Kaifa. ¿Es así? —comentó Galwyn, tan tranquilo.

—Podría ser. ¿Por qué te interesa? —indagó la mujer, colocándose un mechón rojizo que se había escapado de su turbante.

—El pueblo Kaifa es la última novedad en el catálogo de descubrimientos de la Sociedad Geográfica de Soc Cérridan. Ha sido noticia recurrente los últimos meses —explicó el joven.

—Eso lo dudo mucho, a no ser que pertenezcas a dicha sociedad o seas un filántropo o un estudioso —replicó la mujer.

—Y algo te dice que no soy nada de eso, ¿verdad? —sonrió él. Ante el silencio de la mujer, Galwyn observó con detenimiento sus objetos personales. Después añadió — ¿cuándo embarcas hacia allá?

—¿Hacia dónde? —preguntó, confusa, la interpelada.

—Hacia Terra Incógnita, claro está —explicó él.

—Está bien, morderé el anzuelo, porque me parece que lo estás deseando —sonrió la joven, comenzando a sentirse divertida—. ¿Cómo lo has sabido?

—Muy sencillo. Tus botas gastadas pero limpias indican que te preparas para una larga travesía que todavía no ha dado comienzo. Tu equipaje es liviano pero útil, nada ostentoso ni demasiado difícil de acarrear; tan solo una bolsa de viaje con correas para enganchar al hombro, y un cuaderno de apuntes realizados con la rapidez de la improvisación. Estimo que debes ser antropóloga, o no mencionarías a los Kaifa, y que probablemente eres socia de la geográfica, o de alguna otra de las sociedades que tan alegremente se fundan en este país —explicó el muchacho—. Además, la esquina de un billete para el trasatlántico «Empuria», asoma de tu bolsillo. Si lo tienes ya en tu poder, significa que lo han comprado para ti.

La mujer observó a aquel sabelotodo sin parecer impresionada.

—No era una deducción tan difícil —respondió ella.

—Puede que no, pero llevo más de veinte horas en este trasto y me gustaría saber si estoy en lo cierto —añadió el joven.

—Bueno, no soy socia de la Sociedad Geográfica, pero trabajo para ellos. Tampoco soy antropóloga licenciada y sí que parto dentro de tres días hacia el nuevo continente —explicó la mujer.

Galwyn pareció más interesado todavía.

—Si no eres antropóloga, y dudo que seas especialista en otra rama, quiere decir que ¡eres una cazatesoros! — resolvió el muchacho, con entusiasmo.

—Oh vamos, eso no existe. Tan solo busco cosas —replicó ella.

—Buscas tesoros —añadió él.

—Busco todo tipo de cosas y lugares —volvió a replicar la mujer, quien parecía empezar a perder la paciencia.

Thaddeus, quien había permanecido callado hasta entonces, observando simplemente el acoso al que su maestro estaba sometiendo a aquella pobre joven, suspiró e intervino.

—Si le deja, podría seguir así hasta mañana —explicó mientras extendía su mano para estrechar la de ella—. Thaddeus Shane, profesor de la universidad de Auken. Este es mi sobrino, Bastian. Nos dirigimos a la capital.

—Danielle Anholt, exploradora —sonrió ella, apretando la mano de Thaddeus.

—Un placer —convino el profesor.

—¿Y qué se cuenta el doctor Sakovich? La última vez que tuve noticias suyas estaba preparando una expedición al este de Laurantia —preguntó Galwyn, refiriéndose al presidente de la Sociedad Geográfica.

—Digamos que sigue en lo mismo —respondió la joven.

—Espera, ¿eres parte de esa expedición? —preguntó de inmediato el muchacho, cayendo en la cuenta.

—Tienes mucha curiosidad, ¿verdad? —inquirió Danielle,

cruzándose de brazos.

—Prf —bufó—, no tanta. Sakovich se rio del trabajo de un buen amigo mío cuando éste se lo presentó. Espero que se marche al este y se encuentre con todas las tribus que desea encontrar.

—Oh, eso suena muy malintencionado. Pero lamento anunciarte que el doctor no estará presente —sonrió la exploradora.

—¿Por qué será que no me sorprende? Harás el trabajo sucio y él se llevará la gloria —dijo Bastian.

—A mí no me parece nada sucio. Aventuras, viajes, lugares que nadie ha visto en milenios... ¿no te seduce? —Preguntó Anholt, sabiendo que aquel tipo de asuntos solían enardecer los espíritus más jóvenes.

—Para nada. Aun me estoy recuperando de todo eso que mencionas, así que no, gracias. Voy servido —explicó Bastian, encogiéndose de hombros.

El resoplido de Dersen junto a la ventana, quien estaba escuchando toda la conversación sin dar crédito, se escuchó en todo el compartimento.

—El condenado crio habla igual que Galwyn —intervino el guardaespaldas.

La mujer se quedó mirando al desconocido que había hablado y después observó a Thaddeus.

—Un momento. Galwyn... Thaddeus Shane. ¿No se referirá a Galwyn Caere? —preguntó la mujer, observando ahora a todo el grupo con detenimiento, dándose cuenta de que los nombres coincidían.

Thaddeus asintió, obligado. No le gustaba que le reconociesen, pues la fama que tenía era desastrosa.

—¿Ustedes cuatro son la expedición de Pemrose? —Ahora la sorprendida era ella.

—Me temo que yo no, señorita. Mi nombre es Wilhelm Rose, y solo acompaño a estos señores.

El resto guardó silencio hasta que Thaddeus habló.

—El profesor Caere se encuentra desaparecido —procedió a explicar.

—¿De veras sucedió como cuentan? —se atrevió a preguntar ella.

Dersen, Thaddeus y Morn se miraron los unos a los otros sin saber bien qué responder, o si responder siquiera.

—No. Fue mucho mejor de lo que cuentan —contestó Bastian finalmente, con una sonrisa de satisfacción y suficiencia. Aquello provocó un nuevo resoplido de Dersen.

Cuando por fin llegaron a Soc Cérridan, lo hicieron bajo la lluvia. La tormenta de la tarde les acogió en una húmeda estación de piedra blanca. La capital era la última parada del tren, y en el andén se despidieron de Danielle Anholt, quien debía esperar otro tren hacia Portree.

Wilhelm se apresuró a hacerse con unos paraguas y conducir a los tres camaradas y al joven hasta el coche que les esperaba. No se trataba de un carruaje de tiro sino de un coche autónomo.

—Asombroso —declaró Thaddeus mientras observaba la carrocería y las ruedas de aquella máquina—. No tenemos de estos en Auken.

—Son muy nuevos, y dejan atrás a los antiguos modelos propulsados a vapor y por células eléctricas no recargables. Lleva un motor de combustión interna y un sistema de ignición de bajo voltaje —respondió el conductor, quien, sentado en la parte delantera, agarraba orgulloso un volante y una palanca.

—Y es bastante cómodo —comentó Dersen, que ya había subido y cogido sitio.

—Cortesía de Industrias Crane —añadió el conductor.

—Se nota que es quien te da de comer, muchacho —continuó el guardaespaldas—. Pero aquí no cabemos todos. Con tanta tecnología, tu Crane podría fabricarlos más grandes. Y debería hacer algo con este ruido.

—Pronto se acostumbrará al sonido del motor y a la vibración, señor. Otro automóvil acudirá enseguida.

Y así fue. Otro coche recogió a Thaddeus, a su sobrino y al mismo Wilhelm, y los condujo bajo la lluvia a través de largas avenidas.

Soc Cérridan era la capital de Gisboa, y su ciudad más grande. Contaba con más de dos millones de habitantes que se distribuían en una urbe de planimetría circular dividida en anillos. Los barrios residenciales se encontraban en el anillo medio, junto con los comercios y negocios. Algunos de estos barrios estaban conformados por casas unifamiliares con verdes jardines, mientras que otros mostraban vastos edificios de hasta ocho plantas que albergaban a decenas de familias, o sedes para las empresas.

El anillo primo era la ciudad antigua, levantada y reconstruida a partir del amurallado de los primeros pobladores, cuyo asentamiento inicial databa de cinco mil años atrás. El llamado «centro histórico» era un reclamo turístico y reunía la mayoría de los edificios gubernamentales y oficiales, así como numerosos museos. En su epicentro, se levantaba una torre que acababa en punta, el edificio más emblemático de la ciudad, conocido como «El Asta».

El anillo exterior se encontraba conformado por las numerosas industrias de Cérridan, que abastecían la ciudad de agua corriente y energía y producían la mayoría de los recursos para el país.

La vegetación se encontraba en todas partes. Ni las empedradas calles habían podido conseguir alejar la profusa jungla tropical que crecía entre casas y avenidas. Esto a veces causaba problemas, pero lo cierto era que sus habitantes amaban la sensación de encontrarse viviendo en una mezcla de ciudad cosmopolita y naturaleza salvaje.

—Hace muchísimo calor aquí, ¿no creen? —comentó Wilhelm mientras se secaba la frente con un pañuelo—. Es difícil acostumbrarse a esta humedad.

—¿Podemos saber ya a dónde nos llevan? —preguntó el joven Bastian.

—Llegaremos en un santiamén, no desesperen.

—¿Algo que debamos conocer antes de llegar? —continuó Thaddeus.

—Oh, nada especial. Compórtense con naturalidad y buenas maneras y les irá bien en casi cualquier encuentro —sonrió el pelirrojo y rollizo guía.

Se detuvieron frente a un edificio de unas cinco alturas. La puerta estaba precedida por una escalinata y desembocaba en un grandilocuente recibidor donde un pomposo sirviente los recibió y recogió sus equipajes, indicándoles la escalera a los pisos superiores.

Una vez arriba, una camarera con una trenza larguísima anudada a su nuca salió a su paso, ofreciéndoles un refrigerio; unas bebidas frías y pedazos de fruta recién cortada.

—Sean bienvenidos —les dijo—. Les están esperando en el salón del té, al final del pasillo.

El grupo avanzó a través de un ancho pasillo que daba a diversas estancias. El suelo estaba cubierto por una larguísima alfombra de color ocre mientras que las paredes mostraban cuadros enmarcados en pan de oro, de personalidades por ellos desconocidas. Al final del pasillo llegaron a una puerta con una arcada blanca y labrada, abierta. Cuando cruzaron el umbral descubrieron a tres hombres sentados a una espléndida mesa de madera de ébano, que charlaban entre ellos, y que, al reparar en la presencia de los recién llegados, se levantaron para estrecharles las manos mientras les invitaban a tomar asiento.

—El señor Thaddeus Shane, presumo, un placer. Señor Skavas, señor Valerio —el anfitrión vestía un traje color arena, camisa color crema y sombrero con una banda blanca. Una oronda barriga amenazaba con hacer estallar el abotonado de su chaleco. Su alegre estrechamiento de manos se detuvo al llegar hasta un adolescente que le ofrecía su mano con convencimiento—. Y, ¿usted es?

—Es mi sobrino, Bastian. Ha venido para acompañarme y aprender sobre la gran ciudad —intervino Thaddeus.

—Oh, en ese caso, bienvenido a Soc Cérridan, muchacho. Llamaré a mi pasante para que te de una vuelta por la ciudad mientras tu tío

asiste a una aburrida reunión. Hay mucho que puedes...

—He de quedarme —interrumpió el joven, con cara inocente—. Mi querido tío sufre problemas de audición a veces, y me temo necesita de mi asistencia. Siempre que no desee usted tener la reunión más desesperante de su vida, claro está.

Thaddeus enarcó una ceja, evidentemente molesto. No obstante, asintió. El hombre dudó un momento y con una mirada, buscó a sus camaradas, que parecieron darle su visto bueno.

—Todo en orden entonces. Señores, tomen asiento y pónganse cómodos. Oh, los sándwiches —comentó al ver cómo la camarera llegaba con una bandeja llena de ellos y varias jarras de refresco. La mujer colocó el almuerzo sobre la mesa y esperó a que le indicaran que podía marcharse —Bien. Como sin duda sabrán, por la carta que recibieron, soy Salazar Hermes, representante de la filial Conrad Dausen. Mi cliente es un hombre meticuloso y observador, y recientemente se ha interesado por la investigación del señor Galwyn Caere, a quien no hemos podido localizar. Una lástima. No obstante, sabemos que el profesor Shane ha trabajado como colega suyo y sin duda esperamos que pueda hablar por él.

El hombre colocó un papel delante de ellos.

—Antes de proseguir, deberán firmar este documento, comprometiéndose a la no divulgación de lo que en esta reunión se manifieste, por medio alguno. Mi cliente ha sido muy específico en este punto.

—Cuanto misterio —dijo Dersen, mientras firmaba sin leer siquiera lo que decía el impreso—. No estoy acostumbrado a todas estas parafernalias. Lo único que me interesa conocer de su cliente, es cuánto me va a pagar. En la carta que yo recibí, se intuía una cantidad nada despreciable.

—Efectivamente, señor Valerio. Todos ustedes recibirán una compensación económica harto generosa. Lo único que deben hacer es hablar con sinceridad.

—No hay problema con eso —respondió el guardaespaldas con una sonrisa satisfecha—. ¿Qué es lo que quieren saber?

—Necesitamos que nos cuenten, exhaustivamente y sin dejarse ni un ápice, la expedición de Pemrose.

—Eso ya lo hicimos y nadie nos creyó —suspiró Thaddeus.

—Alguien sí lo hizo. Las cosas que allí sucedieron pueden estar relacionadas con otras que han llegado a nuestros oídos.

—¿Qué otras cosas? —preguntó Bastian, sin poder evitarlo.

—Todavía no estamos seguros.

—Bien —sentenció Thaddeus—. Nunca pretendí que se convirtiera en un secreto a voces. Si me hubieran escuchado antes, quizás habría sido mucho mejor.

Las horas se sucedieron como minutos en una narración frecuentemente interrumpida con preguntas de todo tipo. Salazar conducía la conversación, mientras un tipógrafo con gran talento registraba todo lo que ahí se decía en una flamante máquina de escribir. El tercer hombre parecía tomar apuntes y pensar, atento a todo lo que ahí se estaba diciendo, pero no interviniendo en ningún momento.

Se acercó la hora de la cena antes de que hubieran llegado a la parte final de la historia, tantas eran las cuestiones a debatir en cada uno de los puntos. Aquel hombre parecía especialmente interesado en las impresiones de cada uno de ellos y en sus propias experiencias personales y opiniones.

Bastian aprovechaba el cuchicheo con Thaddeus para otorgar sus propias versiones y recordar ciertas cosas, ya que no podía hablar por él mismo.

La charla duró hasta altas horas de la madrugada, momento en el cual los presentes empezaron a acusar el agotamiento.

—Muy bien, creo que con esto bastará por ahora —sentenció finalmente el señor Hermes, produciendo con sus palabras un alivio inmediato de la concurrencia—. Se alojarán en una de nuestras mansiones como invitados de honor. Mi ayudante les conducirá hasta allí.

—¿Qué va a pasar ahora? No nos ha explicado nada del incidente que comentó en su carta, y al principio de esta reunión.

—Todo a su tiempo, señor Shane. La valiosa información que nos han ofrecido debe ser cotejada y estudiada. Mi cliente les hará llamar de nuevo muy pronto. Hasta entonces, ruego dispongan su talante para el ocio y el disfrute en la ciudad. Con todos sus gastos pagados, debo añadir.

—Me parece bien —dijo Dersen, asintiendo con la cabeza.

—Hablar ha sido... liberador— Thaddeus dio la mano a Salazar, agradeciendo su objetividad e interés en este asunto.

—Hacía tiempo que no asistía a una reunión tan interesante, profesor. Goza de todo mi respeto —sonrió Salazar mientras se despedía. El hombre tenía la garganta seca de gritar durante horas para que su invitado lo escuchara. Todos los demás sufrían dolor de cabeza por la misma razón.

Los coches pasaron a recogerles sin demora, y tras conducirles a través de silenciosas calles bañadas por las lunas, les dejaron frente a la marmórea entrada de una mansión. El aire olía a vegetación y humedad y se escuchaban exóticos sonidos de pájaros nocturnos que sin duda habitaban los árboles. El agotado grupo se relajó por fin, y se dispuso a descansar en aquel bello panorama.

Pero no todos en la ciudad descansarían aquella noche. En otra parte de la urbe, un grupo de personas salió en tropel de una sala, murmurando. Unos protestaban, otros argumentaban a voz más viva y otros callaban, manteniendo la tensión en sus rostros. Tan solo unos pocos parecían satisfechos y tranquilos. Conforme se alejaban, el barullo fue abandonando el pasillo, dejando a un hombre y a una mujer esperando tras un portón. La puerta se abrió y por ella asomó una señora.

—Pueden pasar —les dijo.

—¿Los dos? —preguntó la mujer joven, observando reticente a quien la acompañaba— Yo llevo dos horas esperando y este caballero acaba de llegar.

—Los dos.

El hombre encogió los hombros ante la airada mirada de la joven, sabiendo que tenía razón. Aun así, obedeció aquella orden y entró. Al fondo de la sala de juntas había un hombre de espaldas. Observaba a través del ventanal de la habitación y no parecía haber reparado en la presencia de los recién llegados. Otro caballero permanecía sentado en una de las butacas, mirando de cuando en cuando al primero.

—Ross Mclean no negociará —sentenció finalmente el del sillón, como soltando algo que había estado reprimiendo.

—Claro que no lo hará —respondió el hombre del ventanal. Su voz tenía un tono grave pero sereno.

—Entonces ya está. Solo queda una salida y es la que él mismo se ha buscado —continuó el primero, con una cadencia nerviosa en su tono de voz—. Sabe perfectamente que no puede sobrevivir a la competencia y se niega a realizar una fusión, tal y como le hemos propuesto. Los veleros están obsoletos, o lo estarán en muy poco tiempo. Su industria tiene pérdidas desde hace dos estaciones. ¿Es que vamos a seguir concediendo créditos a fondo perdido?

—Bruce.

El hombre del ventanal se giró y miró a su interlocutor con tranquilidad. Tenía el porte robusto pero seco de un hombre sereno y confiado. Su gesto era impasible y su mirada vivaz, como si estuviera analizando en profundidad tres cosas a la vez. Con las manos cruzadas en su espalda, escrutaba a su camarada.

—Bruce, el viejo Ross es un hombre testarudo y muy orgulloso. Antes perderá su casa y su fortuna que permitir a nadie pretender siquiera cambiar uno solo de sus escudos de proa.

—Y por eso nada se puede hacer ya por él —finalizó el pequeño hombre delgado, con exasperación.

—Su industria puede sobrevivir hasta que pase a su hijo, quien es

partidario de la modernización parcial de los astilleros.

—¿Y hasta entonces? Ese hombre es viejo, pero no me extrañaría que viviese hasta veinte años más solo por fastidiarnos.

—Hasta entonces seguirás haciendo pedidos desde nuestras filiales en el exterior. Y que sean suficientes. Sus dos hijas menores aún van a la universidad.

—Y de dónde sacamos el dinero, ¿eh? — protestó Bruce, gesticulando de impotencia.

—Eres mi contable jefe. Creo que te pago para solucionar esas cosas.

—Por todos los diablos —el hombrecillo recogió sus cosas y se fue mascullando para sí.

El hombre del ventanal sonrió levemente y esperó a que el contable dejara la sala. Después miró a los recién llegados y les hizo un gesto para que se sentaran.

—Salazar, Miranda, sentaos, por favor. Está siendo una larga noche —dijo mientras él mismo tomaba asiento en una de las butacas. Dirigiendo su mirada hacia la elegante joven, le preguntó— ¿Como han resultado las cosas, querida?

—Me temo que mal. He pasado una semana trabajando de operaria en las fábricas de piezas del sector noroeste. Que me contrataran resultó sencillo, pero el resto me temo que no.

—¿Qué es lo que no funciona? —preguntó el hombre.

—El trato a los trabajadores, señor. Lo ocultan ante las auditorías, pero incumplen la mayoría de nuestras normas. En una semana he presenciado dos accidentes y constantes abusos. He elaborado un informe detallado, señor —le explicó con gravedad mientras le entregaba una carpeta.

El hombre tomó el informe y procedió a leerlo con detenimiento. Tardó un cuarto de hora, pero no se dejó ni una sola palabra, ignorando completamente a sus acompañantes durante el proceso, que se sentían un poco incómodos en aquel silencio.

—Buen trabajo, Miranda. Quiero que proceses una orden inmediata de despido de toda la jerarquía de la planta. Tienen quince días para dejar a punto sus asignaciones. Intervendrás tú misma en las nuevas contrataciones.

—Señor, no son todos iguales.

—Ya me pasarás los casos concretos más adelante y veremos hasta qué punto estaban o no comprometidos. Los errores son fácilmente subsanables.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—Sí, Miranda. Mándame a Humbert Geis, el director de la fábrica, el jueves a las ocho. Quiero tener una entrevista personal con él. Puedes marcharte, y tómate la mañana libre.

—Gracias, señor.

La joven se levantó del asiento con una expresión de alivio y descanso en su rostro que no trató de reprimir. Hasta se despidió afectuosamente de Salazar antes de irse.

El anfitrión hizo sonar una campanita y un mayordomo apareció presto.

—Tyler, por favor, una jarra de café cargado y dos tazas —solicitó.

—¿Acompañado con algo, señor?

—Añade el refrigerio que quieras, pero no olvides el café. Llévalo todo a mi estudio en la última planta, por favor. Tenemos mucho trabajo por delante, ¿no es así, Salazar?

—Eso me temo, señor Crane.

El estudio era una habitación de tamaño medio sin ventanas. La luz que lo iluminaba procedía de varias lámparas y resultaba suficiente, sin llegar a ser molesta. En su centro se levantaba un escritorio poblado por miles de hojas apiladas y ordenadas. Las estanterías mostraban objetos variados, como maquetas de automóviles en miniatura, piezas de motores, un astrolabio, un nocturlabio, una esfera armilar y brújulas de diferentes características. Junto a la mesa, un globo que representaba el mundo tal y como se conocía, se enclavaba en un soporte de madera labrado. De las paredes colgaba un tablón de corcho y una pizarra de grafito, ambos objetos de dimensiones generosas, hasta el punto de ocupar casi una pared cada uno.

La impresión que daba aquel cuarto era la de reclusión.

Salazar estaba muy cansado a esas alturas. Tanto, que ni el café estaba surtiendo efecto ya. Le costó varias horas responder a todas las preguntas que su jefe le hacía. Se preguntaba de dónde sacaba ese hombre su energía. Sin duda había tenido un día peor y más estresante que el de Salazar. Sin embargo, cuando le observaba, solo acertaba a ver a un hombre concentrado en su tarea, que bien podría haberse acabado de levantar.

Y en cierta manera, así era. Antillas Crane era un hombre metódico, con una capacidad de concentración rara vez vista. Si algo requería de su interés, su nivel de abstracción era tal, que su realidad material se desdibujaba a su alrededor. Tan solo existían él, y el objeto de su estudio.

Y en esta ocasión, Crane intuía una importancia del asunto superior a su común danza empresarial.

—Salazar, ¿cuáles son las últimas noticias que tenemos de la *Polaris IV*?

—El barco de rescate ha llegado a la zona y los miembros de la

tripulación han sido satisfactoriamente evacuados de la estación submarina. Han montado la cuarentena, y ya se ha formado el equipo de exploración de la Safari.

—Espero que el bueno de Corso esté bien —comentó el hombre.

—Siempre velando por sus intereses, señor Crane. Ya avisó de que no dejaría que lo mantuviesen al margen de este asunto después de todo lo que usted ha invertido en la estación *Polaris*.

Antillas Crane asintió. Corso Welles siempre cuidaría, no solo de sus intereses sino de él. Más que su mayordomo era su ayudante, su amigo, su familia. Sin embargo, no solo se trataba de eso. Su viejo amigo era un hombre perspicaz, y como él, intuía que algo grande estaba sucediendo.

El empresario estudió de nuevo los informes de la reunión de la tarde.

—Salazar, ¿qué tienen en común el incidente de Pemrose y el de Nhem?

—A mí me parecen completamente diferentes —respondió el aludido.

—No estoy del todo de acuerdo con eso.

—Con todos mis respetos, señor. Si tienen algo en común, sin duda es que sus protagonistas estaban enajenados. Unos por el hambre y la sed, otros por la presión del agua, que yo tengo dicho que no puede ser buena para...

—En mi experiencia, las coincidencias no existen. Visiones, sensaciones, hostilidad. Todos comparten reiteradamente los mismos síntomas. Robert Kent perdió la cordura; Sun Anata entró en estado comatoso y Dave Archer muestra síntomas de esquizofrenia. El resto de los investigadores narran decenas de sucesos relacionados.

—¿Templos alienígenas? ¿Razas ancestrales? ¿Presencias sobrenaturales? Señor, me parece una buena historia, pero ¿de verdad va a tomarla en serio?

—No podemos descartar nada.

La mente de Crane volvió a abstraerse de su entorno, abriendo de nuevo el laberinto de ideas. No, no podía descartar nada. ¿Y si ellos no eran la primera raza inteligente que pobló el mundo? ¿Y si hubiera otros? ¿Y si sus vestigios continuaran escondidos, quizás a la espera de ser recuperados?

El informe hablaba de un arca llena de objetos de la antigüedad, tanto conocidos como desconocidos. Hablaba de tecnología incomprensible capaz de transportar a personas instantáneamente. Hablaba de historia antes de la historia. Pero sobre todo compartía un sentimiento, el de reverencia y miedo. Hablaba de una presencia viva.

¿Y si quienes fueron, no dejaron de serlo? ¿Y si quienes tuvieron, nunca pretendieron dejar de tenerlo? ¿Y si lo que desapareció,

pretendía regresar?

Activaron algo. Y lo que es activado, desencadena una reacción.

No podía confiar demasiado en impresiones abstractas. Según los testimonios, una fuerza inexplicable les impelió a activar un artefacto desconocido. No podía saber si aquello fue así, o así les pareció a sus protagonistas. Lo que sí sabía es que no podía negarlo.

La posibilidad de hallar tecnología avanzada había encendido su curiosidad y su ambición. Traer el progreso al mundo era su meta y siempre lo había sido. ¿Quién podría resistirse? ¿Quién, poseyendo su capacidad y medios, obviaría la oportunidad siquiera de estudiar esa posibilidad, si se le ofrecía?

Pero aquello no acababa ahí. Crane lo intuía.

Había un nexo que le preocupaba, un punto de unión entre los dos sucesos. Aquellas visiones. Aquellos mensajes. Aquella presencia.

Un «ecosistema hostil», había mencionado la doctora Ameria Bane en sus transmisiones. Un ecosistema hostil, que además estaba avanzando.

Aquel asunto no era ninguna broma. Quizás excediera a sus propias posibilidades. Quizás tendría que pedir ayuda. Pero todavía era pronto para eso.

Debía aprender.

BUSCANDO AL REY

Reino de Kur.
Ciudad de Phontos.
Palacio Real.

«Desviados.
Como un engranaje colocado del revés,
tratando de girar contracorriente,
así me parecen todos los hombres.
Salvo uno».

…

Abrió los ojos. Trató de moverse. No podía.

Sus brazos dolían. Sus piernas no respondían. Su pecho sentía una opresión tal que parecía que fuese a estallar. Su piel ardía y miles de agujas atenazaban cada uno de sus miembros.

Las imágenes fueron haciéndose claras poco a poco y sin prisa. Sustituyendo al bello rostro de su querida madre adoptiva, apareció el de un hombre vestido con túnica blanca y una cofia de tres picos, quien la observaba desde una butaca al otro lado de la habitación.

La habían arrancado de los brazos de su madre y de aquel mundo, como quien arranca la mala hierba de la cosecha, sin miramiento ni misericordia.

—No —susurró la joven en un profundo gemido—, ¿por qué? La tenía... casi la tenía.

El hombre observaba impasible cada uno de los penosos movimientos de la muchacha. Parecía inmune a su secreta súplica de ayuda, y simplemente permanecía sentado, fulminándola con una mirada de hielo cargada de desprecio. Y de asco.

—¿Puedes hablar? —inquirió de una manera imperiosa más semejante a una orden que a una pregunta.

—¿Dónde... dónde...?

La muchacha susurró patéticamente y trató de levantarse del suelo con gran esfuerzo, arrastrándose como un gusano.

—¿Dónde estás? Estás en el Palacio del rey Jakar Aurelius VII, heredero de la casa de Uros. Nuestro monarca, que representa todo lo que es santo en este mundo. La luz sobre la oscuridad.

El hombre soltó aquel discurso sin ninguna pasión, como si sus oídos no se creyeran lo que decían sus labios. Se levantó de la butaca, pensativo, y continuó.

«Y tú representas todo lo contrario. Tu sola presencia es una ofensa, una mácula tan difícil de borrar, que no importa a cuantos de vuestra asquerosa especie cacemos, pues siempre conseguís reproduciros».

—¿Especie? —la joven consiguió sentarse en el suelo y apartar su cabello negro y enredado de la cara. Había pasado por demasiadas cosas en poco tiempo. Que la acusaran de pertenecer a otra especie era algo nuevo.

—¿No sabes ni lo que eres? —continuó el hombre, con sorna.

—Sé quién soy, y también puedo adivinar quién eres tú. ¿Qué quiere el Censo de alguien como yo? Sea lo que sea, no seré capaz de hacerlo —respondió ella, recuperando su consciencia y su talante. La tristeza anterior se estaba convirtiendo en ira por momentos.

—Más te vale que no estés en lo cierto, pues te va la vida en ello —aseveró el censor.

La joven quedó desconcertada. Había presupuesto que lo que buscaban para ella era simplemente la prisión o la muerte (dado que se encontraba en fuga), no que la requiriesen para algo. Su farol había resultado inesperadamente cierto.

—Pero no hay nada que yo pueda...

—¡Silencio! Hablarás cuando te dé mi venia y no antes. ¿Ante quién crees que te encuentras?

Un soldado que estaba apostado en el fondo de la sala, y en el que la joven no había reparado hasta entonces, se adelantó presto.

—Vicensor Sulluh. ¿Deseáis que le enseñemos a esta escoria a mostrar respeto? Mis hombres y yo lo haremos con gusto.

—No será necesario por ahora. Creo que lo ha comprendido. ¿No es así? —le preguntó.

—Así es —respondió ella, sabiendo que era imposible tanto escapar como pelear.

Ox analizó lo que la rodeaba con rapidez. Estaba en una habitación muy amplia, con una pequeña ventana en la pared opuesta, desde la que podía contemplarse el cielo nocturno. Aquello quería decir que debía encontrarse en alguna torre del propio palacio, y no en las prisiones de las que se había escapado días antes. A su alrededor, semiescondidos en la sombra, un destacamento de cuatro guardias protegía al Vicensor.

Nada menos. El segundo cargo de la Logia del Censo estaba frente a ella, interrogándola. ¿Qué podía estar ocurriendo para que aquella eminencia se dignara a hacer el trabajo sucio?

—Debo decir que esto ha sido un golpe de suerte —dijo el censor, rompiendo el hilo de los pensamientos de la joven—, dos por el precio de uno. Esperábamos dar con Maeron Bayle, pero, casualidades de la vida, resulta que no estaba solo. Otra Sarham lo acompañaba.

—¿Sarham?, ¿es una broma?

Aquello comenzaba a resultarle surrealista. Todavía más, si cabe.

Los Sarham pertenecían al folclore nacional y a los cuentos de las viejas, no al mundo real. Las historias hablaban de los Sarham como de unos monstruos; medio humanos, medio cadáveres, capaces de realizar espantosos prodigios. Se les atribuía un *tercer ojo*, la capacidad de someter a los vivos a su voluntad, y el canibalismo, entre otras «virtudes». Solían vivir en cuevas y subterráneos, alejados de la luz de los soles, recitando hechizos y raptando humanos para oscuros propósitos.

Pero aquel censor no parecía estar de broma, y la miraba esbozando una taimada sonrisa.

—Los Sarham llevan cientos de años siendo una oscura realidad para este mundo. La ilustrísima Logia del Censo ha exterminado a centenares a lo largo del tiempo, sosteniendo una guerra silenciosa que ha exigido enormes sacrificios. Sacrificios que nunca figurarán en un libro de historia.

«Sí, una gran labor», pensó Ox con amargura. Aunque no era ninguna estudiosa, la joven había sabido de los censores desde que tenía uso de razón. Eran unos papanatas con poder «al servicio» del reino de Kur. Un reino regido por un monarca que desconocía, pero que daba alas a esos tipos, lo cual no decía nada bueno de él.

La Logia del Censo era una especie de secta que se dedicaba, supuestamente, a preservar la tradición y la cultura de Kur. No eran específicamente religiosos, pero defendían la dinámica eclesiástica y apoyaban a las capillas en casi todos los asuntos.

Por sí mismos, actuaban coartando prácticamente todos los tipos de libertades del país. Restringían las importaciones, imponían graves dificultades a la entrada de extranjeros (y aun a los propios ciudadanos a su capital), vetaban el uso de ciertas publicaciones, perseguían a los librepensadores, y lo peor de todo; impedían el progreso. A Kur le había costado años aceptar el uso de dirigibles y ferrocarriles, aun cuando su orografía natural hacía tremendamente difíciles las comunicaciones. Las relaciones con Mithra y con Gisboa eran siempre tensas y los tratados conseguidos, escasos. El Reino se jactaba de ostentar una superioridad moral sobre sus vecinos, aun cuando estos hubieran demostrado, de hecho, tener mucho más que ellos para ofrecer.

—Sin embargo —continuó el censor, suspirando—. Heme aquí, dialogando con el enemigo. Las ironías de la vida nunca dejan de desconcertarme.

—Ignoro en qué puedo ser enemiga tuya, o de tu gremio. Yo solo trato de meterme en mis asuntos sin involucrar a nadie. Escapé de la cárcel porque era una retención injusta... —farfulló Ox, lo bastante

alto para ser oído.

—No nos estamos entendiendo. Las menudencias de tus acciones delictivas ni me competen ni me importan. Lo que eres, por otro lado, me repugna hasta lo más hondo de mi dedicado ser. No obstante, mi deber es el más alto y encomiable de todos los deberes. Desoírlo sería traición y por ello debo hacer oídos sordos a mi conciencia y a mi talante, y allanarme a tratar con una Sarham.

Ox reprimió su lengua y optó por observar a su interlocutor desde una postura felina. Comúnmente había reparado en que era más fácil enterarse de las cosas si uno no hablaba demasiado, dejando que los demás se retrataran solos, dando, quizás sin darse cuenta, rienda suelta a sus verdaderas intenciones.

El hombre paseó a su alrededor, indiferente a lo que ella hiciera, perdido en sus pensamientos, pero sin dejar de mirarla. Finalmente se acercó y agarró la cara de la chica con la mano, examinándola. Giró su cabeza a un lado y a otro, como si buscase algo, y después la soltó.

—Demasiado parecidos a nosotros. Un ardid digno de los demonios que sois y que hace extremadamente difícil dar con los de tu raza. Si tan solo pudiera encontrar un patrón físico... pero es inútil. Ya he inspeccionado a muchos y diseccionado a casi todos y no hay nada que testimonie este hecho.

«De acuerdo. Ese hombre se dedicada a jugar con los cadáveres de los supuestos Sarham». Aquello no auguraba nada bueno para su futuro. Algunos de esos pensamientos debieron dejarse ver en su rostro, porque el Vicensor sonrió, complacido.

—Oh, sí. Me complace anunciarte que mis talentos son muy delicados y precisos en cuanto a conseguir lo que deseo. Y en una circunstancia normal, desearía verte sin nada bajo la ropa. Ni bajo la piel.

—Ya basta —susurró Ox, reprimiendo su enorme frustración.

—¿Qué dices?

—Hay una razón para que esté aquí. Escúpela ya, o haz lo que tengas que hacer —dijo ella, levantando la voz, pero conteniendo el ánimo.

—Sí que la hay, pero no te ilusiones demasiado —continuó el hombre, contrariado por el repentino cese de la conversación acerca de disecciones—. Tu situación es mejor que la de tus camaradas precedentes, pero no demasiado. Tal y como yo lo veo, tienes dos opciones; la primera, hacer paso por paso lo que se te va a exigir. Sin preguntas, sin dudas, sin subterfugios. La segunda, bueno... creo que no hace falta ni mencionarla.

—Entonces no hay nada más que hablar. ¿Qué se supone que debo hacer? —replicó la joven, con furia.

El hombre asintió con gravedad y con una indicación de su mano,

la guardia se acercó y levantó el cuerpo de la joven, que prácticamente se vio arrastrada fuera del calabozo. Cuando pudo hacer pie y comenzar a caminar por si sola, lo hizo a través de pasillos de piedra que, según avanzaban, iban ganando en opulencia. Bajaron unas escaleras de caracol y abandonaron la torre para adentrarse en los salones cortesanos, que estaban vacíos a excepción de los soldados apostados para las guardias.

Los tapices, las alfombras y las lámparas de filigrana se sucedían ante la mirada de Ox, que jamás había visto un lujo semejante. Pero ni los muebles lacados en pan de oro, ni los cristales de colores de los enormes ventanales, podían sacarla de su preocupación.

Cuando por fin la apresurada marcha se detuvo, lo hizo a golpe de portón; el que se cerró sin miramientos a sus espaldas. Delante de ella se dibujó una sala enorme sin ventanas decorada con impresionantes tapices de motivos bélicos. Si alguna vez había tenido mobiliario, éste había sido retirado en su totalidad para colocar un único objeto; un féretro abierto y sin tapa sobre un soporte embellecido con telas regias. A su alrededor las luces de cientos de velas titilaban y ofrecían a la sala el inconfundible aspecto de un velatorio.

Un pequeño grupo de personas, que estaban congregadas alrededor del ataúd, se giraron para observar a la recién llegada, con temor y no poco recelo. Junto a ellos, en pie junto al altar, estaba «Ojo Blanco», quien le dedicó una mirada sombría que le pareció demasiado sombría incluso para él.

—Soltadla. Que se reúna con su compinche. Al menor indicio de trucos, disparadles —sentenció el Vicensor.

Los guardias soltaron la presa y Ox se acarició los antebrazos magullados. Sin saber muy bien qué hacer, se dirigió hacia su mentor, bajo el oscilante claroscuro de las luces de las velas, que danzaban sin corriente alguna otorgando a la sala un ambiente espectral. Cuando llegó hasta él, tratando de ignorar las intensas miradas de los presentes, lo saludó únicamente con un gesto. Después se asomó al ataúd y contempló la figura tendida en su interior.

Sobre un mullido colchón dorado, que era mucho mejor que cualquier cama que ella hubiera probado en su vida, descansaba el cuerpo de un hombre de unos treinta y pocos años, ataviado con ropajes regios y corona en su frente, engalanado con una capa argéntea con bordados de oro que sobresalía del féretro cayendo sobre las faldas del mismo. Su barba, perfectamente recortada, lucía cuentas entrelazadas entre sus hebras; gemas de diamante y esmeraldas de los más puros, que brillaban con el fuego de los cirios. Su melena dorada se encontraba perfectamente peinada y caía sobre sus hombros.

Todo en él, incluyendo la armadura completa que vestía, estaba cuidadosamente estudiado con el objetivo de hacerlo parecer

magnífico; un hombre sobre los hombres de cuyo porte y cuna nadie podría dudar. Sin embargo, por alguna extraña razón, Ox solamente acertaba a sentir una profunda pena por aquel ser, quien no le evocaba otro sentimiento más que el de la desesperación.

—El rey Jakar —explicó «Ojo Blanco» en un leve susurro, que fue suficiente para romper el silencio sepulcral de la estancia.

—Está muerto —afirmó Ox, más que preguntó, observando el cadáver.

—Sí.

—¿Qué hacemos aquí? —la joven sintió un escalofrío recorriéndole el cuerpo.

No obtuvo respuesta. Su maestro parecía perdido en la gravedad de sus pensamientos.

—Maeron Bayle —declamó el Vicensor, detrás de ellos—. Cuéntale para qué estáis aquí.

«Ojo Blanco» se giró hacia el censor, fulminándole con la mirada, lo cual solo consiguió que los guardias soltaran el seguro de sus pistolas y le apuntaran con ellas. Maeron parecía furioso y extremadamente cansado y cuando miró a su discípula para hablarle, lo hizo con una pesadumbre que la hizo languidecer de miedo.

—Tenemos que devolverle la vida —sentenció.

—¿Qué?

Ox abrió mucho los ojos e instintivamente reculó hacia atrás, incrédula. La sensación de asombro era tal que no cabía en sí. Miró a «Ojo Blanco», luego al cadáver y después a su maestro de nuevo. Abrió la boca para hablar, pero se quedó sin palabras mientras su mente bullía en plena efervescencia. Sin poder evitarlo, y contra todo pronóstico, Ox sonrió con una expresión que Maeron nunca le había conocido; la de plena felicidad.

—¿Es eso posible, maestro? —rio ella, sin poder evitarlo, tapándose la boca para tratar de ocultar algo que era imposible camuflar.

—¡No lo es! ¡Basta ya! —le gritó él, con el rostro repentinamente desfigurado por la rabia.

Ox dejó súbitamente de sonreír, regresando su cetrino semblante, velado por la máscara de la decepción.

«Ya se lo he explicado, amablemente —recalcó esa palabra mientras declamaba con reproche—, al ilustrísimo Vicensor. Regresar de la muerte es literal y radicalmente imposible».

—¡Yo no lo creo! —interrumpió Ox, en un repentino ataque de furia hacia su maestro.

—No sabes nada. Eres una mocosa ignorante.

—Puede que lo sea —respondió desafiante.

El Vicensor se acercó a ellos con satisfacción y alzó la voz para

hacerse oír ante la concurrencia.

—Deberías escuchar más a la cría, Bayle. Ella sabe más que tú acerca de lo que te conviene —dijo, antes de girarse hacia los espectadores.

«Estimados señores, lores de los títulos de Kur. Hoy seremos espectadores de un milagro. La casa de Uros no caerá en las redes de los conspiradores, ni el reino cederá la legítima soberanía ancestral, como quisieran unos cuantos inadaptados. Quien orquestó el vil suceso de la muerte del rey, verá sus planes hacerse trizas ante la nueva ascensión de nuestro monarca, y con él, de la Logia del Censo, que dará caza sistemática a los insurgentes».

Si Sulluh esperaba algún tipo de aprobación o aplauso por su arenga, no lo recibió. La expresión recelosa de los presentes dejaba ver que, al menos en parte, disentían de todo aquello. Una cosa era la política, y otra muy diferente era meterse en temas como ese.

«El cuerpo de nuestro amado monarca ha permanecido incorrupto durante meses, indicándonos su deseo de regresar. Proceded, Sarhams malditos, si pretendéis alguna redención en esta vida».

Ox buscó la mirada de su maestro, con temor. En ella no había reproche, ni ira. La pesadumbre había regresado a las cuencas de sus ojos y había bañado de tinieblas sus iris. El hombre parecía más anciano que nunca.

—Lo lamento, muchacha. Te avisé. Nunca deberías haber venido a mí.

«Ojo Blanco» cruzó primero. Fue difícil hacerlo en presencia de extraños, máxime cuando estos se encontraban armados. La sensación de vulnerabilidad era tal, que concentrarse se había tornado en una dura prueba. Sobre él cargaba todos sus demonios; su mundo era un mundo de oscuridad que jamás lo abandonaría.

Observó sus manos primero, y después su entorno. La habitación real era ahora un lugar onírico, de paredes semitranslúcidas que habían enjuagado sus colores en mates grisáceos y marrones desvaídos, de techos ondulantes que parecían cernirse sobre él en algunas ocasiones, y en otras alejarse hacia el infinito.

El cuerpo del monarca brillaba por las gemas de sus atavíos sobre su féretro, ocupado por nadie, permaneciendo como un objeto extraño en aquel lugar. A su alrededor, las figuras difusas de los asistentes se desvanecían como sombras, perdiendo toda su relevancia en un entorno donde no existían.

Y en frente suyo, Ox. Su discípula lo miraba fijamente, con una expresión que escondía millones de preguntas. Había cruzado

rápidamente, más de lo que él hubiera esperado. Aprendía deprisa.

—¿Sarham? —le preguntó, directamente.

—Así nos llaman, aunque no es nuestro nombre.

—¿No creíste apropiado el hecho de contarme este tipo de cosas, antes incluso de iniciar mi tutelaje?

—No era el momento. Y tampoco es que fuera relevante. Nuestra «condición» es hereditaria y no se salta ninguna generación. Tu padre, tu madre, o ambos, la sufrían en algún grado.

—No los conocí. No sé quién soy. ¿Significa esto que pertenecemos a otra raza? ¿A otra especie?

—Siempre hemos sido pocos. Humanos con capacidades extensivas. En la antigüedad, los nuestros no tenían que esconderse, y cuentan las historias que se hacían llamar los Ah'Ree, «los que ven». Hubo tiempos de paz en los que compartían sus talentos con sus hermanos. Las leyendas hablan de grandes sanadores y obradores de prodigios que encumbraron a los regentes de las viejas naciones del mundo. Decían estar tocados por los dioses, quienes les habían conferido un regalo para ayudar a su civilización, previendo tiempos en los que ellos mismos hubieran abandonado este mundo.

—Los «Ah'Ree» —susurró Ox, con la mirada perdida.

—De la historia de nuestro pueblo nada queda. El Censo se encargó de destruir todo libro que hiciera referencia a él, y de reescribir lo sucedido. Pero no fueron ellos los primeros. Tan solo continuaron una persecución que ya había comenzado tiempo atrás. Los tiempos dorados, parece ser, fueron escasos.

—Pero maestro, ¿por qué? —la joven no podía creer todo lo que estaba escuchando.

—¿Por qué? ¿Tú que crees? ¿Qué es lo que hace el hombre ante aquello que desconoce y que no puede controlar? Es historia del mundo. La historia de todos los mundos.

—Esto significa que habrá más como nosotros —dedujo Ox.

—Supuestamente. Pero difícilmente conocerás a uno. Los que quedan tratan de pasar desapercibidos, no solo ante el Censo, sino ante ellos mismos. Como puedes ver, nuestros talentos no son precisamente agradables. Son una maldición.

—Quizás si supiéramos más podríamos hacer mejor uso. Yo... siempre tuve la sensación de estar sola en el mundo.

—Y lo estás. Tu poder es tu maldición y siempre lo será.

—No sé exactamente cuál es ese poder, maestro. Todavía no lo sé.

—La visión. La visión más allá de la realidad de los sentidos primarios. Hay mucho más de lo que has visto, y mucho más de lo que he visto yo. La existencia que vivimos en el mundo tangible, la hace tangible para nosotros, al igual que la existencia de quienes viven en otros lugares, la hace tangible para ellos. Nosotros podemos viajar

entre esas realidades, sin pertenecer a ellas. Y hay infinitas.

—Es demasiado confuso. ¿Infinitas?

—No conozco el alcance de las posibilidades. Pero lo que he visto me hace pensar que sí. Tras toda mi vida dedicada a esto, me siento como un niño que trata de salir de su cuna. Sin embargo, todo se encuentra aquí dentro — «Ojo Blanco» levantó su huesudo dedo y tocó la frente de su discípula.

Ox permaneció en silencio durante unos segundos. Asimilar todo aquello era complicado, pero en cierto modo le proporcionaba cierta paz. Sentirse integrante de un grupo era algo a lo que ella jamás había llegado a aspirar. Su mundo siempre había sido oscuro y tenebroso, con una sola excepción.

—Maestro. ¿Podemos devolverle la vida al rey? —preguntó con solemnidad.

—No.

—¿Podemos devolver la vida a alguien?

—Te he dicho que no. Y ahora sé que eso es lo que estás buscando —inquirió Maeron de manera afirmativa y tajante.

Se hizo el silencio.

—Yo no he dicho que... —empezó a excusarse, la joven.

—Basta de excusas. Está muy claro que perdiste a alguien que amabas profundamente, pero eso no te justifica. ¿Crees que eres la única que tuvo que ver partir a un ser querido? ¿A una madre, a un padre, o a un hijo? ¿De verdad piensas que eres alguien especial? —espetó Maeron.

Ox bajó la cabeza y decidió cambiar de tema. No le gustaba el cariz que estaba tomando una conversación en la que no quería ahondar. Por primera vez reparó en el entorno en el que se encontraba.

—Maestro, si no podemos resucitar al rey, ¿qué hacemos aquí?

—No es que tengamos opción. Lo buscaremos, y probablemente no sirva de nada.

—Podrían habernos dado alguna explicación acerca de su muerte, eso podría haber ayudado — maldijo la joven.

—Por ejemplo, el porqué de su cuerpo incorruptible —adujo su maestro.

—Puede que le inyectaran un veneno, una sustancia que genere ese estado.

—¿Con qué propósito?

—No lo sé. Yo apenas sé nada, pero todo el mundo comenta la guerra política que existe desde hace años contra la monarquía. El rey Jakar tiene muchos enemigos. Los progresistas, los sindicatos... Muchos quieren una nueva forma de gobierno para Kur, al estilo de Mithra.

—Especulando no lograremos gran cosa. Deberíamos empezar por

buscar en palacio. A este lado tenemos completa libertad para deambular por sus salones —decidió Maeron Bayle—. Tal vez Jakar aún se pasee por su hogar.

La pareja dejó la estancia en la que se encontraban y cruzó el pasillo. Las altas paredes parecían hechas de un material vivo, que fluctuaba como si fuese líquido y creaba ondas desde el techo hasta el suelo. La mortecina luz llegaba de alguna parte, pero sin duda no de las grandes lámparas del techo, que permanecían en la penumbra, aun cuando Ox recordaba haberlas visto encendidas cuando fue trasladada hasta el rey. Las alfombras deshilaban sus madejas y sus dibujos oscilaban sobre ellas. Se escuchaban sonidos, pero no los que deberían haber sido. Sus pisadas no creaban eco, ni su conversación retumbaba, pero sí llegaban sonidos extraños desde otras estancias, o crujidos totalmente fuera de lugar, algunos aterradores. La niebla no hacía sino velar el ambiente, restando color a los ya descoloridos muebles y tapices y tornando el paisaje todavía más desconcertante para los sentidos.

Buscaron a través de cámaras y estancias sin encontrar pistas. Los habitantes de palacio realizaban sus tareas sin percibir a los caminantes, y a su vez aquellos eran, para estos, sombras difusas; figuras humanas ajenas a ellos fáciles de ver, pero difíciles de reconocer. Físicamente podían traspasarlos y no llamar la atención, pero preferían no hacerlo, ya que resultaba bastante desagradable.

En la salita que precedía a la cámara de la reina, varios guardias se encontraban echando una partida de cartas, dejando las tareas de vigilancia totalmente desatendidas.

Al ir a abrir la puerta de la cámara regia, Ox dudó.

—Si abrimos esta puerta, ¿no lo verán?

—Tenemos que cruzar, ¿no? Si abrimos la puerta de este lugar, abrimos el *animus* de dicha puerta, no la puerta en sí. Y para nosotros, esa es nuestra realidad.

—Luego los guardias no verán moverse el portón —resolvió Ox.

—Así es.

—¿Y si quisiera abrir de verdad esa puerta, maestro? ¿Podría?

—Existen maneras de interactuar con el plano físico. Pero cuestan demasiada energía y no es bueno para tu estabilidad mental.

—¿Podría volverme loca?

—Dejémoslo en que no es bueno. Este poder que tenemos no es producto de la magia, como tanto se ha fantaseado. Lo que permite el «desdoblamiento» no es sino una capacidad mental, un desarrollo cognitivo. «La visión» de la que te hablé es un sentido más, como puede ser la vista, el olfato o el tacto. Por tanto, cualquier uso se cobra su efecto en tu mente, y dado que la mente determina el estado del cuerpo, éste también puede llegar a herirse, o a degradarse. Abre

ya.

Ox se dirigió al portón como había hecho con tantos otros. Agarró su pomo y lo apretó. Podía notar la energía en su mano mientras empujaba y la puerta se movía. Sin embargo, concentrándose un poco más, sintió otra fuerza bajo la primera. De alguna manera fue consciente de una fuerza contrapuesta contra la que actuar. Decidió ignorarla y hacer lo que su maestro le había pedido.

La puerta cedió y se abrió sin perturbar en absoluto la partida de «Boncho triple» de los guardas.

El interior de la estancia era amplio y abarrotado de enseres. El vendaval que sacudía el cortinaje, al fondo de la cámara, dejaba entrar luces parpadeantes. Provenían de la misma tormenta eléctrica que Ox recordaba haber visto la primera vez que cruzó. La semipenumbra desvelaba una enorme cama con doseles de gasa fina sobre la que se movían dos figuras. Una de ellas se trataba de una mujer, la reina.

—La reina ha decidido abandonar su luto —comentó «Ojo Blanco» con sarcasmo.

—No veo nada que pueda servir de pista —respondió Ox, ignorando deliberadamente a la pareja. No es que la perturbara, pues sus formas fantasmales no le sugerían más que bultos extraños moviéndose, pero se sentía como una intrusa—. La reina no guarda objetos personales del rey en su habitación, y no puedo mirar en armarios y cajones.

La joven se alejó de la cama y se dirigió a la ventana. Fuera, la tormenta cubría un páramo baldío y sin edificios. El palacio parecía estar erigido sobre una meseta infinita de desolación cubierta de nada. Los relámpagos bañaban los muros exteriores como si trataran de atacarlos y destruirlos.

Entonces reparó en algo. Dos figuras trepaban por el muro, reptando cual lagarto. Sus formas eran grotescas bajo aquella tormenta. Gritó.

—¿Qué sucede? — «Ojo Blanco» se acercó corriendo y siguió la mirada de la muchacha con sus vacíos ojos.

—Tenemos que ir allí —señaló Ox.

—Nuestra misión es encontrar la cámara del rey.

—Si, pero puede esperar —respondió, antes de salir corriendo de la habitación.

- Nombre: Fidias Devenere
- Edad: 29
- Ocupación: Músico viajero
- Origen: Desconocido
- Motivación: Solucionar asuntos en Mehen

Fidias derrocha sonrisas y zalamería por doquier. Su talento en el empleo de la cítara es indiscutible, al igual que su cortés galantería. Actualmente viaja hacia Phontos, la capital del reino de Kur, para lograr hacerse un nombre como artista. No obstante, sus ojos verdes ocultan un velado secreto.

«Oram Bahab nei serviri».

FIDIAS

ITINERANCE

DE GIROS Y VUELTAS DEL DESTINO

Reino de Kur.
Ciudad de Phontos.
Palacio real.

«Un hombre se compone de muchas capas.
Capas, y capas sobre capas.
Si crees conocer a alguien, te equivocas.
Porque, te contaré un secreto;
No se conoce ni él mismo».

Fidias Devenere.

Los dos hombres culminaron su escalada y aterrizaron en una habitación vacía y oscura, justo como lo habían planeado. El más joven amontonó la cuerda en un rincón e hizo una seña a su camarada, mientras éste desajustaba los pernos de un dispositivo que había adherido a la prótesis de su pierna para poner escalar. Ser cojo no le impediría asaltar un palacio real, si se lo proponía.

—Las celdas superiores están en el extremo opuesto, varios pisos más arriba. Los planos no son precisos, por lo tanto, deberíamos dividirnos —explicó Fidias.

—Si nos dividimos, muchacho, nos van a pescar y cazar y después cocinar a fuego lento —escupió Botas—. Y no es porque crea que me van a pillar a mí, aun con esta pata de palo. Pero hay una verdad en esto, y es que prefiero trabajar sin ver tu fea cara cerca.

—Muy gracioso, viejo. Mejor trata de no hacer ruido con ese palo o te dejaré en la estacada.

—Todavía no me explico cómo me he dejado convencer para realizar esta insensatez —gruñó Mclauden.

—Porque sabes de sobra lo que pasará si no la sacamos de aquí —arguyó Fidias.

—Ella misma buscó su propia suerte al ir detrás de ese viejo comeniños. No le debo nada —rezongó el informador, aun cuando ambos sabían que protestaba por protestar. Mclauden había estado de acuerdo con el plan desde el principio.

—Tampoco yo. Y sin embargo aquí estamos. Shht. Oigo algo.

La extraña pareja de intrusos aguantó la respiración mientras voces provenientes del pasillo colindante se acercaban y después alejaban, a lo largo del mismo.

—Debemos ser cautelosos. Subiremos y después nos dividiremos. Esperemos que a estas horas de la noche haya menos gente y más

oscuridad —explicó Fidias antes de emprender la marcha.

Avanzaron a través de los pasillos secundarios menos transitados, parando y escondiéndose cada vez que escuchaban pasos en las cercanías. Botas, pese a llevar una prótesis artificial como pierna, se movía en las sombras como el mejor ladrón de Mehen hubiera hecho. Largos años de supervivencia en los suburbios le habían enseñado a ladrar como un perro y a actuar como un gato. Y por si acaso algo salía mal, tenía sus trucos guardados en la manga.

Tomaron las escaleras del servicio y llegaron a los niveles superiores donde se ubicaban las celdas favorecidas, dedicadas a presos de alta alcurnia y personalidades. Actualmente estaban vacías, a excepción de la que debía albergar a «Ojo Blanco» y a su compañera, si la información era veraz.

—Yo cubriré esta ala. Ve a la siguiente —susurró Fidias.

—No lo estropees, cantarín, y vuelve de una pieza —se despidió Botas, con una sonrisa.

El joven músico caminó por el pasillo sin hacer el menor ruido y observó al informador alejarse, parapetándose tras una cómoda aterciopelada. Era bastante bueno para ser un viejo lisiado, hubo de admitir. Aguardó varios minutos hasta cerciorarse de que su compañero había desaparecido completamente, salió de su escondite y en lugar de dirigirse hacia donde había planeado, dio media vuelta y comenzó a deshacer el camino.

Bajó las escaleras buscando las sombras y corrió en silencio hacia los grandes salones, varios pisos más abajo. Allí, esconderse no resultaba tan sencillo. Se encontraban bien iluminados, y si bien prácticamente todos los cortesanos que vivían en palacio se habían retirado a sus habitaciones, patrullas de guardias daban paseos cada cierto tiempo, así como algunos sirvientes que todavía estaban ocupados en sus tareas.

Fidias aguardó. Aguardó lo necesario hasta ver el camino despejado y después procedió a atravesar el «Gran Salón». Sus movimientos eran felinos. Sus pies no levantaban ni el polvo de las alfombras. Tras cruzarlo llegó al «Salón de Verano», que se encontraba vacío, y allí aprovechó para detenerse y refugiarse bajo una mesa de mapas, mientras los guardias hacían su ronda. Sonrió pues sabía que ya estaba cerca.

Atravesó varios pasillos más antes de escuchar el característico tintineo de las armaduras de la guardia acercándose de nuevo. Esta vez las patrullas venían de ambas direcciones al mismo tiempo, sin dejarle opciones de huida. Sin pensárselo dos veces, saltó y se colocó en el techo del pasillo, que era lo suficientemente estrecho, tensando su cuerpo para sostenerse. Los guardias no tardaron en reunirse en el pasillo, justo debajo de él.

—¿Qué tal la noche, Bram? —preguntó uno.

—Mediocre, como todas. Algo se trama en el Salón del Trono, pero carezco de suficiente nivel de seguridad para saber qué es. Es desesperante que Thomas haya sido ascendido y yo no. Ahora va henchido como un pavo real, y no deja de hablar en clave, haciéndose el importante.

Fidias aguantó la respiración. La tensión en sus brazos y piernas empezaba a ser peligrosa, pero no podía permitirse fallar. Aguantó durante más de cinco minutos en aquella posición antes de que los guardias decidiesen dejar de parlotear y continuar con su ronda, momento que aprovechó para dejarse caer sobre la moqueta. Se quedó muy quieto durante unos segundos, determinando si alguien podía haber escuchado el ruido de la caída, pero como había supuesto, había pasado inadvertido una vez más. Debía darse prisa. El tiempo apremiaba y Botas, tanto si había encontrado a la chica como si no, pronto se empezaría a preguntar dónde estaba.

Tras atravesar varias zonas más, llegó a la antesala de la que buscaba. Allí, dos vigilantes jugaban despreocupadamente a un juego de naipes. Fidias agradeció que la guardia personal real fuese tan poco diligente, pero sabía que aun con todo, el sigilo no le ayudaría más.

Extrajo de su cinturón una caña larga e introdujo en ella un dardo, con sumo cuidado de no tocar su punta con los dedos, aun cuando llevaba guantes. Llevó la cerbatana a su boca y con un soplido corto y seco, lanzó el dardo que impactó directamente en el cuello del guardia que estaba en frente.

El hombre se llevó la mano al cuello, molesto, tratando de quitarse el mosquito que le estaba fastidiando, y acto seguido cayó sobre la mesa con los ojos abiertos en una expresión de angustia.

Su compañero, según contemplaba la escena hizo ademán de levantarse, pero no lo consiguió. Un cuchillo cortó su cuello limpiamente, impidiéndole dar la voz de alarma, a la par que alguien sujetaba su cuerpo a sus espaldas mientras éste convulsionaba hasta quedar inerte.

Fidias colocó suavemente el cuerpo sobre el suelo y se dirigió a la cámara real. No existía otra forma de entrar que traspasar aquella puerta. Apagó todas las lámparas de la antesala quedando en la completa penumbra. Después, instándose a la calma, permaneció en la oscuridad unos segundos para que sus ojos se acostumbraran a ella. Con suma discreción giró el pasamanos dorado y abrió la puerta con el menor ruido posible. Al entrar, pudo ver que la ventana, abierta, dejaba pasar cierta luminosidad nocturna proveniente de una de las lunas. En la cama, una pareja yacía abrazada, hablando entre susurros, sin reparar en que la puerta se había abierto.

El intruso se agachó sobre la moqueta y reptó hasta la cama. El

cuerpo de aquel hombre parapetaba a la reina, así que tendría que acabar primero con él. Esperó hasta que se tumbara boca arriba y entonces le abrió la garganta, mientras tapaba su boca. Tenía vía libre. Saltó sobre la cama y alzó su cuchillo hacia la mujer, que acababa de reparar en la situación y se revolvía inquieta.

Pero entonces sucedió algo. Por alguna razón, no pudo clavar el cuchillo en su cuello, como había proyectado. Algún tipo de fuerza estaba conteniendo su empuje. Fidias se quedó estupefacto mientras la mujer lo miraba con terror y comenzaba a chillar. En un instante, el joven levantó su cuchillo de nuevo hacia la paralizada reina, pero algo lo sacudió. La misma extraña fuerza proveniente de la nada detuvo su ataque una vez más, a la vez que lo lanzaba por los aires, más allá de la cama. Cayó sobre el suelo sin poder creerlo. Gruñendo, trató de localizar al oponente que estaba interfiriendo con su misión, sin éxito. Ahí no había nadie salvo el cadáver del amante, la reina, y él mismo.

La mujer a esas alturas había bajado de la cama y trataba de huir, gritando y desnuda. Fidias tenía que pensar rápido. Trató de levantarse y algo volvió a empujarlo hacia atrás. Varios libros empezaron a volar hacia él desde las estanterías. Uno llegó a impactarle y otros dos chocaron contra la pared. La cama comenzó a moverse y los cristales de las ventanas se rompieron. En un último intento, Fidias sacó su cerbatana y lanzó un dardo antes de que la mujer cruzase la puerta. El dardo voló a través de la habitación e impactó en el muslo de la desdichada reina.

La mujer logró alejarse apenas dos metros más, antes de caer fulminada junto a los cadáveres de los guardias.

En ese instante los extraños movimientos fantasmales de la habitación cesaron de golpe, dejando a su paso un tenso silencio. Fidias sabía que todo aquel ruido forzosamente tenía que haber sido escuchado por alguien.

Incapaz de entender lo que había sucedido, el joven concluyó que no podría continuar con el plan inicial pues el palacio no tardaría en convertirse en un polvorín. Maldiciendo, se asomó por la ventana para comprobar que se alzaba en altura suficiente sobre los jardines de palacio. Aquel era un lugar horrible para escapar, pero no le quedaba otro remedio. Saltaría desde ahí, e improvisaría.

—Lo lamento, Botas. Hubieras sido un buen fichaje después de todo —dijo antes de saltar al vacío.

Bajo la ventana de la reina, la luna apenas iluminaba al asesino mientras caía. Su mochila se abrió, desplegando un globo de tela y el joven flotó hacia la noche.

Ox observaba a su alrededor, desconcertada. Se sentía profundamente cansada y mucho más abatida. En aquel mundo irreal en el que todo parecía distinto, tampoco había descanso ni refugio. Cuatro cadáveres la rodeaban. Bultos extraños sin vida que habían dejado de existir, los de la reina, su amante, y su guardia personal. Sus cuerpos descansaban inertes en los suelos del palacio.

El fantasma de la reina observaba su maltrecho cadáver.

—Creía ser más bella —decía, como en una letanía—. Creía ser más bella.

—Lo siento —lloró Ox, sin lágrimas en su rostro—. Intenté evitarlo.

—Creía ser más bella —la reina la ignoraba, perdida su mirada.

—No es asunto tuyo salvar a nadie —protestó «Ojo Blanco», evidentemente enfadado—. Has sido una insensata interfiriendo en asuntos que no eran de tu incumbencia.

—Pero era Fidias... él... no puedo creer lo que ha hecho. ¿Por qué?

—Es evidente que tu amigo es un asesino. Uno de los buenos, querida. Si no hubieses armado tanto revuelo, habría sido algo limpio y rápido. Ahora gracias a ti, sabrán en seguida lo que ha pasado y afortunados seremos si no nos adjudican este desperfecto.

—¿Como podía permitirlo? Mira lo que ha hecho. ¡Maldito embustero! Y yo creía que estaba aquí por mí.

—Una pena. Y ahora, después de semejante pataleta, ¿podemos continuar antes de que nos hagan volver a la fuerza para cortarnos la cabeza? Aunque quizás no haga falta y nos maten sin más.

—¡Deberíamos regresar y contar lo que hemos visto!

—Te creía más espabilada, niña. ¿Vas a narrarles la historia de un sigiloso asesino que se coló en palacio evitando toda su guardia, mató a la reina y consiguió escapar volando?

—Botas aún está por ahí. Lo dejé inspeccionando las celdas y si lo cogen, está muerto. Aunque si ha venido a lo mismo...

—Está muerto. Te dije que no fueras tras ellos. Estás estropeando nuestra única oportunidad de salir vivos de ésta.

—Está bien, maestro. Me calmo.

—Has gastado muchísima energía con tus juegos. A partir de ahora, sufrirás tu irresponsabilidad.

Ox no pudo más que asentir. Mover todos esos objetos, empujar a Fidias, pese a la furia que la recorría otorgándole fuerza, le había costado un esfuerzo descomunal. Ahora se sentía profundamente vulnerable. Como si las leyes físicas de aquel lugar la estuvieran castigando, notaba su mente estremecer. Las paredes del palacio la oprimían, el aire era prácticamente irrespirable, la luz de la tormenta la cegaba... y la letanía de la reina resonaba en su cabeza, una y otra vez.

—Su cuerpo sigue ahí —señaló Ox— ¿no podemos hacerla entrar?

—Está herida de muerte. El veneno cubre cada gramo de su carne. Ese vehículo ya no puede albergarla. No te preocupes, mejorará y entrará en razón para continuar su viaje. Ahora se encuentra en shock debido a su muerte traumática. Les pasa a muchos.

—¿Y si no lo hace?

—Vagará por el castillo como uno de sus fantasmas, seguramente, hasta que su demencia se apodere de ella y se transforme en algo peor.

—Es horrible...

—Sí, y ¿sabes que más es? Problemas de otros. Observa, la guardia ya se acerca. Pronto sabremos si nosotros también debemos seguir su camino.

—Busquemos la cámara del rey —suspiró Ox, totalmente desalentada.

Encontrar los aposentos del rey no fue tarea fácil. Por su ubicación, prácticamente escondidos más allá de un laberinto de pasillos y habitaciones, cualquiera podría pensar que el monarca era un hombre de lo más paranoico. Viendo lo visto también se podría asegurar, sin embargo, que se trataba un hombre precavido, aunque de poco le hubiera servido, al fin y al cabo.

El interior de la cámara era un caos. Alguien había revuelto armarios y cajones, abierto cofres y levantado los cuadros. Y después lo habían dejado todo tirado, tal cual había caído.

Tras una rápida mirada, se podía deducir que el muy noble Jakar Aurelius VII era un hombre atormentado. La decoración de sus habitaciones era más propia de un monje de clausura que de un rey. Ningún retrato propio o familiar embellecía las paredes, ningún tapiz, ninguna armadura ceremonial. No había objetos lujosos, ni caros utensilios, y ni siquiera espejos en el aseo, que, aunque pulcro y decente, no provocaría la envidia del de una posada de clase media.

—Mapas —«Ojo Blanco» señaló hacia un montón de papeles en el suelo—. Mapas del continente y del mundo conocido. Están dibujados y señalados por todas partes. La tinta ha emborronado palabras escritas.

—El rey odiaba la luz —adujo Ox, examinando los ventanales, que bajo unas gruesas cortinas se hallaban tapiados.

—Hay más —Maeron movió levemente su mano y una brisa revolvió y esparció un montón de hojas apiladas—. Observa esos dibujos.

—Parecen los desvaríos de alguien trastornado. La mayoría son borrones y garabatos.

—No tanto. Fíjate en estos paisajes que rodean el palacio. No son alegres cortesanos los que representa en su corte.

—Sin duda tenía una visión muy oscura del mundo —asintió Ox, mirando un dibujo del palacio sumido en la sombra y rodeado de seres extraños que difícilmente podían pasar por humanos.

—Estas figuras se repiten en muchos de sus dibujos. Parecía tener una obsesión. ¿Te dicen algo?

—Nada, salvo que son horripilantes. Supongo que tu monarca sufría de algún tipo de problema mental.

—Quizás —dijo Maeron Bayle, aunque no sonaba muy convencido.

El anciano observó meditabundo los bocetos y se llevó la mano a la barbilla.

—Un diario, o algo parecido. Necesitaríamos escuchar sus explicaciones.

—De haber tal cosa, imagino que habrá sido confiscado —respondió Ox.

—Esta habitación ya ha sido registrada a conciencia, y para quien lo hizo, todos estos dibujos no representaban más que basura. ¿Qué estarían buscando? ¿Y por qué han dejado la cámara del propio rey en este estado de abandono? Aquí hay cosas que no me cuadran. Busca, chiquilla —instó Maeron.

—Sería mucho más fácil en el mundo físico. Es como intentar trabajar borracho —protestó Ox mientras examinaba cada rincón de la habitación. Junto a uno de los armarios, notó una baldosa suelta—. Maestro. ¿Esto podría ser algo?

«Ojo Blanco» se acercó y levantó la baldosa. Efectivamente había un pequeño hueco bajo ella, en cuyo interior no había un diario, sino unos cuantos papeles hechos una bola arrugada.

Sacándolos de su lugar y abriéndolos, descubrió que guardaban una serie de palabras escritas de manera desigual. Algunas estaban tachadas y el resto era difícilmente legible. Aun así, el hombre trató de poner orden en aquella locura.

—Aquí se lee lo que sigue «La reina ya no quiere permanecer conmigo durante las comidas. Creo que le repugno. A mí me repugna el pavo que sirvieron en la cena de anoche» —narró «Ojo Blanco».

—Es una cosa digna de ser mencionada —bromeó Ox.

—«Ya no puedo dormir. He perdido la cuenta de las noches pasadas en la vigilia, exiliado. El fantasma de la Condesa Farrel me atormenta. Debo buscar nuevos lugares donde esconderme».

—Lo que yo decía. El rey estaba loco —afirmó la joven.

—«La tormenta. Siempre la tormenta. No quiero permanecer dentro, ni fuera. Me pregunto si existirá un descanso para esta tormenta. ¿La muerte? La muerte no es una buena opción. La muerte no es descanso».

Ox miró a su maestro y éste le devolvió la mirada. Su mutua comprensión se tornó en sorpresa y ansiedad. Maeron continuó leyendo con avidez. Saltó algunos párrafos que hablaban de sinsentidos en la corte, casi todos referidos a desprecios hacia su persona. Si la percepción del rey era cierta, pese a ser el rey, no gozaba del respeto de sus más cercanos.

—«No he soportado la audiencia de hoy. He salido corriendo y sé que se reirán de mí, pero ya no me importa. Voy a marcharme lejos, donde no puedan encontrarme. No pienso regresar, cualquiera sea mi destino. Ahora sé que no tengo por qué caminar en línea recta. Tan solo lo lamento por mi pobre Elisabetha, a quien no volveré a ver. Qué desdichada he hecho a mi amada esposa».

El anciano tragó saliva y buscó en los papeles alguna anotación más. Encontró una, semiemborronada y de una traza prácticamente ilegible.

«Ya vienen. Saben que los he visto y no me dejarán escapar. Que los encontrara no estaba en sus planes, ni en los míos, pero ahora los veo por todas partes. Todavía no pueden alcanzarme, pero se acercan. Lentamente se acercan. Están desgarrando el tejido y no puedo soportarlo. La tormenta se me antoja ahora un descanso. Si pudiera encontrar un refugio, permanecería en él para siempre».

—Es la última entrada —finalizó «Ojo Blanco» —. No hay nada más.

La joven y su maestro permanecieron en silencio varios segundos, asimilando toda aquella información.

—Es irónico que el monarca de Kur, jefe honorífico de la Logia del Censo, sea un Ah'Ree. —sentenció finalmente Maeron Bayle.

—Jakar solo era una marioneta en palacio. Su desinterés en las cosas mundanas debía ser una gran alegría para quienes tomaban decisiones en su nombre —adujo Ox.

—Mis sospechas han sido tempranas, ya que he reconocido muchos de los rasgos y palabras del rey como un reflejo de mis propios sentimientos —continuó Maeron—. Por otro lado, ya sabemos el porqué de su cuerpo incorruptible.

—¿Continúa con vida? — se sorprendió Ox.

—Eso creo, si no es ya demasiado tarde. Cuando el desdoblamiento es muy intenso, las funciones corporales se detienen en un ritmo tan sumamente bajo que es similar a la muerte. Una especie de hibernación extrema. Tres meses son, sin embargo, mucho tiempo. Estará cerca de su final si es que no ha sucedido ya.

—Debemos encontrarlo rápidamente —urgió la joven, incorporándose.

—Ahora tengo una idea de dónde buscar. No obstante, hay algo que me preocupa.

—¿El qué, maestro?

—La amenaza de la que habla. Temo que Jakar llegara a un lugar donde desearía no haber llegado. Tienes razón en que debemos actuar con presteza. Necesitamos algunas respuestas.

El anciano se levantó y tomó la mano de su pupila.

—Lo que voy a contarte es algo bastante complejo, que apenas he abordado yo mismo. Intentaré explicarte lo poco que sé, querida —le anunció.

—Estoy lista.

—Hasta ahora hemos viajado en una sola dirección. Es la dirección más sencilla para nosotros, y la más cercana a nuestro plano físico. Por ello, ha sido fácil llegar.

—A mí no me pareció fácil —sonrió Ox.

—El universo que nos rodea está lleno de realidades. Cada realidad es un mundo para quienes viven en ella. Nuestro talento nos otorga la capacidad de viajar entre estas realidades. Y hay tantas, que son absolutamente inabarcables para una sola mente.

—Entiendo.

—Ahora tenemos que dejar el camino fácil y adentrarnos en lugares del todo desconocidos. Yo apenas he tomado esos caminos y cuando lo hice, no me gustó lo que vi.

— ¿Cómo encontraremos al rey? Se está escondiendo.

—Existe el modo, y un lugar. Tenemos que dejar el palacio, y también la ciudad.

Para Ox se estaba produciendo un cambio. Era un cambio sutil pero determinante, en la estructura de su entendimiento. Cuando comenzó su periplo, el miedo y la angustia dominaban cada paso que daba, sobrecogida por cuanto la rodeaba. Ahora, avanzado su viaje, comenzaba a entender la magnitud de las cosas y el alcance de las posibilidades. Empezaba a vislumbrar la idea de que, lo que la superaba no era el sinsentido de lo que veía, olía, o tocaba... sino que era su propia falta de herramientas para entender que la realidad era mucho más compleja de lo que todo ser humano conocía.

Por ello, cuando salieron de palacio y se adentraron en la espesura baldía que lo rodeaba, supo que eran ellos mismos quienes habían elegido estar ahí, no continuando en la ciudad que rodeaba el castillo. Eligieron dejar ese plano, a través de la llanura infinita y yerma que iluminaba la sempiterna tormenta eléctrica sobre sus cabezas.

Mientras caminaban, Ox sintió liberación bajo aquellos relámpagos. Inundada de una alegría inesperada, se encontró corriendo contra el viento, soltando su capucha y liberando el cuello de su chaqueta. De alguna manera, sabía hacia dónde se dirigía.

Corrió lo que parecieron varias millas hasta vislumbrar en la

lejanía un camino. Era un camino que conducía a una escalinata de plata que se elevaba sobre una estructura magnífica. El Zigurat se levantaba cientos de metros sobre el suelo y poseía varios niveles constructivos. Los materiales de los que estaba hecho eran indescifrables y no enteramente sólidos. Parecía estar empedrado, enyesado y alicatado con la energía misma de todo cuanto lo rodeaba. Era sumamente hermoso.

—«El Puente» —explicó «Ojo Blanco» embelesado por la estructura.

—No es un puente. Es un observatorio —corrigió Ox, con total convencimiento.

—¿Disculpa?

—Es un observatorio sin estrellas. Es un observatorio de mundos —sonrió ella, satisfecha con su propia explicación.

«Ojo Blanco» la contempló con cierta diversión mientras la muchacha subía la rampa a toda prisa. Reconocía ese entusiasmo repentino. La joven había tenido una «expansión», la cual sucedía cuando la mente, generalmente constreñida a unas reglas cerradas, conseguía trascender un poco más allá de éstas. No duraría demasiado, pero deseaba que disfrutara de aquellos momentos lo máximo posible.

El anciano tardó un poco en alcanzar a su discípula, que se encontraba en el último piso del Zigurat, contemplando la vasta extensión a su alrededor. Sobre sus cabezas, y rodeando toda la estructura, millones de esferas aparecieron. Eran translúcidas y etéreas, pero cada una de ellas mostraba un color y unas formas. Flotaban sin orden ni concierto y apenas se distinguían, como si de pompas de jabón se tratase.

—¿Cómo sabremos dónde ir? —preguntó Ox.

—Existe un rastro que podemos seguir. Tomé una muestra del cadáver del monarca. Energía residual que esperaba usar para encontrarlo entre los difuntos.

«Ojo Blanco» extendió su mano y una de las esferas se iluminó. Irradiando una luz cegadora, ésta se agrandó mientras se acercaba a la cima del Zigurat y se posaba sobre su suelo.

—Tu voluntad debe permanecer férrea. Viajar de este modo puede hacer que te pierdas para siempre. Me temo que esta es una lección para la que no estás preparada —advirtió su maestro mientras tomaba la mano de la joven.

—Algo me dice que no existe una manera de estar preparado para esto —respondió Ox.

Maeron asintió con gravedad, pues había sabiduría en las palabras de su pupila. Sujetándose el uno al otro con determinación, ambos se sumergieron en la puerta oscilante.

Entonces todo dejó de tener sentido. El poco que hasta entonces

tenía, se desvaneció en cuanto cruzaron aquel extraño umbral. El viaje duró tan solo un segundo, pero la percepción del mismo había sido de horas, horas en las cuales las leyes físicas a las que estaban acostumbrados, aun en el reverso de su realidad, se desvanecieron. Ox dejó de entender si flotaba o caía o caminaba, sin ninguna referencia espacial, ni ningún sentido que la orientara. Dejó de percibir el tiempo pues ignoraba si avanzaba o permanecía quieta. Y por supuesto, perdió de vista a su maestro.

Afortunadamente, aquel sinsentido cesó al llegar al punto al que se dirigían. Aparecieron de pie, como si nada hubiera pasado, en un lugar más parecido a su realidad física que al reverso de esta. Era incluso agradable. No. Era definitivamente agradable.

La joven comprobó que «Ojo Blanco» se encontraba junto a ella, observando con atención todo cuanto le rodeaba. Delante de ellos, extendiéndose hasta donde la vista alcanzaba; una larga llanura verde que colindaba en el horizonte con la difusa línea de un océano.

Sus pies estaban rodeados de flores de color malva y amarillo, mecidas por una suave brisa.

Numerosas especies de insectos y pájaros de extraños, pero deliciosos colores sobrevolaban el prado. A su derecha había un bosque de altos árboles de hoja liviana, cuya extensión parecía abarcar hectáreas y hectáreas de terreno, y cuya profusión de vida se manifestaba en los numerosos sonidos provenientes de su espesura.

En aquel lugar, la sensación de presencia física se acercaba mucho más a la realidad de lo que estaban acostumbrados. Podían oler las suaves fragancias de las flores, sentir el frescor húmedo y salado del mar que llegaba hasta sus fosas nasales, e incluso su propio cuerpo parecía tener forma, peso y consistencia. La bruma que solía velarlo todo había desaparecido por completo, dejando entrar la luz de un sol que bañaba todo el paisaje. En el firmamento podían apreciarse, aun siendo de día, algunas constelaciones que eran incapaces de reconocer, y un planeta con sus anillos que definitivamente no existía en el panorama astronómico de Cosmos, su propio mundo.

—Es precioso —se sorprendió Ox.

—Sí. Es un lugar magnífico para esconderse —respondió el anciano.

—¿Dónde estamos, maestro? ¿Hemos viajado lejos? —preguntó la Ah'Ree, contemplando la belleza de la bóveda celeste de aquel mundo.

—Muy lejos, incluso si solo hacemos caso a lo que nuestros ojos ven. Parece otro punto del universo. Sin embargo, tampoco podemos saber si se trata del nuestro propio —meditó Maeron Bayle.

—No importa, maestro. Centrémonos en lo que sí podemos entender. Busquemos al rey —interrumpió Ox, al ver que Maeron empezaba a perderse en preguntas a las que no podría responder.

Caminaron sin prisa hacia la costa, y una vez allí, no fue difícil encontrar al único humano que aparentemente existía en aquel lugar. Sentado de espaldas a ellos, contemplando el infinito y verde océano, hallaron al rey Jakar Aurelius VII.

«Ojo Blanco» carraspeó para llamar la atención del rey, quien se sobresaltó de tal modo que se cayó al suelo tras incorporarse, tres veces seguidas. Si hubiera poseído un corazón, éste habría latido de manera demencial al son de su respiración.

Cuando por fin consiguió superar su sorpresa y espanto, el rey observó a los recién llegados, con suma incredulidad en su rostro.

—¿Quiénes sois? —preguntó, cauteloso.

—Simples y humildes súbditos de su majestad —respondió Maeron Bayle, junto a una reverencia.

—¿Súbditos? ¡No puede ser! ¿Cómo me habéis encontrado?

—No fue sencillo hacerlo, si os digo la verdad.

—No podéis estar aquí. Este sitio es mío. ¡Solo mío! —la expresión del rey cambió y su cara se tornó en una máscara de furia.

—Es un lugar maravilloso, señor —intervino Ox, sonriendo—. Debió costaros mucho esfuerzo hallar un sitio así. Si yo lo hubiera intentado, seguramente estaría ahora en alguna capa de los infiernos.

—¿Verdad que sí? —el rostro de Jakar se dulcificó y siguió la mirada de Ox, tan orgulloso de lo que ésta contemplaba, que bien podría haberse pensado que era obra de su mano.

—Sin duda, majestad —siguió la joven. Realmente no mentía.

—Es mi reino. El gran reino de «Tesalonia», cuya grandeza carece de imperfecciones. Podéis quedaros por ahora, siempre que rindáis pleitesía —dijo el rey, recordando su posición.

—Pleitesía rendimos, en este y cualesquiera otros mundos que su majestad atesore, pues es la idiosincrasia de su ilustrísima persona a la que la confiamos, y no a otra cosa —respondió «Ojo Blanco» junto a otra reverencia.

—Muy bien, acomodaos —respondió satisfecho el monarca, mientras él mismo regresaba a su roca— Y ahora, decidme vuestros nombres.

—Soy Maeron Bayle, humilde maestro de algunas artes, y ésta es mi discípula Ox.

—Ox, ¿qué más?

—Tan solo Ox —respondió la aludida. El rey no pareció convencido. Tener un solo nombre era tal parecido a poseer una sola vestimenta para toda la vida.

—¿Como habéis podido llegar?

—De la misma manera que su majestad —respondió Maeron.

Aquella manifestación turbó a Jakar.

—¿Soñadores? ¿Es eso posible? —indagó.

—Así es.

El rey escabulló la mirada hacia el océano en una expresión indescifrable. Pareciese que estaba sosteniendo un diálogo consigo mismo.

—Este es un lugar mejor. —sentenció finalmente—. Comprendo que hayáis escapado de un sitio tan ruin.

—¿Os referís al reino de Kur?

—¿A qué otra cosa podría referirme? Ese lugar lleno de mentiras e intrigantes al que jamás regresaré.

—Pero su majestad lo es también de ese lugar, y sus súbditos no tienen quien les proteja ahora —intervino Ox.

—¡Ja! No me hagas reír. Medio país quiere abolir la monarquía, y el otro medio se ríe del rey. El mando tiempo ha que no está en mis manos sino en las de la Logia y las Capillas. Hasta la reina me rehúye por los pasillos.

—Pero no estáis aquí por eso, ¿verdad? —intervino Bayle, arriesgándose mucho con la pregunta.

El rey pareció molesto, luego irritado, después preocupado y finalmente apesadumbrado.

—Hacedme caso. Estáis mejor aquí —respondió con convencimiento—. Os doy mi venia para quedaros, pero si no estáis conformes, podéis partir de inmediato.

—Es un honor, alteza, y con gusto lo haríamos. Pero existe un problema. Un gran problema —declamó «Ojo Blanco» con gravedad.

—¿De qué hablas, anciano?

—Según hablamos, su majestad corre grave peligro —explicó Maeron.

—¡El peligro está en regresar! Mirad qué cielo, mirad qué belleza. Mirad qué soledad fantástica, sin aduladores, ni chismosos, ni súbditos quejumbrosos y beligerantes. Sin peleas de estúpidos nobles, tan empolvados como arteros. Sin censores permanentemente ofendidos, ni antimonárquicos deseando quemarme vivo. Debes estar de broma, anciano.

—Todo eso lo sabemos. Por desgracia, conocemos todos esos inconvenientes. Pero es mi deber anunciaros que cada segundo que pasa, su alteza está más cerca de la muerte.

—He trascendido a la muerte. Ya no necesito volver a ese renqueante y mortal cuerpo, ese que se asustaba de todo. Pasado, presente y futuro. Aquí no necesito nada más —aseguró Jakar.

—Me temo que no es así como funciona, alteza.

—¿Osas contradecirme? —bramó el rey.

—Nada más lejos de mi intención. Intento ayudar a mi rey, quien lleva meses tendido en un ataúd, pendiente de un halo de vida, de un simple sorbo de tiempo antes de fenecer —explicó Maeron, con toda la

delicadeza que pudo.

—¿Meses? Creí que habían pasado años —la confusión de Jakar permitió velar su enfado.

—Han sido tres meses. Y os han dado por muerto, mi señor —arguyó Ox.

—Muerto —Jakar se mostró reflexivo—. Muerto... si he muerto en aquel mundo pretérito, ¡sea! Si he de morir en breve, ¡sea! Renuncio a todo vínculo con mi pasado y me entrego a Tesalonia, que amorosa me acogió en sus brazos cuando estaba perdido.

—Si tal fuera vuestro destino, un humilde siervo no osaría contradecir a su alteza. Sin embargo, no lo es. Cuando vuestro cuerpo, que ha permanecido expectante, alcance su último suspiro, vos seréis irremediablemente arrancado de Tesalonia y conducido a las tierras de los muertos para que prosigáis vuestro viaje —dijo Maeron, con dignidad.

El rey quedó paralizado.

—¿Te refieres a ese lugar infecto al que acuden los fantasmas, sin rumbo ni voluntad? —preguntó su alteza, tremendamente nervioso.

—Ese mismo, majestad. Mucho me temo que así es —respondió el Ah'Ree.

—No... me niego a creer tal cosa —argumentó finalmente el rey, con expresión de espanto.

—Y jamás podréis regresar aquí —añadió Maeron Bayle.

El monarca se incorporó y comenzó a andar de un lado a otro.

—Has dicho que eres un maestro en algunas artes. ¿Te referías a las artes de los «sueños»? —preguntó Jakar.

—Así es. Conozco los intrincados caminos de ésta, nuestra condición —afirmó Maeron.

—¿Por tanto puedes asegurar, por tu honor, que es cierto lo que dices? —Requirió el rey.

—Sin temor a equivocarme os digo, que así es.

Jakar se vino abajo. Una expresión de suma pesadumbre se adueñó de su gesto.

—No quiero volver. No puedo... ahora no. Pero tampoco quiero caminar por el eterno más allá, un lugar incluso peor que Kur. Mi dorado refugio se desvanece ante mí, recordándome mi miseria. El tiempo ha regresado para saldar las cuentas —susurraba el monarca, hablando en alto consigo mismo.

—Señor, hay una salida. Si regresáis, vivís, y fortalecéis vuestro cuerpo mortal durante un tiempo, siempre podréis volver aquí —intervino Ox.

—Regresar a Tesalonia —los ojos de Jakar se iluminaron con la luz de una esperanza perdida.

—Sí.

—¿Secundas eso, maestro de las artes? —preguntó, dirigiéndose a Maeron.

—Lo secundo. Nunca podréis exiliaros permanentemente a este lugar, pero nada impide que podáis regresar mientras os mantengáis con vida.

—El precio. Todo tiene un precio —asintió Jakar.

—Debemos darnos prisa —dijo el maestro, tratando de finalizar la conversación.

El rey, sin embargo, no se movió. Sus rasgos se habían ensombrecido.

—Alteza...

—Esperad. Hay algo que no sabéis.

—Sin duda podréis explicárnoslo por el camino —argumentó el anciano, comenzando a perder la paciencia.

—No. Debéis escucharme ahora.

Jakar trató de organizar su mente antes de tratar de explicar unos hechos que, hasta para él, eran bastante confusos. Observando a su audiencia, que expectante lo contemplaba, comenzó a trazar el hilo de una intrincada narración.

«Sucedió hace tiempo, aunque ahora no soy capaz de decir cuánto. Si lo que me habéis contado es cierto, deben haber sido unos meses. En mi mente todo parece un pasado muy lejano.

Mi vida en palacio era poco más que una penuria en aquellos días. Decir que he sido un mal rey es quedarse corto, aunque no todo haya sido culpa mía, ya que, pese a nunca haber sentido apego por mi cargo, a mi alrededor nadie me lo ha puesto fácil.

Mi… condición no solo era extraña, sino peligrosa. Durante toda mi vida he tenido que ocultarla, ya que las leyes del reino también me son aplicables. De mi puño y letra he tenido que estampar firma y sello a documentos que condenaban a quienes no habían cometido otro pecado que ser lo mismo que yo.

Toda esa hipocresía me estaba matando. Vivía dividido entre dos mundos, y ninguno de ellos me era agradable. Por las noches huía y vagaba por caminos terribles. Por las mañanas no podía tenerme en pie en las interminables audiencias.

Y veía el malcontento de mi pueblo. Su odio se vertía en mí tras cada nueva ley que me veía obligado a decretar, tras cada orden que implacablemente los constreñía.

Y yo me sumía en la oscuridad.

Cada vez permanecía más tiempo en el reverso, aun cuando me aterrara hacerlo. Caminé por los rincones de mi reino y observé a sus moradores y a sus fantasmas. Me adentré siempre un poco más allá, aprendiendo sobre la marcha y perdiendo cordura en cada salida.

Ahondé y ahondé en el tejido hasta descubrir que nuestras

realidades son como las capas superpuestas de una tarta. Es una tarta infinita y muy compleja, pues contiene todas las capas separadas entre ellas. El chocolate nunca se junta con la nata, o con la fresa...

Mi mente no era capaz de entender la mitad de lo que veía. Traté de ponerlo por escrito, realizar un diario de mis apreciaciones, pero aquello solamente me volvía más loco.

Llegué a perder el sentido de la realidad. La vida o la muerte dejaron de importarme. Vagué como un alma errante entre mundos, totalmente solo. Ojalá hubiera conocido a alguien como vosotros en aquel entonces, pues de haber sido así, hubiera estado más preparado para lo que pasó después. Pues después los encontré a *ellos*».

El rey detuvo su narración, aparentemente incapaz de continuar con ella sin echarse a llorar.

—¿A qué os referís? ¿Quiénes son *ellos*? —preguntó Maeron, preocupado.

—No lo sé —alcanzó a responder el monarca, atenazado por el miedo—. Pero ya vienen.

Ox y su maestro se miraron entre ellos, extrañados.

—Hay muchas cosas raras por estos sitios —comentó Ox, recordando los extraños sujetos que ya había visto—. No os preocupéis por eso.

—No. No me estás entendiendo. Esos seres que vi no pertenecen a esta realidad.

—¿Pertenecen a otra capa de la tarta? —preguntó Maeron, usando el mismo símil que le hubiera escuchado a su interlocutor.

—Eso es —asintió el rey.

—¿Estáis seguro, majestad? —recalcó el anciano, entendiendo las implicaciones de aquello.

Jakar tragó saliva y continuó hablando.

«Sucedió un día, o una noche, en la que me hallaba más perdido de lo habitual. Había llegado al límite de mis fuerzas traspasando cada puerta que veía, adentrándome cada vez más en lo infinito.

Fue en aquel lugar, un lugar terrible, dónde los encontré por mera casualidad. Yo los vi, y ellos me vieron a mí. Yo sabía que era extranjero en aquella tierra, pero a la vez sabía que ellos también.

Eran... terribles. Seres difusos cuya forma no atisbaba a reconocer. Reconocía, no obstante, el miedo que irradiaban a su paso y por su mera presencia. Trataban de acercarse. Estaban buscando el camino para entrar».

—¿Entrar a dónde? —preguntó Ox.

—A nuestro mundo. A nuestro mundo físico —explicó Jakar.

—¿Cómo? ¿Desde aquí?

—Están devorando el camino a su paso. Destruyen las barreras que los conducen directamente hasta nosotros. Y traen consigo todo lo que

son.

—Un momento. Esto es una idiotez —lo detuvo Ox— ¿Estás diciendo que alguien trata de invadirnos? — preguntó la joven, olvidando todo trato distinguido al monarca.

—Yo solo sé lo que sé.

«Ojo Blanco» observaba sin decir una palabra, pensativo.

—Nadie puede existir en el plano físico si carece de vehículo para ello. Y ese vehículo solo se consigue teniendo un cuerpo. Si algún habitante de otro plano tratara de alcanzarnos, como mucho vagaría como vagamos nosotros, proyecciones fantasmales de nosotros mismos —arguyó la joven.

—No se trata de nada de eso —dijo el rey, tragando saliva.

—¿Como puedes saberlo?

—No puedo explicarlo. Solo lo sé.

—Estás divagando, majestad. Has pasado mucho tiempo desarraigado de la realidad —manifestó ella.

Su maestro le dio un codazo como reprimenda y, acto seguido, se decidió por fin a hablar.

—Majestad. Para todos nosotros, lo que nos rodea es inefablemente absurdo. Yo he pasado mi vida buscando respuestas y lo que he hallado son más preguntas. Lo que fuera que vierais no es una imaginación, de eso no cabe duda. Sin embargo, pudiera tratarse de infinitas cosas, más allá de la interpretación que vos habéis dado.

—Yo sé lo que sé —repitió, tozudo—. Y ellos también lo saben, pues desde entonces comencé a verlos por todas partes. Era como si mi presencia hubiera encendido un faro de luz para ellos. Escuchaba susurros en mi cabeza, susurros que mencionaban mi nombre y me preguntaban cosas sin sentido. Susurros que se mofaban de mi terror.

«Algo los atrae a nuestro mundo, algo que les sirve de guía a través de la distancia».

—¿Diríais que esos «seres», están tratando de entrar a nuestro mundo, como quien arriba con su barco a la costa?

—No. Diría que nos están cercando. Están... por todas partes. Es una de las razones por las que hui a este lugar.

—¿Quiénes se supone que son? —indagó «Ojo Blanco».

El rey Jakar miró directamente a los ojos al anciano, con expresión de suma preocupación. Al igual que él, parecía sumar muchos más años de los que en realidad tenía, cargado por el peso de saberes que no le correspondían.

—El enemigo.

LARGA VIDA AL REY

Reino de Kur
Ciudad de Phontos.
Palacio Real. Cámara del rey.

«Abro los ojos y veo a través de ellos,
aquí, ahora, tan lejos.
Ataúd y mortaja reciben mis huesos.
Adornados de alhajas
siguen siendo huesos».
Jakar Aurelius VII

La pequeña concurrencia compartió una exclamación aterrada cuando los ojos del cadáver se abrieron. Lo hicieron lentamente, como si aquella tarea tan sencilla, costase de hecho un tremendo esfuerzo. El rey, todavía ornado de ostentosas galas fúnebres, comenzó a desentumecer los músculos de sus brazos y piernas, mientras buscaba con sus manos un asidero en las paredes del ataúd.

Cuando de su boca surgió un gemido ininteligible, la condesa Beldefleur, una de las pocas personalidades llamadas a presenciar aquel notorio acontecimiento, se desmayó sobre los brazos del consejero de economía.

Sulluh, Vicensor del reino, se acercó hacia el retornado rey realizando aspavientos.

—¡Gloria! Gloria a nuestro monarca, el siempre bendito Jakar Aurelius VII, ¡y gloria a la casa de Uros! ¡Ved cómo el infortunio se desvanece ante la ilustrísima presencia de nuestro rey!

El durmiente consiguió erguirse mientras sentía como cada parcela de su carne se estremecía en un dolor punzante. Trató de proferir otro sonido a través de su boca, si bien su lengua se negaba a colaborar.

—¡Silencio todos! Su majestad está hablando —gritó Sulluh mientras acercaba su cabeza al féretro.

—ua...

—¿Qué decís, majestad?

—Ag… ua —profirió en gutural susurro, el rey.

—¡Traed agua fresca de inmediato! ¡Y viandas! ¡Y preparad un baño con urgencia! —gritó Sulluh, gesticulando con toda pompa hacia la concurrencia. Dado que no se había permitido entrar a ningún sirviente, el conde Ubermont tomó aquella tarea como suya, y salió pitando.

—Vicensor —susurró Jakar, reconociendo a su interlocutor.

—Sí, mi señor. Siempre a vuestro servicio —respondió éste, con afectación. Si el rey no lo conociera, aquel gesto hasta le habría emocionado.

—¿Qué ha pasado? —indagó, mientras buscaba a su alrededor. Reparó en la pequeña muestra de la corte que estaba presente. Todos ellos eran personalidades muy relevantes y estaba claro que habían sido seleccionados cuidadosamente.

—Su majestad fue envenenado por los enemigos del reino hace meses. Tras una larga enfermedad, y contra todos los pronósticos de quienes perpetuaron tan execrable fechoría, su majestad ha despertado —respondió el Vicensor con humildad.

El rey dirigió su mirada al suelo, donde dos figuras que reconocía muy bien se incorporaban sin muchas dificultades. Nada más hacerlo, fueron apresadas por dos guardias que las apartaron del monarca sin ningún miramiento.

—No os preocupéis por esos, majestad —susurró el Vicensor. Después se dirigió a la guardia—. Lleváoslos fuera.

—No les dañéis —trató de exclamar la trémula voz de Jakar.

—Esa es la última de vuestras preocupaciones, su ilustrísima. Venid, os ayudaré a recomponeros.

Jakar buscó una vez más en la sala.

—¿Dónde está la reina? —preguntó finalmente.

«Botas» Mclauden se había visto en problemas muchas veces a lo largo de su vida. En su profesión, y aun simplemente en el lugar donde vivía, aquello era un hecho más que común, inevitable. En todas esas situaciones había sabido salir de los enredos por medio de su astucia o de su largo y entrenado brazo, o había podido evitarlos gracias a su suerte.

Sin embargo, ahora, tendido contra la pared de una celda del mismísimo palacio real, encadenado hasta tal punto que no podía ni levantarse, y acusado del asesinato de la reina, veía su futuro muy negro.

Se oyeron pasos en las escaleras, y el ruido del portón de los calabozos abriéndose. La guardia traía a dos presos, uno de los cuales reconocía bastante bien. Abrieron la celda contigua a la de él, que estaba separada por recios barrotes, y lanzaron de un empujón a los dos cautivos, profiriendo las amenazas y burlas que venían siendo normales en tal proceder. Después, refiriéndose a él mismo, gritaron.

—Disfruta de tus últimas horas, regicida. Tu castigo será el más ejemplar que este reino haya contemplado en años —rio el carcelero mientras golpeaba los barrotes.

Ox se levantó del suelo furiosa, maldiciendo a sus captores, y después se encaramó contra los barrotes, extendiendo su brazo hacia el veterano Jon.

—Botas —gimió ella—, ¿por qué viniste aquí?

—Que me aspen, chiquilla, si no fue por ti —dijo el hombre, con desgana.

—No tenías porqué. Sé que te debo dinero, pero te juro que pretendía pagártelo... —dijo la joven, arrepintiéndose inmediatamente de sus palabras al ver la cara de indignación del doblegado informador.

—¡Que me aspen! —respondió él, escupiendo al suelo.

—Lo siento. Estás aquí por mi culpa —se lamentó Ox.

—Sea como fuere, estoy acabado —suspiró el hombre con resignación—. Se me acusa del asesinato de la mismísima reina consorte. ¡A mí, que odio la política de todos estos chupatintas!

—Lo suponía. Fidias te ha cargado con un buen muerto —maldijo la joven.

—¿El tocaflautas? ¿Qué tiene que ver él en todo esto? Supuse que habría escapado, o estaría escondido todavía por palacio —el ceño del informador se tensó.

—Él la mató. Lo vi de primera mano. Y sabía más que bien lo que estaba haciendo.

«Botas» se rebulló bajo sus cadenas mientras trababa inútilmente de incorporarse. Sentía tal rabia que parecía que iba a explotar de un momento a otro.

—¡Ese maldito bastardo, hijo de las mil leches de furcia! —gritó— ¡Sabía que no era trigo limpio! ¡Lo sabía!

—Ya sabías más que yo. Me cogió totalmente desprevenida —suspiró Ox.

—¡Lo voy a matar!

—Consiguió escapar, hasta donde yo sé.

—Encima tiene suerte. ¡Ese bellaco, excremento de yak, truhan y cobarde! —los insultos acudían a su mente a tropel, sin poder detenerlos.

—No tiene sentido lamentarse más —concluyó Ox.

—Y yo moriré sin poder vengarme —maldijo el hombre—. Cuando me propuso venir aquí, lo hacía buscando sus propios propósitos. Creo que no le importabas lo más mínimo, chica.

—Me hago cargo, y tampoco voy a hacer un drama de ello.

—Deberías buscarlo y acabar con él —le sugirió «Botas».

—Creo que podremos salir todos, con un poco de suerte —comentó la joven.

—Yo no contaría con ello —sentenció la voz grave de «Ojo Blanco», quien intervenía en la conversación por primera vez.

«Botas» reparó en el compañero de Ox, que hasta ahora había pasado desapercibido para él, pero a quien de súbito reconocía. Un viejo con un solo ojo de cristal blanco y una cuenca vacía, de larga barba desaliñada y aspecto de indigente malhumorado. Aquel era el tipo que la chiquilla había estado buscando desaforadamente, y no podía entender el porqué. El viejo infundía respeto, aun miedo, y si la mitad de las cosas que contaban sobre él eran ciertas, no era para menos.

Jon hubiera tratado de hacerse las marcas de protección que se solía uno dibujar para alejar el mal agüero, si sus manos no hubieran estado encadenadas a su espalda.

—Chica, deberías empezar a plantearte mejorar tus compañías —comentó el informador, inquieto.

—No nos han presentado —respondió el viejo, girando su cabeza hacia él, como si de hecho lo estuviera observando. Botas sintió un escalofrío.

—Jon Mclauden, el condenado —se auto presentó «Botas» —. Y tú eres «Ojo Blanco», y tu reputación te precede.

—Yo soy —recalcó el viejo— Maeron Bayle. Y mi reputación me trae sin cuidado.

—Brindo por eso. Quiero decir que brindaría, si pudiera.

—Nuestra suerte, Mclauden, no es mejor que la tuya. Todos seremos ajusticiados a no mucho tardar —sentenció el viejo.

—¿Cual es vuestro crimen? No tiene sentido...

—Salvar al rey.

—¡Por todos los Budulienses, sí que son raras las leyes de este país!

—Maestro, no puede ser. El rey intercederá por nosotros, ¡tiene que hacerlo!

—El rey no tiene que hacer nada. El rey no hará nada por nosotros, convéncete, muchacha. Estábamos sentenciados desde el momento que nos atraparon.

—Tiene que haber un modo —comentó Ox dando vueltas por el calabozo.

«Botas» se sacudió de nuevo.

—Si tan solo pudiera quitarme estas cadenas. Quizás podría hacer algo —se quejó el informador.

—¿Algo como qué? ¿Estiramientos en tu celda? —bromeó Maeron, con una sonrisa torcida.

—Algo más que lo que hago ahora, maldita sea.

—Tenemos compañía —anunció el viejo, momentos antes de que los guardias entraran de nuevo a los calabozos.

Dos de ellos se acercaron a la celda de «Botas» y extendieron un papel que procedieron a leer sin demora.

—«Por la presente, el reino de Kur condena a Jon Mclauden a

morir despeñado desde la Terraza de los Vientos, por el asesinato de su regia majestad la reina consorte Elisabetha Aureus. Su castigo será público y ejemplar, y sucederá al amanecer. Esta orden es irrevocable e inevitable, por la gracia de nuestro rey, el muy ilustre Jakar Aurelius VII».

Tras declamar aquellas palabras, con gran solemnidad, el guardia enroscó el papel y tomó un plato de las manos de su compañero. En él había un asado de *escribano montesino*, una variedad de ave de las montañas que, pese a ser bastante abundante, se reservaba para las despensas de palacio. El plato tenía una guarnición de legumbres y en otras circunstancias, habría resultado un festín para alguien de los suburbios como «Botas».

—¿No vais a soltarme las manos ni para que coma mi última cena? —protestó el aludido.

—Lo siento, tenemos órdenes —se disculpó el guarda, solemne.

—Seguro que has comido de formas peores —rio uno de sus compañeros—. Disfruta de la noche que te queda, asesino.

Los guardas salieron de los calabozos y cerraron el portón, mientras Botas mascullaba para sus adentros. El silencio incómodo que inundaba el ambiente finalmente fue roto por el condenado a muerte.

—De modo que así es como acabo —suspiró—. Podría decir que, para alguien de mi calaña, este era un final previsible, pero por los jodidos dioses que no me lo esperaba.

—Botas... —languideció Ox.

—No digas nada, niña. Así es la vida. Unas veces se gana, y otras se muere.

—Ni siquiera ha habido juicio.

—No había nada que juzgar —añadió «Ojo Blanco» —. La gente como nosotros siempre estará en el lado equivocado.

—Muchacha —llamó «Botas» —, acércate. Viejo, si no te importa, querría hablar en privado con ella, no te ofendas.

«Ojo Blanco» se encogió de hombros y se recostó sobre su fría pared. Ox se acercó cuanto pudo a «Botas» y éste a ella.

—El viejo dice que os van a ejecutar, pero yo no estoy tan seguro. La prueba es que la sentencia ha llegado para mí y no para vosotros. Tienes una oportunidad de salir de ésta con vida, si eres lista —le susurró el informador a su compañera de penurias.

—Ojalá tuviera tu confianza —rezongó Ox.

—Debes tenerla, porque es muy importante que vivas, ¿de acuerdo?

—¿Por qué? —Ox miró a los ojos al magullado informador, conmovida.

—Venga, muchacha, no seas tonta. No habría entrado en el palacio

de un rey para buscarte si no te hubiera cogido cierto cariño —sonrió él.

—Siento mucho todo esto... de verdad.

—Escúchame bien. Cuando consigas salir de aquí, tienes que hacerme un favor. Un favor muy grande que nunca podré pagarte.

Ox observó a Jon con preocupación. Parecía que le estuviese entregando su alma sin intereses.

—Hay un edificio en Mehen, en «Las colmenas», en el que vive alguien que me importa; una niña. El sitio se encuentra más allá del puente destruido, justo antes de llegar al territorio de las chabolas.

—¿Esa niña es tu hija? —preguntó Ox, asustada de pensar que el pendenciero pudiera dejar a una niña sola en el mundo.

—Lo es. Me convertí en su padre tras encontrarla en el basurero de los innombrables, siendo un bebé que no ocupaba una cesta. Una matrona la cuida, a cambio de un salario que le ofrezco cada semana. Ahora está a punto de cumplir seis años.

«Botas» tragó saliva y no trató de reprimir las lágrimas que acudieron a sus ojos y bañaron las arrugas de su curtido rostro.

—¿Como se llama? —preguntó Ox.

—Natha. Se llama Natha, como la heroína de los cantares de Kur —sonrió él, mirando a la lejanía.

—Me aseguraré de que esté bien —afirmó la joven con rotundidad —. Tanto si vivo, como si muero.

—No sé si entiendo eso... —respondió Mclauden, enarcando una ceja y mostrando una sonrisa de agradecimiento.

—Confía en mí, Jon. Tienes mi palabra.

El hombre la miró a los ojos y asintió con orgullo. Ox creyó escuchar un «gracias» a través de los planos, uno que surgía de lo más profundo del corazón del Jon «Botas» Mclauden, informador, truhan y contrabandista de Mehen.

Horas más tarde, bien entrada la madrugada, la llama de todas las velas de los candiles del calabozo se había consumido. Los tres desdichados habían dejado de hablar y, sin saber cómo, Botas se había quedado profundamente dormido, emitiendo profundos ronquidos.

«Ojo Blanco» permanecía quieto, en estado meditativo, entre el sueño y la vigilia.

Ox se sentía extremadamente cansada, tanto que hasta las frías baldosas de piedra se le antojaban un lecho agradable. Llevaba sin descansar ni sabía cuánto, y el desgaste mental de sus viajes no hacía sino agudizar esa circunstancia. Sin embargo, un profundo desasosiego la dominaba. Debía hacer algo, aun cuando no se le ocurriera qué.

Debía intentar solucionar las cosas.

Se recostó sobre la piedra y pronto dejó su cuerpo atrás. Cada vez le era más fácil hacerlo, pero en esos momentos podía darse cuenta de lo intensamente agotada que se sentía.

—No lo hagas —dijo una voz detrás de ella. Una voz que resonaba por todas partes como un eco.

A sus espaldas, su maestro permanecía sentado. Podía ver su cuerpo mortal y su etéreo, confluyendo en el mismo espacio. No estaba en un lado, ni en otro.

—Ayúdame, por favor.

—Nada puede hacerse. Tu energía es muy débil.

Ox dio la espalda a su mentor, y dejó atrás los calabozos. Le costaba concentrarse y todo bailaba a su alrededor. Cruzó las escaleras, el pasillo, el salón... y de repente regresó al calabozo. Súbitamente. Como si algo la hubiese absorbido en un instante. Ahí se incorporó asustada, dentro de su cuerpo físico que se quejaba. La cabeza le dolía tanto que parecía que le iba a explotar.

Su maestro continuaba meditando, sin inmutarse.

La joven miró a Botas y volvió a recostarse. Con gran dolor, volvió a salir de su cuerpo.

—No vas a poder continuar. Si no te recuperas, mañana serás inútil —sentenció la cacofónica voz de su maestro, que hablaba desde alguna parte, ahí mismo.

Decidió ignorarlo. Debía concentrarse, omitir todo aquello que no fuese su objetivo, ya fueran ruidos, voces, sombras, personas o fluctuaciones. De esta manera y con un esfuerzo ejemplar, consiguió llevar a cabo su plan y llegar hasta los aposentos del rey, a quien encontró tomando un baño, asistido por varios ayudantes de cámara que le traían refrigerios y le atendían en sus abluciones.

Ox había esperado tener la suerte de encontrarlo vagando por el reverso, y así poder mantener con él una conversación que habría pasado por su propia humillación ante él, cosa que ya había preparado. Sin embargo, no parecía que aquello fuera a suceder, y mucho menos en las horas que restaban hasta la ejecución.

La joven, presa de la frustración, observó a su alrededor. De entre todos los objetos de la sala, una vela que descansaba cerca del cortinaje de la ventana era su mejor opción.

—Atiéndeme, maldita sea —maldijo ella mientras, concentrándose en la subyacente energía del cirio, le asestaba un manotazo con todas sus fuerzas.

La llama apenas si danzó con una imperceptible brisa, mas ella padeció tanto como si le hubieran arrancado el brazo de cuajo. Presa del atenazante dolor, cayó de rodillas al suelo, jadeando.

En esos momentos una nueva oleada de energía la apresó, tirando

de su ser sin remedio. Mientras se desvanecía en la bruma, la última imagen que pudo contemplar fue la del Vicensor entrando en aquel baño sin ni siquiera llamar a la puerta.

—Salid todos. Su majestad y yo tenemos que hablar —ordenó la orgullosa voz del hombre, que ya no sonaba humilde ni aun respetuosa.

Ox fue literalmente absorbida por su cuerpo físico sin ningún miramiento. Al hacerlo, sintió arder cada milímetro de su piel, del mismo modo que hubiera padecido siendo pasto de las llamas. El entumecimiento de sus músculos era tal, que lo máximo que consiguió hacer fue ladear la cabeza y abrir los ojos para ver a Botas, quien continuaba durmiendo como si nada.

Sin fuerzas para emitir palabras, Ox se disculpó silenciosamente, antes de caer totalmente inconsciente.

La mañana nació despejada, previendo la salida de un sol rojo que teñía ya las luces del horizonte.

Botas despertó temprano, bien recuperado. Era irónico pensar que se sintiese pleno de energía para dirigirse a su descanso eterno.

—Diez minutos y saldremos —anunció un guarda que entraba a la celda en esos momentos. Traía un refrigerio; una rebanada de pan de cereales con tomate por encima, y una taza con agua limpia, que dejó cerca del encadenado para que pudiese comerla, aunque fuera a mordiscos. Aquello era algo inusual, probablemente cosecha de la piedad de aquel joven soldado —. Será rápido. Las ejecuciones de Kur son las más civilizadas del mundo entero, no deje que le asusten mis compañeros —añadió aquel chico despeinado.

—Muchacho. Voy a morir en menos de dos horas. ¿Podría pedirte un favor? —preguntó Botas.

—Yo... —el chico se puso nervioso y reculó unos pasos.

—¿Vas a dejar que acuda a mi ejecución pública con los pantalones llenos de orín? Vamos... solo necesito una mano.

El guardia miró a todas partes, asegurándose de que sus compañeros de oficio no estaban rondando. Después se acercó a Botas y aflojó uno de los grilletes, atando la cadena al otro extremo. Había logrado dejarle movilidad de codo para abajo en su brazo izquierdo, insistiendo sin embargo en que su maniobrabilidad fuera de escasa a nula. El informador maldijo la eficiencia de aquel astuto joven.

«Al menos podré mear» —pensó.

—Gracias, chaval. Hazme un favor y vive una vida larga y provechosa.

El joven pareció desconcertado, y salió de la celda sin añadir nada

más.

Botas consiguió ponerse de rodillas contra la pared y soltar los nudos de sus calzones con su mano semiliberada. Después de solventar ese apuro, buscó el agua y la rebanada de pan y las engulló sin miramiento. Cuando acabó con ello se acercó al intacto plato de la cena, que, si bien estaba frío, le parecía entonces muy apetitoso.

—Un inquebrantable espíritu el tuyo —comentó la voz de «Ojo Blanco» —. Yo en tu lugar ya me habría rendido.

—Y lo he hecho —gruñó el contrabandista mientras devoraba el muslo frío y especiado—. Pero prefiero acudir a mi cita con la muerte, con el pecho bien henchido y la barriga llena.

—Sin duda es admirable —asintió el viejo.

—Tiene un sueño profundo —comentó Jon, señalando a Ox—. Creo que es una enfermedad, según me dijo.

—Así es. Una enfermedad terrible —añadió el enjuto hombre.

—Cuídamela, ¿vale? No sabes la guerra que dio para encontrarte. Se lo debes.

—Haré mi mejor esfuerzo, el tiempo que nos quede —asintió Maeron Bayle.

—Ya...

Mclauden acabó con las viandas y suspiró. El peso de la aceptación cayó entonces sobre él como un plomo.

—Puede que quede como un cobarde —dijo, conteniendo las lágrimas—, pero no quiero morir.

—Nadie quiere —sentenció «Ojo Blanco», quien giró su cabeza para mirarle directamente desde su único ojo de cristal—. Pero trata de no tener miedo. Te aseguro que las cosas no acaban tras la muerte.

—¿Cómo puedes saber eso, viejo? —sollozó el bravucón.

—Porque lo he visto y lo he vivido, y he caminado por el siguiente plano de nuestra existencia. ¿No decías que mi reputación me precedía? Créeme entonces lo que digo.

—¿Y es algo bueno? —preguntó «Botas», esperanzado.

—Es... una nueva aventura. Tendrás que luchar para que lo sea —asintió el anciano, con solemnidad.

—Vamos, lo mismo de siempre —bromeó el hombre, que, sin embargo, sentía un gran alivio de repente.

La puerta de la celda se abrió entonces y cuatro soldados, ataviados de forma diferente a la habitual, entraron en ella.

—Es la hora, Mclauden —anunciaron.

—Bueno —suspiró el reo, levantándose y recomponiéndose la ropa arrugada. Después tomó aire, y añadió —. No hagamos esperar a los dioses.

Las Terrazas del Viento debían su nombre al fuerte Urdial que golpeaba las cumbres escarpadas del desfiladero sobre el que Phontos

había sido levantada. Las plataformas se erigían a miles de metros sobre la casi vertical ladera de una de las muchas montañas que conformaban la Cordillera Arlada, y sobre ellas se situaban tanto las fantásticas pasarelas de amarre para los Keppler, como la plaza del Gran Mirador.

Y aquella mañana el mirador se vestía de gala. Como zona pública, la semiflotante plaza (no apta para ciudadanos que padecieran vértigo) poseía muchos usos; proclamas y bandos reales, festividades, algunos mercados especiales y por supuesto el más jugoso de todos ellos: las ejecuciones.

Con un aforo limitado de doscientas personas, la Guardia Ceneste se ocupaba de cortar el paso a los espectadores más rezagados, que inevitablemente se hacinaban en las calles adyacentes. Sin ningún miramiento, habría que añadir.

En uno de los extremos más alejados de las barandas se levantaba una tribuna para personalidades del reino, con un sillón aventajado reservado a cada uno de los monarcas que, sin embargo, permanecía vacío. El pueblo se apretujaba en dos semicírculos incompletos, dejando en su mitad una amplia calle vacía, en la que esperaba el famoso Vicensor real junto a varios hombres a su mando.

Mientras el sol asomaba a través de las cumbres, cegando a la comitiva con rojizo fulgor, el censor declamaba con su mejor tono dramático, las causas y razones para la justicia que en ese día iba a administrarse. Las masas enardecían con cada giro poético de su proclama, y se enfurecían ante cada sentida mención a la reina, quien pese a haber pasado más desapercibida aún que el mismo rey, ahora se alzaba como la mártir del reino. Al menos mientras el discurso de Sulluh danzaba en el viento.

Cuando el carro llegó a la plaza, y de su parte trasera bajaron al condenado; un hombre de aspecto desastroso, tullido de una pierna y ajado de todo lo demás, la plaza entera contuvo un asfixiante silencio.

—Quitadle las cadenas —ordenó el Vicensor señalando al condenado—. Es hora de que regrese a la piedra.

El murmullo de una letanía de variopintas oraciones surgió de todas partes entre el gentío, pues en Kur las Capillas dominaban y mantenían separadas no menos de doce religiones distintas. El clero, en aras de la paz religiosa, las había hecho deudoras unas de otras, uniéndolas mediante un principio común.

El cautivo, una vez liberado, se manoseó las muñecas y estiró los anquilosados músculos.

—Avanza —le ordenó uno de los escoltas, dándole un empujón.

Botas contempló sobrecogido a la concurrencia.

—Vaya, vaya. Siempre pensé que yo sería el único invitado el día de mi funeral. Fíjate qué público he reunido, ¿eh? —se jactó el

informador.

—He dicho que avances —amenazó el guarda.

—Eh, tranquilo —le respondió Botas, escupiendo al suelo—. Si no te importa, amigo, algunos venimos a morir.

El contrabandista suspiró y cruzó la calle ante la atenta mirada del gentío. El sol iluminaba tan fuerte que apenas dejaba ver al populacho a su paso. Jon «Botas» inspiró con fuerza tratando de saborear el viento. Por primera vez en su vida se daba cuenta de lo limpio que era aquel aire de montaña. Olía a vegetación, olía a tierra y a libertad. Imaginó los miles de días que ya nunca vería, los imaginó como un sueño, un precioso sueño en el que nunca había reparado.

—Pronto serás completamente libre —se dijo a sí mismo, sin poder evitar la pesadumbre.

Para la ejecución, y como venía siendo tradicional, se había instalado un puente de madera que sobresalía de la plataforma suspendida que conformaban las Terrazas del Viento. Bajo él, se extendía un abismo que la vista no alcanzaba a observar, ni aun en los días despejados como ese.

Un conglomerado de nubes formaba una niebla permanente varios cientos de metros por debajo de los pies de la ciudad. Lo que había más allá era objeto de superstición y terror, y el folclore era tan extenso como improbable, siendo lo único seguro una inevitable muerte en un frío suelo.

El Vicensor Sulluh, que aguardaba a la entrada del puente, se acercó a su vera.

—Has sido condenado por las leyes de este reino y por el verbo real. Nada puedes añadir para tu gracia, así que te sugiero que te ahorres la vergüenza de decir nada más —le dijo simplemente.

El veterano informador guardó silencio. De todos modos, no tenía nada más que añadir, y de poder haber dicho algo, habría sido: «Que me aspen».

—La capa —solicitó el Vicensor a uno de los encargados, extendiendo el brazo.

—Viene de camino —respondió un paje, que miraba nervioso a su alrededor.

—Solo hay una maldita ceremonia a llevar a cabo, ¿Y ni siquiera se cumple a tiempo? —susurró el censor disimulando la tensión de sus músculos.

—Un pequeño retraso, mi señor. Llegará en cualquier momento —tartamudeó el hombrecillo, retorciendo las manos.

Botas se asomó al vacío un instante, e instintivamente dio un paso atrás. «Mierda» —pensó. No quería quedar como un cobarde ante tanto público, pero de pronto sintió que le sudaban hasta las manos. Toda su larga historia acababa ahí, frente al abismo, rodeado de terror

y espanto ante su inminente e irreparable destino.

Y mientras cavilaba acerca de su pronta suerte, una súbita e inesperada explosión sacudió la plaza, sacándolo de sus ensoñaciones a golpe de pólvora. Esquirlas saltaron por los aires en todas las direcciones, y el azufrado hedor del polvorín se extendió por la plaza, acompañado de humo.

Por unos instantes la congregación reunida se quedó paralizada, buscando el origen del estruendo. Ante los aterrados ojos de la muchedumbre, una parte de la tribuna comenzó a arder, levantando una columna de humo de color negro. Los gritos no se hicieron esperar, y cuando uno de los nobles cayó ardiendo desde su posición en la palestra, el pánico se adueñó de todos los presentes. Los invitados a la ejecución comenzaron a empujarse los unos a otros hacia las salidas laterales, pero al encontrarse repletas también las calles adyacentes, empezaron los verdaderos problemas. La gente que gritaba presa del pánico era aplastada por sus camaradas sin ningún miramiento, mientras la Guardia Ceneste hacía vanos esfuerzos para controlar a las enardecidas masas.

—¡Qué sucede! —exclamó Sulluh.

—Un acto terrorista, señor, quédese detrás de nosotros, le protegeremos —dijo el capitán del escuadrón.

Una segunda explosión sacudió el lugar, esta vez seguida de un grito anónimo.

—¡Abajo la monarquía!

—¡Muerte a los déspotas! —rugió otra, entre la muchedumbre en pánico.

—¡Libertad para Kur! ¡Poder para el pueblo! —se escuchó desde una ventana del edificio más cercano.

Los guardias crearon un círculo alrededor del Vicensor. Un disparo llevado a cabo desde el gentío acertó en plena frente de un ceneste, quien se desplomó inmediatamente. El resto del escuadrón, nervioso, comenzó a disparar sobre la masa, iniciándose una carnicería.

—¡Hay que acabar la ejecución! —maldijo el censor—. ¡Empujadlo al vacío, ya!

—¡No se preocupe señor, yo lo haré! —respondió un joven guardia que apareció repentinamente, portando la capa ceremonial de color púrpura.

—¡Deprisa! —urgió Sulluh.

Tras obtener el beneplácito inmediato del Vicensor, quien, asustado, quería salir de ahí cuanto antes, se acercó a «Botas» y lo hizo avanzar sobre la pasarela mientras lo encañonaba con su pistola. Una vez allí, el joven le colocó la capa sobre los hombros y se la amarró fuertemente al pecho por medio de dos correas bajo los brazos y una que cruzaba su tórax.

—Ahora vas a volar un poco —le susurró mientras colocaba la mano del informador sobre una correa en forma de nudo. En ese momento miró a los ojos al cautivo mientras un mechón rubio trenzado y despeinado asomaba a través de su casco—. No tires de la anilla hasta llegar a la barrera de nubes, recuérdalo. Suerte.

Acto seguido el joven guarda empujó al perplejo Jon Mclauden hacia el abismo, convirtiéndolo en un punto púrpura que aleteaba sobre la inmensidad y que, en apenas unos segundos, había desaparecido para siempre.

TIERRA DE NADIE

Frontera entre Kur e Interterras.
Algún lugar en los desfiladeros.

«Del corazón de la montaña
llovió un hombre.
Venía del mismo infierno».
Nirti.

Perdió pie y voló. O más bien cayó a plomo todo lo grande que era, perdiendo todo sentido espacial a su alrededor. Las paredes de las montañas giraban alrededor de él mientras sus pulmones trataban inútilmente de sorber aire.

Braceaba como un niño al que le lanzan a un lago por primera vez. Boqueaba al igual que boquea un pez al que le han hundido el anzuelo en la garganta.

Y todo se alejaba deprisa. El cielo, las paredes, las montañas, las nubes. Todo se sucedía inevitablemente, rasgando las cuerdas de los violines de su réquiem.

De repente todo se volvió blanco a su alrededor. Se convirtió en el vacío espectral de la «nada» que le esperaba. Su vida entera no pasaba ante sus ojos, como había oído decir que sucedía cuando uno se enfrentaba a su final. Solo nubes, nubes blancas infinitas.

¡Las nubes!

«Botas» dejó de bracear y buscó la arandela que le habían señalado, la cual bailaba sobre su pecho.

La agarró con su mano derecha y tiró de ella con fuerza de forma instintiva, sin saber muy bien lo que estaba haciendo, ni porqué.

Y la caída se detuvo. Se detuvo de golpe y violentamente. Una fuerza enorme tiró de él hacia arriba clavando las correas en sus costillas y cortándole la respiración. Lo hizo balancearse con fuerza y en su zarandeo lo golpeó contra algo muy duro, haciéndole gemir de dolor.

Después siguió cayendo, esta vez con lentitud, sosteniendo el descenso.

«Botas» miró hacia arriba y contempló una tela enorme que se hinchaba sobre él.

—¡Que me aspen! —gruñó.

La neblina se fue disipando lentamente a su alrededor, dejando ver el abismo a sus pies. Presa del pánico, contempló cómo poco a poco caía hacia el fondo de una zanja gigante. La brecha, que se abría entre

dos líneas de cordilleras, daba lugar a un abismo que lentamente se convertía en un páramo pantanoso.

Cuando se acercó al suelo, se preparó para un impacto nada pacífico. Pese a sostener la caída de forma más que eficiente, aquel ingenio no iba precisamente despacio, así que «Botas» se encontró rodando y siendo arrastrado a través de un suelo húmedo y fangoso, golpeado por todo lo que encontraba a su paso. Cuando aquel demonio de invento decidió pararse, el informador sentía que no le quedaba ni un solo hueso sano.

Permaneció allí durante largos minutos. Tumbado boca arriba, semihundido en el lodo, contemplaba el cielo blanco sobre él. Desde aquel punto, pensó, nadie imaginaría que miles de metros más arriba, existía una ciudad.

Comenzó a reír. Primero nerviosa y lentamente, y después con violentas carcajadas.

—¡Maldito bastardo cantarín, me la has vuelto a jugar! —gritó mientras reía, comprobando cómo el eco de su voz rebotaba en el valle. «Sigo vivo» —pensó. Algo ahí arriba debía protegerle, pues contra todo pronóstico, sí, seguía vivo.

Tras la conmoción inicial, Jon se dio cuenta de que no duraría mucho si no encontraba refugio, cura y descanso. Sentía bastante frío, y la humedad se le había metido en el cuerpo.

Pero ¿dónde estaba?

Aunque no se tenía como estudioso ni mucho menos, el hombre nunca había escuchado nada acerca de lo que había aquí abajo, salvo cuentos de viejas que, en esos momentos, prefería no tomar en serio.

—Vamos, levántate, que no eres un anciano —se instó a sí mismo, descubriendo para su alegría que podía hacerlo (no sin fuertes dolores, eso sí).

Apartándose el fango de la ropa como podía, y tras soltar las múltiples correas de aquel artilugio, descubrió con horror dónde se encontraba. A su alrededor se extendía una ciénaga llena de mosquitos y otros insectos, que volaban de cadáver en cadáver. Un cementerio sin tumbas esparcía a lo largo del barrizal, las masas hinchadas y reventadas de los que, antes que él, volaron desde el alféizar de la Terraza de los Vientos.

Cientos de trozos de cuerpos aplastados pintaban cada trozo de paisaje. Algunos eran puro hueso, mientras que otros mostraban la carne expandida por la humedad y roída por todo tipo de carroñeros que habitaban el lugar, en lenta descomposición.

Hasta entonces no se había dado cuenta de cuánto apestaba ese sitio. Comenzó a toser.

Cuando dio su primer paso, reparó en que su pierna protésica estaba dañada, probablemente como consecuencia de las múltiples

contusiones del aterrizaje. Los remaches metálicos que la afianzaban estaban combados y abiertos, haciendo que la pierna se quebrara peligrosamente por la mitad. Rápidamente llegó a la conclusión de que, si se llegase a partir, no sería capaz de continuar mucho más lejos. Debía salir de ahí, y tratar de arreglar las cosas. Una por una.

Avanzó lentamente y con cautela, asegurándose de no cargar demasiado peso sobre la maltrecha amalgama que se amarraba penosamente a su muñón. En su caminar escuchaba sonidos de pájaros y otra fauna, mientras deseaba no llegar a convertirse en la presa de ningún depredador de aquel lugar.

Y qué lugar. Conforme dejaba atrás el cementerio de los defenestrados, se dio cuenta de que atravesaba el fondo de un valle fluvial en el que florecía un enigmático ecosistema. La vegetación circundante se alimentaba de grandes cantidades de humedad, pero recibía escasa luz solar, debido a la sempiterna cabecera de nubes. Aquello generaba una flora no demasiado exuberante, pero sí rica en líquenes y plantas extrañas.

Caminó durante lo que le parecieron horas. Conforme el día avanzaba, la temperatura comenzó a subir de forma drástica. Sin duda el sol incidía en la brecha, por encima de las nubes, aumentando el calor retenido en el valle interior y generando un bochorno tal, que «Botas» tuvo que empezar a quitarse ropa hasta casi quedarse en calzones. Era como estar atrapado en un invernadero en pleno verano.

Nubes de mosquitos le rodeaban constantemente, aun cuando hubo dejado atrás el barrizal para adentrarse en una zona más selvática, donde pequeños y medianos árboles habían sabido crecer y prevalecer rodeados de líquenes y hongos.

El ya derrotado informador se encontraba, a esas alturas, totalmente agotado. Aunque no debían pasar de las tres de la tarde, sentía como si llevase tres días caminando.

Entre la bruma selvática cargada de humedad vio, o creyó ver, la silueta de una persona.

—¿Hola?, ¿hay alguien ahí? —gritó, esperanzado.

La silueta desapareció con un movimiento felino.

—Necesito auxilio, por favor —dijo en voz alta.

¿Habría sido un espejismo? ¿Tan mal comenzaba a estar?

—Tengo algo de dinero para dar a cambio. Negociaremos. Vengo en son de paz —continuó declamando a su alrededor. Evidentemente no tenía un solo kel encima, pero apelar a la pecunia era ya parte de su modo de abordar cualquier enfrentamiento.

Botas se limpió el sudor de la frente. Su boca reseca demandaba agua, y aunque ésta abundaba a su alrededor, todavía no estaba tan desesperado como para arriesgarse al seguro envenenamiento de ingerir aquellos lodos que salpicaban el extraño paisaje que se

extendía a su alrededor.

Un movimiento llamó su atención en uno de sus flancos. Algo se había movido entre las rocas, pero al dirigir la mirada al lugar, tan solo encontró una especie de rana que le miraba con aburrimiento.

Cerró y abrió los ojos varias veces y se restregó los párpados. Su cuerpo se tambaleó y casi perdió el equilibrio.

—Puede que este sea el final de Botas Mclauden. —musitó para sí mismo mientras se recostaba en las raíces de un extraño árbol.

Mientras lo hacía, delante de él apareció un niño.

El muchacho no podía contar con más de diez años de edad, y lo observaba con detenimiento y decisión. Su cara estaba pintada de negro en casi su totalidad, y sus ropajes eran una mezcla de pieles y plumas. Parecía una pequeña criatura salvaje sacada de una selva, con la única excepción de sus zapatos. Eran zapatos de calle, probablemente femeninos, que habían conocido mejores tiempos. La clase de zapatos kuritas de hacía medio siglo.

—Eh... chico. Soy Botas. ¿Cómo te llamas? ¿De dónde has salido? —indagó el informador con prudencia, sin moverse del sitio y asegurándose de no realizar movimientos bruscos.

El muchacho no se inmutó. Tan solo bajó la mirada hacia la prótesis de palo de Mclauden y la señaló.

—*Car Cafradde nut* —dijo de repente, con una voz más grave de lo que correspondería a un crío de esa edad.

—¿Qué? ¿Mi pata de palo? Es un buen cacharro, sí, aunque ahora mismo da pena...

—Nut carende —prosiguió el chico, inquisitivamente.

—Mira, muchacho, no entiendo ni una palabra de lo que dices, y por desgracia no traigo chocolatinas. ¿Dónde están tus padres? ¿Dónde está tu gente?

—¡Nut! —replicó el niño, con perseverancia.

Botas se irguió lentamente y se dirigió hacia el chaval. Cuando estaba a punto de llegar hasta él, una flecha voló y se clavó en el suelo, entre ambos.

Ahí estaba. Obviamente, el muchacho no iba a encontrarse solo.

—¡Vengo en son de paz! —gritó mientras buscaba a su alrededor con rapidez y levantaba las manos— ¡Solo soy un pobre hombre, maldita sea! Hoy he sido sentenciado, defenestrado y apaleado. Llevo unos días de mierda —escupió—. Así que, si vais a matarme, ¡hacedlo ya! Y si no —clavó la prótesis en la tierra y se arrodilló con dificultad mirando al crío—, si no, ayudadme a....

Su declamación quedó interrumpida por un sonoro golpe en la cabeza. Cayó redondo al suelo.

Jon *Botas* Mclauden abrió los ojos con dificultad y parpadeó dos veces. Se encontraba tumbado en lo que parecía un camastro hecho de algún tipo de madera entrelazada, dentro de un habitáculo cavernoso. No había ventanas, pero sí una puerta conformada por una estera colgante de alguna clase de bambú. La única luz de la estancia provenía de lo que semejaba una vela de aceite.

Junto a él, un corpulento hombre vigilaba cada uno de sus movimientos. Cuando notó que Botas se despertaba, colocó la punta de una lanza sobre su pecho, dejándole claro que no debía hacer ninguna tontería.

—*Corra tarento seah* —musitó su captor.

—Está bien, lo he pillado —contestó apaciguadoramente mientras lentamente se sentaba sobre la cama.

El informador examinó a aquel extraño sujeto. Llevaba el torso descubierto y cubierto de tatuajes. Al igual que el niño que conociera anteriormente, su rostro estaba cubierto de pintura negra. Como pantalones vestía unas extrañas telas holgadas y parcheadas. Tenía cara de pocos amigos.

Botas sentía un profundo dolor de cabeza, cortesía del golpe recibido.

—Tampoco me quejo del chichón, mejor es eso que una flecha en el cuello —bromeó el maltrecho pícaro.

Su captor lo observaba con indiferencia.

—Eh, amigo. Las he pasado canutas hasta ahora. ¿Me darías un poco de agua? —mientras decía estas palabras, y sabedor de que no era comprendido, Botas gesticulaba con la mano simulando un odre de agua imaginario, del que bebía.

El extraño le ignoraba. Y torcía el gesto.

En ese momento se escuchó tumulto en el exterior. Varias personas gritaban en aquel idioma incomprensible y sin duda discutían entre ellas. Alguien apartó la estera de la puerta, dejando entrar la luz del día.

—*¡Tulk Cram, remerra deshne ab anka!* —gritó el recién llegado, un joven de pelo largo enmarañado, mientras gesticulaba a su captor para que saliera.

—¡*Ohmo deshera sukko*! —respondió éste, señalando a Botas.

—¡*Sukko neh! Anka desfarro eb ento.*

El interpelado gruñó enfadado y salió de la habitación hecho furia, dejándolo solo.

Botas observó a su alrededor tratando de asimilar toda la información posible. Se encontraba en una estancia cavernosa que había sido acondicionada a modo de casa, aprovechando la roca. Todo su mobiliario se reducía a una cama y una vela, y una manta tirada en

un rincón. La algarabía exterior indicaba problemas. Las voces enojadas aumentaban en número, y *Botas* comenzó a temerse que el objeto de la discusión fuera él mismo, o más bien, su funesto destino.

Debía escapar rápidamente. ¿Pero cómo? No solo se encontraba en una habitación estanca, sino que sus fuerzas se encontraban al límite.

Pensó que sería gracioso haber sobrevivido a una ejecución pública para acabar muriendo en otra, horas más tarde.

—No, de gracioso no tiene nada —musitó en voz baja.

Entonces las voces comenzaron a perderse en la distancia hasta que solo fue capaz de percibir silencio. Tras unos minutos de tensión, la estera se volvió a abrir y apareció una mujer en la puerta.

Era una mujer grande, de anchos hombros y recio cuello. La pintura ocultaba los rasgos de su cara, pero se podía adivinar que no eran sutiles ni delicados. Llevaba el cabello sujeto en una coleta alta y lo observaba inquisitivamente.

—Has despertado ya. Por fin —dijo la mujer salvaje tras unos segundos de silencio. En perfecto kurita.

—Eh, sí. Así es —respondió Botas instantáneamente, tan sorprendido como aliviado.

—Has dormido dos días —protestó la mujer, como si aquello fuera culpa de él—. No te pegaron tan fuerte.

—Discrepo —respondió él, llevándose la mano a la cabeza.

—No pareces un tipo delicado. Si lo fueras, jamás hubieras sobrevivido a la Terraza de los Vientos. Dime, ¿Cuál fue tu crimen?

—Por lo que dicen, asesinar a una reina.

La mujer se lo quedó mirando con gesto aprobatorio.

—No está mal. Yo volé por una mera paliza —comentó ella.

—No depende de lo que hagas, sino a quién —dijo Botas.

—Cierto. Por mí, quemaría Phontos hasta los cimientos. Ese nido de víboras —aseveró la salvaje.

Botas observó a su interlocutora con detenimiento. Por sus palabras, aquella mujer no era oriunda de esa tribu, sino que llegó a ellos de la misma manera que él. Sobreviviendo a su ejecución.

No tendría menos de cuarenta y cinco años, por su aspecto, y pese a que hablaba perfectamente su idioma, se notaba que le costaba pronunciarlo bien, probablemente por desuso.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —se aventuró a preguntar Jon.

—No lo sé. Aquí no tenemos relojes. No adoramos al tiempo. Para ti, seguramente muchos años.

—¿Dónde estamos?

—En Uk, una de las aldeas del Frondo.

—¿Una? ¿hay más?

—Muchas más. Más de las que puedas imaginar.

—Entonces las leyendas son ciertas.

—Bienvenido al verdadero Interterras. Esta es una sola de las muchas regiones de nuestra larga tierra. Pronto descubrirás que la mayoría de lo que te han contado es mentira. Toma —dijo lanzándole un odre—. Bebe. Después comerás. Y mientras tanto me lo vas a contar todo.

—¿Todo, todo? —preguntó Botas.

—Todo.

Su nombre resultó ser Nirti. Nirti a secas. Había tenido otro nombre antes, cuando vivía en la ciudad más allá de las nubes, pero no se asociaba a él. No quería hablar de su pasado, pero sí preguntar profusamente por el de él. Por ello, le había traído un cuenco con comida. Nada une más que alimentar al hambriento. Botas no se quejó del estofado de hongos, ni del extraño pan verde que le trajo, y sintiéndose mejor, no tuvo reparos en contarle todo lo sucedido. Cuando hubo acabado, Nirti lo observaba con suspicacia.

—Me alegro de no pertenecer ya a ese mundo —resolvió finalmente la mujer.

—¿No piensas regresar jamás? —preguntó Botas mientras apuraba el último pedazo de pan.

—Este es mi pueblo. Me acogieron cuando no tenía nada y estando casi muerta, lograron que volviese a la vida. No le debo más a nadie, que a ellos.

—Yo debo regresar.

—¿Y para qué querrías? Además, dudo que se te permita. No queremos que la gente de las nubes sepa de nosotros. Así es mejor.

—Yo no contaré nada. ¿Quién iba a creerme de todos modos? Soy un delincuente, un proscrito y si me descubren vivo, volverán a lanzarme por el desfiladero sin dejarme abrir la boca. No, debo volver para ajustar algunas cuentas.

—El destino verá. Ahora no es un buen momento.

—¿Qué ha sucedido antes ahí fuera, Nirti?

—Problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Descansa primero. Reponte, come y bebe. Arregla tu palo —ordenó la recia mujer—. Después nos ayudarás.

—¿Yo?

—Rero estará en la puerta de tu cueva. Puedes salir cuando estés listo, pero no más allá de la aldea. No molestes a la gente. No crees problemas. Si haces todo lo que te dicen, conservarás tu vida. Eso te lo puedo garantizar —siguió ella.

—Está bien. Conservarla es lo que más deseo en estos momentos —

aseguró Botas, con un gesto socarrón.

Nirti salió de la habitación, dejando a Botas pensativo. Sin duda su perspectiva había mejorado. No solo no pensaban matarle, sino que, por alguna razón, le necesitaban. Eso sonaba a negocio, y él era bueno en los negocios.

No obstante, tras haber comido y bebido, se dio cuenta de que le seguía doliendo todo. Como aquello no tenía arreglo inmediato, se levantó, recogió la manta del suelo, y se acurrucó de nuevo en el camastro, dispuesto a dormir.

Cuando volvió a despertar todo seguía igual, salvo por un cuenco nuevo lleno de estofado y el odre de agua lleno. Devoró el alimento y después se levantó. La madera de su prótesis seguía partida, y la humedad imperante no ayudaba. Debía encontrar material para arreglarla o fabricar una nueva, antes de perderla completamente.

Alguien le había dejado unas ropas sobre el camastro.

Apartó la estera y la luz diurna le cegó brevemente. Era una luz blanca sin sol, producto de la sempiterna capa de nubes sobre sus cabezas, podría decirse que melancólica.

Su guardián, Rero, continuaba en la puerta. Al verlo salir lo observó brevemente y sonrió con cierta burla. Estaba claro que aquella casaca y aquel faldón, típicos de la tribu, le hacían parecer ridículo. Pero era mejor que sus ropas hechas jirones, manchadas de lodo y sangre.

—*Umueru Shan-ka* —comentó Rero, riendo.

—Buenos días a ti también —respondió Botas, amablemente.

El informador descubrió que la habitación en la que estaba era sin duda una casa. Una pequeña casa hecha aprovechando una cueva natural. Se encontraba a unos tres metros del suelo, y se accedía a ella a través de una escalera de mano fabricada con maderas y cuerda. Odiaba las escaleras así, pues tenía que subirlas y bajarlas, casi a pulso.

Descendió, y una vez en el exterior, contempló el asentamiento. Éste se erigía entre las paredes de una brecha ovalada del valle. Las casas estaban todas horadadas en la roca, a distintos niveles. No existía ninguna estructura fabricada sobre suelo.

Había gente a su alrededor, pero no demasiada. Pese a que cada uno estaba a sus asuntos, su presencia no pasaba desapercibida, y hablaban entre ellos a su paso. Incluso le hablaban a él, aunque Botas no podía saber si amable o despectivamente. Por si acaso, respondía siempre con una sonrisa.

Por lo que pudo comprobar, mucha gente pasaba el tiempo sentada sin hacer aparentemente nada. Algunos tejían cuerdas, o sacos, o entrelazaban fibras que previamente obtenían de las plantas. Otros preparaban comida en unos fuegos muy primitivos, o cocían cuencos

de algún tipo de arcilla.

Charlaban poco entre ellos, o eso le pareció.

Se acercó a una anciana que ocupaba su tiempo rascando la tripa de un lagarto y le preguntó.

—¿Nirti?

Tuvo que repetir el nombre varias veces más antes de que la mujer le señalase una dirección, tras lo cual, y siguiendo sus escasas indicaciones, Botas se adentró por calles más estrechas. La sinuosa configuración de la orografía del desfiladero formaba calles con paredes naturales que discurrían sin orden ni concierto. Botas sabía que se encontraba todavía en el pueblo porque no dejaba de ver gente, o aberturas para casas.

Salió a una zona abierta de nuevo, en la que encontró un lago. En él, había muchachas y muchachos jóvenes bañándose, aun cuando sus aguas poseían un extraño color marrón poco apetecible. Una pasarela lo cruzaba en dirección a la zona que la anciana había señalado. O eso esperaba.

Mientras pasaba por el puente, una de las jóvenes que estaba bañándose, salió del agua y lo interceptó. Iba completamente desnuda.

—*Kotoro neh mish, ie?* —le preguntó mientras se acercaba a él y tomando una de sus curtidas manos, la colocaba sobre su cintura casi adolescente. La muchacha lo miraba con expresión lasciva. El tacto de su piel era áspero, húmedo y delicado.

—Podrías ser mi hija, chica —le respondió Botas, ciertamente turbado. Tratando de no ser grosero, la apartó con cuidado y siguió su camino, no pudiendo evitar girarse varias veces. Al hacerlo vio que la muchacha volvía al agua y se reía con sus amigos a carcajada limpia. Botas supuso que había sido objeto de una broma, o de algún tipo de apuesta.

Finalmente llegó a una zona sin salida, poblada por varias casas, y supo que debía ser el lugar que buscaba. Sin saber qué otra cosa hacer, comenzó a gritar el nombre de Nirti una vez tras otra.

Cuando iba a hacerlo la cuarta vez, una voz lo detuvo.

—Te he oído, Mclauden. Cállate ya, estás molestando a la roca —respondió la robusta mujer desde una casa excavada diez metros sobre la pared. Se encaramó a la escalera y la bajó deslizándose en unos pocos segundos.

—Me han dicho que estarías por aquí —dijo él, a modo de saludo.

—Veo que te haces entender. Eso es bueno.

—¿Es tu casa? —señaló el hombre mirando hacia arriba y deseando que la mujer no le hiciese subir hasta ahí.

—Duermo ahí, generalmente. Pero no es mi casa. Aquí nadie tiene nada y todo el mundo lo tiene todo.

—Ya veo. Es muy bonita.

La mujer miró hacia arriba. Después miró a Botas.

—Es una cueva como las demás.

—Sí, pero la estera de tu puerta es roja —replicó el informador tratando de buscar algo, lo que fuera, a lo que agarrarse.

—La fabriqué con fibra de hongo venenoso. Por eso es roja.

—Eso la hace bonita... porque es diferente a las demás —Botas observó la impertérrita expresión de Nirti—. Déjalo.

—¿Estás fuerte de nuevo?

—Eso creo, aunque mi pierna falsa está en las últimas.

—¿No sabes arreglarla?

—Puede ser, pero necesitaría materiales.

—Hablaremos con Jor.

—¿Qué hay de lo que me dijiste? ¿Cómo puedo ayudaros? —indagó Botas, no pudiendo retener más tiempo su curiosidad.

Nirti lo observó con detenimiento.

—Para ayudarnos tienes que ver. Para ver tienes que viajar. Para viajar necesitas tu pierna de palo o serás un estorbo. Hablaremos con Jor.

—Muy bien, con Jor entonces —respondió Botas. Era una mujer de ideas fijas—. Oye, ¿qué significa «Kotoro neh mis no sé qué»?

—Que alguien quiere unirse a ti un rato. Eres novedad, no te extrañe —contestó la salvaje, como si tal cosa.

—Pero si era una cría...

—Aquí las cosas son diferentes. Cada uno hace lo que le apetece. Nadie es de nadie. En la ciudad de las nubes hay demasiadas tonterías. Cuando me acuerdo de ellas, me dan ganas de reír —aseveró la mujer.

Botas se preguntó cuántos años llevaría Nirti viviendo como uno de ellos. Estaba tan integrada, que había perdido cualquier noción civilizada.

—Por ahora no me apetece unirme a ti, Mclauden. Quizás más tarde, cuando no apestes —soltó ella de manera totalmente natural.

Botas se quedó mudo y siguió a su guía, preguntándose cómo se las arreglaba para acabar siempre en las situaciones más inverosímiles. Después de todo, él solamente era un honrado informador de Mehen.

Caminaron a través de pasos enclavados en la roca mientras Nirti le explicaba que el asentamiento era relativamente nuevo. Las inundaciones de unos años atrás habían obligado a su pueblo a dejar un refugio subterráneo que llevaban usando desde que los ancianos de la tribu eran todavía infantes.

Había orgullo en la voz de la mujer mientras recordaba las estancias de aquel lugar, aun cuando aseguraba que no había sido más que otro lugar en el que pernoctar y refugiarse.

Por lo que Botas pudo deducir, aquel no era un pueblo errante, pero sí oportunista. Sin apego a los bienes materiales, eran capaces de

dejarlo todo en el transcurso de pocos días, y con el equipaje más mínimo, encontrar un nuevo asentamiento para su gente si la situación lo requería.

—¿Cuántas aldeas hay? —le preguntó Botas.

—No lo sé exactamente. Tenemos tratos con nueve. A nosotros se nos conoce entre nuestra gente como los fronterizos, los «Ashar». Es por vivir cerca de la ciudad de las nubes. Algunos ancianos piensan que es osado. Otros, nos miran con envidia.

—¿Envidia?

—Los más aguerridos, los que recuerdan las historias de las guerras del pasado por el Dominio. Sueñan con atacar la ciudad de las nubes y reclamar viejas deudas. Deudas de sus ancestros.

—No te ofendas, pero sería un disparate. Tan solo Phontos cuenta con un contingente militar que aplastaría a tu pueblo sin despeinarse. Además, no es que no os teman, es que os han olvidado. Nadie sabe que aquí vive gente. Hablan de monstruos, de saqueadores, incluso de extraños seres que reptan en los desfiladeros.

—Qué más da. Es mejor que ignoren nuestra existencia. Es mejor que teman estos lugares. Así podemos vivir en paz. Hemos llegado —anunció.

Botas alzó la vista y se encontró frente a una casa apartada del poblado, rodeada de un pequeño pantano lleno de plantas trepadoras y hongos. El ambiente estaba repleto de mosquitos e insectos más grandes.

—Jor— llamó la mujer, con su característico tono grave.

A los pocos segundos un esquelético hombre salió de la casa, apartando una estera fabricada de plantas entrelazadas de color amarillento. Vestía una especie de túnica abierta manchada de lodo, y curiosamente portaba un par de anteojos con un solo cristal mellado.

—*Nirti. Eh Nut eanka* —afirmó con voz aguda.

—Necesitamos una pierna nueva para el «zokka». Ésta se va a partir.

El hombrecillo se acercó a la pierna y comenzó a tocarla por todas partes. Incluso la olió. Después examinó su anclaje al muñón por medio de correas que se sostenían a su cintura en una especie de arnés.

—Curioso... objeto —dijo finalmente en la lengua de Kur. Se acercó a la cara de Botas y a escasos centímetros de la misma, añadió—. *Dashe*.

—Dice que te la quites. Jor está aprendiendo el idioma de la gente de arriba. Asegura que algún día será importante.

Botas asintió y, comenzó a soltar las correas, ante la atenta mirada de Nirti.

—Aquí *neah*. Dentro— le interrumpió el extraño hombrecillo,

mezclando idiomas.

Botas fue conducido al interior de la casa-cueva, que era amplia y llena de aristas limadas y pulidas. Para sorpresa de Jon, la casa poseía ventanas, unos agujeros redondos que habían picado en la roca y que dejaban entrar luz natural a la estancia. En su interior, múltiples objetos estaban apilados sin aparente orden ni concierto. Para su sorpresa, muchos de esos objetos le eran conocidos; había ropas, paraguas, cacerolas, instrumentos de cocina, e incluso muebles. En otra sección, gran cantidad de contenedores, como cuencos y botellas cerámicos, guardaban sustancias en su interior.

—Jor es nuestro *guía de las sombras*. Tú lo entenderás mejor si utilizo la palabra «chamán» —explicó Nirti, mientras señalaba los ungüentos—. Si tienes algún dolor, díselo.

—*Ah, lacraa nut*. Gente del cielo *crakka otas* —comentó el chamán, señalando el inventario.

—Dice que en tu ciudad tiran muchas cosas a volar. Algunas acaban aquí. Algunas las recupera. Solo él les encuentra utilidad.

—*Raca eno* —rio el hombre, observando al informador.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Botas.

—No necesitas saberlo todo. Ahora siéntate y no molestes —respondió Nirti, que hizo lo propio arrodillándose en una alfombra.

El hombrecillo apartó las cosas de una mesa y colocó la prótesis que le acababa de entregar Mclauden. Ya era chocante ver una mesa ahí, pero aún más darse cuenta de que estaba remendada desde cien pedazos. El chamán dio unos golpes a la madera y luego trató de insertar una especie de punzón.

—*Aah. Menna ahsa otterena, leppida cret.*

—El metal aguanta. La madera está resquebrajada, pero la manufactura es de buena calidad, dice —tradujo Nirti.

—Mejor nueva —dijo el chamán, no si esfuerzo— poco talento.

—¿Talento? —preguntó Botas.

—¿*Nordo*? —intervino Nirti, preguntándole al guía.

—*Shea*— afirmó Jor

—Quiere decir que tiene poco material.

—*Drandakon seima luengo.*

—Es mejor reforzarla y unir lo que se ha separado —asintió Nirti, parafraseándole.

Mientras Jor trabajaba, Nirti le explicó a Botas que su benefactor era toda una autoridad para su gente. Atesoraba saberes que nadie poseía, y los dones que se transmiten de generación en generación. Desafortunadamente, ninguno de sus seis hijos había heredado el don, con lo que el futuro de su pueblo se encontraba comprometido. Esperaba dos hijos más para la primavera, pero la gente empezaba a albergar pocas esperanzas. Algunos murmuraban que el problema

radicaba en que odiaba unirse a las mujeres de la aldea, y por eso su semilla se tornaba débil.

El hombre sacó unos tarros llenos de un ungüento de color marrón que esparció sobre las grietas de la madera con ayuda de una especie de brocha. Después, con suma dedicación, ató unas fibras alrededor de toda la estructura creando una máscara para la prótesis que recordaba a un conjunto de raíces enroscadas. Finalmente, esparció más ungüento sobre el cordel y dejó la pierna sobre la mesa.

—¡Y ahora, *funshna*! —aclamó el hombrecillo de repente, dando una palmada, y muy emocionado.

—Espero que te guste fumar —comentó Nirti, a modo de explicación.

—No estoy en condiciones para esas cosas. Todavía estoy maltrecho —respondió él.

—No se trata de una invitación —interpeló ella, con expresión seria.

—Pff —resopló el magullado informador mientras el chamán acercaba una pipa de basta cerámica y le colocaba una especie de caña larga. Después sorbió y se la pasó a Nirti.

Botas sabía que no estaba en condiciones de ofender a nadie, pero en aquellos momentos, drogarse era la última de sus apetencias. Sin ningún ánimo, aspiró el humo de aquella pipa y comenzó a toser profusamente. Aquello debió parecerles muy gracioso, pues hasta la impertérrita Nirti mostró su sonrisa. Una sonrisa perfecta.

La ceremonia parecía no tener fin, pues los turnos de fumar eran rotatorios. El informador se llevó las manos a la cabeza, mareado, mientras unos tambores comenzaron a sonar en su cabeza. ¿O era en la habitación? Efectivamente, a su lado, Jor se había hecho con unos instrumentos y comenzó a cantar con voz grave y aguda al mismo tiempo. ¿De dónde salía esa voz?

—¿Ya caes? —oyó decir a Nirti, risueña, mientras probaba otro sorbo de la pipa—. Los de las alturas sois débiles. No aguantáis la Ayasha.

—¿Qué es? —preguntó Botas, mientras la habitación comenzaba a dar vueltas a su alrededor.

—Una hierba que crece en los cementerios de los pájaros. Muy poderosa. Muy sana— respondió ella sonriendo.

—¿Sana? Estáis muy locos aquí abajo.

El sonido de los tambores se acompasó formando el ritmo constante de una nueva melodía, que Jor tejió aunando lamentos con letanías incomprensibles. El viejo alzó los ojos al cielo hasta que estos se tornaron completamente blancos, y dio voz al instrumento, que reverberaba una y otra vez en el cráneo de Botas.

—*Meh medera meh medera sabishana leah neh* —medio habló, medio

cantó el chamán, coreado por el rítmico sonido de la percusión.

—Habla de los días antiguos. De cuando los hombres hablaban con los dioses —recitó Nirti mientras soltaba su cabello. El pelo suelto y dorado enmarcó sus duros rasgos confiriéndole una belleza serena— «Nah,man», el día en que los últimos dioses abandonaron a los hombres.

—¿Y por qué nos abandonaron? ¿Tenían mejores cosas que hacer en Baras, la luna roja? —bromeó Botas. Comenzaba a no saber ni qué decía.

—*Meh medera meh medera ashandi nut isla camut* —cantó el brujo.

—Huyeron pues sus enemigos los alcanzaron. Trataron de proteger su obra. Trataron de proteger *Cosho.* De proteger el mundo.

—*Meh medera Lasha dei camio kurrta adiara nio, ha* —prosiguió el chamán, ajeno a la conversación de sus invitados. Parecía sumido en un profundo trance.

—También en eso fracasaron. Por eso hoy somos una isla en las estrellas —recitó Nirti.

—Una isla en las estrellas —coreó Botas, sorprendido de lo interesante que le parecía todo aquello.

Los tambores resonaban en su cabeza y generaban ecos profundos y reverberaciones en el interior de su cráneo. Sentía su consciencia distorsionarse, como si estuviera y no, al mismo tiempo. La escasa luz del final de la tarde entraba por las pequeñas ventanas, fundiéndose con la danzante llama de la lámpara.

Nirti se acercó a él alargándole la pipa. Parecía que el tiempo pasaba muy despacio y del mismo modo, ajeno a él, como si las leyes de la naturaleza le hubieran dado un respiro.

Primero fumó ella, y tomando la mano de él, le ofreció acompañarle. Botas accedió y después perdió el equilibrio cayendo sobre la alfombra. El techo giraba sobre su cabeza y se veía incapaz de continuar erguido.

La mujer se colocó sobre él, soltando los lazos de su camisa y conduciendo las manos de Botas hacia sus pechos, con lentitud.

—Que me aspen —acertó a decir Mclauden.

—*Dranna elaren* —le susurró ella al oído, con una sonrisa juguetona, mientras desanudaba su cinturón—. Los dioses nos observan.

—Pues que miren a otro lado —respondió él, abrazándola.

- Nombre: Jon «Botas» McLauden
- Edad: 52
- Ocupación: Informador
- Origen: Mehen
- Motivación: Ganarse la vida en los suburbios

Su apodo, «Botas», proviene de su pierna protésica, pese a la cuál es capaz de moverse como un felino en las sombras de Mehen. Se deja ver por los tejados para rodearse de un aire enigmático y teatral, pues no es fácil sobrevivir en los suburbios de Phontos como soplón para las bandas. Lo que debe proteger, sin embargo, bien le vale cualquier peligro.

BOTAS

BUSCAVIDAS

EL CORAZÓN HERIDO DE LA MONTAÑA

Interterras.
El Frondo.
Aldea de Uk.

«Aventuras entre riscos y arena,
viajes a lomos de escarabajos gigantes,
una amazona acompañándome...
Demasiado bueno.
Algo malo está a punto de suceder,
seguro».

J. Botas. Mclauden.

Cuando despertó, Botas se encontraba solo en la casa. Una brillante luz entraba por la ventana, o al menos, todo lo brillante que podía ser en aquel lugar.

El ambiente todavía olía a Ayasha, si bien los enseres habían sido retirados. Se encontraba tapado con una manta de pieles, desnudo, y, para su sorpresa, con su pierna de palo perfectamente colocada y anudada desde la cintura. Rápidamente la examinó y pudo ver que aquella sustancia había hecho un excelente trabajo. Se trataba de una especie de pegamento que había solidificado y armado aquel conjunto de fibras como una segunda capa protectora.

Se levantó y buscó sus ropas. Tenía sentimientos encontrados acerca de la juerga de la noche anterior, pero al mismo tiempo, un dolor de cabeza que le impedía plantearse la mayoría de las cosas. De todos modos, él no era un hombre que se planteara demasiado nada.

Curioseó los objetos mientras se vestía. Estaba echando un vistazo a lo que parecía un reloj cuando oyó voces en el exterior. Voces airadas.

Salió con rapidez y pudo observar un grupo de gente más allá del puente. Algunos gritaban y otros les pedían explicaciones. Entre ellos se encontraba Nirti.

Se acercó al tumulto y trató de percibir lo que sucedía. Varios hombres y mujeres gesticulaban con gestos desesperados, señalando en una dirección. Como todos hablaban a gritos, Botas era incapaz de apreciar mucho más. Lo único que sabía es que allí había unas treinta personas cuyos rostros mostraban más miedo que furia.

Nirti reparó en su presencia y se acercó a él. Botas no sabía cómo saludarla, y tampoco si las muestras de afecto serían bien vistas en aquel lugar.

—Debemos irnos —anunció ella, con asertividad.

—¿Qué? ¿A dónde? —preguntó el hombre.

—Más allá de los Riscos de las Águilas. Hay siete jornadas de viaje a buen paso. No está lejos.

—¿Ha de ser ya? ¿Qué está pasando aquí?

—Hay problemas. Y tú eres un hombre y ya puedes caminar —sentenció ella.

—¿Esta es la ayuda que debo prestaros?

—Sí, vamos. Ya se están agrupando en la salida de la aldea.

—¿Y no debería saber algo más antes de salir pitando con lo puesto? —se quejó Botas.

—No —respondió ella, simplemente.

Nirti comenzó a irse en dirección contraria, pero Botas la detuvo, sujetándole el brazo con suavidad.

—Oye. ¿Estás bien? —le preguntó el informador, preocupado.

—Estoy preparada —respondió ella—. Prepárate tú.

Jon observó cómo el grupo se diseminaba. Algunos se fueron en la dirección que tomó Nirti, mientras que otros regresaban al pueblo. Debía prepararse, pero ¿cómo? No llevaba equipaje, ni sabía dónde conseguir víveres.

Sus preguntas se vieron respondidas cuando alguien tocó su espalda. Al girarse, encontró al chamán sosteniendo una bolsa y entregándosela.

—*Nashe erarra nut vaiani*— le dijo. Y añadió— Forastero nunca más.

Botas palmeó el hombro del extraño tipo como signo de agradecimiento, e hizo una pequeña reverencia con la cabeza. El chamán le señaló la dirección a la que debía dirigirse mientras el gesto de su cara cambiaba, tornándose apesadumbrado y repentinamente cansado.

—Gran peligro. Sueños hablan —dijo.

—Haré lo que pueda, y cuidaré de ella —le prometió Mclauden.

Las eternas nubes creaban sombras y claroscuros en los escasos árboles y bosques de arbustos que, esporádicamente, pintaban el árido paisaje. Caminar solo por aquel lugar semejaba a cruzar las oscuras calles de las Colmenas de Mehen. Era hermoso pero inhóspito, un lugar en el que nadie querría habitar. Las paredes de las escarpadas montañas de Kur conformaban una cárcel en el abismo, un laberíntico páramo de roca viva, de piedra, suelo y fango que algunos habían llegado a llamar hogar.

Con tales pensamientos Jon llegó a su destino. Allí le esperaba un

grupo de unas diez personas que estaban preparando las monturas. ¡Y qué monturas! Botas quedó estupefacto al contemplar lo que parecían unos pacíficos y sumisos escarabajos gigantes que piafaban como si de caballos se tratasen, y que permitían que sus dueños les colocaran unos arneses de monta y carga sin rechistar. Doblaban el tamaño de un hombre, y de los dos que había, uno era negro y el otro, marrón.

Al ver llegar a Mclauden, Nirti gritó.

—¡*Ea sherru, ea sherru*!

Y el grupo comenzó a ponerse en marcha.

—Bonitos animales —comentó Botas, al llegar. Acarició el caparazón quitinoso de la bestia, que escasamente reaccionó a su presencia— ¿De dónde los habéis sacado?

—Hay animales sorprendentes en las simas del mundo. Simplemente hay que saber dónde buscar. Estos no solo son mulas, sino amigos —respondió Nirti—. Ésta es Sheera, y aquel Moro.

—Buena chica —saludó Botas al escarabajo.

Colocó un pie en el arnés y subió al lomo de la bestia.

—Trata de no pisarles. Es de las pocas cosas que no les gusta —le advirtió Nirti, mientras ella misma subía al escarabajo negro.

—No hay para todos —calculó Jon, previendo que montaran hasta tres personas en cada uno.

—Sheera es mía. Te permito montar porque eres un débil de arriba, pero no te acostumbres. No te lo permitiré siempre —rio ella.

El hombre se preguntó si Nirti pensaba que su intención era quedarse ahí para siempre. Si así era, estaba muy equivocada. Debía regresar a Phontos cuanto antes, pues tenía muchos asuntos pendientes. No solo estaba Natha, quien lloraría su muerte injustificadamente, sino también el bardo asesino con quien tenía cuentas que arreglar. Y la extraña joven. Y su trabajo. Sin duda después del incidente de la ejecución, su reputación en Mehen subiría como la espuma, algo inmejorable para el negocio.

Observó a la mujer delante de él. Estaba tan resuelta como siempre; cómoda, relajada, segura de sí misma. Se imaginó proponiéndole volver con él, y no pudo evitar reírse imaginando su reacción.

—¿De qué te ríes? —preguntó ella.

—De todo esto. Me parece muy divertido —respondió él, cogiéndola por la cintura.

—Cuando veas lo que vas a ver, cambiarás de opinión —replicó la mujer, mientras soltaba su abrazo sin remilgos—. Hace calor, ¿sabes?

—Captado, mi señora —sonrió en tono burlón.

—Las señoras mueren en alcobas vacías tras vidas insulsas —protestó Nirti.

—Oh, no las que yo conozco, créeme.

—¿Tu esposa, quizás? —preguntó la mujer.

El grupo se había puesto en marcha en esos momentos, y los escarabajos en movimiento se bamboleaban ligeramente sin dar bandazos. Eran mucho más cómodos que un caballo.

—Nunca me casé. De donde yo vengo, las florituras sociales brillan por su ausencia. Todas las mujeres que conozco son unas luchadoras. Por otro lado, creo que ahorré a alguna buena dama el mal trago de convertirse en una Mclauden.

Nirti guardó silencio.

El grupo avanzó durante horas a través de los profundos surcos de los desfiladeros, absorto en sus propios pensamientos. Aunque Botas trataba de iniciar conversaciones, su interlocutora no solía responder, y los demás no le entendían ni una palabra.

La jornada se sucedió en una monotonía inesperada. Cuando cayó la tarde, y la luz que se filtraba a través del manto de nubes escasamente iluminaba el camino, la compañía se detuvo. Montaron un improvisado campamento y aquella fue la primera vez que Jon los vio usar tiendas. Eran tiendas básicas, pero bien confeccionadas, fabricadas de un tipo de lona fibrosa desconocido para él.

Improvisaron una fogata y se sentaron alrededor para la cena. Allí se cantaron canciones y se contaron historias, de las que Nirti traducía la mayoría.

Una de ellas llamó su atención; hablaba sobre *el pueblo de los durmientes,* gente con poderes extraños que superaban los de los chamanes. Según los relatos, podían otear y vislumbrar los límites de la experiencia humana, y aun trascenderla. Podían caminar entre los muertos. Para el pueblo fronterizo eran sagrados, y también para las tribus conocidas, pues portaban uno de los últimos regalos de los verdaderos dioses. Habían sido buscados y diezmados durante ciclos, y los que quedaban, raramente asomaban la cabeza al mundo.

—¿Conoces a alguno? —le preguntó Nirti a Botas cuando acabó de traducir.

—Por cómo lo describes, creo que sí. Lamentablemente a estas alturas ya estará muerto.

—Cuéntame más —pidió la salvaje.

—En Mehen había un tipo. Un tipo extraño al que se le atribuían con temor, muchas de las cosas que has recitado. Vivía en búsqueda y captura por parte del Censo y causaba verdadero terror entre la gente. Personalmente nunca vi nada, pero siempre corrían rumores de sus actos viles y sus oscuras capacidades. Luego resultó que era un hombre muy tratable, que aun me ofreció algún consejo cuando lo necesitaba —explicó Botas, rememorando hechos sumamente recientes.

—Eso pasa porque allí arriba sois idiotas. Deberíais venerarlo y

escuchar lo que dice, en lugar de temerlo. Según las leyendas, los *durmientes* son los heraldos de la destrucción —explicó Nirti.

—Eso no suena nada bien, ¿sabes? —bromeó Mclauden.

—¿Y por qué no? Son los vigías del peligro. Los llamados a avisarnos del retorno de los dioses.

—¿Pero no eran los dioses quienes les dieron su poder, según tus historias?

—Hay varias clases de dioses, Mclauden. ¿No te enseñaron nada? —bufó la mujer.

—Nada de nada. Autodidacta desde crío —rio él—. ¡Y que me aspen si no me ha servido! Lo siento, no quiero ofenderte ni nada, pero no creo en ningún dios, deidad, o ser supremo al que le importemos una mierda. Ni para bien, ni para mal —espetó Botas.

—Yo tampoco he visto a ninguno, pero creo en las tradiciones de mi pueblo. Los ancianos las transmiten a sus hijos, y estos a los suyos propios, desde hace más tiempo del que recordamos —explicó la salvaje.

Botas se pudo imaginar lo deformadas que estarían esas historias tras el paso de tanto tiempo y la adición de tantos individuos a las mismas. Todo rumor o anécdota comenzaba como una banalidad, y si se le daba la oportunidad, crecía y crecía en sí misma hasta acabar convertida en una gran hazaña, o un acto deleznable en el que los actores que le dieron vida ya poco importaban.

«A la gente le encanta creerse sus propios cuentos» —pensó el informador, si bien se guardó mucho de contradecir a su aguerrida compañera.

Las historias continuaron durante horas, tras lo cual marcharon a dormir. Nirti tomó su mano invitándole a compartir su tienda, y Botas no rehusó.

En medio de la noche, con la lona de la tienda cubriendo sus cabezas, Jon se sintió tranquilo por primera vez en mucho tiempo. Acariciaba el cabello de Nirti mientras la observaba revolverse en sueños. Era tan fuerte y decidida que sin duda debía cargar con todos sus miedos para sí misma, aflorando estos en agitados sueños, cuando nadie la observaba.

—Ven conmigo— le susurró. Pero ella continuó durmiendo.

Las siguientes jornadas sorprendieron a Botas enormemente. El primer tramo continuó de manera similar, hasta que, llegados a un punto, la cabecera de nubes comenzó a disiparse. Conforme avanzaban, el cielo azul asomó sobre sus cabezas abandonado el eterno gris, y un sol de justicia cayó sobre el vasto páramo que ante ellos se extendía. La

cordillera de Kur había quedado atrás, y el desfiladero se abría a un extenso desierto de arenisca hasta donde la vista alcanzaba.

—La llanura de Laia —afirmó él, sorprendido al verla desde abajo. La había contemplado antes, pero solo desde los Keppler que cruzaban Interterras.

—Cornafallas —corrigió Nirti—. Ya queda menos.

— ¿Nos vamos a adentrar en el desierto?

—Unas millas. Luego nos desviamos hacia el este.

—¿Qué hay por allí? —preguntó, mientras señalaba la increíble extensión de terreno, sintiendo de pronto unas irreprimibles ganas de salir a descubrirlo.

—Arena. Polvo. Otras tribus.

—A mí me suena a aventuras y posibilidades —señaló Botas.

—En el futuro te llevaré, si quieres —dijo Nirti, satisfecha al ver que aquello complacía a Jon—. Hay muchas millas en todas las direcciones.

Mclauden sonrió imaginándose la escena. «Botas el explorador», cabalgando a lomos de un escarabajo en busca de aventuras. Sin subterfugios, sin trapicheos, sin contrabandos ni redadas de cenestes. Tan solo la libertad bajo el sol, de la mano de una hermosa amazona.

Mucho se temía que ese destino le fuera imposible. Sin embargo, no quería borrar aquella sonrisa en la cara de Nirti. La usaba tan poco...

La comitiva continuó su marcha durante varios días, a través de caminos sin nombre que tan solo el pueblo de Uk conocía. El sol apretaba conforme subía en el cielo y bañaba el paisaje de dorado rojizo. No se trataba de una llanura totalmente abierta, pues la curiosa orografía de Interterras levantaba montañas escarpadas de paredes rectas, por doquier y de forma aleatoria. Después de todo, aquel tajo en la tierra del tamaño de un país entero se encontraba por debajo del nivel del mar.

En el camino encontraron varios oasis de plantas cactáceas que acumulaban agua en su interior.

Representaban una parada necesaria en el camino, y un lugar muy apacible repleto de animalillos, insectos y clemente sombra. Había que evitar las espinas, eso sí.

Finalmente, torcieron su ruta abandonando el páramo abierto para internarse de nuevo en un canal descendente. Las paredes de la sima carecían de techumbre nubosa y dejaban entrar los rayos del sol del mediodía. El paisaje en aquel nuevo valle era muy diferente al de Uk. Los amplios cortes de la roca albergaban terrazas escalonadas con abundante vegetación, y el valle se dibujaba en U como el de un antiguo glaciar. En su suelo se levantaban bosques de cayotas, una variedad de palmera que no necesitaba mucha luz para crecer. A sus

pies, se entrelazaban ciclámenes, milenramas, acebillos, pandanos y variedades de mirtos. Pájaros de cientos de especies poblaban las ramas de los árboles y las cavidades de la roca. Pequeños animalillos se escondían de la vista de los forasteros a su paso.

Sin embargo, nada más adentrarse en el valle, Botas comenzó a sentirse nervioso sin razón aparente.

—Algo me huele mal —anunció.

El peligro no solo no le era extraño, sino que durante toda su vida había sido su compañero de juegos. Por ello, Botas detectaba muy bien los problemas antes de que llegaran a manifestarse. Aquello le había salvado el pellejo en Mehen todos sus largos años.

—Estás en lo cierto, tienes buen olfato —afirmó Nirti—. Y va a empeorar.

—Es extraño porque todo parece bastante normal por aquí, y aun bastante agradable a la vista. ¿Qué sucede? ¿Qué es lo que estoy sintiendo? —preguntó Botas, confundido.

—Ya lo verás. Aún nos queda viaje por delante.

La comitiva avanzó más despacio a partir de entonces. Conforme hollaban el valle, la generosa vegetación que los había recibido en un principio fue enrareciéndose. El empobrecimiento paulatino del ecosistema se acompañaba, no solo de una notoria ausencia de presencia de pájaros, insectos y otros animales, sino de un extraño helor que se metía en los huesos de forma antinatural.

Los sonidos cesaron hasta convertirse en un silencio latente e incómodo que únicamente se rompía por el ruido de los pasos de sus pies y patas sobre el suelo, terroso y ralo.

En un punto del camino encontraron un campamento parecido a los que ellos mismos desplegaban cada noche. En su interior había gente abrigándose con mantas, y algunos heridos siendo atendidos.

—Son los *Dámar*. Es una de las tribus de los páramos —explicó Nirti mientras desmontaba de un salto— ¡*Sha Sha nae, nebranna*!

—*Ukkaru enno* —le respondió un tipo. Su estilo era diferente al del pueblo de Uk, pues su tez era más morena y sus ropajes completamente blancos se anudaban a modo de túnica hasta los pies.

Nirti y el jefe de la expedición de Uk entablaron una conversación con los nativos del valle, y los ánimos se exaltaron. Los dos grupos se conocían, o eso parecía por las familiaridades que usaban. Nirti se mostraba preocupada mientras examinaba a los heridos. Estos no parecían dañados físicamente, pero por alguna razón, se retorcían sufriendo. ¿Envenenados quizás?

Botas descendió de Sheera y se acercó al grupo. Todos hablaban a la vez y a gritos, con lo cual no podía distinguir ninguna de las escasas palabras que había aprendido desde que llegara.

—Se está extendiendo —le dijo Nirti a Botas, con una expresión

grave en su rostro.

—¿Qué es lo que se extiende? —preguntó Botas asustado, imaginando que su idea del envenenamiento no iba desencaminada. Seguro que aquella gente era víctima de una plaga.

—El mal —respondió ella, con su característica seriedad.

—¿Qué quieres decir con «el mal»? ¿Una enfermedad contagiosa? ¿Un enemigo de vuestros pueblos? —indagó Jon, preocupado ahora de haber ido a caer en mitad de una guerra entre tribus.

—Un enemigo de todos los pueblos —añadió la mujer.

Siguiendo las voces y gritos de los guías, el grupo se puso en marcha de nuevo, alejándose del campamento. Se adentraron en la senda y pronto comenzaron a aparecer muestras de un nuevo tipo de vegetación. Extrañas raíces de color negro se adherían a las rocas y a las paredes como si de plantas trepadoras se tratasen. La tierra empezaba a dejar de ser arenosa de color bermejo para convertirse en un fango seco y grisáceo. A sus fosas nasales llegaba un característico olor azufrado y sulfuroso, si bien nada a lo que se acercaban parecía desprenderlo directamente.

—¿Este paisaje es normal? —preguntó Botas, sabedor de que la respuesta iba a ser negativa.

—No. La tierra está cambiando —Nirti se descolgó sin desmontar con una pirueta y recogió un puñado de tierra del suelo. Después se la entregó a Jon. Al cogerla, éste notó que se trataba de una especie de masa. No era húmeda ni compacta pero sí dúctil y maleable. No se parecía a nada que hubiese visto. Sintió asco y la apartó de sí.

—¿Desde cuándo sucede? —indagó él.

—No lo sabemos. Se ha gestado en el interior de las grutas y ha ido expandiéndose. Nadie ha llegado a encontrar el centro de la miasma, si es que existe —respondió la mujer—. *Todas* estas podredumbres han ido apareciendo día con día.

—En Phontos hay especialistas en plagas que saben elaborar muchas clases de venenos. Acaban con ratas, cucarachas, y toda clase de bichos infectos —explicó Botas.

—Lo que está pasando va más allá de una miasma natural que molesta al hombre —adujo Nirti, mientras arrancaba un trozo de raíz escamosa—. Esto es contrario al orden natural. Uno se da cuenta a simple vista.

Con cautela, siguieron adentrándose en la zona. Conforme más se acercaban al punto de destino, la situación se hacía más notoria. Era como si el paisaje hubiera cedido ante algún tipo de ecosistema dominante que lo colapsara. Nada parecía propio de allí, ni de ninguna parte, dicho sea de paso.

Junto a las paredes aparecían formas extrañas parecidas a hongos pero que se hinchaban y retraían sobre sí mismas. Una de ellas había

extendido un tentáculo hacia la pata de Moro, tratando de atraparlo, afortunadamente sin éxito.

—Me duele la cabeza —dijo Botas.

—Es este lugar. Cuanto más permanezcamos aquí, más atacará a nuestros sentidos. Debes permanecer sereno.

Cuando llegaron a la entrada de una enorme caverna, los que abrían la expedición comenzaron a gritar y a dar voces en aquel extraño idioma, señalando hacia un punto concreto. Algo se estaba moviendo entre las rocas, y aunque no pudieron ver bien lo que era, parecía muy rápido. Algunos arcos se tensaron y comenzaron a volar las flechas hacia la zona, sin impactar en nada. En ese momento lo que quiera que fuera ese ser, comenzó a caminar por las paredes emitiendo un chillido agudo hasta que, de un salto, se perdió en la entrada de la caverna.

—¿Qué demonios era eso, por los mil infiernos? —gritó Jon, con el corazón todavía palpitando.

—Ni idea. No lo habíamos visto hasta ahora. Será mejor que nos armemos bien —respondió Nirti, entregándole a Botas una lanza.

—¿Me estás diciendo que vamos a entrar ahí? —preguntó, tragando saliva.

Frente a él, se levantaba una apertura cavernosa de dimensiones considerables. Alrededor de la entrada habían crecido filamentos negros que cubrían la montaña a modo de telaraña. Parecían provistos de vida propia, pues sus formas no eran estáticas, sino que fluctuaban. Más y más organismos fungi se apostaban en los lados. La montaña entera parecía supurar una sustancia viscosa y latía con cadencia propia, como si de un corazón se tratase.

—Para eso hemos venido —afirmó Nirti, si bien su voz se quebró levemente durante un instante. Instante que superó en seguida, inspirando y levantando la barbilla—. Ha crecido muchísimo. Cuando reparamos en ello, sucedía en el interior de las cavernas, muy muy adentro. Tan solo ha pasado un ciclo lunar desde entonces.

—¿Para qué estoy aquí, Nirti?

—Para ser testigo —respondió ella—. Para ser la voz de tu pueblo.

Botas se preguntó qué clase de testigo podía ser él. Había sido dado por muerto, y demostrar al mundo lo contrario no le parecía una buena idea. Su plan para regresar a Phontos pasaba por cambiar de identidad, no por ir corriendo al primer ceneste que viera para hablarle de amenazas inverosímiles en el fondo de Interterras. Si eso era lo que pretendía el pueblo de Uk de él, sería mejor que encontrase pronto la manera de escabullirse.

El grupo encendió unas antorchas y se adentró en la caverna sin esperarle. Aquella hubiera sido quizás su mejor oportunidad para escapar, robando un escarabajo y corriendo como alma que lleva el

diablo hacia cualquier otro lugar. Hubiera sido lo más sensato.

Sin embargo, sus pies lo pusieron en dirección al abismo, desoyendo todas las advertencias de su cerebro. Como siempre.

Mclauden agarró con fuerza la lanza, echando de menos un par de pistolas, o en su defecto, un buen puñal. Aquel animal que trepaba por las paredes como una araña no le había dado buena espina, como tampoco el entorno opresivo en el que se estaba metiendo voluntariamente.

«Mclauden, luego no digas que no te avisaron» —se dijo a sí mismo, enfadado.

Descendieron a través de pasajes muy amplios. Aquella caverna abovedada más bien semejaba una catedral de roca viva, una maravilla de la naturaleza. Habría sido hermosa, suponía, de no ser por el ecosistema que había ahí instalado.

Plantas bulbosas, raíces que se enroscaban a la piedra con vida propia y seres que se escabullían de su mirada. Todo aquello, dentro de lo extraño no era lo peor. Lo peor sin duda era la opresión que Botas sentía en su cráneo. Conforme avanzaban se acentuaba, tanto que llegó un momento en el que le fue imposible continuar, pues la sala entera comenzó a darle vueltas. Perdiendo el equilibrio, cayó al suelo y se golpeó el hombro con una estalagmita incipiente. Gruñó.

—Toma esto —dijo Nirti, quien se agachó a auxiliarle, ofreciéndole un odre.

—No tengo sed —respondió él, mareado.

—No es agua. Bebe.

Botas se incorporó como pudo y agarró el recipiente. Obedeciendo, se lo llevó a la boca y trató, sin éxito, de no saborear su contenido. Era amargo, profundamente amargo, hasta el punto de que tuvo que reprimir una arcada tras ingerirlo. Después tosió.

—Agua —gimió entonces—. ¿Qué demonios es eso? ¿Pretendes matarme?

—Extracto de guano de Gnull. Despeja la mente del influjo demoníaco. Con eso serás capaz de continuar.

—¿De verdad he oído «guano»? ¿Y dónde vamos? Si esta tierra está maldita, lo mejor sería dar media vuelta antes de que nos encontremos algo peor.

—Nos dirigimos al origen de este mal.

—¿Por qué? —preguntó Botas, incrédulo.

—Porque alguien tiene que hacerlo —respondió ella, muy segura de que aquella respuesta acabaría con cualquier duda al respecto.

Agarrando la mano de Botas, le impulsó para que se levantara. El hombre así lo hizo y hubo de reconocer que el brebaje funcionaba, pues su mareo disminuía y también el terror antinatural que le había estado acosando desde que se acercó al lugar. Ahora se sentía muy

estúpido por su comportamiento anterior, y empezó a pensar que beber el guano de un animal desconocido no era tan malo como parecía.

Mientras descendían, se dio cuenta de que había empezado a admirar a esa gente tan directa y resuelta. Si existía un problema, el pueblo de Uk lo enfrentaba sin tapujos y sin subterfugios. Para él aquello era un soplo de aire fresco ya que la capital era un hervidero de intrigas y conspiraciones, especialmente entre las bandas de Mehen. Mientras contemplaba a Nirti, imaginó que ella también habría llegado a esa conclusión muchos años atrás.

La marcha se detuvo de golpe ante una exclamación imperativa del jefe de expedición, un hombre delgado y fibroso que había pintado su cara de color azul en lugar de negro.

—*Sheshe* —señaló con su lanza.

Botas, saliendo repentinamente de sus ensoñaciones, quedó fascinado con lo que veía. Delante de él se alzaban, de forma totalmente inesperada, unas escaleras que no eran de piedra sino de alguna clase de aleación de metal y que descendían hasta una extravagante plataforma. La estructura formaba un hexágono perfecto enclavado bajo la montaña, y su utilidad parecía muy obvia: sostener en su centro un artefacto sobre el que flotaba en suspensión un cilindro translúcido.

El cilindro emitía pulsos de luz que Botas sentía directamente en su cuerpo, resonando. Y no solo él. La montaña entera palpitaba con cada uno de aquellos pulsos, haciendo caer del techo gotas de aquella sustancia negruzca que la piedra supuraba.

A Mclauden le costaba respirar. Y no solo era por el sobrecogimiento que le atenazaba, sino debido a algo físico. El aire ahí estaba enrarecido, emponzoñado, y quemaba en la garganta respirarlo. El miedo volvió a hacer mella en su voluntad.

—Tenemos que irnos de aquí —anunció, con los ojos muy abiertos.

—No. Debemos bajar —dijo Nirti—. Hemos venido para esto. Tan solo necesitas más *Pogma*.

—No lo entendéis. Algo no va bien. Algo va terriblemente mal.

—Eso está claro, Mclauden —sentenció la mujer mientras comenzó a descender la escalera, seguida del jefe y de los demás.

Botas se quedó paralizado sintiendo el latir de aquel pulso. Era rítmico. POM, POM, POM. Reverberaba en sus huesos, en su sien y en su nuca. Latía en la estructura misma de la montaña y ésta vibraba a su son, como si de un corazón se tratase. Una gota cayó en su hombro, y luego otra más.

Contempló a sus compañeros acercarse a la plataforma. Comenzaban a dudar y a mirar a todas partes. Sintió que debía unirse a ellos, pero algo lo inmovilizaba ahí, expectante, testigo inmóvil de

una situación que escapaba a su control.

—¡Eh, baja aquí ahora mismo, Mclauden! —le gritó Nirti.

Pero no podía. Algo iba mal. Algo iba muy mal. Quería gritarles que salieran de ahí, que escaparan antes de que fuera tarde. Pero por alguna razón ni siquiera él se movía.

POM, POM, POM.

Un sonido sordo de resquebrajamiento rompió el silencio. A su izquierda, la bóveda se abrió en una grieta.

Perdiendo el aliento, Jon sintió una vibración bajo sus pies. De recónditas madrigueras subterráneas comenzaron a emerger pequeños roedores, insectos y algunos seres inidentificables que tomaron una única dirección, la que conducía, a través de él, hacia la salida.

—¡La montaña se nos viene encima! —gritó Botas a pleno pulmón, viendo todos sus temores hechos realidad.

Coreando el grito, la montaña bramó en un eco profundo desde su mismo centro. Sin más aviso, el suelo comenzó a moverse y las paredes a agrietarse a su alrededor.

Los expedicionarios abandonaron la plataforma y saltaron los peldaños de dos en dos hasta alcanzar a Botas, quien seguía paralizado. Cuando Nirti llegó hasta él, le cogió del brazo.

—Tú tenías razón, ¿Qué haces? ¡Vamos! —le gritó, desesperada, mientras sentía que el techo se partía sobre su cabeza y Botas no parecía tener intención de moverse del sitio.

Una sección junto a ellos se desmoronó, teniendo ambos que saltar a un lado. A lo lejos, los demás se perdían de vista.

—No lo lograremos —susurró Botas, observando a su alrededor—. Demasiado lejos de la salida.

La montaña bramaba sobre ellos. Una nueva grieta se había abierto y comenzaban a caer rocas del techo.

—Tenemos que intentarlo... —respondió angustiada Nirti, mientras tiraba de Botas. No quería marcharse sin él, pero el hombre parecía decidido a morir sin remedio.

—¿Confías en mí? —preguntó él, en apenas un aliento, mirándole a los ojos con suma preocupación.

Nirti lo observó sin decir palabra, y dejó de intentar tirar de él. Jon asintió gravemente y la cogió de la mano. Presa de un terror que difícilmente podía manejar, la condujo a través de aquellas escaleras hacia la plataforma. Corrieron hasta llegar al artefacto y se acurrucaron a su sombra.

—¿Y ahora qué? —gritó la mujer.

—Ahora reza a tus dioses —respondió Botas, abrazándola—. Y si me he equivocado, espero que no me guardes rencor en la otra vida.

El temblor llegó a su punto álgido y la pareja contempló, acurrucada en el suelo, cómo la entrada por la que habían llegado y la

subsiguiente cámara se venían abajo. En uno de los lados de la cueva se abrió una sima y en otro se combaron las paredes, haciendo que una de ellas cediera sobre la plataforma. Las rocas se desprendieron sobre Botas y Nirti y ambos se abrazaron con fuerza, esperando el final.

Sin embargo, éste no llegó. Ante su asombro, las rocas impactaron y resbalaron ante un campo invisible que rodeaba el artefacto, varios metros de diámetro a su alrededor. El escudo parecía aguantar los embates con total eficacia, protegiendo aquel cilindro, que no había detenido su rítmico pulso en ningún momento.

La hecatombe duró unos tres minutos más antes de ceder a la calma, poco a poco. Las vibraciones dejaron de sucederse en intervalos de más a menos regulares hasta extinguirse, y el interior de la montaña regresó a su silencio.

La pareja se levantó del suelo con temor. Ante sus ojos, la montaña lucía desvencijada. La escalera y la entrada por la que llegaron ya no existía, y bajo ellos se abría una sima. Sin embargo, la plataforma había aguantado, así como aquel invisible escudo, que aun ahora soportaba el peso de una sección entera de rocas que se habían desmoronado. Contemplar aquella amalgama de piedras suspendidas en el aire parecía cosa de brujería. Incluso la nube de polvo, aristas y tierra que se había originado con la vorágine, había permanecido suspendida fuera del radio de aquel escudo invisible que los cobijaba. Ahora se disipaba lentamente, posándose sobre el suelo y sobre la traza inexistente del parapeto.

—¿Cómo sabías que esto pasaría? —indagó Nirti, recuperando el aliento y señalando el escudo.

—No lo sabía —respondió él, todavía incapaz de creer que hubiera funcionado.

—Pero esto es algo imposible y deberíamos estar muertos. Sin duda esto es cosa de magia, y no sé cómo, Mclauden, pero tú conocías su significado —bramó.

—Dioses, no. Simplemente vi la cosa «esa» flotando en el aire y me fijé en que nada de lo que estaba cayendo le impactaba. Dado que seguir por los túneles era una muerte asegurada, pensé que podríamos probar. Últimamente sobrevivo a cosas tan inverosímiles, que empiezo a pensar que alguien de ahí arriba me quiere vivo —explicó el bribón.

—¿Ahora piensas que eres un elegido de los dioses? —preguntó Nirti, enarcando una ceja. Ni siquiera ella se creía de verdad esas cosas.

—Mucho me temo que no. Más bien creo que estoy gastando de golpe toda la suerte que me queda para el resto de vida —suspiró Mclauden.

—Vivos o no, estamos atrapados en una tumba de piedra, y no veo

cómo podremos salir de aquí— protestó la salvaje.

—Shhht. Escucha— interrumpió Botas.

Aguzando el oído, ambos notaron el sonido de crujidos en la montaña, mucho más lejos de ahí.

—Los temblores se extienden —explicó Botas—, hacia el noreste. ¿Qué hay al noreste?

—La cordillera Arlada. La ciudad de las nubes —respondió Nirti, asustada.

—Phontos —afirmó Botas, tragando saliva.

EL EMPRESARIO

República científica de Gisboa.
Antillas Luxor.
Cerca de la fosa de Ápalos.

«Pionero, preciso, perfeccionista,
precursor, proactivo, previsor.
Son muchos los adjetivos con P
capaces de describir a Antillas Crane.
Mi preferido es; paciente».
Corso Welles.

Las aguas calmas del océano tras ser abatido por la tormenta mecían trozos de maderas y redes, y algas muertas sobre una superficie que reflejaba la luz prístina de Giros.

En cubierta de popa, saboreando el aroma a salitre, el joven Gilbert mascaba goma y pensaba en volver a casa con su madre, quien preparaba las mejores tartas de manzana con amapola del país, de eso estaba seguro. Y tenía tanta hambre... aquella cuarentena era tan estricta, que incluso la cantidad de las porciones respondía al riguroso plan alimenticio de una doctora especialmente dada a la escasez.

Se recolocó las gafas y pensó en Ameria. Hacía horas que había bajado en aquella loca expedición, y por lo que él sabía, la «Safari» no tenía una autonomía tan grande como para permanecer mucho más tiempo sumergida. Después de todo lo que había visto, temía lo peor. ¿Debería haberla acompañado? ¿Por qué siempre tenía que sentirse tan miserable después de tomar una decisión?

De todos modos, su presencia habría sido inútil, de eso estaba seguro.

—Por favor, que esté viva —imploró Gilbert a Baras, la tímida luna roja que languidecía ante el brillante resplandor de su gemela blanca. El satélite le devolvió la mirada y un quedo silencio—. Si me concedes ese favor, dejaré los dulces. ¡Te lo prometo!

En ese instante, un fuerte ruido en el agua lo sobresaltó. Como súbita y providencial respuesta a su plegaria, el morro del esperado batiscafo emergió del océano y, reposando después en calma sobre su superficie, apagó sus motores.

Gilbert comenzó a gritar desaforadamente, esperando ser oído por todos, tanto por los de dentro de la embarcación, como por los de fuera. Su esfuerzo pronto se vio recompensado, encendiéndose todas las luces del *Antillas Luxor*, y acudiendo la tripulación casi al completo

a ver qué sucedía.

Siguiendo órdenes precisas, el barco se acercó a una distancia prudencial y extendió los ganchos de la máquina elevadora que el barco llevaba incorporada. El «Safari Crane» fue alzado y remolcado hasta el puente.

Lando, que había llegado segundos antes, se encaramó sobre la batisfera y movió los pernos de anclaje, abriendo la cúpula. En su interior, la tres personas que bajaran horas antes, se encontraban quietas, con los ojos cerrados.

—¡Médico! —gritó Lando.

La médica especialista de la expedición se acercó al lugar, cargada con su equipo móvil y su traje de contención epidémica. Con un gesto, ordenó que los sacaran de ahí, con cuidado.

Tras un examen inicial y rápido les colocó unas máscaras unidas a unas pequeñas botellas.

—Viven. Sufren de hipoxia. Hay que llevarlos dentro y tratarlos ya —dijo taxativamente, ordenando que se los llevaran.

—Han consumido la totalidad del oxígeno. La concentración de monóxido de carbono de los últimos minutos llegó al grado de toxicidad —informó Lando, observando el instrumental.

—Esperemos que no sea tarde —adujo la doctora, recogiendo su equipo y acompañando a las camillas.

Gilbert se quedó parado, estupefacto. Sacó la goma de mascar de su boca, y mirándola unos segundos, la lanzó por la borda. Lando se acercó a él.

—Buen trabajo, Gil. Si se salvan será gracias a que los viste en seguida —le dijo, colocando una mano en su hombro.

—Yo... vivirán, ¿verdad? —imploró más que preguntó, el joven.

—Esperemos que sí —respondió el siempre austero y conciso Lando —. Vamos a dentro.

Las horas pasaron en el camarote como si el tiempo se hubiese detenido. Lando y Gilbert jugaban a las cartas, mientras Dave permanecía sentado mirando por una claraboya, como siempre. La presencia del muchacho los mantenía siempre expectantes, pues no sabían de qué era capaz.

—Esperáis inútilmente —soltó Dave sin venir a cuento.

—¿A qué te refieres? —preguntó Gilbert.

—Si viven, serán para ellos —rio el muchacho. Acto seguido se puso a mascullar para sí mismo.

—Ignóralo— dijo Lando, no sin enfado.

—Me da un poco de miedo —susurró Gilbert, acercándose al oído

de Lando.

—A mí me da lástima —adujo su compañero—. Temo que su daño cerebral sea irreversible.

La puerta del camarote se abrió en ese momento, y los dos compañeros se levantaron como un resorte, expectantes.

—Podéis pasar. Tú no, Dave. Tú te quedas ahí, quietecito y sin dar problemas —ordenó la doctora. El chico respondió con una sonrisa torva.

Al entrar en la sala, Gibert sintió un profundo alivio al ver a los tres expedicionarios despiertos e incorporados. Parecía que ninguno quería quedarse ahí ni un segundo más, por la forma en la que se quitaban el instrumental médico.

—Gil, Lando —llamó Ameria al verlos entrar.

—¡Qué alegría verte bien! —exclamó Gilbert, entusiasmado, yendo hacia ella para darle un abrazo.

—Tenemos que ir a tierra de inmediato —le interrumpió la mujer —. Tenéis que hablar con el capitán.

—Estamos en cuarentena, Ameria. Tú incluida —respondió Lando.

—Que preparen alguna instalación en tierra para aguantar la cuarentena. No podemos quedarnos aquí —respondió Ameria.

—¿Qué sucede? —preguntó Lando, asustado por la urgencia.

El hombre de traje, ya no tan inmaculado, se levantó de su camilla y se dirigió a la doctora.

—Señora, necesito usar la radio —dijo.

—Eso no será posible, señor Welles —respondió ella.

—Sabe quién soy, bien. Entonces sin duda sabrá quién paga su sueldo, este barco y todo su tiempo. Necesito, y recalco, necesito hablar con el señor Crane inmediatamente.

La mujer pareció disgustada y contrariada, pero también asustada.

—Está bien, señor Welles, acompáñeme —respondió finalmente.

—Todos iremos —anunció Ameria.

Gilbert vio cómo, sin añadir nada más, el grupo salía por la puerta del camarote y le dejaban con la palabra en la boca. Todos, menos alguien que le dio una sonora palmada en la espalda y después le abrazó.

—Eyy, el bueno de Gilbert —dijo Marcus, sonriente—. ¿Cómo va todo por aquí? Tengo un poco de hambre. ¿Sabes cómo asaltar la cocina?

—Eh... sí. Soy más o menos experto en ello —respondió el biólogo.

—Genial. Vamos a por unos trozos de tarta ¿eh?

—Yo comeré un sándwich, si no te importa —respondió el joven mientras recolocaba sus anteojos y acompañaba a su compañero.

— ¡Más tarta para mí entonces!

Antillas Crane era un hombre muy ocupado. Prácticamente todas las horas de su día se regían por un meticuloso plan anotado en su agenda, que contemplaba con rigor. Era algo muy extraño que se saltase una cita, pese a tener a su disposición al mejor equipo de subalternos del país, con una disponibilidad total.

Sin embargo, esa mañana, el señor Crane hubo de abandonar una reunión que había costado meses pactar, entre él y el magnate del carbón de Gisboa. Aquello no traería nada bueno, pero sin duda era necesario, ya que Corso Welles había solicitado conferencia inmediata. Y si Corso Welles hacía eso, el ignorarlo sin duda traería problemas mayores que el tema del combustible.

—Corso. Me alegro de qué te encuentres sano y salvo —le dijo Crane a la radio, una vez se quedó a solas en la habitación.

—Señor, me temo que hay asuntos más importantes que mi bienestar personal. Me envió aquí en busca de respuestas, y muy a mi pesar lo que traigo son más preguntas —respondió el flemático mayordomo.

—Habla, amigo mío —le instó el empresario, tomando asiento y un cuaderno para anotar.

Clara y concisamente, el señor Welles relató sus aventuras. Le habló del informe de la estación submarina, de la tripulación en sí, y de su viaje en el «Safari Crane». Aquella parte fue la más complicada de explicar para el flemático cerrídano, que trató de detenerse en cada detalle, con la esperanza de no obviar ningún punto importante.

El relato superaba todas las expectativas del empresario.

—Corso, ¿me estás diciendo que viste un artefacto de manufactura humana, ahí abajo? —preguntó el hombre.

—No sabría responder a esa pregunta, señor Crane. Que no era un accidente natural, en cambio, sí puedo asegurarlo —respondió.

—¿Conseguiste alguna prueba?

—Mucho me temo que no. Intentamos aproximarnos al artefacto cilíndrico y observamos cómo emitía una luminiscencia propia, de forma rítmica. El señor Bane intentó usar el brazo tractor del «Safari Crane» para asirlo, desoyendo todas mis quejas, con ningún éxito. Algún tipo de campo de fuerza o escudo no visible rodeaba el aparato.

—¿A qué profundidad os encontrabais?

—El instrumental de la nave había dejado de funcionar mucho antes, así que no lo sabría decir con exactitud. Los especialistas podrían responder a eso mejor, si bien he conseguido dejarlos aparte en esta conversación.

—Vuélveme a hablar del descenso hasta ahí —instó el empresario.

—Fu... de... so... no... gra...

—¿Corso? —Crane dio unos golpecitos a la radio, que una vez más, empezaba a fallar. Tendría que mejorar aquel invento del demonio.

La niebla de radio dio por finalizada la conversación. El hombre se levantó de su asiento y observó las notas que había tomado. Se sentía nervioso, en parte inquieto, en parte impresionado. Podía no dar crédito a informes y palabras de terceros, pero viniendo de su fiel mayordomo, aquello era imposible. A no ser que se tratase de algún tipo de histeria colectiva, el fenómeno no podía ser despreciado, teniendo en cuenta las pruebas. La locura transitoria, sin embargo, explicaría muy bien todo lo relatado, y sin una sola prueba tangible en poder de su subalterno, se trataba de una conclusión más lógica que la que él desearía.

Pero ahí había algo más, y Crane lo sabía. Olfateaba los problemas cuando estos todavía se encontraban gestándose, aun cuando no se trataban más que de una infantil idea. No descartar nada había sido siempre su política, y no iba a cambiarla ahora.

No obstante, era imposible para él dejar Soc Cérridan en esos momentos. Y también estaba el asunto de la cuarentena. Corso le había dicho que la doctora pretendía arribar a tierra, saltándosela. Entendía su vehemencia, pero aquello era inadmisible. No pondría en riesgo de contagio bacteriológico a la población de Gisboa, ni él, ni por supuesto las autoridades a las que ya había puesto al corriente de un posible brote epidemiológico en la costa.

—Pero no puedo esperar cuarenta días —se dijo a sí mismo.

En ese momento alguien llamó a la puerta. Asomando tímidamente, una mujer traía una bandeja sobre sus manos.

—Señor, su té de la mañana. Todavía no se lo ha tomado —dijo ella, con un hilo de voz.

—Pasa —sonrió Crane, observando a su eficiente ama de llaves. Aquella mujer cuidaba de él como si fuese su madre—- Reega, dime una cosa...

—¿Señor? —respondió la apacible dama, ofreciéndole la humeante taza, acompañada de unas delicadas pastas.

—¿Qué harías tú si un familiar tuyo estuviera enfermo y no pudieses verlo por miedo a contagiarte?

—Mandaría a un médico para que lo curase, señor —contestó ella con timidez, pese a que pensaba que era una pregunta muy tonta.

Crane se quedó pensativo y ensimismado.

—¿Y si no hubiera cura?

—Yo... rezaría por su suerte, señor.

—Rezar no me servirá de mucho —musitó, susurrando.

—O… quizás buscaría a alguien que hubiese superado esa enfermedad. Oí que los que se vuelven inmunes pueden ayudar a los enfermos —añadió la mujer, desesperada por encontrar una respuesta

mejor. El hombre, se quedó quieto unos segundos, mirando a la mujer.

—¡Eso es! —gritó Crane, mostrando una sonrisa perfectamente blanca e inmaculada. Después besó al ama de llaves—. ¡Reega, eres un genio!

Acto seguido Antillas Crane salió de la sala, dejando a la señora con su bandeja intacta, pero con los rollizos mofletes sonrojados.

—Soy un genio —se dijo a sí misma, complacida. Tanto, que decidió tomarse ella misma aquel delicioso té de canela con pastas de avellana.

Era media mañana cuando el grupo se encontraba preparándose para salir, cada uno por su cuenta, a visitar la ciudad. Les habían dicho que esperaran y disfrutaran de los entretenimientos que la bella Soc Cérridan podía ofrecerles, y para tal menester les habían entregado un fajo de billetes en concepto de gastos de manutención y esparcimiento.

—Yo irré con usted, prrofesorr Thaddeus —decía Morn, mientras apuraba su desayuno tardío a base de ciruelas y pan fresco.

—No tengo muchas ganas de salir, Morn. Desearía quedarme a leer, tranquilamente.

—Tonterías, Thaddeus. Aprovecharemos para visitar a esos mercachifles que regentan el museo histórico nacional —intervino Bastian—. Llevan muchos años expoliándonos piezas a cambio de migajas para Auken.

—Pero ¿tú qué sabrás, chaval? —arguyó Dersen, socarronamente —. Hablas como un erudito de estos, cuando deberías estar jugando con tus amigos y persiguiendo faldas. Esta juventud está perdida si salen todos tan remilgaditos e impertinentes. ¿Demasiado tiempo con tu tío, tal vez? Vente conmigo y buscaremos algunas diversiones de verdad.

Bastian pareció confundido por unos instantes. Un espejo de cuerpo entero que había en el recibidor le devolvió una vez más su reflejo, recordándole quién era ahora. Un jovencito que no superaría los diecisiete, de mirada resuelta, que todavía no era consciente de lo que el mundo veía en él.

Se apartó el mechón de cabello blanco y sonrió satisfecho, una vez más. Lo cierto era que aquel cuerpo le pedía adrenalina y quemar la energía nueva y vibrante que recorría sus músculos. Su mente, sin embargo, le urgía en ir a ver al conservador del museo y decirle cuatro cosas.

—¿Y bien, chaval? —le preguntó de nuevo Dersen.

—Deja de llamarme chaval y empezaremos a entendernos —le

respondió el chico—. No sé con quién crees que estás hablando.

El guardaespaldas bufó.

—Menudo genio para tan poco músculo— rezongó—. Necesitas entrenarte un poco si quieres ir por ahí soltando frescas como esas a la gente. No todos serán tan simpáticos como yo.

En ese instante llamaron a la puerta.

Bastian se apresuró a abrirla, tan solo para encontrar a Salazar Hermes plantado en el dintel quien, tras una reverencia, saludó quitándose el sombrero. Debían ser muy importantes para el magnate, si éste enviaba a uno de sus más altos directivos a acompañarlos.

—Buenos días, caballeros. Hace una mañana preciosa y un tiempo magnífico —dijo—. ¿Puedo pasar?

—Lo cierto es que estábamos a punto de salir —respondió el muchacho.

—Ah, perfecto entonces, pues tengo los coches preparados —añadió el caballero, señalando a los automóviles estacionados en la calle.

—¿Tu jefe nos convoca de nuevo? —inquirió Bastian.

—Así es. Y parece urgente, debo añadir.

—Está bien —respondió el muchacho, subiéndose de un salto al primer coche—. Espero que esta vez le veamos la cara.

Thaddeus se puso su chaqueta marrón y su bufanda. Enseguida se dio cuenta de que, con aquel calor sofocante no se trataba de una buena idea, y aflojó el nudo mientras subía al sofisticado y novedoso aparato. Sintió gran respeto por el señor Crane mientras observaba el prodigio tecnológico en el que se encontraba, y no menos miedo a que éste acabase saltando por los aires. No obstante, y aunque hubiese preferido ir a pie disfrutando de las limpias y verdes calles de Cérridan, jamás cometería una falta de tacto y educación como la que sería desairar la invitación de su acaudalado anfitrión. En su lugar, aguantó estoicamente el ruido y los vaivenes mientras observaba a Bastian moverse sin parar, molestando a todos.

—Oye chaval —le llamó Dersen, quien, al parecer, se aburría—. ¿Tienes novia?

—¿No se te ocurre una pregunta más tonta, guardaespaldas? —respondió el chico.

—Tss, ¿te pagan por ser repelente o es cosa de familia? —bufó el hombre.

—Sin duda es cosa de familia.

—¿Y por qué vistes como un abuelo? Necesitas algo más apropiado para tu edad o espantarás a todas las faldas de aquí a Auken —se rio.

Sin embargo, aquello captó la atención de Bastian.

—¿Tú crees? —preguntó sorprendido el joven, mirando su traje de chaqueta.

—¿No te habías dado cuenta? No te preocupes, soy generoso y te llevaré a comprarte algo guay.

—¿Guay? Dirás elegante, práctico y funcional.

—Sí. Todo eso también. Pero a cambio quiero algo.

—Mercenarios —protestó Bastian frunciendo el ceño.

—No es nada grave, chaval. Simplemente quiero que vayamos a pasarlo bien. Tu educación con todos estos carcas está comprometiendo tus mejores años y no lo voy a permitir. Pronto descubrirás un mundo lleno de responsabilidades y cosas peores, y añorarás los años jóvenes.

—¿Y qué se supone que debería hacer a mi edad? —indagó Bastian.

—Montarte unas buenas juergas —carcajeó el hombre.

—¿Ah sí?

—Totalmente convencido.

—¿Eso es lo que quieres para tu hijita, entonces? ¿Que se monte unas buenas juergas? —respondió el muchacho, clavando su mirada en él. Dersen dejó de reír de inmediato y se puso muy serio.

—¿Cómo sabes tú de mi...? Y no. Para mi hija no. Es muy pequeña.

—¿Y cuándo crezca un poco? ¿Qué tal cuando tenga mi edad? —continuó Bastian con media sonrisa de satisfacción.

—¡Tampoco, demonios!

—Ahh... ya veo. Podría sacar muchas lecturas de esa aseveración —comentó el muchacho.

—Eres un chico de lo más desagradable —protestó Dersen, molesto.

—Gracias. No obstante, meditaré sobre tu propuesta —rio Bastian, entonces.

La conversación, que Thaddeus escuchaba sin ninguna alegría, fue interrumpida cuando el coche y su desagradable ruido se detuvo, enfrente del porche del edificio de su benefactor, donde el ayudante Wilhelm se encontraba parapetado a la sombra.

—¡Bienvenidos, caballeros! ¡Qué calor ¿eh?! Sin duda, sin duda —parloteó el hombrecillo mientras se secaba el profuso sudor de la cara y frente con su pañuelo de bolsillo—. Adelante, por favor. Siéntanse en casa una vez más.

Repitiendo los pasos del día anterior, cruzaron plantas y pasillos, siendo conducidos esta vez hacia otro lugar del tremendo edificio, liderados por un silencioso Hermes, que los guiaba igual que lo haría con sus becarios.

Los hizo entrar a un salón cubierto de alfombras y decorado con varios sillones enormes. Los amplios ventanales, típicos del edificio, dejaban pasar la luz entre las hojas de las palmeras del exterior, algunas de las cuales podían ser tocadas alargando la simple mano

desde la ventana.

Un globomundi de exquisita manufactura atrajo la atención de Bastian, quien se encaramó a ver los dibujos de las tierras de Cosmos. Aquel era un objeto difícil de encontrar y poseer, máxime porque las fronteras y la existencia o ausencia de determinados lugares siempre se encontraba en entredicho. Con la cantidad de lagunas geográficas que todavía existían, era fácil que un globomundi quedase descatalogado rápidamente tras la aparición de nuevos estudios. Y en los últimos años, las actividades de las distintas sociedades históricas y geográficas, incluso algunas que se habían mantenido al margen hasta ahora, como la Sociedad Nacional de Epigrafía Numismática, se habían visto acentuadas por la fiebre de reconocimiento y gloria. Y eso sin olvidar las pródigas subvenciones que mecenas particularmente adinerados solían ofrecer.

—¿Nos atenderá usted también en esta ocasión? —preguntó Thaddeus a Hermes, tomando asiento en una butaca alejada de las ventanas.

—Me temo que no, señor Shane —respondió una profunda voz desde la puerta.

Un hombre que nunca habían visto les observaba. Era alto, de complexión delgada y angulosa pero recia. Vestía un exquisito traje de chaqueta color caqui, con la camisa abotonada hasta el cuello sin clemencia. Su rostro era agudo y su nariz ganchuda se enmarcaba perfectamente sobre unos pómulos despiertos. Una barba recortada a la perfección que comenzaba a blanquear rodeaba unos labios finos. Sus ojos, ligeramente almendrados y color avellana titilaban con un deje de astucia. Su cabello, corto y perfectamente peinado hacia atrás, hacía juego con ellos.

El hombre se encontraría en sus tardíos cuarenta, y derrochaba porte y flema con cada uno de sus gestos.

—Hoy me ocuparé yo de sus necesidades, caballeros. Soy Antillas Crane, y es un placer poder recibirles personalmente.

El empresario se acercó a sus invitados y fue estrechando sus manos uno por uno, incluyendo a Bastian, mientras les saludaba por su nombre.

—Creo poder hablar en nombre de todos mis camaradas, señor Crane, cuando afirmo que su hospitalidad y trato han sido exquisitos. Estaba deseando poder agradecérselo personalmente —dijo Thaddeus mientras todos tomaban asiento en los sillones.

—Estoy encantado de escuchar eso. Y ahora, si no les importa, me gustaría entrar en materia, pues la situación lo requiere.

Crane abrió un archivador que había traído consigo y se colocó el monóculo que colgaba de su bolsillo.

—Todos ustedes, a excepción de Bastian Shane, estuvieron

presentes en la expedición de Pemrose y se enfrentaron a sucesos que describen en varias ocasiones como anormales o paranormales. ¿Es así?

—Así es —respondió Thaddeus.

—Aluden a episodios tanto definitivos como transitorios de enajenación mental y locura. Presencias extrañas y activas, panorama hostil. ¿Opinan que esto se debía al lugar, a alguna sustancia del lugar o a su propia mente?

—Al lugar —adujo Dersen—. El pobre Robert Kent se volvió loco por ese lugar maldito.

—¿Con lugar se refiere a las cuevas, a la ciudad, o al emplazamiento tecnológico del que habla el informe, señor Valerio?

—No sé. Todo en conjunto, supongo —respondió el guardaespaldas.

—No estoy de acuerrdo —arguyó Morn, nervioso—. Erra esa sustancia negrra que palpitaba en las parredes. La descubrrí en seguida y dije que erra mal asunto.

—Eran los habitantes —aseveró Thaddeus—. Ahí abajo había formas extrañas de vida que no se dejaban ver, pero sí oír. Susurraban a tus espaldas y al girarte habían desaparecido. Hablaban entre ellas y en alguna ocasión dibujaban sombras en las paredes. Estoy seguro de que ejercían algún tipo de dominio mental sobre cuantos ahí estábamos.

—Todo eso es cierrto, perro la intoxicación es la explicación más crreíble —adujo Morn—. Es fácil imaginarr tales cosas al estarr envenenado.

—Simplemente estaba maldito —bufó Dersen —. ¿Es que no habéis oído hablar de lugares malditos antes? Ese sitio estaba bien maldito.

—Las brujerrías no existen —negó Morn—. La explicación de maese Galwyn es la más plausible.

—¿Qué? ¿Razas alienígenas? —rio Dersen—. ¿Eso te parece menos absurdo que una maldición?

—Porr supuesto, sobre todo teniendo en cuenta todas las cosas que hemos visto —asintió Morn.

—Si tú lo dices, grandullón...

—¡¿Podéis callaros ya?! —intervino Bastian— Parecéis gallinas cacareando. Os ha hecho una pregunta simple.

Crane los observaba con detenimiento.

—Bastian Shane. Parece que tu tío no está tan sordo como parece —le dijo Crane, mirándole a los ojos.

Bastian se giró hacia Thaddeus y éste le observó sin saber bien qué decir. Se les había olvidado aquel pequeño detalle.

—A veces su sordera remite, o mejora temporalmente, por supuesto —afirmó Bastian, sosteniendo la mirada de su anfitrión.

—Ah.

—Así... es. A veces oigo mejor, otras peor... creo que se debe al ambiente... y... —Thaddeus se sentía apurado y fingía fatal.

—Sí, lo ha entendido, querido tío.

—¿Y tú qué opinas, Bastian? —indagó Crane, con curiosidad.

El muchacho, que aún permanecía en pie tras su estallido inicial, escrutó a Antillas Crane unos segundos, valorando si debía hablar o no y el porqué de aquella pregunta.

—Es difícil precisar eso —respondió finalmente, pues en realidad se moría de ganas de intervenir. De todos modos, le parecía poco probable que el magnate pudiera imaginar siquiera la verdad—, pero yo creo que se debía a la influencia del artefacto central. Un cilindro perfecto que permanecía en suspensión, protegido y sellado por un campo invisible a la vista humana. De él emanaba una cantidad inmensa de poder. Si tuviera que apostar a una sola cosa, sería a esa —afirmó el chico.

—¿Y tú cómo sabes eso, joven? —le preguntó directamente el magnate.

—Oigo hablar a mis mayores.

—Pareces un chico inteligente —dijo Crane, aunque no parecía un cumplido.

—Tú también lo pareces —respondió Bastian, levantando el mentón.

Aquello hizo brotar la primera sonrisa en la cara del empresario, aunque el significado de ésta fuese indescifrable.

—Estas preguntas, caballeros, tienen un significado. Voy a revelarles una información clasificada y del todo secreta que bajo ningún concepto y, por cierto, bajo contrato firmado por ustedes, no pueden difundir. Recuerden que poseo el mejor equipo legal de la nación y, por favor, no sientan esto como amenaza sino como un aviso.

—Lo entendemos —arguyó Thaddeus.

—Bien. Les pondré en contexto. A treinta y cinco millas náuticas del Estuario de Nhem, en una estación submarina, trabaja un equipo de nuestros mejores científicos realizando prospecciones y estudios medioambientales del arrecife. En el transcurso de sus labores, la tripulación encontró indicios de un ecosistema extraño. Al interactuar con el mismo, varios de los miembros del equipo causaron síntomas parecidos a los descritos por ustedes en sus informes. Enajenación, confusión, demencia. La expedición fue evacuada y puesta en cuarentena más allá de la línea de costa, pero a día de hoy, los que cursaron síntomas no parecen mejorar.

«Las similitudes entre los dos sucesos me hicieron llamarles, pero no estaría aquí junto a ustedes esta mañana si no hubiese recibido un

último informe del todo perturbador. Uno de mis mejores hombres, y en quien confío plenamente, descendió a la sima abisal de Ápalos y lo que ahí encontró les parecerá imposible; un artefacto cilíndrico que desprendía pulsos de poder y que afectaba a todo su entorno».

Crane detuvo su explicación y observó a sus interlocutores, que lo miraban incrédulos.

—No estamos locos —susurró Thaddeus, conteniendo la respiración—. Esta es la prueba. No estoy loco...

—Efectivamente, señor Shane, me cuesta mucho no creer que existan similitudes entre las dos circunstancias —admitió el hombre.

—¿Una base submarina? ¿Ápalos, la enorme sima abisal? ¿Es que ahora el hombre puede adentrarse en las aguas a tales profundidades? —preguntó Dersen, anonadado acerca de lo que estaba escuchando.

—Así es, señor Valerio, gracias a prototipos de última generación —respondió el empresario.

—¿Y dice que sus científicos están en cuarrentena? —intervino Morn—. ¿Enferrmos?

—Enfermos, o potencialmente enfermos. No estamos seguros de que se trate de una enfermedad del cuerpo o de la mente, o una mezcla de ambas. Por eso, una vez más, necesito de su ayuda.

El magnate se levantó de su asiento y paseó por la sala mientras hablaba.

«Si lo que está afectando a mis hombres es lo mismo que les afectó a ustedes, puede que hayan desarrollado algún tipo de inmunidad a la toxina, si la hubiere, ya que puedo ver en sus informes médicos que se recuperaron del incidente totalmente, y no han mostrado dolencia alguna en meses».

—Sanos como un torro —afirmó Morn, con satisfacción.

—¿Qué necesita de nosotros? —preguntó Thaddeus.

—Necesito muestras de su sangre para enviar a un laboratorio y el examen médico completo de sus personas —explicó Crane.

—¡Mi sangre no! — Dersen se incorporó, horrorizado con la idea.

—¿Podríamos ayudar a esa gente en peligro con las muestras? —preguntó Thaddeus, dubitativo.

—Eso creo. Y, en cualquier caso, quizás saquemos algo en claro.

Thaddeus, Morn y Dersen comenzaron a hablar casi a la vez, preguntando tantas cosas que hasta Salazar Hermes hubo de intervenir en la conversación, incluyendo al siempre diplomático Wilhelm. Antillas Crane y sus subalternos trataban de responder sucintamente todas las dudas del trío, cosa que no resultaba en absoluto sencillo.

—Lo haremos.

La sala quedó en silencio tras escuchar aquella afirmación categórica de los labios de Bastian.

«Pero con una condición. Vamos a participar de este asunto puesto

que nos compete. Nos enviará a ver a su equipo y a cualquier lugar que esté relacionado con este tema, a partir de ahora. Algo grande se está gestando y si no nos anticipamos, podría ser un enorme error».

Crane lo observó entrecerrando los ojos durante unos segundos.

—Cualquiera diría que eres tú, Bastian Shane, de dieciséis años de edad, el líder de este grupo. Accedería a tu propuesta si lo fueras, pero no es a ti a quien necesitamos sino a tu tío, y a tus compañeros, y si fuese posible al mismo Galwyn Caere.

Bastian apretó los puños y frunció el ceño.

—Yo voy donde va mi tío.

—No es asunto que le competa a un muchacho. Regresa a tu universidad y, si quieres hacer algo grande, vuelve aquí dentro de unos años —le dijo Crane.

—Devuélvame a casa, señor Crane, y quizás dentro de unos años ya no importe todo eso —le respondió el joven, sin tapujos.

—¿A qué te refieres, muchacho? —el empresario, lejos de sentirse intimidado por la actitud desafiante del adolescente, sentía una inexplicable curiosidad. La seguridad y propiedad con la cual elegía sus palabras, unida a un talante enérgico e inflexible impropio de un simple estudiante, hacían que nada en él pareciese adecuado.

—La comunidad científica cometió el error de ridiculizar la investigación del profesor Caere durante toda su carrera, señor Crane. ¿Civilizaciones previas a la historia conocida? ¿Razas ancestrales? «Tan fantasioso como falaz», decían. Sabiendo lo que sabe hoy ya no parece tan loco, ¿verdad? Quizás exista eso y mucho más, y tal vez, solo tal vez, se trate de algo no solo fascinante sino peligroso —afirmó el joven, con vehemencia.

—Existen pruebas que pueden avalar ciertas partes de la versión del profesor, pero en efecto, el informe completo de lo acontecido sigue pareciendo de lo más fantástico —replicó el hombre.

—No lo cree porque no lo ha visto con sus propios ojos. Pero tampoco puede negarlo, ni aun con todo su pensamiento científico respaldándole. Hay mucho que todavía no sabe, señor. Mucho que ninguno de nosotros sabemos.

—¿Y en qué ayudaría a esclarecer el asunto, que Bastian Shane nos acompañara? —preguntó Crane, lanzando él mismo un desafío.

—Esa incógnita no se puede responder sino con hechos. Acépteme o écheme, pero no espere que vaya a quedarme al margen de todo esto —respondió el muchacho.

—Entiendo —dijo Crane, mesándose la barbilla y tratando de no esbozar una sonrisa.

—¡Bastian, siéntate y deja de importunar al señor Crane! —espetó Thaddeus entonces—. Señor Crane, disculpe a mi sobrino pues a veces le pierden las maneras. Si hay alguna posibilidad de que seamos de

ayuda, lo haremos sin dudar.

—Ayudarremos —asintió Morn, levantándose todo lo alto y grande que era, con orgullo. Después se giró hacia Dersen y en un susurro le dijo—. Habrrá mucho dinerro...

—Ayudaremos —asintió Dersen al oírlo, sin ningún entusiasmo.

Crane observó al variopinto grupo, impertérrito. Se detuvo en aquel muchacho que lo observaba fijamente, estudiándole desde el sillón al que había sido recluido por su tío.

—De hecho, tras el examen médico, y si están de acuerdo, les enviaré a Nhem —el magnate hizo una pausa intencionada, observando las reacciones del chico antes de añadir algo más—. A los cuatro.

Bastian sonrió.

- Nombre: Antillas Crane
- Edad: 48
- Ocupación: Empresario y filántropo
- Origen: Soc Cerridan
- Motivación: Traer el progreso y el bienestar

Antillas Crane levantó un imperio desde cero en el país más avanzado de Cosmos. Magnate de la aeronáutica y los astilleros, ha traído el progreso a la floreciente república de Gisboa. Su talante flemático, práctico y perseverante lo convierte en la personalidad pública más relevante de su tiempo. ¿Qué significarán los preocupantes informes que está recibiendo?

CRANE
MAGNATE

ÁNSAR DEL MAR

Soc Cérridan.
República científica de Gisboa.

«Ánsarr del marr, le llaman.
Bonito pájarro con corrazón de metal,
alas de piel y cerrebrro de máquina.
Si mi querrída Bobatta me vierra ahorra...».
Morn Skavas.

Un par de horas más tarde, después de haber visitado el laboratorio de industrias Crane y ser minuciosamente analizados, el grupo salió a disfrutar de su tiempo libre.

Los rayos de sol nadaban en las copas de los árboles y edificios de la ciudad, bañando el paisaje de rojo carmesí.

Thaddeus se sentía agotado y manifestó su intención de retirarse a descansar, seguido de la mayoría de los presentes. Debían estar preparados a primera hora de la mañana sin excusa, pues Salazar Hermes pasaría a recogerles con suma puntualidad.

—Yo debo arreglar algunos asuntos —informó Bastian, antes de observar a Dersen—. Guardaespaldas, acepto tu oferta anterior. Llévame a cambiar mis atuendos.

—A sus órdenes —contestó éste, divertido, mientras enarcaba una ceja. El muchacho le parecía repelente, pero la situación se le antojaba graciosa. Quizás podría enderezar a aquel renacuajo.

Bastian se sentía contrariado por las palabras previas de Dersen. Era totalmente cierto que su atuendo estaba completamente pasado de moda, y que además no tenía ni idea de cómo afrontar el cambio de visión y mentalidad que se le imponía. Había pasado tanto tiempo soñando con lograr regresar a su juventud, que jamás se había parado a pensar en las consecuencias de tal acontecimiento.

Aquello era un problema serio. Incluso el tal Crane lo había estado observando con suspicacia durante su conversación, como si tratara de encontrar la respuesta a una pregunta no formulada.

Hasta donde él entendía, era imposible que nadie, de manera racional, pudiese llegar a la conclusión de que él era Galwyn, mas sin embargo, aquel magnate era diferente. Parecía estar atando cabos por su cuenta sobre un tema que todos los demás relegaban a desvaríos de cuatro locos. Debía ser precavido con él y de ninguna manera subestimar su inteligencia. Reconocía a un igual cuando lo veía.

—Ese comercio parece apropiado —señaló Dersen.

Se trataba de una sastrería de tamaño considerable que exponía sus prendas en un amplio escaparate.

—¿Aquí encontraré ropas acordes a mi edad? —preguntó Bastian.

—Podremos encontrarte algo, pero todo será inútil si continúas hablando tan raro —respondió el mercenario.

—¿Qué tiene de extraño? —siguió Bastian, perplejo.

—Creo que todo. Es demasiado repipi, el tipo de lenguaje que hace que uno se gane palizas en el colegio.

—No creo que pueda cambiar eso tan fácilmente —protestó.

—Deberías juntarte con gente de tu edad. ¿No tienes amigos en tu escuela?

—Me parece que no eres consciente de lo que dices. ¿Has probado recientemente a charlar con un adolescente? Incluso tú, difícilmente encontrarías un tema de conversación para compartir con ellos. Sus cabezas están tan huecas como ese tocón de la plaza.

—Está bien, ya lo pillo. Eres una especie de genio, ¿verdad? Listo, pero inadaptado. Lo siento mucho por ti.

—No hace falta que lo lamentes, me siento estupendamente tal y como soy. Limitémonos al asunto que nos ha traído hasta aquí —gruñó el joven, entrando en la tienda.

—¿Ves? ¡A eso me refiero!

Bastian entró en el comercio y observó a su alrededor. Una señora de cara afable y anteojos de cristal doble les recibió.

—Oh, que joven tan apuesto —saludó la mujer, sonriente. Acto seguido miró a Bastian de arriba a abajo con desaprobación.

—Necesito renovar mi vestuario —sentenció éste.

—No me cabe duda, muchacho. Veamos, ¿En qué estabas pensando?

—Requeriré varios atuendos de diario, uno de gala, y al menos dos cambios de camisas y pantalones. Unas botas de campo, unos zapatos de calle, calcetines, cinturones con bolsillos, una chaqueta y una capa.

—Un chico decidido, me gusta —sonrió la mujer.

—Yo seré quien dé el visto bueno —saludó Dersen—. El chico tiene un gusto pésimo.

—¡Que padre más joven y bien parecido! —comentó la señora mientras buscaba entre los estantes.

—No, no soy su padre —se apresuró a decir el guardaespaldas—. Solo un amigo de su tío.

La mujer asintió y comenzó a vestir a Bastian, mientras le ofrecía todo tipo de conversación intrascendente de la que éste pronto se aburrió. Ella hizo caso omiso a sus bufidos, y ambos clientes pronto supieron que la señora se llamaba Olga, que era natural de Soc Cérridan, y miembro del partido político feminista. Además, conocieron a toda su familia, a sus tres perros y dos loros, uno de los

cuales había perdido una de sus patas, y a casi todo su árbol genealógico, del que se sentía harto orgullosa.

—...Y como os decía, esa es la historia del gremio de sastres del que mi familia ha sido siempre una integrante... ¡Oh! Creo que esto ya está. Mírate, muchacho.

Bastian se miró al espejo, sorprendido. El conjunto azul de pantalones y camisa se remataba con un chaleco de punto gris marengo, con un cinturón grueso cargado de bolsillos y una capa blanca de cuello alto que caía hasta las rodillas. Como accesorios, llevaba unas botas altas de cuero del mismo color que el chaleco, y un guante sin dedos que le llegaba hasta el codo y se le anudaba por medio de hebillas.

—Muy impresionante —comentó Dersen.

—¿Es apropiado entonces? —preguntó el joven.

—No te lo creas tanto, chaval —bromeó éste, revolviéndole el cabello blanco plateado que caía sobre sus ojos.

—Estás guapísimo. Me gustaría que te viese mi hija, que tiene tu edad —comentó la mujer, maravillada por su obra. Todos los conjuntos que le había preparado le quedaban estupendamente—. Aunque ahora que lo pienso, mejor que no, ¡es muy enamoradiza!

—Ya, lo que me faltaba —bufó Bastian, imaginándose a una cría de teta enamorada de él—. Mejor no. Me gustaría pagar lo que deba, si no le importa, pues tengo algo de prisa, señora.

—¡Este niño es todo amor! —coreó Dersen, agradeciendo a Olga su paciencia y trabajo.

—Está en la edad, ya se sabe —rio ella, sin alejar su sonrisa.

La extraña pareja salió de la sastrería justo para asistir a la salida de Giros en el firmamento, bajo las últimas luces del día. Los cantos de los pájaros tropicales que anidaban en los árboles y palmeras se escuchaban con mayor nitidez, sobre el gentío ya más escaso de la urbe.

—Esto está muy bien. Pero necesitaré algunas armas.

—¿Armas? ¿Quién te crees, «Aelardo el bandolero»? No digas tonterías, mocoso.

—¿Tú no llevas? Eres un guardaespaldas, ¿Cómo se supone que haces tu trabajo sin ellas?

—Ahora no estoy de servicio. Me pagan por ir y venir sin sentido, ¿recuerdas? Además, llevarlas no está bien visto en Gisboa, y si pillan a un crío con ellas es muchísimo peor.

—Allí —señaló Bastian, dirigiendo su mirada a una tienda—. *Vas* a comprarme dos revólveres y un estoque.

—¿Estás loco? ¿No has escuchado lo que te acabo de decir? ¡Ni lo sueñes!

—Aprendí a usarlos hace tiempo, y me parece que los vamos a

necesitar en esta expedición nuestra. Debo cuidar de mi tío, ya sabes cómo están las cosas —continuó el muchacho suavizando su tono.

—He dicho que no. Que me encierren antes de permitir que un crío lleve armas, ¡y de fuego además!

—A mí no me las van a vender, lo cual es todo un inconveniente —protestó el muchacho.

—¿Y no puedes imaginarte el motivo?

—No me hables así, joven —inquirió Bastian.

—¿Joven?

—Bien, hablemos el único idioma que comprendes —dijo mientras sacaba un fajo de billetes que bien podría ser el sueldo de dos meses de un guardaespaldas contratado—. Esto será suficiente, creo.

—Pero...

—Tranquilo, no pienso decir a nadie que me las conseguiste tú. Calibre veintidós, semiautomática. Que el estoque sea ligero. Venga, ve.

Dersen frunció el ceño, pero aceptó el dinero del encargo y su pequeña «comisión» antes de dirigirse a un comercio cuyo letrero rezaba «Rert&Label», no sin proferir múltiples maldiciones y exabruptos.

—Mercenarios —suspiró Galwyn.

A la mañana siguiente, Thaddeus se encontró a un Bastian preparado y listo mucho antes de la hora de encuentro, vestido con ropa nueva y elegante y su petate listo. Por lo visto había madrugado y preparado el desayuno para todos, y se encontraba repasando unos documentos.

—Ah, Thaddeus. Al final no pude acercarme al museo —comentó el chico.

—Mejor así —respondió Thaddeus con alivio.

—Mira esto, amigo. Es el «Cérridan Post», edición de la mañana

Thaddeus se sentó en el sillón y se colocó sus anteojos mientras daba un sorbo a una humeante taza de café. Abrió el periódico y buscó la noticia que señalaba Bastian.

«El monarca Jakar Aurelius VII
regresa a la vida pública».

«Tras una larga ausencia, el pueblo de Phontos recupera a su rey, acallando las especulaciones sobre su muerte que venían minando la monarquía de Kur desde hacía meses. Su regreso ha sido celebrado en un solemne acto público, al que han asistido las más insignes autoridades Kuritas. Más de quinientos efectivos cenestes han cubierto el evento, ante la amenaza de grupos radicales antimonárquicos cuyos

atentados son cada vez más frecuentes…»

—Misterio resuelto, supongo —dijo Thaddeus, cerrando el periódico.

—Ese país está al borde de una guerra civil desde hace años. Que su rey haya decidido volver de vacaciones no va a cambiar nada.

—Galwyn —suspiró Thaddeus, cambiando deliberadamente de tema—. Tengo que decirte algo que no puede esperar más.

—Qué melodramático, amigo. ¿De qué se trata? —preguntó Bastian, enarcando una ceja.

—Me temo que no puedo seguir siendo la niñera solícita que cubre todos tus engaños —afirmó Thaddeus, haciendo evidentemente acopio de valor.

—Oh, vamos, hasta ahora lo has hecho estupendamente.

—No lo comprendes. Puedo responder por ti solo hasta cierto punto. Vas a tener que ir pensando en hacerte tu propio nombre —protestó el profesor—. Es denigrante.

—No te entiendo...

—No eres un simple estudiante en prácticas, maldita sea. Y yo no soy tu tío.

—¿Y qué quieres que haga, que pregone a los cuatro vientos que Soy Galwyn Caere, de Auken? ¿Crees que alguien lo creería, siquiera? Han encerrado a gente en un sanatorio por menos.

—No, claro que no. Es solo que no es justo.

—¿El qué no es justo? —Bastian observaba a su colega sin entender su repentina pesadumbre.

—¿Nunca te has parado a pensar en…? —Thaddeus se detuvo, cargado de frustración—. Nada. ¡Olvídalo!

Thaddeus se levantó de golpe inusitadamente enfadado y se dirigió a la puerta. Bastian se disponía a seguirle para proseguir la conversación, cuando el inconfundible claxon de los coches de Crane sonó en el exterior de la casa, avisándoles de que era la hora. Fastidiado, agarró su petate y el de Thaddeus y se dirigió a saludar al Salazar Hermes, quien ya a primera hora de la mañana se encontraba impecablemente preparado.

—Buenos días, caballeros. Una magnífica mañana, ¿No les parece? —sonrió su elegante anfitrión.

Bartrand Mellows se dirigía al aeródromo conduciendo su flamante coche nuevo. Era el orgulloso propietario de una de aquellas escasas bellezas que Industrias Crane había sacado al mercado hacía relativamente poco tiempo, y que se encontraban al alcance de escasos bolsillos.

Si bien era uno de aquellos afortunados, su solo salario jamás hubiera podido pagar un automóvil. Debía su posesión a su cargo, y al particular aprecio en el que el magnate le tenía.

Ex oficial del ejército Gisboano, Bartrand había colgado sus insignias para trabajar en Industrias Crane, como jefe del departamento de aeronáutica. Pese a lo que las malas lenguas pudieran aducir, tal cambio no se debía a la promesa de una portentosa cantidad de dinero, ni a una antigua deuda que tuviera con el empresario, sino más bien a sus ansias de actividad investigadora. Desde su privilegiado puesto, Mellows contribuía a la creación de novísimos ingenios del aire y aun del agua, y a su desarrollo y rodaje.

Así, mientras conducía a través del camino que sobrepasaba los campos cultivados de Soc Cérridan en dirección al aeródromo, se sentía un hombre satisfecho.

La mañana era fresca y húmeda, y traía el olor de los árboles frutales. Se escuchaban los sonidos de los diamantes moteados, y de los papagayos que aleteaban entre los plataneros. Las cabañas de los agricultores se diseminaban entre la selva; gente fuerte y bronceada que trabajaba de sol a sol sin perder un ápice de su empeño. Las modernas técnicas de riego y aprovechamiento de suelos favorecían las cosechas de Gisboa, que siempre gozaba de excedente.

Bartrand detuvo el coche delante de un puesto. Un hombre de tez arrugada que acariciaba un perro lleno de barro lo saludó a gritos.

—¡General! ¿Cómo va todo?

—Te he repetido mil veces que no me llames general, Bozo. ¿Qué tienes para mi esta mañana?

—Higos. ¡Frescos, dulces y deliciosos! Le reservé dos cajas exclusivamente a usted, general. Para los chicos de la base, ya sabe.

El tendero colocó los frutos sobre la tabla abombada que hacía las veces de mostrador y le regaló una desdentada sonrisa. Después clavó una espita a un barril que descansaba a sus pies, y llenó un vaso con el líquido color cereza que éste rezumaba. Se lo ofreció a Mellows, quien, tras observarlo sin mucho interés, lo apuró de un trago.

—Melarosa —asintió, satisfecho—, nunca me cansaré de este brebaje infecto.

El tendero respondió con una carcajada ahogada

—¿Todo va bien en la Cintura, Bozo?

—Estupendamente, señor.

—Hoy tengo que viajar a Nhem. ¿Necesitas algo del estuario?

—Voy servido, general. Dele recuerdos a mi cuñado, si lo ve en el puerto.

Bartrand asintió saludando con la gorra y reemprendió el nada silencioso viaje hasta que los enormes edificios de la base aeronáutica se alzaron sobre un paisaje cada vez más ralo. La nave de industrias

Crane se situaba en la parte este del complejo, una zona cedida por el gobierno que, de hecho, desplazaba a la actividad oficial en el aeródromo.

Enseñó su acreditación en la entrada (un trámite anecdótico para alguien como él), y tras aparcar el vehículo, entró al edificio.

Observó su reloj. Las siete en punto.

El plan de hoy pasaba por un transporte de pasajeros hasta el estuario, tarea que delegaría en cualquier otro si no viniese firmada de puño y letra por el mismo Antillas Crane. No le desagradaba la idea, no obstante, pues le apasionaba volar y las tareas administrativas llegaban a aburrirle en demasía.

Se dirigió a uno de sus subalternos, un joven becario que pasaba la jornada ordenando documentación para adecentar los archivos.

—¿Todo preparado en la P-7, Jonas? ¿Ha llegado ya el pasaje?

—Señor —respondió éste, sobresaltado. No había oído llegar a su jefe—. No han llegado todavía, pero me temo que tenemos un problema.

Bartrand asintió, invitándole a que continuara.

—El motor V20 ha explotado en su segunda prueba y ha incendiado el hangar tres. Su equipo ha extinguido el fuego, y trata de valorar los daños ahora mismo —respondió el becario con apuro.

—Maldita sea, tenía fe en que ese prototipo funcionase esta vez. Tengo que ocuparme personalmente de esto inmediatamente. ¿Está libre Leo, para pilotar?

—Me temo que no, señor, ayer cogió sus vacaciones anuales.

—¿Y Palmer? ¿Sara? ¿Tanner?

—Trabajan en el incidente del motor, señor.

—No me quedan muchas opciones —susurró mientras se rascaba el mentón.

Un subalterno entró en ese momento, avisando de que el pasaje había llegado y se encontraba entrando en las instalaciones. Bartrand dio rápidas instrucciones de que les ofrecieran un breve refrigerio en la sala de descanso antes de conducirlos a la plataforma de embarque. Acto seguido, Mellows bajó las escaleras con premura y cruzó la pasarela que conducía a las pistas.

Hierático sobre la plataforma y sujeto a una estructura móvil, se alzaba el impresionante dirigible B-201, recortando su silueta sobre el brillante azul del cielo. Pese a no ser muy grande, pues permitía una tripulación máxima de unas veinte personas, el globo de estructura rígida alcanzaba los cien metros de largo y los diez de diámetro. Su forma era ovalada, algo más redondeada que los dirigibles

tradicionales, y por supuesto no se podía comparar en tamaño a los gigantescos Keppler Kuritas.

Su tecnología, no obstante, eclipsaba a estos. Poseía mejores motores, materiales más ligeros y una mezcla de gases nobles no volátil en la cual predominaba el helio, que solucionaba los enormes problemas que estos aparatos habían venido sufriendo.

El B-201 había sido diseñado como transporte rápido para personalidades y actos de recreo, siendo utilizado en contadas ocasiones para comidas de empresa que requerían de cierta teatralidad, o como salón de actos para reuniones selectas.

Por ello era bonito, muy bonito. Su góndola poseía amplios ventanales y labradas formas en madera maciza pintada de crema y dorado. Tenía dos entradas, diez camarotes diminutos, una pequeña cocina, un salón de juntas y comedor, la cabina de pilotaje, el almacén y la sala de radio y un balcón mirador en su parte trasera. Poseía dos motores de combustión y sendas hélices propulsoras en la parte posterior e inferior.

Lo habían bautizado «El ánsar del mar».

Bartrand se acercó al dirigible sin ver a nadie en las inmediaciones. Un sonido, sin embargo, atrajo su atención. Alguien canturreaba detrás de una de las grandes hélices, ajeno a su presencia.

—Cadete Asher —llamó el hombre.

Una chica joven, vestida con un peto de trabajo con tirantes y una maltrecha gorra, se puso en pie y saludó a su superior con respeto. Llevaba su redonda cara manchada de aceite.

—¿Dónde está tu hermana?

—No lo sé, señor. Creo que hoy tenía clase.

—Ve a buscarla inmediatamente y dile que hoy pilotará «El ánsar».

La chica se quedó boquiabierta.

—¿De veras, señor?

—Sí. El plan de vuelo es muy sencillo. Viaje de ida a Nhem con unos peces gordos. Solo de ida. Para el regreso cederá el mando sin rechistar. Dile que se presente inmediatamente para recoger la ruta. Y prepárate tú también, el pasaje ha llegado hace rato.

—¡Sí! —respondió la cadete, entusiasmada preparándose para echar a correr.

—Y Kara...

—¿Señor?

—Que no se le suba a la cabeza, le siguen faltando muchas horas todavía. Insisto; esto es un caso excepcional.

Bartrand se giró para marcharse, pero antes de hacerlo se detuvo un momento, mostrando una expresión preocupada en su ceño.

—Tened cuidado —añadió.

El grupo formado por Thaddeus, Morn, Dersen y Bastian, llegó al pabellón de industrias Crane y fueron recibidos con gran esmero por el responsable de las instalaciones; un hombre muy ocupado que les explicó en qué consistiría el viaje en menos de cinco minutos, excusándose por tener que tratar una avería con gran premura.

Los cuatro compañeros iban a ser acompañados por Hermes y por dos especialistas médicos en su travesía, y partirían de inmediato siempre bajo los términos y reglas de su anfitrión.

En su paseo por las pistas, pudieron ver pasar varios batallones de soldados Gisbóanos que se encontraban de maniobras. El ejército operaba en la base aérea de manera regular, si bien sus instalaciones se encontraban a varias millas de distancia.

Finalmente llegaron a su destino, «El ánsar del mar», un espléndido buque aéreo que hizo las delicias de todos, y logró sacar múltiples exclamaciones de admiración.

En el extremo de la pasarela de embarque les esperaba una joven vestida con pantalón y chaqueta de cuero azul con parches en codos y rodillas, y una gorra con la insignia de industrias Crane.

Cosido en la manga de su chaqueta, se podía ver el emblema de un halcón blanco.

—Saludos, caballeros. Bienvenidos al «Ánsar del mar», un dirigible tipo B-201 que los llevará hasta el estuario de Nhem. Mi nombre es Sheena Asher y seré su piloto. Si gustan de pasar...

La joven les invitó a entrar con un movimiento de mano. Para ser piloto parecía bastante joven, de unos veinticinco años, pero su tranquila y confiada presencia le otorgaban un aire más adulto. Era delgada, pero de cara redondeada y mofletes rosados, nariz pequeña y chata y ojos marrones oscuros. Un cabello negro y lacio asomaba bajo la gorra en una coleta corta y tirante.

—Como pueden ver, este es el salón principal —dijo señalando una sala con cómodos sillones, una amplia mesa de comedor y varios muebles. El interior era de maderas nobles y los suelos estaban revestidos de moqueta—. El viaje durará unas seis horas, pero si gustan de dormir, pueden utilizar los camarotes que hay a los lados del pasillo. En la parte trasera hay una terraza-mirador muy impresionante que les recomiendo usen cuando estemos en el aire.

«La tripulación en este vuelo estará formada por la cadete Kara Asher, nuestra mecánica en vuelo, por el auxiliar Fred Thomson, y por mí misma. Si tienen alguna pregunta, no duden en dirigirse al señor Thomson, quien se ocupará de sus necesidades durante la travesía. Sin más, les deseo un grato viaje».

El grupo se sorprendió al darse cuenta de que la joven mecánica y

la piloto eran exactamente iguales en apariencia, con la única distinción del uniforme y el peinado, que la primera llevaba suelto en media melena sobre la cara.

—Muchas Grracias, señorrita piloto y trripulación. Esto es algo que no se puede verr cada día —agradeció Morn mientras tomaba asiento en una butaca cercana a los ventanales. Los demás lo siguieron, aprovechando para admirar cada objeto del salón.

Tomaron asiento mientras «El ánsar» se elevaba lentamente sobre el suelo. La respiración contenida de los presentes coreó un ascenso tranquilo, elegante y cargado de poesía. En un día sin apenas nubes, de un cielo azul cobalto que refulgía con la prístina luz de la estrella magna, aquel portento del ingenio humano los convertía en pájaros radiantes, en «uno con el todo» que los rodeaba, obradores del saber de los hombres, que se adelanta a su propia naturaleza.

Ninguno de los viajeros, a excepción de la tripulación, había volado nunca. Imbuidos de una emoción contenida, se maravillaron al ver acercarse los juguetones jirones de nube que se transformaban en blanco neblinoso al llegar a ellos, al contemplar los edificios de la base aérea desde lo alto, y la enormidad del paisaje que se extendía a los pies de la urbe.

Parecían muñecos de trovadores quienes, absortos en sus quehaceres cotidianos, se afanaban en sus pesquisas en el ahora lejano mundo terrestre, ajenos a la contemplativa mirada de los que los observaban desde lo alto, cavilando acerca de la magnitud real de las cosas.

Soc Cérridan era hermosa desde el cielo. Sus edificios oficiales, sus viviendas y parques, sus comercios y aun sus industrias se fundían con el verde selvático, que con toda intención se mantenía fresco entre las calles. Las torres labradas del ayuntamiento, la casa de la moneda con su techumbre blanca, la torre Crane que se alzaba desentonando con la arquitectura típica Gisbóana, la plaza de Benin en pleno centro de la ciudad, engalanada de estatuas de grandes personalidades del pasado.

Desde la distancia, todo cobraba nuevos matices, como de lejanía e irrelevancia.

Thaddeus observaba ensimismado la belleza de cuanto contemplaba. Recordaba sus años de juventud, y cómo había decidido pasarlos encerrado entre sus libros. Si alguna vez había tenido sueños, estos parecían distantes, infantiles e irrealizables. Y sin embargo ahí estaba. Ahí estaba él, que se había visto envuelto en aventuras del todo inesperadas, algunas de las cuales desafiaban a su propia razón. Aquella empresa parecía hecha para otra clase de hombre, uno que poseyera el ánimo y el tesón de enfrentarse a lo desconocido e inesperado.

Observó a Bastian. Era solo un crío, con toda su vida por delante. Cada vez le costaba más esfuerzo ver en él a su anciano maestro, un hombre empequeñecido por el peso de tantos años, que ya había superado a la mayoría de quienes viven; gente mucho mejor que él.

Si recordaba su pasado, una punzada de dolor atenazaba su corazón. ¿Qué hubiera sido de él mismo, con una segunda oportunidad? ¿En quién podría haberse convertido?

Sumido de repente en un intranquilo desasosiego, hubo de repetirse mentalmente que él no era así. Sacudió su cabeza y trató de centrarse en aquello que veían sus ojos; el mar de cielo, el océano de aire. Era mejor no pensar.

—La altiplanicie Tarséana —anunció Fred Thomson, señalando a su derecha.

Los presentes se asomaron en esa dirección para contemplar la aparición de una orografía más accidentada. La selva menguaba a su paso, abriéndose a un paisaje escarpado lleno de colinas y barrancos bajos, saltos de agua y pozas. Se extendía cientos de kilómetros y daba cobijo a varias aldeas de difícil acceso y menor nivel de vida.

—¿Qué serr eso? —preguntó Morn, señalando una serie de edificios con techumbres de vistosos colores y que se establecían a lo largo de una colina, conectadas entre ellas por una larguísima escalinata.

—Son templos Kushitas. Los únicos del país. Sus monjes se establecieron hace quinientos años, en los tiempos de las migraciones orientales. Son un bello exponente de la cultura de Kush, de la que poco se sabe.

—¿Rezan a algún dios? —indagó el espeleólogo.

—A los espíritus naturales. Observe —Thomson señaló una hilera de estatuas de toda clase de animales a lo largo de la escalinata.

Algunos monjes miraron hacia arriba y al ver el dirigible, saludaron sonrientes.

Bastian dejó de observar el exterior y analizó la estructura en la que viajaban. Recorrió el aparato de arriba a abajo hasta llegar a la terraza trasera, que era semicircular, abierta y separada del vacío por una barandilla fuerte. Desde ahí, podía ver un esplendoroso paisaje, el magnífico globo superior y los motores y hélices que giraban aprovechando el viento.

Observando el panorama, sin aparentemente nada que hacer, se encontraba la joven mecánica perteneciente a la tripulación.

—¡Hola! Soy Kara Asher —le saludó ella, al verlo, y le ofreció la mano.

—Bastian Shane —respondió el chico, aceptando el apretón.

—Impresiona, ¿eh? —comentó ella, sonriente, mientras observaba hacia abajo—. A veces me apetecería amarrar una cuerda desde aquí,

atarme a su extremo, y saltar.

—¿Para qué querrías hacer eso? —bufó Bastian.

—¡Me gustan los riesgos, y debe ser lo más parecido a volar como un pájaro! Piénsalo, ¿No te suena divertido? Seguro que podría llegar a convertirse en un deporte.

—Si tú lo dices...

—Toma —la chica sacó un chicle de su bolsa de trabajo y se lo ofreció al muchacho—. ¿Hacemos una guerra de bombas?

Kara hizo un globo con el chicle de tamaño considerable. Cuando éste explotó, se le pegó a la cara.

—Te toca —dijo ella, sin perder la sonrisa.

—Me parece que no.

—Vaya... ¿La guerra de bombas ya no se lleva en las escuelas? Me parece que me estoy haciendo vieja. Seguro que para ti debo parecer una anciana —se lamentó la chica.

—Creí escuchar que tú te ocupas del funcionamiento de esta nave, ¿Es cierto? —preguntó Bastian, haciendo caso omiso del parloteo de la mecánica.

—Esta vez sí. No hay mucho que hacer, la verdad. Una vez conoces el manejo de este trasto, cualquier podría hacerlo.

—¿Como funcionan las hélices? —señaló el joven.

—Impulsadas por el motor V20 —respondió la chica antes de hacer otra gran pompa de chicle.

—¿Y el motor?

—¿Con qué va a ser? Con combustible.

—¿Cuál?

—Oll. Es uno de los logros de Industrias Crane. Gracias a él hace funcionar sus inventos.

—¿Y de donde sale ese combustible?

—¿Quieres dedicarte a esto? —sonrió Kara, ilusionada—. Las pruebas de acceso a la escuela son muy duras, pero yo podría ayudarte.

—Tan solo es curiosidad —respondió Bastian, lacónicamente.

—Ah. Bueno, qué pena. Se logra por medio de la licuefacción directa del carbón. El carbón se disuelve en un disolvente a alta presión y temperatura al que luego se le añade hidrógeno. El producto final se refina, y ya tienes el Oll.

Bastian se metió el chicle en la boca y trató de hacer una pompa, sin ningún éxito. La chica rio y se ofreció a darle clases intensivas, a lo que el muchacho respondió con un gruñido.

Mientras tanto, en el salón, Dersen y Morn habían convencido a Fred

para jugar una partida de cartas, sin apostar. Los dos especialistas que los acompañaban se mantenían al margen, como si no quisieran mantener trato alguno con ellos.

El paisaje había cambiado de nuevo. Atrás habían dejado varias pequeñas ciudades antes de llegar a lo que Fred anunció como la marisma de Nhem, un terreno pantanoso de miles de hectáreas.

Numerosas especies habitaban la marisma. La desembocadura del río Gaulos era un rico pantanal de limos, arcillas y arena, lleno de vetas formadas en las épocas de lluvias que ofrecían refugio a numerosas especies de conejos, jabalíes e incluso caballos libres. Sus aguas, mezcla de agua salada entrante del estuario y agua dulce del Gaulos, eran hogar de salmones, lenguados, anémonas y todo tipo de invertebrados. Las ánades reales y otros pájaros sobrevolaban el espejo acuático.

La vegetación que sobrevivía en la marisma era fuerte, plantas halófitas como la sabina negra, la coscoja, la jara y el romero. En el interior de sus aguas, extensas praderas marinas eran hogar de múltiples especies.

El humedal se extendía hasta el mar, anunciando la pronta llegada a su destino.

Conforme avanzaban, pudieron ver algunos molinos que aprovechaban la fuerza mareal para la muela del grano. Era poca la actividad humana en tan agreste ecosistema, más allá de los molinos y algún criadero de peces.

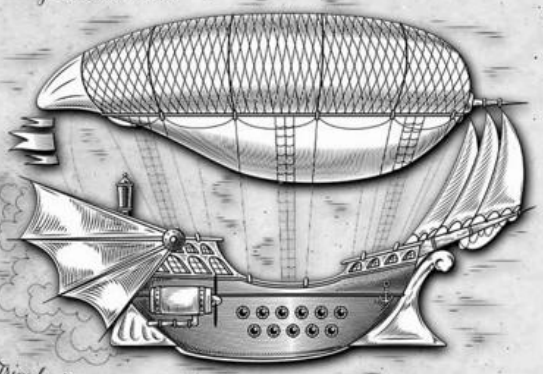
Al llegar al estuario, se dieron cuenta de que la ciudad enclavada en sus cercanías no podía considerarse como tal. Los mayores edificios eran, de hecho, las instalaciones de investigación. El pequeño círculo poblacional que había crecido a su vera no podía calificarse ni como pueblo.

2 motores de combustión.
Hélices propulsoras en la parte anterior y posterior.

Combustible: Oil.
Compuesto creado por Industrias Crane por licuefacción directa del carbón.

10 camarotes, cocina, salón de juntas, comedor, cabina de pilotaje, almacén y sala de radio.

100 metros de largo.
10 metros de diámetro.



Tripulación máxima:
20 personas.

Dirigible B-201

Ansar del Mar

DESDE LO MÁS PROFUNDO DEL OCÉANO

Antillas Luxor.
En algún punto del océano.
República científica de Gisboa.

«Más oscuro que la noche,
más terrible que la propia muerte.
Yo no sabía qué responder,
ni qué pensar,
cuando dijo mi nombre.
La luna, el mar y la vida,
todo se había extinguido».
Ameria Bane.

En el Antillas Luxor, la jornada estaba siendo tensa. Tras días y días de cuarentena, no habían notado ni un solo cambio en nadie. Quienes nada habían tenido que ver con el suceso no presentaban dolencia alguna, ni visos de contraerla. Quienes habían sido expuestos continuaban en la misma situación en la que estaban al principio, sin mejoría ni empeoramiento, a pesar de todo intento médico.

Los exámenes médicos y psicológicos eran frecuentes, pero nada se sacaba en claro. Aquella cuarentena empezaba a dejar de asustar a los presentes, y comenzaba a fastidiarlos. Por no hablar de los rumores que empezaban a gestarse en el barco. El hecho de permanecer anclados en alta mar, a expensas de una meteorología caprichosa, del vaivén de las corrientes marinas y lo que es peor, cerca del emplazamiento de la estación *Polaris*, no era plato del gusto de nadie. Habían empezado a correr rumores alentados por el agorero Dave, de que aquel lugar era peligroso. Empezaban a hablar de maldiciones, embrujos y magia negra.

Aquello no mejoró cuando, aquella mañana, Ameria se asomó a la barandilla del buque y contempló el océano que la rodeaba. Las aguas, de un natural azul verdoso, se encontraban teñidas de marrón oscuro, como si alguien hubiese vertido crudo sobre ellas y éste se esparciese entre las olas, formando jirones retorcidos y ondulantes. Algunas zonas eran directamente negras, y a la superficie emergían burbujas esporádicas, que aparecían y desaparecían por aparente capricho.

Marcus llegó hasta ella, acompañado de Rhea.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó el hombre, al reparar en la superficie del mar.

—Sí, eso parece, hermano.

—Tenemos que largarnos de aquí. Esa *cosa* se está extendiendo.

—Estamos a unas veinte millas marinas de la costa. ¿Qué velocidad de propagación crees que sigue? —preguntó Ameria, haciendo cálculos.

—No tengo ni idea. Pero puede que se aleje de tierra.

—Y puede que no. En cualquier caso, no podemos permitir que suceda.

—No se me ocurre qué hacer al respecto.

—Si estuviéramos en tierra, arrancaría las malas hierbas y cubriría la zona de sal —susurró la mujer.

—Algo difícil de realizar en estas circunstancias.

—Tengo que volver a bajar —sentenció ella.

—Imposible. El batiscafo está inutilizado. Ni siquiera sé si podrán arreglarlo en tierra.

—Tú podrías —asintió su hermana, convencida.

—¿Qué? Aunque me sienta halagado, sobrestimas mis habilidades mecánicas. Y, por otro lado, ¿para qué quieres regresar a ese infierno, de todos modos?

—Para ver cómo ha cambiado. Necesito nuevas muestras, pues las que teníamos ya son inutilizables. Si supiera cómo aniquilar ese ecosistema sin acabar con todo el marino que lo circunvala...

—¿Podrías hacerlo?

—Puede, con determinados químicos definitivamente tóxicos. Del mismo modo acabaría con cuanta fauna y flora marina entrase en contacto, sin saber el alcance. También podría contaminar la costa, y el alimento de mucha gente. Y todo eso contando con que puede que no sirviera de nada.

—¡Deberíamos hacerlo! ¡Muerto el perro, muerta la rabia! —Marcus miró a Rhea con expresión de disculpa—. No te ofendas, pequeña, solo es una manera de hablar.

Sin embargo, la perra lo ignoraba. Tenía el rabo entre las piernas y las orejas gachas, y emitía leves gemidos.

—No está tranquila, como nos pasa a todos. Tienes razón en que, si no podemos bajar, ni regresar, deberíamos movernos a otra zona. Lo comentaré con el capitán.

—En cuanto la gente vea esto, va a cundir el pánico.

—Ocúpate de que no sea así.

—¿Y cómo hago eso? ¿Monto una fiesta a bordo?

—No lo sé, tú eres el que tiene «don de gentes» —dijo la joven mientras se alejaba.

Ameria se dirigió al camarote del capitán, quien salió a su encuentro en el pasillo, vestido con un traje de contención.

—Capitán, tengo malas noticias. El ecosistema marino está avanzando y ha llegado a la superficie cercana al barco.

—Lo he visto, señorita Bane. Estoy esperando confirmación de coordenadas desde tierra para mover el barco. Tenemos visita, además.

—¿Visita? ¿Más epidemiólogos?

—Creo que no. No me han dejado muy clara la intención de todo esto, pero sí que debemos recibirles y cooperar con ellos.

La campana de alerta del barco sonó en esos momentos. Ameria y el Capitán subieron corriendo a cubierta, con el corazón encogido, esperando encontrar alguna desgracia. Cuando llegaron, vieron que la mayoría del pasaje se encontraba ya ahí, señalando el cielo.

Un dirigible majestuoso sobrevolaba la zona en círculos, y sus tripulantes les saludaban desde la altura. Algunos pensaron que venían a rescatarlos, pero pronto cayeron en la cuenta de que era imposible para cualquier aeronave aterrizar en el mar.

—¿Nuestros invitados? —preguntó Ameria al capitán, saludando profusamente a las alturas.

—No me cabe duda.

—Si están reconociendo la zona, se van a llevar una sorpresa —suspiró la bióloga, observando con temor reverencial la superficie del océano.

La aeronave pasó un buen rato dando amplios círculos antes de comenzar a alejarse. Algunos en el barco quedaron decepcionados cuando vieron torcer el rumbo del dirigible y marcharse por donde había venido.

—Señor, nosotros también tenemos que alejarnos de aquí —señaló Ameria.

—Lo haremos en cuanto recibamos confirmación de la base de tierra. Hasta entonces tengo las manos atadas.

—Esperemos que no sea tarde.

—No parece que se mueva —señaló el Capitán Gregory Wilson. La superficie oscura permanecía alejada del barco varias decenas de metros.

Gilbert se encontraba acompañando a Sun. Tras la visita del dirigible mucha gente había decidido quedarse en cubierta, por si éste regresaba. Él prefería permanecer lo más lejos posible de aquella ponzoña y de las especulaciones de los tripulantes, que no eran para nada reconfortantes.

Observaba a su compañera con desvelo. Respiraba hondamente y de forma acompasada. No soñaba, no se retorcía en su camastro, y aunque parecía plácidamente dormida, el joven comenzó a pensar que nunca saldría de aquel coma.

—No hay nada de hacer —dijo una voz a su espalda. Era Marcus, que acababa de entrar en el camarote limpiándose las manos con un paño.

—¿Qué? —languideció Gilbert.

—Está en las últimas. El señor Crane se va a enfadar cuando le devuelvan así su prototipo. Y yo lo pagaré caro.

—¡Hablas de la Safari! —respiró el impresionable biólogo.

—¿De qué otra cosa iba a hablar? —el joven se detuvo al ver a la mujer tumbada—. Ah... ¡Claro que de la Safari! Tu amiga se despertará en cualquier momento, ten fe.

—No estoy tan seguro. Lleva semanas así, sin mejoría ni empeoramiento. Es como si ya no estuviera ahí dentro.

Marcus miró mal a su colega y lanzó el trapo con que se limpiaba a un lado, acercándose a la joven de rasgos orientales. Acto seguido le dio un beso en la frente y tomó una de sus manos, colocándose a escasos centímetros de su cara.

—Sun. No hagas caso de este agorero que tienes por amigo. Yo sé que estás durmiendo y que vas a despertar. Y cuando lo hagas, te invitaré a una copa de ron nhemiano en la primera tasca que veamos. Piénsatelo. No me conoces mucho, pero dicen que soy un tío estupendo y muy sexy.

—No fastidies, Marcus —protestó Gilbert.

—¿Sabes que quienes se encuentran en coma escuchan todo lo que sucede a su alrededor? Aplícate el cuento, Gil.

—Tienes razón —recapacitó el joven biólogo—. No hago más que meter la pata.

—Mi hermana confía en ti más que en nadie. ¿No crees que eres demasiado duro contigo mismo?

—No lo creo. Soy el único que no sirve para nada aquí. No debí venir.

—Vamos, hombre. ¿Y perderte esta fiesta?

—No sé qué fiesta ves tú. Nuestros amigos al borde de la muerte, un mal desconocido que se extiende...

Marcus se acercó a Gilbert y le pasó su brazo por el hombro.

—El miedo es la prisión de la mente. Debes dejar que entre, que te acompañe y se haga uno contigo. Después respira hondo y pégale una buena paliza para que se largue.

—¿Eso haces tú? —preguntó Gilbert, esperanzado.

—Eso hago yo. Siempre.

—Lo voy a intenta...

La frase de Gilbert se vio interrumpida por un fuerte vaivén del barco, unido a un espantoso crujir del casco. El interior del camarote se puso casi vertical antes de volver a su sitio, empujándolos a todos contra las paredes y haciendo volar los enseres por todas partes. El

cuerpo de Sun fue despedido sin miramiento y quedó sepultado bajo varios muebles.

Marcus masculló y se levantó como pudo, agarrando la mano de su colega, quien había acabado un metro más allá. Lo atrajo hacia sí, descubriendo que estaba sangrando por un ojo. El cristal de sus gafas se había roto y un pedazo había acabado clavado en su párpado derecho.

Sujetándolo, lo arrastró hacia la puerta.

—Sun —masculló Gilbert.

—Lo sé.

El joven se aseguró de dejar a Gilbert fuertemente agarrado al dintel de la puerta, antes de avanzar hacia el fondo del camarote. Un nuevo zarandeo lo estampó contra la pared, pero ya estaba preparado, y lo resistió amortiguándose con las piernas. Se sujetó a las juntas de los tablones y caminó lentamente, evitando varios golpes procedentes de objetos. El cuerpo de Sun iba y venía, chocándose sin miramiento, y Marcus tardó varios segundos antes de poder agarrarla y levantarla.

—¡Está entrando agua! —gritó Gilbert, quien se agarraba como una lapa al marco de la puerta—. ¡Debe de haber una grieta!

El joven consiguió arrastrar el cuerpo de la investigadora hasta el pasillo, aprovechando que el barco había dejado de zozobrar.

—Tenemos que subir —masculló Marcus.

—¿Arriba? Será peor...

—Confía en mí. Gilbert, ¿puedes llevar a Sun? Tengo que encontrar a Ameria.

El biólogo asintió con vehemencia.

Las luces del interior del buque empezaban a fallar. Algo iba mal en la sala de máquinas.

Marcus debía encontrar a su hermana, pero no solo a ella. Aquel era un buque de tamaño considerable, y acercándose la noche, lo normal era que el pasaje estuviera ya en el interior.

Por el pasillo corría un paso de agua proveniente de popa. Si tenían una brecha era imperativo detenerla rápidamente, antes de perder flotabilidad. En el suelo se topó con uno de los especialistas médicos, todavía embutido en su traje, aparentemente inconsciente. Lo irguió contra la pared y lo zarandeó con fuerza hasta conseguir hacerle despertar. El hombre, al ver que su traje estaba dañado y lleno de agua, se puso frenético.

—Cálmate. No estás herido. Sube hacia la cubierta. ¿Me has entendido?

El especialista asintió con cara de espanto y comenzó a andar a gatas en aquella dirección.

Mientras avanzaba, llamando a gritos a quien pudiera escucharle, un nuevo zarandeo del barco empujó a Marcus hacia otro camarote.

En él, un miembro de la tripulación se encontraba atravesado en dos por un tablón en la parte del estómago.

—Ayuda... —gimió, con los ojos desorbitados. Era solo un muchacho.

Marcus observó la herida y vio que era fatal. Probablemente, ni aun con el mar en calma y un equipo de quirófano esperándolo saldría de esa. Buscó a su alrededor y encontró una pequeña hachuela que había salido despedida y se había clavado en la pared a varios metros. La desencajó, y con un movimiento seco, cortó el tablón que mantenía al malherido colgado de la pared. Lo levantó por el hombro y lo sacó al pasillo.

Un crujido del casco del todo horripilante resonó en todas partes. Era como si el barco estuviese siendo aplastado por una enorme fuerza.

—¿Qué tormenta hace esto? —la voz que llegó a sus oídos era la del capitán, quien había llegado corriendo.

—Ninguna —respondió Marcus—, capitán. ¿Ha visto a mi hermana?

El hombre negó, con los ojos muy abiertos en una mueca de desconcierto.

—Tengo que encontrarla. Por favor, lleve a este grumete con usted.

El Capitán observó el maltrecho y atravesado cuerpo del muchacho.

—Dan...

Marcus vio la reticencia y la negativa en la cara del capitán.

—Se merece una oportunidad —el joven recalcó las dos últimas palabras, frunciendo el ceño. Después se giró para acarrearlo él mismo hasta la salida. Tras unos instantes, el hombre lo detuvo sujetándole el brazo, habiendo recuperado la compostura.

—Encuentre a su hermana —dijo con gravedad, sujetando el cuerpo de Dan.

—Gracias, Capitán.

Bane se abrió paso entre obstáculos y un cada vez mayor volumen de agua. Abrió a patadas todos los camarotes que salían a su paso consiguiendo alertar y sacar a varios tripulantes que corrieron despavoridos. En uno de ellos, encontró a la médica jefe, que había decidido esconderse en un armario.

—Señora, debe subir a la cubierta. El barco está totalmente comprometido.

—¡Ni por todo el oro del mundo vuelvo ahí!

Marcus se dio cuenta de las palabras de la mujer.

— ¿Estaba mi hermana en cubierta? ¿Y los demás?

—Tu hermana está en el puente de mando, junto al contramaestre, tratando de mover el barco. Pero las hélices no funcionan.

—¿Y la tripulación?

—Corren de un lado a otro.

—Vaya con los demás, hacia los botes salvavidas.

—¿Bromeas? ¡Prefiero meterme en este armario!

—Maldita sea.

El joven dejó los camarotes y se dirigió a la sala de máquinas. Nada más llegar pudo comprobar que la grieta, o al menos una de ellas, se había producido en esa cámara. Dos de los mecánicos trabajaban para taparla y un tercero estaba tirado en el suelo con una brecha en la cabeza.

Marcus se acercó a la máquina y la comprobó en profundidad. La caldera funcionaba correctamente, así como las válvulas reguladoras y las bombas de agua fría. El problema parecía radicar en el pistón del cilindro. Tenía encajado un hierro de la estructura de la cámara, doblando toda la pieza e imposibilitando el trabajo de la máquina entera.

—Necesito herramientas —se dijo.

El agua se abría paso en la sala pese a los esfuerzos de los operarios. A esas alturas ya les llegaba a la pantorrilla y seguía subiendo.

—¡Tenéis que contener eso! —les chilló.

—¡Lo intentamos! —escuchó responder a uno de los dos esforzados hombres.

Un nuevo vaivén del barco los lanzó a todos contra la pared de estribor e hizo crujir las máquinas.

Marcus, maltrecho, se levantó en cuanto pudo y gateó por la cámara tragando agua salada, hasta encontrar un martillo y varias llaves. Se acercó a la máquina y golpeó el cuerpo metálico hasta desencajarlo del pistón. Después utilizó el mismo martillo para enderezar el tubo y finalmente lo aseguró a la estructura superior. En cuanto lo hizo, tuvo que apartar la mano de inmediato pues el pistón se cerró de golpe accionando toda la maquinaria. El sonido del motor funcionando inundó la sala, amortiguando los fantasmagóricos ruidos del casco. Las hélices exteriores comenzaron a funcionar segundos después, y el barco empezó a moverse.

El joven empezaba a estar agotado. Había recibido golpes por todas partes, y aquello no había finalizado. Se acercó a los valientes operarios que, con diligencia y poco éxito, se afanaban todavía en cerrar la abertura.

—¿Os echo una mano? —gritó.

—¡Las máquinas ya funcionan! ¡Debemos cortar la vía! —respondió un hombre rudo y calvo—. ¡Sujeta la plancha!

Marcus se colocó a uno de los lados mientras el tercer hombre golpeaba con fuerza unos clavos enormes. Tardó varios minutos en

asegurar la plancha, minutos en los cuales el joven creyó que no tendría fuerza suficiente para sostener la presión.

—¡Ya está! Vamos, tenemos que subir —gritó Marcus.

—No, amigo. Éste es el corazón del Antillas Luxor, y solo continuará latiendo con nosotros aquí.

—Pero...

—Es necesario. Saldremos solo cuando sea completamente inevitable.

—¿Y él? —preguntó, señalando al joven operario que yacía semihundido con la brecha en la cabeza.

—Ha muerto el pobre diablo. Para no morir los demás, el barco debe navegar deprisa —sentenció el segundo hombre, un recio pero espigado y curtido marinero. La determinación brillaba en sus ojos.

—Está bien. Haré cuanto esté en mi mano. Vuestro empeño os honra, pero aseguraos de salir a tiempo. Ninguna máquina merece vuestra vida —gritó Marcus.

Asintió a los abnegados hombres y salió de allí, motivado por la actitud de los mecánicos. Mientras corría por el pasillo de camino a cubierta, Dave cruzó delante de él, lanzándole una esquiva mirada y adentrándose en uno de los camarotes. Marcus le siguió, trastabillando con los restos que flotaban a sus pies.

—¡Dave! ¡Vamos, ven conmigo, rápido! —le gritó desde la puerta. El muchacho le miró desde el extremo del camarote, mostrando una sonrisa triunfal en su rostro.

—Éste es mi gran momento, señor Bane. Es usted quien debería correr, no yo —dijo, riendo estrepitosamente.

Marcus pensó en acercarse y someterlo a la fuerza, pero finalmente decidió que no podía luchar contra la voluntad, cuerda o presa de la locura, de todos los tripulantes. Su suerte estaba echada.

Con esfuerzo, subió las escaleras que conducían al exterior. Cuando salió, se dio cuenta de que no había tormenta alguna. Ni siquiera corría una leve brisa, pese a hallarse la embarcación en movimiento. En su lugar, una atmósfera roja y neblinosa cubría como un velo tenue la superficie del mar, carente de olas. No se veía luz alguna más allá de las del barco, pese a que, por la hora, en el horizonte deberían refulgir los últimos rojos de un atardecer que muere ante las lunas.

El bulbo de proa cortaba una superficie marina de color negro, que devolvía los reflejos del propio navío, y del ambiente carmesí que lo rodeaba.

El aire estaba enrarecido, y Marcus sintió que le costaba respirarlo. De alguna manera, hacerlo le quemaba ligeramente la garganta. Levantó la vista hacia la superestructura de proa. A través de los amplios ventanales de la sala de mandos, pudo ver al capitán, al contramaestre y varios miembros de la tripulación. Al ver que Lando y

su hermana se encontraban también ahí, una sonrisa de tranquilidad acudió a su rostro, y Marcus se derrumbó más que sentó, sobre el suelo de la cubierta.

Ameria observaba el horizonte desde la altura del puente. Gracias al cielo, las máquinas habían respondido por fin y el Antillas Luxor avanzaba, más lento de lo que le gustaría, atravesando el océano.

En qué momento aquella masa había rodeado el barco, no sabrían decirlo. Qué demonios era lo que casi lo había volcado, menos todavía. La joven solo sabía que su única oportunidad era salir de la zona lo más rápido posible.

—¡Allí! —gritó el contramaestre, señalando algo en la distancia. Una luz inconfundible que se acercaba a ellos— Son las luces de otro navío. ¡Estamos salvados!

—Corrija rumbo y diríjase a esa posición, calculando para no colisionar, Williams —ordenó el capitán, mirando a través del catalejo prismático.

—No se ve prácticamente nada con esta niebla, señor.

—Nos guiaremos por las luces —respondió su superior.

El silencio más espectral rodeaba el navío. Los segundos contaban como minutos y los minutos como horas. Nadie se atrevía a comentar nada, ni a observarse los unos a los otros, atenta su mirada como estaba, en el velado horizonte. Las luces del segundo buque estaban cerca. Parecía que iban a llegar hasta él, lo presentían.

Entonces un sonido sobrecogedor, como un gemido cacofónico llegado de todas partes, retumbó en el barco, haciendo vibrar suelos, paredes y techos. Tras unos segundos de pura y aterrada expectación, un tremendo golpe los lanzó a todos hacia delante, sobre la mampara de la cabina. El barco crujió entero, y de forma totalmente imposible, la cubierta de popa fue levantada, hundiendo sin remedio la proa del Antillas Luxor en el mar. Las hélices seguían funcionando, moviéndose en el aire, totalmente inútiles.

Ameria respiró entrecortadamente mientras su corazón palpitaba a mil por hora. Pegada al cristal de la mampara, sin poder moverse, observó las aguas del negro océano a escasos metros de ella.

Trató de deslizarse, dándose rápidamente cuenta de que la endeble superficie no aguantaría. El capitán, quien había llegado a la misma conclusión, y que se encontraba a un metro a su derecha en idéntica situación, le hizo señas para que se quedase quieta. Acto seguido observó cómo el hombre quedaba petrificado al observar algo delante de ellos. Ameria supo que no quería ver de qué se trataba, que sería mejor cerrar los ojos y fingir que todo aquello era tan solo una pesadilla. Pero inevitablemente desvió su mirada hacia allí.

A unos veinte metros del Antillas Luxor, y con lentitud, emergió un ser de dimensiones imposibles. Se recortaba entre la bruma carmesí, desplegando una red de filamentos negros sobre la superficie del mar. Carecía de cabeza reconocible y sus formas no respondían a ninguna especie que Ameria, como bióloga marina que era, pudiese reconocer. Fuese lo que fuese, los observaba sin ojos, como un predador que observa a su presa dispuesto a jugar con ella.

Uno de los filamentos se acercó a la cabina de mando y se pegó a ella. Después se apartó unos metros, para, acto seguido, sacudir el cristal. Ameria gritó y saltó hacia el soporte de madera antes de que la mampara se resquebrajara. La proa volvió a elevarse de golpe sobre el mar, provocando un crujido desgarrador del barco cuando la popa cayó bajo su peso. La joven, aterrada, se agarró con tal fuerza al marco del ventanal, que clavó en su carne múltiples trozos del cristal que seguían adheridos al mismo. Con ello consiguió no salir despedida tras el fuerte empellón.

El barco se había partido por la mitad.

Ameria se soltó tambaleándose. Debía buscar un lugar más seguro, lo cual era imposible. Aquel ser la miraba directamente a los ojos, le hendía el espíritu desde la distancia. Quería que supiera que iba a morir. De alguna manera esa bestia se deleitaba en aquella certeza. El próximo ataque hundiría la embarcación sin remedio, y ella caería a su merced. No moriría de inmediato, eso lo sabía seguro. Sería una muerte lenta y terrible más allá de toda concepción. La bestia se lo aseguraba. El terror que sentía era tal, que de haber tenido un arma cerca, Ameria sabía que se hubiera pegado un tiro.

A su alrededor, todos yacían en el suelo. Todos menos el Capitán Gregory, quien había salido despedido al mar y perdido en sus aguas irremediablemente.

Su hermano estaría muerto. Gilbert estaría muerto. Nada tenía sentido.

Ameria salió del maltrecho puente de mando y bajó de la superestructura. Sin saber por qué, caminó por la cubierta de proa, con pasos lentos pero decididos. Una fuerza irresistible la condujo hasta la barandilla alta de proa, cara a cara con su verdugo.

Su respiración se acompasó con la de la criatura en un único aliento. Se alzaba sobre ella magnífica y terrible, como un dios encarnado que busca venganza.

—¿Qué eres tú? —susurró la joven con amargura y fiereza a partes iguales.

Tras unos instantes que parecían eternos, Ameria esperó que la criatura hiciese algo. Que la matara, que desapareciese en las aguas, o que hundiera el barco de una vez. Cualquier cosa hubiera bastado. Sin embargo, aquella bestia salida directamente de los infiernos parecía

más interesada en hacerla sufrir. Le hablaba directamente en el interior de su cabeza, tratando de adueñarse de sus pensamientos, de sus recuerdos y de sus conocimientos. No usaba ningún idioma o dialecto conocido, sino tan solo imágenes. Imágenes de un sufrimiento y desolación sin igual.

—Basta —lloró ella a lágrima viva mientras sostenía su cabeza con fuerza.

En ese instante, la bestia gimió de tal modo que su grito reverberó a través de cada centímetro del buque. Al hacerlo, descubrió dos bocas, cuyas mandíbulas se abrieron y cerraron mostrando sendas lenguas bulbosas.

Ameria sacudió su cabeza como despertando de un sueño hipnótico y se agarró a la baranda con fuerza. Tomó una bocanada de aire mientras las lágrimas surcaban sus ojos.

Una imagen sin igual se alzaba frente a ella. Un arpón gigante atravesaba a la bestia, que se retorcía convulsivamente. Ésta emitió un gemido tan agudo que la joven tuvo que taparse los oídos, cayendo sobre sus rodillas.

—¡Corrtarr la cuerrda! —escuchó entre la bruma. Alzando la mirada, pudo ver las luces del otro navío, que se imponían sobre la niebla.

La silueta de alguien saltó rasgando la cuerda unida al arpón, evitando que aquel providencial navío se hundiera siguiendo a la criatura que regresaba a las aguas.

—¡Correrr! —escuchó de nuevo. Era la voz recia de un hombre, que urgía premura.

Ameria contempló cómo una ágil figura salvaba la distancia entre los dos barcos y caía dando una voltereta. Después recogió un improvisado puente que le lanzaban, atándolo al Antillas Luxor.

Cuando terminó, se dirigió corriendo hasta ella.

Era un muchacho de cabellos plateados y mirada despierta y decidida.

—Señorita, tenemos poco tiempo, y va a tener que ayudarnos.

Como mecida por un sueño, Ameria se vio acompañada a través de una precaria pasarela entre los dos barcos. Alguien la recogió en el nuevo navío, un hombre fornido que la abrazó cubriéndola con una manta, a modo paternal. Le susurró palabras de ánimo y le regaló una gran sonrisa antes de saltar él mismo hacia los restos del Antillas Luxor.

Desde aquel lugar observó cómo los forasteros acarreaban a los tripulantes que encontraban. Se gritaban y urgían entre ellos, de malos modos incluso. Uno de ellos regresó entre la niebla, sosteniendo entre sus brazos un perro que no paraba de ladrar.

—Rhea —sonrió Ameria. Acto seguido se desmayó.

LOS OSCUROS SALONES DE UN REINO

La Colmena, distrito de Mehen.
Ciudad de Phontos.
Reino de Kur.

«Oran Bahab nei servirri;
En la sombra, cualquier imagen es dios».
Fidias Devenere.

El encapuchado caminaba por las oscuras y casi desiertas callejuelas de La Colmena mientras cavilaba acerca de esas antiguas palabras. Para él, jamás habían tenido mucho sentido, ni aun cuando su padre las hubiera repetido hasta el hastío, convirtiéndolas en un refrán que servía para todo.

«Debes hacerlas tuyas», le había dicho. «Encontrar su propio significado».

Para Fidias, era evidente que su padre había tratado de darse ínfulas, de dotarse de esa aura misteriosa que rodea a todo buen sicario, siendo dado como era al teatro y a la parafernalia.

—No significa nada —se dijo, mientras paseaba.

La noche vil se engrandecía sobre su cabeza y domeñaba la urbe, como un señor hiciera con su servil esclavo. Las estrellas hendían un firmamento oscuro y tenebroso, tal que solo podía verse desde aquellos bajos fondos donde la miseria y el resentimiento crecían por doquier. Los tejados de los mastodónticos edificios, hogar de miles de almas, rasgaban la cúpula nocturna y engalanaban sus hediondas calles de secretos y susurros.

Fidias no sentía lástima. Ni por la anciana que renqueaba, ni por el niño que lamía una piedra por no tener otra cosa que llevarse a la boca. No sentía lástima de quienes languidecían bajo el yugo de los poderosos, y ciertamente no le importaba si estos vivían o morían a la luz de una lumbre.

Él también había pasado por eso. Por la privación y por el castigo, por la reprimenda y la burla. Había tenido que ganarse hasta el último kel que había gastado en su vida, con el calor de su sangre.

—Una moneda, hijo, por misericordia —gimió una vieja, que, sentada en una cisterna, agarró su capa con escasas fuerzas. Fidias se detuvo y la miró, regalándole una compasiva sonrisa. Se agachó y acarició la mejilla de la ajada mujer.

—El destino de esta vida es sufrir. Consuélese en eso —le

respondió con afectación.

—Estoy cansada de sufrir —replicó la mujer, con lágrimas en los ojos.

—Esto la ayudará —sonrió el joven, deslizando un kel sobre la mano de la anciana.

—Los dioses te bendigan —respondió la señora agarrando la moneda y guardándola con rapidez.

«Volverás a tu charco igualmente» —pensó el encapuchado, mientras se despedía de la indigente con una reverencia y una sonrisa.

Encontraba cierto placer en ridiculizar al destino, en reírse de las circunstancias y en confundir a las personas. Y es que eran tan fáciles de confundir... Todos se exprimían el seso para conseguir el aprecio de los demás, para ser amados y valorados. Prácticamente nadie era capaz de atisbar el verdadero ser interior de sus semejantes, cegados como estaban por las banales apariencias.

Unas palabras hermosas y un poco de cuento, y casi cualquiera se convertiría en una presa fácil. Un ademán airado, sin embargo, sería capaz de borrar años de buenas acciones. No había ser más estúpido que el ser humano, y como tal debía ser tratado.

«Un papel para cada ocasión» —afirmó, mientras rememoraba sus últimas acciones.

No se sentía del todo satisfecho del transcurso de los sucesos, pues había cumplido tan solo la mitad de sus planes. La mitad estaba muy lejos de ser algo aceptable, y sin embargo tendría que bastar ya que esa mitad había sido generosa.

Se escurrió entre calles y callejuelas, ondeando la fina capa que danzaba a su paso. Saltó a un balcón y, tras cruzar una vivienda, salió al otro lado del edificio, del que descendió cayendo con una voltereta. Observó a su alrededor cerciorándose de que nadie le había seguido, más como un acto reflejo que por necesidad o precaución, y seguidamente se deslizó a través de una boca de alcantarilla.

El oscuro y claustrofóbico túnel zigzagueó delante de él, ramificándose en numerosos caminos. Aquella red llevaba décadas cerrada, inutilizada y olvidada, testigo de tiempos mejores y más prósperos. Quedaban incluso ancianos muy longevos que recordaban Mehen como un lugar respetable, cosa que hoy en día era difícil de creer.

Fidias avanzó sin dudar un instante a través de aquel laberinto despoblado hasta de ratas, siguiendo una ruta directa y certera, que culminó en un estrechamiento y una pared.

El lugar, que parecía el final de aquel túnel, ocultaba un mecanismo secreto a uno de los lados del muro, que el joven accionó insertando una fina lasca. Se escuchó un leve chasquido y el sigiloso crepitar de un conjunto de engranajes, seguido de un clic. Como

consecuencia, una pequeña trampilla se deslizó y el asesino pudo cruzar antes de que volviera a cerrarse.

El pequeño candil que portaba apenas iluminaba a su alrededor. Lo había recogido en la entrada de la alcantarilla, semienterrado entre el fango, colocado de esa manera, quizás estratégicamente, demasiado tiempo atrás.

Observó a sus pies y acercó la linterna al suelo, deteniéndose a inspeccionar. Un leve brillo fugaz le reveló lo que buscaba. Satisfecho, procedió a saltar el cable trampa sin ninguna consecuencia desagradable para su persona, preguntándose si se habrían molestado en poner alguno más. Todo aquello resultaba muy tedioso y anacrónico.

Tras desarmar dos trampas más, un Fidias cada vez más molesto, llegó a su destino. Delante de él, un portón que revestía un poco de dignidad le cerraba el paso. Observó la cerradura, y rápidamente concluyó que era de las difíciles. Mascullando, desplegó un estuche de ganzúas que llevaba cosido en la parte interior de su chaleco. Eligió dos de ellas y procedió a tratar de abrir el mecanismo. Insertó la primera, moviéndola suavemente hacia la izquierda hasta escuchar el chasquido correcto. Acto seguido, y con ayuda de la segunda, consiguió su objetivo, deleitándose con el delicioso sonido de la apertura del cierre.

Ciertamente agradeció que se les hubieran acabado las ganas de entrampar también la cerradura, cosa que hubiera acabado con su paciencia definitivamente.

Al traspasar la puerta el entorno cambió. Se encontraba en la habitación de un edificio; muy desatendido y mal cuidado, pero edificio, al fin y al cabo. No había nadie. Al fondo de la sala unas escaleras subían como única salida.

Fidias ascendió por ellas hasta llegar al piso superior, donde un tipo roncaba con los brazos cruzados sobre el pecho, sentado en una silla peligrosamente colocada a dos patas, contra la pared. Una botella de cerveza vacía reposaba a sus pies.

—Eh —llamó Fidias.

No obtuvo más respuesta que otro ronquido. El joven se acercó entonces, y con un pie desequilibró la silla, haciendo que su morador se cayese de espaldas y despertara de repente, alertado.

—Tranquilo, amigo —le dijo, apuntándole con una daga por si hacía algún movimiento estúpido—, soy de los tuyos.

—¡¿Me has empujado tú?!

—No ha hecho falta, te las has arreglado solito. Buena cogorza llevas, para estar de guardia.

—¿Guardia? Por aquí no viene nadie desde hace años. Tan solo los imbéciles como tú.

—¿Por eso os molestáis en armar tantas trampas de nivel aficionado ahí fuera? ¿Teméis que algún vagabundo se confunda y os descubra?

—Tú eres tonto. Esa puerta no se abre desde antes de que yo entrase a trabajar aquí. A los «externos» como tú más os valdría buscaros vuestros propios escondites y dejar de molestarnos. Ahora me tocará rearmar toda la zona.

—Espero que no te canses —suspiró el joven, con hastío—. Soy Fidias Devenere y he venido...

—Ya sé quién eres, o no seguirías con vida —protestó el guardia.

—Oh, seguro.

—Sigue el pasillo hasta el siguiente bloque y no vuelvas por aquí —le cortó el hombre, tan harto de él como al revés.

Fidias dejó al bandido rebuscando en una mochila y siguió sus instrucciones. Aquel complejo era bastante grande, y a su paso empezó a encontrar personas que apenas le dirigían una mirada curiosa antes de volver a sus asuntos. No podía creer que resultase tan indiferente para los de su gremio, aun cuando no perteneciese a Phontos, ni operase en Mehen de manera regular. Tenía que reconocer que aquello le dañaba un poco el orgullo, sobre todo tras sus recientes conquistas.

Tan ensimismado se encontraba en sus pensamientos, que no reparó en la figura que se había detenido frente a él y lo escrutaba.

—Devenere, el maestro burlón —canturreó con sorna la voz aguda de una joven.

Cuando Fidias levantó la cabeza y observó su rostro, la reconoció al instante. Cabello castaño y corto despeinado sobre la cara, ojos verdes rasgados como los de un gato y cuerpo de una voluptuosidad de la que ella misma hacía claro alarde.

—Ivory —la saludó él, expectante.

La joven sonrió con una mueca pícara y se lanzó sobre él, ahogándolo en un profundo beso. Ante la primera resistencia de él, ella reaccionó acorralándolo contra la pared de un empellón. Fidias notó su cuerpo pegándose al de él, sus brazos rodeando su cuello, y el apasionado sabor de sus labios.

—Ivory... no he venido para esto —consiguió decir el joven.

—Calla. Siempre hablas demasiado. Hoy he matado y ya sabes cómo me pone eso —sonrió ella mientras deslizaba su mano hacia la entrepierna del asesino.

—Vas a hacer que me enfade —protestó él, con pocas ganas.

—Vaya, vaya —dijo entre beso y beso—. Tu voluntad cede, Fidias.

—Supongo que... hay tiempo —replicó el joven apretando contra sí a aquella pequeña revoltosa.

—Todo es poco para agasajar al asesino de reinas. ¡Ven conmigo!

«Vaya» pensó Fidias, satisfecho, mientras era conducido a toda prisa a una pequeña habitación. «El asesino de reinas. Por fin alguien lo menciona».

Una hora después, el joven se encontraba mirando al techo, tumbado sobre un maltrecho catre que se clavaba en su espalda pese a las pieles de la cama, con aquella chica enroscada a su cuerpo, jugando con sus enmarañadas trenzas rubias.

—Entonces acabaste con nada más y nada menos que la reina de Kur y dejaste vendidos a tus amigos —parafraseó Ivory.

—No eran mis amigos. Y a uno le ayudé después a salvar el pellejo —rectificó Fidias.

—Vaya, ¡qué generoso! ¿Es al que lanzaste por la Terraza de los Vientos?

—Con un paracaídas.

—Claro, eso quizás evitó que se matara —asintió la chica—. Contando con que era un viejo lisiado.

—No era tan viejo, Ivory.

—¿Y qué hay de la chica? —preguntó la joven, irguiéndose y mirándole muy fijamente.

—¿La chica? ¿Te refieres a Ox?

—Sí, esa misma.

—Pues...

Fidias se quedó pensando y la imaginó en las celdas, languideciendo como solía hacer, esperando un fatal destino. Aquella había sido la parte incompleta de su misión, el cabo suelto en una ejecución casi magistral.

—Debías seguirle los pasos de cerca ¿No es así? ¿No era parte de tu misión? —siguió ella.

—Tuve que elegir. No pude efectuar el plan al completo —Fidias recordó cómo el asesinato de la reina se había tornado inusitadamente difícil. No iba a hablar con Ivory de los sucesos paranormales que había visto y sufrido o lo tomaría por un loco, pero aquello había malogrado parte de la misión.

Él debía rescatar a Ox y escapar con Botas. Lo cierto es que no necesitaba para nada al informador, pero pensó que resultaría un buen señuelo si las cosas se torcían, como así fue, y que además la chica confiaría más en él si Botas se encontraba presente. Si todo hubiera salido como debía ahora no estaría perdiendo el tiempo con Ivory y sus juegos.

—¿Es guapa? ¿Te atrae? —le preguntó inquisitivamente ella.

—¿Qué?

Aquella pregunta tan estúpida tomó por sorpresa a Fidias, quien repentinamente se sintió como un canalla. No le importaba la gente, jugaba con ella y la usaba para su beneficio, o eso se decía

constantemente a sí mismo. Sin embargo, Ox no le dejaba indiferente.

—Jamás he conocido a nadie tan triste como esa chica —respondió él.

—¿Por qué debías seguirla? ¿Qué tiene de especial?

—No me lo dijeron. Creo que ni ellos lo sabían. La orden venía de arriba, era ambigua y ni siquiera imperativa. Yo debía seguirla, conocerla y observarla. Creo que esperaban que la pillase en algo raro.

—Pero no me has respondido, maestro burlón. ¿Te la llevaste a la cama? —protestó Ivory mientras se sentaba encima de él, mostrando su atractivo cuerpo desnudo como reclamo.

—Ivory, siempre serás una cría.

El falso bardo agarró a la chica y la colocó sobre las pieles, dispuesto a darle lo que quería una vez más, cuando unos fuertes golpes sonaron en la puerta de la habitación segundos antes de que la abrieran de golpe. Un fornido hombre, vestido con una armadura completa de cuero, se plantó en la sala.

—Fidias Devenere, vístete, te esperan —gruñó el bandido.

—Farcos, eres un desgraciado. ¿Siempre tienes que fastidiarme? —protestó la chica, levantándose sin ningún tipo de pudor, y vistiéndose delante de él.

—Búscate a otro para pasar la noche, Ivory. Si quieres, estoy libre —carcajeó el tipo.

—Ni en tus mejores sueños, Farcos —respondió mientras se marchaba de la habitación—. Fidias, te veré más tarde, no huyas de mí.

Tras recomponerse, el joven cruzó el salón circular siguiendo al tal Farcos hasta una pequeña cámara. Allí, su guía le invitó a pasar y cerró la puerta a su paso, dejándole a solas con una figura que se encontraba al otro lado de una pequeña mesa. La figura, que dada su complexión debía tratarse de un hombre, vestía una capa negra de varias secciones con una capucha holgada que cubría sus rasgos a la perfección. Llevaba guantes y botas de manufactura exquisita, no apta para cualquier bolsillo, y su porte era flemático, hierático y elegante.

—Fidias. Conocí a tu padre —siseó una voz bajo los pliegues de la oscura capucha.

—Fue un hombre conocido —respondió él.

—Por su propio hijo, no tanto —replicó la enigmática voz, en un registro apenas audible.

—Más que suficiente, me parece —respondió el joven mientras tomaba asiento frente a su interlocutor.

—La ignorancia siempre habla osadamente. Eres ignorante, Fidias Devenere, y portas un gran apellido. Por ello y por tus aptitudes, perdonaremos tu falta de raciocinio.

—Y por la muerte de la reina de Kur —añadió Fidias, con toda

intención.

La figura lo escrutó unos segundos sin decir nada, haciendo que el joven comenzase a sentirse incómodo.

—Un pequeño caos para el país. Nada de lo que no se recupere, joven asesino. Pero sí, lo hiciste bien. El talento del padre se queda en el hijo.

—Muchas gracias, señor —contestó Fidias, cambiando el registro. Cualquiera podía esconderse bajo esa capa, y era mejor no jugársela con faltas de respeto—. Estoy listo para mi próximo cometido, el cual llevaré a cabo con la mayor diligencia.

—No partirás de Phontos todavía. Tu trabajo se encuentra inacabado.

Fidias se disponía a preguntar cuando el hombre se llevó el dedo a la boca en un gesto de silencio, interrumpiendo sus intenciones. Sin añadir ni una palabra más, le entregó un sobre con un lacre sin abrir. Después, también con un gesto, le indicó que podía marcharse.

Un rato más tarde, el joven se encontraba de nuevo en las calles. Había conseguido escabullirse sin llamar la atención pues no deseaba pernoctar allí, rodeado de desconocidos, ni tampoco cerca de Ivory, quien al cabo de un rato era capaz de desquiciar hasta a un monje asceta.

Tarde como era, el sol no se demoraría en aparecer, así que Fidias eligió el porche de un edificio semiderruído para guarecerse. Los próximos días alquilaría alguna habitación fuera de Mehen, pero por ahora debía descansar un poco.

Sacó la misiva que le habían entregado, examinándola con detenimiento antes de proceder a partir el sello y acceder al contenido del sobre. El joven releyó varias veces las escuetas frases escritas y acto seguido hizo arder el papel. Mientras se consumía en el suelo y las llamas danzaban, Fidias se preguntaba el porqué de su misión. Cuando la última chispa desapareció entre la arena, la luz de la luna iluminó el interior del porche de manera casi imperiosa.

«Luna tardía. Malos presagios»— pensó Fidias frunciendo el ceño mientras observaba la luz rojiza de Baras inundando Mehen. Sin embargo, su mente se encontraba lejos de allí.

La misma luna iluminaba el calabozo de la Torre Real, donde una joven y su maestro permanecían olvidados por el mismo rey que habían ayudado a rescatar. Por si esto fuera poco, habían sido trasladados a celdas separadas para evitar cualquier contacto entre ellos, ni tan siquiera el que la eventual conversación pudiera ofrecerles.

Ox miraba la luna roja a través de los barrotes y hervía de furia interna. No solo por los acontecimientos sucedidos, ni por resentimiento hacia Jakar, sino por su estado actual. Había desoído las palabras de su maestro y excedido sus límites, hecho por el cual llevaba más de una semana sin poder utilizar su don. Lo intentaba cada día, sin ningún éxito, y empezaba a entender que el hecho de forzarse empeoraba la situación.

Sabía que «Ojo Blanco» la visitaba eventualmente al ver los platos de la cena moverse un poco de cuando en cuando. Aquello la animaba vagamente, y agradecía que su maestro se esforzase en hacerle ver que estaba bien.

Se le ocurrió tratar de presentir la presencia de su maestro desde su cuerpo físico cuando sabía que andaba cerca, pero de poder hacerse esto, ella no lo conseguía. Había demasiadas cosas que desconocía. Un mar de incógnitas y un océano de dificultades, y ella solo sentía poseer una barcaza a remos, pero sin remos.

Así transcurrió una semana más, o quizás varias, pues el transcurso del tiempo se distorsionaba entre aquellos barrotes. Los días pasaban entre cuenco y cuenco de apestosa comida. Las heces y orines se acumulaban por días en el cubo de desechos sin que los guardias dedicaran un minuto a cambiarlo hasta que era totalmente insoportable también para ellos.

Durante días, la joven rehusó intentar utilizar el don, esperando que su situación mejorase. El tiempo pasaba lento hasta casi detenerse, y su mayor pasatiempo consistía en intercambiar sandeces con los carceleros. Algunos solían provocarla y narrarle lo que esperaban sería su fatal destino, saliendo a volar en la Terraza de los Vientos, o cosas peores. Otros la observaban con cierta lástima y se llegaban a apiadar de ella, permitiéndole tener una manta extra para protegerse del frío nocturno, o le lanzaban un cuscurro de pan viejo al suelo.

También consiguió alguna información, sobre todo de su rey. Parecía que Jakar Aurelius VII pasaba los días muy ocupado en recepciones y eventos de lo más sofisticados. La vuelta a la vida debía ser un acontecimiento de lo más jugoso para la estúpida corte de Kur. Ox solicitó verle muchas veces, sin ningún éxito.

Con el paso de los días, las visitas de su maestro dejaron de llegar, y aquello preocupó profundamente a Ox. Al preguntar al carcelero de turno, éste le contó que el viejo no parecía encontrarse bien. Aquello fue lo que la hizo considerar que era el momento de volver a intentar desdoblarse.

Al llegar la noche, una noche cerrada y oscura que no presagiaba nada bueno, la joven se tumbó cubierta de sus dos ligeras mantas y cerró los ojos.

La sensación era buena pues no sentía el bloqueo anterior. Su cuerpo físico se relajó completamente, acompasando su respiración a los latidos cada vez más débiles de su corazón. El frío la rodeó, tal y como deseaba. Sintió las agujas clavándose en su piel mientras su doble etéreo se despegaba de la masa material que la conformaba. No era una sensación agradable, ni aun ahora, tras haberla sentido tantas veces.

Sin embargo, estaba fuera. Contempló brevemente su empequeñecido cuerpo recipiente, cuyo tórax subía y bajaba casi imperceptiblemente en una delgada y rítmica respiración. No podía creer que fuese tan insignificante.

Sin hacer más caso a aquel nocivo pensamiento, trató de centrarse en su objetivo. Aunque había recuperado la capacidad de trascender al plano físico, sentía que sus fuerzas eran todavía escasas y renqueantes.

Pensó por un momento en dirigirse a los aposentos del rey y exigirle explicaciones, pero consideró que era más importante visitar a su maestro.

La habitación empedrada oscilaba a su paso, con sus cantos de piedra voluptuosa y sus barrotes flexibles. El aspecto neblinoso difuminaba las formas de las cosas, y a las personas las rodeaba de un aura que bailaba sobre su contorno. Todo estaba velado por los colores de la monotonía; grises y pardos desvaídos que desdibujaban los contornos y la profundidad.

Traspasó las rejas de hierro que ahora semejaban humo. Avanzó por un pasillo estrecho que perdía su consistencia y la recuperaba cada pocos segundos.

El guarda comía un bocadillo de carne, y Ox pudo ver cómo la esencia del alimento bajaba por su garganta. Era una visión repugnante.

Tambaleándose, finalmente llegó hasta dónde su maestro reposaba. A diferencia de su celda, ésta poseía un portón afianzado con barras de metal atravesado. Traspasó el umbral y contempló el maltrecho cuerpo de su maestro.

El hombre parecía muy anciano, encorvado como se encontraba sobre el suelo, sin una mala manta con la que cubrirse. No había salido, y Ox pensó que no debía poseer fuerzas para hacerlo. Una frenética tos le hizo convulsionar en un tremendo espasmo. Horrorizada, la joven contempló cómo escupía sangre sobre la piedra.

—¡Maestro! —Gritó.

Haciendo acopio de voluntad, vapuleó el cuenco vacío de la comida haciéndolo volar hacia la pared. El anciano siguió la trayectoria del objeto con la cabeza y sonrió, sin levantarse. Levantó una mano a modo de saludo, y con aquel gesto Ox comprendió que era consciente de su presencia.

—Debes marcharte —susurró Maeron—. Guarda tus... fuerzas. Vete.

La joven sintió una furia inusitada. Salió de la celda y embistió al guarda, haciéndolo caer de su silla. Como fatal consecuencia, fue instantáneamente atraída por su cuerpo, obligada a volver a habitarlo sin remedio, pues había consumido todo su poder de golpe.

Se levantó en su celda con esfuerzo y dolor por la forzada reentrada. Gritó de impotencia y se lanzó contra los barrotes, haciendo todo el ruido que podía.

—¡Eh! ¡Eh! —gritó ella desaforadamente.

El carcelero tardó unos segundos en aparecer, con una porra en mano. Era un hombre de unos sesenta años y mirada adusta.

—¡Calla la boca, miserable, o te haré callar yo mismo! —respondió el orondo guarda del turno de noche, quien se masajeaba el trasero tras la caída.

—¡Mi maestro está enfermo! ¡Necesita cuidados urgentes! —exigió Ox.

—¿El viejo? ¡Que se pudra! ¡Tendrá un catarro de cárcel! —respondió él.

—Necesita ayuda, por favor. Por favor, llévale mis mantas —dijo la joven, ahora desesperada, mientras corría a cogerlas del suelo.

—Y también querrás que le dé un masaje —rio el carcelero.

—Las mantas... y un poco de comida. Por favor, dale mis raciones de mañana a él.

—Eres muy dadivosa con ese viejo, mocosa fea. ¿Por qué te importa tanto?

—Por favor, te lo suplico.

—Suplicas, ¿eh? Lo siento, no hay favores preferenciales por ningún mugriento en estas celdas.

—Va a morir. Por favor...

Ox sintió una profunda desesperación que laceraba sus entrañas. Sus poderes la habían abandonado, sus amigos la habían traicionado, Botas había muerto, y su maestro se moría sin remedio a pocos metros de ella. De nuevo iba a perder a alguien. De nuevo...

—¿Qué me das a cambio de lo que pides, prisionera? —preguntó el guardia mientras pasaba su brazo por los barrotes y le apartaba el cabello de la cara —. No eres tan fea, después de todo.

La joven inspiró tratando de calmarse y miró fijamente al carcelero.

—Llévale lo que te pido. No lo dejes morir, y tendremos un trato —rezongó Ox.

—Muy bien, mocosa. Guárdate tus harapos, le llevaré otros similares, y comida y agua extra —silbó el guarda—. Pero has de saber que cobro por adelantado. Si quedo satisfecho, le llevaré a tu

viejo incluso una medicina.

La joven miró a aquel hombre sucio y desagradable que casi podría ser su abuelo, disimulando el desprecio que sentía. Sin duda pertenecía a la clase de escoria con la que ella acostumbraba a toparse; pobres diablos que no tienen nada en la vida y que se agarran como una lapa a cualquier escasa cota de poder que logren alcanzar. Por muy miserable que él fuera, sabía que la tenía bajo su yugo. Tragó saliva y respiró hondo. Aquello era muy arriesgado, pero la situación lo requería.

—Muy bien. ¿Quieres pasar? —sugirió Ox, haciendo un gesto con la mano.

—No me fio de ti, chiquilla. Vendrás conmigo —replicó el hombre.

Ox maldijo para sí. Su plan pasaba por noquearle dentro de la celda y hacerse con las llaves, pero así iba a resultar imposible.

El carcelero abrió los barrotes y pasó unos pesados grilletes sobre las muñecas de Ox. La joven languideció. ¿Qué iba a hacer con las manos atadas? Se había metido en un buen problema.

Mientras era conducida por el pasillo que poco antes atravesaba en el plano astral, trataba de buscar soluciones. Estaba acostumbrada a la vida dura y al abuso, pero no sabía si sería capaz de superar algo como aquello. Tenía que mantener la mente fría.

El guarda la hizo pasar a su salita de descanso. Después, temeroso quizás de ser pillado en un acto deshonroso que bien podía costarle el puesto, pasó por la puerta un candado. Ox maldijo al percatarse de que se trataba de un candado de combinación. Jamás había conocido a un bandido más precavido que aquel.

—Bien, pequeña. Llegó el momento de que te ganes tu recompensa —anunció el tipo, empujándola sobre el camastro.

—Espera. Estos grilletes van a ser muy incómodos para ambos —dijo ella, levantando las muñecas.

—Es verdad, fierecilla. Librémonos de ellos y de todo lo demás —sonrió el carcelero, mientras se arrodillaba en la cama y la liberaba de las esposas.

Ox reculó en el incómodo camastro hasta alcanzar la pared mientras contemplaba al viejo quitarse la ropa. El hedor que desprendía era mucho peor que el de ella misma tras todo su tiempo entre rejas.

—Te vas a portar bien, ¿verdad? —preguntó el hombre mientras se acercaba a ella y tiraba de sus tobillos para dejarla tumbada.

La joven sintió el cuerpo del carcelero sobre ella. Tuvo que reprimir una arcada al ver la expresión de deseo en su arrugado rostro. Respiró hondo y llevó sus manos a la cara de él, ofreciéndole una caricia.

—Recuerda tu promesa —dijo ella.

Ox cerró los ojos y se concentró. Con sus dedos buscó las sienes y la frente del hombre y notó las energías emerger. Cerró todas sus impresiones y percepciones físicas, pues necesitaba todo su poder en la mente. Ya no veía al hombre como tal, sino a su entidad astral. En ese punto era fácil canalizar su poder para hacerle dormir o dejarlo sin sentido. Lo había hecho muchas veces con éxito, y no consumía demasiado esfuerzo. Sin embargo, aquello no solucionaría el problema en ese caso, pues aun si lo dejara fuera de combate, le sería imposible abrir aquel candado de combinación, y cuando despertase su situación sería todavía peor. Necesitaba de una sutileza del todo desentrenada y para nada afín a ella. Si es que podía hacerse.

Se concentró más y buscó la manera de entrar en los pensamientos del carcelero. Al hacerlo, se encontró repentinamente apabullada por un sinfín de imágenes. ¿Cómo era posible que un tipo tan simple guardase todo eso en su mente?

«Bloquéalo», se dijo a sí misma.

No sin un gran esfuerzo, logró acallar todas aquellas voces e imágenes y se introdujo lentamente en la mente del tipo. El espacio dedicado a su imaginación era muy escaso, pero tendría que trabajar con ello.

La parte más difícil venía aquí. Debía hacer germinar en ese campo, una historia completa. Justo la que deseaba el carcelero; una de sexo desenfrenado y de pasión desmedida. Ni lo uno ni lo otro formaban parte de su dominio, así que buscó en su interior sus propias experiencias, guardadas y atesoradas con cuidado, y acudió a las más gratificantes. Sin embargo, aquellas habían sido dulces y reconfortantes. ¿Servirían para lo que estaba buscando? No tenía otra opción.

Ox fabricó para aquel hombre una obra imaginaria, asegurándose de que los protagonistas fueran ellos dos, y el escenario, aquel habitáculo infecto. En ella, Ox comenzó acariciando su rostro y besándole suavemente, mientras se desvestía. En sus recuerdos había sonrisas y caricias, y es lo mismo que importó en aquella simulación. El hombre la cogía por la cintura y la amaba con delicadeza y pasión, y ambos se miraban compenetrados.

Los recuerdos que mantenía como molde acudían a ella peligrosamente, y hubo de tener mucho cuidado en que el bello rostro de su amado no se materializase en aquella escena. Resultaba extremadamente doloroso utilizar sus memorias más bellas, aquellas pocas que todavía atesoraba para sí como su único aliento de vida, con un fin tan despreciable. Sin embargo, parecía funcionar.

Cuando Ox soltó sus manos de las sienes del carcelero y se desenganchó psíquicamente de él, el hombre abrió los ojos. La joven lo miró expectante, esperando con temor una u otra reacción. ¿Habría

sentido todo aquello como real? ¿Habría sido lo suficientemente bueno para él?

El hombre se apartó, sin dejar de observarla.

—¿Todo bien? —preguntó ella con timidez, esperando que no se diese cuenta del detalle de que seguía completamente vestida.

—Te devolveré a tu celda —anunció él, con expresión de profundo asombro en su rostro.

Mientras la conducía de vuelta por aquel pasillo, Ox se percató de que la trataba con mucha más delicadeza. Tras hacerla entrar a su confinamiento y cerrar tras de sí, el hombre introdujo su mano por los barrotes y tomó la de ella.

—Lamento mucho tu destino, pequeña. Si pudiera ayudarte lo haría, pero tan solo soy un pobre diablo en este palacio. Yo... deseo verte libre —soltó el guarda, conteniendo las lágrimas.

Ox enarcó una ceja. Había funcionado demasiado bien.

—Entonces abre esta celda— sugirió ella, esperanzada.

—No puedo —languideció él—. Me cortarían la cabeza, o me mandarían a volar.

—Ya veo —suspiró Ox. Evidentemente, la cobardía de aquel tipo era su característica predominante.

—Jamás he conocido a alguien como tú. Creo que... te amo —sentenció el hombre, apretando su agarre.

«Lo que faltaba», pensó Ox.

—Bien. Entonces cuida de mi maestro —inquirió la joven.

—Por mi honor —asintió el carcelero, irguiendo los hombros. Probablemente era la primera vez que decía unas palabras como aquellas.

Ox contempló cómo aquel desgraciado salía corriendo para proveer a su maestro de todas las comodidades a su alcance. Aquel poder era maravillosamente efectivo. ¿Podría manejarlo de diferentes formas? Por el momento tenía muchas y serias complicaciones; necesitaba mucha concentración, tiempo y esfuerzo. Quizás pudiera entrenarlo.

Con asombro, pensó en cómo el amor podía convertir a la persona más miserable en alguien mejor.

El carcelero rebosaba felicidad, mientras ella tan solo sentía asco. Había mancillado lo único hermoso que conservaba en su mente para salir de un aprieto. Él se lo perdonaría, pero ella misma jamás.

EL DESPERTAR DE UN REY

Calabozos del palacio real.
Ciudad de Phontos.
Reino de Kur.

«¿Qué has hecho, querida?
¿Qué he hecho yo mismo?
Si mi alma ya estaba condenada,
¿qué será de mi ahora?
No ha existido un ladrón más grande
en todo Cosmos».
Maeron Bayle.

La mañana siguiente Ox despertó sin ganas de moverse de su camastro. La luz del sol entraba por los barrotes y le acariciaba el rostro en el gesto más gentil que recordase desde hacía mucho.

Su tiempo en el mundo era un tiempo de descuento, una existencia vil y triste sin más propósito digno que el perseguir una quimera.

¿Por qué se apegaba tanto todavía a esta vida? Ella había recorrido planos más allá de su existencia. Había contemplado el camino de los muertos. Había sido testigo de prodigios, todos ellos, lejanos a este plano de corrupción.

¿Por qué su vana lucha?

Tal vez se equivocaba. Tal vez él era el privilegiado.

Tal vez era ella la que debía seguirlo a él.

El sonido proveniente del portón, con su crujido característico, la sacó de su ensimismamiento.

Escuchó vagamente cómo varios guardas hablaban con Maeron y acto seguido el agudo chirrío de los goznes oxidados de unos barrotes demasiado viejos.

Unos pasos desgarbados anunciaron la llegada de uno de los carceleros por el pasillo, un hombre delgado y enjuto que se plantó en su puerta y la urgió a que se acercara sin armar ningún jaleo.

Con ayuda de un segundo y tercer guardia, como si esposar y conducir a una menuda y famélica mujer de apenas cincuenta kilos supusiese algún tipo de peligro o desafío, apresaron y empujaron a Ox calabozo arriba, y más tarde, pasillo por pasillo del engalanado palacio, hasta llegar a unas vistosas dependencias que la joven ya conocía. Debía reconocer que se veían con mejor aspecto que la última vez, ya que alguien había decidido destapiar los ventanales y limpiar el desaguisado.

El rey Jakar la observaba desde un sillón. A su lado, su sempiterno Vicensor, quien parecía poseer el don de la ubicuidad en cuanto a los asuntos que a su rey se refería, la analizaba como a un insecto.

Su maestro también había sido conducido al lugar, al parecer con la misma innecesaria diligencia. El hombre se veía macilento, sumido su talante en la desidia.

—Nuestro sabio monarca ha decidido, contra mi consejo, daros audiencia. Sus razones me son inexplicables, pero he de deciros que tengáis mucho cuidado. Vuestra suerte pende del frágil hilo del destino —declamó el Vicensor.

—Sulluh, estos prisioneros llevan más cadenas que huesos en el cuerpo. No pueden hacerme ningún daño.

—Sabéis de sobras que poseen malignos poderes que exceden a su condición física, mi rey —replicó el hombre frunciendo el ceño.

—Si pudieran hacer algo, ya lo habrían hecho, ¿no crees? —protestó el monarca.

—No me cabe duda de que son insidiosos y ladinos, majestad. Sus planes pueden parecernos un enigma y, por tanto, son un peligro.

—Ese anciano parece próximo a la muerte, Sulluh. ¿Cómo lo habéis estado tratando?

—Como sin duda se merece, su ilustrísima majestad. Y tan solo porque solicitasteis magnanimidad para su persona —le recordó el Vicensor.

—Creía que Jakar era el monarca de este reino, y no Sulluh, el Vicensor. Di órdenes precisas de procurarles un trato digno dentro de su encierro —replicó Jakar, con un moderado enfado que no parecía del todo convincente.

—Haré azotar a la guardia encargada, mi señor —asintió Sulluh.

—Bien, bien —asintió Jakar, quien parecía extrañado de haber convencido a su sirviente—. Ahora marchaos todos, dejadme con los prisioneros.

—Inadmisible, majestad. No puedo poner en peligro de esa manera tan temeraria a mi rey —replicó, cuadrándose.

—Pero tu rey te lo ordena —contestó él.

—Mi rey sin duda se encuentra todavía aquejado de su enfermedad. Cansado, tras numerosas recepciones. Es mi deber protegeros aun de vos mismo.

—Sulluh, la audiencia será privada y no se hable más.

—Tal como desee mi rey, me marcharé si no me consideráis digno de escuchar lo que aquí deba decirse. Pero entenderéis que la guardia debe quedarse, por vuestra seguridad personal —contestó, con afectación.

—Muy bien —suspiró Jakar, sabiendo que nunca iba a ganar esa lucha. Que aquellos hombres se quedaran era similar a que Sulluh y

toda su cohorte de censores se encontrasen en la sala tomando notas, y él lo sabía. Sin embargo, agradeció que el hombre desapareciese de la habitación.

Jakar observó entonces a sus «invitados». La joven estaba maltrecha, despeinada y sucia. Era un saco de huesos con expresión terrible que clamaba venganza mientras lo miraba fijamente a los ojos. El hombre estaba peor. Parecía que sufría de algún tipo de enfermedad que lo hacía toser cada varios segundos, probablemente a consecuencia de su encierro en las frías celdas.

—Lamento el trato que os han dispensado —sentenció Jakar, con afectación.

—Su majestad podría mejorarlo, si así lo quisiese —contestó Maeron con un hilo de voz—. No ya para este pobre anciano, pero al menos para mi joven alumna.

—Querían vuestra cabeza a toda costa, creedme. El mero hecho de que sigáis vivos me lo debéis a mí.

—Si así es, tenéis mi profundo agradecimiento —respondió Maeron, con sumisión.

Jakar esperó alguna respuesta de la joven sin ningún resultado. Ella lo observaba fija y amenazadoramente a través de la maraña oscura de cabello que le caía sobre los ojos.

—Ox, ¿verdad?

—Nadie —respondió, como hubiera respondido un tigre acorralado esperando saltar sobre su presa.

—No permitiré que me desafíes, mujer. He tenido una enorme consideración hacia vosotros, dadas las circunstancias.

—Perdonadla, majestad, sin duda se encuentra afectada por su tiempo de encierro. Recordad que la naturaleza de las mujeres es frágil —respondió Maeron entre tos y tos.

—Anciano, parecéis enfermo. No será nada contagioso, ¿verdad? Guardia, tú, colócalo en la pared del fondo.

—Lamento las molestias, mi señor —respondió el viejo, tambaleándose.

El rey parecía nervioso. Se levantó del sillón y caminó por la habitación. Quería hablar de un tema muy concreto con aquellos sirvientes, pero en presencia de los guardias de Sulluh le resultaba imposible.

—Quería recordaros nuestras anteriores conversaciones, prisioneros. Me debéis algo que me deseo cobrar de inmediato —dijo.

Ox se echó a reír. Era una risa psicótica.

—¿Que te debemos, dices? —dijo ella en un susurro perturbador.

—Así es. Y habéis de recordarlo, o sufriréis las consecuencias —contestó haciendo acopio de fortaleza.

—Te debo muchas cosas, mi rey —sonrió la joven en una mueca—.

Te debo la muerte de mi camarada, aplastado contra el suelo.

—¿El asesino de mi esposa, dices? Suerte tienes de que tu servicio anterior te eximiese de correr su misma suerte, solamente por asociación —espetó el rey, presa del nerviosismo.

—Su verdadero verdugo campa a sus anchas, mientras tú ordenas defenestrar a inocentes. Mi maestro se muere por tu culpa en una fría celda, después de haberte ayudado —Ox levantó la cabeza y lo fulminó con la mirada—. Eres el ser más pusilánime de cuantos he conocido, y de todos ellos, has coincidido en ser su rey.

Jakar tomó aliento profundamente ofendido y asustado.

—Guardias, ¡sujetadla mejor! —gritó, haciendo que los cenestes cerraran su presa sin misericordia.

—¿No quieres ir a Tesalonia, mi rey? ¿No quieres huir de nuevo? —se carcajeó ella.

—Ox... para —susurró Maeron, asustado.

—Tesalonia —susurró el monarca, como despertando de un sueño, vislumbrando por un momento su ideal paraíso, lejano a todas las odiosas responsabilidades.

—Eres una desgracia para tu reino —susurró ella.

La joven sintió una oscura voluntad dentro de ella, germinando, trepando y escurriéndose a través de su ser. Después de tanta penuria, dejarse llevar por aquella sensación de poder renovado era liberador y vivificante.

Los fuertes brazos de los cenestes la rodeaban, la magullaban, la inmovilizaban. Las cadenas laceraban su delicada y blanca piel y le oprimían la circulación. No podía moverse, no podía pelear y apenas era capaz de respirar.

Pero nada de eso importaba.

La furia que sentía desbordó su ser y la empujó como una fuerza atronadora en el desdoblamiento más espontáneo y terrible que jamás hubiera sufrido. Su ser etéreo salió del maltrecho recipiente con una fuerza inusitada. Sus brazos eran poderosos, sus piernas recias, su voluntad inquebrantable.

Un halo oscuro rodeaba su esencia y la compelía a manifestar su odio imparable.

Miró al insignificante rey y se dirigió a él como un ariete que inexorablemente fuera a derribar el portón de una fortaleza. Colocándose a su lado, y sin saber muy bien lo que hacía, introdujo su puño en el pecho del rey y agarró su esencia vital con tremenda fuerza, arrancándola sin misericordia del cuerpo físico de Jakar, que cayó inmediatamente al suelo como un fardo, alertando a los guardias.

Lanzó a un lado al doble etéreo del rey, quien ahora la observaba con auténtico terror, y se interpuso en su camino para evitar que regresase a su recipiente.

—Vas a pagar por todo, rey Jakar —sentenció mientras se acercaba a él.

—Espera... espera —gimió el monarca.

«Ojo Blanco» contempló la escena que se desarrollaba ante sus ojos en un segundo de tiempo. Le costaba respirar y mantenerse en pie, pero pudo contemplar a su discípula amenazar al rey con una rabia que jamás le había visto demostrar. Acto seguido vio cómo el cuerpo de Ox se desvanecía en los brazos de sus captores y entendió lo que sucedía, con horror. Debía actuar rápidamente.

—No lo hagas, insensata... —susurró Maeron Bayle mientras se concentraba, buscando sus últimas fuerzas.

Dos segundos después, el cuerpo de Jakar cayó a peso muerto sobre el suelo. Maeron no podía creer que Ox hubiera podido hacer lo que había hecho. Se trataba de una habilidad muy lejos de sus posibilidades y entrenamiento; la de forzar a otros a desdoblarse. La joven se estaba buscando su propia ruina, y Maeron Bayle supo que no iba a salir de aquella. La vida de él ya estaba condenada por la enfermedad y la extrema vejez, pero su discípula acababa de cavar su propia tumba. Por ello, Maeron Bayle decidió someterse a un esfuerzo sin precedentes.

Su último esfuerzo.

Ox avanzó hacia el rey, totalmente enajenada. Nada de lo que aquel infecto *ser* pudiera decirle o suplicarle le serviría de nada. Ya no le importaba su vida, ni su muerte. Tan solo la venganza que había dejado crecer dentro de ella como un veneno.

—¡Detente! —escuchó entonces.

La sorprendente figura de su maestro se erguía delante de ella, en aquel plano trascendente.

—Maestro...

—Regresa a tu cuerpo ahora. Yo me ocupo de esto —sentenció en una orden taxativa, que no admitía réplica.

—¡No! —respondió ella, presa de una ira incontrolable.

—Maldita mocosa —gruñó Maeron Bayle—. ¡He dicho que regreses y vas a obedecerme!

El anciano, que ya no parecía tan anciano y desplegaba una fuerza y determinación nunca vistas hasta el momento, agarró a su alumna y la empujó con una fuerza irreprimible hacia su cuerpo físico, sabedor de que ya no tendría fuerzas para regresar.

—Gracias, anciano —suspiró el rey, aliviado.

—No me des las gracias, Jakar. Discúlpame por lo que voy a hacer, pero no me queda otro remedio.

—¿Qué? —tartamudeó el joven rey.

—Pronto serás libre —sentenció «Ojo Blanco».

Con un solo movimiento agarró al aterrado rey y lo empujó hacia

el malhadado cuerpo de viejo que solía ser su carcasa. Jakar, al darse cuenta de lo que estaba a punto de pasar, se resistió aterrado, chillando con frenesí. Sin embargo, su fuerza y, sobre todo su voluntad, eran insuficientes. Sin poder resistirlo, Jakar fue apresado en el cuerpo del anciano Maeron Bayle, también conocido como «Ojo Blanco».

Maeron observó su hazaña, impresionado. Jamás imaginó que algo así fuera posible, pero acababa de lograrlo.

Ahora faltaba la última prueba. Una que desafiaba los límites de su poder y de su comprensión, y que determinaría el futuro de muchas vidas.

Se acercó al cuerpo tendido del rey, que estaba siendo asistido por los guardias y tensó todo su poder. Bayle sintió vibrar hasta el último tejido del ser del anfitrión, cargado con una fuerza directamente opuesta a su voluntad. La fuerza que le repelía era tan grande que estaba lacerando literalmente su esencia. Sintió los cortes, las magulladuras, el resquebrajamiento de su alma mientras trataba de fundirse con un recipiente que no era el suyo. Era algo totalmente maligno, devastador y terrible.

Era algo necesario.

Con los últimos vestigios de sus fuerzas se dejó llevar por el destino de lo que quisiese suceder.

Su cuerpo etéreo colapsó y sintió el dolor de cada músculo, cada tendón, cada hueso y articulación del cuerpo anfitrión. Sintió el fluir de la sangre palpitante, el aire que entraba y salía de los pulmones ardiendo como una flama. Finalmente abrió los ojos. Abrió los ojos y vio.

—¡Su majestad ha despertado! —escuchó gritar a un ceneste.

A su alrededor todo se tornó muy confuso. Eran demasiadas sensaciones y estímulos cerniéndose sobre él. Demasiados gritos y voces externas entremezclándose con demasiados ecos internos.

La visión había retornado. Visión pura e inmaculada de un mundo que hacía mucho había dejado de percibir como tal. Luces vibrantes, colores de una intensidad rica y jugosa, formas detalladas y armoniosas; un mosaico de belleza sin parangón.

Pero era aquella una vaga delicia sumida en un mar de dolor. Su nuevo cuerpo le dolía intensamente y de manera tan generalizada que pensó que iba a desmayarse.

La guardia real lo atendía y preguntaba sin cesar, atosigándolo.

Trató de mover sus brazos, al principio sin éxito, y poco después levemente, desistiendo pronto de su empeño pues resultaba demasiado agotador. Sintió la boca seca y la lengua hinchada. Su garganta ardía como si hubiese tragado brea caliente, y de sus intentos de articular palabras inteligibles tan solo surgió un casi inaudible «agua».

Su séquito se hizo eco de esta orden y pronto le trajeron una jarra de agua fresca, ayudándole a beber.

El fresco líquido descendió a través de su garganta como bálsamo de *Dumna* y lo ayudó a centrarse en la situación real. Parpadeó varias veces y trató de serenarse, recordando cada una de sus máximas. Inspiró y espiró, sintiendo el aire henchir sus pulmones frescos.

Sin embargo, no iba a ser posible tomarse tiempo pues el Vicensor había entrado a los aposentos hecho una furia.

—Sulluh —le llamó, con todo el timbre de voz que fue capaz de reunir.

—Mi señor. Os advertí de lo que sucedería —le respondió éste con reproche. Maeron se dio cuenta de que no había piedad en sus ojos por su rey, sino altivez y desprecio—. ¿Qué ha sucedido?

—Estoy bien. Necesito descansar —respondió con gran dificultad —. Trae al doctor y que no se me moleste. Encierra de nuevo a los prisioneros. Y Sulluh —le dijo mientras agarraba su brazo derecho con toda la firmeza que pudo—. Te ordeno que no se les haga daño alguno.

El Vicensor lo miró a los ojos con desafío. Estaba claro que no le gustaba recibir órdenes, aun cuando se tratase de un servidor de la corona, y éstas proviniesen de su rey. No obstante, obedeció, haciendo salir a su séquito y dejando entrar al practicante y a su cohorte de enfermeros.

Dos horas más tarde el rey Jakar se encontraba en su habitación, en solitario, observando el techo desde su mullida cama. El practicante no había encontrado ninguna dolencia en su persona, aparte de una fuerte agitación de espíritu que había tratado con la infusión de la *valaria*, una planta salvaje que crecía en los riscos de la cordillera Arlada. Si el mejunje había hecho efecto, no podía asegurarlo, pero bien cierto era que se encontraba más tranquilo y ubicado.

Aunque debía sopesar deprisa sus próximos movimientos, Maeron Bayle hubo de admitir que aquella situación le superaba. Se repitió a sí mismo que lo sucedido no había sido planeado, que fue fruto de la necesidad y la confusión, y que, además, no era algo que hubiese deseado. Sin embargo, había visto suficientes cosas ya como para engañarse a sí mismo tan fácilmente.

Y es que, por primera vez en tanto tiempo, sus ojos veían. No de una manera astral y difusa, como había sido hasta ahora, sino de forma genuinamente humana. Un mundo entero a color, de formas definidas y de profundidad.

¿Se sentía satisfecho? ¿Se sentía miserable? ¿Qué sería ahora del

pobre rey a quien había usurpado y suplantado su medio de viajar por este mundo? No le auguraba sino un funesto destino. Se supo una persona despreciable, y se maldijo a sí mismo diez veces.

Pero ni una más.

Pues Maeron jamás se había considerado un buen hombre en el sentido justo de la palabra. El desprecio que sentía hacia la mayoría de sus semejantes se lo dejaba patente, y era suficientemente mayor para admitirlo.

Había agotado la carne de su anterior vehículo físico hasta la extenuación, en busca de respuestas a las incesantes preguntas que su «don» le requería. Sin llegar a los cincuenta años, Maeron había exprimido su cuerpo, pagando precios altísimos por acceder a planos cada vez más inaccesibles de existencia, tornándose en el de un decrépito viejo con dificultades motoras. Ahora que portaba un nuevo «vehículo», se preguntaba si se repetiría la historia.

Había conseguido controlar sus funciones con bastante rapidez, tras el estupor inicial. Parecía que, una vez realizada la conexión, todo se mecanizaba con facilidad. Ya no sentía el intenso dolor del principio, y al abrir y cerrar las manos, éstas ya no hormigueaban.

Saltó de la cama, y tras ver que el resto de sus funciones eran relativamente normales (a excepción de, no sabía por qué, una leve cojera en su pierna derecha), dejó de pensar en ello.

Le inquietaban más otros asuntos. En primer lugar, le preocupaba su propia permanencia en aquel cuerpo. Al tratarse de un invasor, y de no existir referencia o documentación alguna a la que acudir, Maeron desconocía las implicaciones de aquel sabotaje. Pudiera suceder que mañana mismo fuese rechazado, en cuyo caso se perdería para siempre sin receptáculo al que regresar. También cabía la posibilidad de que nada de eso sucediese, y que al igual que las capacidades físicas se automatizaban, las astrales funcionasen del mismo modo. No obstante, temía el momento de desdoblarse de nuevo. Lo pospondría todo lo posible, pero sabía que ese día llegaría.

El segundo punto que le preocupaba era su propia personalidad pública. Había ido a realizar aquel prodigio nada menos que en la persona del mismísimo monarca de Kur, con todo lo que ello acarreaba.

Por lo que sabía, contaba con la ventaja de que el pánfilo de Jakar no gozaba de buena reputación en ningún sentido, y menos aún como líder o incluso como persona lúcida y racional.

Maeron lo había calificado como un falto-soñador, una persona con escasas capacidades para regir siquiera su propia vida, y muchísimo menos para lidiar con las necesidades de una nación. Su necesidad de huir de la realidad, unida a su negación de la misma, lo habían convertido en el pelele preferido de quienes, siendo sus súbditos,

debían ayudarle.

¿Qué sucedería ahora? ¿Debería ejercer de rey? No tenía ni idea de cómo hacerlo. Ni la más remota.

El sonido de unos ligeros golpes en la puerta lo sobresaltó profundamente.

—Majestad, su cena ha llegado —oyó declamar al otro lado de la puerta.

—Sí, sí, pasad —respondió, recobrando la compostura.

Su chambelán personal, a quien ya había conocido previamente, venía seguido de hasta cuatro hombres. Dos de ellos empujaban unos carritos repletos de platos tapados que instantáneamente impregnaron los aposentos de embriagadores efluvios. Sin demora se dirigieron a la mesa de madera de roble, que, si bien era para uso exclusivo del rey, podría haber albergado espacio para diez comensales.

Extendieron las fuentes y platillos sobre su superficie, cuidando con todo detalle, y bajo la estricta supervisión del chambelán, de que cada servilleta, encaje, copa y cubierto se encontrasen en su lugar. Cuando todo estuvo colocado, el hombre fue destapando los platos.

—Perdiz en salsa de vino suleno, acompañado de pasas y uvas estofadas. Puré de manzana y apio con crocantes de cecina ahumada. Pastel de carne y ciruela en ensalada de tulipán de Macelos. Timbal de caza en reducción de trufa. Y de postres; tarta de nata y cereza, soufflé de crema de avellanas y pistachos, y sorbete de blanco de Kur. En selección de bebidas, vino áspero de montaña, el preferido de su majestad, mi señor.

—Muy bien, muchas gracias —respondió el rey, lacónicamente, mientras se acomodaba en su sillón y era agasajado.

Todo parecía delicioso, pero Maeron se sentía profundamente observado. El chambelán se había colocado estratégicamente detrás de él, atento a cualquier comanda, mientras uno de los pajes se situaba incómodamente a su derecha y no le quitaba la vista de encima.

Cuando fue a servirse de una de las fuentes, un criado se adelantó con apuro y le preparó un plato finamente dispuesto. Aprendió entonces que debía solicitar la comida.

Acto seguido, el paje de su derecha hizo acto de presencia, tenedor en mano, esperando de él algún tipo de orden. Maeron se sentía muy confuso, y el servicio lo miraba expectante.

—¿Que...? —acertó a preguntar el rey.

—¿Ya no desea los servicios del catador real, su majestad? —indagó el chambelán.

Venenos. La paranoia de Jakar. Maeron lo entendió todo rápidamente.

—Sin duda, sí. Es solo que no recuerdo el nombre del muchacho —

dijo a modo de excusa.

Aquello pareció confundir a todos.

—El chico se llama Rorik, majestad. Lleva apenas una semana con nosotros, y por el momento está sano.

—Ah, perfecto. Puedes probar, Rorik —le invitó el rey.

Maeron observó al joven. Poseía el tono de piel excesivamente bronceado de quien pasa largas horas al sol de alta montaña. Pelo corto y negro, con flequillo ridículo hasta más abajo de las cejas, y unos anteojos gruesos que enmarcaban unos ojos verdes.

El joven partió un pedazo de la perdiz y su aderezo, y lo comió.

Tras esperar unos minutos, pensando que la comida se iba a quedar fría, finalmente el chambelán dio el visto bueno para que comenzase su cena. El probador parecía complacido, seguramente por seguir vivo.

Bayle hizo un gesto para atraer la atención del mayordomo, que resultó llamarse Tirios, y le preguntó al oído.

—Y dime, ¿cuál es la tasa de muertes de nuestros catadores reales?

El chambelán pareció incómodo y carraspeó antes de responder.

—Tres en el último año, mi señor, lo sabe muy bien. Cada vez es más difícil encontrar buen servicio para el puesto de catador, sobre todo después de que su majestad cayera gravemente enfermo.

—Oh. ¿Y qué sucede si la sustancia o veneno actúa de manera retardada?

—Todo está previsto, mi señor. El catador prueba los alimentos durante su proceso de preparación, una vez más cuando el plato ya está listo en las cocinas, y una última, que es a su vez útil y simbólica a partes iguales, delante de su majestad. Entre la primera cata y la última, no pasan nunca menos de dos o tres horas.

Jakar era un paranoico de cuidado, de eso no cabía duda. Pero cuánto habría de verdad en su paranoia era algo difícil de determinar. Aquel pensamiento llevó a Maeron a otro más oscuro. Si el timorato rey había tenido razones fundadas para ver enemigos en su corte, cabía la posibilidad de que algo de verdad existiera en sus visiones procedentes de otros planos. Recordó su narración acerca de una amenaza inminente, de aquellos seres oscuros y terribles que, según él, rasgaban las cuerdas del tejido del universo para abrirse paso hasta ellos. Cualquiera que hubiera escuchado sus palabras lo habría tomado por loco. Sin embargo, Bayle había visto muchas cosas. Muchas más que la gente normal que hacía sus vidas tranquilamente en ese reino.

—¿Se encuentra bien hoy, su majestad? —indagó, presa de la afectación, el solemne chambelán.

—Perfectamente. Esta perdiz está deliciosa, por favor dale mi enhorabuena al cocinero.

—Así lo haré, majestad —contestó cargado de orgullo.

—Hay algo más que quiero que hagas por mí.

—Lo que su señoría necesite.

Maeron sentía muchas dudas. En aquellas circunstancias necesitaba alguien de plena confianza, mas era imposible para él reconocer quién podría ser esa persona. Por ello, debería mostrar tiento e ir paso a paso. Para empezar, tendría que hacer una pequeña apuesta arriesgada.

—Cuando la cena termine, quisiera dar un paseo por el palacio, y me gustaría que me acompañases. Tú solo.

—A su servicio —respondió, sin indagar nada más.

Ox despertó sobresaltada y miró a todas partes buscando enemigos. Pronto descubrió que volvía a estar encerrada, pero esta vez en una celda más cómoda que asemejaba casi una habitación. Estaba iluminada con candiles, y tenía varios camastros, uno de los cuales albergaba a un bulto conocido que hizo sobresaltar su corazón.

La joven se acercó corriendo y se arrodilló junto a la cama, sobre la cual yacía tendida la figura maltrecha y menguada de «Ojo Blanco».

—Maestro —susurró, mientras tocaba su frente fría. El anciano pugnaba por respirar, y cada vez que lo hacía, un gorgoteo malsano surgía de su garganta.

Alguien había dejado un odre con agua y unos paños al lado, así que Ox se apresuró en refrescarle la cara y las manos, no sabiendo qué más hacer. Continuaba con vida, pero en aquellas circunstancias, sería por poco tiempo.

—... rro —gimió el viejo.

—¿Qué? —Ox acercó su oído para escuchar mejor.

—So... co... rro... —gimió. Su gesto era el de espanto. Estaba delirando.

La joven imaginó la terrible experiencia que debía haber pasado su maestro. Todavía se sentía furiosa porque la hubiese detenido, pero supuso que tendría sus propias razones.

Ox sabía que nunca saldría con vida de allí. Era algo que ya había asumido. Tan solo quería llevarse con ella al maldito rey, a quien hacía responsable de todas sus desdichas.

—¿Por qué no me dejaste, maestro? Ahora los dos moriremos aquí, en esta fría sala. Nadie hablará de nosotros, nadie nos recordará. Nuestra existencia ha sido tan fútil. Yo... maldigo este «don». ¡Maldigo la suerte que me ha concedido esta vida!

—Tss, tsss —se oyó entonces.

Alguien había susurrado. Ox dejó sus lamentaciones de inmediato y se irguió expectante, observando la celda.

—Aquí... —dijo una tenue voz proveniente del portón.

La joven se acercó con cautela a la puerta de recia madera, y después se agachó, asomándose a través de la pequeña ventana con barrotes de hierro que ésta tenía en la parte inferior. Podía ver una sombra en la pared del fondo, que le revelaba a alguien apostado al otro lado.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

—Shht, no tan alto. Yo no debería estar aquí.

—¿Qué quieres? —preguntó ella en un susurro, haciendo caso de su interlocutor.

—He venido para ayudarte, pero todavía es demasiado pronto.

—¿Quién...?

—No hay tiempo. Coge esto.

Una mano apareció junto a los barrotes, portando unos viales.

—El rey pidió una celda más humanitaria, pero te han dado algo peor. El viejo sufre el catarro de la cárcel. No hay esperanza para él, pero a estas alturas tú ya estarás contagiada. Esta es la única medicina conocida que puede surtir algún efecto. Tómate una cada dos relevos de guardia. Y aléjate de él todo lo que puedas. Debes sobrevivir.

—Ábreme la puerta —sugirió ella.

—Por ahora es imposible. Confía en mí. Vendré a sacarte.

La mano desapareció y después la sombra. Segundos más tarde, el guardia del calabozo apareció por el pasillo.

Ox observó los viales y después a su maestro mientras pugnaba por toser, ahogándose a sí mismo. ¿Un rescate? Parecía imposible.

Abrió uno de los frascos y lo escrutó dubitativa. Cabía la posibilidad de que fuese un veneno en lugar de un remedio. En ambos casos sería de ayuda, así que bebió todo su contenido.

SVELTON FALLAS

Palacio real.
Ciudad de Phontos.
Reino de Kur.

«Mi rey es mi vida.
Así lo juré y lo mantengo.
Mi rey es mi vida, mas...
¿Quién es mi rey?»
Tirios Benelux.

El rey Jakar, mientras tanto, visitaba el palacio en compañía de su mayordomo, realizando todas las preguntas posibles, dentro de lo razonable para alguien que se suponía, conocía de sobras aquel lugar.

—Y dime, Tirios, ¿cómo está mi pueblo?

—Agitado, mi señor —respondió éste con apuro.

—¿Acaso no celebran el regreso de su rey?

—Sin duda alguna, majestad. Vuestro pueblo os ama y venera.

—¿Seguro? Te ordeno que hables con franqueza, sirviente de la corona —insistió el falso Jakar.

—Os aman, pero no todos ellos. Existe malcontento en sectores específicos del reino, y los atentados antimonárquicos no han cesado pese a las redadas.

—Explícate más hondamente.

—Su majestad, no soy el más indicado para responder preguntas de esta índole, me atrevería a decir. Lo que de mi boca saliese sería en todo inexacto y comprometido por un juicio y formación insuficiente. Vuestro asesor y consejero podrá ser más certero a este respecto.

—La locuacidad de tu lengua te delata, Tirios. Eres demasiado modesto —replicó el rey.

—Para nada, mi señor. Pedidme consejo acerca de la servidumbre y de la decoración de palacio. Preguntadme sobre la historia de cada uno de sus salones, o acerca de la genealogía de las familias más nobles de Kur. Os contaré historias, habladurías y hasta cotilleos de la corte real.

—Y quizás lo haga, en otro momento. Ahora me interesa más que me acompañes a los jardines.

—¿A los jardines, mi señor? ¿A estas horas?

—No veo el inconveniente. ¿Acaso un rey no puede desear estirar las piernas fuera de estas cuatro paredes?

—Sin duda, su alteza. Llamaré a vuestra escolta para que os acompañe.

—¿Es que no puedo ir al retrete sin acompañamiento, mayordomo? —protestó Jakar.

—No os comprendo, mi señor. ¿Deseáis ir al excusado? —el anciano parecía agobiado.

—¡No! ¡Deseo salir a los jardines con tu sola compañía!

—Esto es muy extraordinario.

—¿Me obedecerás? —protestó el monarca.

—Es mi deber.

—Bien. Pues cumple con tu deber o me buscaré otro mayordomo —anunció, no sin cierto placer al ver la lívida tez de su asistente.

La pareja bajó una larga y enroscada escalera de caracol antes de llegar al nivel de calle. Ante la atenta mirada del servicio, Tirios abrió la verja de hierro labrado que daba paso al inicio de los jardines de palacio.

Una noche tranquila y sin apenas ruidos engalanaba los pasillos de setos perfectamente cortados que configuraban las calles internas y escasamente laberínticas del jardín de invierno. Muchos sauces llorones habían sido plantados a lo largo del recorrido, pese a estar fuera de lugar en aquellas altitudes.

El paseo discurría a lo largo de diversos caminos unidos entre sí por plazas de descanso. Elaboradas estatuas de la familia real, butacas de piedra esculpida, fuentes de agua corriente y pequeñas escalinatas, ornamentaban los huecos y escondites de la meticulosamente preparada floresta.

—¿Se usa mucho este espacio? —preguntó el rey.

—No desde que... quiero decir...

—La reina solía venir aquí —adivinó Jakar, sacando del apuro al mayordomo, que asintió con gravedad—. Parece un lugar magnífico para una mujer. Un poco deprimente, con todos estos árboles tristes tapando el camino.

—Son sauces de río. Hay quien cree que conjuran los malos espíritus si uno se confiesa bajo su sombra. Con tal propósito fueron plantados aquí, si bien un humilde servidor opina que empobrecen el paisaje. Unos buenos rosales son mucho más limpios y distinguidos.

—Estoy de acuerdo —asintió Jakar.

Aunque se tratase de superstición y folclore, poca gente conocía la realidad de muchos fenómenos naturales. «Ojo Blanco», que había pasado su vida caminando entre sutiles planos de existencia, era capaz de entender el significado de muchos de los temores mundanos. El sauce llorón era uno de los siete árboles místicos. Poseía una energía profundamente arraigada a la tierra, y sus raíces horadaban los pliegues del plano de los olvidados; seres míticos elementales que no

gustaban ser molestados y que rara vez se manifestaban en el mundo. Sin embargo, cuando lo hacían no eran nada benévolos, y algunas de las más terribles historias para asustar a los niños habían nacido bajo los sauces. Por suerte para todos, hoy en día nadie daba crédito a esas cosas.

—Su majestad no debería exponerse a coger frío en noches como ésta —dijo Tirios, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Qué es ese edificio? —preguntó Jakar señalando una pequeña torre vallada en mitad de los jardines, sin pararse a pensar si aquella pregunta era apropiada.

—La pequeña biblioteca, mi señor —respondió el anciano, enarcando una ceja.

—Oh, claro. Eres un lince, Tirios, ¡te las sabes todas!

El mayordomo se preguntó qué clase de vino le habían servido a su señor aquella noche en la cena. Pero tan solo por un breve instante, ya que hoy su rey estaba muy hacendoso, y había salido corriendo en dirección al lugar.

—Esperadme, majestad —gritó preparándose para la carrera.

Los goznes de hierro templado de la puerta de la biblioteca chirriaron al abrirse ésta, y una leve nube de polvo se levantó inundando la estancia. Tirios se apresuró a encender los candiles uno a uno hasta iluminar gran parte de la sección inferior del edificio.

Se trataba de un recinto alto y estrecho, cuyas paredes estaban formadas de estanterías circulares repletas de volúmenes a los que se podía acceder por medio de escaleras de madera móviles. A media altura, una pequeña galería rematada de una balaustrada blanca dividía el espacio en dos pisos.

En medio de la torre, unas pocas mesas circulares con sus sillas permitían el estudio y examen de los libros de la biblioteca.

—Es difícil mantener este lugar limpio y seco —comentó Tirios.

—Me consta —respondió Jakar, simplemente por decir algo.

Maeron echó un vistazo somero a las distintas secciones, llegando a la rápida conclusión de que le tomaría horas averiguar qué tipo de volúmenes se guardaban precisamente en aquel lugar.

—Si busca algo en particular, puede ayudarse del registro —señaló el mayordomo muy oportunamente, indicándole un mueble lleno de fichas.

Bayle abrió uno a uno los cajones y encontró una clasificación principalmente por autores. Había mucha novela caballeresca Kurita, romances y sagas. Algunos autores eran muy conocidos y otros no tanto, pero todos parecían tener poco interés para alguien que no buscase languidecer de amor en sus aposentos, soñando con un apuesto héroe.

—Svelton Fallas —susurró Maeron mientras buscaba.

—No creo conocerlo —intervino el diligente mayordomo, que no sabía qué más hacer para ayudar.

—Me extrañaría que lo hicieras. También me extrañaría encontrar un volumen suyo aquí.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntar el chambelán.

—Quemaron toda su obra.

—Oh... ¿Cómo se puede hacer semejante villanía?

Maeron estuvo a punto de sugerirle que preguntara a Sulluh, pues la búsqueda y quema de todo rastro Ah'Ree había sido la tarea concienzuda y laboriosa de su orden durante largos siglos. Pero rápidamente pensó que era mejor no marear al bueno de Tirios con asuntos de esa índole.

—Bien, creo que ya no son horas de rebuscar. Me está entrando sueño —anunció el rey, junto a un sonoro bostezo.

Tirios agradeció profundamente para sus adentros, pese a que su hierática expresión no cambiara un ápice. Empezaba a pensar que el rey lo tendría dando vueltas toda la noche.

—Como su majestad guste —respondió simplemente.

La mañana siguiente, la sala de audiencias estaba tan repleta como de costumbre en un día laborable. Todo el mundo hablaba al unísono, creando una atmósfera más propia de un mercado que de un lugar público.

—¡Silencio! ¡Silencio! —gritó el Barón Saussen, encargado del orden del día por votación privilegiada.

El resto de los nobles presentes habían decidido ignorarle, pues se encontraban muy ocupados haciendo valer ante varios de los jueces civiles, el ejercicio de ciertas cláusulas de un testamento muy jugoso.

Los representantes de las capillas ni siquiera habían tomado asiento. Parecían inmersos en una disquisición semántica acerca de la naturaleza de la palabra «profeta», y sus repercusiones para los distintos cleros de la ciudad.

En aquel estado de cosas, los ciudadanos con voz para aquella sesión empezaban a tener muy claro que sus prorrogativas no iban a ser atendidas por nadie. Llevaban ahí más de dos horas y no se había tratado ni tan siquiera el primer asunto del día.

El Vicensor Sulluh observaba el contenido de una carta recién llegada de Gisboa, con el sello de la presidencia. Era una carta de papel liso y laso, mecanografiada con el impersonal estilo de la República.

—¿Qué dice? —indagó Lorcas, Censor del distrito del comercio, observando con desprecio la misiva.

—Al parecer quieren instalar algo que llaman «repetidores de radio», para mejorar las comunicaciones entre nuestras dos naciones —contestó el Vicensor.

—Qué idea más absurda. ¿Dónde quieren poner eso y para qué? A mí me suena a maniobra de espionaje. Gisboa ya no sabe qué inventar.

—En distintos puntos de Interterras, parece ser. Adjuntan un esquema técnico de la propuesta, y se ofrecen a regalarnos esta tecnología a cambio de nada.

—Razón de más para desconfiar. Nadie regala nada sino espera cobrárselo por triplicado.

—¡Silencio he dicho! —se escuchó chillar a pleno pulmón a Saussen.

Para su sorpresa, el murmullo cesó de repente y todas las miradas se clavaron en él. Más sorprendido que nadie, Saussen se apresuró a leer el rollo que tenía entre sus manos antes de perder de nuevo a su audiencia.

—El primer asunto del día es la orden de ejecución pública de los traidores a la corona que atentaron contra la inviolable persona de su majestad y que, a día de hoy, permanecen en los calabozos a espera de sentencia. Sus nombres; Maeron Bayle y su aprendiza, Ox, quien carece de ningún nombre más.

—Muy bien, Saussen. Como los presentes bien saben, ambos son delincuentes de probada maldad. Se les relaciona directamente con las bandas terroristas de los bajos fondos de Kur. Son conspiradores, traidores y acusados de brujería de la peor especie —añadió Sulluh, levantándose de su asiento—. Doy por sentado que el voto de condena será unánime.

Un murmullo aprobatorio circuló alrededor de la sala. No había nada que uniera más a la corte, que un buen chivo expiatorio de vez en cuando. Además, las ejecuciones públicas siempre eran un buen entretenimiento.

Un hombrecillo que parecía estar muy fuera de lugar tragó saliva y se limpió la frente con su pañuelo. Vestía un traje de chaqueta y un sombrero, ambos de color beis, y la pajarita que cerraba el cuello de su camisa parecía excesivamente prieta, potenciando más aún los elevados colores de sus mofletes.

—Ejecuciones... —suspiró asustado, hablando consigo mismo.

—No parece estar muy de acuerdo —le respondió alguien a su lado, sobresaltando al caballero.

—Yo no quería ofender. Soy un mero visitante en el Reino de Kur, y totalmente ignorante de la política que...

—La política retrógrada y anacrónica que aquí se estila, lo comprendo —sonrió su interlocutor.

—¡Mis palabras jamás buscaron ese significado, mi buen señor!

¡Ruego me disculpe, pero yo no he proferido tales improperios! —protestó el orondo visitante, ahora muy preocupado por si alguien le había escuchado.

El hombre joven que le había hablado, ahora lo observaba entre divertido y suspicaz. Para calmar al invitado, le colocó una mano en su hombro.

—Tranquilo, mi buen amigo. ¿Quién sois? —le preguntó.

—Wilhelm Rose, en calidad de embajador de la República de Gisboa —respondió el hombre, haciéndole entrega de una tarjeta con su nombre.

—¿Esperáis para audiencia?

—Eso hago, sin mucho éxito, me temo.

—Antillas Crane. ¿Es tu señor? —preguntó el encapuchado joven al inspeccionar la pequeña tarjeta que el gisbóano le había ofrecido. En ella figuraban todo tipo de datos sobre él, y se preguntó qué extraña costumbre llevaría a los ciudadanos de Gisboa a hacer tal cosa. No parecía algo muy sensato ir anunciando a los cuatro vientos información personal.

—Tan solo es mi jefe, majestad. Un siervo más de la presidencia de la República.

—¿Qué asuntos os han traído tan lejos de vuestra casa, buen Wilhelm?

—Hacer entrega de dos mensajes. El primero me fue requisado por un alto cargo, pero me temo que no prosperará —suspiró el hombrecillo.

—¿Por qué pensáis eso?

—¿Veis esa carta pisoteada en el estrado? Fue leída hace un rato, y rápidamente desechada al estado en el que se encuentra. No creo que nadie la recoja ya.

—¿Y por qué seguís esperando?

—Todavía me queda un mensaje por entregar, y faltaría a mi deber si no lo hiciera.

—¿Es ese sobre? —preguntó el hombre joven.

—Así es. Me encontraba sacando los mensajes cuando vieron el primero de ellos. Les debió de parecer suficientemente interesante como para no preguntarme si había algo más.

—¿Puedo verlo?

Wilhelm Rose lo observó dubitativo, y pese a no añadir nada, no soltó la carta. Era evidente que esperaba una explicación.

—Disculpad, caballero. Mi nombre es Jakar Aurelius.

—¿El rey? —preguntó sobresaltado, tragando saliva.

—Eso parece —sonrió él—. Y además creo que sois el único de la sala en darse cuenta de ese hecho.

—Disculpad mis modales, majestad. Tomad, por favor.

Wilhelm entregó el sobre cerrado, sudando más que nunca.

Jakar bajó la capucha de la capa blanca que vestía. Aquella pequeña distracción había sido suficiente para hacerlo invisible ante todos, dado que, de cualquier manera, nadie lo esperaba allí.

Cuando se acercó al estrado y fue reconocido, las voces cesaron y las caras de desconcierto inundaron la sala.

—Sulluh, se te ha caído algo al suelo. ¿Puedes recogerlo y acercármelo, por favor? —le sugirió, señalando la maltrecha carta gisbóana.

—Señor... —enmudeció el Vicensor, obedeciendo al punto sin ninguna alegría.

El rey, ante el silencio repentino de toda la audiencia, tomó asiento y observó a los asistentes. Acto seguido se dirigió a Saussen.

—Barón. ¿Puedes incluir estos dos documentos en el orden del día y darles prioridad, por favor? —ordenó, entregando ambas cartas—. Pese a que nadie parece haber reparado en ello, os anuncio que Gisboa nos ha enviado a un emisario leal cargado de buenos propósitos. No me gustaría que se marchase de aquí con una idea equivocada de lo que somos. ¿Me estoy explicando?

La sala enmudeció todavía más ante la reprimenda. Todavía no salían de su asombro al ver al rey ocupando su asiento en la Sala de Audiencias, y mucho menos tomando las riendas de los asuntos—. Saussen, lee por favor —ordenó.

El barón desplegó la carta y procedió a declamar con su mejor tono.

«A la Ilustrísima atención del monarca Jakar Aurelius VII y de su Corte. Larga vida a la familia real y a la casa de Uros, por mil generaciones venideras.

Dentro de tres meses a contar desde la fecha de hoy, tendrá lugar la tercera Cumbre Mundial de los Pueblos, que se desarrollará en la ciudad de Illota, siendo la nación de Mithra el anfitrión rotativo.

Sería un placer contar con la presencia del soberano reino de Kur como ponente de pleno derecho.

Es éste un evento pacífico y de cohesión, en el que se tratarán temas de especial relevancia para el futuro de todas las naciones de…».

El Barón continuó hablando hasta que hubo enumerado el legajo de asuntos que iban a ser tratados en dicha conferencia, de manera no exhaustiva. Cuando acabó, la sala observaba al rey sin saber muy bien a qué venía todo eso.

—Bien —concluyó el monarca tras la lectura—. Wilhelm. ¿Cuántas cumbres de éstas han tenido lugar ya?

—Dos, mi señor. Una cada cincuenta años —contestó el bueno de Wilhelm, carraspeando.

—¿Y en cuantas de ellas ha participado mi reino?

—En ninguna, majestad. Pero siempre fue invitado.

—Ya es hora de ponernos al día ¿No creéis? Puedes devolver el mensaje; Kur acudirá.

Wilhelm asintió complacido, y los murmullos en la sala regresaron. El Vicensor Sulluh se acercó a la butaca del rey, aprovechando el desconcierto.

—Mi rey. Aunque nada me place más que veros de nuevo por aquí, me temo que no os habéis parado a reflexionar. ¡Habéis actuado sin tiento ni tino por muchas razones!

—Sulluh. ¿Cuánto poder crees que tienes? —le desafió Jakar, mirándole a los ojos fijamente, retándolo a que respondiera cualquier cosa.

El Vicensor observó a Jakar como un ave de caza examina a su presa. Aunque nada dijo, y pese a que sus modales fueron impecables, el rey supo que pronto recibiría algún tipo de represalia. Realmente, ignoraba el poder que ostentaba el líder de la Orden del Censo. Su acto de desafío podría costarle muy caro. O no. En cualquier caso, era necesario, pues no pensaba convertirse en la misma marioneta que el verdadero Jakar fuera antes que él.

La audiencia finalizó tras varias intensas horas en las que Maeron pudo darse cuenta del caos que reinaba a su alrededor. La mitad de la corte pugnaba con la otra mitad, con el clero de las distintas religiones y todos ellos temían de alguna manera a la orden del Censo.

El pueblo era desoído sin control, incluso cuando el odio que destilaban las afirmaciones de sus representantes fuese una clara señal de advertencia de una inminente rebelión.

Los gremios de la ciudad de Phontos exigían una mayor libertad de comercio y la posibilidad de exportar sus mercancías sin tener que pasar por manos del propio Censo, quien, en última instancia vetaba acuerdos, imponía cláusulas abusivas a los contratos y por supuesto, cobraba cantidades desorbitadas por dar el visto bueno a las transacciones. La nobleza, por su parte, se quejaba de que aquel dinero se perdía «inexplicablemente» antes de llegar a las arcas del reino. El Censo rebatía tales afirmaciones con pasión, y aprovechaba a sugerir que tales desvelos sin duda no se debían a la solidaridad de la corte con el reino de Kur, sino a sus propios y egoístas motivos, pues tal montante se dedicaba usualmente a consentir los caprichos de los nobles, quienes gastaban a manos llenas en los más innecesarios y lúdicos asuntos.

Por su parte, las curias religiosas demandaban mayor campo de acción política sobre sus feligreses y exigían el exclusivo poder recaudatorio y administrativo sobre los mismos, en materias referentes al uso terrenal de las gracias espirituales.

Aquello era un polvorín a punto de explotar y nadie parecía darse cuenta.

Maeron salió de la sala y buscó un introspectivo refugio en sus aposentos. Le dolía profundamente la cabeza. Él, que había pasado la mayor parte de su vida en la más extrema soledad, ahora se veía abocado a una situación que escapaba a su control. Lo que había comenzado como un acto desesperado para salvar su vida y la de su aprendiza se estaba convirtiendo en una pesadilla.

Veía las posibilidades. Eran enormes. Pero también eran enormes las dificultades que iba a tener que sufrir. Era su oportunidad para cambiar el destino de los Ah'Ree que quedaran vivos y la visión que el mundo tenía sobre ellos. Aquello era una meta a muy largo plazo, y no sabía si sería capaz de aguantar a todos aquellos humanos y sus trifulcas personales hasta entonces.

Por primera vez logró empatizar con el verdadero Jakar. Y aquello le hizo sentir de nuevo la punzada de culpa.

Por lo que él sabía, su antiguo cuerpo seguía con vida, y atrapado el él, sentenciado, se encontraba el verdadero rey. Aquello era peligroso, pues aun cuando nadie fuera a creer los desvaríos de un loco moribundo si este hablaba, quizás el avispado Sulluh sí lo hiciera. El censor sabía de los poderes de los Ah'Ree, y aunque no conocía su verdadero alcance (ni siquiera lo conocía él mismo), era lo suficientemente abierto de mente a nuevas posibilidades.

Y estaba el asunto de Ox. ¿Cómo iba a revocar una sentencia de ejecución en la que todos parecían de acuerdo por unanimidad? Aunque pudiera hacerlo, (y estaba seguro de que podría conceder un indulto real), un movimiento como ese solamente le haría ganar un montón de enemigos y antipatía.

El ruido de la puerta siendo golpeada le sacó de sus tribulaciones. Era Tirios, el mayordomo, quien entró al punto de escuchar el beneplácito del rey.

—Mi señor —le dijo, con una delicada reverencia—, ruego disculpéis mi osadía si me he excedido en mis funciones.

—Habla —demandó Maeron, con curiosidad.

—La pasada noche, visitando la pequeña biblioteca, este humilde servidor se percató de cierto interés por parte de su majestad de un escritor en concreto...

—Continúa —dijo, casi interrumpiendo al sirviente, que no había dejado de hablar.

—Svelton Fallas era su nombre. Dado que desconocía a tal escribano, realicé mis propias investigaciones. No existía referencia alguna en las dos bibliotecas de palacio, mas recordé que ciertos volúmenes viejos y descartados se acumulaban en uno de los sótanos desde hacía años.

—Me interesaría ver esos volúmenes —dijo Maeron.

—Por supuesto, majestad. Sin embargo, anticipándome a vuestros deseos, he realizado una primera búsqueda. Me llevó horas, pero he encontrado esto.

El mayordomo le entregó un paquete envuelto en una rica tela. Al abrirlo, encontró un libro viejo, de tapas carcomidas por insectos. Se titulaba «Vida y obra del santo Lucio», de un tal Gergomio.

—No lo comprendo —dijo el rey, observando la cubierta.

—El santo Lucio fue un tipo muy aburrido, que interesaría a pocas personas. La curiosidad se encuentra en el interior del volumen —aclaró el mayordomo.

Maeron abrió el libro, que crujió y levantó una nube de polvo con hedor a humedad rancia. Las páginas estaban rígidas y dobladas, amarillentas, hinchadas, y fácilmente quebradizas. Por lo que parecía, el tal Gergomio era un tipo con gran suficiencia, que hablaba del santo como un contable habla de sus cifras. A medida que pasaba las hojas, el discurso no parecía cambiar. Hasta llegar a una página en concreto. Al contrario de las anteriores, poseía diferente grafía y tras un estudio poco exhaustivo, podía verse que no hablaba de lo mismo. Un pequeño título apenas resaltado, rezaba: «Del poder de la mente», y a continuación se leía un «S.F»

—Las páginas están cosidas deliberadamente juntas. Este volumen fue preparado intencionadamente de esta manera —comentó el mayordomo.

—¿Crees que trataba de evitar al Censo? —preguntó Maeron.

—Ni digo ni desdigo, su majestad. Mi opinión no es relevante.

—No digas tonterías. Tienes un cerebro, como todos, ¿no?

—Con ello cuento, mi señor —asintió el anciano, confundido.

—Pues te ordeno que lo uses y me ofrezcas tu opinión.

—Sí, mi señor. Creo que lo prepararon así para evitar la censura —respondió, dubitativo.

—«S.F». Svelton Fallas. Podría ser, o podría ser cualquier otro.

—Así es, mi señor. Quizás tan solo sea una torpeza de este humilde sirviente.

—O tal vez no. Tal vez sea un tesoro muy valioso —comentó Maeron, observando el libro.

Tirios levantó la barbilla e inspiró hinchando el pecho, lleno de un orgullo que no trató de disimular.

—Muy bien, Tirios. Estupendo trabajo. Si encuentras algo más como esto, te ruego que me lo traigas con idéntica premura. Mientras tanto, no hables de este tema con nadie y trata de que no te vean merodear por ese sótano. Ahora vete, tengo trabajo que hacer.

El mayordomo hizo una reverencia enérgica y salió por la puerta, dejando a Maeron solo con aquel tratado.

Jakar se acercó rápidamente a la luz para observarlo con mayor detenimiento y renovado interés. El cuerpo del tratado del supuesto Fallas no era demasiado largo y calculó que podría leerlo en pocos días.

Reparó en un párrafo en la primera lectura rápida:

«La mente posee ciertas capacidades no generales. No he encontrado un patrón que me indique que todos los humanos posean ciertos talentos extraordinarios ni que estos puedan ser aprendidos como disciplinas. Solo aquellos nacidos con estas capacidades pueden llegar a desarrollarlas en algún punto de sus vidas, con mayor o menor éxito y extensión».

Aquello, obviamente, captó su atención. Iba a ser entretenido.

La situación de Ox era bastante peor que la de su maestro. Al poco rato de haber recibido la visita de aquel extraño en las sombras, había empezado a sufrir los efectos de la enfermedad. El primer día comenzó a sentir un fuerte dolor de cabeza, seguido de escalofríos. El segundo, pese a estar tomando el contenido de los viales, empeoró aún más. Sentía náuseas, y comenzó a vomitar lo poco que comía hasta que decidió dejar de hacerlo.

Su maestro balbuceaba y dormía, incapaz de moverse del camastro en el que se encontraba.

Todo intento de hablarle era infructuoso.

Ox había pasado jornadas enteras gritando a los carceleros, entre los que no se encontraba su anterior solícito y guarda, quien parecía haberse olvidado ya de su existencia. Sus nuevos vigilantes le eran tan desconocidos como aquella voz que le prometió sacarla de allí.

El tercer día lo vivió entre mareos y dolor de pecho, y una leve fiebre que acabó con sus ya mermadas energías. Dos días después había agotado la totalidad de los viales curativos.

—Me pregunto por qué nos aferramos a esta patética existencia cuando sabemos que la siguiente será igualmente penosa. Tanto da una cosa que otra —le dijo Ox a su maestro, quien la miraba con rostro desencajado desde el otro lado de la habitación.

Apoyada contra la pared, siendo poco más que una sombra, observó a Maeron languidecer por cada sorbo de aire que entraba a sus pulmones.

—Déjalo ya, maestro. No luches más. Tu hora ha llegado —le dijo con solemnidad.

Maeron la observó con terror en los ojos, pero a los pocos segundos su expresión fue cambiando. Comenzó a respirar con menor dificultad y cerró los ojos lentamente, como perdiendo un gran peso que le

atenazara.

Tras inhalar dos veces más, con una tranquilidad inusitada, finalmente expiró. Con la casi dulzura de la resignación impresa en su ahora relajado rostro.

Ox observó la escena mientras sentía como se le partía el corazón. Se limpió las primeras y escurridizas lágrimas de los ojos con la manga de sus harapos.

—Fuiste un hombre complicado en un mundo demasiado simple, Maeron Bayle. Que tu camino te lleve a mejores orillas —dijo en voz alta, entre sollozos.

Volvía a estar sola. Solo le quedaba el consuelo de saber que pronto se uniría a él. Quizás él le esperara antes de irse. Aquel pensamiento la animó un poco.

Observó el cuerpo fallecido de Maeron Bayle y lo imaginó todavía de pie a su lado, en su forma astral, contemplando su debilidad.

Se sentía tan desolada que no podía soportarlo. Cerró los ojos e invocó su don para desdoblarse, esperando que, pese a la enfermedad, la energía etérea se hubiera recuperado un poco de su último esfuerzo.

Sintió las punzadas de dolor típicas de la separación, y en pocos instantes se encontró de pie en el calabozo, en su forma astral.

Lo que vio estuvo a punto de enviarla de vuelta a su cuerpo, de golpe. Delante suya, sobre el cuerpo de Maeron Bayle, estaba el mismísimo regente de Kur, Jakar Aurelius VII, quien la miraba con expresión indescifrable.

—¿Qué? —balbuceó ella, buscando una explicación coherente.

—Vosotros, mis asesinos —respondió simplemente el monarca.

—No lo comprendo...

—Él me encerró en este cuerpo. Pero me siento mejor ahora —afirmó el rey.

—¿El maestro te encerró? ¿Cómo? ¿Cómo es posible? —Ox no daba crédito.

—Ya no siento las ataduras. Soy libre —respondió, casi sonriente.

La joven no podía pensar. Todo el odio que hubiera sentido por el rey se había esfumado, transformándose ahora como sola emoción, la congoja.

—Yo... todo fue mi culpa —reconoció Ox.

—Shhht, escucho algo... —la interrumpió el rey, girándose hacia el portón.

Ox aguzó el sentido y lo escuchó también. Los sollozos de alguien hendían las cuerdas de la realidad cercana. El rey salió de los calabozos atravesando la pared como una exhalación y Ox le siguió, todavía anonadada. Traspasaron pasillos y cámaras sin reparar en nadie, hasta llegar a los que habían sido los aposentos de la reina. En su interior, una mujer sollozaba sin consuelo, observando a través del

amplio ventanal la sempiterna tormenta.

—¡Elisabetha! —la llamó Jakar.

La mujer dejó de sollozar y observó a quien fue su marido, primero confundida, después incrédula y finalmente extasiada.

—Mi amor —le respondió ella con un hilo de voz.

—¿Por qué lloras, amor mío? No debes sufrir, pues aquí estoy —le dijo el rey, arrodillándose a su lado y tomando su mano etérea.

—Estoy atrapada en esta desolación. Me robaron la vida, Jakar —sollozó.

—No, no, cariño mío. La vida continúa, fíjate bien —la consoló él, señalando el exterior.

Ox miró en la dirección que el rey señalaba y tan solo pudo ver la tormenta eterna sobre la ciudad, el gris desvaído y los colores muertos que impregnaban este plano de existencia. Era tan abrumador y deprimente como lo recordaba. Sin embargo, la reina abrió mucho los ojos y sonrió anonadada. El rey también sonrió.

—¡Qué hermoso! ¡Toda esta luz! —exclamó ella.

—¿Lo ves? Todo está bien. Emprendamos este viaje juntos, amor mío —le sonrió él, ayudándola a incorporarse.

Elisabetha se puso de pie, y ambos se fundieron en un largo beso, que, de alguna manera, llenó la sala de un halo brillante. Tras observar a su esposa durante largos segundos, con expresión de puro amor, Jakar devolvió su atención a Ox, quien les observaba sin creer todo lo que estaba contemplando.

—Siento pena por vosotros, que habréis de enfrentaros a grandes calamidades. Lo que os conté es mi profecía para este mundo. Os dejo para siempre.

Y después de decir esto, y sin más, ambas figuras desaparecieron ante sus ojos, dejándola sola en aquella habitación fría e inclemente.

La joven miró alrededor, presa de un gran agobio. Una parte de ella se encontró envidiando a la feliz pareja, incluso reprochándoles el hecho de que la hubieran abandonado ahí, en ese lugar tan oscuro. Otra parte tan solo sentía amargura. ¿Acaso la vida únicamente le iba a deparar una desilusión tras otra? Aunque fuese una mujer joven, comenzaba a sentirse centenaria.

No pasó mucho rato antes de que regresara a su cuerpo físico, sin ganas como estaba de indagar ni de pedir cuentas a nadie. Un torbellino de ideas bullía en su mente. Por encima de todas ellas, prevalecía aquella visión de la pareja ilusionada ante su destino, pese a ser fatal. Parecía que el tránsito hubiera sido para ellos la resolución de todos sus problemas, hasta de los conyugales.

Semejaban haber visto cosas que ella no veía.

Ox empezó a pensar que caminar en el plano de los muertos no era la misma experiencia que la de morir en sí misma, y aquello removió

todas las creencias que había dado por sentadas desde niña.

Quizás los caminantes de sueños como ella fuesen meros invitados. Observadores externos de una realidad que no podían comprender todavía.

Se acercó al cuerpo de Maeron Bayle y lo cubrió con su manta. No elevó oración alguna ni añadió nada más a lo ya dicho. Tan solo se sentó a esperar.

Fragmento del libro oculto de Svelten Fallas

Podéis llamarme S.F. pues no rubricaré mi nombre en estas hojas, hallándome como me hallo en búsqueda y captura por parte de quienes quieren acallar nuestra historia. Nuestra verdadera historia y legado.

En el tratado que tenéis en vuestras manos no hallaréis más que verdad y ciencia, y a través de él os habré de ilustrar en las antiguas artes de los Ah'Ree, los haecedores de prodigios. Son estos un pueblo desconocido, cuyo origen es meramente especulativo, aunque un servidor tenga sus propias teorías, que en las siguientes hojas procederé a señalar sin más objeto que otorgar una perspectiva que pudiera ser errónea.

Lo primero que cabría tratar de esclarecer es si los Ah´Ree pertenecen a nuestra propia raza, la raza humana que habita Cosmos, o si representan una propia. Para este menester acudiré a las fuentes originales de donde surgen las primeras narraciones orales, a saber, la proveniente de las tradiciones de Cornafallas, que se perpetúan, si hemos de hacer caso a los líderes de estos pueblos, a los tiempos de su aparición sobre nuestro mundo, y a las septentrionales de las culturas neolíticas de la actual Mithra, en las cuáles podemos hallar incluso documentos sobre petroglifos realmente interesantes.

S. F.

LA HUÍDA

Calabozos del Palacio Real.
Ciudad de Phontos.
Reino de Kur.

«Llevo huyendo desde que recuerdo.
Huyo de lugares, de personas, de tiempos.
Sin embargo, no puedo huir de mí misma.
Supongo que estoy maldita.
Maldita hasta la médula».
…

Si pasaron minutos u horas, la joven no podía decirlo. Un sonido en la puerta la sacó de sus sueños, en los que había caído sin darse cuenta. Despertó con sobresalto y se acercó al portón esperando ver el infecto cuenco de comida y la jarra de agua fresca que indicaba que había pasado otra jornada. El estómago le rugía y demandaba alimento, y su boca seca le imploraba un poco de agua. Tanto, que aquellas exiguas viandas se le antojaban como un festín.

Sin embargo, nada apareció a través de los barrotes.

—¿Carcelero? —preguntó, tratando de llamar su atención—. Hay un cadáver en la celda. Convendría que lo sacarais.

No hubo respuesta, si bien ella sabía que alguien se movía al otro lado pues veía una sombra.

—¿Quién hay ahí? —indagó, esta vez en voz baja.

Escuchó un leve chasquido en la cerradura de la celda, y acto seguido el portón se entreabrió.

La joven se incorporó y con cautela terminó de abrir la puerta, sin hacer el mínimo ruido. A simple vista no había nadie fuera, ni siquiera guardas.

Avanzó por el pasillo tan sigilosamente como pudo y se encontró con que la entrada a los calabozos también estaba abierta. Cuando salió a un corredor frío y de piedra húmeda, recordó el camino que había tomado Jakar poco tiempo antes. Hacia la derecha y subiendo unas escaleras, tras cruzar un sinfín de cámaras, acabaría en la residencia real. Tras determinar que no era el mejor destino si quería escapar de ahí, se dirigió hacia el túnel izquierdo, confiando en que, por una vez, la suerte le ayudase un poquito.

Entonces alguien tiró de ella hacia uno de los huecos del corredor y le tapó la boca con rapidez.

—Silencio —le dijo aquel extraño en un susurro apenas audible —.

Te voy a sacar de aquí, pero harás todo cuanto yo te diga. ¿Entendido?

El desconocido se encontraba a escasos centímetros de ella, y tardó unos segundos en soltar su agarre. El tipo era bien extraño. Pese a no distinguirlo demasiado bien en aquella penumbra, pudo ver que vestía ropajes de servicio muy elegantes, llevaba anteojos de cristal y un pelo lacio cortado a cuenco hasta casi los ojos.

El hombre le hizo señas para que le acompañara y la instó a que lo hiciera sin tardanza. Dado que no tenía más opción que confiar en él, Ox le siguió a través de salas y pasillos que se encontraban vacíos. Tuvieron que esconderse un par de veces, cuando algún espontáneo sirviente aparecía, pero en general el paso estaba despejado.

Finalmente se detuvieron en una especie de almacén.

—Bien. Puede que esto no te guste, pero vas a tener que meterte ahí dentro —le dijo el desconocido, con una voz que le resultaba algo familiar.

El objeto que señalaba era un carro literalmente lleno de basura, que además desprendía un hedor especialmente insoportable.

—Hay pescado podrido; lo más asqueroso que he podido conseguir de las cocinas. Eso ahuyentará a cualquiera que quiera curiosear —comentó mientras se miraba en un pequeño espejo y adecentaba sus ropas y su pelo—. ¿Qué haces? Date prisa, no tenemos tanto tiempo como crees. Me ha costado mucho conseguir el camino despejado.

Ox obedeció sin más. El olor le traía sin cuidado.

—Trata de hacerte un hueco por el que poder respirar, porque voy a cubrirte entera. Golpea el carro cuando estés preparada.

La joven así lo hizo, abriéndose paso hasta uno de los lados del carrito de madera en el que había un agujero por el que, además, podía ver algo del exterior.

Tras escuchar la señal, el desconocido empujó el carro fuera del almacén, corredor adelante.

Poco después entraron en la zona de las cocinas, un amplio conjunto de habitaciones llenas de gente yendo y viniendo que hablaba a gritos. Como todos tenían tanta prisa, la mayoría de los presentes les prestaban nula atención, más allá de arrugar la nariz y decir cosas como «¡llévate eso de aquí ahora mismo!», o lanzar más desechos encima de la pila.

Según dejaban atrás las cocinas, el conductor apretó el paso y el carro empezó a traquetear con cada saliente del suelo.

—¡Eh, eh! —escuchó decir Ox a alguien, desde su limitada posición.

—¿Qué sucede? —preguntó su rescatador.

—Rorik, ¿Dónde llevas eso? El descargo está en sentido contrario —inquirió la voz.

—Lo sé. Me han enviado a recoger unos despojos de los almacenes, y quiero aprovechar el carro— respondió el aludido resueltamente.

—¡Lo llevas bien lleno ya, no sé qué piensas meter!

—Cabe mucho más y prefiero evitarme otro viaje. ¿Querías algo de mí, Samuel? —preguntó Rorik, interrumpiendo al hombre.

—Ah, sí, ¡sí! ¿Dónde tendré la cabeza? Tirios envió a buscarte con urgencia. Su majestad requerirá de tus servicios ahora mismo.

—¿Ahora? Imposible, tengo que acabar esto —respondió el joven.

—Yo lo llevaré. Ese pomposo mayordomo, que se cree mejor que nosotros, andaba hecho una furia, y ya comenzaba a hablar de echarnos de palacio si no te traía en menos de lo que él termina de afeitarse.

—Lo siento. Debo terminar este cometido. Yo cumplo órdenes.

—¡Ninguna por encima de las órdenes del rey, Rorik! ¿Estás loco? ¡Perder tu trabajo es lo menor que te puede pasar!

—He dicho que me dejes, me estás molestando —se oyó decir.

—¡No dejaré que nos metas en un lío! —amenazó el hombre.

En ese momento Ox escuchó los sonidos secos de varios golpes, y del inconfundible caer de un cuerpo al suelo. Todo bastante amortiguado.

Después escuchó dos golpes en la madera y la voz de quien se hacía llamar «Rorik».

—Cambio de planes. Sal de ahí. Tendremos que arreglárnoslas de otra forma. —le susurró.

La joven emergió de entre los desechos y saltó fuera del carro. Se encontraba en un pasillo ventoso de amplia techumbre, vacío hasta donde alcanzaba a ver.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mirando a un tipo gordo con pelo peinado a cortinilla tirado en el suelo.

—Llevo metido aquí casi un mes y su majestad no había cambiado sus hábitos ni un solo día. Hasta hoy —respondió con desagrado el extraño joven.

—¿Tienes algún otro plan?

—Improvisaremos —respondió Rorik, mientras escondía el cuerpo del sirviente entre las sombras de varias columnas. Después cogió la mano de Ox sin ningún miramiento y tiró de ella pasillo adelante.

Su rescatador comenzó a correr a toda prisa sin tener en cuenta las escasas fuerzas que ella tenía. Aun así, Ox no dio muestra alguna de estar sufriendo a cada paso que daba.

Subieron unas escaleras que desembocaban en las habitaciones del servicio de más bajo rango de palacio. Una vez allí, el extraño rescatador arrastró a la joven a un pequeño habitáculo oscuro. No cerró del todo la puerta, para que entrase algo de luz proveniente de las lámparas del pasillo.

Abrió un pequeño arcón que descansaba a los pies de un camastro y sacó lo que parecían varias prendas de vestir. Las lanzó al suelo y levantó un cuenco en el que reposaba una jarra de metal. Tras sopesar la jarra y ver que estaba llena, volcó su contenido en la tinaja. A toda prisa, metió un trapo dentro del agua, mojando la prenda y acercándose a Ox tras escurrirla.

Sin ningún miramiento, comenzó a pasar el trapo por la sucia cara de Ox, que se revolvió empujándole.

—Puedo hacerlo sola —protestó, mientras cogía el trapo y se limpiaba.

—Bien, pero date mucha prisa. Lávate lo necesario y ponte esas ropas. Son una de mis mudas y te van a quedar raras, pero pasarás más desapercibida —ordenó el joven, mientras de reojo inspeccionaba la abertura de la puerta hacia el pasillo.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Ox.

—Tenemos que llegar a los jardines, que era el plan inicial. Es la única salida —le dijo.

—¿Pensabas llegar hasta allí con ese carro de basura?

—Bastante cerca, si todo salía bien. Ahora, atravesar los barracones y salas de entrenamiento sería demasiado lento y arriesgado. Tendremos que pasar de frente por la nave principal.

Ox se lavó la cara, el cuello y los hombros a toda prisa, y recogió su cabello en un moño. Después se quitó los harapos, y una vez desnuda, dedicó unos momentos a lavarse el cuerpo por encima.

—No tenemos todo el día —protestó Rorik, que la miraba sin ningún reparo.

—Lo sé, pero huelo a pescado podrido. Y eso es bastante raro, si lo que quieres es que nos dejen en paz —gruñó ella, sin darle ninguna importancia a que aquel extraño pudiera ver ninguna de sus vergüenzas. De todas maneras, pensaba, no era más que un saco de huesos y piel sin atractivo alguno.

Al enfundarse los pantalones, el fajín y la casaca de lino áspero, los cuales le quedaban enormes, Ox sintió algo parecido a cierto alivio. Después de pasar incontables días vestida con harapos, sin más abrigo que una roída manta comida por las pulgas, aquello se sentía como algodón de la primera clase.

—Estoy lista —le dijo.

—Bien. Cuando lleguemos a la planta principal trata de actuar con naturalidad, como si trabajases aquí desde hace tiempo. Incluso si ves cenestes. *Sobre todo*, si ves cenestes. Y no hables. No digas nada. Debemos darnos prisa porque me están buscando, y el tipo de antes no tardará en despertarse y dar la voz de alarma —respondió él.

La joven asintió y siguió a Rorik por la escalinata que acababa en la planta baja del palacio. Aquí los suelos estaban embellecidos de

alfombras de tonos magenta con filigranas y flecos dorados, las paredes con cuadros y tapices, y la techumbre con arcadas de piedra coronadas de lámparas ornamentales. Recordaba la zona vagamente, pues la había recorrido en su plano dual, cuando Maeron y ella buscaban al rey, a las órdenes del Vicensor.

Había muchos cenestes, y también guardias normales, apostados a la entrada de la mayoría de los salones importantes. Por fortuna, también había bastante servicio pululando, y nobles de la corte que hablaban a gritos y acaparaban la mayoría de la atención.

Rorik tiró de ella para que apretaran el paso, cruzando delante de una amplia reunión de personas que esperaban para entrar en el auditorio real. La presencia de tanta gente implicaba demasiada vigilancia.

En medio del gentío, Ox reparó en un ceneste que la observaba con demasiado detenimiento, y aunque ella se apresuró a bajar su mirada, pudo notar que el hombre se giraba hacia a un compañero suyo y le susurraba algo al oído.

—Creo que me han reconocido —dijo ella en voz baja.

La pareja torció el pasillo hacia la derecha alejándose de la congregación mas, cuando hubieron avanzado tan solo unos metros, escucharon cómo una voz les daba el alto desde su espalda. Rorik se giró disimuladamente y vio a un ceneste acompañado de dos guardas que levantaban la mano.

—¡Tú, detente! — le gritó el ceneste, caminando hacia ellos a paso ligero, pero sin correr.

El joven fingió no haberse dado cuenta y empujó a Ox hacia una de las habitaciones del corredor. Era una sala de mapas con una moderada cantidad de rollos colocados sobre estantes, y en cuyo interior, una anciana con un monóculo examinaba un mapa enorme sobre un atril. Al verlos entrar sin llamar a la puerta, se los quedó mirando con sorpresa.

Rorik cerró tras de sí y observó a la mujer, la habitación y de nuevo la puerta. No había salida.

—Estamos muy cerca. No queda otro remedio —dijo, sacando algo de su bolsillo.

No hubo terminado la frase cuando los tres hombres que le seguían irrumpieron en la habitación.

—¡Tú! —gritó a Rorik—. ¿Es que estás sord...?

La frase se ahogó antes de ser acabada cuando un cuchillo curvo se clavó en su garganta. El ceneste se tambaleó y boqueó como un pez atrapado en su anzuelo. Antes de que caer al suelo, ahogándose en su propia sangre, su asesino arrancó la uña de metal sin miramiento para clavársela en la yugular al primero de los guardas de palacio, quien, como la anciana bibliotecaria que observaba aterrada la escena,

todavía no había reaccionado a lo que estaba pasando. Para cuando lo hizo ya era tarde, y se desplomaba tratando de sostener el reguero carmesí que manaba de su cuello.

El tercer guarda tuvo unos segundos para reaccionar y alzó su rifle reglamentario. Rorik empujó al primer guardia y aprovechó el impulso para dar una patada al arma, que salió volando antes de llegar a dispararse. El hombre retrocedió unos pasos buscando distancia y desenvainó su espada con nerviosismo.

—No tienes escapatoria. Pronto vendrán refuerzos —amenazó.

Ox dejó a un lado su estupor y se dio cuenta de que la pobre bibliotecaria, quien sufría un ataque de pánico, estaba a punto de ponerse a gritar. La joven saltó hacia ella y le tapó la boca, sujetándola sin demasiada presión.

La mujer la miraba con horror y sus mermadas fuerzas no oponían resistencia alguna.

—No pasa nada. Todo irá bien —le susurró ella—. Duerme.

La joven colocó su otra mano sobre su frente, y la anciana se desmayó en los brazos de Ox, quien la colocó con suavidad en el suelo.

Mientras tanto, el guardia lanzó un ataque horizontal con su espada, haciendo retroceder a Rorik varios pasos. El joven observó a su contrincante y esperó unos segundos antes de hacer amago de entrar en su distancia. Aquello engaño al hombre, que blandió su espada en un rápido segundo ataque a la altura del torso de su enemigo. Tal y como había previsto, el tajo no llegó a alcanzarle y desestabilizó al guardia lo necesario para poder llegar a él. Rorik avanzó con un movimiento felino hasta su contrincante por su flanco izquierdo, clavando la «uña de gato» por debajo de su mandíbula, y arrancándola de nuevo a través del hueso.

Segundos después, el modesto sirviente lucía la cara y las mangas de su camisa cubiertas de sangre, y trataba de recuperar el resuello. Observó a su alrededor y vio a la anciana en el suelo, y a Ox junto a ella.

—Dame tu camisa y tu fajín. Ponte la chaqueta de la vieja. ¡Vamos! —urgió el joven.

Rorik guardó su arma y se quitó las prendas manchadas de sangre mientras limpiaba la de su cara con las zonas limpias de las mismas. Al tiempo que Ox hacía lo que le había ordenado, reparó en el torso desnudo de su rescatador. La piel blanca del mismo contrastaba exageradamente con el bronceado casi escandaloso de sus brazos y cara.

—¿Quién eres tú? —le preguntó, sintiendo una repentina alarma en su interior.

—No soy nadie —respondió asqueado—. ¿Has matado a la vieja?

—No. Yo no asesino a la gente —dijo Ox con grave seriedad.

—Tenemos que irnos. Estamos muy cerca, pero pendemos de un hilo. Pronto correrá la voz de este reguero de sangre. Menuda chapuza.

Rorik hizo una seña para que Ox saliese primero. El pasillo estaba despejado en ambas direcciones, por lo que el joven tiró de ella a través de varias intersecciones más de corredores, que desembocaron en un pequeño y pintoresco vestíbulo lleno de maceteros, plantas y utillaje de jardinería.

A un lado de la pequeña salita se levantaba un recio portón de madera reforzada con travesaños de metal.

—Qué extraño. Está vacía —dijo Rorik—. Muy inusual. Todo es muy inusual.

—¿Qué pasa? —preguntó Ox, con nerviosismo.

—Más de un imprevisto sobre puntos seguros suele significar una trampa —dijo, muy serio.

—¿Puntos seguros?

—El horario del rey, y ahora la puerta a los jardines sin vigilancia.

—¿Y qué hacemos?

—No tenemos más remedio que seguir. Es seguir, o morir.

Rorik se acercó al portón y trató de abrirlo. Si lo hubiera encontrado abierto, directamente habría escapado en otra dirección. Sin embargo, se hallaba cerrado a cal y canto, tal y como debería.

Hizo un gesto a su compañera para que vigilase el pasillo y sacó un pequeño estuche de ganzúas. Eligió tres distintas y comenzó a trabajar en aquel artefacto. Hasta ahora no había podido probar el mecanismo, pues esa puerta solía dormir guarecida, abriéndose tan solo para trabajar en los cuidados del jardín (se trataba de una puerta de servicio). Esperaba que no le diese demasiados problemas.

—Oigo pasos —susurró Ox.

El joven centró su mente y giró la ganzúa más larga con sumo cuidado, tratando de escuchar cada clic. Uno, dos, tres...

—Se acercan... —escuchó decir a aquella molesta voz que interrumpía la suave y levísima cadencia del metal entrechocando entre sí. Clic. Ahí estaba.

Rorik introdujo una tercera ganzúa, siendo ésta tan fina que podía confundirse con una aguja de coser. El pulso le temblaba levemente mientras la hacía pasar entre sus compañeras y los dientes del mecanismo de cierre. Con suavidad. Con dulzura...

—Tenemos que irnos. O luchar —le sobresaltó Ox, esta vez a su lado, y mirándole fijamente.

El joven se levantó como un resorte y tiró con fuerza del cierre de metal que se hundía en el arco de piedra, esperando que se deslizase amorosamente. En su lugar, lo hizo chirriando y gimiendo, pero lo

hizo.

Rorik abrió el portón y empujó a Ox hacia la entrada de los jardines, cerrando tras de sí. Con un poco más de tiempo, dejaría aquella cerradura como la había encontrado, pero en las actuales circunstancias resultaba imposible.

Ox siguió a Rorik. No hacia el hermoso sendero que discurría camino adelante y que se adentraba en un río de árboles y hermosas flores, sino entre la maleza, bordeando los muros de piedra del palacio, cruzando a través de puntiagudos y lacerantes setos, hasta llegar a lo que parecía una pequeña boca de alcantarillado, tan oxidada como pestilente.

El joven tiró de la anilla herrumbrosa y ayudó a Ox a descender a través de una húmeda escalera de mano que se perdía en la oscuridad. Al llegar abajo, la joven no podía ver nada aparte de a su compañero descender, y nada en absoluto cuando éste cerró la entrada a su paso. El agua les llegaba a las rodillas, y por su consistencia y hedor, enseguida determinaron que aquel líquido espeso debía ser de todo menos agua.

Rorik la adelantó y se puso a palpar las paredes.

—¿Qué haces? —susurró ella.

—Aquí está —respondió él.

Tras escuchar a su compañero hacer cosas indeterminadas, la luz de una pequeña antorcha se encendió, iluminando un pozo bajo y claustrofóbico, lleno de desechos.

—¿Ves eso? —preguntó, señalando una pequeña y estrecha abertura por la que solamente se podía pasar arrastrándose, y que estaba semihundida en el fango de detritos—. Las damas primero.

Ox torció el gesto, pero no protestó. Se adentró sin pensar en aquel hediondo pasaje y avanzó a duras penas valiéndose de sus manos, y de algunos salientes que la ayudaban a empujarse a sí misma. No podía erguirse para caminar a gatas, y tampoco relajar su cabeza, pues tan solo había un estrecho margen para respirar. Tampoco veía nada, ya que la antorcha de Rorik se había apagado.

Avanzaba lenta y penosamente, que era lo más rápido que podía, pero llegó un momento en el que inevitablemente hubo de detenerse, sin resuello. Una mano la empujó sin misericordia, haciéndola avanzar a la fuerza, y también bucear en aquellas aguas fecales de las que no pudo evitar acabar bebiendo una no despreciable cantidad. Varias ratas nadaban a su lado, y una de ellas terminó subiéndose a su cabeza, enmarañándose en su pelo. Sin duda debía pensar que aquel era un cómodo transporte.

De aquella maltrecha forma fue empujada túnel arriba, más tiempo del que hubiese podido pensar. ¿Aquel maldito pasaje no acababa nunca?

—Gira a la derecha —oyó decir a su compañero, detrás suya.

Al llegar a la esperaba bifurcación, se dio de bruces con la pared y palpó alrededor buscando el pasadizo a su derecha. Acertó a alcanzar el muro y se detuvo.

—Necesito... descansar —se quejó Ox, quien tenía las rodillas despellejadas por ser arrastrada por aquel pasaje. Se sentía profundamente mareada.

—No hay tiempo —oyó a sus espaldas—. Por tu vida, sigue adelante o empujaré tu cadáver si es necesario.

La joven inspiró y se agarró al siguiente saliente, dejándose cada gramo de piel en el camino. Quería avanzar, pero las fuerzas la abandonaban por momentos. Finalmente, totalmente agotada, se hundió.

Rorik notó que se detenía, pero también que ya no gemía, ni borboteaba, ni tosía.

—Maldita sea —protestó el catador real.

Según sus cálculos debía quedar poco para llegar a su destino, así que empujó con todas sus fuerzas el cuerpo de su compañera, sin pararse a pensar si aquello le lastimaría. El agua le ayudaba, pero aun así era extenuante, y el tiempo se acababa.

Con un último esfuerzo, y gruñendo, el joven consiguió llevar el cuerpo de Ox hasta una habitación semianegada. Emergiendo del conducto recogió a su compañera, que tal y como esperaba, no respiraba. Palpó con la mano buscando algún saliente, y encontró unos escalones que conducían a suelo seco.

A ciegas, colocó el cuerpo de Ox en el suelo y buscó su esternón. Colocándose a su lado, comenzó a ejercer presiones firmes sobre su tórax, con las palmas de sus manos sobre él. Una, dos, tres, cuatro. Después buscó su cabeza, la ladeó ligeramente hacia atrás y juntando sus labios a los de ella, le insufló aire con fuerza. Con nerviosismo, regresó a su pecho y lo presionó con mayor fuerza que antes.

—Vamos... vamos. No te mueras ahora —le dijo.

Buscó su boca e insufló todo el aire que tenía en los pulmones. Su tórax parecía tan pequeño... uno, dos, tres cuatro...

—¡Despierta, maldita sea! —gritó, presionando con más fuerza.

De repente la joven convulsionó de golpe, expulsando agua a borbotones y tosiendo desaforadamente, para después inhalar con violencia y volver a toser. Tras unos segundos, respiraba irregularmente.

—Es difícil mantenerte con vida —susurró Rorik, desplomándose contra la pared, agotado también él.

—Tengo... una rata... en el pelo —fue lo único que se le ocurrió decir.

El joven escuchó aquello y tras un momento de estupefacción,

rompió en una risa histérica.

—En serio... es una rata... bien grande —susurró la chica, medio ida.

Rorik no podía parar de reír. No podía creer lo absurda e inverosímil que podía resultar aquella mujer. Solo podía imaginarse la rata encaramada en su pelo, como el capitán de una fragata en su timón. La risa le devolvió algo de fuerza y esperanza, y la aprovechó para encender la antorcha que había anudado a su cabeza, alejándola del agua.

La luz se hizo en la sala, y pudo observar a Ox. Lucía semidesnuda, con la ropa hecha jirones, en un estado peor que el que luciera con sus anteriores harapos. Brazos y piernas sangraban a través a de cortes y desgarros. El cabello negro y mojado le caía por su sucio y desencajado rostro, más blanco que la luna, resaltando unos grandes ojos oscuros.

Hasta ahora no había reparado en el tremendo esfuerzo físico que la joven había realizado, todavía aquejada de los síntomas de la fiebre de la cárcel. Su voluntad era más férrea que la de nadie que hubiese conocido, y literalmente se había esforzado hasta su límite, sin quejarse ni una sola vez.

Curiosamente, ahí, cubierta de lodo y miasma y empequeñecida por la enfermedad, el hambre y el maltrato, por primera vez le pareció hermosa.

—Está bien —le dijo en un susurro mientras acariciaba su rostro—. Vamos a lograrlo. Y después te llevaré a la mejor posada de Kur. Pan caliente y vino fresco. Y una cama mullida.

La joven lo observaba como desde un sueño. Levantó su mano hacia el cabello de él y acarició un mechón. Era un mechón rubio y enredado.

Rorik cayó en la cuenta en que en algún momento había perdido su peluquín negro, y también sus anteojos de veinte aumentos, que ocultaban casi totalmente sus ojos verdes.

—Fidias —susurró ella.

El joven la miró a los ojos buscando en ellos furia o reproche, o aun odio. No encontró nada.

—Yo cuidaré de ti —afirmó él.

Entonces Ox se desmayó, y Fidias la sostuvo unos segundos contra su pecho. Era tan pequeña, tan frágil.

Tras darse tan solo ese tiempo para descansar, se dijo que no fracasaría tan cerca de su destino. Levantó en brazos a Ox y la condujo a través de túneles y pasajes. Por fortuna, el mapa del alcantarillado que tenía grabado en la mente no incluía más pasos como el anterior, pudiendo avanzar a través de túneles moderadamente amplios en los que el mayor peligro era el mordisco de alguna rata, o quizás un

traspiés mal dado. O el peor de todos; una confusión en la ruta.

Sin embargo, no se hablaría tal incompetencia de él. Por el momento la misión había sido un fiasco, pero todavía podía acabar exitosamente. Tan solo faltaban dos túneles más, después una cámara, y la salida. Ahí estaba, delante de sus narices, la última cámara previa a la libertad.

Fidias salió del túnel y se adentró en una diáfana habitación de piedra alumbrado por su antorcha, y con la joven en sus brazos. Nada más traspasar el umbral, el agudo chirrío de una puerta de metal cerrándose tras de sí lo sobresaltó. Como un rayo, dejó a Ox sobre el suelo y se dirigió a la puerta por la que había entrado, ahora cerrada por una verja.

—¡¿Quién anda ahí?! ¡Muéstrate, cobarde! —exigió, sacando su uña de gato del cinturón.

En aquel instante, una segunda antorcha se iluminó muy cerca, al otro lado de la sala. Una puerta hecha de barrotes de metal les separaba de la salida, y también de la figura que estaba al otro lado, observándoles. El mismísimo rey de Kur en persona.

—Majestad... —susurró Fidias, estupefacto. Buscó rápidamente con la mirada la cohorte de cenestes que sin duda le acompañarían. Sin embargo, a simple vista no se atisbaba a nadie más.

—¿Está viva? —preguntó el rey, señalando a Ox.

—¿Qué? Sí, solo está inconsciente —respondió Fidias, calculando si podría alcanzar al rey a través de aquellos barrotes, acercándose muy rápido.

—Sabía que acabarías aquí, mi buen catador real; Rorik. ¿O debería llamarte Fidias Devenere? —preguntó el rey, con toda tranquilidad.

El joven retrocedió unos pasos. ¿Cómo podía saber su identidad? Aun en el caso de haberle descubierto, era imposible que conociera su verdadero nombre.

—¿Cómo...? —atinó a preguntar.

—Así que esto es lo que buscabas. Secuestrar a esa prisionera —dijo el rey.

—Liberarla —corrigió él.

—¿Pretendes salvarle la vida? —indagó Jakar.

—Mandadme ya a vuestra guardia, majestad. No alarguemos esto más tiempo.

Jakar observó al maltrecho joven. Poseía una fuerza muy bien camuflada, como la de un tigre que espera su momento.

—No soy tu enemigo —le tranquilizó el rey.

—¿Cómo sabéis mi nombre? —inquirió él—. ¿Desde cuándo lo sabéis?

—No hace mucho que te observo. Tu plan era bueno, pero hay

cosas con las que no podías contar. Cosas que exceden a tu capacidad. No obstante, también las hay que escapan a la mía. Necesito saber qué vas a hacer con ella.

—¿Con Ox? ¿Por qué os es tan importante? Ibais a matarla.

—No por gusto mío. Es seguro que tienes que sacarla de aquí —afirmó el rey—, pero necesito saber por qué.

—Porque es mi amiga —respondió Fidias.

Jakar le observó fijamente, como un ave de caza que escudriñase el alma del ratón que va a ser su almuerzo. Fidias se sintió desnudo, desprotegido e invadido, sin saber por qué.

—Mientes —afirmó el rey.

—¡No estoy mintiendo! —respondió el joven, inesperadamente ofendido.

—Tampoco dices la verdad. Sé que hay más. Sé que eres un ser oscuro, Devenere, porque transitas caminos que yo ya he recorrido —respondió el rey con gravedad.

—No voy a hacerle daño —arguyó Fidias.

Inesperadamente, Jakar soltó un saquillo de cuero de su cinturón y se lo lanzó al joven.

—Con ese dinero compro tu lealtad. Al menos un tiempo. Llévatela de aquí, dale refugio, comida y atenciones médicas. Sácala del reino. No importa a quien sirvas. No importa lo que te digan; ella debe vivir —el rey lo miró con desafío—. Y si le haces algún daño… si permites que otros se lo hagan, te juro por Belos y por Sulena que iré a buscarte. Te buscaré a través de los jirones del espacio y del tiempo y te encontraré. No solo te arrancaré la vida, sino que en la muerte no conocerás el descanso jamás.

Fidias retrocedió asustado. ¿Quién era ese tipo? Su voz era más que voz. Era una profecía de desgracia que latía en su pecho a cada palabra. Pese a no ser creyente de ninguna religión, ni dar verdad alguna a ningún tipo de misticismo, el joven se sintió sobrecogido.

Se giró hacia la joven y la recogió del suelo, levantándola en brazos una vez más y acercándola a la puerta.

El rey la miró con dulzura y tristeza y tomó aire antes de continuar.

«Le dirás que su maestro sigue vivo, pero que no puede acompañarla más en su viaje. Le dirás que lo que hizo lo hizo porque la ama, como un padre ama a su hija. Le ordenarás que no me busque y que continúe su camino, porque es fuerte, valiente y poderosa. Le contarás que ella salvó a un anciano de la muerte de la carne y del espíritu, y que ahora este anciano debe hacer grandes cosas. Por ella y por todos los que son como ella. Recordarás todo esto, asesino, y yo contaré a Dargo Devenere que su hijo es digno de su orgullo».

Fidias se quedó paralizado. La imagen de su padre apareció en su

mente como un relámpago. Incapaz de pensar en nada, escuchó cómo la cerradura de la puerta se abría, y la figura se marchaba en las sombras, tan silenciosamente como había aparecido.

Delante de él, al fondo del corredor, una simple escalinata bañada tímidamente por un rayo de luna le conducía a la ciudad, y a su libertad.

Caminó hacia ella, sintiéndose por vez primera, profundamente perdido.

ESPADA DEL DAO

Monasterio Kushita.
Altiplanicie Tarséana.
República científica de Gisboa.

«Nada hay fuera del Dao.
El árbol que se nutre de la tierra,
el río que fluye impermanente,
todos los animales que respiran y viven.
Pasado y presente, aquí y allí.
Todo es Dao».

Soiso.

El eco de unos cánticos en tonos graves despertó al monje.

Al abrir un ojo, pudo ver una tímida sombra de luz en la pared de su habitación que le anunciaba que pronto saldría el sol. Nunca se quedaba dormido, pues su mismo cuerpo le despertaba aun antes de que las primeras luces asomaran a través de las mamparas de bambú.

Como cada día, el monje se colocó unos calcetines blancos y unas sandalias hechas de paja y madera. Se enfundó unos pantalones holgados que anudó a los calcetines con una cinta negra, y eligió una de sus dos idénticas túnicas, ambas raídas y desgastadas por igual, colocándosela con esmero y sin prisa.

Dio las gracias a quien hubiese colocado una palangana de agua fresca sobre su cómoda (el único mueble que, junto a un viejo camastro, adornaba la pequeña habitación), y procedió a hacer sus abluciones matinales.

Poco después, mientras paseaba por los pasillos del templo, se regocijó al darse cuenta de que el sol brillaría con fuerza ese día. Sus pensamientos se interrumpieron al escuchar unos nerviosos pasos acercándose a través del corredor de las dos lunas. Se trataba de un joven aprendiz, quien vestía su túnica de iniciado de la manera más desgarbada posible, y que corría propagando un ruido innecesario en aquellas salas de silencio.

—Akemiya, ¿Qué es lo que te perturba? —preguntó el monje, cuando el chico llegó hasta él.

—Maestro, han llegado unos visitantes —explicó agitadamente.

—Bien. Eso no es motivo de disgusto sino de alegría —respondió

él.

—Extranjeros, maestro. Gentes de la capital. Me mandaron decir que era urgente —añadió el chico.

—Akemiya, para ellos, nosotros somos los extranjeros y esta es su tierra. Sin embargo, ¿Qué decimos? —le preguntó el monje, con una sonrisa.

—Este mundo es de todos y de nadie. No existen los extranjeros en los caminos del Dao —recitó el joven, más tranquilo.

—¿Y tan urgente es? —continuó el monje.

—No, maestro. La rueda nunca se detiene, tanto si gira deprisa, como con lentitud —añadió el iniciado.

—Buen chico. Ahora desayunaremos —le respondió el monje, con una abierta sonrisa.

El monje y el iniciado entraron en una pequeña cocina, donde se sirvieron un cuenco de arroz blanco con puerros cocidos. Se sentaron en un porche que daba a la plaza del complejo, y que regalaba una hermosa visión de los bosques circundantes. El aire fresco de la mañana traía los cantos de los pájaros y el olor a humedad y tierra mojada proveniente del espeso follaje que rodeaba el lugar.

El monasterio era un conjunto de pequeñas estructuras y casas de tejados curvos, con remates en sus aleros con forma de cuerno. La tradición kushita explicaba que los espíritus de los animales residían en las casas, y por ello debían ser representados en las mismas.

El complejo se componía de templetes rodeados de vegetación, en los diversos niveles de las montañas. Se accedía por medio de una larga escalinata precedida de estatuas de dragones míticos, que acaba un «pai-lu»; un arco monumental de tipo arquitrabado, con imágenes de monos en sus bajorrelieves. Éste desembocaba en la plaza principal, y en el templo de las oraciones, o «Templo del guardián celestial de las cinco joyas», donde acudía mayoritariamente la gente del poblado del valle a realizar sus plegarias y solicitar la fuerza del dragón celestial.

Desde su elevada posición en el edificio de la residencia de los acólitos, el monje y el iniciado Akemiya podían observar lo que sucedía en casi toda la zona, y respirar el aire fresco de la montaña mezclado con el humo de los incensarios que ardían en cada plaza.

El canto de sus hermanos provenía del templo principal, donde oraban a la mañana antes de emprender sus labores diarias.

—Bien, Akemiya. Es un día maravilloso para que aprendas una nueva técnica —anunció el monje, mientras se estiraba como un gato y recibía los primeros rayos de sol sobre su cara.

—Pero maestro, los invitados esperan —intervino el joven, apurado.

—Por más ansiosamente que la montaña espere al amanecer, éste

no llega sino cuando ha de llegar — sonrió el monje, invitando al aprendiz a levantarse y seguirle.

El visitante, que vestía una flamante capa color gris sobre su elegante traje de viaje, observó la impresionante pagoda de vistoso color rojo que se erguía delante de él. Mesó su barba impecablemente recortada e hizo un gesto de cabeza, acción que desencadenó la pronta aparición de una pequeña mujer de mediana edad, que siguió la mirada de su interlocutor hasta el edificio.

—Se trata de la «Pagoda de los Antiguos Soles», una taa de excelente construcción —explicó la mujer con entusiasmo—. Trata de imitar a los edificios de los sabios de Kush, y aunque ésta en concreto cuenta tan solo con una centuria, algunas de sus homónimas en el continente datan de mil años atrás.

—¿Qué son esos anillos dorados entre cada planta? —se interesó el hombre.

—Representan los estadios del alma, desde el más bajo hasta el más elevado. Es por eso que su último piso está reservado a las dependencias de los dioses, o iluminados —respondió ella.

—¡Todo eso está muy bien! —intervino una tercera voz, sin reprimir su disgusto. Se trataba de un hombre bajo, fornido y de cabello corto, cuya expresión de enfado parecía ser muy habitual—. ¡Pero no hemos venido aquí para contemplar la arquitectura de Kush! ¿Hasta cuándo van a hacernos esperar?

—Cuanto precisen —respondió la tranquila voz del primer hombre —. Debe recordar, señor Barrish, que somos invitados en casa ajena.

—¡Pero no pueden hacer esperar a alguien como usted! —volvió a protestar su furibundo acompañante—. ¡Es una falta de respeto!

—Le ruego haga gala de lo que predica y se calle, por favor — declaró el hombre, con total seriedad.

Aquello acabó con las quejas de Barrish, pero no con su enojo. Dándole una patada a una piedra, se dirigió a molestar a un monje que se encontraba barriendo.

En ese momento, un grupo de jóvenes hombres y mujeres pasaron al trote delante de la comitiva de visitantes que esperaban en la plaza. Todos llevaban la cabeza rapada, vestían túnicas cómodas, y portaban palos de madera.

El grupito, formado por unos veinte muchachos, cruzó la plaza y descendió por una de las escalinatas que desembocaba en una plaza más grande, rodeada de vegetación. Una vez ahí, se colocaron en filas de forma escrupulosamente ordenada y gritaron al unísono varias palabras en otro idioma.

Un monje de mayor edad se colocó delante de ellos, y tras juntar sus manos con fuerza, efectuó una reverencia que todos imitaron.

El venerable les dio lo que parecían unas órdenes escuetas y sencillas, y el grupo comenzó a efectuar una danza de movimientos claramente marciales, usando el palo de madera, que sin duda se trataba de un arma. Al acabar cada tanda de movimientos, el grupo gritaba al unísono, antes de comenzar con la siguiente.

El visitante se asomó a la barandilla, francamente interesado en aquel espectáculo. Su asistente se acercó a él con rapidez, orgullosa de poder compartir sus conocimientos.

—Es la forma de la espiga, muy propia del norte de Kush. Se usa el *duen kuan*, ese bastón corto de madera, en combinación con ejercicios de agilidad y esquiva —le instruyó.

—Entrenan con pasión —comentó el hombre, con aprobación.

—La unión de mente y cuerpo es el camino de los *Tai'Din*. En este monasterio conviven tres clases de monjes. Los que puede observar ahí son los *Tai'Din*, o monjes guerreros. Aspiran a la fortaleza y a la sabiduría en igual medida. Los Toga son monjes contemplativos, cuya aspiración es ascender a los niveles superiores del *Dann*. Y por último se encuentran los *Sora'Den*, maestros del camino del *Dao*.

—El Dao es la energía vital, ¿verdad? —comentó el hombre, mientras observaba a los iniciados guerreros.

—Podría resumirse así. Los Sora'Den son los monjes más controvertidos y malentendidos, pues trabajan con conceptos metafísicos que, para muchos, no son creíbles. Igualmente poseen conocimiento marcial.

—Es apasionante —comentó el hombre, tratando de imaginar cómo sería la vida en un lugar como ese, tan apartado y reservado.

Templeton Barrish llegó hecho una furia hasta ellos.

—¡Jefe! ¡Estos monaguillos nos ofrecen comida! ¡Comida en lugar de respeto! —protestó, señalando a un monje que les hacía una reverencia.

—Bien, el viaje hasta aquí me dio bastante hambre —asintió el visitante.

El iniciado, que vestía una larga túnica hasta los pies de color amarillo, les indicó con un gesto que le siguieran. Fueron conducidos hasta un edificio simple, con poca ornamentación, en cuyo interior se extendían mesas bajas y alfombras, donde algunos iniciados se encontraban sentados y comiendo en silencio.

El grupo llenó una mesa entera. Sin tardanza, una monja les sirvió un cuenco de arroz a cada uno, y colocó un plato grande de verduras en el centro, cargado de berros, nabos y acelgas. Tras realizar una reverencia, les dejó con sus asuntos.

Fue entonces cuando un monje desconocido se sentó a la mesa, en

la que ya estaban apretados, como si fuera un colega más. Cuando la comitiva le observó, éste se limitó a sonreír de oreja a oreja con expresión satisfecha y a asentir con gesto aprobatorio.

El visitante se dio cuenta rápidamente de que había algo diferente y que saltaba a la vista, en aquel hombre. A diferencia de sus compañeros, no llevaba la cabeza rapada, sino con una larga melena que le caía hasta la cintura, atada con una cinta en una coleta alta. Era, como la gran mayoría en el monasterio, de etnia oriental, y poseía unos despiertos ojos rasgados. Se encontraría en sus treinta y muchos años, y su porte atlético se adivinaba incluso debajo de su túnica.

—¡Saludos! Soy Soiso, «Espada del Dao» —se presentó, sin dejar de sonreír.

—¡Y este es el señor...! —empezó a responder Templeton Barrish.

Sin embargo, su «jefe» alzó la mano para que se callase de inmediato.

—Encantado, Soiso «Espada del Dao», mi nombre es Antillas Crane, y estos son mis ayudantes —se presentó el visitante, con sumo respeto, antes de ir nombrando a cada uno de los miembros de su grupo.

—Antillas Crane, de Soc Cérridan. Tu nombre me suena —asintió el monje.

—Es el empresario más reputado de la nación, monje —respondió Barrish, en el tono más educado que pudo reunir—. Muestra más respeto.

—¡Oh! Sois gente importante, entonces —rio el venerable.

—Y tú conoces nuestro idioma perfectamente —se sorprendió Elena, la menuda antropóloga y lingüista que asistía a Crane.

—Soy la «Espada del Dao que viaja más allá de las montañas», «Zai shan Dao wai de jian» —asintió él—. He recorrido algunos caminos, para aprender.

—Un monje viajero. ¿Has estado en Kush? —preguntó Elena, sacando su libreta.

—Nací en este país y no he podido cruzar las aguas todavía —respondió él.

—¿Y qué me dices de tu cabello? —preguntó ella, entusiasmada.

—El Dao no prohíbe. Soiso es libre como el viento —respondió el monje.

Elena comenzó a realizar otra pregunta, pero fue interrumpida por Crane.

—Venerable Soiso, hemos venido desde la capital para hablar con tu *Damma Sun* —dijo el empresario.

—El *Maestro de Todos* no podrá atenderos, pues se encuentra en la montaña de *Dai-Ma*, la «Emperatriz Celestial», realizando el *peregrinaje de las siete piedras*. Sin embargo, Soiso estará a vuestra disposición —

indicó el monje, sin perder su sonrisa.

Al ver que el grupo no decía nada, el monje añadió.

—¡Pero comed! Mi barriga ya está llena. ¡No os preocupéis por mí!

Los empleados del magnate observaron a su jefe e imitaron su actitud, que fue la de asentir y apurar el almuerzo. Cuando hubieron finalizado, Crane dio libertad a todo su séquito de ayudantes, exceptuando a Elena. Tras ello, el apacible monje los condujo al exterior, hasta un rincón al abrigo de un manzano. Una vez allí, tomó asiento en el suelo e invitó a los visitantes a hacer lo mismo.

Antillas Crane recogió su capa y se colocó frente al venerable, admirando el bucólico lugar en el que se encontraban.

—Desearía que todas mis reuniones se desempeñaran en lugares como éste —comentó.

—¿Y por qué no las convocas en esos lugares? —respondió Soiso, con sencillez.

—Sin duda sería un desafío —sonrió el empresario—, tal vez lo intente.

—El brillo del sol ayuda a cualquier espíritu. Si tu entorno es bello, tus palabras serán semejantes —aseguró el monje.

Crane asintió, haciendo un gesto a Elena momentos después. La antropóloga estaba en su salsa, y se le notaba. Tendría apenas más edad que Crane, rondando los tempranos cincuenta, y pese a ser de baja estatura, poseía una belleza natural y fresca. De cabello castaño y ojos verdes, la mujer poseía un talante nervioso y vivaz que la hacía mostrar interés por casi cualquier cosa.

Elena se deslizó la mochila del hombro y sacó un libro de gran volumen. El magnate se dirigió al monje, cuya mirada se había perdido en el horizonte tras su última sentencia.

—Venerable Soiso. Hay un motivo para las molestias que les estamos causando, y para nuestro viaje hasta aquí —dijo.

—Siempre lo hay —asintió el religioso.

—No me jacto de ser un gran entendido en la cultura del Dao Kushita, pero sí mi ayudante, la señorita Amber. Hemos venido en busca de conocimiento.

—¿Qué saber estáis buscando? —preguntó el monje, interesado.

—Elena, por favor —invitó Crane.

La filóloga asintió con la cabeza y procedió a hablar.

—En la obra «Los siete principios», se narra la historia del *rey Dragón de Jade*, el más poderoso del mundo conocido. Lideró un ejército de semidioses con capacidades sin igual, y removió la tierra y a sus espíritus. Tras ofrecer un sinfín de parabienes, finalmente fue derrotado por las huestes del *Cielo Negro*, «Laima Ba Hin», que lo sitiaron y expulsaron para siempre de Cosmos, o «Hun Ma», como se nombra en el tratado —explicó ella.

—Conozco la fábula. Ambos dioses y sus ejércitos colapsaron y dejaron su hueco a la humanidad —respondió él.

—Cielo negro es un aforismo. Si buscamos en el trabajo de *Mao Len*, un tratadista que vivió un milenio después, y teniendo en cuenta que estamos hablando de que ambas obras están escritas en Kushita antiguo Meimei, encontramos reseñas sobre *Lai Bai*.

—Hum —respondió el monje, sin alcanzar a ver a dónde quería llegar aquella sabia mujer.

—En dicho tratado, *Lai Bai* se presenta como un herrero atemporal, una variedad de semidios no emparentado con los propios de la mitología daoísta kushita, que forjó las cadenas con las que encadenó al mundo tras su destierro.

—No he leído a ese venerable, pero conozco la historia —respondió el monje—. Las cadenas representan el peligro de desviarse del Dao.

—Hace dos eras —continuó ella—, existió un peregrino viajero de Serra, que es el primitivo nombre para nuestra actual nación. El peregrino efectuó múltiples viajes durante su vida, uno de los cuales le condujo hasta Kush. Cuando regresó, tras largos años en el que describió como el más fascinante rincón del mundo, lo hizo cargado de rollos escritos y dibujados, y de una larga serie de carboncillos que reflejaban relieves y pinturas de los palacios del emperador.

—Qué interesante... —comentó Soiso, asintiendo con entusiasmo.

—Pues bien. Observe esto. Se trata de una reproducción, claro está.

La mujer extendió un papel doblado que guardaba en su libro. Mostraba un dibujo de los relieves escultóricos del muro norte del palacio del emperador, tres mil años atrás. En él se podía ver una escena en la que un hombre de enormes proporciones golpeaba algún tipo de material sobre un yunque.

Cuando le pareció que el dibujo ya había sido suficientemente observado, extendió otra lámina encima.

—Ahora observe esto —dijo.

La escena, proveniente de otro tramo del muro, representaba al semidios sosteniendo un objeto sobre sus manos; un objeto cilíndrico del que emanaba un halo divino.

La antropóloga colocó entonces un tercer dibujo.

—Y esto —finalizó.

Esta vez, el dibujo representaba un conjunto de cilindros semejantes al anterior, que formaban un círculo perfecto y rodeaban una flor de loto. Cada uno de los cilindros era el extremo de una cadena que conectaba con los demás, encarcelando completamente la flor.

—En la mitología Kushita, la flor de loto representa a nuestro mundo, Cosmos, «Hun-Ma», o como se le quiera llamar. Estoy convencida de que Lai Bai es el herrero que aparece trabajando en la

forja.

—Así parece, desde luego —reconoció Soiso.

—He publicado un trabajo de doscientas páginas sobre Lai Bai y su creación que explica mucho mejor lo que trato de decir. Lo llevo encima si quiere.... —empezó a decir la mujer.

—Señorita Amber, ciñámonos al asunto —la reprendió Crane, sin ningún disgusto.

—Lo siento, señor Crane —respondió ella, algo avergonzada.

—Me parece que sabéis mucho más que yo sobre estos temas —rio el monje—. No entiendo cómo voy a poder ser de ayuda.

—He comparado referencias en más de treinta documentos de distintos autores, procedencias, y dataciones, y todos ellos parecen girar en torno a la idea de la construcción de un artefacto mítico —explicó la antropóloga.

El monje se rascó la barbilla, luego el cuero cabelludo y se puso a pensar.

—Las fábulas de las que hablas son enseñanzas del Dao. Las historias antiguas fueron creadas para enseñar los conceptos del bien y del mal al pueblo. El Dao libera, la ausencia de él encadena. Y el artífice de todo ello es nuestra propia mente —explicó Soiso—. Buscar la literalidad a esas narraciones es inútil. Debemos encontrar su significado más profundo.

—El señor Crane opina que... —comenzó a decir Elena Amber.

El empresario alzó la mano para indicar que no necesitaba ser parafraseado.

—Maestro Soiso. Estoy aquí para encontrar esas posibles literalidades —anunció Antillas Crane.

El monje lo observó detenidamente, tratando de repetir mentalmente las palabras del visitante, por si había traducido mal alguna de ellas. No, la traducción era correcta. El que decía cosas confusas era su invitado.

—¿Vosotros estáis buscando un objeto físico? —preguntó, tratando de no equivocarse con sus interpretaciones.

—Buscamos la posible existencia de uno, o más artefactos que puedan responder al trasfondo de todas esas fábulas. Las leyendas suelen nutrirse de sucesos reales —respondió el magnate.

—¿Con qué objeto? ¿Fama? ¿Riqueza?

—Estoy sobrado de ambas —respondió Crane.

—¿Conocimiento? —continuó el monje.

—Me temo que por algo mucho más prosaico; necesidad —respondió él.

—Oh. Ese es un motivo valioso. Deja que lo vea.

El monje se acercó a Crane y tomó sus dos manos entre las suyas, mirándole fijamente a los ojos. Durante unos segundos que se hicieron

muy largos, el empresario mantuvo la mirada del venerable sin pestañear, y sin cuestionarse ningún porqué. Pasado el trance, el monje soltó su agarre y regresó a su lugar inicial.

—Sí. Tus intenciones son sinceras —finalizó—. Te ayudaré como pueda.

—¿Qué es lo que acaba de hacer? —preguntó Elena al monje, preparando su pluma para apuntar la respuesta.

—Nada especial —respondió levantándose, con su casi permanente sonrisa iluminando su rostro, e invitándolos a seguirle.

—¿Y no va a preguntar cuál es esa necesidad? —continuó ella.

—No hace falta. El camino es el camino y el Dao es el Dao —respondió sencillamente, como si eso pudiera tener algún sentido para ellos.

Soiso les guio a través del recinto del monasterio, cruzándose en su camino con toda clase de atareados monjes e iniciados, que saludaban a su paso con gran cortesía unos, y enorme respeto otros. La clasificación que hubiera hecho Elena poco antes ejemplificaba muy bien a los miembros del monasterio, incluso en sus ropajes. Los monjes guerreros vestían túnicas cortas y pantalones anudados a la pierna, para favorecer su movilidad. Los meditativos lucían largos hábitos hasta los pies y sandalias de esparto, así como largos collares y rosarios. Sobre los terceros mencionados por la antropóloga, nada se sabía, o tal vez se incluyeran entre unos y otros, pasando desapercibidos.

En todo el monasterio, nadie salvo Soiso lucía un solo cabello en la cabeza, si bien algunos ancianos exhibían barbas bastante largas y bien cuidadas. Cuando Elena preguntó a este respecto, el monje le explicó que, llegados a los sesenta años de edad, algunos venerables decidían mostrar una larga barba, como señal de sabiduría. Cuanto más larga, más años vividos y más experiencia adquirida. En el caso de las mujeres, a partir de dicha edad, tatuaban en su piel una pequeña flor cada año. Los más ancianos y ancianas del lugar gozaban de gran consideración entre la comunidad.

Entre éstas y otras conversaciones llegaron hasta un edificio que Soiso presentó simplemente como la biblioteca. En su interior, cientos de rollos de pergamino, algunos de aspecto muy antiguo, se amontonaban sobre armarios.

—La mayoría de estos textos son originales, o copias de originales, provenientes de Kush. Fueron traídos desde el continente cuando los primeros hermanos viajaron por mar a Gisboa —explicó Soiso.

—¿Sabemos lo que buscamos? —preguntó Elena, muy

entusiasmada de encontrarse en aquel lugar.

—Tendremos que preguntar a la venerable Loto. Yo no frecuento demasiado este sitio, si os soy sincero —contestó justo antes de ver a la mentada aparecer entre los papeles de una mesa— ¡Loto! ¡Necesito de tu magia!

Soiso se dirigió a ella de un salto y trató de abrazarla. Como respuesta, ella levantó la mano en un asertivo gesto.

—Más despacio, Sasamín, hoy no tengo tiempo para tus banalidades —respondió ella.

—¡Tata Loto! Sabes que no te molestaría si no fuese importante —contestó él, gesticulando exageradamente—. Traigo a unos invitados que requieren de tu sabiduría.

La anciana desvió su mirada hacia los recién llegados, observándolos a través de unos anteojos de muchos aumentos que parecían antiquísimos, y cuya lente derecha estaba directamente resquebrajada. La mujer lucía profundas arrugas en su frente y en las comisuras de su boca, y sus pequeños y rasgados ojos se empequeñecían bajo los enormes anteojos hasta casi desaparecer. Era de muy baja estatura, y caminaba ligeramente encorvada, sin perder su aire de dignidad por ello. Sus hombros desnudos mostraban los tatuajes de muchas pequeñas flores de colores, entre las que figuraban el crisantemo, la petunia, la rosa del desierto, la amapola, la siempreviva, y por supuesto, el loto.

—Bienvenidos a vuestra casa —saludó ella ofreciéndoles una leve reverencia.

—La maestra Loto posee noventa veranos y treinta flores, y es la encargada de todo el saber de este monasterio —anunció Soiso, muy orgulloso.

—Sasamín me adula y no es necesario —sonrió ella—. Siempre ha poseído un corazón calentito, desde que ensuciara sus pañales cinco veces al día.

—¡No eran cinco veces, Tata!

—Lo eran. Hasta los tres años —asintió ella, muy segura.

Cuando ambos acabaron con su peculiar conversación, Antillas Crane y su ayudante se presentaron y agradecieron todas las dádivas que estaban recibiendo del monasterio Dao. Después, Soiso le explicó a la maestra Loto, con ayuda de sus invitados, el motivo que les había traído hasta su hogar.

Mientras Elena ofrecía todo lujo de detalles respecto al tema, Loto acariciaba su barbilla y fruncía el ceño, pensando.

—Aunque os puedo ayudar a buscar alguna información por vosotros mismos, estoy bastante segura de que no existe nada relevante entre estos manuscritos. Los he leído todos varias veces —respondió finalmente.

—¿Está segura? Aquí puede haber miles de obras —insistió Elena.

—Y conozco todas ellas bastante bien. Podréis encontrar alguna referencia en aquel estante, entre las crónicas de Wen Miao. Sin embargo, creo que no hallaréis nada interesante —adujo la mujer.

—Preferiría comprobarlo, si no os importa, venerable —solicitó Elena Amber.

—El conocimiento es de toda la humanidad. Yo solo ayudo a guardarlo —sonrió la anciana, otorgando así su consentimiento—. Te ayudaré en tu tarea.

Elena siguió a la maestra, que levantando los brazos como podía, sacó un conjunto de rollos del armario. Dado que parecían muy pesados, la antropóloga se apresuró a aligerar la carga de la mujer.

Dejaron los manuscritos sobre una mesa y Loto desenrolló uno muy grande, que crujió mientras lo estiraban, y levantó una densa nube de polvo. La anciana se encaramó sobre la obra, escrita en kushita antiguo, y procedió a leer a escasos centímetros de pergamino.

Crane las observaba, impresionado por aquella mujer. En pocos minutos decidió que cuando regresase, enviaría a un buen médico para que cambiase sus lentes. De hecho, pensaba encargarle un reconocimiento general de la gente del monasterio, pues si bien parecían todos extraordinariamente sanos, había detectado a un niño con paperas y varios ancianos impedidos por lesiones que tenían fácil alivio con las prótesis adecuadas. Dado que aquella gente no aceptaría dinero, esa era una opción muy lógica y humanitaria.

—No podré permanecer mucho tiempo aquí —le dijo Crane a Soiso —. Mañana por la mañana debo regresar a la capital por asuntos que no puedo desatender.

—Eso es una lástima —se lamentó el monje.

—Reconozco que podría haberme ahorrado este viaje, pero siempre había deseado visitar este monasterio. Mentiría si dijera que no envidio esto. La paz y la serenidad que se respiran son unos bienes que, en mi experiencia, resultan escasos.

—Pero algo más profundo te aflige —sentenció Soiso, observando al visitante—. Lo vi en tus ojos.

El empresario suspiró.

—Toda mi vida he tratado de arreglar problemas, de corregir errores y eliminar obstáculos. Cada situación posee una o varias soluciones bastante obvias, cuando se ejecutan las acciones correctas. Es todo cuestión de estudio, organización y los recursos adecuados —explicó el magnate.

—Y sucede que ahora te has encontrado con un problema que no se puede resolver de ese modo —asintió el monje.

—Lo que ocurre —continuó Crane, observando al religioso—, es que estoy dando palos de ciego.

—Y odias hacerlo.

—Lo detesto —afirmó el empresario.

—Quizás debas acudir a otras vías menos convencionales.

—Y eso estoy haciendo. ¿Mitología? ¿Testimonios de sucesos paranormales? Si mi padre me viese en estas lides, me diría unas cuantas cosas —asumió Antillas.

—Humm. El Dao te ha traído hasta aquí por una buena razón —sonrió Soiso-—. Solo somos hombres, ajenos a los caprichos de los dioses. Sin embargo, fuerzas más poderosas que nuestras propias voluntades abundan alrededor de nosotros. Por ejemplo, el espíritu de la montaña es un oso ancestral que vaga a la luz de las lunas. Aunque ocupamos su casa, nada objeta. Y si le respetamos, nos protege.

Crane observó al monje, tratando de entender el sentido de sus palabras.

—Descansa el resto del día, Antillas Crane. Nutre tu cuerpo y tu espíritu en la soledad de estas tierras. Tal vez entonces, la respuesta llegue a ti sin tener que buscarla —finalizó el afable monje.

El resto del día transcurrió en suma calma. Siguiendo los consejos de Soiso, Crane dedicó su tiempo, el cual no podía de hecho emplear para nada más, a apreciar la belleza natural del entorno y la vida de sus gentes. Dejó a Elena estudiando antiguos manuscritos en lenguas extranjeras, y recorrió todo el complejo, observando a los luchadores y a los eruditos en igual medida.

Después, descendió la escalinata de entrada que bajaba hacia el valle, donde estaba el pueblo más cercano. Allí, los descendientes de los primeros moradores Kushitas del país, en convivencia con gentes Gisbóanas, habían hecho crecer una pequeña población que aunaba, quizás, características de ambas culturas. Vivían ciertamente aislados, y no ostentaban ninguno de los lujos a los que un gisbóano común podía acceder. No tenían ni siquiera agua corriente.

En un primer momento, Crane pensó en ofrecerles tecnología de mejora, pero pronto se encontró meditando sobre si aquello no sería contraproducente.

Cuando se adentró en el bosque, cualquier idea previa se esfumó, y se encontró a sí mismo permitiéndose liberarse de la presión con la que cargaba desde hacía tantos años. Sin saber por qué, agradeció al espíritu del bosque, el oso ancestral que camina bajo las lunas, que le permitiese ser su invitado aquella noche.

Al regresar al monasterio, horas después, ya había oscurecido tanto que solamente gracias a las lámparas y candiles que ardían a lo largo del recinto, podía atisbarse algo.

Llegó a la biblioteca y se encontró a una Elena cansada, recostada

contra la pared, quien al verle llegar recuperó su sonrisa.

—Señor Crane. Aquí hay cosas fabulosas —le dijo.

—¿Alguna novedad? —indagó él.

—Nada relevante, me temo. Más referencias a lo mismo en tono de mito, pero nada fehaciente. Nada que dé ningún dato que no tuviéramos ya. Es frustrante —resopló ella.

—Descanse por hoy, Elena. Mañana decidirá si desea quedarse o volver con nosotros a Cérridan —le indicó su jefe.

—No, señor. Todavía tengo fuerzas para aprender un poco más hoy —sonrió la mujer—. Me temo que es demasiado interesante.

Crane asintió y se retiró entonces a la pequeña habitación que le habían ofrecido amablemente, cerca de las de su comitiva. Al llegar al porche, una voz le sorprendió. Era la de Soiso, que, sentado en posición de loto, miraba hacia el horizonte con seriedad. No quería importunarle en su meditación, pero cuando Antillas cruzó a su lado no puedo evitar hacer crujir la madera bajo sus zapatos. El monje realizó una profunda inspiración y le habló;

—¿Cómo es exactamente lo que buscas? —le preguntó, en un tono totalmente distinto al que venía utilizando hasta ahora.

—Es... —Crane lo observó extrañado. Había un notable aire de gravedad en el monje, y aquella pregunta era tan directa como extraña. Sin embargo, no dudó un instante en confiarle con sinceridad todo cuanto sabía—. Es un artefacto, o un aparato. Fue diseñado y construido, no generado naturalmente. Su forma es cilíndrica y su color de un negro antinatural. Posee algún tipo de protección invisible e impenetrable que lo aísla del exterior, con el que, sin embargo, interactúa. Emite pulsos, o energía, o algún tipo de señal cuya naturaleza desconozco. Y no es único, pues existe constancia de hasta dos ejemplares. Estoy seguro de que se trata de una tecnología muy superior a la que conocemos.

—Y sin embargo proviene del pasado. Extraño —comentó Soiso, sin mirar a su interlocutor.

Crane asintió y se sentó a su lado.

—¿Conoces a los *Sora-Den*? —preguntó el monje—. Son escasos. Muy escasos. En este monasterio solamente hay uno.

—¿Es usted? —preguntó Crane, sin rodeos.

—Te dije que el Dao te había traído hasta aquí por una buena razón, Antillas Crane —contestó el hombre—. Quizás pueda guiar tu camino, quizás no.

El monje descolgó un saquito que llevaba en su cintura y de él extrajo cinco tablillas de madera. Cada una tenía dibujado a pincel, un símbolo distinto. Los caracteres eran indescifrables para el empresario. Colocó las tablillas alrededor suyo, mientras repetía en alto palabras en su lengua natal. Después juntó las manos e hizo varias pequeñas

reverencias con su cabeza.

—Ahora debo partir, pero antes, meditaré. Te ruego que no trates de moverme, ni de despertarme —anunció.

Crane lo observó sin saber qué pensar. Soiso cerró los ojos y comenzó a canturrear letanías repetitivas. Su respiración se hizo más lenta y los cánticos más suaves cada vez, hasta finalmente cesar. Sentado en la posición del loto, el monje quedó inmóvil, más parecido a una estatua que a un hombre.

Los segundos pasaron, y después los minutos. Crane miraba su reloj de bolsillo constantemente.

Por las palabras del monje, supuso que debía quedarse y asistir a aquella meditación. Aunque se encontraba muy cansado y soñoliento, faltar a su palabra, por implícita que esta fuera, tan solo sería una muestra de descortesía.

La noche trajo viento frío que subía desde el valle. Arrebujándose en su capa, Antillas Crane se preguntó si no hubiera sido más sabio celebrar aquel ritual en el interior. Volviendo a su reloj, descubrió que eran las dos y media. El monje llevaba dos horas meditando.

La incomodidad y el frio atenazaban sus músculos, y observar al monje tan sumamente estático e inerte, empezó a preocuparle. Sin una mala capa que le cubriese, debía estar congelado.

Transcurrió otra hora.

Una luz apareció por el camino, colina abajo. El pequeño punto fue acercándose en la noche, iluminando su paso como una luciérnaga bajo la tenue luz de Baras. Cuando llegó hasta ellos, Antillas reconoció a un iniciado que portaba un candil, y que, aterido de frío, se dirigía hacia los dormitorios. Cuando el joven llegó hasta ellos, contempló con sumo respeto a Soiso, quien permanecía rígido e inmóvil, y efectuó una digna reverencia hacia él. Cuando reparó en Crane y vio que éste le saludaba, se llevó el dedo a los labios, indicándole que callase. Después, sin hacer el más mínimo ruido, continuó su marcha.

El reloj dio las cinco de la madrugada.

El sueño se apoderaba del magnate, quien pugnaba con las cabezadas que, insistentemente le prestaban batalla. Lo que le mantenía en pie era aquel frío que se le había metido en el cuerpo, y, por supuesto, el deber. La lógica le pedía a gritos que comprobara el estado físico de aquel religioso insensato, que parecía muerto y congelado. Sin embargo, la intuición le aconsejaba prudencia, pues la lógica no encontraría buen refugio en esos lugares.

Entonces Soiso se desplomó.

Su cuerpo, que había permanecido hierático como una esfinge durante toda la noche, cayó a peso muerto sobre la tarima de madera del ventoso porche.

Crane despertó de golpe de la duermevela en la que había caído,

asustado. ¿Y si el monje de verdad se había muerto?

—Soiso. Despierte —le instó Crane, zarandeándole.

Sin embargo, comprobó que ya estaba despierto. Abría y cerraba los ojos con dificultad, como entrenándolos a hacerlo. Torpemente, se irguió y se sentó, con el semblante exhausto. Exhausto, pero feliz.

—¿Qué tipo de meditación ha sido ésta? —preguntó Crane, preocupado.

—¿Has estado aquí toda la noche? —se sorprendió Soiso.

—Supuse que...

—No era necesario, aunque lo agradezco, amigo mío. ¡Hace fresco! —dijo el religioso, frotándose brazos y piernas y levantándose de su posición, para después comenzar a dar saltos y piruetas.

Crane lo observaba sin entender nada.

—Bien, si me disculpa, ahora descansaré un par de horas antes de comenzar el viaje de regreso —explicó el empresario, quien lucía unas marcadas ojeras y poca paciencia.

—¡Espera! ¿No tienes hambre? ¡Yo estoy famélico! ¡Me comería todo el natto de la reserva! —le interrumpió el monje.

—Lo siento, pero no. Debo regresar —explicó Crane.

—Pero no puedes irte sin tu respuesta —dijo Soiso, como la cosa más natural.

—¿Mi respuesta? —preguntó el magnate, extrañado.

—Lo que estabas buscando. Buscabas el artefacto de Lai Bai, ¿no?

—Sí, pero...

—Ahora ya puedo contarte alguna cosa sobre eso. ¡Pero me ruge el estómago! ¡Comamos y hablemos!

El empresario aceptó que no podría dormir aquella jornada. Al hacerlo, su talante cambió y encontró renovadas fuerzas. Seguiría a aquel monje, pues tal era su deber, pese a que cada vez le parecía más un lunático. Esperaba que su guía, el señor Barrish, estuviese ya preparando el regreso, porque debía encontrarse en Cérridan a las cinco, como muy tarde.

De nuevo en el comedor, el monje solicitó ingentes cantidades de comida, aunque tan solo recibió el bol que le correspondía.

—¡Delicioso! —anunció, mientras apuraba el plato de tallarines con soja.

Crane lo observaba sin decir nada.

—Pareces cansado —dijo Soiso—, y aunque no lo creas, yo lo estoy más. El trance exige una nada despreciable cantidad de energía, y una no menos ingente dosis de voluntad —explicó el monje—. Por eso, siempre que lo concluyo, tengo muchísima hambre.

—¿Qué ha sido eso? Algún tipo de meditación profunda, entiendo —aseveró el magnate.

—Podrías llamarlo así. Se trata del talento del «*Sora'Den*» —dijo

Soiso.

—¿En qué consiste?

—Es una comunicación con los guías.

—¿Los guías?

—Tú lo entenderás mejor si piensas en la posibilidad de acceder al conocimiento del universo. Imagínate que existiese una biblioteca que guarda en forma de anales, el ilimitado conocimiento de todo lo que existe y ha existido. No hablo de una biblioteca física, claro está —explicó Soiso.

Crane enmudeció al oír aquello. No consideraba nada como una pérdida de tiempo, pero esto se estaba acercando peligrosamente a ese concepto.

—No pongas esa cara, sé que no crees una palabra de lo que estoy diciendo —sonrió Soiso—. Sin embargo, te equivocas en la apreciación. No se trata de creer en nada, porque es algo real.

—Usted habla de alguna clase de aptitud mística sobrehumana —afirmó Crane.

—Los Sora'Den poseemos algunas habilidades que exceden al plano de lo físico. En mi caso, puedo acceder al conocimiento —explicó el monje, antes de suplicar por un segundo plato de comida, que, obviamente le fue otorgado.

—¿Puede recibir respuestas, o predecir el futuro? —preguntó el empresario, tratando de mantener la mente abierta.

—Predecir el futuro no. Nadie ha estado ahí porque no ha sucedido. Solo las cosas que sucedieron en el pasado pueden ser conocidas —respondió Soiso.

—Ah...

—Puedo preguntar, y esperar a que los guías me respondan. Si es que lo hacen...

—¿Y responden?

—A veces. Hoy lo han hecho. Indagué sobre tu ansiado objeto, tratando de explicarme lo mejor posible con la información que Elena y tú me habíais facilitado. Es bastante difícil componer un esquema claro de lo que quería, con cosas tan vagas.

Crane no podía creer la conversación que estaban teniendo. Se le ocurrían mil preguntas que hacerle, como «¿A quiénes pregunta?», «¿Los guías son personas, o entidades, o simples conceptos?», «¿Pregunta mentalmente?», «¿No será producto de su imaginación, animado por su creencia religiosa?», o incluso otra como «¿Me está tomando el pelo, señor Soiso?».

Sin embargo, simplemente dijo;

—¿Y qué han respondido?

—Necesito papel, pincel y tinta —contestó.

El empresario metió la mano en su bolso de viaje y sacó un

cuaderno y una pluma estilográfica, y colocó los enseres delante del monje, quien apartó el bol de comida y limpió sus manos en su túnica.

—Veamos. ¿Reconoces esto?

Soiso dibujó sobre el papel, un paisaje agreste y semidesértico, conformado por acantilados formados por profundas brechas en la tierra.

—Parece Interterras —dijo Crane, mostrando un repentino interés.

—No conozco ese lugar...

—Más que un lugar, es un sitio de nadie. Una larguísima cadena montañosa conformada por profundas grietas en la tierra que se extiende cientos y cientos de millas, y separa el reino de Kur del resto del continente. Sus caminos son sinuosos y peligrosos, y no pertenecen a ninguna jurisdicción, pues nadie cree interesante reclamarlos —explicó Crane.

—En este lugar palpita el corazón del artefacto que buscas. Y palpita fuerte. Cuando lo vi, la imagen devolvía sentimientos de apremio. Algo grave ha sucedido recientemente allí.

—Tengo un hombre en Kur ahora mismo, y no me ha informado de ningún incidente que no sea político —dijo Crane.

—Las respuestas no siempre llegan en palabras, Antillas Crane. A veces, veo imágenes o siento cosas —respondió el monje.

—¿No tiene nada más concreto?

—Vi un desierto de arena. Y una cueva. También recuerdo más imágenes, pero me temo que las perdí, tratando de retener éstas.

—No parece algo muy consistente —sentenció Crane.

—Lo que buscas está ahí. Eso sí lo tengo seguro —asintió el monje —. Pues el guía que me lo enseñó, lo había visto con sus propios ojos.

Crane se llevó la mano a la cabeza. Aquello era demasiado confuso, demasiado demente. No dudaba de la sinceridad del religioso, pero sí de su cordura. Si aquello era una pista, su origen era tan dudoso y criticable que no merecía la pena darle ningún crédito ni esfuerzo. Lo comentaría con Elena y reflexionaría acerca de todo aquello, pero ahora se debía a tareas más mundanas y urgentes, y una muy importante negociación le esperaba.

—Muchas gracias por su ayuda y la de su gente, Soiso «Espada del Dao». A partir de ahora, las relaciones entre nuestros pueblos serán mucho más estrechas. Si necesitan alguna ayuda, no dudaré en asistirles. Tiene mi palabra —aseguró Crane, con sinceridad—. Ahora debo partir, pues debo atender asuntos muy urgentes.

—Llévame contigo —respondió Soiso, sorpresivamente.

El empresario se quedó sin habla ante aquella petición tan inesperada.

—Soy un monje viajero, ¿recuerdas? —sonrió él—. Sé que cambiarás tus ideas, y cuando lo hagas, me necesitarás ahí.

—¿Eso se lo ha dicho su guía? —preguntó el magnate.

—Me lo dice mi corazón. También me dice que un día dejarás de llamarme de «usted», y me considerarás tu amigo —asintió él.

—Me sorprendería, pues de tal modo me dirijo a todas mis amistades.

Crane vio cómo el monje no esperaba ni una respuesta por su parte antes de dejarle con la palabra en la boca y correr a hacer el petate, que sin duda sería muy liviano. Se encogió de hombros, pensando que quizás Elena y él se entenderían, al fin y al cabo.

Sentado en aquel comedor, escuchando el sonido de los pájaros en el exterior, Antillas Crane suspiró y pensó que realmente echaría de menos aquella quietud.

REY DEL GAULOS

Mar de Güeiis.
Océano Erseus.
Goleta Rey del Gaulos.

«Los nuevos tiempos parecían difíciles.
Demasiado para ser hedonista.
Demasiado para perder la estima
de mi único amigo».
Galwyn Caere.

El Rey del Gaulos era un buque de vela con dos mástiles. El de mesana tenía grabado la corona de un rey, con su aparejo formado por velas áuricas cangrejas y velas de cuchillo, siguiendo la línea de crujía, de proa a popa. Era una goleta rápida, capaz de alcanzar buenas velocidades en ceñida y través, y hacía honor al río Gaulos, el más importante del país.

Su capitán había tenido que salir a la estampida y en mitad de la noche, con la mínima tripulación posible, cuando el señor Fred Thomson le había avisado de un peligro en alta mar. El Antillas Luxor, le había dicho, corría riesgo de hundimiento.

Así, habiendo dejado el estuario a toda vela, el Rey del Gaulos surcó las aguas con el viento a favor, en dirección al barco en peligro. Sin embargo, ni la negrura de la noche, ni la fantasmagórica niebla que se les echó encima pudieron ocultar una visión para la que nada había preparado a su capitán.

Una bestia deforme, propia de los abismos, había emergido de entre las aguas para engullir al Antillas Luxor y a toda su tripulación.

—¡Kraken! —había gritado el capitán al ver a la bestia, incapaz de darle un nombre más apropiado.

Su tripulación había languidecido, pero no así aquellos pasajeros que habían embarcado a última hora, quienes se habían unido al rescate sin dudarlo un instante. El más joven, un muchacho con edad de estar limpiando cubiertas gritaba órdenes a sus mayores y estos le respondían sin dudar. El más fornido, un hombre recio y decidido, y que hablaba con extraño acento, había saltado sobre el arponero del barco, una máquina que normalmente se usaba para asegurar grandes piezas de pesca, y cargándolo y preparándolo como si supiera lo que estaba haciendo, había disparado sin pensárselo, hacia la bestia. Al hacer blanco, ésta gimió con un sonido que jamás había escuchado en animal alguno.

El muchacho había cortado rápidamente el cabo, evitando sumar el destino del «Rey del Gaulos» al de la Bestia, para después dirigir su mirada al desdichado Antillas Luxor, del que solo quedaba a flote su mitad de proa.

—¡Corrrerr! —había gritado el hombre fornido, conjugando erróneamente.

Pero el chico ya había saltado con increíble agilidad, rodando sobre la cubierta del Luxor y asegurando una pasarela que había llevado consigo. Sus compañeros lo habían seguido sin dudarlo un instante, animando a los pocos miembros de la tripulación a imitarlos, a voz en grito, como si a una batalla se dirigieran.

Uno a uno, habían traído consigo a los supervivientes del naufragio, y aun algunos cuerpos que después, habían resultado lamentablemente muertos.

Cuando ya no hubo indicio de nadie vivo, el Rey del Gaulos se había apurado en alejarse del naufragio, tratando de evitar la inminente succión producida por el hundimiento del Antillas Luxor, un barco de dimensiones mucho mayores que las de la goleta.

Pero no solo había huido de eso. Su capitán huyó de los horrores que había visto en aquel mar negro envuelto en fantasmagórica niebla rojiza.

Navegaron a toda vela alejándose del naufragio hasta mucho más allá de haber encontrado aguas tranquilas e inmaculadas, en las que los peces eran peces y el mar era mar.

Y ahora, en aguas amigas, el capitán no podía ocultar su preocupación. Pues le acababan de comunicar que los supervivientes provenían de una cuarentena en alta mar, impidiendo por tanto al «Rey del Gaulos» navegar hacia tierra a toda prisa, como hubiese deseado hacer.

Con dificultad, Ameria Bane se incorporó sobre un improvisado camastro conformado por varias mantas. Inmediatamente se llevó las manos a las sienes, presa de un tremendo dolor de cabeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en voz alta, tanto a sí misma como a quien pudiera estar a su alrededor. Un mareo persistente parecía no quererle dar tregua.

—Te has librado de la muerte, eso ha pasado —respondió una voz, a su lado.

El sonido juvenil de aquella voz la desconcertó, pues era incapaz de reconocerla. Al girarse, se encontró con un muchacho en plena adolescencia que la observaba de manera extraña. Como si estuviera observando una muestra de laboratorio.

—¿Quién eres tú? —preguntó al chico.

—Soy Bastian, ¿Y tú? —la imitó él.

—Ameria Bane, bióloga de la base científica *Polaris IV* —la joven se giró a todos lados, encontrándose rodeada de personas, que, como ella, descansaban sobre el suelo de un camarote desconocido.

—¿Qué me puedes decir de lo último que recuerdas, Ameria? —continuó el muchacho.

El tono inquisitivo del joven le molestaba un poco. Le dolía demasiado la cabeza, y de paso, el cuerpo, como para atender al interrogatorio de un chaval al que le sacaría más de una década. Sin embargo, su pregunta instantáneamente le trajo todos los recuerdos de golpe y la sumió en un estado de terror que no podía controlar. Sin poder evitarlo, dio un respingo y se arrastró hasta la pared del camarote, contra la cual chocó.

—El monstruo... —susurró, aterrada al verlo de nuevo. Aun con sus ojos abiertos, lo podía observar intentando beber cada resquicio de su voluntad.

—Lo que ves es un recuerdo. Espabila —le riñó el chico, dándole un cachete en la cara.

Ameria se sobresaltó y se llevó la mano al rostro, frunciendo el ceño.

—¡Oye! —protestó.

—Desquiciarse no sirve de nada, Ameria Bane —le interrumpió el joven.

—¿Dónde están los demás? ¿Y Marcus? ¿Y Gilbert? ¿Dónde está mi hermano? —preguntó la bióloga, repentinamente consciente de que no era la única que había sufrido aquel suceso.

—Estamos rellenando una lista con los nombres de los supervivientes que vais despertando —respondió Bastian—. Déjame apuntar el tuyo y podré responderte.

El chico se levantó y fue hacia la puerta del camarote, donde descansaba una carpeta. Mientras tanto, Ameria se incorporó y comenzó a buscar caras conocidas, entre los heridos. Todos le sonaban de vista, y a algunos los conocía, como a Sun, quien lucía una enorme herida vendada en el abdomen, y que seguía en estado comatoso.

Uno de los cuerpos estaba tapado con una sábana hasta la cabeza, y Ameria sintió un vuelco en su corazón que casi le hizo caerse al suelo. Con sumo temor, se acercó y retiró la tela de la cara del difunto, rezando porque no fuera su hermano. Al reconocer el capitán del Antillas Luxor, sintió alivio y tristeza por igual, ya que se trataba de un buen hombre con quien había compartido algunas conversaciones interesantes.

—Descansa tranquilo, amigo mío —susurró con pena, mientras lo tapaba de nuevo.

Rompiendo la calma y silencio del camarote, un tosido muy característico le devolvió la sonrisa.

Cuando se dirigió hacia la dirección del sonido encontró a Gilbert, hecho un ovillo bajo su manta.

—Ame —le dijo, con un hilo de voz—. Tengo frío.

—¡Gil! —gritó ella, lanzándose sobre él y abrazándolo. El joven tosió y se revolvió, hasta que ella se dio cuenta de que lo estaba molestando—. Oh, perdona...

Ameria tiró de su manta, y descubrió que llevaba un feo corte en el cuello que estaba sangrando demasiado sobre el vendaje, y un entablillado en la pierna que indicaba que probablemente sufriera una rotura.

—No me quites la manta —protestó Gilbert.

—¡Oye! ¡Chaval! ¡Bastian! —lo llamó, recordando finalmente el nombre que le había dicho.

El joven acudió, carpeta en mano hasta ellos.

—Marcus Bane será tu hermano, supongo —comentó al llegar—. Está vivo, en el otro camarote.

—¡Gracias a Giros! —respiró Ameria al escuchar la noticia. Sin embargo, pronto regresó su preocupación, al observar a Gilbert. — Su herida tiene mala pinta. ¿No hay ningún adulto por aquí con el que pueda hablar?

—Los hay, pero te conformarás conmigo —sentenció el chico—. Ahí tienes el material si quieres vendarlo mejor.

—¿No hay ningún médico a bordo?

—Si los hay, seguro que no están en condiciones de ejercer. Pero puedes intentarlo. Aquí tienes la lista de los que han despertado y de las bajas reconocidas.

El muchacho le entregó la carpeta y se marchó del camarote como si nada.

—Ame, me alegro de que estés bien —susurró Gilbert mientras sonreía—. Y tu hermano.

—Lando también ha despertado —leyó Ameria, aliviada de nuevo —. Y Sun sigue viva.

—Viva, ¿viva? —indagó Gilbert, esperanzado.

—Sigue en coma —respondió ella, mientras se acercaba con una palangana de agua, vendas y varios frascos—. Ahora deja que te cure eso.

—Siempre te toca ayudarme. Menudo lastre soy —suspiró él.

—No digas tonterías.

—Cuando la cuarentena acabe, pienso solicitar un puesto de oficina —afirmó él.

—Bromeas. Te aburrirías como una ostra al cabo de una semana — rio ella mientras limpiaba la herida con antiséptico y presionaba para

que dejara de sangrar.

—Diría que he visto suficiente para toda la vida, pero me temo que no será así. Ameria, el radio del ecosistema hostil se ha extendido —le interrumpió él, con gravedad, agarrando su brazo—. ¿Cuánto crees que tardará en llegar a la línea de costa?

—No lo sé. Quizás se extienda hacia alta mar—arguyó ella.

—¿Y si no es así?

Ameria apretó el vendaje y se quedó quieta, pensando en las consecuencias de tal posibilidad.

—Tenemos que medirlo —concluyó ella—. Tenemos que medirlo para hacer una aproximación de su avance.

—Y encontrar un modo de erradicarlo —afirmó Gilbert, con un semblante de suma preocupación—. Ameria, mi familia vive cerca de Nhem.

—Lo sé. Por eso tenemos que ponernos a trabajar.

Morn se encontraba en cubierta, observando cómo arriaban las velas y echaban el ancla. Se encontraba esperando el amanecer, pues ansiaba ver un poco de luz entre tanta oscuridad, y poder contemplar el océano azul y espejado, tal y como debía ser un océano.

—Ahh, la negrrurra serrá vencida —declamó hacia las aguas.

—¡Guau!

El ladrido de un perro lo sorprendió y alegró tanto, que se levantó todo lo grande que era, y buscó con ansia el origen del sonido.

—¿Dónde estárr, chica? ¡Buena, buena chica! —llamó.

Él mismo había rescatado a la perra semiahogada del interior de las cocinas del Antillas Luxor, donde había quedado atrapada. Cuando la encontró, apenas respiraba. El animal se acercó corriendo hasta él y pegando un salto, se puso a dos patas sobre su pecho, lanzando lametazos a diestro y siniestro.

—¡Buena chica! —gritó complacido—. ¡Veamos como llamarr!

Morn buscó entre el pelo corto y suave del cuello de la perra, en cuyo collar se podía leer el nombre de «Rhea».

—¿Con que Rrhea eh? ¡Un nombrre de Rreina!

—¡Wuof! — ladró de nuevo, haciendo cabriolas sobre la cubierta, totalmente desatada.

Una figura llegó hasta él siguiendo a la perra, la de un joven de cabello corto y cara amigable.

—Rhea sabe reconocer a las buenas personas —dijo el recién llegado.

—¡Grracias porr el cumplido! —respondió el hombretón, quien soltó a Rhea y extendió su fornida mano—. Soy Morrn, espeleólogo y

ahorra marrinerro.

—Yo soy Marcus. Un tipo corriente y moliente —sonrió el joven, estrechando la mano del hombre—. Te doy las gracias por salvarnos. De no ser por vosotros, estaríamos alimentando a los peces.

—O a cosas peorres, *jajaja* —rio Morn—. Perro nada que agrradecerr.

—Oye, Morn. ¿Quién es ese tipo? —preguntó.

Mientras señalaba, Morn identificó la figura del guardaespaldas, que se encontraba al otro lado de la cubierta, sentado sobre la barandilla y contemplando el mar en silencio.

—Es Dersen —dijo—. Gustarr de la soledad y la intrrospección. Mejorr perrsona de lo que parrece.

—Morn —comentó el joven mientras se sentaba—. ¿Sabes que ahora tú y tus amigos estáis contagiados potencialmente de una rara enfermedad?

—Ah, perro no hay prroblema. ¡Somos inmunes!

—¿Y eso? —preguntó, mientras sacaba una manzana y la mordía.

—Ya vivimos algo parrecido hace tiempo. No nos afectarrá vuestrra dolencia —afirmó Morn—. De hecho, venirr aquí parra tratar de ayudarr con eso.

—¿Con la enfermedad?

—¡Eso es!

—A mi hermana le vais a encantar, entonces —rio Marcus.

Thaddeus estaba tan exhausto o más, que los pobres diablos a los que había ayudado a rescatar la noche pasada. A su edad ya no se sentía para tantos trotes.

La visión de la criatura lo había dejado colapsado durante largos minutos, y ahora traía de vuelta todas las pesadillas que llevaba meses y meses sufriendo, desde que volviesen de su fatídica expedición. Sin tener a mano hojas de papel donde poder dibujar sus demonios, su ansiedad se intensificaba peligrosamente.

Por más que quisiera negarlo, la presencia de Galwyn había impedido que cayese en una fuerte depresión. Sus maneras toscas, directas e incluso crueles, habían sido el revulsivo perfecto para luchar contra su mente trastornada. Sin embargo, aquel nuevo brote podría dar al traste con todos sus progresos.

Se encontraba en una pequeña habitación destinada a guardar enseres de limpieza. La había elegido para descansar lejos de la gente y por qué no admitirlo, también para huir. Pero pocas eran las personas capaces de huir de su maestro, y él lo sabía. Por tanto, aunque le sobresaltaron los golpes en la puerta, no le sorprendieron.

«Al menos no entra sin más», farfulló Thaddeus para sí, totalmente seguro de que se encontraría a Galwyn apoyado en el marco de la puerta.

Así fue. El muchacho de cabellos plateados se encontraba plantado en el dintel, sosteniendo una bandeja con comida. Cuando Thaddeus le abrió, hizo un gesto de cabeza y se metió directamente en el cuarto de la limpieza.

—¿No podrías haber elegido un cuarto más pequeño, Thaddeus? Huele a amoniaco —protestó el joven Bastian mientras dejaba la bandeja en el suelo y se sentaba.

—Pretendía descansar, Bastian —respondió mientras acompañaba al joven, atraído por el olor del café caliente y los bollos.

—Llevas horas haciéndolo —comentó el muchacho.

—Y necesito muchas más. Mi cuerpo ya no está para estos trotes —respondió con amargura, mientras se metía a la boca un pedazo de bollo.

—¿Quieres hablar de eso? —preguntó el joven, de repente.

—¿Qué? Yo... no, no quiero —contestó rápidamente el profesor, mirando a otro lado.

Thaddeus frunció el ceño, con evidente molestia. Aquella pregunta le había pillado desprevenido. En lo más hondo de su interior, temía profundamente la respuesta a una pregunta no formulada, a un tabú que se había mantenido entre ellos durante largos meses.

Sin poder evitarlo, comenzó a temblar y a sentir sudores fríos. El estúpido Galwyn siempre encontraba el punto más débil y atacaba sin remordimientos.

—Yo creo que es necesario, y que estás preparado para ello —afirmó Bastian—. Ahora tenemos un poco de tiempo de calma, para variar.

—Cállate —respondió Thaddeus, simplemente. Se le había quitado el hambre.

—No voy a permitir que ese resentimiento que te aqueja acabe con nuestra amistad —espetó el muchacho.

—No tengo ningún resentimiento —respondió el profesor.

Bastian levantó su brazo y observó la pulsera que se le clavaba en la carne.

—Aquel día, pasaron muchas cosas. Tú lo sabes. Cuando salí a inspeccionar, mi objetivo era claro. Ambos sabíamos que si lo que buscábamos estaba en alguna parte, sin duda debía ser ahí. Tras mucho deambular, encontré aquella sala intacta; una habitación magnífica. Había alguna clase de máquina en su interior, un tipo de mecanismo que parecía funcionar a la perfección, y que como todo lo demás, respondía a este brazalete —explicó Bastian.

Thaddeus lo observaba en silencio.

«De alguna extraña manera, intuía que estaba en el lugar correcto. Aquel artilugio magnífico representó ante mis ojos una imagen de mí mismo, por dentro. Podía ver mis órganos, mis vísceras, y hasta el fluir de mi sangre. Está muy claro que la máquina me analizaba, partícula a partícula. Finalmente, me entregó un elixir que bien podría haber sido un veneno que acabase conmigo. Sin embargo, bien sabes que pocas opciones tenía. Lo apuré. Lo engullí sin dudar, encomendándome a los antiguos dioses; esa raza gloriosa que llegó de las estrellas. Era mi última osadía».

—Te fue bien —suspiró Thaddeus.

Galwyn miró a Thaddeus a los ojos, con gravedad.

—Nos embarcamos en aquella misión juntos. Creíste mis desvaríos cuando nadie lo hacía, sin un fajo de billetes de por medio —le dijo.

El profesor inspiró aire, conteniendo la respiración unos segundos. La tensión que se respiraba era tan densa, que pudiera haber sido cortada con tijeras.

—Sí, Galwyn. Te creí. ¡También creí que, en el inverosímil supuesto de que tuvieras razón, y que esa raza ancestral poseyera la tecnología de revertir el envejecimiento, yo también me beneficiaría de ello! —explotó Thaddeus.

—Por fin —susurró el joven—. Ya era hora de que lo soltaras.

—Pero también sé que no hubo tiempo para que compartieras tu hallazgo conmigo. ¡No me tomes por tonto! Sé muy bien que no fue tu culpa lo que sucedió a continuación, y que además, de todas maneras, ¡me salvaste la maldita vida!

Thaddeus dio un puñetazo en el suelo, haciendo caer las dos tazas de café sobre la bandeja. El líquido caliente se desparramó y resbaló sobre los tablones de madera. El profesor apretaba los dientes, presa de una furia contenida.

—Pero ahora me ves todos los días, ¿no es así? —preguntó el joven —. Me ves dar brincos, y correr de un lado para otro, cargado de energía.

—Maldito seas, Galwyn... —sollozó el profesor, incapaz de reprimir el torrente de lágrimas que acudió a su rostro.

Galwyn colocó su mano sobre el hombro de su compañero.

—Me hago cargo, amigo mío. Pero lo que sucedió, sucedió. ¿Qué sentido le encuentras a torturarte de esta manera? Eres un hombre joven. Estás en tus tempranos sesenta, Thaddeus. A ti te queda mucha vida por delante. Yo me encontraba en las puertas de la muerte —dijo Galwyn.

—Lo sé. Y me avergüenzo de sentir estas cosas. Estoy siendo injusto e infantil. ¡Y sí! Te he odiado —le dijo, clavando sus ojos húmedos cargados de ira, sobre los de él —Odio tu manera de moverte. Odio tu entusiasmo. Odio esa cara de cretino que tienes, y esa expresión de

«me voy a comer el mundo y a todos los que hay en él».

—Vaya. Sí que es grave —silbó Galwyn, apartándose el mechón de pelo que le caía sobre la cara.

—Eres insoportable —bufó Thaddeus.

Galwyn pasó su brazo sobre los hombros de él, haciendo algo inaudito: consolarle.

—Pues claro que lo soy. Y ahora es peor, porque soy un niñato insoportable. Nadie me respeta. Nadie me teme. Todos me miran raro, como si hubiera algo en mí que no cuadrase. ¿Crees que todo es maravilloso? Una bióloga de veintitantos años me acaba de mandar a buscar a algún adulto con el que poder hablar —dijo Galwyn, dibujando una sonrisa.

—Eso no me parece tan malo —suspiró Thaddeus, más calmado.

—Además, te estás olvidando de algo —comentó el joven.

—¿De qué?

—Ahora tenemos la prueba de que la tecnología existe, de que el mito era real. Tenemos muchos años para que tú también te conviertas en un mocoso empollón —afirmó.

—Jamás regresaremos a ese lugar. Todo quedó sepultado —le corrigió Thaddeus.

—Eso no lo sabes. ¿No ves lo que está pasando alrededor?

—Sí, es una maldita locura.

Thaddeus suspiró, esta vez con alivio.

«Perdóname, Galwyn. Es duro enfrentarse a las miserias de uno mismo, y tratar de salir indemne. Gracias» —le dijo Thaddeus.

El muchacho asintió con la cabeza y le dio una palmada en la espalda.

—Y ahora arriba. Es hora de empezar a arreglar nuestras pifias —le dijo, ofreciéndole la mano para levantarse.

Thaddeus asintió y tomó la mano del joven.

Tantas emociones empezaban a ser demasiadas para un simple mayordomo. Incluso si este mayordomo hubiese trabajado para el servicio secreto gisbóano en su juventud, acumulando no menos de treinta misiones de campo, y varias medallas. Incluso si hubiese sido contratado por el mayor emprendedor de la nación para ser sus ojos, oídos y lengua, y hubiese dedicado diez largos años a aconsejarle en sus empresas. Aconsejarle sobre qué persona era quien decía ser, quién ocultaba algo, o cual era la que directamente, mentía. Incluso con todo ello, lo que estaba pasando empezaba a ser demasiado para un simple mayordomo, por mucho que de simple tuviera muy poco.

Corso Welles se encontraba sentado en un taburete simple de

madera, tratando de encontrar cada uno de los desperfectos de su traje. Eran tantos, que, descorazonado, imaginó que acabaría vistiendo con un mono de marinero, o algo parecido, mucho antes de que todo aquello terminase.

—¿Se encuentra ya mejor? —le preguntó una voz femenina; la de la doctora Valeria Darmin, experta en medicina forense y enfermedades infecciosas, quien le había estado atendiendo con esmero desde que tuvo uso de razón tras el accidente.

—Más que bien, dadas las circunstancias —respondió él.

—El señor Crane me encargó específicamente que me ocupara de su persona. Ahora es usted la máxima autoridad en este barco, señor Welles, incluyendo a su capitán —explicó ella.

—Dudo que el resto estén de acuerdo con eso.

—Los pondré al corriente de inmediato. Como mano derecha del señor Crane, nadie objetará.

—Antes de contactar por radio deberíamos estar seguros de lo que sucede —arguyó el hombre.

—Mi propósito aquí es el de encontrar una cura para la enfermedad que aqueja a la tripulación de este buque. Para ello traigo muestras que podrían servirnos, pero necesitaré algún tiempo, y cotejar los trabajos de la *Polaris*. Mucho me temo que ahora, lo único que pueda hallar sean los testimonios de los supervivientes.

—Es cierto. Y encontrará que tales testimonios le servirán de muy poco.

—Estoy al corriente de lo que sucede. Antes de venir, pude sintetizar tres muestras de un suero creado a partir de anticuerpos de sujetos que supuestamente, manejaron y vencieron la enfermedad. No tuve tiempo de hacer más. Me gustaría que usted fuese el primero en recibir ese suero.

—¿No hay posibilidad de fabricar más? —preguntó Corso.

—No en estas circunstancias. Todo lo que tengo es una maleta con algo de instrumental bastante básico —respondió ella.

—No obstante, ¿Su suero es seguro? —indagó Welles.

—De no funcionar, será inocuo. Me encargué de ello —respondió, muy segura.

—Entonces debe ofrecerlo a quienes más lo necesiten.

—Pero el señor Crane... —comenzó a decir ella.

—El señor Crane toma sus propias decisiones, tal y como yo las mías. Comience por la señorita Sun, pues es la más perjudicada —sentenció el mayordomo.

—Muy bien, señor Welles. Así lo haré.

Las siguientes horas pasaron sumidas en una calma tensa, en la que la tripulación rescatada fue despertando y poniéndose al día. Se decretó la continuación de la cuarentena, que no fue tomada con

ninguna alegría por los presentes. Sobre Corso Welles recayó la responsabilidad de todas las decisiones, quien no ocultó ninguna información.

Los elegidos para recibir el suero experimental fueron Sun Anata, Lando Tirelian y Carson Stev, un ayudante de laboratorio que había interactuado con las muestras traídas de la *Polaris*.

Exceptuando la primera de la lista, el resto de la tripulación era asintomática o cursaba episodios de trastornos mentales leves que bien podían deberse al mismo estrés, con lo cual se decidió los otros dos receptores del suero, por medio del azar.

La sustancia experimental fue inoculada por vía intravenosa a los afectados, la tarde del día posterior al hundimiento del Antillas Luxor.

Aquel fue un día desasosegado en el que todos esperaban y temían ver en el horizonte una mancha negra sobre el océano, acercándose. Pero para alivio de todos, nada parecía anunciar tal evento.

Corso Welles contactó por radio con tierra, solicitando hablar con el señor Crane en persona. Tardó diez horas en recibir respuesta, pues el empresario había salido de viaje. Cuando, finalmente, su jefe respondió, se mostró muy preocupado por la situación.

—Señor, el suero no parece hacer nada en absoluto. Tras un día completo desde su inoculación, la señorita Anata continúa exactamente igual, y los otros dos sujetos no muestran cambio alguno. El resto de la tripulación, tanto los que fueron expuestos desde el primer momento hasta los más recientes, continúan en el mismo estado, incluido yo mismo —le explicó.

—Entendido, Corso. ¿Qué opina la doctora Darmin? —le preguntó, Antillas Crane.

—Aunque no quiere presuponer nada, cree que no se trata de nada infeccioso, o los síntomas de la tripulación entera ya se habrían hecho patentes. El hecho de que el suero no esté causando efecto alguno, reafirma esa suposición —le explicó el mayordomo.

—Tengo a control de enfermedades pegados al cuello, con este asunto— le dijo Crane.

—Me hago cargo. Sin embargo, el asunto del ecosistema en avance me parece más preocupante, dadas las circunstancias —adujo el señor Welles.

—La presidenta piensa enviar un buque de reconocimiento a la zona, y pretende alquilar uno de mis dirigibles para mapear la situación desde el aire. Me parece que todavía no toma más en serio esta situación que tomaría una plaga de langostas.

—Grave error, señor. Lo que quiera que sea eso, supone un verdadero peligro para la zona costera, si llega hasta allí —arguyó Corso.

—¿Qué hay del batiscafo, Corso? ¿Ha sobrevivido? —preguntó

Crane.

—Totalmente perdido. Regresó inutilizable de nuestra inmersión, y los intentos del señor Bane por arreglarlo fueron infructuosos. Me temo que sus restos yacen en el mismo lecho marino que acoge al Antillas Luxor —explicó Corso.

—Me apena, pero mejor que sean cosas que personas. Corso, te pediré que aguantes ahí unos días más, y serenes a la tripulación. En una semana sin cambios podría conseguir vuestro regreso, si me dais informes favorables.

—Muy bien, señor. Pese a que este barco es pequeño, tenemos provisiones suficientes para ese tiempo — asintió el mayordomo.

—Este asunto es un verdadero quebradero de cabeza, Corso —le dijo Crane.

—Si me permite sugerirle una cosa, señor, le diría que de hecho no es responsabilidad suya, ni de industrias Crane, resolver este tipo de entuertos. En cuanto la presidenta vea la magnitud del problema, será el ejército quien tome las riendas y a usted le dejarán a un lado, señor —dijo Corso Welles.

—No creé esta compañía tan solo para amasar dinero, Corso. Lo que este país y sus gentes me han ofrecido se lo devolveré de todas las maneras posibles —afirmó el empresario, a través del aparato de radio.

—Es un honor trabajar para usted, señor Crane —respondió el mayordomo, en su tono más flemático.

—El honor es mío, Corso. Mucha suerte —respondió el magnate, antes de concluir la conversación.

Tras anunciar la nueva situación, Corso Welles puso a la gente a trabajar en tareas diversas, para calmar los ánimos. Él sabía que las personas funcionan mejor si se encuentran ocupadas, aun en las cosas más triviales.

Ordenó redactar informes sobre la situación a todos los presentes, desde su punto de vista, y con todo lujo de detalles, con el objetivo de poder armar un dossier lo más completo posible para el señor Crane. Cuando se aburrían de escribir, debían colaborar en las tareas cotidianas del mantenimiento de la nave y sus recursos, sin excepción. La vigilancia exterior se realizaba por turnos rotatorios de dos personas simultáneamente. El temor al avance del ecosistema hostil les hacía a todos dormir en tensión, y agudizar sus sentidos durante las guardias en cubierta.

Cuando hubieron transcurrido tres días, la aeronave «Ánsar del mar», sobrevoló al «Rey del Gaulos», dejando caer un paquete con

víveres, objetos que algunos tripulantes habían solicitado a tierra, y unas cuantas comodidades.

En cubierta, Bastian, Thaddeus y Morn pudieron contemplar la pequeña figura de Kara Asher, saludando con efusividad. La joven mecánica les lanzó un beso desde las alturas y señas para que mirasen el paquete de suministros. Cuando al cabo de un rato fue abierto, encontraron un manual de acceso a la escuela de cadetes de Gisboa, en cuya contraportada habían escrito en letras rojas, «para que Bastian no se aburra». El joven al verlo sonrió, complacido por la inventiva de aquella chiquilla.

Esa misma tarde, el chico se encontraba en la cocina, pelando patatas para la cena junto a Ameria, su compañera de turno y desgracias. Sobre la mesa tenía el manual de Kara. El detalle le había hecho tanta gracia, y estaba tan aburrido, que pensaba leérselo todo.

—¿Piensas enrolarte como cadete? —le preguntó Ameria, para romper el hielo.

—No —respondió él, sin levantar la vista del cuaderno.

—Ya me parecía a mí, perteneciendo al círculo de Galwyn Caere —adujo la bióloga marina.

Aquello llamó la atención del muchacho, que dejó de leer y observó a aquella mujer con interés.

—Tan solo es amigo de mi tío —respondió él.

—Tengo entendido que es mucho más que eso para tu tío. Ambos eran uña y carne. Partieron juntos a la expedición de Pemrose, aun con toda la comunidad académica en su contra —comentó ella.

—Pareces saber mucho —respondió el muchacho.

—Bueno, digamos que el trabajo de Caere me interesó mucho en mis años de adolescente. Seguía la pista a una civilización perdida, de la que no podía probar nada salvo conjeturas basadas en mitos y leyendas. Me divertía mucho la controversia que creaba en la comunidad científica, y sus trabajos eran tan explosivos que me servían de lectura ligera por las noches —rio ella.

—No tan ligera, espero —rezongó el chico.

—Recuerdo que era mi ídolo. Era un señor muy mayor, incluso cuando yo era más joven que tú, pero parecía poseer una tenacidad tal, y tal empeño en demostrar sus teorías, que por mucho que pasasen los años, se resistía a morir.

—No lo conocí mucho —dijo Bastian.

—Es una pena. Esperaba que tú me hablases de él. Supongo que su desaparición se debe a que por fin ha llegado su hora. Tenía noventa y tantos años, creo.

—Había cumplido cien —explicó Bastian.

—¡Vaya! Cien años, ¿eh? ¿No te digo que ese señor era fantástico? ¿Quién aguantaría hacer espeleología y descenso de barrancos a esa

edad, y aun a mucho menos de esa edad?

—Bueno, no lo des por muerto —intervino el muchacho.

—¿Crees que sigue vivo? —preguntó Ameria, con entusiasmo.

—Estoy bastante seguro de ello —respondió Bastian, traspasándola con una mirada azul cobalto.

—Esa sí que sería buena; conocer al arqueólogo loco en persona —sonrió Ameria—. Estaría bien, muy bien.

—Eh... —protestó Bastian.

—No te ofendas, chico. Ese apodo no lo inventé yo. A menudo llaman insensatos a los decididos, temerarios a los valientes, y locos a los visionarios. ¿Quién lo entiende? —dijo Ameria, encogiéndose de hombros.

—¿Qué opinas tú de las teorías de Galwyn? —se interesó Bastian.

—Siempre he querido creer en lo imposible. ¿Templos perdidos? ¿Ciudades primigenias? Caray, claro que las creo...

«Él los denominó «Los Legados»; una antigua raza que presuntamente cohabitó durante generaciones con los pueblos más primitivos de Cosmos. Según explicaba en sus trabajos, las pistas de su existencia se encontraban en la urdimbre legendaria de cada pueblo conocido. Distintos nombres, distintas voces; considerados dioses por nuestros antepasados más remotos.

Poseían tecnologías tan avanzadas, que aun a nuestros ojos actuales nos parecerían obras mágicas. Mucho más a los ojos de pueblos que vivieron más de veinte mil años en el pasado».

Ameria hablaba con entusiasmo, con la mirada perdida, como rememorando un sueño.

—No parece tan descabellado —sonrió el muchacho.

—Para nada. Si el profesor Caere se hubiese detenido ahí, no habría pasado de «excéntrico» para la comunidad científica. Sin embargo, quiso superarse a sí mismo —explicó Ameria.

—¿Empezó con sus locuras?

—Empezó a relacionar a su legendaria raza con una ajena al propio planeta, ajena a Cosmos. Interpretó que era imposible que procediese del tronco común de nuestra evolución, y que por tanto debía proceder de otro lugar. Hablaba de poseer pruebas, pero de tenerlas, jamás las mostraba. Ahí es cuando empezaron a reírse de él —continuó ella.

—Hum —murmuró Bastian.

—Comenzó a obsesionarse con un lugar en concreto, un emplazamiento perdido que le daría todas las respuestas necesarias. Lo llamó «El Nexo de los mundos». Recuerdo aquella publicación como si fuese hoy, recuerdo haber gritado de emoción, y haber deseado pertenecer a su entorno, para que el profesor Galwyn me llevase en busca del *Nexo*. Imagínate... gloria, riquezas, conocimiento.

Menuda bomba para una jovenzuela pletórica de hormonas —Ameria hizo una pequeña pausa antes de continuar —. Después de eso perdió casi todas sus ayudas y prácticamente toda su credibilidad. Tan solo algunos acólitos le seguían, si bien sus trabajos siguieron siendo tristemente famosos, por causas de mofa y escarnio. Aquello no parecía importarle nada. Tan claras eran sus convicciones, que continuó publicando sus trabajos y teorías una y otra vez, ignorando las críticas.

Tardó quince años en armar su puzle interno, antes de organizar la expedición a Pemrose. Fue a buscar su *Nexo de los mundos* y regresó con vida. Lo que ahí pasó, quién lo sabe. A partir de entonces, Galwyn dejó de publicar, y poco después, desapareció».

—Parece una novela —dijo Bastian, sonriendo.

—Lo parece, ¿eh? Pagaría por saber qué sucedió en aquel lugar —comentó Ameria, soñando despierta.

El joven mantuvo el silencio durante unos largos segundos, escrutando a aquella mujer. Cuando éste se hizo muy pesado, y Ameria iba a comenzar a hablar de nuevo, Bastian la interrumpió y comenzó a narrar;

«Sucedieron muchas cosas. Largos trayectos por túneles y cavernas implacables. Escaleras en la profundidad, donde ningún hombre había pisado en veinte milenios. Portales que desafían las leyes de la física. Ciudades ignotas y antiquísimas. Un templo que se elevaba bajo la piedra, tras la protección de las efigies de Sune, de Aelas, de Baras y Coridonte. Un arca, que contenía los tesoros de cientos de pueblos, pueblos de este planeta, y de fuera de él. Tragedias, pérdidas, y miedo. Mucho miedo. Presencias, presencias terribles que amenazaban la cordura».

Bastian acabó de enumerar mientras miraba fijamente a Ameria a los ojos. Su mirada era como una espada que se clavaba en lo más hondo de su intelecto. Tras el flequillo plateado que le caía sobre la cara, sus ojos centelleaban con la chispa de quien ha conocido y visto, y está de vuelta de todo.

—¿Cómo... cómo sabes esas cosas? —preguntó ella, por fin.

—Escucho a mis mayores —explicó el muchacho.

—¿Todo eso sucedió? —preguntó Ameria, anonadada.

—Todo eso, y mucho más. ¿Quieres verlo? —preguntó Bastian, sonriendo con astucia.

—¿Cómo...?

—Observa.

El muchacho sostuvo su bolsa de viaje y, tras rebuscar en ella, sacó un cuaderno. Al abrirlo, crepitaron las hojas que separaban un conjunto de láminas. Había muchas, pero el chico las pasó todas de largo hasta llegar a una de ellas, la cual colocó delante de los ojos de

Ameria.

Era un dibujo a carboncillo, efectuado con muchísimo detalle, por una mano muy hábil. En él se podía ver una fabulosa ciudad enclavada en una gigantesca caverna, a los pies de una estructura ovalada y magnífica, precedida de un templo.

—La ciudad antigua. Y éste —dijo señalando el majestuoso templo —, éste es el «Nexo de los mundos».

—¿Qué? ¿Es posible? —preguntó la joven, más para ella misma que para su interlocutor.

—Este es el cuaderno de Galwyn Caere —le dijo él.

—¿Y lo tienes tú?

—Me lo encomendó antes de desaparecer —explicó el joven.

—Entonces lo conoces más de lo que admites.

—Solo por medio de mi tío. Supongo que pensaría que en mis manos estaría a salvo.

—¿Puedo verlo? —preguntó Ameria inmediatamente, alargando la mano.

—No —interrumpió él, guardándolo de repente.

—Discúlpame. No pretendía ser entrometida —susurró ella, con un deje de decepción.

—No lo eres, pero todavía no confío tanto en ti. Espero que no te moleste —explicó el joven, algo avergonzado por su tono.

—No me molesta. Ahora sé que tengo que ganarme tu confianza si quiero saber más —sonrió Ameria—. Supongo que he sido una maleducada. He preguntado mucho, pero yo no he dicho nada. ¿Quieres que te hable de mí?

Bastian se quedó mirándola sorprendido. Pese a su larga vida, todavía no poseía las herramientas para reconocer las reacciones de las personas. Y por lo que se veía, tampoco para predecir las suyas propias.

—Claro —se encontró diciéndole a aquella joven.

- Nombre: Thaddeus Shane
- Edad: 63
- Ocupación: Profesor y arqueólogo
- Origen: Auken
- Motivación: La erudición y la vida pacífica

Thaddeus es un hombre tranquilo y conciliador que reconoce el valor de las pequeñas cosas. Su entusiasmo por el estudio del pasado lo llevó a ser aprendiz primero y compañero después del controvertido Galwyn Caere. Aunque no comparte los métodos de su camarada, admira su talante y resolución lo suficiente como para seguirle en su última locura.

TIEMPO Y PALABRAS

Mar de Güeiss.
Océano Erseus.
Goleta Rey del Gaulos.

«Increíbles hazañas para un solo hombre.
Desearía haberlo conocido en vida,
¿todavía podré?
Dudo que nuestros caminos se crucen,
pero podría enseñarme tanto…».
Ameria Bane.

La mañana siguiente amaneció despejada. Sin un rastro de nubes, el sol iluminó, por primera vez desde hacía una semana, la cubierta del «Rey del Gaulos». Aquel interludio animó tanto a la tripulación que Corso Welles decretó el día como «festivo», ofreciéndose él mismo a ocuparse de las tareas cotidianas. Tras el primer examen médico del día de la doctora Darmin, los ocupantes de la goleta se dedicaron a distraerse.

Morn y Dersen montaron una timba de cartas en uno de los camarotes, invitando a participar a todo aquel que se atreviese. Marcus fue el primero en aceptar, y el primero en perder todo lo que había apostado. Hecho una furia, y dejando atrás las risas provenientes del camarote, decidió subir a cubierta a tomar el aire. Allí, se encontró con la imagen de su hermana encaramada a la barandilla del barco, con los pies colgando en el exterior. Iba en ropa interior, y Gilbert hablaba acaloradamente con ella. A sus pies, Rhea tomaba el espléndido sol de media mañana, ajena a todo lo demás.

—¿Qué sucede aquí, Ameria? ¿Qué demonios haces? —preguntó Marcus cuando llegó hasta ellos.

—Tu hermana no está bien de la cabeza. Pretende lanzarse al agua —protestó Gilbert, poniendo los ojos en blanco.

—Hola, hermanito. ¿Ya te han desplumado ahí abajo? —sonrió Ameria mientras se soltaba el pelo.

—Del todo. El maldito Lando es un mentiroso de lo más sibilino.

—Suponía que no durarías mucho —se carcajeó ella.

—Oye, no me cambies de tema. Déjate de tonterías y baja de ahí. No es momento para nadar —continuó Marcus.

—¿Cómo qué no? ¿Acaso no ves el mar en calma? ¿Y qué hay del sol de justicia que luce ahí arriba? Además, no voy a nadar. Voy a bucear —afirmó ella.

—Peor me lo pones —replicó su hermano — ¿Has olvidado ya las criaturas que serpentean por estas aguas?

—Si te refieres a esta época del año, diría que hablas de peces vivíparos como los Guppy, los Colas de espada, o los Barbos. Pirañas puede haber, sí, pero seamos justos; esos pequeños carnívoros tienen una mala fama totalmente inmerecida —explicó ella.

—Ameria, no me fastidies...

—¿Peces Discos, Gouramis, Aulonocaras? —siguió ella—. ¡Oh! Tal vez te estés refiriendo a los Bagres.

—Si no te tiras tú, te empujaré yo —amenazó Marcus.

—¡Marcus, no la animes! Parecéis críos —languideció Gilbert, gesticulando—. ¿Es que soy el único cuerdo de este grupo?

—Mucho me temo —afirmó Ameria.

—Así es —continuó Marcus.

—Desisto —farfulló Gilbert, resoplando—. Por favor, no te alejes de la escalera.

—No lo haré. Entiéndelo, Gil; todo es por la ciencia. Debo investigar si el ecosistema marino de esta latitud está comprometido.

—Seguro que es por eso —bufó Marcus.

Ameria le guiñó un ojo, y sin más, saltó por la barandilla del barco. Cuando volvió a emerger, sonrió ampliamente al sentirse libre en el agua. En ningún sitio se sentía mejor.

Saludó a sus compañeros y se zambulló en apnea, disciplina en la que tenía bastante práctica.

Nadando bajo las aguas, no tardó en encontrarse con bancos de pececillos de colores, que la recibían con su característico vaivén. Descendió cinco metros antes de descubrirse en medio de una familia de tortugas verdes, una especie adaptada para la vida en el mar. Alguno de los ejemplares era gigantesco. Al pasar a su lado, Ameria acarició el caparazón de una de ellas y sonrió.

Cuando regresaba a la superficie para respirar, tras varios minutos en apnea, cuál no fue su sorpresa al reconocer a un magnífico ejemplar de colisable, con su característica aleta caudal prolongada. Era de color verde brillante, y sus escamas refulgían bajo los rayos de sol.

Al verlo, Ameria supo que al menos en esa zona, el océano continuaba impoluto.

Bastian se encontraba sentado en la baranda de proa, contemplando el paisaje, y garabateando algo en su cuaderno. Cuando Thaddeus se acercó, el joven dejó de dibujar y saludó a su compañero.

—Buenos días. ¿Has dormido bien? —le preguntó el joven.

—Los gritos y carcajadas del camarote de al lado me han sacado de las mantas sin remedio. Hace un hermoso día —comentó el profesor.

—Sí, un poco de luz entre tanta oscuridad —respondió el muchacho.

En aquel momento Ameria regresaba al barco de su baño matutino, y Gilbert la ayudaba a subir el último tramo de la escalera de mano. Su hermano Marcus había conseguido en alguna parte una armónica y se dedicaba a tocar lo que sabía, animando la cubierta. Se vanagloriaba de que su perra, Rhea, era capaz de ladrar al final de cada estrofa. La joven, a su vez, se encontraba pletórica e, ignorante del hecho de estar empapada, narraba a sus amigos su aventura, contándoles con todo lujo de detalles, los tipos de peces que se había encontrado.

En un momento dado, Gilbert respondió protestando algo que Bastian no alcanzó a escuchar, ya que el joven, a diferencia de los demás, hablaba en tono muy bajito. Ameria gesticuló y le dio un largo abrazo, ante el cual Gilbert no tenía defensa alguna. Sin entender por qué, Bastian se puso muy tenso y sintió una punzada de fastidio.

—Bastian... eh... —le llamó Thaddeus, moviendo la mano.

—¿Qué? —respondió el joven, volviendo su mirada a su colega.

—¿Me estás escuchando? Te preguntaba si habías hablado ya con Corso Welles acerca de las noticias de tierra.

—¿Eh? No, todavía no. Puedes hacerlo tú, si quieres —le respondió, sin hacerle mucho caso.

—Es importante que sepamos qué planes tiene el señor Crane para nosotros —añadió el profesor.

—Marearnos, supongo —comentó Bastian.

—¿Por qué los miras tanto? —preguntó Thaddeus, señalando al grupo de la *Polaris*—. ¿Has hablado ya con esos científicos?

—Algo, pero nada relevante —respondió el muchacho.

Ameria reparó entonces en ellos, y los saludó con una sonrisa. Marcus la imitó, pero moviendo la cabeza y sin dejar de tocar la armónica, al ritmo de los ladridos de Rhea.

—Parecen buena gente. Deberíamos socializar un poco —afirmó el profesor.

—No tengo ganas de socializar. Ve tú, si gustas —respondió Bastian, algo molesto.

Thaddeus se encogió de hombros, incapaz de entender a su maestro tras tantos años. Cuando se dirigió a ellos, Bastian regresó a su cuaderno de dibujo.

El día siguiente comenzó con un solemne espectáculo. A cierta

distancia, pudieron ver pasar un flamante barco de la marina gisbóana, enarbolando la bandera del país. Se dirigía a la que habían bautizado como «zona P», acompañado desde el aire, por uno de los dirigibles de industrias Crane.

Corso asintió al comprobar que las especificaciones que su jefe le había dado se cumplían. Rezó internamente para que los marines obtuvieran mejores resultados que ellos, en ese asunto. Estaba deseando que todo aquello quedase como un mal sueño para dedicarse a sus mundanas tareas, a las cuales le había cogido cariño.

Perdiendo de vista a las naves, el mayordomo se dispuso a adjudicar los distintos turnos de la jornada. Cuando hubo terminado, encargó al afable Morn la tarea de comunicar sus puestos a cada tripulante. Con suma diligencia, el espeleólogo buscó uno por uno a sus compañeros y les asignó su cometido para el día entero. El último en asignar fue Dersen, quien se encontraba en cubierta, observando el océano.

—Derrsen, te toca la limpieza de los camarrotes —le anunció, sin más saludo.

—Tss, ¿Otra vez? ¿Quién me ayudará? —indagó el guardaespaldas, con fastidio.

—¡Un serrvidorr!

—Bueno, si no queda otro remedio. ¿Cuántos días más vamos a permanecer atrapados aquí?

—Necesidad es necesidad. Mejorr afrrontarr los prroblemas con buen ánimo —replicó el hombretón.

La pareja descendió a los camarotes. Tan solo quedaban dos heridos, contando a Sun, y dadas sus dolencias, no se sentirían molestados si trabajaban ahí.

—Oye Morn, ¿qué pintamos tú y yo aquí? Quiero decir, que el profesor lunático y su sobrino hayan venido es comprensible, pero ¿nosotros? —preguntó Dersen, mientras barría el compartimento.

—Vinimos porrque teníamos algo que decirr. Algo que aporrtarr. ¿Qué más motivos necesitas? —respondió el espeleólogo.

—¿Tú no tenías familia en Auken? —siguió el guardaespaldas.

—Clarro. Mi hija pequeña insistió en que vinierra. Quierre prresumir de padrre aventurrerro, jaja —replicó Morn.

—Hace más de un año que no veo a mis hijos. Mi ex-mujer se encargó de ello —dijo Dersen con amargura—. Me he propuesto amasar una pequeña fortuna para recuperarlos.

—Los niños no se rrecuperran con dinerro, Derrsen —replicó el espeleólogo.

—No hay nada que el dinero no pueda comprar, ¿entiendes? Nada.

— ¡Te equivocas! ¿Puedes comprrar con dinerro el cálido abrrazo de un amorr sincerro? —preguntó Morn, cruzándose de brazos.

—Sin duda.

—¡No serría muy sincerro, entonces!

—Depende de la cantidad de dinero de la que hablemos —resopló el guardaespaldas.

—¿Podrrías comprrarr el airre que rrespiras? —continuó el espeleólogo.

—Si se vendiese, con toda seguridad podría.

—¿Y qué hay de tu salud y forrtaleza?

—A mi disposición tendría los mejores médicos y entrenadores. Pónmelo más difícil, anda.

—Humph —resopló el hombre— ¿Podrrás comprrarr con dinerro el orrgullo de haberr vivido con dignidad, en tu lecho de muerrte?

—Si la dignidad me lleva a morir en la pobreza, prefiero usar ese dinero para comprar cosas más útiles. ¿Quieres comprar mi dignidad? Te la vendo.

— ¡Erres imposible!

—Y tú demasiado ingenuo para ser tan grande —respondió Dersen, bufando.

Una risa amortiguada llegó hasta los oídos de los dos compañeros. Morn se disponía a continuar el debate, pero Dersen levantó su mano para que callase.

El guardaespaldas salió del camarote con sigilo y se dirigió al origen de aquel sonido, seguido de cerca por un dubitativo Morn. Dos personas hablaban entre ellas en el interior del cuarto de la limpieza, con la puerta semiabierta.

—Vaya, vaya, mira a quién tenemos ahí —susurró el hombre a su compañero, dibujando media sonrisa en su rostro.

—Es Ga.... —empezó a decir Morn, quien enseguida se corrigió a sí mismo—, ¡es gasto de tiempo estarr espiando a la gente!

En el interior del pequeño cuarto, Bastian y Ameria charlaban sobre algún tema que debía ser muy interesante, porque no paraban de interrumpirse mutuamente. Estaban sentados en el suelo, rodeados de papeles.

—Nuestro pequeño Bastian apunta a la más guapa de baile ¿Eh? Me parece que ese mocoso está a punto de llevarse la primera gran decepción de su vida —rio Dersen.

—Son dos colegas hablando sobre errudición. Y nosotrros no deberríamos estarr aquí.

—Sobre erudición, sí. ¿Seguro que es la palabra que buscabas, mi buen Morn?

—Porr Corridonte, la bestia magnífica, que erres completamente imposible —rezongó el espeleólogo, dando media vuelta y regresando a sus tareas.

—Te falta pelo en pecho, muchacho, para conseguir a una hembra

como esa —rio para sí, el guardaespaldas.

Ameria suspiró, tratando de organizar sus ideas. Aquel chico parecía ser una fuente inagotable de conocimientos, y por contra a lo que había admitido en primer lugar, sabía mucho sobre Galwyn y su trabajo. Es más, estaba segura de que era un fan más entusiasta que ella misma.

Cuanto más charlaba con él, más extraño le parecía. No es solo que fuese mucho más maduro que lo que a su edad correspondía, sino que ostentaba una seguridad en sí mismo muy poco usual en la adolescencia. Era carismático, decidido y vehemente. Ameria supo rápidamente que el chico llegaría muy lejos en la vida.

—¿Tu curiosidad se ha visto satisfecha, Ameria Bane? —preguntó Bastian, apartando un rollo de papel en el cual había dibujado toda una línea cronológica.

—Creo que sí, por ahora. Desconocía el trabajo de Caere sobre la mítica Iridia. Es fascinante. Sin embargo, me parece muy extraño que tú me estés instruyendo a mí. ¿No debería ser al revés? —comentó Ameria.

—¿Por qué? Nadie es capaz de saberlo todo.

—¿Te interesa la biología, Bastian? —le preguntó ella, pensativa.

—No existe saber que no me interese —respondió él.

—Podría enseñarte a distinguir un gran número de especies de los arrecifes de Nhem. Como pago por tus molestias —sonrió ella.

—De hecho, posees otro talento que me interesa más —afirmó el chico, apoyándose en la pared de la sala y cruzando las piernas.

—¿Sí? ¿Y cuál es? —preguntó ella, intrigada.

—Ayer te vi bucear durante dos minutos y medio, y me pareció asombroso.

—Oh, eso. Es fácil de conseguir, con práctica. Pero no estoy segura de que pueda enseñarte, al menos ahora.

—¿Y eso por qué? —preguntó Bastian, mostrando una mueca de disgusto.

—Por la situación en la que nos encontramos. Tendrías que conseguir el permiso de tu tío, y aun así me parece arriesgado —explicó ella.

—¿Qué edad tienes, Ameria? —le preguntó él, de sopetón.

La joven pareció sorprendida y molesta a partes iguales.

—Acabo de cumplir los treinta —respondió.

—Eres una niña todavía —dijo el chico, cruzando sus brazos por detrás de su nuca.

—Que tú me digas eso...

—No te ofendas, Ameria. Trataba de ser un cumplido. Lo cierto es que nunca he sabido muy bien cómo tratar con las mujeres —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Nunca? —rio ella —. Caray, Bastian, ¿De dónde sales tú?

—Me temo que esa historia sí que sería larga de contar. De todos modos, me gustaría que supieras que nada de lo que digo pretende contrariarte. Me pareces una persona excepcional —explicó el muchacho.

—Oh... gracias —respondió ella, sin saber qué decir.

—Es mejor que lo dejemos por hoy. Señorita Bane, ahora ya puedo confiar en ti. Puedes devolvérmelo por la mañana.

El joven sacó el cuaderno de dibujos y se lo entregó. Después, y con un gesto cortés de despedida, se levantó, y se retiró de la estancia.

Aquella misma noche, cuando la mayoría de la tripulación dormía, la luz de un candil ardía en la esquina del camarote. No era lo suficientemente fuerte como para molestar a los presentes, pero alumbraba el cuaderno que la joven bióloga sostenía sobre su regazo.

Se sentía como un explorador a punto de entrar en el templo perdido. El cuaderno del mismísimo Galwyn Caere se encontraba en sus manos. Ni los ronquidos de Morn, ni el vaivén del barco sacudido por las olas, eran capaces de interrumpir la magia del momento.

Lo abrió con cuidado por la primera lámina. Se trataba de un dibujo casi perfecto de la universidad de Auken, rodeada de una frondosa vegetación.

La siguiente lámina mostraba una biblioteca llena de estantes, repletos de montañas de libros. Las que seguían a ésta, representaban dibujos de utensilios prehistóricos, objetos y enseres ordenados por diferentes culturas y civilizaciones.

Cada vez que Ameria pasaba una lámina, podía imaginar la vida del anciano profesor. Dado que se trataba de un excelente dibujante, ni siquiera requería de demasiada inventiva para visualizar los que hubieran sido sus intereses y deseos. Había dibujos de lugares a los que había viajado, paisajes que había encontrado y algunas personas que habrían significado algo para él. El mismo Thaddeus estaba representado varias veces, en distintos momentos.

Hacia el final del cuaderno, todas las láminas representaban momentos de la expedición de Pemrose. Su habilidad para captar la esencia de lo que estaba pasando la sobrecogía. Podía sentirse a sí misma descendiendo por aquellas largas escaleras en la oscuridad. Podía sentir el frío de la gigantesca caverna. Podía imaginarse sobre aquella plataforma, contemplando la ciudad subterránea de los

antiguos dioses.

Continuó su aventura, llegando a una lámina que representaba una sala, donde el profesor se había dibujado a sí mismo, bebiendo de una especie de altar. La siguiente, sin embargo, mostraba algo muy distinto.

Presa de una emoción contenida, Ameria contempló un carboncillo que representaba una enorme plataforma, rodeada por extrañas puertas. En su centro, se levantaba un objeto; un objeto negro y cilíndrico que se suspendía en el aire.

—¿Qué demonios? —dijo ella, abriendo mucho los ojos—. ¡Yo he visto eso!

Ameria buscó con la mirada a Bastian, quien dormía plácidamente al otro extremo del camarote. Su primer instinto fue el de correr hacia él y despertarlo, para interrogarle sobre esa lámina en cuestión. Sin embargo, supo controlarse, convenciéndose de que nada más levantarse sería lo primero que haría. Quizás el chico no supiera gran cosa de todo aquello, pero estaba segura de que hablaría con Thaddeus sobre el asunto.

De repente se sentía agitada y nerviosa, y supo que no le sería fácil conciliar el sueño. Resoplando, abrió las tres láminas que quedaban. La primera, mostraba la plaza de la concordia de la ciudad de Gisboa. La segunda, era un bonito dibujo de un dirigible surcando los cielos.

La tercera la dejó sin habla de nuevo.

Delante de ella, contempló un extraordinariamente detallado carboncillo de ella misma, Ameria Bane. Se encontraba representada sentada en la barandilla del «Rey del Gaulos», observando al horizonte con la mirada perdida. Su expresión serena y soñadora había sido captada a la perfección.

Ameria volvió a mirar a Bastian, antes de regresar al dibujo; el dibujo más hermoso que hubiera visto nunca.

Aquel cuaderno era una caja de sorpresas. El muchacho no lo era menos.

La mañana del séptimo día comenzó con la esperada llamada por radio del señor Crane. Welles se puso al aparato, ilusionado por la idea de volver a tierra.

—Aquí Corso, desde el «Rey del Gaulos». Buenos días, base tierra —saludó el flemático mayordomo.

—Saludos, Corso —respondió Antillas Crane—. ¿Va todo bien a bordo?

—Perfectamente señor. La tripulación se somete a dos exámenes médicos por día, y no se han detectado cambios que no sean a mejor.

—¿La convivencia es aceptable? —preguntó Crane.

—Podría decir que más que eso, señor. Una semana sin incidentes ha conseguido calmar los ánimos de todo el mundo.

—Bien. Os enviaremos suministros mañana mismo. Si necesitáis algo concreto, es el momento de decirlo —anunció el magnate.

—Presupongo que nos quedaremos más tiempo, entonces —afirmó el mayordomo.

—Así es. He hablado con el coronel Mallow, que se encarga de la misión que han denominado «*Polaris*». La presidenta ha delegado en él el control de la situación.

—Robert —masculló Corso—. La presidenta podría haber elegido mejor.

—En cualquier caso, Mallow ha decidido que os quedaréis ahí hasta que ellos mismos regresen, momento en el cual os uniréis al ejército y seguiréis su protocolo de desembarco en tierra.

—Muy bien, señor. ¿Puedo saber cómo se encuentra el panorama?

—La mancha invasiva se extiende milla y media de diámetro en todas las direcciones, desde las coordenadas de Ápalos. Nuestro dirigible pudo mapear la superficie marina desde el aire en su primera visita. Ahora les está resultando más difícil, pues una densa niebla ha empezado a cubrir las capas bajas.

—Señor, en este barco se encuentran algunos de los mejores expertos que tenemos hoy en día. ¿No sería mejor darles algún cometido?

—Tengo las manos atadas. Robert Mallow ha reunido a su propio equipo y no quiere saber nada de nosotros. Tal y como me previste, tratan de dejarme fuera.

—Me parece que esa tarea les va a resultar ardua —comentó Welles.

—Buen trabajo, Corso. Continúa como hasta ahora. Cierro comunicación —se despidió Crane.

El mayordomo suspiró. En el fondo ya sabía que no iba a resultar tan sencillo, así que se dispuso a dar las malas noticias a la tripulación.

Los días se hacían muy largos cuando cierta cantidad de personas se veían obligadas a convivir en una superficie tan reducida como lo era un barco. A esas alturas, todos conocían a todos, y algunos de ellos incluso habían trabado amistad.

Thaddeus había pedido permiso para ocupar uno de los dos camarotes en privacidad, aquella tarde. La reunión que había planeado incluía a su grupo original y a nadie más. Cuando Morn,

Dersen y Bastian se acomodaron en la sala, el hombre carraspeó antes de hablar.

—Os he reunido para que charlemos —dijo, simplemente.

—¿Para que charlemos? Pues veamos, ayer la comida fue un asco, y es que no se puede dejar cocinar al crío... —comenzó Dersen.

—No de eso —le interrumpió Thaddeus, desplegando un mapa sobre el suelo. Era un mapa del continente.

—Mi comida estaba decente —protestó Bastian—. Nadie se quejó.

—Porque son educados —replicó el guardaespaldas.

—Veamos. Nos encontramos aquí —dijo señalando un punto de la costa de Nhem—. La fosa de Ápalos se encuentra a cinco millas marinas desde nuestra posición actual.

Thaddeus sacó un compás y trazó un círculo con su centro en la fosa.

«El ecosistema invasor se ha extendido más de una milla desde su epicentro, si entendemos por éste, el emplazamiento del artefacto que mencionó el señor Crane. En su avance ha engullido a la estación *Polaris* completamente».

—Y continúa avanzando, ¿Hacia dónde? —intervino Morn.

—La costa se encuentra tan solo a veinte millas marinas —intervino Dersen.

—Así es. Ahora veamos. Todos los aquí presentes recuerdan el emplazamiento del artefacto de Pemrose —dijo Thaddeus—. Todos menos Bastian, claro está. Añado que todo esto es presunto, pues el emplazamiento real podría encontrarse en cualquier lugar, dado que a la ciudad antigua accedimos y escapamos por medio de puertas dimensionales.

—Hasta donde yo sé, podían ser puertas normales algo mareantes, profesor. La teoría de que cruzaban dimensiones era del viejo —adujo Dersen.

—Cualquier cosa podría ser cierta. Pero vamos a tomar por un momento la referencia de Pemrose y aceptar que físicamente, el artefacto se encontraba en esas latitudes —comentó Thaddeus.

—Se encontrrarría aquí, más o menos— dijo Morn, señalando una zona montañosa del país de Mithra.

Thaddeus trazó una unión entre los dos emplazamientos con ayuda de una regla.

—¿Qué distancia real habrá entre ellos? —indagó Thaddeus.

—Varios miles de millas —respondió Dersen —Se encuentran en países diferentes.

—Las demarcaciones fronterizas no son relevantes. Cuando los artefactos fueron construidos, no existía ninguna de las naciones actuales —explicó Thaddeus.

—¿A dónde quieres llegar, Thaddeus? —preguntó Bastian.

—Intento entender la posible relación entre los dos sucesos. ¿Qué pensáis que tienen en común?

—Lo prrimerro que se me ocurre es que estaban muy bien enterrados —dijo Morn.

—Es verdad. El que nosotros encontramos se hallaba sepultado por millas de piedra y tierra, y el de Ápalos, en una fosa abisal oceánica —asintió Thaddeus.

—Alguien se tomó muchas molestias para que no fuesen descubiertos —dijo el guardaespaldas.

—Lo cual determina su importancia. ¿Qué más? —continuó Thaddeus.

—¿Debemos inferir que ambos datan de la misma época? Es una suposición —comentó Bastian.

—Bastante plausible —determinó Thaddeus.

—Creo que nos está faltando algo —dijo Bastian, de repente.

—Nos faltan muchas cosas, chico —añadió el guardaespaldas.

—Bueno, yo me refiero a que nos faltan personas. Los testigos presenciales de lo sucedido en la estación *Polaris IV*. ¿Por qué no se encuentran en esta reunión secreta tuya, Thaddeus? —preguntó el muchacho.

—Pensé que sería mejor hablar antes entre nosotros —explicó el profesor.

—Pues trabajamos con datos incompletos. Ya es hora de que pongamos este asunto en común, ¿no crees?

Thaddeus asintió, no viendo inconveniente.

—Guardaespaldas, ve y llámales —ordenó Bastian a Dersen.

—Ve tú mismo, chaval. No estoy a tus órdenes —respondió él. Aquella respuesta dejó a Bastian algo sorprendido.

—Es verdad. No estás a mis órdenes. Iba a preguntarme por qué, pero acabo de caer en la cuenta de que ya no te necesito —dijo el muchacho, más para sí mismo que para el propio Dersen.

Bastian se levantó y salió del camarote. No le costó trabajo encontrar a Corso Welles, a quien invitó a dirigirse a la reunión. Poco después interceptó a Marcus y a Gilbert, que pasaban su tiempo en la cocina. Cuando les preguntó por Ameria, le indicaron que se encontraba en cubierta. Y es que, en un barco, no había muchos rincones en los que esconderse.

Al salir al exterior, se dio cuenta inmediatamente de que se aproximaba una tormenta. Ya lo había sentido, con los fuertes bandazos que daba el barco al ser golpeado por el oleaje, pero en cubierta era latente. Un fuerte viento azotaba los mástiles y sacudía los aparejos. Los hombres de la tripulación trabajaban junto al capitán para proteger el barco.

Ameria se encontraba sentada en los jardines de popa, apoyada

bajo la toldilla. Mientras Bastian se acercaba a ella, notó que empezaba a llover levemente.

La joven, cuya mirada se encontraba perdida en la distancia, se sorprendió y casi asustó al ver llegar al muchacho, con su cabello y su capa ondeando al viento tormentoso.

Bastian se arrodilló a su lado, mientras las gotas empezaban a caer sobre ellos.

—Hola —le dijo él, simplemente, dibujando sin querer una sonrisa en su cara.

—Hola —respondió ella, sonriendo también.

—Se aproxima una tormenta. Puede ser peligroso estar aquí —le dijo el chico.

—Me encantan las tormentas. Me encanta ver su fuerza desplegada. ¿Lo notas? Mira —dijo ella, mostrándole el vello erizado de su brazo.

—Ya veo. ¿Puedo acompañarte? —preguntó el muchacho.

—Claro. ¿Me buscabas para algo, Bastian?

—Sí, pero puede esperar —respondió él, sentándose a su lado.

En ese momento, un tremendo trueno partió en dos el cielo. El sonido retumbó alrededor como una locura. Los gritos de los marineros que se afanaban en su trabajo se acentuaron. Ameria también gritó junto a aquel trueno, de puro entusiasmo, incorporándose de rodillas. El agua no tardó ni dos segundos en caer en tromba.

Bastian soltó el broche de su capa blanca y plateada y se la colocó sobre los hombros a ella. La joven, sorprendida, sostuvo la prenda sobre sí mientras el muchacho le subía la capucha.

—Adoras las tormentas, pero no hay razón para que te mojes —explicó él.

—¿Y qué pasa contigo? —preguntó ella.

—¿Sabes? Tu entusiasmo es contagioso —dijo Bastian, sin responder a su pregunta—. ¿Has visto ese relámpago?

—Guau —expresó la joven, mientras contemplaba la magnífica descarga eléctrica surcando los cielos.

Uno de los marineros se acercó a ellos, porque tenía que trabajar en el palo de mesana.

—¡Eh! ¿Qué hacéis aquí? Poneos a cubierto —ordenó el hombre.

—Estamos bien —respondió Bastian.

—Si caéis al agua no pienso saltar a buscaros —arguyó el marinero mientras ataba con fuerza el cabo de la vela de mesana.

—Bastian, he visto el cuaderno de Galwyn —dijo Ameria, tras unos momentos.

—¿Te ha gustado? —preguntó él.

—El profesor te enseñó a dibujar, ¿verdad? Tienes su misma técnica.

—Sí —respondió Bastian escuetamente.

—Quiero decir que tienes exactamente su misma técnica. Es asombroso —comentó ella.

—No es gran cosa —declaró él.

—¿Qué no? No he visto nada más bonito, pero ¿por qué me dibujaste a mí? —preguntó directamente.

—Hay dos únicos motivos para dibujar algo. Se dibuja lo que es importante, o lo que simplemente es hermoso —respondió él, volviendo su mirada hacia la tormenta.

Ameria lo observó largamente, sin añadir nada. La lluvia lo había empapado completamente, y su melena plateada se le pegaba a la cara. Toda su ropa chorreaba agua, pero si estaba pasando frío o molestia, no daba ninguna señal de ello. La joven se dio cuenta de que el muchacho era realmente atractivo. Pese a ser tan joven ya era más alto que ella, y poseía la belleza fresca de la juventud, unida a un porte adulto que no entendía de dónde salía. Se figuró que tendría mucho éxito entre las chicas de su academia.

En ese momento, una ola rompió contra la cubierta y los cubrió completamente, lanzándolos contra la barandilla de babor. Cuando se levantaron gateando, estaban completamente empapados.

—¿Estás bien? —preguntó él, ayudándola a incorporarse.

—Sí. ¡Menudo golpe! —gritó ella.

La bióloga rompió a reír, y el chico se contagió rápidamente. El barco se bamboleaba con fuerza, haciendo que sus intentos por incorporarse se fueran al traste cada vez.

—Quizás deberíamos guarecernos —sugirió ella, gritando—. Está claro que la tormenta está arreciando.

—Sería mejor —asintió él.

La pareja consiguió gatear hasta el castillo de proa, y abrió la puerta, no sin dificultad.

Una vez dentro, ambos se dieron cuenta de la imagen tan cómica que lucían, y se empezaron a reír de nuevo.

—No sé qué os hace tanta gracia. Esta tormenta es todo un peligro —sentenció una voz, a su lado.

—Lando —saludó la joven, al darse cuenta de que era su compañero, mientras escurría su cabello.

—Ameria, ¿Qué demonios hacías ahí? ¿Ponerte en peligro innecesariamente? —protestó el hombre, con un poco disimulado enfado.

—Por lo visto, hacer que te preocuparas —intervino Bastian—. Y ahora si nos disculpas...

El muchacho tomó la mano de Ameria y la condujo escaleras abajo, camino a los camarotes. Una vez allí, al darse cuenta de que todavía sostenía el agarre, la soltó de inmediato.

—Perdona. Imaginé que nos iba a caer una reprimenda, y no tenía ganas de argumentar —explicó el muchacho.

—Me has salvado —rio ella—. No sabes lo serio que puede ser Lando. Bueno, creo que deberíamos cambiarnos de ropa, ¿No crees?

—Espera. Fui a buscarte por algo —interrumpió Bastian—. Hay una reunión.

—¿Una reunión? ¿De qué? —preguntó ella.

—Idea de mi tío. Para tratar la conexión entre los dos artefactos encontrados.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? ¡Eso es lo que se me olvidaba comentarte! ¡La lámina del profesor Caere! Debo acudir a esa reunión. ¿Cuándo empezará? —inquirió Ameria.

—Creo que hace más de una hora —respondió Bastian, encogiéndose de hombros.

—Maldición.

LA TORMENTA QUE CRECE

Mar de Güeiss.
Océano Erseus.
Goleta Rey del Gaulos.

«A veces la tormenta arrecia,
inclemente y avasalladora,
doblegando todo a su paso.
Recuerdo muy bien varias de ellas
azotando como furia del océano,
en aquellos días».

Galwyn Caere.

El grupo se encontraba debatiendo sobre los sucesos acaecidos en sendas expediciones. Marcus había relatado, con ayuda del señor Welles, su casi fatídica inmersión en el batiscafo «Safari Crane». La narración había captado casi tanto interés como la que había hecho Thaddeus de su viaje a las entrañas de la tierra, y múltiples exclamaciones de asombro habían sido proferidas, por unos y otros.

Llevaban más de una hora hablando sin parar, cuando la puerta del camarote se abrió. A través de ella, cruzaron dos figuras empapadas, las de Ameria y Bastian.

—Mis disculpas por la tardanza —exclamó ella a modo de saludo.

—Estamos inmersos en una fuerte tormenta —añadió Bastian, quien entró como si tal cosa, chapoteando. Cruzó delante de todos, ignorando deliberadamente sus miradas, y buscó en su hatillo unas prendas secas. Acto seguido se las entregó a la bióloga.

—Ahora mismo regreso. Tengo que ponerme al día —dijo ella, saliendo del camarote.

—¿Y tú no te cambias? —le preguntó Dersen, con sorna.

—Claro que sí. No pienso pillar una pulmonía —contestó con tranquilidad, mientras se despojaba de su traje mojado delante de todos y se embutía una de sus ropas de cambio.

—Bastian, ¿Te has perdido en un barco de cincuenta metros? —preguntó Thaddeus.

—Algo parecido —admitió él, sacudiéndose el pelo—. Y bien, caballeros. ¿Qué temas se han tratado?

—Todos —espetó el profesor Shane.

—Bueno, pues por deferencia a la señorita, volverán a tratarse —afirmó él.

—No somos tus sirvientes, Bastian —contestó Thaddeus,

enfatizando el nombre de «Bastian».

—No hay problema. Volveremos a los puntos importantes. Es cierto que Ameria no los ha escuchado —intervino Gilbert.

—Aprecio tu altruismo —le contestó el muchacho—. Me gustaría conocer tu papel en esta historia. Gilbert ¿Verdad?

—Así me llamo —respondió él, con timidez.

—No te dejes apabullar por este crío, Gilbert. Tiene aires de grandeza —se carcajeó Dersen.

—Lamento que mi presencia te intimide, guardaespaldas —respondió el joven, con sorna.

—Calma. Haya calma —interrumpió Thaddeus.

En aquel momento entró Ameria Bane, sentándose junto a su hermano y cogiéndolo del brazo. Mientras el grupo hablaba y debatía, se acercó a su oreja.

—¿Cosas interesantes? —le preguntó, en un susurro.

—Puf. Ni te lo imaginas. Cuando escuches lo que esos tipos tienen que decir, vas a querer gritar —le respondió Marcus, en voz baja.

—Estupendo —sonrió ella.

—Oye —continuó su hermano, en el mismo tono—. ¿Qué asuntos te traes con el chico del profesor?

—¿Asuntos? —preguntó ella, sorprendida y un poco avergonzada —. No sé a qué te refieres.

—Siempre que te veo, andas con ese muchacho. ¿Le has cogido de aprendiz?

Ameria desvió su mirada hacia Bastian, que se encontraba sentado con las piernas cruzadas, en el mismo instante en el que él buscaba la de ella. Sus ojos se encontraron unos segundos, en los que ninguno de los dos apartó la mirada. El muchacho dibujó media sonrisa de complicidad, antes de volverse hacia sus mayores. La joven sonrió, sin poder evitarlo.

—Es un buen chico —respondió a su hermano, quien la observó levantando una ceja.

«Dos artefactos de manufactura desconocida, que se encuentran en las entrañas del planeta, probablemente colocados en esos lugares para que nadie los encontrase durante milenios. Ambos parecen desplegar un campo energético, u onda, que afecta irreversiblemente a su entorno más inmediato, modificándolo. A su alrededor se aprecian extrañas especies biológicas y geológicas, que surgen como atraídas por su influjo. Todo parece cambiar, replegarse y distorsionarse a su vera.

Tenemos constancia de la activación del primero, diez meses atrás, pues fuimos nosotros mismos quienes, por fortuna o desgracia, lo accionamos de alguna manera. Sobre el segundo ahora sabemos que se encuentra igualmente activo, pero desconocemos cuánto tiempo lleva

en ese estado.

Ambos poseen un campo de fuerza y se encuentran en suspensión, lo que indica que se trata de una tecnología extraordinariamente avanzada».

Thaddeus realizó el resumen después de que volviesen a ser narradas las historias, más para organizarse él mismo mentalmente, que por otra cosa.

—Entonces, ¿pensáis que, de alguna manera ambos artefactos forman parte del mismo mecanismo, y que fuisteis vosotros quienes lo activasteis? —preguntó Ameria.

—Es una mera suposición. Igualmente podría ser que nada tuvieran que ver entre ellos, o que estemos sacando las cosas de contexto —respondió Thaddeus.

—El profesor Galwyn creía que los prodigios que hallasteis en Pemrose pertenecían a una raza ancestral, llamada «Los Legados» —explicó Ameria—. Tal vez estos sean sus vestigios.

—Lo dudo —la interrumpió Bastian—. Los cilindros a los que os referís no se parecen en nada a la tecnología de «Los Legados».

—¿Cómo que no? —pregunto Thaddeus, anonadado por la repentina contradicción de su maestro.

—Haced memoria. El cilindro no se encontraba a plena vista. Se hallaba protegido por un receptáculo sellado en forma piramidal que impedía su acceso. No fue hasta que éste fue abierto, que el mecanismo se suspendió en el aire y se activó —explicó él.

—¿Y qué? Eso me parece más bien un sistema de seguridad —intervino Marcus.

—Exacto. ¿Y para qué sirven los sistemas de seguridad? —preguntó Bastian, a su audiencia.

—Parra prrotegerr —contestó Morn, con convicción.

—Eso es, mi buen Morn —dijo Bastian, levantándose—. Para proteger, o para protegerse.

«Ahora pensad un momento. ¿Qué otra cosa tienen en común ambos relatos? Los episodios de trastorno cognitivo y de la percepción ¿No es así? Baste para demostrar esta teoría, el caso de la profesora Sun Anata, o el del fallecido Dave, sobre quién me habéis contado, perdió completamente la cordura. Bien, en la expedición de Pemrose, también hubo un joven, Robert Kent, que enloqueció hasta el punto de volverse agresivo. Y no fue el único caso. Todos los integrantes sufrieron episodios, más o menos importantes de este tipo de demencia.

Se mencionaron voces en la cabeza. Llamadas a realizar acciones. La más insistente de ellas impelía a los pocos miembros de la expedición, todavía con vida, a abrir aquel receptáculo contenedor. En esos momentos, el mecanismo no había sido activado, y, sin embargo,

la locura embriagaba a todos los presentes, hasta el punto de no poder resistir su influjo. Hasta el punto de suicidarse».

Todo esto lo explicó Bastian, mientras caminaba por el camarote.

—¿Tratas de decir que esos «ataques mentales», provenían del artefacto que había dentro del receptáculo? —indagó Ameria.

—Exacto. El contenedor no se abrió hasta que el profesor acercó su brazalete; el mismo brazalete que interactuaba con toda la tecnología del templo —siguió Bastian.

—Con lo cual, ese contenedor pertenecía a «Los Legados». Era el sistema de seguridad que impedía que el cilindro se activara —resolvió la bióloga, con entusiasmo.

—Eso es —asintió Bastian, orgulloso.

—Algo no me cuadrra —intervino Morn—. ¿Quién te dice que el cilindrro no fuerra también una de sus tecnologías? Tal vez un mal experrimento, incluso.

—Buen punto, Morn. Y aquí, ya entramos en el plano meramente especulativo. Tu teoría podría ser tan factible como la mía. No tengo manera de refutarla.

—¿Y de qué nos sirve todo esto? —masculló Dersen, que empezaba a aburrirse mucho.

—De todo. Incluso nuestro destino actual podría tener que ver con estos términos —aclaró Bastian.

—Ilústrame, listillo.

—Sabemos que existen dos artefactos, y que ambos se encuentran funcionando. ¿Debemos suponer que son los únicos? —dijo Bastian, lanzando la pregunta al aire.

—¿Insinúas que puede haber más? —preguntó Marcus.

—Es más plausible que siendo dos, haya más, que lo contrario —asintió el muchacho—. Desde luego, no hay manera de saberlo, pero qué gran casualidad sería que hayamos encontrado los dos grandes vestigios de la antigüedad, prácticamente al mismo tiempo.

—¿Y a qué número te refieres? —preguntó Thaddeus, enarcando una ceja.

—¿Cómo podría saberlo? No soy adivino —respondió Bastian, encogiendo sus hombros.

La sala se sumió en un momentáneo silencio, en el que todos estaban masticando las palabras del joven, y digiriendo sus posibles implicaciones. La tormenta en el exterior había amainado, y la goleta recibía un momentáneo descanso de tanta sacudida.

—Bueno, y ahorra lanzarré la prregunta más imporrtante de la noche —anunció Morn—. ¿Qué podemos hacerr nosotrros?

Bastian se quedó pensando unos segundos, acariciándose la barbilla.

—Creo que habría que intentar desactivarlos —dijo por fin.

—Imposible —negó Thaddeus, con plena convicción—. Es imposible y tú lo sabes. Ni a un lugar ni a otro se puede acceder de modo alguno, a estas alturas. La cueva se derrumbó completamente.

—Y no poseemos otro batiscafo para volver a Ápalos. Y aunque lo pudiéramos fabricar, escasamente sería suficiente. Casi morimos ahí abajo porque ese trasto no estaba preparado —explicó Marcus.

—Lo sé. No estoy hablando de volver —dijo Bastian.

—Estás hablando de encontrar el tercero en discordia —sonrió Ameria con picardía, leyendo sus pensamientos—. O los que queden.

El muchacho la miró entrecerrando los ojos, sorprendido por su astucia. En ese momento se dio cuenta de que era imposible que pudiese gustarle más.

—¿Y cómo pretendes conseguir eso, si no tenemos ni la más mínima pista de nada que se le parezca, aparte de tus conjeturas? —indagó Thaddeus.

—Veo mentes muy capaces, aquí mismo. Si aunamos eso a los recursos de nuestro mecenas, creo que podríamos conseguir algo —asintió el muchacho.

—Estoy seguro de que el señor Crane estará de acuerdo con eso —intervino Corso Welles, quien había pasado la mayoría del tiempo escuchando con detenimiento.

Thaddeus se acercó a Bastian, aprovechando que la charla comunal se había acrecentado de nuevo, y le susurró al oído.

—¿Estás hablando de trabajar en equipo, Galwyn? Me encuentro tan estupefacto que empiezo a dudar de que seas tú mismo —le dijo.

—Todo evoluciona, amigo mío. Todo evoluciona —respondió el joven erudito, pasando su brazo sobre los hombros de su compañero.

Aquella misma noche, mucho después de que las luces se hubieran apagado y todos durmieran, Bastian no conseguía conciliar el sueño. Normalmente eso le sucedía cuando una idea se le metía en la cabeza de mala manera, y no le encontraba solución.

Hastiado de dar vueltas sobre el duro suelo de madera, se levantó y salió del camarote, envuelto en su manta. Subió las escaleras y salió a cubierta, encontrando una noche de calma tras la tormenta de todo el día. Hasta las nubes se habían dispersado, dejando ver con claridad la bóveda celeste en todo su esplendor.

Nocturnia, la estrella más brillante de todas brillaba con fuerza sobre las demás. La luna roja no tardaría en aparecer sobre el mar, bañando las aguas de tenue carmesí.

—¿Qué escondíais? —preguntó al aire, mientras levantaba su brazo, y pensaba en la raza primigenia.

La pulsera se clavaba en su carne como un cepo. Desde que se le quedara enganchada no se había despegado ni un ápice de su piel, tal y como si se hubiera soldado a los propios huesos. A veces le dolía, y normalmente le picaba, pero nada podía hacer por remediarlo.

Se apoyó sobre la baranda, recibiendo con agrado la leve brisa marina, tratando de acallar su mente revoltosa.

—¿Quién soy? —se preguntó entonces, suspirando con hastío.

Odiaba sentirse confundido. Siempre se había vanagloriado de su arrojo y decisión, y pocas veces había dudado demasiado de algo. De natural obstinado y seguro de sí mismo, Galwyn se preguntaba si tendría que empezar a reconsiderar algunas cosas.

Las convenciones ya no servían para él. Era un adolescente que había vivido cien años, y portaba sobre sí los recuerdos y amarguras de una vida entera. Algunos de sus viejos demonios habían muerto, relevados por otros nuevos y del todo desconocidos.

Su mentalidad, sin embargo, no era ya la misma. Poseer la juventud del cuerpo había reavivado la frescura de su intelecto, y le impelía a vivir de otro modo al que solía hacerlo. Su joven cuerpo, por su parte, bullía presa de emociones contenidas que ni su analítico talante podía a veces refrenar.

Aquellas sensaciones, tan liberadoras como extrañas, pugnaban para abrirse paso a patadas sobre su racionalidad. Tenía ganas de correr, de nadar, de vivir, de...

Ya no se sentía identificado con ninguna edad. De algún modo, contemplarse a sí mismo como una esencia independiente a su cuerpo le había hecho trascender a esa idea cerrada.

—¿Qué me está pasando?

Deseaba poder hablar con alguien. Raras veces había necesitado hacerlo, pero ahora algo le impelía a buscar consejo, y apoyo. Su amigo Thaddeus le escucharía, pero no sería justo para él, pues sufría de comprensibles celos. Se encontró deseando charlar de nuevo con aquella chica fantástica, aun cuando pasaba la mayor parte del día a su lado. Como no pensaba en otra cosa, aquello le estaba volviendo loco. ¿Y si la despertaba? Estaba seguro de que le encantaría contemplar el magnífico firmamento que se levantaba sobre «El Rey del Gaulos». Cuando se dio cuenta de su línea de pensamientos, dio un puñetazo a la barandilla, instándose a devolver su atención hacia su trabajo. No había manera.

—Está bien, Galwyn —protestó en voz alta—. Te estás comportando como un crío. Lo que faltaba.

Unas pocas horas más tarde, le despertó el empujón de una bota en el

costado. Entreabriendo un ojo, Bastian se dio cuenta de que había amanecido, y también de que se había quedado dormido al raso, bajo la botavara de mesana. Con los ojos entrecerrados, pudo entrever al idiota de su antiguo guardaespaldas, muy divertido, sacudiéndole para que se levantara.

—Levanta ya, dormilón. Los marineros llevan toda la mañana riéndose de ti —bromeó el hombre.

—¿Qué hora es? —preguntó mientras se sacudía, para despejarse. Sus sueños habían sido revueltos.

—Casi las diez. ¿No te da vergüenza dormir aquí, como los vagabundos? —continuó el hombre.

—¿No tienes alguna moneda que buscar, entre los tablones? Corre, no sea que la encuentre otra persona —respondió el chico de muy mal humor, mientras se restregaba los ojos. De todas las posibles personas que podían haberlo despertado de sus pesadillas, tenía que ser justamente aquel botarate.

—Jajaja —rio el guardaespaldas—, muy agudo, chico. Anda, despierta ya, porque tu princesa ha encontrado un nuevo amor —comentó el hombre, conteniendo la risa.

Aquello lo despertó de golpe, aun cuando no acababa de entender a qué se podía referir el hombre.

—¿De qué hablas? —preguntó, demostrando más interés del que pretendía.

—Baja a verlo tú mismo —respondió él, encogiéndose de hombros.

Bastian se recompuso como pudo y bajó dando zancadas hasta los camarotes, descubriendo que la mayor parte de la tripulación ya se encontraba allí, armando un buen jaleo.

Se abrió paso entre la comitiva hasta llegar al interior de la habitación, justo a tiempo de que la doctora Darmin empezara a empujar a la gente fuera, a gritos.

—La paciente se encuentra bajo mi cuidado. Todos fuera. A partir de ahora, y hasta nuevo aviso, este camarote se convierte en sala de recuperación —gritó.

El muchacho se asomó como pudo evitando ser empujado, y alcanzó a ver a Ameria en el centro de la habitación, abrazando a alguien.

—Eso también va por usted, señorita Bane —le dijo—. Ya tendrá tiempo para su reencuentro.

La joven asintió y salió del camarote, encontrándose de frente con el muchacho.

—¡Bastian! ¡Sun ha despertado! —le anunció, atrapándolo en un fuerte abrazo. La joven tenía lágrimas en los ojos y una aliviada sonrisa en el rostro.

El muchacho se quedó paralizado unos momentos, antes de

devolver aquel repentino abrazo que sabía a primavera. Ameria se apretó contra él, buscando su consuelo y compañía, y él la rodeó con sus brazos con suma suavidad. Su cabello dorado olía a mar.

—Eso es estupendo —alcanzó a decirle el muchacho, aunque lo cierto era que aquella desconocida mujer no le importaba nada.

—Lo sé. ¡Es maravilloso!

Ameria se soltó, repentinamente consciente de que quizás aquello había sido demasiado efusivo.

Iba a pedirle perdón, pero de nuevo Bastian la traspasaba con aquella mirada de azul cristal.

«Bueno. Por ahora no nos van a dejar verla, así que habrá que matar el tiempo. He reconsiderado tu petición, y parece que hace buen día. ¿Quieres aprender buceo libre?» —preguntó, en vez de eso.

Dentro de la nueva sala de recuperación, Corso Welles observaba a la doctora Darmin realizar toda una serie de pruebas sobre la paciente.

Sun Anata, bioquímica, había despertado de golpe a las nueve de la mañana tras una larga estadía en coma profundo. Al hacerlo, se había incorporado, totalmente desorientada y aterrorizada. Hasta el momento no había articulado palabra alguna, y se limitaba a observar con miedo a todo el que se le acercaba.

La doctora le tomó la tensión y el pulso, encontrándolo un poco acelerado, le realizó un examen ocular y de ganglios, y comprobó sus respuestas motoras, con ayuda de un pequeño martillo. Después le pidió que tomara un vaso de agua, y se recostase sobre la pared.

—Doctora Anata, soy Valeria Darmin, su médico. ¿Puede oírme? —le dijo, enfatizando la pronunciación de sus palabras.

La mujer la miró a los ojos muy abiertos, como si tratase de reconocerla. Frunció el ceño con desconfianza y se apartó, emitiendo a su vez un gruñido salvaje.

—Tenga cuidado. Puede ser peligrosa —la previno el señor Welles.

—Voy a darle algo para que se tranquilice, porque la veo muy tensa y desorientada —afirmó la médica.

Sun se deslizó hasta una de las esquinas del camarote y se replegó sobre sí misma, hecha un ovillo.

—Parece que trata de protegerse —comentó el mayordomo.

—Sufre un episodio de estrés postraumático. Lo que quiera que causase su coma, todavía la aterroriza —explicó Darmin.

—Es desgarrador verla así —se lamentó Welles.

—No desespere, Corso. Hay muchas posibilidades de que mejore. Tan solo necesita tiempo.

—Bueno, parece que de eso nos sobra por aquí —suspiró el

mayordomo.

—Por ahora la mantendremos vigilada y tranquila. Ruego comunique este hecho a tierra, señor Welles.

—Así lo haré —dijo encaminándose a la puerta, momento en el que se detuvo y se giró hacia la médica—. Doctora Armin, ¿Cree usted que el suero ha tenido algo que ver con esta recuperación?

—Es difícil de decir. De ser así, ha tardado mucho en actuar. Opino que es imposible sacar conclusiones con tan pocos pacientes y resultados —respondió ella.

—Bien. Lo comunicaré de este modo.

El «Ánsar del mar» se preparó para un nuevo vuelo en dirección al «Rey del Gaulos». Lo pilotaba Sheena Asher, quien, dadas las circunstancias actuales, había sido asignada para la tarea de enviar suministros a la embarcación. O como ella solía decir; «para hacer de chica de los recados».

Su hermana Kara la acompañaba en calidad de mecánica, ya que para una tarea tan simple como esa, no hacía falta más gente.

El dirigible despegó y se elevó con rapidez, pues era liviano y llevaba poca carga. Salvar la distancia de veinte millas marinas hasta la ubicación de la goleta les llevaría poco rato.

—¿Qué llevamos esta vez, Kara? —le preguntó a su hermana, desde la cabina de pilotaje.

—Hum. Comida, vendajes, medicamentos y trastos, como siempre. Les ha dado por pedir un montón de cuadernos y plumas.

—¿Tenemos combustible de sobra? —indagó la piloto.

—Le he llenado la tripa a este pájaro antes de salir. Oll de la mejor calidad —afirmó la mecánica.

—Bien. Prepara la carga, hermana. No quiero perder mucho tiempo con el despacho —ordenó Sheena.

Kara se dirigió a la bodega y comprobó el paquete. La fruta iba bien amarrada y precintada, así como los galones de agua dulce, tan necesarios. La verdura tendría que pasar un mal viaje, aplastada entre los saquillos de legumbre seca; guisantes, judías, lentejas y habas. El tocino y el bacalao salado se guardaban aparte, así como las dos cajas de galleta marinera.

Colocó el material de enfermería; vendajes, compresas y alcohol junto a los medicamentos y plantas solicitadas, y amarró la bolsa a la de objetos lúdicos. Una vez colocado todo, lo ató bien con una malla de grandes proporciones, fabricada en fibra de cedro, y fue a buscar la lona impermeable.

Antes de cerrar todo el envío, y sonriendo con diversión, sacó de su

bolsillo una de sus chapas con el escudo de la escuela de cadetes, y lo ató a la bolsa de cuadernos. Cuando lo tuvo todo bien amarrado, comprobó que las bolsas de flotación no hubieran perdido aire.

—Estamos llegando, prepárate —le dijo Sheena.

—Claro, hermanita.

Kara comprobó que el polipasto, un aparejo doble de cuatro cordones que haría descender el paquete, funcionase correctamente. Después asió con fuerza el cabo a los ganchos de metal que sostendrían toda la carga en su descenso. La mecánica estaba ideando un sistema para accionar el motor a control remoto, simplemente por el hecho de poder divertirse ella misma, bajando con la carga. Por el momento, como ninguna de sus ideas había fructificado, tendría que quedarse en el dirigible para accionar las palancas manualmente. Todo un aburrimiento.

—Ahí están —dijo la piloto, sonriendo.

—Mira cómo saludan. Creo que están ávidos de galletas —rio Kara.

Desde las alturas, el «Rey del Gaulos» se erigía como una isla en medio del vasto océano. Kara salió al balcón de popa y devolvió aquel saludo, lanzando besos al aire. Después, cuando Sheena le dio la señal, entró de nuevo y accionó el mecanismo de poleas motorizado, haciendo descender la carga.

El paquete descendió lentamente hasta chocar con el agua, momento en el cual, varias figuras se zambulleron en el mar desde el barco y cubrieron la distancia hasta él. Una vez allí, lanzaron varios cabos de cuerda al navío, para que éste fuese remolcado, y soltaron el cierre de los ganchos, que fueron nuevamente elevados hacia el dirigible. De esta manera, la maniobra se completó satisfactoriamente, y Sheena puso el «Ánsar» de nuevo en movimiento.

—Qué viaje más corto, menudo rollo —se lamentó Kara.

—No va a ser tan corto. Nos vamos de paseo —le corrigió su hermana.

—¿Qué dices? ¿Dónde vamos? —preguntó la joven, repentinamente muy interesada.

—Estoy harta de que den la información con cuentagotas. Vamos a echar un vistazo a la «zona P»- explicó la piloto.

—La marina está ahí, y nos van a ver. Esto podría causarnos muchos problemas, Sheena —discutió la cadete.

—Somos un dirigible autónomo con libertad de tránsito aéreo. Además, no pienso acercarme demasiado.

—Mentiría si te dijese que no lo estoy deseando, pero... —comenzó a decir la mecánica.

—Pues entonces no digas nada, pesada —la interrumpió su hermana.

—Cómo te pones. Está bien, aquí van todos nuestros permisos de

aquí a los treinta años.

—Sin actitud no hay gloria, Karita.

El «Ánsar del mar» salvó sin prisa las cinco millas marinas que separaban la goleta del emplazamiento submarino «*Polaris IV*». Conforme se acercaba, una niebla localizada comenzaba a extenderse a su alrededor, tapando los rayos del sol.

—Un banco de niebla, Sheena. Ve con cuidado —le advirtió su hermana.

—Todavía hay buena visibilidad —respondió Kara, si bien sintió un escalofrío de alerta en su nuca que decidió ignorar.

—¿Qué es eso? —preguntó Sheena, señalando a la superficie marina.

A una distancia de unos dos mil pies adelante, la superficie del mar se teñía de color negruzco, como si un barco hubiese perdido una enorme cantidad de Oll sobre el océano.

—Es la mancha que ya vimos la otra vez. Me intriga más otra cosa... —comentó Sheena, entrecerrando los ojos.

—¿Qué? —preguntó Kara con nerviosismo.

—El «Baufos» no está. No lo veo —dijo, refiriéndose al navío de guerra del coronel Mallow.

—Quizás esté dentro de eso....

Kara tragó saliva al señalar una pared de densa niebla gris que se elevaba hacia el cielo desde el mar, como si de un hongo se tratase. Dado que el «Ánsar» estaba volando bajo, la sensación era la de un muro que se levantaba ante ellas, tal y como si estuvieran viendo un huracán congelado. A su alrededor, la luz había mermado y una niebla ligera y oscura se extendía como una red en cuyo interior pequeños relámpagos de luz rojiza iluminaban una tormenta silenciosa.

—Es como el ojo de la tormenta. No te metas ahí, Sheena —le urgió su hermana, apretándole el brazo.

—No pienso hacer eso —espetó ella, notando ahora sí, el sudor frio que le recorría la frente.

—Vámonos...

—Voy a rodearlo —afirmó Sheena.

—¿Que vas a hacer qué?

—Tenemos que localizar al «Baufos». Kara, te necesito en la sala de máquinas. Ve.

Sheena Asher hizo virar el dirigible a menos de 200 metros del muro de nubes. Si se elevaba le sería imposible ver la superficie, con lo cual debía mantener una altura de vuelo muy baja. Se encontró metida de lleno en una atmósfera opresiva. Aflojó el botón del cuello de su chaqueta porque, de algún modo, le costaba respirar cómodamente. La primera sensación de frío se tornó en tórrido calor, obligándola a limpiar su frente con un pañuelo.

—Venga, ¿dónde estás?

La piloto se cuidó mucho de acercarse al epicentro de aquella atmósfera. Revisó una vez más las coordenadas en las que se situaba y las comparó con las que debía emplazar al «Baufos». Sin duda tenía que haberse desplazado. ¿Pero hacia dónde?

Una sombra iluminó la cabina, como si algo hubiese pasado volando delante del dirigible, pero cuando Sheena miró, no encontró nada. Los jirones de niebla comenzaban a meterse en la embarcación, formando etéreos y traslucidos brazos.

—Está bien, tú ganas —dijo Sheena, con el corazón en un puño—. Nos largamos pitando.

Sheena hizo girar el navío aéreo noventa grados, para escapar de allí. Cuando efectuó la maniobra, se dio cuenta de que la máquina no respondía como debería. Abrió comunicación con su hermana.

—Kara, ¿qué está pasando? Necesito más potencia —le urgió.

—¡No sé! La velocidad ha cambiado y no debería. Voy a tener que forzar las máquinas —le respondió su hermana, con nerviosismo.

La piloto movió la palanca con todas sus fuerzas, enderezando la nave. Entonces se dio cuenta.

—Kara, esa cosa nos está atrayendo hacia ella. Sácanos de aquí, ¡ya!

—¡Eso intento!

La joven mecánica estaba sudando tanto que había empapado su camisa. Echó más combustible al motor y forzó las máquinas que movían las hélices hasta su límite. Después, impotente, le dio una patada.

—¡Muévete, maldita sea!

Acto seguido se dirigió corriendo al mueble bar del salón de recreo y arrampló con varias botellas del aguardiente casero más fuerte que tenían.

—¡Toma, bebe esto! —gritó, mientras vaciaba su contenido a la máquina.

De la portezuela de metal emergió una llamarada que hizo a la muchacha lanzarse sobre la cubierta como alma que llevan los demonios. Se escuchó un chirrío agudo y estridente, y después un sonido explosivo que no indicaba nada bueno. El mecanismo rechinó en toda su estructura, desde el suelo hasta el techo, y Kara se hizo un ovillo sobre sí misma.

Tras unos instantes de tenso silencio, en el que la mecánica temía que explotara todo por los aires, el motor empezó a ronronear como un gato. Las hélices del «Ánsar del mar» giraron con frenesí, venciendo la fuerza en contrario y permitiéndoles, poco a poco, abandonar aquel campo de influencia.

—¡Sí! ¡Sí, sí, y sí! —gritó Kara Asher, quitándose la gorra y

lanzándola al suelo.

—Buen trabajo. Estamos fuera de peligro —oyó decir a su hermana.

En cuando hubo superado la difusa neblina, el «Ánsar del mar» se encontró de nuevo en un despejado y claro día, bañado por el sol. Sheena elevó el dirigible para sentirse más lejos todavía de aquel lugar, pero no fue hasta muchos metros después cuando comenzó a sentirse realmente a salvo.

Lo que había sido curiosidad se había transformado en miedo. Debía comunicar lo que había visto, aun si esto le reportaba un castigo.

LUCHA DE VOLUNTADES

Mar de Güeiss.
Océano Erseus.
Goleta Rey del Gaulos.

«En la oscuridad.
Siempre en la oscuridad.
Como estar frente a un muro invisible,
observando todo cuanto sucede a través,
y ser incapaz de atravesarlo».
Sun Anata.

El Rey del Gaulos» había recibido con sumo agrado el paquete de suministros. Corso Welles anunció que aquella noche disfrutarían de una cena de honor, en celebración por la recuperación de la doctora Sun. Para ello, había elegido a los que habían resultado ser los mejores cocineros del barco; Morn y por supuesto, él mismo.

El estado de la doctora se mantenía en secreto, y por mucho que sus amigos preguntasen por ella, Valeria Darmin respondía siempre con la misma frase: «necesita tranquilidad y reposo». Ello no era óbice para interrumpir los fastos, claro está, que fueron diligentemente preparados por sus artífices, y en los que se prepararon platos bastante decentes, dada la poca variedad de ingredientes de que disponían.

Cuando varias mesas fueron colocadas en el camarote dormitorio, y todos los asistentes se encontraban reunidos (a excepción de la tripulación necesaria para controlar el barco), Marcus y Thaddeus ayudaron a traer las viandas. Se sirvió bacalao al limón, patatas horneadas, puré de patatas y varias fuentes de guisantes con lentejas. Había también varios platos de fruta cortada, y hasta pan fresco. Se sirvieron dos botellas de vino, que deberían bastar para todos, puesto que no había más.

La comitiva tomó asiento entre barullo y risas, y comenzaron a atacar el bacalao del mismo modo que si se tratase de una competición. Era el plato más sabroso y también el más escaso.

—¿Sois hombres o bestias? —protestó Bastian, a quien le había tocado la fuente de bacalao delante, y tenía que sufrir el acoso.

El joven se levantó de su asiento y, apartando tenedores al viento, se hizo con el trozo más hermoso y jugoso de todos. Segundos después la fuente estaba completamente vacía.

—¡Ni que os mataran de hambre! —se quejó el muchacho, aunque nadie le prestaba atención entre tanto jaleo.

Observando la mesa, contempló a Ameria sirviéndose un cucharón de puré de patatas junto a un montoncillo de guisantes. Marcus, quien se sentaba a su lado, se levantó y se fue al otro lado de la mesa, a molestar a Gilbert.

El muchacho tomó el plato de bacalao y cruzó la sala, ocupando el asiento de Marcus.

—Toma. Esos bárbaros de las estepas no han dejado nada. Pero nada de nada —le dijo a Ameria, ofreciéndole el plato.

La joven lo miró un segundo y después lo apartó levemente, dibujando una sonrisa para su benefactor.

—Gracias, Bastian, pero no como pescado, ni ningún otro animal —contestó con amabilidad—. Cómetelo tú.

—Oh —dijo él, sorprendido—. Entiendo.

—¡Estás en mi sitio, chavalín! —escuchó decir a Marcus, que regresaba de su broma pesada al bueno de Gil— ¡Vaya! ¡Y me has traído una porción de bacalao!

Bastian se levantó, dubitativo.

—Sí, quédatelo —añadió, regresando a su asiento.

—¡Pues muchas gracias! No me dio tiempo a agarrar una —rio él.

El erudito regresó a su lugar, y empezó a jugar con el puré de su plato.

—Una acción muy altruista —le comentó Thaddeus—. Y bien extraña viniendo de ti. Lo cierto es que está delicioso.

—Ya. No pasa nada porque no tengo mucha hambre —contestó Bastian.

—Deberías comer más. Estás en edad de crecer —le dijo el profesor.

—Muy gracioso —respondió él, molesto.

—¿A qué viene esa mueca de fastidio? ¿Qué puede ir mal en tu vida de inmersiones en buceo libre y aventuras? —continuó Thaddeus, masticando con sumo placer aquel pedazo de pescado.

—¿Existirá algún límite para los deseos de un hombre, Thaddeus? —rezongó Bastian.

—Si lo hay, lo conocerán tan solo los ascetas que nada ansían más que la iluminación. Tal es la naturaleza de la avaricia humana —le contestó el profesor.

—Tan cierto como la vida misma —añadió Bastian.

—Si fueras más explícito con lo que te aqueja, podría responderte algo más concreto —le animó su compañero, buscando su mirada.

—Nada. Tan solo digo tonterías —explicó el joven.

—¿Sabes, Galwyn? A veces subestimas mi inteligencia —dijo Thaddeus.

—¡No digas mi nombre! —protestó el joven, en un susurro.

—¿Crees que alguien nos oye con este jaleo? Apenas te escucho a ti

y estás a mi lado.

—Todo es posible —contestó, llevándose un poco de puré a la boca.

—¿Quieres mi consejo? —le preguntó entonces su amigo, levantando una ceja.

Bastian no respondió, y tampoco miró a la cara a Thaddeus.

«No sé qué esperas que suceda, Bastian, pero no va a funcionar. Hazte a la idea ya mismo, antes de que te hagas daño».

El muchacho frunció el ceño y apretó los labios. De repente echó hacia atrás la silla y se levantó de la mesa, sin mirar a su compañero.

—Gracias por el consejo —respondió en un tono de rabia contenida, saliendo después de la estancia a grandes zancadas y usando todo su aplomo para no dar un portazo.

El corto y pequeño pasillo estaba a oscuras, salvo por la escasa luz que procedía de las linternas de cubierta. El joven se apoyó en la pared, agradeciendo un lapso de silencio. Aquella salida dramática que acababa de hacer haría que su antiguo «yo» le quisiera dar un puñetazo en la cara por infantil.

Sin embargo, no había podido evitarlo, porque la sentencia de Thaddeus habría hecho que volcase la mesa delante de todos.

«Estoy desquiciado. Es esta larga estadía rodeado de gente, que me está volviendo loco», se dijo.

Pero Galwyn Caere no era estúpido. Había vivido lo suficiente como para saber cuándo se engañaba a sí mismo.

Respiró hondo y decidió encerrarse en la bodega por un rato; un lugar hediondo pero que solía estar tranquilo. Cuando se encaminaba hacia ahí, sin embargo, algo lo detuvo. Parecía una voz, y provenía del segundo camarote, de la sala de recuperación de la doctora Sun.

Bastian pegó la oreja a la puerta, esperando oír algo en su interior. Por lo que sabía, Darmin se encontraba en la cena. Si Sun se hallaba acompañada, solo podía estarlo por los hombres del capitán.

Tras unos segundos de escucha, logró percibir lo que parecía un gemido. Instantáneamente acudió a su mente el recuerdo de aquella presencia que trató de doblegar su voluntad cuando se encontraba en el templo. Deslizó su mano sobre el pomo y lo hizo girar. La puerta estaba abierta, y el interior completamente a oscuras.

Bastian avanzó con cautela, buscando el candil que colgaba de la pared. Cuando lo encontró, hizo girar su arandela, haciendo surgir una llama en su interior que iluminó tenuemente la habitación.

En el extremo opuesto del habitáculo, Sun se encontraba sentada con la espalda contra la pared. El cabello negro lacio y graso le caía

sobre la cara, y llevaba las manos atadas entre sí. La mujer, que parecía drogada, ladeó la cabeza y le dedicó una mirada desvaída.

El muchacho se acercó a ella con cautela, ya que, si la estirada doctora Darmin la había dejado atada, no sería por casualidad. Cuando se encontraba a un metro de la mujer, se colocó en cuclillas delante suya, y la observó.

—¿Doctora? —le preguntó.

Tal y como suponía, no obtuvo respuesta. La bioquímica le devolvió el examen visual, clavándole una mirada enloquecida. Bastian se acercó un poco más.

—No sé si encuentra ahí dentro, doctora Sun. Si me puede oír, hágame caso; es una lucha de voluntades. Puede expulsarlo. Use su cólera.

La mujer se incorporó y se acercó lentamente hacia él, arrastrando las rodillas, con la cabeza ladeada. Sus manos atadas colgaban inertes sobre sí. Gimió guturalmente.

El joven contempló la fantasmagórica escena sin moverse un ápice de su sitio. Cuando Sun se encontraba a un palmo de su cara, movió su boca en un torvo gesto y le escupió.

Bastian se apartó asqueado, pero no sorprendido.

—Devorará su debilidad. Use su fuerza. Plántele cara —le ordenó el chico, con vehemencia.

La mujer gruñó. Su cuerpo entero se puso en tensión y comenzó a apretar los puños con fuerza. De un tirón se arrancó la tela que le sujetaba las manos y gritando, se abalanzó sobre el erudito. Con una fuerza sorprendente, comenzó a golpearle y arañarle, obligando al joven a retroceder y ponerse a la defensiva.

Bastian aguantó estoicamente los embates de la enloquecida mujer, y aguardó su momento. Su ataque descontrolado la hacía débil y predecible, así que cuando la mujer abrió un hueco, el muchacho cruzó su pierna tras la de ella, y la empujó hacia el suelo. Sun cayó sobre su espalda, gruñendo. Presa de una furia descontrolada se levantó de nuevo y gritó, lanzando golpes al aire.

Acto seguido cargó sobre su víctima, efectuando una embestida tan fuerte que consiguió derribar al erudito sobre los tablones del camarote, saltando después sobre él y tratando de morderle. La mujer lanzaba bocados, haciendo que Bastian tuviera que gastar toda su energía en mantenerla a raya.

—Eso es —le animó él, jadeando—. ¡Pelee!

Bastian se apoyó sobre su costado y rodó sobre sí mismo, empujándola lejos de sí. Sin perder un segundo, se levantó para colocarse en guardia y que no lo cogiera de nuevo desprevenido.

En ese momento, un grito de susto lo sorprendió a su espalda. En el dintel de la puerta se encontraba Ameria, quien observaba la situación

anonadada.

Bastian maldijo para sí. No tenía tiempo para eso.

Sun cambió súbitamente su comportamiento, y se llevó las manos a la cabeza. Tal y como si estuviera observando a múltiples sujetos a su alrededor, la doctora comenzó a mirar hacia todas partes y a recular hacia la pared, aterrorizada. Empezó a mover la cabeza de atrás hacia adelante y a gemir con desconsuelo.

—¡No! —maldijo Bastian, girándose después hacia la bióloga—. Ameria. Entra y pasa el cerrojo. ¡Ya! —ordenó, con furia.

—Pero... ¿qué es esto? —respondió la joven, dubitativa y confundida.

—Confía en mí, maldita sea —inquirió él.

Ameria frunció el ceño y dudó. Sin embargo, hizo lo que le había dicho. Bastian se dirigió hacia Sun Anata y arrodillándose a su lado, la sujetó por los hombros.

—¡Use su voluntad! —le gritó.

Levantó su mano y lanzó una bofetada hacia la mujer que la tiró al suelo del golpe. Ameria gritó y corrió hacia su amiga, incapaz de creer lo que estaba presenciando.

—¿Estás loco? ¡Aléjate de ella! —le ordenó al muchacho, colocándose entre él y la doctora.

—¡No! —gritó él.

Pero ya era tarde. Sun se había incorporado de nuevo hecha una furia y se abalanzaba sobre Ameria, mordiéndole el cuello. Bastian agarró del pelo a la doctora enloquecida forzándola a liberar su presa. Tirando de ella de esta guisa, la arrastró hasta la pared y la empujó contra ella, cruzando sus brazos e inmovilizándola. La mujer lo miraba con odio y se revolvía como una demente.

—Eso es —le dijo el chico, con gravedad—. Está ahí delante, ¿verdad? Le está hablando. Le amenaza. Le intimida.

Sun se retorció todavía más.

—Ordénele que se vaya. ¡Ordéneselo!

La doctora lo miró a los ojos con su mirada vidriosa teñida de espanto y sus labios se movieron, pugnando por dibujar una palabra.

—Fue... ra —susurró, con la mirada perdida en el vacío.

—Su mente no le pertenece. Su cuerpo no le pertenece —continuó Bastian—. ¡Ordéneselo!

—Fuera— repitió la mujer, esta vez con mayor convicción.

Su expresión cambió entonces, centrando su mirada y recuperando la estabilidad de su cuerpo. Con una fuerza inesperada, empujó a Bastian de tal modo que lo estampó contra el suelo varios metros por delante, haciéndolo rodar. Erguida sobre la habitación, su porte cobró dignidad, y la expresión de su cara, ferocidad.

—Fuera de aquí —ordenó imperiosamente, sin levantar el tono.

Miraba fijamente delante de ella, como si se dirigiera específicamente a alguien que se irguiera delante suya. Largos segundos, en los que se podía sentir físicamente la tensión, transcurrieron en aquella sala velada por la oscuridad.

Bastian y Ameria observaban a la mujer sin atreverse a mover ni un músculo. Finalmente, Sun los miró, se relajó y les dijo:

«Se ha ido».

Momento tras el cual se apoyó contra la pared y se dejó caer deslizándose sobre ella.

—Se fue... —dijo después simplemente, como si ella misma no pudiese creérselo. La mujer sonrió y comenzó a llorar profusamente.

Bastian se arrastró hasta Ameria, que continuaba observando anonadada a su amiga.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Llevas un feo corte.

La joven le ignoró y se acercó a su compañera, con cautela.

—¿Sun? —le preguntó.

—Ameria —susurró ella, entre sollozos.

La bióloga la abrazó con fuerza y comenzó también ella a llorar. Bastian se acercó, con el botiquín de la doctora en la mano. Cuando Sun Anata lo vio llegar, soltó a Ameria y agarró la mano del muchacho con fuerza, sonriendo entre lágrimas.

—Se ha ido —alcanzó a decirle—, se ha ido...

—Lo sé —contestó él, mirándola con aprobación.

Ameria observó al chico entonces. Iba lleno de magulladuras y cortes, y se le había roto la camisa por al menos cuatro sitios.

—Deja que te cure esa herida —le dijo él—, luego os dejaré solas.

Horas después, Bastian se encontraba en cubierta, en el rincón más apartado que pudo encontrar. Había salido a que le diera el aire tras aquel incidente, y aunque hacía rato que sentía frio, no tenía ninguna gana de regresar. Ninguna gana de encontrarse con nadie.

Los marineros apagaron los candiles que alumbraban la zona, considerando que era momento de descansar. Tan solo uno de ellos haría guardia, y lo haría por rondas, como siempre.

La madera de la goleta crujía con el vaivén del oleaje, y el viento ululaba a través de las velas replegadas, creando variados sonidos.

Unos pasos sobre los tablones le anunciaron que alguien se acercaba. Con hastío, pensó que si se trataba de la doctora Darmin viniendo a pedir cuentas por el trato a su paciente, saltaría por la borda.

—Hola —saludó Ameria, al encontrarse con él.

El muchacho la observó mientras ella se sentaba a su lado.

—Sun está descansando, y esta vez descansa de verdad —continuó.

—Puede que no haya dormido en meses —comentó el chico.

Ambos se dirigían al otro con una seriedad desacostumbrada, haciendo el momento muy incómodo.

—Oye, no entiendo muy bien lo que ha pasado ahí abajo —dijo ella, finalmente—. Pero sea lo que sea, ha funcionado.

—Podría no haberlo hecho, y ahora me odiarías —añadió él.

—Ayúdame a entenderlo —le pidió ella—. Porque juraría que sabías lo que estabas haciendo.

—No creas. Fue una de mis apuestas arriesgadas. Y he estado a punto de perder —dijo con amargura.

—Eso no me aclara nada —insistió Ameria.

El muchacho volvió a guardar un largo silencio mientras el viento soplaba con insistencia, interpretando agudos y melódicos cantos. Estaba claro que no iba a hablar de eso.

—Quieres que te deje en paz, ¿verdad? —preguntó ella tras unos largos minutos, mientras se preparaba para levantarse.

—No —respondió él, sujetándole por la manga de su camisa—. Quédate, por favor.

Ameria sonrió. Ella también se sentía muy cansada. Soltó la manta que llevaba anudada al cuello a modo de capa y la colocó sobre ambos, con delicadeza. Después se acurrucó junto a Bastian y descansó su cabeza sobre el hombro de él, cerrando los ojos.

—Buenas noches —le susurró, mientras sentía cómo casi inmediatamente, el sueño se apoderaba de ella.

—Buenas noches —respondió él, con una sonrisa cansada en su rostro.

Cuando Marcus se levantó para sacar a Rhea a cubierta, poco después de que hubiese amanecido completamente, se encontró con un panorama interesante. Su hermana yacía dormida bajo una manta desvencijada, abrazada a aquel muchacho.

—El sobrino del profesor Thaddeus. Ameria, ¿Qué estás haciendo? —preguntó en voz baja, para sí mismo.

Se arrodilló junto a ellos, y trató de llegar a su hermana para despertarla con suavidad. Sin embargo, una mano le detuvo antes de llegar. El muchacho se había despertado de repente y había interceptado su brazo con brío, mirándolo con hostilidad. Cuando, tras los primeros segundos, reconoció a Marcus, soltó su agarre y se relajó.

Bastian se dio cuenta de que Ameria todavía dormía, apoyada la cabeza en su pecho y abrazándolo.

—No la despiertes —riñó Bastian a Marcus.

—Oye, mmm, Bastian —le susurró el hermano—. Esto es un poco raro. No me malinterpretes, me caes bien. Pero es un pelín raro. ¿No crees?

—¿Raro el qué?, ¿raro para quién? —le contestó el chico, incorporándose.

—Pues... ya sabes. Oye, no me fastidies. Entiendes perfectamente a qué me refiero. ¿Acaso no hay chicas de tu edad que te gusten?

Bastian volvió a mirarle con hostilidad.

—¿A qué edad te refieres? ¿Acaso crees que eso es importante? Solamente un niño aseveraría tales cosas —respondió él.

—¿Tienes algo con mi hermana? —preguntó Marcus directamente, borrando la sonrisa de su cara.

—Una buena amistad —respondió Bastian, molesto.

—¿Solo eso? Nadie lo diría.

—Cuando despierte, podrás preguntarle a ella —le cortó el muchacho, más molesto cada vez—. Por ahora podrías perderte por ahí.

—Vaya, vaya, estás bien colado, ¿verdad, chaval? —sonrió Marcus.

El muchacho inspiró aire con crispación, y con suma suavidad colocó a Ameria sobre la cubierta y la tapó con la manta. Estaba tan bonita durmiendo que hasta el idiota de su hermano pasó a segundo plano por unos instantes.

Acto seguido se levantó, adecentó su ropa arrugada y cogió a Marcus por la muñeca, apartándolo al otro lado de cubierta.

—Me parece, Marcus Bane, que estás bastante crecidito como para ir metiéndote en asuntos ajenos —le dijo.

—Al contrario que tú. ¿No tenías dieciséis años? —inquirió el joven.

—¿Tienes algún problema con ello? —respondió Bastian.

El muchacho pensó el momento en el que Thaddeus y él habían estado debatiendo la edad a poner en el documento de identidad falso del nuevo Bastian. Por su aspecto físico, hubiera valido cualquiera en un rango de los quince a los veinte años. Recordó que fue él mismo quien votó por elegir los dieciséis, la mayoría de edad legal para casi todo. En aquel momento le pareció una graciosa ocurrencia, el repetir todos los cursos de la universidad. A día de hoy, empezaba a fastidiarle mucho.

—Un poco, si se trata de mi hermana. Me parece que se está volviendo loca —bufó Marcus.

—Tu hermana es la persona más cuerda que conozco. Deberías dejar de subestimarla —le reprendió el chico.

—¿Sabías que Gilbert lleva años secretamente enamorado de ella? Y nadie sabe si con Lando tuvo algo en el pasado —comentó Marcus.

—¿Pretendes incomodarme? ¿Ponerme celoso, acaso? Dime,

Marcus Bane, ¿Quién es el crío aquí?

—Evidentemente, tú —respondió él.

—Escúchame —le dijo Bastian, acercándose mucho a él—. No sabes nada de mí. Voy a olvidar todo esto por respeto a Ameria, pero no creas ni por un momento que puedes tratar de arrinconarme. Habla cuanto quieras. Hablad todos cuanto queráis. Si dejara que eso me importase, hoy no estaría aquí.

El muchacho terminó su discurso y acto seguido le dio la espalda a Marcus, buscando algún lugar donde esconderse de aquella panda de imbéciles que le rodeaba. En su huida al interior del barco, chocó con otro de ellos, Dersen.

—Eh, eh, ¡esas prisas! ¿A dónde vas con tanto brío? —le preguntó el guardaespaldas.

—A la radio, a hablar con Antillas Crane —espetó él.

—¿Con el ricachón? ¿Qué pretendes decirle? —se mofó el hombre.

—Cuatro cosas bien dichas.

—Que tiemble —bromeó Dersen.

El sonido de una explosión amortiguada proveniente del exterior de la goleta retumbó entonces, interrumpiendo la conversación. Los dos compañeros se miraron el uno al otro durante unos segundos, antes de salir a la carrera a cubierta.

Bastian salvó los escalones de dos en dos, mientras el resto de los pasajeros abandonaban los camarotes y se unían a él a tropel. Una vez fuera, el muchacho se encaramó a la barandilla buscando algún punto en el horizonte donde mirar. En ese instante, una segunda y una tercera explosión retumbaron en la lejanía, reverberando amortiguadamente a través del mar.

—¡Allí, allí! —señaló el vigía apostado en el mástil mayor.

El muchacho siguió la dirección que señalaba el hombre y pudo ver el débil resplandor de una columna de humo, seguido de varios estallidos de luces que dibujaron bonitas trayectorias en el cielo antes de desaparecer.

—Es el emplazamiento de la *Polaris* —oyó decir a Ameria a su hermano.

—¿Qué estarr pasando? —preguntó Morn a su espalda.

—Hay que contactar con tierra —dijo Corso Welles entre el gentío —. Me encargaré de ello inmediatamente.

—Ya no se ve nada —añadió Dersen, tratando de escrutar algo más, de puntillas.

Efectivamente, el escaso rastro que llegó a atisbarse en la distancia desapareció rápidamente en la línea del horizonte, dejando a los presentes confundidos y temerosos. El día había amanecido soleado y caluroso, pero ninguno de los presentes sentía ya ninguna gana de fiesta.

Bastian observó el oleaje y después escrutó el velamen, que se encontraba replegado y atado. Acto seguido mojó su dedo índice y lo elevó al cielo. Considerándolo insuficiente, observó el pañuelo que Ameria llevaba anudado al cuello. Era fino y semitransparente. Se acercó a ella.

—¿Me permites tu pañuelo? —le preguntó, directamente.

La joven lo miró confundida, pero se lo soltó, entregándoselo con rapidez. Bastian lo tomó y lo levantó en el aire. El pañuelo ondeó hacia su espalda.

—Viento del este —anunció él.

—Es el Raudal —explicó Ameria—. Es producto de las corrientes oceánicas.

—¿Qué corrientes confluyen en este punto? —indagó el muchacho.

—La oceánica de Bhul, y en mayor medida la corriente local de marea este-oeste —respondió ella.

—Entiendo. Entonces solo hay que esperar —aseveró Bastian.

—¿Esperar a qué? —indagó ella.

—Ya lo veremos —respondió el chico.

Pasado un rato, el interés de la tripulación por el misterioso evento decreció hasta desaparecer. La mayoría regresó a sus asuntos previos, y los restantes buscaron algo con lo que entretenerse o afanarse. Bastian se quedó en la cubierta principal, sentado en un banco y observando el horizonte.

En cierto momento, Thaddeus se unió a él, amenizándole las vistas con historias del pasado, hasta que apareció Ameria, momento en el cual el profesor cambió el tercio de la conversación, y pasó a interesarse por las curiosidades del arrecife.

Al cabo de una hora aproximadamente, Bastian se levantó como un resorte y se encaramó a la barandilla.

—Mirad —dijo, señalando un punto en el agua.

Sobre la superficie marina, ondeando con el oleaje, una mancha brillante y oscura bailaba sobre las aguas. El grupo la observó durante unos instantes, para pronto determinar que no era la única. Varios charcos oleosos similares llegaban traídos por la corriente.

—Es combustible —aseveró Bastian.

—Manchas de Oll. Esto no pinta nada bien —afirmó Ameria.

—Iré a avisar a Welles —dijo Thaddeus.

La pareja se quedó ensimismada contemplando el vertido y pensando en las implicaciones del mismo.

—¿Qué es eso? —preguntó el muchacho, señalando un punto al lado de la proa.

Salió corriendo hacia allí y escrutó lo que parecía un cabo roto flotando.

—¡Aquí! —gritó Ameria.

Cuando Bastian se acercó de nuevo a ella, comprobó que la joven señalaba numerosos restos a la deriva que acudían flotando en su dirección. Trozos de madera pintada, sacos vacíos, restos de aparejos y telas, flotaban sin orden ni concierto sobre las aguas.

—Creo que está claro el origen de la explosión —comentó el muchacho.

—¡Allí, Bastian! ¿No es un hombre? —exclamó Ameria, llevándose las manos a la boca.

A una buena distancia de la goleta, encaramado a un tablón a la deriva, podía atisbarse lo que parecía la figura de una persona. Ameria, sin pensárselo dos veces, se sacó las botas y se lanzó de cabeza al agua.

—¡Espera! —gritó el chico, sin poder detenerla siquiera.

La joven se zambulló con elegancia evitando toparse con ningún resto flotante. Al emerger de nuevo, nadó ignorando las manchas de vertido hasta la ubicación del náufrago. Ya cerca de él, pudo reparar en que se encontraba unido al tablón por medio de una cuerda atada a su pecho. El hombre yacía inerte con la cabeza y el brazo derecho sobre la madera y el resto de su cuerpo sumergido.

Al llegar hasta la tabla, se apoyó en ella.

—¿Puede oírme? Voy a ponerle a salvo ¿De acuerdo? —le gritó.

Alzó su brazo para tocarlo justo antes de descubrir que tenía todo el comienzo de la espalda quemado. Quizás no siguiera con vida.

Ladeó su cabeza y dirigió su mano hasta el cuello del náufrago, tratando de encontrarle el pulso. Entonces el hombre abrió los ojos de golpe.

—¡Ayu... da! —gimió, sorbiendo aire con dificultad.

—Le ayudaré, quédese quieto mientras le suelto y después nadaremos hasta el barco.

El desconocido se comenzó a mover convulsivamente mientras Ameria trataba de soltar el trozo de cuerda que lo unía al tablón.

—Está... en todo... —balbuceó mientras empujaba a Ameria y se encaramaba sobre la madera. Al hacerlo, la pequeña tabla se partió en dos y el hombre braceó para no hundirse.

—¡No luche! ¡Déjeme que le lleve! —le gritó Ameria.

La bióloga volvió a acercarse a él y pasó su brazo bajo su axila, tratando de acarrearlo. Sin embargo, el herido no paraba de moverse, y presa del pánico, se encaramó sobre ella buscando un apoyo, y ahogándola bajo él.

Ameria trató de zafarse, pero aquel hombre doblaba quizás su peso y fuerza y estaba usando todo ello para mantenerse con vida a su

costa. La joven braceó bajo el agua tratando de desasirse, pero el herido la mantenía a raya a base de manotazos y patadas descontroladas.

La bióloga trató de pegarle sin ningún resultado, mientras notaba que el aire se escapaba de sus pulmones. El esfuerzo por zafarse estaba consumiendo rápidamente sus fuerzas. Recibió un nuevo golpe en la cara que la dejó atontada.

No debía tragar agua. Todavía no.

La vida se le escapaba rápidamente ante sus ojos de la manera más estúpida. El océano se extendía a su alrededor. Bajo el agua, aquella quietud sempiterna era ajena a todo. Un banco de peces de colores. Las últimas burbujas que escapaban a través de su boca. El eterno azul parecía un buen lugar donde permanecer. Convulsionó. Sus pulmones demandaban aire de forma inevitable.

Entonces su captor soltó su presa completa y repentinamente. Ameria flotó libre un segundo antes de que algo la atrajera con fuerza hacia la superficie. Una vez fuera, tragó aire con violencia y tosió frenéticamente después. Con espanto, volvió a devorar bocanadas de oxígeno entre convulsiones varias veces más. Alguien la sostenía para que no se hundiera.

Cuando, poco a poco, consiguió normalizar su respiración, Ameria reconoció a su joven rescatador, que la sostenía con desvelo.

—¿Estás bien? —le preguntó el muchacho.

Ameria asintió. Después buscó al náufrago con la mirada, encontrándolo flotando boca abajo.

—Tenemos... que... sacarle —dijo ella con mucha dificultad.

—¿Bromeas? Dudo que esté vivo después de la paliza que le he dado —adujo él.

—Bastian... por... favor —susurró Ameria.

El muchacho chasqueó la lengua con fastidio y buscó a su alrededor, encontrando el pequeño fragmento de madera.

—Agárrate a esto —le dijo—. Si te pasa algo por acarrear a ese imbécil te juro que lo ahogaré yo mismo.

Ameria vio cómo el muchacho se dirigía al cuerpo del hombre y lo giraba, poniéndolo boca arriba. No era muy ducho en las artes del rescate, pero se esforzaba con todo su tesón.

Sin embargo, no tuvo que hacerlo mucho más tiempo, porque en cuanto se corrió la voz de lo que estaba pasando, varios tripulantes, encabezados por Marcus, se lanzaron al agua para acabar el trabajo.

La joven contempló el largo azul, extasiada.

—Quizás algún día. Pero hoy no —respondió al océano.

Aquella misma noche, la totalidad de la tripulación del «Rey del Gaulos» fue reunida en la cubierta inferior, por llamamiento de Corso Welles. Hasta Sun Anata, acompañada de su tutora, la doctora Darmin, se encontraba presente. La médica había constatado en ella una mejoría palpable, y su lucidez mental se encontraba fuera de dudas. Sin embargo, la joven bioquímica apenas hablaba, y no la perdería de vista hasta que pudiese transferir el problema a otro.

La calma tensa que se respiraba en el lugar no se disipó ni cuando Corso apareció y comenzó a hablar.

«Tras muchas horas e intentos, he podido hablar con la base de tierra. He explicado la situación y los últimos acontecimientos no menos de tres veces a tres personas distintas. Lamentablemente, no me han dejado tener una conferencia con el señor Crane, quien nos hubiera podido decir qué está pasando realmente. Sin embargo, traigo gratas noticias.

Se nos da permiso para regresar a tierra por la mañana. Todos y cada uno de nosotros tendremos que pasar un extenso examen médico y clínico en un hospital de campaña que han habilitado en la costa. Si todo va bien, se levantará la cuarentena y podremos regresar a nuestras vidas».

Cuando Corso terminó de hablar se elevaron los silbidos de júbilo y las expresiones de alivio entre la mayoría de los presentes.

—Parrdiez que necesito sacarr mi trraserro de este barrco —declamó Morn.

—El hombre que sacamos del agua, ¿Ha sobrevivido? —preguntó Marcus.

—Vive, aunque en estado grave. Creo que es uno de los motivos por el que nos dejan regresar —contestó Welles.

—Es un marine del «Baufos», ¿verdad? —continuó el joven.

—Lo es. Probablemente el único superviviente de la corbeta —contestó el mayordomo.

—¿Qué creen que les sucedió, por todos los océanos? —indagó el capitán.

—No me han querido contar el objeto de la misión de Mallow. Saquen sus propias conclusiones, señores. Si no hay más preguntas... —cortó Corso Welles, ignorando todas las demás y saliendo del camarote a toda prisa.

El lugar se convirtió en una algarabía de parloteos, exclamaciones e interjecciones, precedidas de risas desahogadas. Marcus se acercó a Bastian, que se sentaba junto a su tío en silencio.

—Te debo una disculpa, chico —le dijo, ofreciéndole su mano—. Gracias por lo de esta tarde.

El muchacho observó el gesto del joven y estrechó su mano con fuerza. Marcus le guiñó un ojo con complicidad, y se alejó de nuevo,

dejándolo con Thaddeus, quien enarcaba una ceja.

—Inaudito —exclamó el profesor.

El sol se ocultaba entre las nubes la mañana del día del regreso a tierra. El «Rey del Gaulos» navegó las veinte millas que le separaban del estuario sin mayores dificultades, arribando a costa poco después del mediodía. Las gaviotas en el cielo trazaban rumbos erráticos.

El puerto estaba más concurrido que nunca. La tripulación de la goleta pudo ver, con sorpresa y respeto, un fantástico despliegue de tropas.

La infantería de marina había tomado literalmente el puerto que, si bien no era muy grande, podía albergar hasta tres corbetas y varios navíos de menor envergadura.

El atraque se realizó sin percance, en el extremo oriental del puerto, y los pasajeros de la goleta fueron conducidos directamente, y en su totalidad, hasta un pequeño complejo de grandes tiendas. El alivio de la tripulación al bajar a tierra pronto se vio empañado por el pronto encierro a que fue sometida, a la espera del control médico. Se les confinó en una tienda y se les dio órdenes de permanecer ahí hasta nuevo aviso. No fue hasta varias horas más tarde que, uno por uno, fueron acompañados al hospital móvil. En su interior, un equipo de médicos y bioquímicos se ocupó de llevar a cabo tantas pruebas como consideraron necesarias. Entre ellas se incluyeron exámenes oculares, motores y dérmicos, analíticas de sangre, saliva y heces, test epidémicos, contrastes y controles psicológicos y mentales.

Estrictamente, la cuarentena no había sido cumplida en su totalidad, pero dadas las circunstancias, los resultados del control y los reportes favorables de la doctora Darmin durante todo el proceso, el cuerpo médico del mando militar evaluó el riesgo epidémico como «nulo».

Comenzó a considerarse la extraña afección como «mental», entendiendo que los damnificados habían sufrido algún tipo de demencia o trauma psicológico severo, debido a las circunstancias extraordinarias en las que se habían visto envueltos. Era evidente, y se palpaba en el ambiente, que la alarma y esfuerzos de la armada, se encontraban ahora en otros asuntos.

Las noticias sobre los restos del «Baufos» flotando a la deriva habían incrementado el nivel de alarma. Si bien no se sabía qué le podía haber sucedido, era de dominio público que la corbeta había partido de Nhem acarreando una mina marina y un arsenal de considerables dimensiones. Del carácter y contenido de su misión, sin embargo, nada se conocía. El marine rescatado había sido rápidamente separado del grupo nada más llegar. Si conseguía

sobrevivir, se convertiría en el único testigo capaz de esclarecer el asunto.

Aquella misma tarde partieron del estuario de Nhem y sin demora, tres nuevos barcos; dos corbetas y un velero de apoyo del cuerpo de ingeniería de la marina. El evento fue todo un espectáculo. Ninguno de los presentes había presenciado nunca semejante despliegue militar, más allá de los esporádicos desfiles en la capital.

Gisboa, como república mercantil, no contaba con un gran ejército. Poseía, sin embargo, tecnología punta, en comparación con sus vecinos más próximos; Calendas, Kur, Borche o Mithra.

El grupo contempló a los navíos alejarse hacia el horizonte, calmando la algarabía del puerto. Thaddeus suspiró con resignación.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Bastian, que se encontraba a su lado.

—Creí que moriría con la suerte de no presenciar una guerra en vida —respondió.

—No estamos en guerra. Confundes los términos —replicó el muchacho.

—Ah, ¿no? ¿Dónde van esos buques entonces? —señaló el profesor.

—A afrontar un peligro. ¿Quién habla de guerra, Thaddeus? —adujo el chico.

—Quizás sea peor que eso. Porque no conozcamos al enemigo, no significa que no exista —continuó Shane.

—Si nos vamos a poner melodramáticos, mejor que sea a resguardo —sugirió Bastian, notando en su cara las primeras gotas de lluvia de una inminente tormenta.

—Tal vez no. Tenemos visita —anunció el profesor, quien había dejado de escrutar el mar, para concentrarse en algo a sus espaldas.

Cuando Bastian se giró, pudo ver dos figuras que se recortaban contra el horizonte, a varias decenas de metros de ellos. El viento ondeaba la capa del magnate de industrias Crane, que los observaba en la distancia, y que, mientras se enfundaba unos elegantes guantes blancos, mantenía una conversación con un desconocido; un hombre de rasgos orientales y exótico atuendo. A sus espaldas, se erguía, magnífico y digno, el «Ansar del Mar»; el orgullo de los dirigibles.

REGRESO AL HOGAR

Desfiladeros de la frontera.
Entre Interterras y Kur

«Una misión es una misión, lo capto.
Total, pensaba regresar a esa cloaca igualmente.
Pero me fastidia que me confíen una tarea así.
Y no es por no cobrar, es que esto...
ya sabes, me viene grande».

J. Botas. Mclauden.

No existía una manera fácil de arribar a Phontos desde Interterras. No había pasos, ni escaleras, ni caminos ocultos. No se habían abierto vías en una centuria, y si existían modos de llegar, su localización se había perdido tiempo ha. Simplemente a nadie le importaba lo que hubiera allí abajo.

Por ello, Botas había tardado varias semanas en preparar su regreso a la capital, y aun con la ayuda del pueblo de Uk, y los conocimientos del sabio chamán Jor, encontrar un camino había resultado desesperante.

Finalmente se había llegado a la conclusión de que el único modo sería escalar la roca viva. Con esa premisa, habían hallado una parte del desfiladero, varias millas más lejos del Frondo, por la que se podía comenzar una subida relativamente factible.

Para conseguirlo, Botas iba a necesitar toda la ayuda posible. Los «Ashar» llamaron a los «Yulo», quienes acudieron sin demora a la llamada. La tribu Yulo habitaba en las lindes de Cornafallas, y eran escaladores por naturaleza. Desde jóvenes aprendían a remontar las imposibles pendientes de Interterras en busca de su mayor manjar; los huevos del pájaro del desierto, que anidaba en los salientes de las paredes del desfiladero.

Los Yulos aceptaron la petición con convicción, sin ni siquiera pedir nada a cambio. Las noticias del mal que estaba infectando su tierra se había extendido a lo largo del páramo, del desierto y de los túneles. Los jefes estaban armando y entrenando a sus pueblos para la guerra, pero eran lo bastante inteligentes como para saber que quizás aquello no se podría solucionar con la fuerza de sus brazos y armas. Debían avisar a «La ciudad de las nubes», un pueblo despreciable pero capaz, que quizás y solo quizás, entraran en razón antes de que el mal llegase a sus puertas.

Botas se había encontrado, sin comerlo ni beberlo, en mitad de un

polvorín. Hasta veinte hombres y mujeres entre los mejores guerreros de los Yulo y los Ashar fueron asignados para llevar a Botas a las alturas, miles de metros sobre sus cabezas, a través de pasos inexpugnables.

Nirti se negó en un principio a formar parte de la expedición, pues odiaba hasta la médula la idea de regresar a la civilización corrupta de Kur, pero en el último momento cambió de opinión, aduciendo que, sin ella, Botas moriría en menos de una tarde.

De tal modo, el contingente de escaladores comenzó un duro ascenso con escasos puntos de descanso. Era más duro todavía pues debían acarrear a Mclauden como a un fardo. Un tullido apenas podía mantenerse en pie sobre esos salientes. Botas recordó el ascenso por la torre de palacio que efectuó junto a Fidias, y resolvió que aquello no había sido nada en comparación.

Lo más difícil resultó ser el primer y último tramo de desfiladero, y las noches que debieron pernoctar en los repechos, con el abismo a un palmo de su cara, y la cruel pared a su espalda.

Botas apenas podía con su alma. Pese a tratar de ayudar cuanto era capaz, pronto descubrió que causaba menos problemas si simplemente se dejaba sostener la mayoría del tiempo.

Tras tres días de cruel escalada, por fin llegaron a un paso transitable a través de la roca, que los condujo durante una jornada más a buena velocidad, hasta la cumbre; el país de Kur. En las alturas soplaba un fuerte y frío viento, acompañado de un sol de justicia que golpeaba sin misericordia.

Los miembros de las dos tribus se despidieron entonces de Botas, aludiendo a que nada tenían ya que hacer en aquel lugar. Le encomendaron la importante tarea de hablar a su pueblo de lo sucedido, y si podía, de armarlo para lo que ellos llamaban «La guerra del páramo».

Botas asintió con vehemencia, pero en su interior, reflexionó sobre lo ingenuos que estaban siendo. Dudaba mucho que Kur ayudase a nadie que no fuese a él mismo, y aun en el caso de hacerlo no quería pensar en lo que los censores opinarían de los habitantes de Interterras.

Nirti le cogió del brazo y apretó con fuerza.

—Ve. Y no falles a mi pueblo —le dijo con solemnidad.

—Ven conmigo. Te necesitaré para cumplir esta tarea. Por mi mismo acabaré en algún tugurio ahogando las penas.

—Cree un poco más en ti mismo, Jon Mclauden. Habla con tu rey.

—¿Con Jakar Aurelius? Sin duda habéis perdido todos la cabeza.

—Solo él escuchará. Jor lo ha vaticinado.

—No me dejes —le pidió él.

Nirti lo observó con aprobación y se apartó un paso hacia atrás. El

grupo entero levantó la mano derecha hacia el cielo, después la llevaron a su pecho y finalmente la extendieron hacia Botas. Era un gesto de honor. Era un gesto de despedida.

Botas repitió los movimientos y se apartó lentamente de ellos, con tristeza en su corazón. De repente se sentía tremendamente solo.

El informador caminó en solitario a partir de aquel momento. Desde ahí tenía una vaga idea sobre cómo orientarse. Si seguía hacia el sur, encontraría la carretera principal del reino, que conectaba con ciudades como Sulena y Macelos. Sin embargo, numerosas caravanas, mercaderes y cenestes poblarían la ruta, con lo que no resultaba muy aconsejable. Tendría que llegar a pie, evitando los puntos concurridos y las entradas principales a la ciudad, en las que abundaban los controles.

Por suerte para él, conocía de sobras las maneras furtivas de entrar en la capital, producto de las numerosas transacciones de contrabando a las que había asistido, y que se realizaban de las formas más discretas.

La mastodóntica ciudad de Phontos apareció en el horizonte con las últimas luces del día. En la distancia parecía una prolongación de la cordillera que la rodeaba. El castillo predominaba en altura sobre el resto de la urbe, coronándola y dotándola de distinción. Bajo él, los distintos distritos se elevaban en varias alturas, conectándose unos a otros por medio de puentes y plazas.

Phontos lindaba directamente con el abismo de Interterras hacia el noroeste, y se enclavaba en la cordillera Arlada, hacia el sur. Numerosos caminos y vías acababan en la capital.

El Urdial soplaba gélido y como de costumbre, sin tregua.

Cuando llegó a las afueras, Botas se escabulló entre los edificios y se acercó a un almacén de aceite de quemado. Con dificultad, abrió una de las puertas traseras y se dirigió a la estafeta del vigilante nocturno, un hombre que pasaba su jornada sentado en un sillón y comiendo aperitivos de remolacha. Cuando el vigilante reparó en Botas, lo tenía ya sobre él.

—Rodson. Necesito entrar sin levantar sospechas. ¿Qué tal si me cuelas en el carro de reparto de la mañana? —le dijo, a modo de saludo.

—¡Amigo Botas! ¿A ti no te habían mandado a volar? —respondió el hombre, levantándose para recibirlo.

—Soy más de caer a peso muerto, ya sabes.

—¡Me alegro de que no estés fiambre, vaya que sí! —rio el vigilante.

—¿Entonces tenemos un trato? —continuó el informador.

—¡Claro que sí, amigo! Necesitaré unos ojos profesionales como los tuyos muy pronto. O un ojo. ¿Dónde has dejado el parche?

—Se va más cómodo viendo por ambos.

—Malo para la reputación, Mclauden. Espero que no te hayas ablandado. No dejaremos que los malditos dirigentes nos hagan polvo, ¿eh?

—Nunca.

—¡Así me gusta! —se carcajeó el vigilante.

Botas aprovechó las horas hasta el alba para descansar entre cajas llenas de aceite negro. Antes de que amaneciese, el vigilante Rodson lo despertó con una patada en el costado y le indicó que se colocara en el interior de un carro que ya había sido cargado. El informador se agazapó entre la mercancía y se cubrió con una lona de esparto para semejar ser un bulto más.

Naturalmente había muchos más modos de acceder a la ciudad sin enseñar papeles y comparecer ante la Guardia Ceneste, mas el informador consideraba que aquel era bastante relajado.

A través de una rendija entre el armazón del carro, Botas contempló cómo, una vez más, la bulliciosa urbe de Phontos se abría ante él.

Sin embargo, algo sucedía. La cantidad de cenestes apostados en las calles era inusual, especialmente en zonas tan apartadas del centro de la urbe. No había abandonado siquiera el sector industrial antes de que la guardia detuviera el carromato y exigiera examinar su mercancía.

—Que me aspen —maldijo, sin más posibilidad de acción que la de parecer un buen fardo. Uno muy inerte.

Por suerte para él, el guardia encargado de la tarea resultó ser un vago redomado. Tras echar un ligero vistazo y bostezar, dio su aprobación a su superior.

—Aquí no hay nadie señor. Aceite mugriento y hedor a cloaca —le dijo el subordinado.

—Muy bien. Puede continuar —accedió el ceneste.

Sin embargo, Botas no se quedó para nada tranquilo. Estaba claro que buscaban algo, o a alguien, y lo hacían de manera especialmente insistente. Su presencia en el carromato era mil veces peor que la posibilidad de ser reconocido caminando entre las calles. Debía salir de ahí de inmediato.

Mclauden gruñó mientras apartaba la lona y escrutaba las calles. Esperó hasta llegar a un callejón estrecho y poco transitado para bajar del transporte y rápidamente parapetarse detrás de una viga.

Justo detrás de él aparecieron varios operarios de las fábricas circundantes, y Botas tuvo que improvisar. Encaló la capucha de su

capa y se cruzó de brazos.

—¿Qué tal, compañeros? ¿Tenéis un pitillo? —preguntó.

Los hombres negaron con la cabeza y apretaron el paso para escapar. Aquel truco nunca fallaba. «Cuando un desconocido te aborda en Mehen, o se trata de un mendigo, o de un ladrón, o de un asesino. Nadie se para a averiguar de cuál de los tres se trata».

—Bien. No estamos en Mehen, pero vale igual —se dijo el hombre, antes de reanudar la marcha.

Sin prisa, pero sin pausa, Botas cruzó el distrito industrial para adentrarse en el barrio de los comercios. Su plan era llegar a la sede del gremio de la costura y usar el pasadizo que guardaban hacia la ciudad subterránea. Una vez allí, tomaría sus sinuosos pasadizos hasta llegar a la salida a Mehen. Su plan se vino abajo rápidamente al comprobar que el gremio se encontraba fuertemente vigilado.

—Está bien, plan B —susurró el informador.

Mclauden desanduvo varias manzanas y entró en uno de los barrios residenciales exteriores. Las casas de madera y adobe que ahí se levantaban eran bastante nuevas, pero de materiales tan perecederos que no duraban demasiado y comúnmente ardían. Constituían la morada de numerosas familias que trabajaban en el pulido y forjado de metales provenientes de las minas, así como en el trabajo de la piedra. La minería era el principal recurso económico del reino de Kur. Grandes cargamentos llegaban a la urbe cada tres días, listos para ser lavados, seleccionados, trabajados y pulidos.

Los operarios, sin embargo, escasamente podían afrontar vidas sencillas y austeras, con los sueldos que se pagaban. La mayoría de ellos gastaban casi todos sus ingresos en hacerse con una de aquellas casas mediocres, donde poder guarecer a sus hijos hasta que también ellos, comenzasen a trabajar.

Botas escupió al pensar en todo ello. Tratando de apartar aquellos sentimientos, se centró en su propósito. Cruzaría el barrio hasta el distrito de las capillas, desde donde accedería a los túneles. Era un poco más largo, pero merecería la pena.

—¡Eh tú! Los papeles, ciudadano —urgió una voz a sus espaldas

Botas se giró maldiciendo, para encontrarse a un solo guardia, que le escrutaba mientras palmeaba su mano con una porra.

—Ahora mismo, señor...

El informador hizo el gesto de ir a sacar algo de su bolsa y aprovechando la distracción, propinó un repentino puñetazo en la mandíbula al guardia, quien se fue de bruces contra el suelo y no se volvió a levantar.

—Maldita sea. La redada se extiende por toda la ciudad —masculló.

Para aquellos casos, tan solo existía un protocolo. Esconderse y

esperar. Cualquier otro tipo de acción, acabaría en desastre seguro. Era la regla número trece del código de supervivencia de Botas Mclauden. Y no iba a empezar ahora a traicionar su propio código.

La luz de una lumbre danzaba a su alrededor. Sus párpados pesaban y escocían al tratar de separarlos. Sus hombros dolían, y su espalda, y sus brazos cuando trató de apoyarse en ellos.

Gimió. Las fuerzas le habían abandonado.

Con lentitud, consiguió apoyarse sobre sus codos e incorporarse. Sintió su camisa empapada y su piel fría bajo ella.

¿Dónde estaba?

Se trataba de una habitación de piedra. Carecía de ventanas y su única puerta estaría sin duda cerrada a cal y canto. El único mobiliario que la adornaba era su propio camastro de madera, paja y muelles, la manta que la cubría, y un quinqué que iluminaba tenuemente aquel zulo. De nuevo atrapada, sin duda alguna.

Consiguió arrastrarse hasta la puerta, solo para cerciorarse de que estaba en lo cierto. Una nueva celda para ella, y ni siquiera sabía dónde.

Últimamente su vida carecía de valor y sentido. Se dejaba llevar por las circunstancias y aceptaba su cruel destino, como si no tuviera voz ni voto. ¿Habían existido tiempos mejores? ¿O aquello también era producto de un sueño?

El pomo de la puerta giró, y ella sintió un escalofrío de terror. Se agazapó sobre la cama y esperó, a sabiendas de que no podría hacer frente a nada que apareciese.

Un hombre cubierto por una capa, con su capucha encalada hasta los ojos, ocultando su rostro, entró en la habitación.

—Por fin has despertado —dijo, mientras entraba con rapidez y cerraba tras de sí—. Empezaba a pensar que nunca lo harías.

—¿Dónde estoy? —consiguió preguntar la joven.

—En un escondite. El más seguro que he podido encontrar en esta ciudad. Lamento que las condiciones no sean las mejores, pero he traído algo de comida fría —continuó aquella voz. Una voz que ya le iba sonando. Conocía aquella voz.

—¿Soy tu prisionera? —indagó, examinando a su interlocutor.

—Estoy aquí para protegerte —aseveró él.

—Luego sí —espetó ella.

—No. Yo te saqué del castillo, ¿recuerdas?

Entonces Ox se incorporó de golpe, muy tensa, apretando los puños. Los recuerdos sobre la huida y todo lo que sucedió en ella, regresaron a su mente de golpe. La última imagen que había visto

antes de perder el sentido había sido la de su rescatador; un traidor sin escrúpulos a quien quería ver muerto.

—Tú... aléjate de mí —susurró.

—Bueno —suspiró—. Veo que ya me recuerdas. No hace falta esconderse más, entonces.

El encapuchado se descubrió, mostrando sus trenzas enmarañadas doradas y sus calculadores ojos verdes.

—Fidias Devenere, a vuestro servicio, mi señora —continuó, haciendo una reverencia floreada.

—Asesino —escupió ella.

—Y de los buenos —asintió el joven.

—Mataste a la reina. Escondido en la sombra, como un cobarde. No pudo defenderse —continuó ella.

—Entiéndelo. Es la mejor manera de liquidar a alguien, sobre todo si se trata de un monarca bien protegido —se encogió el de hombros.

—Asesinaste a Botas —dijo. El odio que cargaba su voz se agudizó al recordar a su camarada.

—En eso te equivocas. Yo no lo maté. Ni nadie, dicho sea de paso —adujo él.

—Fue condenado a muerte por tu culpa. Lanzado a volar desde la Terraza de los Vientos, mientras trataba de ayudarme —la joven apretaba mucho los puños mientras hablaba.

—Estás un poco tensa, muchacha. Botas voló, sí, pero con un paracaídas a su espalda que yo le conseguí colocar. Puede decirse que le vendí, es verdad. Pero también que le salvé la vida. O eso espero, porque es un salto muy grande.

—Deberías matarme ahora, traidor, porque si me dejas vivir lo vas a lamentar —sentenció Ox.

—¿Es una amenaza?

—Es una profecía —respondió.

—Bueno, bueno. Resulta que no puedo. Mi nuevo encargo es mantenerte con vida, y soy un tipo muy profesional —rio Fidias.

El joven se aseguró de que había cerrado bien la puerta y se acercó a ella, entregándole una bolsa con algo de comida.

—Queso, pan, y almendras. Tendrás que apañarte con eso —le dijo.

—No quiero nada de ti —espetó, mientras apartaba de un manotazo las viandas.

—Sin embargo no te queda otro remedio. La ciudad entera está plagada de cenestes que nos buscan. Nuestras cabezas tienen precio. Un precio tan alto que no me fio ni de acercarme por mi propio gremio.

—En nombre de Jakar nos encontrarán y nos pasarán un cuchillo por el cuello —asintió Ox, muy segura.

—Por orden del rey no. Estoy bastante seguro de que el rey no nos

busca. El Censo, sin embargo, está como loco.

— ¿Le has liquidado también a él?

—El monarca es mi benefactor. Me pagó por sacarte de esta escoria de ciudad, y parecía realmente preocupado.

—Traté de asesinarlo —susurró ella, confusa.

— ¡Ah! ¿Y te permites juzgarme? —rio Fidias—. Vaya, vaya.

Ox miró al suelo, molesta. Evidentemente se arrepentía de haber intentado tal cosa.

—Déjame ir. No me queda nada. Vete y yo me ocuparé del resto —continuó ella.

—El rey me dejó un mensaje para ti; «Tu maestro sigue vivo, pero ya no te podrá acompañar más. Hizo lo que hizo porque te amaba como a una hija, y desea que no le busques pues su camino se dirige en otra dirección. Me pidió que te dijera que continuases tu senda, porque eres fuerte, valiente y poderosa». O algo así. No tengo tan buena memoria.

Ox se quedó paralizada.

—¿Todo eso te lo dijo Jakar?

—Con otras palabras, pero sí. A mí también me extrañó muchísimo, y estoy deseando que me cuentes qué te traías con el rey. Parecía profundamente apesadumbrado, y preocupado por ti.

—Entonces es cierto lo que pensaba...

La joven ató cabos de forma completa. Recordó a «Ojo Blanco» agonizando en la celda. Rescató su vívida imagen mientras moría. El profundo terror de sus ojos al enfrentarse a su última muerte. Después recordó a Jakar de pie sobre el cadáver de Maeron, y su marcha.

—No era él —susurró Ox—. Es seguro que no era él.

—¿Qué?

—Quiere que me aleje. ¿Por qué? —se preguntó Ox—. Lo necesito. Todavía no sé cómo... debo volver a palacio.

—Estás trastornada. Un paso en falso fuera de esta habitación y estás muerta.

—Tienes razón. Maeron necesita no ser descubierto. Debo salir de la ciudad, pero hay algo que tengo que hacer antes. La hija de Botas. Le prometí que me aseguraría de que estaría bien.

—Si vas a verla, te asegurarás de que la maten —aseveró Fidias.

—No lo entiendes, asesino. Lo juré.

—Mclauden seguramente está vivo. Que se ocupe él mismo de su familia.

—No pediré que entiendas lo que significa un juramento. Márchate, pues mi suerte me pertenece a partir de ahora —sentenció Ox.

—La que no lo entiendes eres tú. Estás bajo mi custodia, te guste o no. He intentado ser amable contigo, pero eres una niñata

desagradecida. Si tengo que llevarte a rastras, lo haré —increpó Fidias.

—Mucho cuidado, asesino. No sabes de lo que soy capaz —amenazó la joven.

—Me obedecerás. Empezando por decirme tu nombre real, de una vez por todas.

Ox sonrió torvamente.

—Jamás tendrás ni sabrás nada de mí, traidor. Si tengo que aguantarte, lo haré, pero no me engañarás nunca más.

—Bien. Entonces come. Necesito que dejes de ser un fardo inútil —escupió el asesino.

La joven agarró la bolsa, sacó el queso y le dio un mordisco, sin dejar de observar a su compañero con desafío. Fidias frunció el ceño y se marchó de la habitación dando un portazo y cerrando con llave después.

Mientras tanto, en palacio, Maeron se observaba en un espejo, incapaz de reconocerse a sí mismo. Su mayordomo Tirios le ayudaba, solícito, a abrochar los botones de una casaca magenta; una prenda firme, regia y robusta, de la que pendían múltiples insignias y condecoraciones.

El anciano consiguió que las chorreras de su camisa colgaran impecables, y que el conjunto de aquel incómodo atuendo pareciese más impresionante y menos ridículo de lo que el rey opinaba.

—¿Es necesario, Tirios? —suspiró el rey.

—Totalmente, majestad. Hoy vais a otorgar honores militares y la etiqueta es inexcusable —explicó el mayordomo.

—Desearía continuar con mis asuntos —protestó el monarca.

—Lo comprendo. ¿Ha resultado fructífera la lectura hasta ahora? —continuó Tirios, buscando una conversación que mantuviese entretenido a Jakar mientras él buscaba los alfileres.

—No sabes cuánto. Esta noche planeo bajar a ese almacén tuyo y sumergirme en una búsqueda intensiva.

—Su majestad encontrará que ya he realizado una gran selección —afirmó Tirios.

La puerta se abrió de golpe, y en el dintel apareció Sulluh. Algo había cambiado en el comportamiento del Vicensor desde aquella sesión pública en la que Jakar lo había puesto en entredicho. Su carácter taimado y misterioso se había agudizado, y pese a parecer más suave de trato, Maeron intuía que el segundo del Censo debía estar urdiendo alguna represalia.

—La corte espera, majestad —anunció.

—Estamos acabando —respondió el mayordomo, apurándose a cepillar concienzudamente el traje de gala.

Sulluh paseó por la habitación, con las manos unidas a su espalda, queriendo dar la sensación de presencia, y urgir premura, de paso. El censor se detuvo junto al libro que el monarca tenía en su mesilla de noche y lo contempló. Maeron, al darse cuenta de este hecho, tragó saliva y se instó a permanecer lo más indiferente posible.

—«Vida y obra del santo Lucio», ¿eh? —comentó Sulluh, mientras levantaba el volumen y contemplaba su ajado aspecto con curiosidad —. Ignoraba que a su majestad le interesaran las obras de los religiosos, siendo como es, ateo a ultranza.

El Vicensor abrió el libro por el principio y hojeó sus primeras páginas impresas. Maeron se maldijo a sí mismo por no haber escondido aquel volumen. Debía decir algo drástico que cambiase el curso de los acontecimientos, sin demostrar interés alguno en la obra.

—Es muy aburrido. Lo traje pensando que encontraría algún consejo filosófico sobre el arte de gobernar, pero no hay más que loas a los misterios.

Sulluh cerró el libro de golpe y observó al monarca, circunspecto.

—Me fascina y enorgullece el repentino interés de su majestad en la dirección del reino —afirmó, de manera tan inexpresiva que era imposible leer sus intenciones.

—Así es, Sulluh. Todo rey debe regir —continuó Maeron, satisfecho. El libro de Svelton Fallas regresó a la mesilla de noche y fue rápidamente olvidado.

—Sin duda —añadió el Vicensor, sometiéndolo a inspección. Después continuó, cambiando de tercio la conversación, y endulzando su tono—. Respecto la ceremonia de hoy, quería hablarle a su majestad de ciertos asuntos.

—Soy todo oídos, Sulluh —le animó el rey.

—Habrá tres ascensos a Ungidos y dos más a Ceneste Mayor. Todos por años de servicio. Un nombramiento de Paje de Milicia, por méritos, y uno más a Vigilante Capitán, por méritos también — explicó.

Maeron se mostró confundido al escuchar aquel orden del día.

—Un momento, Sulluh. ¿Vigilante Capitán? ¿Qué cuerpo es ese de los Vigilantes, que desconozco? —preguntó el rey, enarcando una ceja.

—El cuerpo legítimo de protección de la Orden del Censo, por supuesto —asintió él.

—¿Qué? ¿Desde cuándo?

—Desde que así se firmó en asamblea particular el mes precedente.

—No tengo constancia de tal asamblea, ni de haber estampado mi firma en documento alguno. Ni, dicho sea de paso, de haber dado mi real aprobación a dicho cuerpo militar.

El enfado de Maeron era ya palpable. Si lo que decía el Vicensor era cierto, la reunión bien podría haberse realizado con su consentimiento delegado, los primeros días de su corto «reinado», en los que todavía no se había decidido a actuar como monarca.

—Y, sin embargo, la firma real está estampada en el acta de fundación del cuerpo de Vigilantes. Todo es legal y procedente, y conveniente al reino.

—¿Y de cuantos Vigilantes estamos hablando actualmente, Sulluh?

—Muy a mi pesar, majestad, de un número simbólico. Cien efectivos que ya han sido seleccionados personalmente por mí. Lo mejor de cada casa —sonrió el Vicensor, con humildad.

—A las órdenes del Censo, claro —añadió Maeron.

—Claro está —asintió el hombre.

—Muy bien Sulluh. Retírate, saldré enseguida —dijo el rey, cortando la conversación de golpe.

—Su majestad —dijo Sulluh inclinándose.

Maeron esperó a que el Vicensor se retirase y cerrase tras de sí, para mostrar su descontento. Hecho una furia, dejó a Tirios plantado con su cepillo y se dirigió a la puerta para comprobar que el maldito hombre no seguía ahí.

—Su majestad va a arrugarse la camisa, si continúa moviéndose de esa manera —comentó el mayordomo.

Maeron se acercó a él y lo cogió por los hombros.

—Tirios, ¿tú sabías de esto? —le preguntó.

—No, mi señor. Tan solo soy un pobre sirviente.

—Un pobre sirviente con cien ojos en la corte.

—No tantos cuando las altas esferas no quieren ser descubiertas en sus trapicheos —se lamentó el anciano.

—Maldita sea. Estoy seguro de que su documento es legal y fue firmado por mí —arguyó el rey.

—Su majestad ha firmado muchas cosas sin leer a lo largo de su vida —dijo el mayordomo, que rápidamente se dio cuenta del descuido—, quiero decir... no... no quería decir eso...

—No, Tirios. Es verdad, no te disculpes pues he sido un pésimo rey.

El mayordomo pareció volver a respirar tras ese comentario.

—Mas tras su recuperación, su majestad ha cambiado mucho. A mejor —añadió el anciano.

—No me adules, Tirios. Dime, ¿crees que podría echar abajo la formación de ese cuerpo?

—Como rey, sin duda. Pero en un acto despótico que contravendría las leyes del reino que vos mismo jurasteis proteger.

—Pero si no hago nada, el Censo adquirirá un poder antes nunca visto. Si bien siempre se ha valido de los cenestes para sus tropelías, estos son soldados del rey, ante todo.

—Sí. Sulluh y sus subalternos poseerían su propio pequeño ejército —asintió Tirios, más animado a hablar.

—Un ejército suficiente para dar un golpe de estado —meditó Maeron—. Debo hacer algo. Ayúdame a pensar.

—Por estas cosas adoro ser un sirviente y no un señor —rezongó el anciano.

—Sulluh es muy listo. Me acaba de poner entre la espada y la pared. Si permito que se salga con la suya, se hará con su propio brazo armado...

—Pero si lo enfrenta, quedará expuesto ante las logias, las capillas y la corte —terminó el mayordomo.

—Un momento —dijo Maeron de repente—. Tirios. Mientras asisto a esa pomposa reunión, necesito que busques algo para mí.

—Lo que sea y esté en mi pobre mano, mi señor.

—Tráeme los registros de nombramientos de la Orden del Censo.

—¿Desde cuándo, majestad?

—Desde los últimos cincuenta años. Creo que será suficiente,

—Eso son muchos volúmenes —palideció el sirviente.

—Y no llames la atención. Cuento contigo, mi leal Tirios.

—Claro, majestad —respondió el buen mayordomo, languideciendo al pensar en cómo iba a ser capaz de sacar todo eso sin «llamar la atención».

LA ÚLTIMA LUNA

Ciudad de Phontos
Reino de Kur.

«Me llaman asesino, y es lo que soy.
Pero que no me hablen de bondad
con bocas manchadas de sangre y dolor.
Mi puñal corta con especial pericia
la hipocresía de los hombres».
Fidias Devenere.

Fidias bajó su capucha y observó el edificio que se alzaba delante de él. La pareja había aprovechado las horas nocturnas para escabullirse entre las callejuelas menos conocidas de Phontos, alejándose cada vez más de los distritos controlados por los cenestes.

—Entraremos por este lado —le dijo a su compañera.

—Aquí somos presa fácil —respondió ella, observando la enorme construcción que se alzaba veinte pisos sobre sus cabezas—. Este lugar es un hervidero de gente.

—Tanto mejor, ya que tenemos que acometer semejante absurdo.

El sicario y la joven habían llegado a un tenso acuerdo. Ella se comprometería a seguirle sin rechistar, y a obedecer todas sus órdenes hasta dejar la ciudad, y a cambio él aceptaría acudir en auxilio de la hija de Botas. Dado que no podían llevársela, pues aquello significaría para ella peor condena que dejarla tal y como estaba, Fidias entregaría treinta kels de plata a su cuidador, y le instaría a abandonar la ciudad con ese dinero.

Entraron en el edificio repleto de gente. Como casi todos los de «La Colmena», albergaba a más familias de las que podía. Se trataba de un barrio pobre, marginal y violento que se alzaba a las puertas de Mehen, pero que no compartía su mala fama. En «La Colmena», sus habitantes olvidados malvivían en apartamentos diminutos que no gozaban de ningún tipo de mantenimiento.

Los que habían tenido suerte de comprar uno, al menos tenían puertas y cerrojos que los separaban del resto; kuritas y extranjeros que se apilaban en las escaleras y pasillos, y que peleaban por cualquier hueco libre.

Las mafias, por supuesto, ocupaban plantas enteras y cobraban los «alquileres» a los inquilinos, sin gozar de ningún derecho real sobre la propiedad de aquel lugar.

—Que no te vean la cara. Y mucho cuidado con lo que dices —le

advirtió Fidias—. Deja que hable yo.

—Perfecto. De todos modos, no me gusta hablar —dijo Ox, entre dientes.

La pareja traspasó la puerta de entrada y se encontró en un vestíbulo habitado. A su alrededor se dispersaban camastros, hornillos, piezas de mobiliario y vajilla, así como hombres, mujeres, niños y ancianos. El entorno no era indigente, pero sí extremadamente austero. Del olor era mejor no hablar.

Nada más traspasar la entrada, un niño que se encontraba sentado en una esquina del fondo los observó un momento y acto seguido salió corriendo escaleras arriba.

—Ahí va el chivato —susurró Fidias, mientras agarraba a Ox para que lo siguiera en aquella misma dirección.

Costaba avanzar, pues hasta en los escalones había gente sentada, o incluso dormida. Por difícil que pareciese de creer, algunos inquilinos habían acomodado sus lechos a las escaleras, configurando rocambolescos dormitorios.

Pese a que ignoraron a todo el que les abordaba y se dieron la mayor prisa posible, el casero no tardó en aparecer.

—Hola, hola, señores —les interceptó—. Este edificio no es un lugar público, así que supongo que vendrán con algún propósito.

—Por fin. Estábamos buscando al responsable de este lugar —admitió Fidias, mostrando una bella sonrisa y ofreciendo un fuerte apretón de manos.

—Preparado y listo para hacer negocios —respondió él, regalando igualmente una sonrisa taimada.

—Lo cierto es que venimos de visita. Familiar, claro está —explicó Fidias.

—Por supuesto, por supuesto. Sin embargo, nuestros clientes no desean ser molestados. Es uno de los servicios de este lugar —respondió el desagradable mafioso.

—Me hago cargo. No obstante, estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo —respondió el joven, deslizando un kel de plata en la mano del hombre.

El mafioso palpó la moneda y no necesitó ni mirarla para reconocer su valor.

—Hum. Se trata sin duda de un buen argumento, pero me temo que harían falta algunos más —dijo el tipo, sonriendo tanto como para mostrar los huecos entre sus dientes.

—¿De cuántos argumentos hablamos? —indagó el asesino.

—Digamos que cinco de ellos conformarían una buena conversación.

—Tres —rectificó Fidias.

—Cinco —repitió el mafioso, sin rastro ya de ninguna sonrisa.

—¡No se hable más! —dijo finalmente el joven, colocando cinco kels de plata en la mano de aquel timador.

—Quince minutos. Y después fuera —espetó el mafioso una vez tuvo el dinero, olvidado ya todo rastro de educación.

Fidias condujo a Ox escaleras arriba a través de diez plantas y varios encontronazos desafortunados de los que supieron salir sin armar jaleo. Habían buscado información en las calles acerca del lugar exacto del paradero actual de la niña, y si no les habían mentido, éste se hallaba en el décimo piso de aquella precaria mole de «La Colmena».

La pareja abandonó la escalera y salió a una terraza exterior. Ésta comunicaba con los diferentes apartamentos, y ni tan siquiera ahí el edificio estaba vacío. La gente dormía a la intemperie, lidiando con el vacío del que tan solo les separaba unos exiguos barrotes.

—Nos siguen —anunció Ox, reconociendo tras de sí al mismo chaval del principio, que se les adhería como una sombra, manteniendo cierta distancia.

—Lo sé. Acabemos rápidamente con esta insensatez.

—Es aquí.

Un número, el 58, colgaba en un desvencijado letrero sobre la puerta. Fidias pegó el oído al tablón de madera y rápidamente detectó a una persona que se movía en su interior.

—Llama —le ordenó el asesino a su compañera.

La joven así lo hizo, varias veces, sin obtener respuesta. El sonido en el interior del apartamento se detuvo, pero nadie respondió, ni siquiera cuando la pareja llamó a gritos.

—Estaba claro que no iba a ser tan fácil —bufó Fidias que, sacando una lámina fina de algún metal, la deslizó entre la abertura de la puerta, abriéndola inmediatamente.

Al acceder al interior, se encontraron con un apartamento minúsculo de una sola habitación, en la que se aglomeraban los muebles necesarios para vivir. Al fondo de la sala, una mujer de mediana edad y rostro iracundo sostenía un cuchillo de cocina en dirección a los intrusos.

—¡Aquí no hay nada de valor! ¡Marchaos! —gritó la mujer.

—No hemos venido a robar —intervino Ox — ¿Dónde está la niña?

La mujer tragó saliva y apretó el mango del cuchillo.

—No sé de qué habláis. Esta casa está protegida por «Los pacificadores». Si no os largáis de inmediato, seréis pasto para las ratas —respondió ella, con nerviosismo.

—Un nombre ridículo para matones de tan poca monta —suspiró Fidias, con hastío—. Señora, no haga perder mi tiempo.

—La niña se llama «Natha». Jon «Botas» te pagó para que la cuidases —replicó Ox.

—No conozco a tal persona, ni a ninguna niña —respondió ella, tragando saliva. Le temblaba profusamente el pulso.

—Miente —afirmó el asesino.

El joven se acercó a ella, y esquivando sin ningún esfuerzo el torpe ataque de la mujer, la agarró de la muñeca y se la retorció.

—No disfruto pegando a señoras, pero lo haré si es necesario —le avisó el joven.

La mujer comenzó a sudar y a respirar con pánico.

—No está aquí —dijo finalmente, sabiéndose a total merced de aquellos intrusos.

—¿Dónde está? —increpó Ox.

—Yo... no lo sé...

Fidias palpó a la mujer y arrancó de la doblez de su chaleco una bolsa. Tras sopesarla un momento, la lanzó a un lado e hizo aparecer de la nada una navaja que apuntó su cuello.

—Me lo he pensado mejor. Creo que no voy a darle una paliza —dijo.

—¡Qué haces! ¡Baja eso! —gritó Ox.

—Esa bolsa contendrá unos diez kels de oro. ¿Me equivoco? Un sueldo que ni en dos vidas lograría alguien que vive en «La Colmena». Dígame, querida. ¿Ha vendido a la niña? —preguntó el asesino, con voz zalamera.

—¿Qué...? —preguntó Ox, confundida.

—Yo no... conozco... —la mujer empezó a decir la mujer, totalmente enajenada.

—Esta navaja está impregnada con flor de invierno. Un pequeño corte en este ajado cuello suyo y disfrutará de una lenta agonía de diez días. Primero sentirá agotamiento, debilidad, seguido de espasmos incontrolables. Dos días después sus órganos empezarán a fallar, hasta que no quede uno sano. Las últimas jornadas son memorables, según tengo entendido. Ceguera, dolor, vómitos... —enumeró el asesino, mostrando una sonrisa torva.

—¡Está bien! ¡Hablaré! Hablaré...

Fidias aflojó su presa y se apartó de ella. La mujer no era otra cosa que un amasijo de carne sin voluntad, a esas alturas.

—La niña era un estorbo. No podía mantenerla. Ellos me aseguraron que la mantendrían con vida y alimentada... —comenzó a explicarse la mujer, si bien se atropellaba ella misma hablando.

—¿Quiénes? —instó Ox.

—Un hombre llamado Legio —explicó, tras una larga pausa.

El joven soltó una carcajada. Solo una.

—Y luego yo llevo la mala fama —suspiró—. Ay, ay, mi buena señora.

—¿De qué habla? ¡Explícate!

—Legio es el jefe del «Rincón de los misterios». Un burdel del distrito del jardín —dijo él.

—¡Pero si tiene cinco años! —gritó la joven, tras entender.

—Ajá... —afirmó Fidias.

—¡Su padre fue condenado! ¡Era un asesino y un mentiroso! ¡Me dejó con la carga y sin una sola compensación, el muy canalla! ¿Qué puede hacer una mujer pobre, de mi edad, en tales circunstancias? ¡No podéis juzgarme, bandidos, que asustáis y amenazáis a una indefensa señora! —se explicó ella, tratando de demostrar ofensa.

—Tiene cinco años... —susurró Ox, entrecerrando los ojos, supurando repentino odio a través de sus poros.

—Bienvenida al mundo real, furcia —escupió la señora, recuperando parte de su talante.

Ox alzó el brazo para detener a Fidias, negando con la cabeza.

—Déjala. Su cuenta está en rojo —dijo.

Acto seguido recogió la bolsa de monedas y agarró a su compañero del brazo, sacándolo de ahí.

—No te comprendo. Sabes que no merecía vivir —dijo Fidias, molesto.

La joven se quedó mirando la ciudad. Acto seguido tomó la bolsa de dinero y se la ofreció a Fidias.

—¿Es suficiente para contratar tus servicios, asesino? —suspiró.

Fidias la miró a los ojos. En ellos pudo ver una rabia y un pesar contenido de años, quizás décadas, que, en lugar de emerger había echado profundas raíces en su alma. Sus pupilas se ensombrecían a la luz artificial de los candiles. No iba a ser fácil protegerla si se dedicaban a adentrarse en los peores lugares de la urbe.

—No suelo aceptar encargos por tan poco salario —replicó. A Fidias, sin embargo, el dinero le importaba bien poco.

—Entonces pide lo que quieras, y pueda darte —ofreció la joven, con sinceridad.

—Pongámonos en marcha. Si esa mujer todavía no había usado ese dinero para largarse de Mehen, o aún, de Phontos, significa que la transacción se realizó hace poco. Si tenemos suerte, quizás la encontremos intacta.

Ox asintió, recuperando su determinación, y quizás un atisbo de esperanza.

Horas después, la pareja encapuchada se deslizaba entre los más oscuros recovecos de la urbe. La presencia ceneste era inusitadamente palpable en cualquier lugar al que se dirigían, desde el barrio del clero hasta los más bajos suburbios. Fidias danzaba como una sombra

esquivando patrullas, remontando edificios y colándose en casas habitadas sin causar alarma alguna. No obstante, lograr que su compañera repitiera tales acciones no era tarea fácil. Si bien ésta no era precisamente torpe, su falta de entrenamiento y sus muchos años de reclusión le pasaban factura, por mucho que utilizase toda su voluntad en aquella empresa.

Tras toda una suerte de periplos en los que no sucedió nada realmente peligroso, la pareja llegó al distrito de «El Jardín», uno de los más solventes de la ciudad. Tras un examen minucioso del entorno, el mercenario eligió una casa solariega como base de operaciones. Fidias había deducido su desuso con una simple mirada. Cuando una familia noble venida a menos salía de viaje, solía dejar a uno o dos mayordomos que, además de atender las tareas que la finca necesitase, se ocupaban de encender candiles por las noches, y mover luces por todas las habitaciones de la mansión, con el objeto de disuadir a cualquiera que pensase en entrar a robar. Todo ello por no poder (o querer) mantener la finca protegida por guardaespaldas a sueldo. Y como eludir a tales mayordomos era cosa de niños, el joven guio a su compañera entre pasillos y habitaciones hasta llegar al ventanal que estaba buscando.

—Ahí está —señaló el joven asesino desde lo alto de la tercera planta de la mansión.

La vista de la plaza y el barrio circundante era perfecta. Se podía contemplar cada patrulla y cada rezagado en la noche, cada figura oscura y enigmática que deambulaba por los jardines que daban nombre a aquel barrio residencial y lúdico. A lo lejos se vislumbraba un edificio majestuoso adornado por múltiples luces que llamaba la atención sobre todo lo demás. Parecía regio, de una elegancia espartana que recordaba a los edificios administrativos de la ciudad.

—No parece un burdel... —afirmó Ox.

—No debe hacerlo. Este es un barrio tan opulento como devoto. Pese a que todo el mundo sabe lo que es, su apariencia de museo mantiene a todos contentos —le explicó Fidias.

—Hipócritas... —escupió la joven.

—Está bien, veamos. A partir de aquí me encargo yo— anunció el asesino.

—No vas a... —comenzó a replicar ella.

—Sht. No haré concesiones en esto. No te ofendas querida si te digo que eres un estorbo. Me has pagado diez kels de oro para que haga un trabajo ¿No es así? Entonces déjame trabajar.

Ox farfulló y trató de replicar, pero sabiendo que él tenía razón, se detuvo.

«Tu mantente a salvo y que no te vean. Esos armarios gigantes son un buen escondite hasta que regrese, ya que entiendo que no te

resultará mucho problema evitar a ancianos somnolientos que anuncian su llegada con luces y toses. Dicho esto, a más ver».

Y tras sentenciar aquella última frase, Fidias saltó desde el alféizar y se descolgó hasta la oscuridad del jardín privado de la casa, perdiéndose de la vista de Ox, aun cuando ésta lo buscó por todas partes desde su privilegiada posición, durante largo rato.

—Maldito liante —protestó la joven hacia sus adentros.

Acto seguido abrió con cautela uno de aquellos armarios del dormitorio, lamentando no poder usar la magnífica cama con baldaquino que decoraba la habitación. Mientras trepaba a una balda superior del mueble, y seguía contemplando aquel lecho para ricos, pensó que jamás había probado una cama como esa. Sin duda debía ser muy cómoda; uno de tantos placeres que jamás conocería, y a los que había optado por renunciar totalmente.

«Maestro, ¿Por qué me has abandonado?»

Recostada sobre la balda de madera, oculta tras un edredón de plumas tan suave como un sueño, Ox cerró los ojos y pensó en «Ojo Blanco». Después se concentró y no pensó en nada más.

En el tiempo que tarda un suspiro en exhalarse, o quizás en el de una eternidad sin horas, la joven recurrió a su poder innato que ya no le era tan desconocido ni antipático. Comenzaba éste a doblegarse a su voluntad sin tanta resistencia. Comenzaba a arroparla más que a desgarrarla. Abrazándola con un dolor que era esperado, su *no-ser* la atrajo a un submundo que ya le era familiar. Al principio de todos los viajes.

De pie, sobre su cuerpo físico dormido, se contempló una vez más. Su recipiente era pequeño y mortal. Era tan poca cosa que sentía la necesidad de alejarse de aquel lastre que la oprimía.

Pensamientos como aquellos solo acudían a ella al desdoblar su esencia, y nunca antes. Como si cada vez que cruzaba el umbral de los planos de existencia, vislumbrara algún tipo de verdad que luego, al regresar, le era arrebatada.

Trató de centrarse en lo que había venido a hacer, pues el proceso cognitivo en aquel lado de la realidad era complejo y vasto, y si se dejaba mecer por él acabaría en el mismo rincón oscuro en el que había descubierto a su maestro por primera vez.

Fidias. Natha. Ese era el plan.

Se acercó a la ventana que ahora no lucía cristales. Bajo ella, las sombras del distrito de «El jardín» ondulaban como si no fuesen consistentes. Era similar y distinto. En el horizonte, la sempiterna tormenta que restringía el paso bramaba buscando ser oída.

Ox a esas alturas conocía el camino. Sabía que no era infranqueable y ni tan siquiera complicado.

Cerró los ojos y apareció en la plaza de muros enjalbegados y

postreros árboles que se retorcían sobre el edificio, al que habían nombrado «El rincón de los misterios». Desde aquel lado, el lugar no tenía nada de misterioso. Un cubículo inconsistente más, carente de todo significado.

Bondad, maldad. Todo era indiferente.

—No hay jueces en ninguno de los dos mundos —susurró Ox, como si aquella premisa hubiera acudido a su mente de forma artificial. Se sacudió para quitarse aquella idea tóxica y añadió con vehemencia—. Entonces yo seré el juez.

Traspasó el umbral y flotó hasta una opulenta y sobrecargada entrada, que nada tenía que ver con su sobrio exterior. Se detuvo de golpe y se cayó de bruces. Tambaleándose, recuperó el equilibrio y se dio cuenta de que no había andado sino volado hasta ese punto.

Tras unos instantes de perplejidad casi pudo oír la voz de Maeron diciéndole:

«¿De verdad crees que caminas con tus pies, o respiras con tus pulmones, en este plano?»

¿Era aquello un recuerdo, o quizás se trataba de su propio subconsciente dándole una respuesta?

Lamentó por segunda, y no por última vez aquella noche, la pérdida de su tutor cuando más lo necesitaba.

Múltiples sombras deambulaban por el recibidor. Eran personas. Personas que jugaban a expresar su poder; ricos comerciantes, banqueros y nobles. Personas que por otro lado tomaban el papel de sirvientes del placer, de camareros solícitos y petulantes aduladores, ávidos de migajas. Personas que jugaban a su juego irrelevante.

—¡No es irrelevante! —protestó, ante aquel nuevo pensamiento intrusivo—. ¡No es irrelevante que la gente sufra por los caprichos de otros!

Cerró los ojos y apareció en un pasillo enmoquetado de escarlata desvaído, de trémulos tapices con grotescas imágenes eróticas. Como una exhalación, una figura encapuchada cruzó a su lado ignorando su presencia, e igualmente a todo el que se asomaba. Lo siguió.

Había aprendido a reconocer a sus «allegados» desde aquel lado. El aura de Fidias lo delataba a gran distancia, y aun cuando no supiera interpretarla, era tan característica para ella como si lo estuviera viendo en persona.

El asesino se dirigía a algún punto en concreto, de eso estaba segura. Aquel lugar ya olía a muerte.

La sangre se veía, olía y sentía diferente desde aquel plano. Teñía suelos y paredes, pero también teñía el espacio entre estos, y manaba como si permaneciese tan viva como en las venas de sus receptáculos. Cuerpos caídos en el suelo, bañados en su propio líquido vital, eran la carta de presentación de su colega.

Ox los observó con frialdad y desdén.

Un grito ahogado anunció su última víctima, un hombre delgado y de facciones angulosas y severas, que ofrecía una última dantesca imagen. Su cuerpo totalmente desnudo convulsionaba mientras la daga del asesino rasgaba su tráquea y hacía brotar un reguero carmesí que, de estar físicamente ahí, la hubiera empapado por completo. A los pies del desgraciado, la sotana regia de un clérigo de la «Capilla del Buen Amor» se embebía de su sangre.

Sin dedicarle ni un segundo más, Fidias soltó aquel cuerpo como si de un fardo se tratase y se dio la vuelta. Para sorpresa de Ox, quien había estado tan absorta en la masacre que la circundaba que no había reparado en nada más, la menuda figura de una niña pequeña, vestida de forma absurda y grotesca, y rostro enajenado por el horror, se irguió en el fondo de la habitación.

El asesino guardó sus dagas, se limpió las manos con su capa y se arrodilló mirando a la pequeña. La niña lo observaba con pavor.

—¿Natha? —preguntó Fidias, con un tono encantador. El mismo tono que había utilizado con Ox al conocerla.

La niña temblaba sin saber si responder o no.

—El hombre de la pata de palo me envía a rescatar a su hijita. ¿Eres tú? —continuó, con calma—. Es un tipo fuerte, rudo, con un parche en el ojo. Un buen hombre, ¡aunque muy feo!

La pequeña tragó saliva queriendo responder, pero se escabulló tras la cama y empezó a sollozar.

—Maldita sea, asesino, llévatela a la fuerza de una vez por todas —exclamó Ox, aun sabiendo que no iba a ser oída.

El joven se levantó y se arregló la capa exageradamente,

—¡Vaya qué pena! Si no eres Natha, tendré que seguir buscando —dijo, haciendo ademán de marcharse.

—No... —se escuchó lánguidamente.

—¿No? —insistió Fidias.

—Yo soy... Natha —consiguió decir la pequeña en un hilo de voz —. No me dejes...

Y después rompió a llorar desconsoladamente. El asesino se acercó con rapidez a ella y la levantó, abrazándola.

—Shht. No pasa nada. Ahora estás a salvo —le dijo él—. Soy lo más parecido a un héroe de las historias, ¿sabes? Soy casi invencible.

—¿Como... Doros? —sollozó la pequeña, nombrando a uno de los guerreros más conocidos de la novelesca kurita.

—¡Mejor que Doros! Y no voy a dejar que nadie más te haga daño, te lo prometo.

—¿Ni... tú mismo? — preguntó ella, esperanzada.

Aquella respuesta de la niña pilló desprevenido a Fidias, quien imaginó lo que tendría que haber pasado la pequeña para hilvanar,

con cinco años, tal línea causal de pensamientos.

—Te lo prometo —repitió él, con seriedad.

—Algo sucede —anunció Ox de repente. Obviamente nadie se percató—. Tenéis que salir de aquí.

La joven comenzó a mirar hacia todas partes, buscando un peligro inminente. Una sensación terrible se había apoderado de ella de súbito, pero no podía localizar su origen ni determinar el porqué.

Los pasillos del burdel continuaban como de costumbre. Ninguno de los doce cadáveres había sido descubierto. La amenaza no provenía de ahí.

—¿Qué está pasando? —se preguntó, con nerviosismo.

Fidias y la niña ya habían emprendido la ruta de escape. Ox se asomó por el ventanal y contempló la ciudad. Había algo inusual. Algo crepitaba en el ambiente, como si una chispa estuviese a punto de hacer arder una pila de troncos untados de aceite.

—¿Qué es? No lo entiendo... ¿Está pasando aquí? ¿O allí?

En el horizonte, la tormenta ni aumentaba ni menguaba, ni ofrecía uno solo más de sus destellos. Bajo ella, una Phontos espectral cubierta de su velada bruma, latía como el corazón de un ser vivo. Con una cadencia lenta, metódica.

—Maestro, algo pasa. Escúchame.

Maeron se despertó de repente.

Estaba empapado en sudor. A tientas, en la noche, se abrió paso hasta la lámpara de aceite que sabía se encontraba sobre una de las cómodas. Al encenderla, las sombras de la habitación danzaron fantasmagóricamente unos instantes, mientras sus ojos se acostumbraban a la luz.

La cabeza le dolía profusamente, mientras la voz de su última pesadilla todavía resonaba en sus sienes con premura.

«Maestro».

Era la voz de su pupila, que le apremiaba. Con nerviosismo, observó alrededor esperando encontrar cualquier peligro inminente cerniéndose sobre él. Durante unos segundos tensos, Maeron se preparó para algún tipo de ataque, y se armó con el atizador de la chimenea apagada. Sin embargo, no sucedió nada, y poco a poco el pánico cedió al raciocinio.

—Estas pesadillas van a acabar conmigo —rezongó el hombre, mientras dejaba el atizador y se lavaba la cara con el agua de la palangana.

Hacía tantos años que no dormía de modo tradicional, que había olvidado que los sueños y pesadillas existían, y que a diferencia de sus

«sueños astrales», estos eran totalmente inofensivos. Imágenes y situaciones inventadas por la propia mente con el solo propósito de incordiar.

Pero si era así... ¿Por qué se sentía tan extraño? Algo le impulsaba a regresar al submundo y buscar respuesta a aquel enigma, aun cuando todo su ser se rebelaba contra ello.

Desde que había usurpado el recipiente del rey de Kur, no se le había ocurrido tratar de viajar por los planos, y aun hoy la sola idea lo hacía languidecer. De alguna manera temía que al haber ocupado un receptáculo que no le pertenecía, las leyes de la física lo castigaran, expulsándole sin remisión y condenándolo a una vida errante en la que no permanecería ni vivo, ni muerto.

Quizás hasta el espíritu de Jakar anduviese esperándolo al otro lado, listo para recuperar lo que era suyo. De cualquier modo, la perspectiva le aterraba tanto que no tenía pensado regresar hasta, al menos, haber encontrado alguna información relevante en las obras de Svelton Fallas.

«¡Maestro!» —volvió a sentir aquella palabra en el interior de su cabeza una última vez, más apremiante que las anteriores. Y después de ello, la sensación cesó de golpe.

Llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —urgió el rey, con los nervios de punta.

—Tirios el mayordomo, su alteza —se escuchó al otro lado, en poco más que un susurro.

Maeron se recompuso y alegró de inmediato. La compañía del anciano era lo que más le reconfortaba desde que había llegado. Corrió a la puerta y soltó los dos cerrojos permitiéndole la entrada.

El mayordomo pasó, seguido de un muchacho adolescente, que cargaba con un bulto tan grande como él mismo. Cuando Maeron le pidió explicaciones con la mirada, el mayordomo respondió:

—Es mi nieto, Jeremías, su alteza. Mi espalda no es lo que era tiempo atrás, y muy a mi pesar he tenido que pedirle asistencia. Jeremías, deja el paquete sobre la mesa y retírate —le ordenó al punto de haber ejecutado su mandado.

Cuando se hubieron quedado solos, Maeron se acercó al bulto cubierto por una sábana y lo destapó. Una pila de libros enormes apareció frente a él, y rápidamente comprendió.

—Los has conseguido sacar —afirmó el rey, complacido—. ¿Están todos?

—Todos los que hay. Estoy muy seguro de que nadie me vio cogerlos, y aun si he sido descubierto, lo he hecho portando un bulto que podría ser cualquier cosa —explicó el anciano.

—Los registros de la Orden del Censo. ¿Crees que su ausencia pasará desapercibida mucho tiempo? —preguntó el falso Jakar

mientras hojeaba el primero de los tomos.

—No podría decirlo, su majestad. Tan solo sé que cuanto más tiempo sea, más peligra el anonimato de su alteza.

—Eso no nos deja mucho margen, ¿no crees?

—Es por ello que este humilde sirviente se ha tomado la libertad de traer un pequeño refrigerio para una noche en vela —anunció el anciano, mostrando un pequeño bulto que resultó ser una recena a base de empanada y magdalenas.

—Piensas en todo, viejo amigo. ¿Vas a ayudarme con esto? —preguntó el rey.

—Su majestad olvida que me encuentro a sus órdenes.

—No quiero que sea una orden, ni privaré a un anciano de su sueño por mi mero capricho —rectificó Jakar.

—Nada me complace más que la complacencia de mi señor. Sin embargo, me ayudaría saber qué buscamos.

—Todo lo que rodee el nombramiento de Sulluh. Cada reseña que, desde entonces, se haya hecho sobre él en estos libros —explicó Maeron.

—Creo que va a ser una noche muy larga —afirmó Tirios, quien sin perder un momento más, desplegó sus anteojos de cerca y tomó el primero de los recios volúmenes.

«Tan solo el rey escuchará».

El chamán Jor era un tipo muy gracioso. Pero que muy gracioso.

Y Jon «Botas» Mclauden no estaba para mucho chiste. Aunque admiraba enormemente al pueblo de Uk, y en cierta manera a todas las aldeas del Frondo que había conocido, aquel encargo que le habían hecho era absurdo.

Entendía la amenaza, sí. La cosa estaba peligrosa, y lo que había visto daba bastante miedo. Pero que le aspen si aquel trabajo no rozaba lo ridículo. Él, un sentenciado a muerte por la corona que a día de hoy debería estar criando malvas en lugar de tomándose una cerveza de barril en la posada de «Desdentado Mike», habría de sortear una ciudad repleta de guardias cabreados y, de alguna manera milagrosa, llegar nada más y nada menos que hasta el mismísimo rey de Kur, hacerse oír ante él, y soltarle de golpe cosas que ni siquiera sabía explicar porque no tenían ningún sentido. ¡Todo muy fácil de hacer!

—Te veo preocupado, Jon —le dijo Mike, el dueño del antro en el que se encontraba.

—Es que es para estarlo —protestó Mclauden.

—¿Líos de faldas, amigo? —rio Mike, mostrando los huecos de su dentadura con sumo orgullo.

—Bueno, ¿sabes? Por una vez eso también. Pero no es lo que me trae de cabeza.

—¿Y qué es lo que puede fastidiar tanto al «Botas resucitado»? —rio de nuevo Mike.

—Un encargo difícil —explicó, dando un sorbo a la amarga pinta.

—Pues como siempre. Creía que se trataba de algo serio.

—Tengo que hablar con el rey.

Desdentado Mike se atragantó con su propia cerveza y luego rompió a reír a carcajada limpia.

—Entonces pídele audiencia, amigo. Quizás te atienda tras la recepción del embajador de Borche.

—No hace falta que te rías, Mike, ya sé cómo suena. Un disparate.

—¿Y por qué aceptas trabajos imposibles? Es malo para la reputación, Jon.

—Porque es necesario ¿Se te ocurre a ti algún modo?

—Somos gente pequeña, «Botas». Reza por no mezclarte con asuntos de los grandes, y vivirás más. Si has sorteado la muerte una vez, amigo mío, coge a tu hija y a esa jamelga de la que no me has hablado y lárgate bien lejos de Phontos. Nunca es tarde para empezar de cero, hazme caso.

—Ya.

Botas lanzó un kel de cobre sobre la mesa y salió de nuevo a las calles. Un Keppler sobrevolaba los cielos dirigiéndose a la distancia. Se imaginó a sí mismo tomándolo y escapando de Kur junto a sus dos chicas. Sería fabuloso poder darle algo mejor a Natha, quien no había conocido más que la miseria de Mehen desde que nació, y llevarse a Nirti con él sin mirar atrás.

—Lo que no se puede, no se puede —se dijo, sacudiéndose los pensamientos melancólicos y recordándose a sí mismo a qué había venido.

Aquella ciudad albergaba varios millones de almas. Era cierto que él era un «tipo pequeño». No estaba hecho para las grandes gestas. Pero si un pueblo entero había creído en él para esto, no podía sino intentarlo. Haría lo que mejor sabía hacer un «informador»; investigar.

Para realizar su trabajo solía valerse de varios medios. Uno de sus preferidos era su intrincada y personal red de vagabundos. Aquellos pobres desafortunados resultaban de lo más útil si lo que quería era localizar personas y sucesos con cierta rapidez. Para otros menesteres más específicos daba uso de los soplones; gente de baja estofa dispuesta a vender a su abuela por un puñado de kels y que además se sentían muy orgullosos de ello. No era su método preferido, pues se vendían al mejor postor y muchas veces jugaban al agente doble,

consiguiendo que lo que pagaba por la información resultase inútil. Sin embargo, lo que él prefería era otear la noche, escuchar tras las ventanas, olfatear los perfumes y vigilar en la sombra.

En esta ocasión, por más que se exprimía el seso para encontrar una solución, no la encontraba. Colarse en el palacio era inútil. Tras la primera vez, y con todo aquel revuelo en la ciudad, tratar de entrar era prácticamente lo mismo que suicidarse. Por otro lado, estaba la opción de buscar la manera de enviar un mensaje anónimo y rezar para que llegase a sus manos y no a las de cualquiera de sus adláteres. No parecía una medida muy fiable y dejaba demasiados boletos a la suerte.

Y mientras se encontraba así cavilando, apostado en lo alto de un muro y envuelto en la sombra nocturna, un suceso captó la atención de Mclauden. Dos sujetos, cobijados por el amparo del anonimato, charlaban sospechosamente en la calle aledaña. El informador contaba ya con demasiados años de servicio en Mehen como para saber que aquel encuentro no era ni casual, ni inocente. Así que el hombre se escabulló en silencio hasta situarse sobre las cabezas de sendos extraños, sin ser visto.

Nada más acercarse se dio cuenta de que sus vestimentas eran inusuales. Demasiado nobles para aquel distrito, a la par que demasiado sobrias para ser nobles. Las capuchas encaladas mostraban un bordado que jamás había visto, y eso que él conocía cada símbolo de las logias, capillas y cuerpos militares de la urbe. Se trataba de un *semprón*, el tipo de águila de los desfiladeros, enfrentado a una espada de doble hoja. Bajo las capas, se adivinaban las piezas de algún tipo de armadura.

—... lo que sea, será pronto —oyó decir a uno de los extraños.

—Nos jugamos el cuello, pero recuerda que al final, nosotros decidiremos —respondió el otro individuo.

—Es una forma de verlo —asintió la primera figura encapuchada.

Un par de escuetas frases más fueron dichas antes de que la pareja decidiese moverse, analizando los alrededores primero.

«Un poco de acción no le irá mal a mi mente embotada» —pensó Botas, antes de comenzar a seguirles con toda la discreción de que disponía. La pareja torció el recodo y cruzó el distrito de las capillas antes de descender por la larga escalinata de piedra hasta el barrio orfebre, en el que todavía, a altas horas de la noche, se podían ver algunas fraguas y hornos encendidos.

Los desconocidos se adentraron en varias sinuosas callejuelas antes de acceder a lo que parecía un almacén de abastos totalmente vulgar. Las ventanas del mismo estaban selladas, y tan solo una rendija de luz bajo el portón de entrada revelaba que había alguien dentro.

Botas rodeó la calle en busca de una entrada auxiliar, solo para

descubrir que alguien la guarecía desde el exterior.

«Algo interesante se cuece aquí dentro. Algo lucrativo» —se dijo el informador, quien ahora empezaba a divertirse. Tras tantas penurias y novedades, la vuelta al trabajo resultaba reconfortante.

Un examen más exhaustivo de los alrededores le dio rápidamente la solución. El inmueble contiguo, una planta de secado, poseía un acceso interno a través de una puerta de servicio que Mclauden aprovechó sin dudar. Una vez en el interior, el sosegado bullicio que llegaba hasta sus oídos le reveló que iba a tener compañía. Y no poca. Por lo que alcanzaba a escuchar, al menos había varias decenas de sujetos sospechosos ahí dentro, hablando en susurros o con voz amortiguada.

Botas cruzó un pasillo que desembocaba en la amplia holgura de un almacén. Para su fortuna, numerosas estanterías llenas de cajas y materiales se ordenaban ahí dentro, ofreciendo un sinfín de escondites para alguien mínimamente avispado. No pasó mucho tiempo antes de que los murmullos cesasen de golpe, cuando un hombre se abrió paso entre los demás, colocándose sobre la ventaja de una pequeña palestra. Aunque estaba de espaldas a él, reconocería aquel perfil agudo y frío en cualquier circunstancia. Se trabaja del Vicensor de la ciudad.

«¿Qué estás tramando, truhan?» —susurró Botas, más interesado que nunca.

El hombre, que no ocultaba su rostro con ninguna capucha, ni su armadura del Censo con ningún hábito, mostraba deliberadamente el emblema que antes había visto en sus seguidores.

—Camaradas —comenzó a decir, sin alzar demasiado la voz, pero asegurándose de que fuese suficiente para las casi cuarenta personas congregadas ahí—, me apena que seamos tan pocos, pero estoy seguro de que los aquí presentes os encargaréis de informar a los ausentes sin tardanza. Y digo esto porque queda poco tiempo.

Sulluh examinó a la concurrencia y asintió, asegurándose de haber creado la suficiente expectación.

—Sucederá durante el bautismo del nuevo Keppler de su majestad —anunció.

—Pero eso es pasado mañana —exclamó una voz sorprendida.

—Así es. No veo motivos para demorarlo más, y cada día que pasa, las acciones de Jakar son más irritantes. Es hora de instaurar un gobierno de verdad para este reino.

—Vicensor, esa ceremonia estará llena de civiles... —se atrevió a decir uno de los congregados, sin mucha convicción.

—Tanto mejor para que el pueblo se percate de lo ocurrido. Aprovecharemos el momento y nos consagraremos ante la plebe como el único poder factible. El descrédito de Jakar es ya legendario entre el

populacho, y esta puesta en evidencia no hará sino acrecentarlo y reafirmar nuestra posición.

—Pero habrá derramamiento de sangre —intervino otro.

—Los cenestes que protejan al rey serán declarados traidores y no merecerán sino la muerte. Para que nuestro poder prevalezca, serán necesarios unos cuantos sacrificios. Confiad en mí, *Vigilantes*, muy pronto todo habrá acabado.

Botas tragó saliva y continuó escuchando el discurso de aquel hombre. La emoción del momento había cesado de golpe, al imaginarse a las víctimas inocentes regando el suelo con su sangre.

«Debo avisar al rey» —se dijo. Pero pronto cayó en la cuenta de que ya tenía que avisar al rey de todas formas, y en ese sentido su situación no había hecho más que empeorar.

—¡Maldita sea mi estampa! —arguyó para sí mismo mientras se escabullía rápidamente de aquel lugar.

Tirios apuró las últimas gotas de su té negro de Null y limpió los cristales de sus anteojos. Junto a él, su majestad había caído rendido sobre la mesa, víctima de un irremediable agotamiento. La noche había sido larga y ardua, y el mayordomo se compadeció de su rey, quien en pocas horas debía asistir a una recepción inexcusable.

Guardando silencio, el anciano amontonó los libros y los ató de nuevo entre ellos. Tenía tanto trabajo que hacer, que esperaba aguantar despierto al menos hasta la noche siguiente. Añoraba las fuerzas de su juventud, con las que podría haberle dado a su rey un mejor servicio.

Cuando salió de la sala, ordenó a varios sirvientes que entraran a los aposentos del rey y lo trasladaran con extremo cuidado hasta su lecho, que encendieran una barrita de incienso de lavanda para mejorar su sueño y que permaneciesen junto a la puerta toda la mañana, por si el soberano despertaba.

Aprovechando las intempestivas horas, Tirios se dio prisa en devolver los registros a su lugar sin ser visto. No sacarían nada más en claro de aquellos libros de lo que ya habían sacado.

Cuando iba a dejarlos, encontró traspapelada una carta arrugada, sin entender cómo había llegado hasta allí. Se trataba del ofrecimiento de un empresario extranjero para instalar unas máquinas repetidoras de radio, como así se las llamaba, con el objetivo de traer nuevas vías de comunicación a Kur. No sabía lo que era esa «radio», pero recordaba esa misiva y el interés que había despertado en Jakar. ¿Cómo era posible un cambio tan radical en la personalidad de un hombre? Desde que despertó de su larga enfermedad, no había sido el

mismo. Si bien Tirios había pasado su vida tratando de cuidar y proteger al joven Jakar, la melancolía de éste siempre lo había doblegado, aplastado e inutilizado para hacer cualquier cosa. El mayordomo se había pasado la vida sufriendo por él. Tal vez ahora que su joven Jakar había enfrentado a la muerte, hubiera esperanza para el reino.

Tras dejar los libros en su sitio, Tirios marchó a preparar al servicio de la mañana. Dando órdenes sencillas y claras, organizó a toda el ala este del palacio para el resto de la jornada.

Poco después bajó a su despacho personal, donde detalló por escrito las tareas satisfechas y ordenó la correspondencia real para su entrega inmediata. Cuando ésta hubo partido, y reservando la que era personal del monarca y la suya propia, el mayordomo bajó a las cocinas, donde revisó el menú previsto para aquel día y contabilizó las existencias. Rápidamente se dio cuenta de que faltaban puerros, la pimienta se había terminado, y varias hortalizas estaban de todo menos frescas. Mandó llamar a los mozos de compras y los envió con premura al mercado, añadiendo varias comandas a la lista.

Debía preparar la ropa de su majestad antes de la recepción, pero le restaban todavía varias horas. Tiempo suficiente para acercarse él mismo a buscar algunos manjares específicos para Jakar, que no quería delegar en subalternos.

Cambió sus ropajes de mayordomo primero por ropa de calle elegante, se ciñó una capa con cuello color magenta y tomó una cesta antes de partir de palacio. Al salir, renunció a la escolta que le estaba asignada, pues aun siendo un anciano sirviente, todavía gustaba de los espacios en soledad y la belleza de la independencia.

Dejó atrás las escalinatas del palacio y bajó hacia la urbe, por el camino reservado al servicio que, si bien no era la amplia avenida ornada de árboles y flores utilizada para entradas y salidas de la corte, se trataba de un paseo precioso a la vera de una acequia que manaba desde las montañas. A tanta altitud sobre el nivel de Interterras, cercana a los tres mil metros de altura, el sol siempre caía inmisericorde, el viento, cuando soplaba, zarandeaba hasta la última terraza de madera, y las temperaturas extremas volvían loco hasta al último kurita. Sin embargo, Tirios amaba hasta la última brizna de hierba rala que crecía en Phontos y disfrutaba de cada momento vivido en su privilegiada posición.

Cansado pero alegre, se adentró como de costumbre en los barrios urbanitas donde conocía a mucha gente, y entre casi todos era tenido en alta estima. Los tenderos de los mercadillos siempre le hacían descuentos, e incluso regalos para el palacio. Las tiendas reservaban para el rey su mejor mercancía, y dado que el palacio nunca regateaba, siempre era recibido con gran agasajo.

En aquella ocasión deseaba comprar algunos ungüentos muy específicos. Pomadas para las picaduras de insectos, cremas contra las quemaduras solares, y otras cosas.

Tardó un rato en elegir el producto antes de dejar una de las tiendas, y cuando lo hizo, escuchó una voz que se dirigía a él.

—Compráis unas cosas muy raras, anciano. Algunas hasta parecen peligrosas —sentenció la voz del desconocido, una voz grave con un deje sarcástico.

Tirios dio un respingo y se giró de repente, para encararse a un hombre de mediana edad, cabello corto, negro y despeinado, profundas arrugas en los ojos y comisuras de los labios, y expresión campechana.

—Tan solo es bromelia y aloe, algo de crema de saúco y un par de remedios de botica —se explicó el anciano sin saber por qué lo estaba haciendo—. ¿Quién sois?

—Y ajenjo y belladona —añadió el desconocido.

—Remedios de botica, he explicado —refutó el mayordomo, con molestia.

—¿Alguien incómodo en la casa real? —bromeó el hombre.

—Tengo muchas cosas que hacer antes de compartir desvaríos con un hombre sin nombre —protestó Tirios mientras trataba de irse.

—Mis disculpas, Tirios Benelux, primer mayordomo de su majestad. Soy Jon Mclauden, a vuestro servicio.

El sirviente se quedó paralizado.

—Mclauden el ajusticiado regicida, ¿decís? —espetó el mayordomo.

—Más falso que un kel de madera. Yo no mato ni a las moscas.

—Eso dicen todos los culpables —respondió un Tirios cada vez más nervioso.

—Si me dedicáis un rato os explicaré eso y muchas otras cosas; más de las que imagináis y mucho más importantes.

—Debo irme... —Tirios trató de escapar, pero Botas colocó su brazo entre él y su camino.

—He indagado sobre vos y parecéis un hombre honrado. Lo más honrado que he podido encontrar en esa casa de locos. Confiad en mí, pues es importante. El rey corre peligro. La ciudad corre peligro. Y quien sabe si no es más grave que eso.

En ese momento, un viandante intervino.

—Señor Tirios, ¿Le está molestando ese bruto? —gritó, amenazando deliberadamente a Botas.

Tirios miró a los ojos a su asaltante y dudó unos segundos.

—Estoy bien, es un conocido mío —respondió, con severidad. Después suspiró y se relajó levemente—. Hay una taberna aquí al lado, Mclauden. Espero que no me arrepienta de esta decisión.

—Ni por asomo —le aseguró el hombre, regalándole esta vez una afable sonrisa.

TOQUE A DIFUNTOS

Ciudad de Phontos.
Reino de Kur.

«No, no, no es así, mi amor.
Todo es más hermoso de lo que tú piensas,
y te lo voy a demostrar.
¿Que si he muerto?
¿Desde cuándo eso es importante?
La vida no es un lugar ni un tiempo.
La vida es la chispa imperecedera,
que lo imbuye todo».

Danan.

Casi en el extremo opuesto de la ciudad, Fidias abría sin ninguna dificultad los cerrojos de una casa vacía. Ésta se encontraba al borde de la ruina, pero para pasar un día sería suficiente.

Escaparían de la ciudad durante la noche, al abrigo de la sombra, y una vez fuera buscaría un medio de transporte hasta Kíos, un pueblo lo bastantemente insignificante como para mantener el paquete seguro por ahora. Debía ponerse en contacto con Reega y aclarar todo aquel asunto lo más pronto posible. Si para ello tenía que cargar con una mocosa durante un tiempo, haría el esfuerzo.

La niña entró sin rechistar al cuchitril, seguida por Ox, a quien aquel lugar le recordaba un poco el tiempo pasado con su maestro en la decrépita mansión.

—Os quedaréis aquí hasta bien entrada la noche. Después partiremos —anunció el joven.

—¿Te vas? Necesito dormir, yo no puedo cuidar de la niña —dijo Ox.

—Tengo que conseguir provisiones para los días de viaje —adujo Fidias.

—Nos apañaremos con cualquier cosa —respondió ella, molesta.

—No tienes ni idea de tratar a los mocosos, ¿eh? —rio el asesino—. Descuida, que ésta se cuida sola. No te va a montar ningún berrinche.

Ambos miraron a la niña, que los observaba con rostro impasible.

—¿Dónde está mi padre? —inquirió ella, con seriedad.

—Cualquiera sabe, tesoro. Pero eso no debe preocuparte. Ahora estás a salvo y te vamos a sacar de este antro de ciudad —le respondió Fidias con dulzura.

—No quiero volver jamás —anunció.

—Ni tú, ni nadie —continuó el asesino, de nuevo transformado en trovador.

—Está bien, cooperaré con vosotros —dijo. Y después se sentó en una esquina y se dedicó a mirar la pared.

Fidias le guiñó un ojo y se marchó sin más, dejándolas solas en aquellas cuatro paredes desvencijadas. Ox observó a la niña, sin saber qué decir.

—Me voy a dormir —le anunció.

Natha se encogió de hombros dejando claro que no le importaba nada. Cuando iba a entrar en una de aquellas habitaciones sin puertas, se detuvo y suspiró.

—¿Estás bien? —preguntó a la pequeña.

—No llegaron a hacerme nada —respondió ella, lacónicamente.

—Perfecto —asintió Ox.

Y después se retiró en soledad. Quizás no era el mejor momento para aquello, pero quién sabe cuántos momentos iba a tener de ahora en adelante que resultasen propicios. Se tumbó entre unos jirones de ropa amontonada, esperando que no tuvieran pulgas y piojos.

Rápidamente se instó a relajarse para utilizar su poder. Como de costumbre, tardó unos minutos en conectar con su viajero astral, su propio yo más allá del receptáculo físico del plano en el que se encontraba. Cuando lo hizo, desdobló su ser y dejó atrás su recipiente para caminar en el etéreo.

La niña había dejado de mirar la pared y ahora la observaba a ella, a su cuerpo recostado sobre los tablones. La observaba con interés manifiesto. Ox se acercó hasta ella y trató de acariciar su cabello. Pequeñas chispas de energía hacían vibrar su aura cuando la tocaba, estableciendo una conexión que ella podía sentir. Obviamente Natha no podía, y no se inmutó.

—Chica valiente —le dijo.

La viajera astral traspasó el umbral de la casa y se dirigió a la calle. Todo seguía como siempre; la tormenta, los desvaídos grises, las presencias pululantes. Sin embargo, nada era igual. Algo revolvía el ambiente, cargándolo de una estática diferente. La energía vibraba y resonaba en otra frecuencia.

¿Cómo sabía ella eso? Imposible aclararlo con palabras. Sabedora de que no encontraría respuestas ahí, se adentró más hondo en el etéreo.

Se encontró caminando por el plano de los muertos.

No había sido esa su intención. Ella había entrado para indagar sobre aquel desequilibrio, pero sus pasos le habían conducido una vez más hacia allí. Existían una multiplicidad de planos, ahora lo sabía. Sin embargo, siempre acababa en ese. Siempre revolvía las arenas del tiempo y el espacio en su busca.

Tomó el bote del barquero y efectuó su pago en lo que tarda una estrella fugaz en describir un arco en el firmamento. Conocía el camino y aprendía los atajos, intuitivamente y con rapidez. Llegó sin mayor problema hasta el bosque donde otrora había encontrado a su madre, y la había visto consumirse. Rodeada de quejumbrosos árboles sin vida, que se retorcían a su alrededor y atrapaban las almas que se hallaban perdidas, Ox se sintió una vez más desfallecer. Recordaba vagamente haber visto una ciudad en sus antiguos viajes, un lugar al que llegar.

Pero por más que anduviese, no parecía avanzar en absoluto. Quizás se trataba de un paso infranqueable. Quizás la única manera de llegar hasta allí fuera desapegarse definitivamente de la vida.

—¿Dónde estás? —gritó. Pero su grito sonaba vacío, hueco—. ¡Estoy aquí! ¡Vuelve conmigo!

Ox escrutó su alrededor. Cerró sus ojos y esperó unos momentos antes de volver a abrirlos. Cuando lo hizo, se encontró cara a cara con la mole de uno de aquellos árboles siniestros elevándose frente a ella. Con un respingo, y ahogando un gemido, cayó al suelo y observó cómo aquel ser se movía.

—No perteneces a este lugar, caminante —bramó una voz profunda y cavernosa.

—Busco a alguien —explicó ella, con inevitable terror en sus ojos.

—Corta tu hilo, y te diré como llegar hasta esa persona —gorgoteó la bestia.

—¡No! ¡Apártate de mí!

La criatura lanzó una de sus profundas raíces hacia ella, tratando de atraparla. Ox se escabulló como pudo, tan solo para darse cuenta de que el bosque entero se retorcía convulso.

Corrió hasta la extenuación antes de salir de él, y cuando lo hizo, volvió a encontrarse en el desierto previo a la arboleda

No había manera. No había un camino. No había más guías a los que acudir.

Alrededor de ella, la vastedad de aquel lugar la consumía.

—Jamás volveré a verte —lloró, frustrada.

Apenas recordaba ya su imagen. Se había distorsionado en su mente, junto con sus recuerdos.

Aunque sabía que no se encontraba físicamente allí, podía notar las lágrimas escurrirse por sus mejillas, pues aún si todo aquello no fuese real, el lacerante dolor que sentía sí lo era. Cada vez que lo intentaba y fracasaba, una parte de su alma se desgarraba y hacía jirones. Pensó que así debió acabar Maeron, y se preguntó por un segundo qué sería lo que él buscaba con tanto ahínco, como para malograr su cuerpo físico tal y como lo hizo. Se enjuagó las lágrimas con la mano y alzó la cabeza.

Entonces lo vio.

De pie, a pocos metros de ella, se erguía la figura de un joven. Su cabello castaño, ondulado y despeinado caía por su rostro. Sus ojos azules eran joviales y profundos, y se reían con la sola mirada. Sus labios dibujaban una sonrisa sincera y formaban un hoyuelo en sus mejillas.

La estupefacción que sentía le oprimía el pecho y no la dejaba respirar. Trató de articular una sola palabra, mas nada salía de su boca.

—Valena —susurró el muchacho.

La joven no se movió un ápice, convertida en una piedra que no podía sino observar aquella aparición. El aparecido se acercó y se arrodilló a su lado, mirándola a los ojos. Tomando su mano, colocó algo en ella. Una flor de espino.

Ox alzó la mirada, incapaz de controlar las lágrimas que pugnaban por escapar.

—Cuando llegue el momento, no mires atrás —le dijo.

—¿Qué...? —consiguió preguntar ella, desconsolada.

En ese momento sintió una increíble punzada de dolor en todo su cuerpo. Una fuerza imposible tiró de ella y la hizo regresar a su recipiente físico de golpe. Abriendo los ojos, e ignorando el dolor, se irguió como un resorte y comenzó a moverse por toda la habitación, enloquecida. La imagen se había esfumado. Él se había esfumado. Todo se había esfumado. En su lugar solo restaba una habitación decrépita, iluminada por la llama de un candil, y al asesino y a la niña observándola como si estuviesen viendo un fantasma.

—¿Qué habéis hecho? —logró decir, con un hilo de voz desgarrada.

—Es hora de irse —explicó Fidias, asustado.

—¡Lárgate de aquí! ¡Fuera! —Bramó entonces, descompuesta—. ¡Fuera de aquí asesino, o te juro que te mataré!

Las paredes de la habitación comenzaron a vibrar y a desconcharse. Del techo cayeron restos de pintura y polvo. Cada músculo de Ox se tensó y su cabello oscuro comenzó a electrizarse y erizarse. Parecía que la casa entera se iba a desplomar sobre sus cabezas, pero antes de que eso ocurriera, la joven simplemente se desmayó, haciendo cesar la hecatombe.

Cuando Fidias se acercó a ella, recogió un enorme mechón de su cabello del suelo. El rostro de Ox, marcado por el esfuerzo, se constreñía en una mueca horrenda.

—¿Qué es?... —preguntó Natha, atemorizada.

—No tengo ni idea —respondió Fidias, estupefacto.

Bien entrada la noche, Maeron se deslizaba por los pasillos de palacio lo más sigilosamente que sabía. Había recibido una nota de su fiel vasallo Tirios, que lo instaba a reunirse con él en el almacén de libros viejos, tan pronto como sus deberes se lo permitieran.

Zafarse de su escolta no había sido difícil, y la curiosidad lo apremiaba más que sus propias ganas de acabar con la jornada de trabajo. Ser rey no era un asunto baladí. Resultaba más bien una dura carga. Cuando llegó a su destino, y tras asegurarse de que nadie lo había seguido, accedió al almacén y cerró con cuidado el portón tras de sí.

La llama de un candil danzaba iluminando levemente la habitación repleta de cajas, libros y polvo. Su mayordomo se erguía delante de él, y parecía nervioso.

—Mi rey —le dijo—. No hay tiempo para muchas explicaciones. Debéis confiar en mí.

—Tirios, me asustas. ¿Qué puede perturbarte de esta manera? —preguntó el rey.

—El atentado que temíamos sucederá mañana. Durante el flete del «Orión» —contestó con gravedad.

—Nuestra sombra finalmente se destapa, ¿eh?

—Así es. Y demasiado pronto para ejecutar nuestro plan, me temo.

—¿Estás seguro de la información?

—No... no sabría deciros, majestad —respondió dubitativo, el mayordomo—. La fuente no se puede decir que sea muy fiable.

—Explícate.

—Sal, informador —ordenó Tirios.

Desde detrás de un montón de cajas, emergió la figura de un hombre con prótesis de madera que le resultaba inconfundible. Se hallaba esposado con grilletes en manos y piernas.

—¿Tú? —preguntó, estupefacto, al recordar al amigo de su pupila que había sido encarcelado junto a ellos.

—Su majestad me perdone, pues el informador es Mclauden, el asesino ajusticiado de vuestra esposa. He accedido a traerlo frente a vos, a cambio de que lo haga cubierto de cadenas.

—Vamos, mayordomo. Soy de fiar, yo no maté a nadie —protestó Botas.

Maeron se quedó mirando a aquel tipo.

—Y es verdad. Él no la mató. Puedes soltarle —dijo finalmente, el monarca.

—¡Pero majestad!

—Descuida, rey. Tu mayordomo guarda un punzón envenenado para mí, bajo las chorreras de esa camisa tan repipi —añadió Botas.

—Pero ¿qué...? —protestó Tirios, sin entender cómo aquel hombre

había descubierto su punzón.

—Mucho ojito con él, vuecencia, parece un viejo, pero es más peligroso que una serpiente —avisó, con media sonrisa.

—¡Eso no es verdad! ¡Moriría por mi rey! —el mayordomo no puedo evitar elevar su tono en aquella queja.

—Eso dicen todos, y luego ¡Pum! —rio Botas.

—Basta —intervino el rey—. Mclauden, no pude evitar tu castigo. Por ello te pido perdón, pero viendo que te encuentras bastante vivo, te exijo que digas lo que has venido a decir.

—Muy bien, majestad. Un gran mal se acerca —dijo, sin saber muy bien cómo acometer la conversación.

—La conspiración de Sulluh —asintió el rey.

—Sí, sí, pero hay algo mucho peor que eso. Las aldeas del Frondo se preparan para una guerra que no podrán ganar —dijo, tratando de explicarse.

—¿De qué estás hablando? Cuéntale lo que me has contado a mí, mentecato —urgió Tirios.

—Me dijeron que tan solo el rey escucharía lo que tengo que decir. Quien lo dijo es un hombre sabio, que confiaba su vida en ello, por alguna razón que no alcanzo a comprender. ¿Eres tú ese rey? —inquirió Botas, mirando a Jakar a los ojos.

—¿Una guerra? —preguntó Maeron, a quien aquello le había pillado desprevenido.

—Una guerra contra la plaga que se acerca. Los hombres y mujeres de Interterras solicitan ayuda al reino de Kur, para librarla. Ellos solos no podrán.

—Majestad, este hombre está demente. No tengo ni idea de lo que está diciendo, pero no se parece en nada a lo que me contó a mí. Está claro que no debí confiar en un liante estafador de los barrios bajos. Mandaré llamar a la guardia para que se lo lleven —profirió Tirios.

—¡No, maldita sea! ¡Lo que dije es verdad! Mañana tratarán de matarte y hacerse con el poder. Todo es obra de ese Vicensor tuyo y su cohorte de imbéciles. Los pillé en una reunión secreta por mera coincidencia —arguyó Botas.

Maeron se cruzó de brazos y entrecerró los ojos.

—Las aldeas del Frondo. Luego todavía hay gente viviendo en esos lugares —comentó el rey, pensativo.

—Mucha gente, majestad. Pueblos enteros que habitan las llanuras y desfiladeros ajenos al ajetreo de Kur —asintió Botas, esperanzado.

—Llegaste a ellos tras tu ejecución, intuyo. Te acogieron en sus casas y te hablaron de sus costumbres —continuó Jakar.

—Eso y mucho más. Son buenas personas que ahora solicitan la ayuda de su rey.

—No te excedas, Mclauden. Ni ellos quieren ser mis súbditos, ni yo

sabía de su existencia hasta ahora —le interrumpió el rey.

—Es verdad. Disculpa si soy un poco zopenco, pero no acostumbro a hablar con monarcas —sonrió Botas con humildad.

—Háblame de ese «mal» que has mencionado —solicitó Maeron.

—No sabría explicar su naturaleza. Es como una enfermedad de la tierra, que se extiende como una plaga. La montaña está cambiando a su paso, y es hogar de extrañas criaturas y miasmas nunca antes vistas. Desde que los habitantes del Frondo lo encontraron, su extensión no ha hecho sino crecer —dijo Botas.

—Lo que cuentas es muy ambiguo. Vendrá de alguna parte —indagó el rey.

—Su origen parecía provenir de una enorme caverna subterránea, más allá del desierto. El pueblo de Uk me llevó en expedición junto a sus hombres, como testigo para la ciudad de las nubes, tal y como allí nos conocen. Encontramos un objeto tan extraño en su interior, que no parecía de este mundo.

—Puede que se trate de una tecnología Gisbóana, o de Borche —comentó el rey.

—No. Conozco las maravillas tecnológicas de nuestros vecinos, pues ayudo a colar ese tipo de contrabando en la ciudad. Tienen cosas fabulosas, pero nada que se parezca a esto —asintió Botas.

Maeron comenzó a dar vueltas por el pequeño espacio de la abarrotada habitación.

—Todo esto es un sinsentido, majestad —intervino Tirios, incapaz de callar un minuto más—. Os pido disculpas por haber traído a un loco a vuestro palacio. Tras escuchar todas estas fantasías, es de entender que su relato sobre la conspiración de Sulluh es otra invención. De inmediato lo haré...

—Espera, Tirios. No creo que este hombre mienta. Quítale esos grilletes y tráeme papel y tinta, pues necesitaré explicaciones mucho más exhaustivas —anunció Jakar.

—¡Pero mi señor! —protestó Tirios.

—Haz lo que te digo. Ahora.

El mayordomo apretó los labios, sumamente contrariado y tras hacer lo que se le había pedido, salió del almacén con premura.

—Tu sirviente tiene razón, en parte, rey. Eres demasiado confiado —comentó Botas, mientras se acariciaba las muñecas laceradas por unos grilletes demasiado apretados.

Maeron lo miró a los ojos, impertérrito.

—Tu amiga, la que se hace llamar Ox, sigue con vida. Conseguí sacarla de aquí —le dijo, mientras tomaba asiento en una caja—. El viejo que la acompañaba murió.

Aquello pilló a Botas por sorpresa, incapaz de articular palabra, pero sumamente aliviado.

—Vaya, no sé qué decir. Muchas gracias, rey —respondió, rascándose la nuca y tomando asiento junto a él—. ¿Sabes? No eres como me esperaba. Jor realmente es un tipo muy listo.

—¿Quién es Jor?

—Un chamán que colecciona basura como si fueran tesoros. Es quien me dijo que acudiera a ti.

—Ese hombre, ¿usa algún tipo de magia?

—¿Magia? No me dirás que el monarca de Kur cree en esas monsergas —rio Botas.

—¿Te parece que la historia que me has traído es muy normal, acaso? —preguntó Maeron.

—¡Que me aspen! Yo no me la hubiera creído.

Maeron tamborileó con sus dedos en la madera mientras asentía a algún pensamiento que estaba teniendo, en una conversación que solo él podía oír.

—Majestad —dijo Botas tras unos minutos en un silencio que se le estaba haciendo insoportable—. El mayordomo tiene razón. Hay una panda de censores que quieren cortarte la cabeza en público, mañana. Para atender otros asuntos, primero deberías asegurarte de mantenerla sobre tus hombros.

El rey observó a su interlocutor, cayendo en lo que estaba diciendo.

—Es verdad. Debería hacer algo con eso de inmediato.

—Convendría, sí.

—Tirios insistirá en que les tienda una emboscada en el mismo acto inaugural, exponiéndolos al pueblo. Cortar la cabeza del león frente a sus secuaces para que no se vuelva a levantar. ¿Cómo lo ves? —preguntó el rey.

—Mmm... un poquito arriesgado y melodramático, ¿no crees? —respondió Botas, con una mueca exagerada— Y una pérdida de tiempo, con toda la ventaja que posees.

—¿Qué opinas tú?

—Pues verás. Desde mi punto de vista, eres el rey. Y el rey tiene montones de dinero. Y los montones de dinero arreglan fácilmente casi cualquier cosa.

—¿A qué te refieres, Mclauden?

Botas miró al rey con picardía y sonrió de oreja a oreja.

El resto de la noche transcurrió sumida entre secretos y oscuros encuentros, algo que no le era ajeno en absoluto a la ciudad de Phontos. Mientras la luz de Baras iluminaba sinuosa, los que ostentan la muerte llamaron a muchas puertas, entrando en casas y mansiones sin ser invitados ni queridos. Las sombras se encargaron de cubrir la

sangre manada con un velo de bruma, de esconder una vez más, entre callejones, túneles y subterráneos, las acciones de los danzarines de la noche. Como una exhalación, todo había terminado; la fuerza, el poder y las promesas no sirvieron de nada.

Y cuando llegó la mañana, la frenética urbe despertó como si nada hubiera pasado. El pueblo esperaba una celebración, y estaría ahí para reclamarla. No eran tantos los días de asueto de que podían hacer gala, así que acudirían a cualquier evento, ya fuese éste un desfile militar, o un mercado ambulante procedente de los llanos lacustres.

Y así, el muelle de invierno se había llenado de gente mucho antes de la hora establecida. El palco real estaba protegido por la guardia personal del rey, y tanto cenestes como Vigilantes se encargaban de la seguridad de la plebe. La Vigilancia del Censo se había atribuido a sí misma esa misión como primer acto en que se daban a conocer al reino. Sus flamantes armaduras blancas y de cobre bruñido refulgían, pues tan nuevas como estaban, jamás habían sido estrenadas. Un casco completo con corona de media luna mostraba la insignia noble del Censo, y prendidas a sus cinturones, una espada larga de floreada vaina y un trabuco en cuya culata se había grabado la efigie de un libro, descansaban hasta que fueran necesarias.

Sin lugar a dudas, ofrecían una imagen impresionante.

Junto a la terraza repleta de gente se alzaba, amarrado a los muelles, el nuevo Keppler real. Un espléndido ejemplar de dirigible que era la flor y nata del reino. Directamente llegado de los astilleros de Borche, combinaba la ingeniería Gisbóana y el tallado y la ebanistería Borchita. Los materiales metálicos, como clavos, remaches planchas y engranajes, eran oriundos de Kur. Un ingenio de pequeño tamaño que había ser el orgullo del rey.

Mientras Jakar Aurelius, vestido todo de blanco marfil con corona de flores y capa de lana ribeteada de oro, observaba la impresionante mole que descansaba en su aparcadero y se mecía con el viento, se imaginó el desperdicio que sería perderlo en un mar de llamas, tal cual era el plan de sus enemigos golpistas.

—Mi señor —le urgió la conocida voz de su mayordomo, que parecía presa del nerviosismo—, es la hora.

—Claro —respondió el rey, colocándose en su lugar privilegiado sobre el estrado.

Observó a la masa de gente que se reunía a sus pies. Sus ahora súbditos eran las mismas personas que había despreciado durante toda su vida y de las cuales solo había recibido burlas o temor. Por alguna extraña razón, su actual posición como monarca había cambiado profundamente cada resquicio de su mente. Su apatía por la vida se había convertido en pasión, y su extremo desinterés por las cosas mundanas y materiales había tornado en convicción y talante. Por

otro lado, una especie de responsabilidad había nacido en él, del mismo modo que nace en un padre que se descubre portando en brazos a su primogénito, y aquellos hombres y mujeres ingratos y mezquinos que otrora le parecieran insignificantes, se habían convertido de súbito en su pueblo.

El aire olía a lavanda de los ramos y a la pólvora de las armas. La expectación se podía palpar en el ambiente como una bruma densa. Jakar pensó que en el etéreo no se existe entre mayores peligros.

—¿Está todo preparado? —le susurró a su fiel Tirios, quien solo se separaba de él para alejarlo de los problemas.

—Todo en su lugar —respondió él. Y añadió sin ninguna seguridad en su voz—. Los tenemos donde queremos.

—Eso espero, amigo mío.

Tras unos minutos de ansiosa espera, apareció el Vicensor Sulluh, quien se había engalanado con especial ahínco, con su mejor y más completa armadura, y que portaba con aire regio todas las armas que podía acarrear sin parecer estúpido. Hasta se había dibujado trazas de guerra en la mandíbula, al estilo ceremonial heroico. Cuando llegó hasta el rey, se inclinó en una leve reverencia, sin apartar de su rostro la media sonrisa con la que había llegado.

—Majestad —saludó con parquedad.

—Vicensor —respondió Jakar Aurelius.

—Una máquina perfecta —comentó, señalando al keppler—. ¿Qué nombre tendrá?

—Me temo que tendréis que esperar para saberlo, como todos —sonrió Jakar.

Sulluh lo miró con aire condescendiente, acentuando su media sonrisa con un deje de autosuficiencia, como si supiera algo que no pretendía compartir y su secreto lo divirtiese.

—Por supuesto, majestad. Será mejor que empecemos, ¿no creéis? —sugirió el vicensor.

Tras el asentimiento del monarca, el capitán de la Vigilancia se colocó en mitad del estrado y elevó sus brazos para hacer callar al gentío.

—Pueblo de Kur, buena gente de Phontos. Habéis venido hasta aquí para celebrar el bautizo de un barco, de un excelente ingenio de la mecánica y símbolo del progreso de nuestro reino. El nuevo keppler del rey —Sulluh señaló a la aeronave, y asintió teatralmente, permaneciendo en silencio un largo minuto antes de proseguir—. Sin embargo, yo os pregunto, ¿deberíamos deslumbrarnos por una suerte de remaches y clavos, por la magnitud de su quilla o por el regio aspecto de su balaustrada? Porque, decidme, buen pueblo de Kur, ¿qué es el progreso? ¿Es acaso progreso usar los restos que nos tienen a bien ceder nuestros vecinos para fabricar artilugios que no

necesitamos? ¿Esta dependencia de sus costumbres no es sino una debilidad? ¿No es acaso, por el contrario, la demostración de un sentimiento de inferioridad que el poderoso reino de Kur, diez veces bendecido, no debería tener?

Tras aquellas declaraciones, se escuchó un murmullo generalizado.

—Sulluh, ¿qué haces?... —lo reprendió el rey, con gesto adusto.

—Tranquilizaos, majestad, no he terminado —intervino el Vicensor, alzando una mano conciliadora. Acto seguido se giró hacia la gente congregada y observó a sus Vigilantes diseminados entre ella, tal y como debía suceder — Este artilugio es el orgullo del rey, del gran Jakar Aurelius VII. Un monarca al que hemos visto nacer y reinar, y que hoy nos conduce, con su política aperturista, hacia un futuro que nos dejará en manos de nuestros enemigos.

En ese momento volvió a girarse hacia el monarca, esta vez con gesto desafiante.

«Para mi hoy es un día aciago. Pues por amor a mi reino he de acometer acciones que aborrezco. ¡Por el bien del país que nos cobija he de tomar una determinación que es fruto de numerosas afrentas insatisfechas, que es deudora de un sinfín de desastres que han llevado y sin duda llevarán a nuestra casa al peor de los olvidos, si no tomo hoy las riendas de este gobierno!» —declamó.

Mientras hablaba, una unidad de Vigilantes saltó sobre el estrado de las autoridades con las armas desenfundadas y entró el combate con la guardia real que protegía al séquito real. Tras una refriega que duró apenas un momento, el rey y toda su guardia hincaba la rodilla ante el Vicensor, sumida la plaza en un mutismo reverente y aterrorizado.

—Sulluh, estás cometiendo alta traición —exclamó el rey, desde su humillada posición.

—No, majestad, os equivocáis una vez más. Tan solo es traición si se pierde —respondió, triunfante.

Sin embargo, al tiempo que decía aquellas palabras, torció el gesto. Presa de un nerviosismo inusitado, dio la espalda al rey y se giró para contemplar la situación general. Veinte de sus armados Vigilantes controlaban el palco y tantos otros se situaban bajo el mismo, haciendo lo propio con la muchedumbre. El gentío contemplaba la escena con terror, pero sin salir despavorido, más como si estuviese asistiendo al último acto de una obra en el teatro, que a una subversión real. La presencia ceneste en la plaza era casi simbólica.

«Demasiado fácil», se dijo el Vicensor a sí mismo. De pronto, una sensación de extrema urgencia acudió a su mente; algo estaba saliendo terriblemente mal. Debía acabar con aquello rápida y limpiamente.

—Prended al rey y a la corte. Acabad con la guardia —ordenó a sus hombres.

Sin embargo, nadie obedeció.

—¡Prended al rey, he dicho! —gritó el Vicensor de nuevo, frenético.

Sus hombres no movieron ni un músculo. Sulluh dio varios pasos hacia atrás, repentinamente consciente y aterrorizado. El aire frío de la cordillera Arlada helaba sus huesos y recitaba un réquiem a muertos. Casi podía oír tañer las campanas. Eran las campanas del destino que venía a robarle su victoria. A sus espaldas la ciudad entera lo contemplaba. Podía sentir sus risas amortiguadas, el juicio a que le sometían los sin nombre, los descastados, la chusma. Estaban disfrutando. Estaban contemplando su caída. ¿Qué podía haber fallado? Su plan era perfecto...

En ese instante el rey se incorporó. Lo hizo despacio, sin prisa, y sin apartar la mirada del censor. Nadie se lo impidió.

—En nombre del reino de Kur, de la casa de Uros y del pueblo, yo, Jakar Aurelius VII, os condeno por el delito de sedición y de alta traición. Sois relevado de vuestro cargo y de vuestras insignias —declamó el rey.

Ante las palabras del monarca, uno de los Vigilantes se acercó al Vicensor y le arrancó sin ningún miramiento, una a una, las señas de su cargo. Tan incrédulo como aterrorizado, Sulluh ni siquiera se resistió.

—Se os expropia de todas vuestras posesiones, de vuestra casa y de vuestros títulos. Vuestra familia y sirvientes, así como todos vuestros afines, serán sometidos a juicio. Vuestros seguidores y todos los que hayan participado en esta afrenta mayor, serán investigados y de hallarse culpables, correrán vuestra misma suerte.

El Vicensor apretó los puños y los dientes, con el rostro contraído por el odio.

—Yo os maldigo —escupió Sulluh, sintiéndose derrotado, desamparado.

—¡No he terminado! —gritó el rey, y la autoridad de su exclamación hizo callar todos los murmullos y silbidos de la plaza— «Sulluh Sisco, se os condena a ser olvidado de la memoria de los tiempos. Ninguna mención se hará de vos, ni de vuestra casa, ni de vuestro servicio. Vuestro nombre será borrado de todo documento, de toda acta y de todo libro. Se derribarán vuestras estatuas y toda imagen que os represente y nadie, ni vivo ni muerto, recordará a partir de este día, quién fue vuestra persona».

Tras aquellas palabras, el Vicensor cayó por fin rendido, humillado sobre la tarima del estrado. La convicción y la ira se habían escapado, como drenadas por una fuerza imparable que hubiera succionado toda la energía de su alma. Las lágrimas acudieron a su rostro, quizás por vez primera en toda su vida.

—Lleváoslo —ordenó Jakar, sin añadir nada más, dejando a la plaza sumida en un tenso mutismo.

El pueblo contenía la respiración sin saber a quién aplaudir. Lentamente, surgieron algunas voces que aclamaban la decisión del rey, y rápidamente animaron al resto a participar, ovacionando al monarca y maldiciendo al traidor ceneste. Los ánimos comenzaban a escapar del control de la guardia, y pronto el lugar comenzó a ser el típico hervidero de mercado, pero soliviantado por la hostilidad reinante.

El rey, repentinamente agotado, descendió del palco, protegido por la guardia. El acto se dio por finalizado y los cenestes dispersaron a la gente, que parecía muy poco dispuesta a marcharse tras aquella función tan interesante y la algarabía fiestera que se estaba formando. Estaban seguros de que pronto habría otra en la Terraza de los Vientos, protagonizada por el destituido censor.

Maeron fue conducido hasta su transporte, un carruaje en cuyo interior, su fiel amigo Tirios le esperaba. El nerviosismo del mayordomo no había mermado por el hecho de la exitosa resolución del problema. Si el hombre pecaba de un exceso de prudencia, nadie podría reprochárselo.

—Majestad, cómo me alegro de que todo haya marchado bien —suspiró el anciano, con alivio.

—Gracias a tu intervención, debe decirse —respondió Jakar.

—Oh, no. Ha sido una suerte de felices coincidencias. No podríamos haberlo logrado sin la ayuda de ese hombre, Mclauden —añadió el asistente, incómodo por recibir alabanzas sobre sí mismo.

—Aun con todo, detesto los métodos que hemos usado para conseguirlo —arguyó el rey.

—No lo hagáis, majestad. La idea de Mclauden era tan buena como ha resultado ser su ejecución. Un rey debe servirse de todos los medios de que dispone —asintió Tirios.

—¿Como contratar a un puñado de asesinos en la noche para acabar con nuestros enemigos? —bufó Maeron.

—Todo oficio merece su respeto, y como habéis podido comprobar, bien controlado, el gremio nocturno puede ser útil.

—Me sorprende tu frialdad, Tirios.

—Su majestad me disculpe si no comparto esa valoración. No es frialdad sino deber y lealtad, lo que mueven todas las acciones y pensamientos de este anciano —negó el mayordomo, tomando aire con suficiencia.

—Lo sé, Tirios. Había que acabar con los cabecillas de la intriga y amenazar al resto sin mostrar al pueblo la disensión de dos de las logias. Mclauden y sus contactos con los bajos fondos han resultado ser todo un éxito.

—Y yo me congratulo de la intervención de ese informador, aun cuando su misma persona me inquiete sobremanera.

—Según él, el que mayor peligro tiene aquí eres tú, Tirios —rio el rey, por primera vez.

—¡Burdas apreciaciones de un hombre poco ilustrado! —respondió el mayordomo, molesto, lo que hizo sonreír a Maeron todavía más—. Decidme, majestad. ¿Conocerá maese Sulluh el cadalso?

—No lo dudes. Cualquier otra pena no sería ni plausible, ni justa. No tienes idea de la sangre que ese hombre carga en su haber. Pocos lo saben —comentó el monarca, con resentimiento.

Maeron se asomó a través de la cortina de la carroza para observar las calles. Pese a lo sucedido, no se habían generado grandes altercados. La gente de Phontos estaba acostumbrada a ese tipo de novedades. Era gente recia, hecha a soportar los fríos vientos de la alta montaña y el sol inclemente de las alturas.

En ese momento, un golpe repentino retumbó en la madera. El conductor, rápidamente explicó que un ánade montañosa acababa de estamparse contra la caja del carruaje, muriendo en el acto. Cuando Maeron se asomó de nuevo, se dio cuenta de que numerosas aves trazaban círculos sobre la ciudad. Bandadas enteras cruzaban la urbe en dirección noreste, graznando con fuerza a su paso.

—¿Eso es normal? —preguntó, señalando al cielo.

—No soy un entendido en ornitología, señor, pero no lo parece. Jamás había visto algo semejante. Parecería que están...

—Percibiendo algo —dijo Jakar, completando la frase del mayordomo.

—Tal vez se aproxime tormenta —señaló el anciano.

Maeron entrecerró los ojos, poco conforme con aquella explicación. Debía regresar rápidamente a palacio y tener una larga conversación con el conocido como Botas.

AD FINEM

Ciudad de Phontos.
Reino de Kur.

«Arde, Phontos. Arde.
Lo veo llegar y no me importa.
No, si no puedo alcanzarte.
Si no puedo tenerte y tocarte,
todos merecemos arder».

…

«Sueños inconclusos. Historias interrumpidas.
Vidas que se pierden. Tiempo, que se esfuma».

Tiempo... que se esfuma —repitió la joven, sosteniendo en su mano una flor de aire.

Ox contemplaba su reliquia como si pudiera verla. La flor ya no existía. Existió una vez, hacía mucho tiempo.

La niña se acercó hasta ella, nerviosa pero decidida.

—¿Qué miras? —le preguntó.

—La flor de espino —respondió ella, dibujando una sonrisa cansada.

—¿Y es bonita? —siguió, más animada al ver que aquella mujer no parecía ya presa de instintos asesinos.

—Es el corazón de Danan. No hay nada más hermoso en ningún universo —dijo la joven.

—¿Qué es Danan? —continuó Natha, tratando de tocar la flor imaginaria.

Ox levantó su mirada hacia ella por vez primera, como si acabase de darse cuenta de su presencia. Después, reparó en su entorno tal y como si acabara de llegar de un largo viaje. La habitación estaba destrozada. Los pocos enseres que antes hubiera yacían rotos y desvencijados.

—Has estado llorando. No deberías llorar tanto. Estás muy fea —siguió la niña, al ver que su anterior pregunta no sería contestada.

—¿Por qué sigues aquí? —preguntó la joven, totalmente desorientada.

—Fidias no quería irse sin ti. Y tú no querías irte —respondió Natha, encogiéndose de hombros.

—Debéis dejarme en paz. No quiero herir a nadie —susurró Ox,

levantándose del suelo solo para descubrir que le dolía cada parte de su cuerpo.

—Fidias quiere que te prepares. Debes prepararte —asintió Natha.

—¿Te ha enviado él? ¿Así de cobarde es un asesino despiadado? —susurró, amargada.

—No es tan despiadado. Me trajo un pastel. Si vienes podemos compartirlo —animó, la niña.

Ox gruñó y se tambaleó hasta la puerta. Era muy consciente de todo lo que había pasado durante la noche. Arrastrándose de pared en pared, llegó hasta una palangana llena de agua fresca, que sin duda el asesino había colocado ahí. Se arrodilló sobre ella y contempló su imagen reflejada en el agua. Tenía los ojos rojos e hinchados, la tez lívida y la piel seca como el esparto. Tras llevarse la mano a su cabello, descubrió que lucía una calva en el lado derecho de su cráneo.

—Acabaré siendo un fantasma —susurró, resentida.

—Lo podemos tapar con una flor. O con un sombrero —dijo la niña desde el marco de una puerta sin puerta.

—Una navaja me sería más útil —sugirió la joven mientras hundía su cabeza en la palangana y frotaba su cara después.

—Toma. Pero no me mates —respondió la niña, sacando una hoja de su bota y entregándosela.

Ox la observó con asqueo, pero tomó el objeto. Tras lavarlo levemente en el agua, comenzó a cortar su melena por el lado derecho de su cabeza. Cuando había dado cuenta de buena parte de su cabello, pasó la navaja por su cuero cabelludo, rapando la mitad de su cabeza desde la sien. Al acabar, devolvió la navaja a la niña.

—El arma, te la dio él, ¿verdad? —increpó la joven.

—Dice que puedo ser una gran asesina. Y yo también lo creo —asintió Natha.

—Sabes que los asesinos se dedican a matar gente, ¿verdad? A sangre fría, niña.

—Lo sé. Por eso es fantástico —Natha acompañó aquella aseveración de una sonrisa ansiosa.

—A tu padre le va a encantar —susurró Ox.

Al salir del edificio en ruinas, la tenue luz del sol la deslumbró tanto que tuvo que esconderse unos minutos. Se sentía como si hubiese pasado la noche bebiendo vino de tejo.

La ciudad era enorme, demoledora, apabullante. El sol, una esfera capciosa e intrigante cuyo solo propósito era sumirla en la miseria. Los ruidos de la urbe retumbaban en sus sienes y golpeaban sus tímpanos como un martillo en un yunque, haciendo vibrar cada nervio de su cuerpo.

—¿Has terminado de hacer cosas raras ya? —inquirió la voz de

Fidias, quien había aparecido súbitamente a su lado.

—Al parecer no, si sigo permitiendo tu presencia —masculló, molesta.

—Llevamos retraso y la ciudad está convulsa. No me gusta nada de lo que veo.

—Ya somos dos.

—¿Nadie te ha dicho que tienes un temperamento muy difícil? No contestes, era una pregunta retórica —bufó Fidias.

—No quiero hablar de lo de anoche. No es negociable —aseveró Ox, tajantemente.

—Puedes esconder tus secretos, pero me parece que no permanecerán ocultos mucho tiempo más. Creo que eres consciente de ello.

—¿Es que estás sordo?

—Me hago el sordo cuando me conviene —añadió el joven.

—Yo no me meto en tus asuntos, y eso que me conciernen —espetó Ox.

—Sí, eso no te lo puedo negar; soy un mentiroso empedernido. Te he mentido desde que te conocí y probablemente siga haciéndolo en estos momentos —asintió Fidias.

—De eso no albergo duda alguna —comentó ella, asqueada.

—Pero yo no he comenzado a mover cosas con la mente y a hacer temblar el suelo —dijo él, con toda intención.

—Ni yo tampoco. No sé qué crees que viste, pero te equivocas en tus apreciaciones.

—Todo lo que te rodea es extraño. Recuerdo una fuerza misteriosa que me atacó cuando fui a acabar con la reina. Empiezo a pensar que tuviste algo que ver con ello —arguyó el asesino.

—Sigue fantaseando, asesino —respondió ella, acercando su cara a la de él y mirándolo con desafío— Vamos, puedes inventarte algo más.

Fidias sonrió y se apartó, mostrando una mueca irónica.

—Muy bien. Recoge lo que necesites y marchémonos de una vez de esta maldita ciudad. Por cierto, bonito peinado —comentó, retornando a él su encantadora sonrisa.

Fidias cogió a Natha y se la colocó sobre los hombros, como haría un amoroso padre con su hija. La niña estaba entretenida comiendo su pastel, y a la vista de todos, el extraño grupo parecería inofensivo; una familia cualquiera. Encapuchados y desaliñados, sí, pero tremendamente vulgares.

Mientras cruzaban las calles, pronto se dieron cuenta de que la guardia brillaba por su ausencia. Los controles de los días anteriores parecían haberse esfumado, así como los grupitos de cenestes que paraban a cualquier viandante para interrogarle o exigirle su documentación.

—Iremos por los puertos —anunció Fidias.

—¿No es más peligroso? —preguntó Ox, a quien le vino a la mente el recuerdo de su llegada a la ciudad como polizón—. Ahí se suelen hacer todas las cribas.

—La salida noroeste suele estar menos vigilada, y no parece que hoy tengamos excesivos problemas. Si me equivoco, retrocederemos —asintió el joven.

Descendieron hasta el distrito de las capillas y posteriormente remontaron las escalinatas que daban a las arterias principales de la ciudad. El bullicio que ahí se vivía era el de casi todos los días, con la salvedad de que todos hablaban de un solo tema; el fallido intento de usurpar el trono del Vicensor Sulluh Sisco. Fidias entendió rápidamente el porqué de la ausencia de controles; la guardia tenía asuntos más preocupantes para entretenerse.

En medio de la avenida el ruido era ensordecedor; carretas de abastos que transportaban mercancía hacia los ascensores al distrito obrero, carruajes de nobles que se dirigían hacia los oficios matutinos de las capillas con sus trajes de capa y sombrero de copa, vendedores ambulantes de todo tipo de enseres, mecánicos que ofrecían nuevos ingenios para los hogares... cientos de personas que se afanaban en sus asuntos o que simplemente se tendían en los bordillos de las calzadas a ver pasar a la gente. Los mendigos y buhoneros no perdían el tiempo para asaltar a cuantas víctimas pudieran encontrar a su paso. Mientras tanto, los enormes relojes de las torres hacían sonar sus engranajes, y las chimeneas de las fábricas expulsaban su característico humo negro grisáceo hacia los límpidos cielos de Phontos.

—¿Quieres una muñeca de trapo, princesa? —preguntó Fidias a Natha, que jugueteaba con los rizos dorados que escapaban de su capucha.

—Ya no quiero muñecas —respondió ella, con seriedad.

—Pero también hay que disfrutar de la vida, pequeña. Justo lo contrario a lo que hace Ox —comentó divertido, girándose hacia su compañera.

Pero Ox no le escuchaba. La joven se encontraba observando el cielo, totalmente paralizada. Siguiendo la trayectoria de su mirada, Fidias reparó en lo que estaba observando con tanta atención.

Sobre sus cabezas, centenares de pájaros sobrevolaban la ciudad. Algunos lo hacían transversalmente, mientras que muchos otros trazaban círculos sobre ella, de forma casi mecánica.

—Es muy raro, ¿verdad? —comentó una señora que, junto a él, se había puesto a observar—. Llevan así toda la mañana.

—¿Migraciones? —preguntó el joven.

—No, hijo mío. Los otros no sé, pero las ánades montañosas no migran. Esto es un mal augurio — respondió la mujer, llevándose una

mano a la cara—. Primero el intento de usurpación del trono y luego esto. ¡Uy qué niña más bonita, cuchi cuchi cu!

Mientras la mujer buscaba los mofletes de Natha para pellizcarlos, Fidias vio cómo Ox salía corriendo de repente, entre el gentío.

—¡Eh! ¿Pero qué haces? —gritó el asesino, que tuvo que salir en su persecución, bajando a la niña de sus hombros y cargándola con un brazo, como si fuera un fardo.

El asesino maldijo a su compañera mientras trataba de no perderla de vista entre la muchedumbre. Como una exhalación, se dirigía directamente hacia las terrazas, empujando a cualquiera que se cruzaba con ella, y dejando tras de sí una hilera de gente irritada que cuando se topaban con Fidias ya estaba de muy malas pulgas.

Fidias llegó al canal real, que estaba totalmente colapsado por la gente que trataba de pasar por los pequeños puentes que lo cruzaban. Descubrió la cabeza de Ox entre uno de esos puentes, y después contempló cómo un tipo caía al agua, incapaz de mantener el equilibrio.

—¡Esa mujer es una pesadilla! —maldijo él, mientras tomaba impulso para saltar el canal de un lado a otro.

Tras efectuar un impecable salto, Fidias cayó sobre sus talones justo en el borde opuesto del canal, generando todo tipo de exclamaciones por parte de la gente. Ignoró las quejas de la mocosa que transportaba y se dirigió directamente hacia la terraza, donde intuía quería llegar su compañera.

Conforme se acercaba, el gentío disminuía, hasta casi desaparecer. Cuando llegó a la terraza de Solarius, una plataforma-mirador de las más grandes de la ciudad, se encontró a Ox encaramada a la baranda de piedra, recuperando el resuello.

—¡¿Se puede saber qué estás haciendo? —gritó él, dejando a Natha sobre el suelo y dirigiéndose a grandes zancadas hacia su extraña compañera.

Ox observaba un punto en la distancia, un punto muy lejano que se perdía en la bruma de Interterras. La joven se abrazó a sí misma y el vello de los brazos se le erizó. Su expresión sobrecogida inmediatamente preocupó a Fidias.

—¡Ratas! —gritó Natha, de súbito, a sus espaldas.

Efectivamente, el asesino pudo ver cómo una gran cantidad de ellas corrían a lo largo de la terraza, en dirección oeste, asustando a todo kurita que encontraban a su paso. En las alturas, las nubes del cielo comenzaron a cerrarse ocultando todo rastro de sol, mientras los pájaros graznaban insistentemente.

—Tenemos que salir de aquí —resolvió el asesino que, sin saber por qué, de repente sentía una gran urgencia.

—No lo conseguiremos —sentenció entonces, Ox.

—¿Qué? Estamos cerca de la salida de...

—Mira —dijo, señalando a la distancia—, ¿lo ves?

Fidias siguió la dirección de su dedo, sin hallar nada más relevante que un profundo y vasto horizonte que se perdía en la inmensidad de Interterras.

—Algo está a punto de suceder. Llevó días presintiéndolo. Debí haber escuchado las señales, pero ahora es demasiado tarde.

—¡¿Tarde para qué?! —demandó Fidias—. Ya basta de tanto acertijo.

—El aire está encendido. Noto su crepitar. La vibración viene del otro lado —dijo ella, cerrando los ojos e inhalando profundamente—. ¿No lo notas?

—Por todos los asesinos de Ashkell, no sé de qué me hablas.

—Si quieres salvar a esa niña, busca un lugar sólido para refugiarte. Pero no tienes tiempo de llegar a Mehen —explicó ella con seriedad, clavando la mirada en sus pupilas y asiendo repentinamente su brazo.

—Está bien, renuncio a entender. Pero si tenemos que largarnos, será por la puerta de salida. Y nos iremos todos.

—Fidias —le interrumpió ella, apretando la presa y usando su nombre—. No tengas miedo a la muerte. No es el final de ninguna cosa.

El joven se quedó paralizado ante aquella declaración. Natha se puso a sollozar a su lado, y sin saber por qué, el asesino la atrajo hacia sí y sujetó su mano con fuerza. A su mente tan solo acudía insistentemente una frase, la frase de su padre;

«Oran Bahab nei servirri»

Maeron entró en el estudio de verano y se desasió la capa. Se sentía nervioso y desasosegado, pese a haber solucionado presuntamente sus pesquisas.

—Haced llamar a Mclauden —ordenó al servicio, que salió raudo para cumplir su orden.

—¿Su majestad necesita algo más? —preguntó Tirios, tras él.

El mayordomo parecía extremadamente cansado, y el monarca cayó en la cuenta de que el hombre llevaba prácticamente dos días sin dormir. La dedicación y entrega del asistente le conmovió profundamente. Una parte de él se sentía muy miserable pues no solo se trataba de un impostor ocupando el cuerpo de quien el buen anciano siempre había cuidado y amado, sino que además había sido su asesino. Pese a ello, había desarrollado un inevitable afecto hacia el hombre, y trataría de hacer todo lo que pudiese para enmendar el

agravio.

—Nada más, mi buen Tirios. Ve a descansar, y ni se te ocurra levantarte hasta que hayas dormido diez horas —le dijo.

—Pero mi señor, todavía hay muchos asuntos que... —empezó a decir, el ojeroso mayordomo.

—Es una orden— le interrumpió el rey, con seriedad.

—Sí, mi señor— respondió el asistente, y tras efectuar una reverencia, se marchó.

Maeron anduvo durante un rato por la sala sin ningún orden ni concierto, presa de una desazón que aumentaba por momentos en su interior. La voz que había escuchado en su cabeza días atrás provenía de su pupila, de eso estaba seguro. Y la advertencia, pese a no tener nombre, era muy clara; «Un peligro se cierne sobre nosotros». Por un momento acudieron a su mente las locuras del verdadero Jakar, los sinsentidos que habían llenado sus diarios de extraños dibujos y escritura compulsiva. Las grotescas figuras con las que estaba obsesionado, la persecución de la que, según él, era víctima. El fallecido rey había huido a un plano particular olvidando su cuerpo físico por completo, tan solo para escapar de sus propios fantasmas. Por vez primera se preguntó si aquellos fantasmas tendrían algo de real.

Y mientras se encontraba sumido en aquellos pensamientos, Jon Mclauden llamó a su puerta. Al entrar, el rey pudo ver que el informador se había adecentado profusamente. Había recortado su barba, peinado su indomable cabello, lavado la roña de incontables días y vestido como un pequeño señor de la corte. De no ser por esa prótesis de madera informe, parecería hasta una persona decente.

—Mclauden, esa amenaza de la que me hablaste —comenzó a decir Maeron, sin saludar siquiera—, dijiste que provenía de un objeto.

—Bueno, eso es mucho asumir, pero quizás sí —respondió él.

—Señálame el lugar donde se ubica, aproximadamente —solicitó el rey.

Maeron cruzó el cortinaje trasparente de tul y salió a la terraza del estudio, un balcón en forma de media luna más amplio que muchas de las casas de Phontos. Una balaustrada de mármol tallado cerraba la galería al vasto precipicio que los separaba de los jardines. En el exterior, una brisa inquieta sacudía los pendones que colgaban sobre las astas sobremuro.

—Por ahí, diría yo —indicó Mclauden, dirigiendo su dedo hacia el noroeste.

—Sí, es exactamente ahí —comentó Maeron, mesándose la barbilla pulcramente afeitada.

—¿De veras? —preguntó el informador, extrañado.

—Las líneas convergen hacia ese lugar —explicó el rey, como si

aquella afirmación lo explicase todo.

—¿Qué líneas?

—Es cierto, tú no las percibes, discúlpame —añadió Maeron.

—Está bien —dijo Botas, sin tratar de ahondar en aquello — ¿qué hacemos ahora?

—¿Ahora? ¿Qué esperaba el pueblo de Interterras que hiciera yo, si puede saberse? —preguntó Maeron.

—Bueno, yo no lo sé. Creo que ni ellos lo sabían —respondió el hombre.

—Antaño podría haber sido de alguna ayuda, pero ahora carezco por completo de recursos —adujo el monarca—. Tanto poder, y ninguno al mismo tiempo.

—Creo que no entiendo nada de lo que hablas.

—No es necesario.

Un fuerte viento sacudió la terraza y zarandeó el cortinaje. El agudo y juguetón sonido de cientos de campanas de viento sonando al unísono inundó el ambiente. Los carillones, que colgaban de muchos de los balcones del palacio, eran sacudidos con fiereza por la fuerte racha que se había levantado. Maeron apartó el cabello que le tapaba la cara y se acercó a los balaustres. El mismo viento azotaba la ciudad, trayendo ecos de exclamaciones asustadas y sonidos de maderas resquebrajándose. Por un momento el rey llegó a perder el equilibrio en una de aquellas voladas, siendo parapetado por Mclauden, quien se asía con fuerza a la baranda.

—Se diría que se avecina una buena tormenta —comentó el curtido hombre.

Maeron entrecerró los ojos tratando de focalizar algo en la distancia. Sobre ellos, el círculo de pájaros graznaba de manera casi amenazante mientras continuaban su cíclico curso. Las nubes crepitaban con fogonazos de relámpagos que dibujaban surcos en la bóveda celeste. El aire estaba tan cargado que casi podía sentir la electricidad en las yemas de los dedos.

El acuciante viento racheado se convirtió rápidamente en un fuerte vendaval que comenzó a volcar pequeños objetos de sus lugares. Los gritos provenientes de los jardines y las casas aledañas al palacio se podían escuchar claramente.

—Deberíamos entrar —sugirió Mclauden.

—No —respondió, taxativo, Maeron.

El vendaval parecía arreciar por momentos creando todo tipo de accidentes a lo largo de la ciudad, hasta que, súbitamente, se detuvo. Ocurrió repentinamente, trayendo una calma tan tensa como inusitada en la que ni la más leve brisa mecía sus sedas.

Maeron sintió un escalofrío que recorrió cada centímetro de su piel.

«Maestro» —volvió a escuchar, dentro de su cabeza. Más que escucharlo, lo sentía. De alguna manera, Ox debía ser capaz de transmitirle sus sentimientos a través del espacio; reconocía el apremio, la duda, el terror de sus emociones. Recordó haber leído algo sobre capacidades como esa en la obra de Svelton Fallas; relatos sobre Ah'Ree capaces de manifestar algunos tipos sencillos de telepatía. Sea como fuere, él carecía de tales capacidades, y aun en el caso de poder enviarle alguna respuesta, ésta no sería muy halagüeña.

—El ojo de la tormenta —dijo Botas, sacándolo de su ensimismamiento.

—En efecto, Mclauden. Pero apuesto mi reino a que esto no es una tormenta normal —respondió Maeron.

—¿De veras? Eso sí que es apostar fuerte —rio el campechano informador, tratando de quitar dramatismo al asunto.

—Mclauden, ¿tienes familia en la ciudad? —preguntó el rey,

—Una hija pequeña —respondió el hombre, a quien aquella pregunta le había pillado desprevenido.

—Ve a por ella y trata de ponerla a salvo —aseveró el falso Jakar.

—¿A salvo? Pero...

—Haz lo que te digo.

El hombre miró al joven monarca. Su, de común, apacible rostro se encontraba teñido de una preocupación que no le dejaba margen para dudas ni requería de más explicaciones. Sin añadir nada más, salió raudo del estudio del rey.

«El ojo de la tormenta», repitió Maeron, en soledad, enfrentando al horizonte como si de un enemigo se tratara.

El estupor de la ciudad sacudida por el vendaval había amainado a una calma inquieta, en la que la gente aprovechaba para recoger y reparar los desperfectos que éste había causado. Algunos árboles habían cedido en su agarre y yacían arrancados de cuajo sobre los jardines. Numerosos carros, carretas y puestos habían sido volcados, así como se habían producido no pocos accidentes que no revestían demasiada gravedad. El dirigible que acababa de partir desde los muelles había tenido que dar media vuelta y atracar de nuevo en la ciudad. Cientos de personas esperaban en las plataformas, tan tensas como asustadas, mientras la guardia se afanaba en poner orden ante tal alboroto.

Todos los habitantes que habían podido buscaron el refugio de sus hogares, de tascas y restaurantes, de los mercados de interior, o de los edificios públicos que hubieran podido encontrar. Ahora, la mayoría de ellos se asomaba a las ventanas, desconcertados por una

climatología tan extraña y repentina.

El cielo, no obstante, se había despejado completamente. Los nubarrones de tormenta se habían disipado de la ciudad, abriéndola a un cálido sol de tarde. Si bien más allá de Interterras se atisbaban negros nubarrones, la bucólica calma ahora reinante produjo numerosos suspiros de alivio.

Hasta que lo escucharon.

Fue un crujido espantoso, un resquebrajamiento ronco que se inició en la lejanía y que se acercaba lentamente hasta ellos, intensificando a su paso su bramido. No provenía del cielo sino de la tierra, como si ésta crujiera desde sus entrañas. Como si la misma roca gritara con desesperación.

El demoledor sonido dejó a la ciudad entera sin respiración, y dio paso a un acontecimiento jamás antes observado; proveniente de un punto en la distancia que se perdía más allá de los desfiladeros, se levantó una enorme columna de luz blanca.

La columna se alzaba desde el horizonte de Interterras hasta el cielo, brillando con un halo blanquecino intenso, y se perdía en la vastedad de la cúpula celeste. Tal era la maravilla de su estampa, que la gente empezó a olvidar el miedo provocado por la tormenta o por aquel inesperado bramido de la tierra, y comenzó a salir al exterior, o a las terrazas, para contemplar aquel portento visual.

Gran cantidad de kuritas y extranjeros comenzaron a reunirse en la Terraza de Solarius, en la de Pontius, en la Terraza de los Vientos, y en el resto de las terrazas. La gente se peleaba por acercarse a las barandas de piedra y contemplar el acontecimiento. En poco rato, muchos eruditos y universitarios de Phontos habían traído todos sus aparatos de visionado y medición, y a todos los alumnos de sus clases que pudieron reunir. Gracias al uso de catalejos y lentes prismáticas, observaron de cerca aquel objeto luminoso, que parecía latir en una cadencia rítmica, como el foco de una lámpara que se mueve al son de las pisadas. Algunos argüían que se trataba de un efecto óptico causado por una extraña reflexión de la luz, mientras que otros achacaban aquella columna al prodigio de algún ingenio mecánico.

Durante largos minutos, el alboroto volvió a reinar en Phontos. Sus habitantes no sabían qué pensar de todo aquello; si tomarlo como un acontecimiento raro y asombroso para contar a sus allegados durante la cena de esa noche, o con el temor propio de una potencial catástrofe.

Las órdenes reales no tardaron en llegar, impeliendo a la Guardia Ceneste a poner orden en los espacios abiertos de la ciudad, y a enviar a la gente de vuelta a sus casas. El pueblo, sin embargo, no parecía conforme, pues aquellas órdenes no venían acompañadas de explicaciones satisfactorias. Cada capitán de distrito tenía que

convencer a grandes masas de kuritas para encerrarse en sus casas sin saber ni siquiera él mismo, el motivo para ello.

—No es seguro permanecer fuera —gritaba Gilias, un Capitán Ceneste, encaramado a un improvisado atril, mientras trataba de convencer al gentío apostado en la terraza de Solarius.

—¿Es un ataque enemigo? —gritó alguien en la multitud.

—La columna es un mal presagio —exclamó otra.

—¡Queremos saber qué está pasando! —añadió una tercera persona.

—Ciudadanos, cálmense —trataba de apaciguar el hombre—. La climatología adversa exige que, por la seguridad de todos, vuelvan a sus hogares. Son órdenes del rey.

—¡El rey no sabe qué está pasando más que yo! —respondió otra de las inquietas voces.

Ox apartó de un empujón a un hombre que se le había echado encima, en su paso por salir de aquellos concurridos lugares. Había contemplado la aparición de la columna de luz con tanto sobrecogimiento como admiración, y ahora sabía que todo era inútil. Seguía el frenético paso de Fidias, que seguía empeñado en salir de la ciudad, sabiendo que no conseguirían su propósito. Aun así, no quería robarle la esperanza, ya que parecía que eso era lo único que sabía hacer perfectamente.

—Ese tipo tenía razón. El rey no tiene ni idea de lo que sucede —comentó el joven asesino.

—Tu rey sabe más de lo que todos os pensáis, y aun así no puede hacer nada por cambiarlo —respondió ella.

—¿Qué es esa maldita cosa? —preguntó Fidias, por tercera vez, mirando de soslayo el halo de luz, perceptible desde cualquier punto de la ciudad.

—Si lo supiera, probablemente sabría cómo evitar lo que va a suceder —respondió ella.

—¿Y qué va a suceder? —continuó el joven.

—Creo que... todo va a cambiar —dijo Ox.

—A peor, ¿no? —rio Fidias.

—¿Alguna vez es a mejor? —le ayudó la joven, tratando de enfatizar la amargura de su tono.

—Pues muchas veces. Depende de lo que hagas, y cómo te lo montes, las cosas van a mejor.

—¿Depende de cuantas personas asesines? —añadió ella con ironía.

—Esa es una gran pregunta. Si asesinas a todos los que te molestan, o están molestando a la gente, muchas vidas cambian a mejor —respondió Fidias, que trataba, por todos sus medios, de mantener oculto el desasosiego que no hacía más que crecer en su interior.

—Cortar por lo sano, ¿eh? Ahora va a resultar que eres un adalid

de la bondad en el mundo —comentó la joven, con sarcasmo.

—Por fin empiezas a entenderlo —asintió el asesino.

—La luz se está moviendo —dijo de repente Natha, desde los hombros de Fidias.

Ante aquel comentario, los dos compañeros se detuvieron y miraron de nuevo al cielo. Del mismo modo lo hizo mucha gente a su alrededor. La columna había comenzado a inclinarse hacia el este, levemente, pero de forma visible. Fueron unos pocos grados de inclinación, suficientes para paralizar y aterrar a la ciudad entera, que sobrecogida contempló cómo la mole se movía, o era movida por algo.

—El trazo de los dioses —sentenció Jor, el chamán de Uk, mientras contemplaba la gigantesca columna de luz que se alzaba desde el extremo suroeste del Frondo, más allá de Cornafallas.

Los hombres y mujeres de la aldea lo rodeaban, formando varios círculos a su alrededor, arrodillados sobre esteras tintadas, y vestidos con sus mejores galas. Los y las guerreras lucían sus pinturas de guerra, mientras el resto portaba sus mejores alhajas.

—Sabio Jor. ¿Es éste un mal o es un bien? —preguntó la jefa de la aldea, Samo. La líder había engalanado su cabeza con un casco de lustrosas plumas de quebrantahuesos, y portaba sus ropajes y armas de guerra.

—Un mal, o un bien, yo no lo podría asegurar. Los dioses regresan, y no nos quedan heraldos —afirmó el chamán.

—Los Durmientes podrían decirnos —expresó la sanadora Hifa—. Los Durmientes saben.

—Es así, mas no queda ninguno entre nosotros. Su sabiduría se ha perdido para siempre y nos han dejado desamparados.

—Esas son palabras de resignación y derrota —protestó Samo.

—No existe tal cosa para nuestro pueblo. Esta vida precede a la siguiente en un ciclo que no se desvanece jamás. Aunque muramos, no morimos, sino que continuamos el viaje —asintió el chamán.

—Preferiría aprovechar un poco más esta vida. ¿Qué dicen los huesos? —insistió la líder.

—No me dicen nada.

Se desató un murmullo de descontento entre el poblado.

—No me gustan tus palabras, Jor —advirtió Samo.

—No tendrás otras más halagüeñas. El trazo de los dioses se levanta exactamente desde la cuna del mal, el lugar maldito en el que perdimos a muchos de los nuestros. Nada bueno augura ese hecho —sentenció con terquedad, el hombrecillo.

—Tomaremos las armas —asintió la líder—. Nos uniremos a

nuestros hermanos.

—¿Para luchar contra qué? ¿Pretendéis luchar contra la misma luz? ¿Pretendéis prevalecer a la voluntad de los dioses?

—¡Sí! —gritó Samo, desafiante.

El chamán se encogió de hombros.

—Entonces salid corriendo y pelead con el aire —les dijo, dándoles la espalda y preparándose para marcharse de la congregación.

En ese instante el sonido de pasos en el camino alertó a todo el poblado, que se levantó y salió raudo a desafiar a cualquier cosa que se acercase. Al llegar, los ánimos bélicos se transformaron en alegría. La comitiva de Nirti había regresado. La mujer, rodeada por los mejores escaladores de varias tribus, traía un semblante igualmente ensombrecido. Desmontó a Sheera, su escarabajo gigante, y se dirigió a su pueblo.

—¡Nirti! —la saludó Samo, sujetando sus hombros con fuerza—. Llegas en el momento más preciso.

—Eso parece —respondió la recia mujer.

—¿Qué noticias traes de la ciudad del cielo? —apremió la líder.

—Dejamos a Mclauden para que encontrase a su rey. No hemos sabido nada más de él —explicó la guerrera.

—Esperemos que haya podido alertarlo y que regrese con ayuda. ¿Has visto eso, Nirti? —preguntó Samo mientras señalaba la columna de luz que se alzaba como un inexpugnable fuste sobre Interterras.

—Lo he visto —asintió ella.

—¿Qué opinas? —indagó la jefa de la aldea.

Nirti contempló la vastedad sin nombre de aquel portento. Excedía tanto a sus capacidades de comprensión como de acción, e ignoraba por qué le estaban preguntando eso a ella, que era una «don nadie».

—Que debemos prepararnos con lo que tengamos —respondió, con seguridad.

Aquella afirmación fue coreada de un grito satisfecho y al unísono de toda la tribu, incluidos los niños y niñas y los ancianos, que observaban hablar a los demás y también querían participar.

—Así lo haremos —sonrió satisfecha, Samo.

—Debemos prepararnos para unirnos a los Dámar, y a las demás tribus. Viajaremos hasta el Frondo y uniremos nuestra fuerza a la de nuestros hermanos —intervino el joven Sasa, hijo del jefe Dámar y futuro líder de su pueblo.

La aldea entera profirió varios gritos de guerra, convirtiendo el desasosiego en exaltada pasión. Rápidamente, el grupo se disgregó para recoger todo el poblado y marchar con la mayor rapidez.

Nirti se apartó y se dirigió a la cueva del chamán, no habiéndolo encontrado entre los congregados.

Cuando descorrió la cortina y entró en su casa, descubrió que el

hombre había puesto orden y guardado la mayoría de sus recursos en sacos que se diseminaban por aquí y por allá. Como siempre, el interior de la cueva olía fuertemente a hierbas.

—Jor —le saludó.

—Nirti, hola —respondió el hombrecillo, que seguía recogiendo.

—Se nos viene encima, ¿verdad? —le preguntó ella, sentándose en la mesa.

—Sí. Y no me han hecho ningún caso. Qué se le va a hacer —respondió él, como si tal cosa.

—Solo quieren ser útiles. ¿Hay alguna manera mejor de acometer esto? —le preguntó ella.

—No. No la hay —respondió él, sin más.

—Entonces es mejor marchar y enfrentarlo —adujo ella.

—Sería mejor fumar ayasha, hacer una fiesta y cantar a los dioses —refutó él.

—Pero eso es inútil.

—Y lo otro también. Sin embargo, es más agradable morir, o vivir, en paz, y divirtiéndose. Tranquila, haré lo que me manden. Por eso estoy haciendo el petate —la calmó él.

—No vamos a morir hoy, Jor —sentenció Nirti.

—Jóvenes. Siempre luchando contra lo imposible —rio el chamán —. Haré lo que pueda para amenizar al pueblo en este trance. Ninguna cosa debería ser tan terrible en vida.

—Si alguien puede inspirarlos, eres tú, Jor. Debes darles esperanza —aseveró ella.

—Está bien. Los prepararé para la guerra —respondió el anciano, poniendo los ojos en blanco y profiriendo un enorme suspiro de resignación.

—Perfecto —sonrió Nirti.

Cuando salió de la casa de Jor y tras desandar el camino hasta los pasillos del desfiladero, se encontró con la práctica totalidad del pueblo de Uk, ya preparado. Varias decenas de escarabajos cargaban con las pertenencias de familias enteras, que se afanaban por finiquitar sus asuntos. El pueblo volvía a ser nómada, desapegado de raíz alguna y rápido para moverse. «Las raíces en la tierra se aseguran de que los árboles jamás caminen sobre ella», un antiguo refrán Uk, resonaba en la cabeza de Nirti, quien no podía evitar admirar profundamente a su pueblo.

—Espero que cumplas con tu parte del trato, Jon —susurró Nirti, que se sorprendió tremendamente triste por no tenerlo a su lado en aquella travesía hacia lo incierto.

La aldea entera estuvo preparada para partir en no más de media hora, y en no más de media hora las gentes de Uk caminaban al son de canciones alegres. Cargaban a sus ancianos en los escarabajos, y a los

niños más pequeños, en sacos que colgaban en los lados de su caparazón. El resto caminaba con paso firme, y ayudaba al que lo necesitaba.

El desfiladero de vasta roca se alzaba a ambos lados, y a su frente, la inmensa columna de luz se levantaba como un monstruo mítico que preconizaba el inminente peligro al que se enfrentaban. Las canciones se alzaron y alzaron cada vez más desafiantes, hasta que la mole luminosa comenzó a inclinarse, como si estuviese respondiendo a sus cánticos. Los miembros de la tribu quedaron entonces paralizados, expectantes, esperando que ocurriese cualquier desgracia, mientras aquel haz se inclinaba.

Un temblor ligero se acercó desde los páramos, llegó hasta ellos y los sobrepasó, haciendo vibrar suelo, tierra, pared y roca. La montaña entera reverberó y las gentes de Uk languidecieron.

—La montaña responde al trazo de los dioses. ¡No se dejará amedrentar por ellos! —exclamó Jor, con una gran sonrisa de triunfo.

Los miembros de la tribu se miraron unos a otros durante unos segundos, para después gritar al unísono, con los ánimos restablecidos, y entonar canciones más apasionadas. Sin dilaciones, continuaron su paso con renovada determinación.

—*Esperanza* —dijo el viejo chamán para sí, satisfecho. Nirti llevaba razón; ya que no podía ofrecerles otra cosa, les regalaría su esperanza.

DIECISÉIS HORAS

Puerto de Nhem.
República científica de Gisboa.

«Galwyn Caere tenía razón, por supuesto.
Algunos dirán que nos enfrentamos a los mismos dioses.
Pero no. Qué va.
Está muy claro que nos enfrentamos a un pasado,
que pretendimos olvidar.
Son las dieciséis horas y veintiséis minutos del día D,
y yo acabaré con esta amenaza».

Antillas Crane.

En Gisboa, la marea proveniente del mar de Güeiss arribaba convulsa a la costa, trayendo consigo espumarajos de color negruzco. A los pies del estuario de Nhem, desde puerto y playa, desde monte y poblado, las gentes se agolpaban como espectadores boquiabiertos ante el impresionante espectáculo que se levantaba en el horizonte marítimo.

El halo de luz había surgido de repente, precedido de un fuerte oleaje que había sacudido la lengua de tierra como si de una advertencia se tratase. Procedía del punto de conflicto en alta mar, aquel en el que había desaparecido el «Baufos», y al que tan valientemente se habían dirigido el «Arrio», «La Vetusta» y el «Derringler», hacía varios días.

Desde su habitación en el único hotel de Nhem, Antillas Crane observaba la recién aparecida columna de luz que, como un gigantesco foco, se elevaba hacia las alturas.

—¿Qué más puede pasar? —preguntó el empresario, en voz alta.

—Que la tierra se parta en dos y engulla los mares, supongo —contestó Templeton Barrish, cruzado de brazos.

Un Corso Welles muy nervioso irrumpió en la habitación, trayendo consigo un pequeño trozo de papel. Sin reparar en nadie más, cruzó la amplia habitación y ofreció dicho papelito a Antillas Crane.

—Acaba de llegar desde Corasen, en el extremo oriental de Borche.

El magnate tomó el papel y leyó; «Columna de luz Interterras. Explicación. Población agitada» —leyó el hombre, en voz alta.

—Otra más. Van tres en pocos minutos, contando la nuestra —comentó Barrish, mirando por la ventana y apretando los puños.

—El mensaje de Gauledon, en Mithra, parecía incluso más urgente —agregó el mayordomo.

La joven Ameria Bane, que se encontraba en los sillones del estudio tomando té muy a su pesar, simplemente por no hacerle el feo a su anfitrión, se levantó entonces de su asiento.

—Señor Crane. Mi hermano se dirige directamente a Phontos, justo al lado de Interterras —anunció, con inquietud.

—Lo sé. Yo mismo le envié, precisamente por sus aptitudes en salvamento y rescate —respondió Crane.

—Puede que corra peligro —continuó ella.

—No más del que corremos todos nosotros aquí y ahora, me parece. Y me atrevería decir que menos, viajando como viaja en el interior del Ánsar del Mar. Señorita Bane, creo recordar que también sugerí su inclusión en dicha expedición.

Ameria se sintió repentinamente apurada. Al fin y al cabo, Antillas Crane era su jefe.

—Mi sitio está aquí, junto a mi equipo y a mi océano —añadió simplemente.

—Señor, ¿qué vamos a hacer con esa cosa? —preguntó Corso Welles, quien ya no encontraba consuelo en ir y venir corriendo a la sala del telégrafo.

Antillas se levantó de su butaca y juntó las manos a su espalda. Tras observar unos segundos la intimidatoria imagen de la columna de luz alzándose sobre el océano, se dirigió a los congregados.

—Debemos evacuar la costa —sentenció.

—Pero no tenemos potestad para dar esa orden. El ejército se encarga de la zona —adujo Corso.

—No hay tiempo para hablar con la presidenta. Debemos proceder ya —continuó el magnate—. Contactaré con el mando.

—El general Lothan no cederá —dijo Welles.

—Eso ya lo veremos. Barrish, acompañe a la señorita y a los doctores, y no admita ninguna terquedad. Corso, ¿tenemos algún coche?

—Me temo que usted llegó en su dirigible personal, señor Crane, en el Ánsar.

—No importa, me haré con un transporte. Que todo el mundo se dé prisa —finalizó el empresario.

En el puerto, a escasos metros de allí, Bastian se encontraba mirando fijamente la columna de luz que tan claramente se dejaba ver ahora, tal como si la estuviera desafiando. Se llevó instintivamente la mano a la muñeca que portaba el brazalete, esperando que éste se retorciese sobre su carne. No lo hizo.

—¿Qué eres? —preguntó al horizonte, frunciendo el ceño.

En ese instante, una voz lo sacó de su ensimismamiento. Era la voz apacible de Soiso, el extraño monje que había llegado acompañando a Antillas Crane. Galwyn Caere había pasado muchos años viajando y

estudiando a las comunidades kushitas del continente, así que su presencia no le extrañaba en absoluto. En cuanto lo había visto llegar, había pensado que se trataría de una excelente influencia para el magnate, si éste le permitía acompañarlo el tiempo suficiente.

—Muchacho, tú viajabas con el profesor Thaddeus y los demás, ¿verdad? —le preguntó el monje.

—Sí —respondió él.

—Me han mandado a buscarte. Este lugar es peligroso y debemos irnos —le anunció.

—¿Qué dirías que es eso? —le preguntó el chico, ignorando aparentemente el anuncio del hombre.

—Una columna de luz. Más allá de lo evidente, nada sé —sonrió el hombre.

—¿No eres un Sora'Den? —indagó Bastian.

—Así es, jovencito —asintió, con curiosidad—, ¿cómo sabes tú eso?

—Entonces debes tener alguna opinión, forzosamente —respondió Bastian.

—Alguna tengo, pero no es momento de tratarla. ¿Me acompañarás? —continuó el monje, enarcando una ceja.

—Claro. Luego hablaremos, maestro Den.

Bastian y Soiso dejaron atrás la parte más cercana a la orilla, permitiendo que otras personas ocupasen sus lugares para ver el espectáculo. Éstas se agolpaban en los mejores sitios tal y como si estuvieran a punto de empezar unos fuegos artificiales. Algunos incluso creían verdaderamente que se trataba de algún evento festivo que estaba a punto de comenzar.

Pocos segundos después de que la pareja hubiese dejado atrás el puerto, el agudo y penetrante sonido de una sirena comenzó a sonar, sobresaltando a la gente. Segundos después se detuvo y surgió una voz sobre el gentío.

«Atención, ciudadanos. Por causas meteorológicas adversas, la costa debe ser evacuada con efecto inmediato. Recojan lo necesario y dejen todo aquello que pueda retrasarles. Caminen ordenadamente y sin prisa hasta el convoy. No se demoren. Repito. No se demoren».

Aquello fue del todo menos obedecido. Los presentes, asustados por la advertencia, repentinamente asociaron lo que estaba sucediendo con una catástrofe incipiente, olvidado toda idea de diversión. Los que estaban más cerca salieron a toda prisa, pero aquellos que se encontraban en el meollo, se vieron rápidamente envueltos en problemas. La gente empezó empujarse y aplastarse en su intento de huida, bloqueándose unos a otros. Para solucionar la situación hicieron falta varios efectivos militares quienes, dando órdenes

taxativas y concretas, y tratando a los civiles sin ningún miramiento, lograron poner algo de orden en la huida.

—Ga... ¡Bastian! —chilló una voz, desde el fondo de la calle. Era el profesor Thaddeus, quien esperaba a sus compañeros junto a Templeton Barrish.

—Parece que la cosa se anima —comentó el muchacho, cuando llegó hasta su figurado tío. Su expresión circunspecta dejaba claro el tono irónico de sus palabras.

—Caminen —exigió un marine, junto a ellos.

—Nosotros no vamos por ahí —les anunció el fornido Barrish, con su acento tosco y malhumorado—, síganme.

El pequeño grupito dejó atrás las vías transitadas y el convoy que esperaba para ir evacuando a los habitantes. El sonido de un claxon reveló la presencia del coche que les esperaba con el motor encendido. Era un coche parecido a los que Crane les había mostrado en la capital, pero bastante más grande y pintado y chapado de manera diferente, con las insignias de la armada Gisbóana. Al volante se sentaba el flemático Corso Welles y junto a él, el magnate, quien miraba constantemente su reloj de bolsillo. Al lado del coche, un oficial charlaba con el empresario.

—Muy bien, general. El riesgo debe ser minimizado —le oyeron decir, según llegaban al vehículo.

Cuando Bastian subió de un salto al aparato, descubrió que Ameria y Dersen se encontraban ya en su interior, junto a un apurado Gilbert.

—Vamos a ir un poco apretados —comentó Dersen.

—Mejor eso que quedarse por aquí. Haz sitio, guardaespaldas —urgió Bastian, empujándolo sin miramientos.

Thaddeus se sentó como pudo, tratando de no pisar a nadie. Efectivamente no había sitio suficiente para todos, y Soiso y Barrish optaron por sentarse en la carrocería.

—Espero que aguante el peso —languideció Corso Welles.

—Aguantará. Pero nos va a restar potencia —respondió Crane, una vez que el oficial se había marchado—. Arranque, Corso.

—Tengan cuidado ahí detrás —anunció Welles, mientras ponía en marcha el vehículo y usaba el claxon para alertar a cualquier despistado de que aquello se movía.

El boogie arrancó, alejándolos del estuario por la carretera principal. El ronroneo quejumbroso del motor indicaba el sobresfuerzo que estaba realizando.

—¿Los demás estarán bien? —preguntó Ameria, dirigiéndose a Crane. Pensaba en el resto de sus colegas; en Lando, en Sun, y en todos aquellos con los que había compartido cuarentena. Pero sobre todo en sus amigos.

—Están evacuando toda la costa mientras hablamos, señorita.

Poner a salvo a la población es la prioridad de todos los activos, ahora mismo —respondió el magnate.

—¿Y qué va a pasar con eso? —continuó ella, mientras se incorporaba levemente y señalaba a sus espaldas al impertérrito fuste que, ni ganando distancia, parecía decrecer.

—Lo ignoro tanto como usted, pero algo me dice que es mejor estar lejos de esa cosa, por si acaso.

Como haciéndose eco de las palabras de Antillas Crane, la inmensa columna de luz comenzó a inclinarse a la vista de todos, acompañándose de un temblor de tierra que hizo vibrar el suelo que el vehículo pisaba.

—Vira en dirección sureste —gritó Ameria—. Unos cinco grados y contando. Parece como si estuviera reposicionándose.

—¿Infiere entonces que se trata de algún tipo de mecanismo, doctora? —preguntó Crane.

—Sin duda alguna. Probablemente el mismo que encontramos en la fosa de Ápalos —continuó, sin quitar ojo a lo que estaba sucediendo.

El vehículo iba bastante despacio, debido a la cantidad de pasajeros, y aun así se las arregló para hacer eses, de la mano del mayordomo.

—Corso, no titubee —le reprendió el magnate—, y ni se le ocurra detenerse.

—Ni por todo el oro de Cosmos, señor Crane. Es solo que no soy buen conductor. ¿Dónde estará el bendito Wilhelm cuando se le necesita? —protestó el ayudante.

—Señorita Bane, ¿sería posible suponer de sus palabras, que cuando interactuaron con dicho artefacto, lo activaron? —continuó el empresario.

Corso dio un volantazo saliéndose de la carretera, y le costó unos largos segundos regresar a ella.

—Lo lamento, señor Crane. Aquel suceso sigue poniéndome los pelos de punta —se justificó un apurado Welles, quien había perdido absolutamente la compostura.

—Deténgase, Corso, y disculpe mi falta de tacto —ordenó Crane, tomando la conducción del vehículo él mismo.

—Dudo mucho que lo activáramos nosotros —continuó Ameria—. En mi opinión, llevaba mucho tiempo activo y haciendo de las suyas. ¿Qué motivará este cambio repentino?

—Empiezo a pensar, dadas las circunstancias y pruebas, que las cosas que están pasando responden a su propio horario. Lo que sea que sucede, evoluciona a su propio paso, ignorándonos a nosotros —dijo Antillas Crane.

Un nuevo temblor hizo vibrar cada guijarro de la vía. El empresario observó la columna a través del espejo retrovisor y dudó.

Ya estaba apurando la máquina a su máxima potencia, pero empezó a cotejar las posibles repercusiones de esos temblores que venían sintiendo, y cambió repentinamente de dirección, dejando atrás la carretera principal y adentrándose en un camino de tierra muy poco seguro.

—Señor, las ruedas no aguantarán este terreno —advirtió Barrish.

—Tendrán que hacerlo —espetó él.

—Si queremos escapar de esa cosa, éste no es el mejor modo —protestó Gilbert, interviniendo en la conversación por vez primera.

—Diez grados de inclinación sureste —anunció Ameria, ensimismada como estaba con aquel portento que dominaba el océano.

—Nos estamos desviando en paralelo a la costa —dijo Thaddeus, viendo que el vehículo había dejado de buscar la mayor distancia con la columna de luz—, ¿dónde vamos?

—Ajá —comentó Bastian, con una media sonrisa en el rostro—. Ya veo. Es una buena idea.

—Tal vez innecesaria —comentó Crane.

—O quizás imprescindible —añadió el muchacho—. Vosotros, dejad de protestar y estad atentos. Quizás esto sea lo más impresionante que vayáis a ver en la vida.

—Solo tú eres capaz de disfrutar de algo así —renegó Thaddeus.

El vehículo comenzó a ir más y más lento, crispando a la práctica totalidad de sus integrantes. Con lentitud, comenzaron a ver el panorama de forma más amplia pues Antillas Crane estaba tomando altura al subir por la ladera de aquella colina. La gran llanura que separaba el estuario del interior del país emergió ante sus ojos, mostrando el paisaje de manglares, playa pedregosa y caminos de tierra embellecidos por una rala jungla. Sobre el horizonte dominaba la columna luminosa que en altura hendía los cielos. A sus pies se podían ver los edificios del puerto de Nhem, el faro, el centro de tierra, el hotel, y las pocas casas del complejo. Más allá, a lo largo de la costa se diseminaban algunos poblados marítimos muy pintorescos.

El suelo tembló una vez más y el coche dejó de funcionar tras un sonoro crujido. Cuando bajaron a comprobar, encontraron que no solo la llanta había pinchado, sino que la propia dirección estaba partida.

—¡Lo dije! ¡No es terreno para el vehículo! —protestó Templeton Barrish, hecho una auténtica furia—. ¡Esto no podemos arreglarlo!

—Cálmese Barrish. Continuaremos a pie si es necesario —dijo Antillas Crane, quien, sin embargo, sacó su reloj de bolsillo y se plantó de pie a contemplar el paisaje desde la altura.

—Va a pasar algo —anunció Soiso, respirando en profundidad y absorbiendo los aromas del viento —. La naturaleza se revuelve intranquila. Algo está alterando sus ciclos naturales.

—Corso, ¿puede anotar lo que le voy a decir? —solicitó el empresario.

—Claro, señor Crane —respondió él, sacando con premura una pequeña libreta del bolsillo de su chaqueta, y una pluma estilográfica de exquisito diseño.

—Dieciséis horas, veintiún minutos, treinta segundos —dijo.

—¿Qué es eso? —exclamó Ameria, clavando su mirada en el horizonte, sobrecogido su corazón y notando en cada poro de su piel, la electricidad que cargaba el aire que los rodeaba.

La línea marina del horizonte se desdibujó un instante y cambió. Se escuchó un fuerte bramido llegado de la distancia, un sonido tan profundo y terrible que parecía haber partido la tierra en dos partes. Reflejando el gutural clamor de las entrañas de la tierra, el océano entero comenzó a elevarse y a moverse. El horizonte se convirtió todo él, en una terrible y enorme ola que avanzaba como un gigante mítico hacia la línea de la costa. Se escucharon sirenas y gritos en la distancia, y campanas tocadas a toda prisa que resonaban desde algunas de las residencias de los pescadores. Con terror, el grupo contempló cómo algunos de los carros de evacuación trataban todavía de salir de Nhem. La distancia era grande y apenas se percibían detalles, pero era suficiente para saber que no llegarían a tiempo de evitar el desastre.

La gran ola tardó apenas segundos en barrer la playa y engullir con su inmensa boca el estuario entero, trayendo con ella espantosos sonidos de edificios resquebrajándose, gritos ahogados provenientes de un sinfín de direcciones y el propio sonido del océano irrumpiendo de manera casi blasfema, en la mismísima tierra. Durante largos segundos, tan solo el alto faro emergió sobre el océano que, como bastión de la civilización, no cejaba en su empresa de iluminar y guiar al desamparado marino, aun cuando todo a su alrededor estaba siendo arrasado.

Ameria cayó de rodillas, sobrecogida por la espantosa imagen que llegaba a sus ojos. Thaddeus apretó con fuerza su pecho, sintiendo que hasta el aire se le escapaba de los pulmones. Bastian entrecerró los ojos con desafío y apretó los puños, colocando sus pies y brazos listos para recibir el empuje del maremoto que se les venía encima. Templeton y Gilbert salieron corriendo lo más rápido que pudieron, tratando de poner distancia con aquella bestia que venía a engullirles, y Soiso se sentó con lentitud y reverencia, tratando de apaciguar sus emociones, preparando su cuerpo para lo que hubiese de llegar. Antillas Crane, sin embargo, continuó en pie, observando su reloj de vez en cuando, muy atento al proceder de aquel desastre. Su ayudante había caído de rodillas y se había hecho un ovillo en el suelo, pero no se atrevía a soltar la libreta y la pluma.

La inmensa ola avanzó engullendo el estuario y el manglar, arrasó la llanura arrancando cada árbol a su paso y anegó cada tramo de la carretera por la que habían venido. Pareciendo no tener fin su fuerza, como si el océano entero hubiera decidido penetrar el continente para hundirlo bajo sus aguas, la ola avanzó, y avanzó, devastando cada metro cuadrado costero, cada trozo de jungla, cada porción de la desembocadura del Gaulos. Mientras tanto, la columna dejó de ser tal, y su luz comenzó a emitirse en pulsos cada vez más rápidos y brillantes hasta que repentinamente se apagó.

La ola llegó inevitablemente hasta ellos, mas su paso y devastación por el estuario había conseguido consumirla. Los últimos restos y empuje del mar en movimiento chocaron con la pared de la colina en la que se encontraba el grupo, empapándolos y empujándolos al suelo, sin mayor desastre. El agua que había conseguido entrar carretera adelante comenzó a ceder del mismo modo. Lentamente, los aterrados miembros de la comitiva se levantaron, la mayoría incrédulos de seguir con vida, e igualmente agradecidos a su suerte. El estuario estaba inundado completamente, y cuando las aguas empezaron a dispersarse y remitir, la terrible devastación que había generado fue más que palpable.

—Corso, apunte; dieciséis horas, veintiséis minutos, cincuenta y cuatro segundos —dijo Antillas Crane, contemplando su reloj empapado.

El ayudante se recompuso como pudo, pero al tratar de escribir se encontró sin pluma, y con una libreta inservible.

—Lo recordaré, señor —respondió el ayudante, totalmente desorientado.

El Ánsar del Mar surcaba con presteza los cielos de Interterras. Había dejado Calendas hacía un día, lugar en el que se había detenido para repostar, para poco después adentrarse en el país de nadie. Era un día de vuelo desde ahí, manteniendo velocidad y rumbo.

El viaje a través de Interterras siempre entrañaba peligrosidad. Se trataba de una extensísima y laberíntica red de desfiladeros y llanuras que se hundían en la tierra, y que había que cruzar forzosamente por aire. Nadie reclamaba Interterras desde hacía un siglo, y nadie se atrevería a hacerlo sin esperar consecuencias. Por ello ningún país había colocado infraestructuras, ni tan siquiera de paso, ni se había atrevido a erigir una simple plataforma en sus tierras. Aquello suponía que cualquier avería atravesando esos lugares podría esperar consecuencias fatales.

La expedición que viajaba en su interior estaba formada por una

tripulación de a bordo que únicamente incluía a las hermanas Asher, al espeleólogo Morn Skavas, a Marcus Bane y a la antropóloga Elena Amber.

Antillas Crane, quien tenía en nómina a todos los mencionados, los había enviado a Kur para investigar un emplazamiento natural que lindaba con el país. Según instrucciones, el lugar se trataba de una amplia abertura cavernosa que presuntamente derivaba en una todavía más extensa red de túneles. De acuerdo con las predicciones de la señorita Amber, en su interior podrían, con un poco de suerte, encontrar un artefacto o fragmento de artefacto, o quizás los vestigios de una civilización antigua. El magnate no había querido desvelar sus fuentes, más allá de la narración de uno de los venerables monjes de la antiplanicie Tarséana. Elena, que había conocido a Soiso, todavía se preguntaba por qué él no se encontraba en el grupo. Tampoco entendía del todo el profundo y repentino interés del magnate en la historia.

El primer día a lo largo de Interterras transcurrió tranquilo. El grupo aprovechaba los ratos de asueto para jugar a las cartas, contemplar el magnífico y cambiante paisaje, o charlar.

Marcus se sintió rápidamente interesado en las gemelas Asher, unas jóvenes de enorme vitalidad e idénticamente atractivas, y cabe añadir que aquel interés fue mutuo. El joven sabía pilotar muchas cosas, pero el dirigible no era una de ellas, con lo que aprovechó cada momento posible para preguntar y aprender, tanto del aparato como de su piloto y su mecánica.

Morn mientras tanto tenía largas conversaciones con Elena, ya que ésta mostraba gran interés en su país natal, la lejana Asara. El espeleólogo le habló de sus hijas, y de su infancia en las agrestes y esteparias tierras del occidente meridional del continente, y a cambio recibió todo tipo de interesantes charlas acerca de historia y antropología, y sobre las largas expediciones que realizaba la sociedad geográfica de la que Elena era miembro.

No fue hasta bien pasada la mañana cuando algo llamó la atención del grupo; la repentina aparición de una columna de luz que se erguía sobre los desfiladeros y alcanzaba el cielo a simple vista.

—Ya no estamos lejos de Kur —dijo Marcus—. ¿Qué será eso?

—No parrece tecnología Kurrita —añadió Morn.

—Y parece que se está moviendo —anunció Kara—. ¿Seguro que queremos acercarnos más?

Rhea se puso a ladrar desaforadamente y Marcus tuvo que emplearse a fondo para calmarla.

—Ladra como cuando contempla un desastre —comentó el joven.

—Mirad, ya se ve la ciudad de Phontos —señaló entonces Elena Amber—, es magnífica.

—Parrdiez que lo es. Espléndida y árrida. Me rrecuerda a la patrria Asarra —arguyó Morn, profundamente conmovido.

Y es que, desde las alturas, Phontos brillaba con luz propia. Su emplazamiento sobre el desfiladero, sus largos puertos de atraque para Kepplers, y sus balconadas y terrazas sobre el abismo, precedían toda una megápolis repleta de casas a distintos niveles y de construcción muy dispar, que barrio tras barrio, desembocaban en un palacio real apartado de la urbe, majestuoso, ciclópeo, y verdaderamente hermoso.

Sin embargo, conforme el Ánsar se acercaba, el grupo se cercioró de que algo no iba bien. Las terrazas estaban repletas de ciudadanos que contemplaban aquella columna.

—¿Será alguna fiesta? —se le ocurrió a Kara.

—No lo creo. Parecen tan sorprendidos como nosotros con la aparición de esa cosa —indicó Marcus, que usaba un catalejo para ver de cerca a la gente. Rhea ahora gruñía enseñando los dientes.

—Haberr plataforrmas librres —exclamó Morn, señalando con el dedo.

—¿Y seguro que aterrizar es buena idea? —preguntó Marcus.

—¿A qué te refieres? No vamos a quedarnos volando en círculos —respondió Elena.

—Tenemos combustible todavía, espero —continuó el rescatista.

—Siempre calculo para que sobre —respondió Kara— ¿Por qué? ¿De qué servirá permanecer en el aire, tal y como dice Elena?

—No lo sé. Pero Rhea solo se pone así en momentos muy malos, ¿sabes? Como cuando se acerca un tifón, o ha reventado una presa. La conozco un poco.

—Diantrres —masculló Morn— Deberríamos escucharr a la perra. Buena perra.

—No suele equivocarse. Será su instinto, supongo —adujo el joven.

—Bueno. De todos modos, no perdemos nada así que avisaré a Sheena —dijo la mecánica.

—Y mejorr no acerrcarrse más. Hay montón de pájarros —añadió Morn.

No pasaron ni quince minutos antes de que el suceso que había estado previendo Rhea hiciese su entrada en escena. Un crujido en la distancia alertó y enmudeció a toda la comitiva. Se quedaron tan paralizados que por unos segundos no se atrevieron ni a moverse, tratando de averiguar si había sido real o no. Durante unos instantes todo quedó en silencio. Los pájaros comenzaron a dispersarse hacia todas las direcciones, perdiéndose a través de los cielos y llevándose con ellos los graznidos que habían estado presentes hasta el momento. Un silencio inquieto, incluso asfixiante, precedió a lo que estaba a punto de acontecer.

De súbito, el crujido regresó. Procedía de la distancia de

Interterras, probablemente de la zona en la que se enclavaba aquella columna. Comenzó con levedad y conforme se acercaba, fue aumentando su cadencia. La tierra entera crujía como si se estuviera partiendo desde dentro.

Mientras esto sucedía, la columna que dominaba el horizonte con su febril brillo emitió una serie de destellos rítmicos que acabaron por desintegrar su sólida estructura y acto seguido se apagó, como si nunca hubiera estado ahí y de hecho hubiese sido el producto de algún tipo de alucinación compartida. Y al tiempo que su luz se consumía, la tierra entera bramó. Desde la distancia, la montaña retumbó y se retorció y su vasta y anciana roca comenzó a combarse y abrirse, provocando un sonido espeluznante, y numerosos desprendimientos sobre los desfiladeros. A través de la caliza, la pizarra y la arenisca que en formaciones rocosas se habían gestado millones de años atrás, se abrió un profundo surco. La falla avanzó como un tren sin frenos hacia la urbe, donde comenzó la verdadera devastación. Ante los atónitos ojos del grupo, la ciudad de Phontos recibió todo el embate y la fuerza desatada de la naturaleza.

—Santa Selune... un terremoto —consiguió decir Marcus, llevándose las manos a la cabeza. Rhea había dejado de ladrar y gruñir, y observaba atentamente a dos patas sobre la baranda.

El Ánsar del Mar comenzó a apartarse de la zona aun cuando se encontraba a una distancia de seguridad prudente. Sheena no podía creer lo que estaba viendo, e instintivamente tomó los controles para huir. El resto del grupo se agarró a lo que pudo, sin poder dejar de observar lo que estaba pasando.

La terraza más cercana a sus ojos, que se hallaba repleta de gente, crujió, se combó y se partió en dos, precipitando a cientos de ciudadanos al vacío. El horrible sonido de sus gritos se unió al de tantos otros que provenían de distintas partes de Phontos. Con terror, pudieron contemplar cómo los edificios comenzaron a oscilar y algunos de ellos, a inclinarse peligrosamente. Un nuevo crujido precedió a la caída de la alta torre de una capilla, que se estrelló contra los edificios colindantes, provocando un aterrador estruendo. Al mismo tiempo, dos enormes casas solariegas se elevaron sobre el resto y colisionaron entre sí.

En los minutos que siguieron, a lo largo y ancho de la mega urbe se sucedieron desgracias similares, estallando rápidamente una oleada de incendios que se elevaron en enormes columnas de humo hacia el cielo de la tarde. Las campanas comenzaron a sonar desde las cuatro esquinas. En la distancia se escuchaban los gritos y órdenes de la gente que trataba de escapar o ayudar como podía. La ciudad se convirtió en un auténtico caos y una vorágine de destrucción.

—Pobrre gente —dijo Morn, sujetándose el pecho, extremadamente

compungido—. Deberríamos ayudarr.

—Todavía no, amigo mío —respondió Marcus, posando una mano sobre el fornido hombre izquierdo del hombretón.

—Van a morir miles —se descubrió diciendo Elena—. Oh, ¿lo he dicho en voz alta?

—No te preocupes —se apresuró a decir Kara—, todos lo estamos pensando.

—Pobrre gente —repitió Morn, desolado.

Y mientras contemplaban la caída de Phontos, las luces de la tarde tornaban rojo fuego y anunciaban la pronta noche. La vastedad del largo cañón devolvía constantes réplicas del terremoto, que hacían aullar a la misma roca. Los cánticos de desesperación y muerte envolvían la ciudad devastada y sumida en llamas. Un poeta hubiera escrito los más desgarradores versos. Un cantante hubiera entonado la más triste balada. Los demás, tan solo podían limitarse a observar y guardar aquella terrible visión, que los acompañaría para siempre.

LA CAÍDA DE PHONTOS

Ciudad de Phontos.
Reino de Kur.

«Levanta, levanta, aurora.
No hostigues la luz con tu larga noche.
Devuelve el aliento a mis hijos,
y el calor de la sangre a mis padres.
¡Escóndete Giros, sumérgete, Baras!
Libera la vespertina esperanza,
pues tengo el corazón desgarrado,
y el alma desolada».

Canción Kurita.

Desde el campanario tañían, frenéticas, las campanas que normalmente llamaban a la oración. La Capilla de los Cinco Soles había abierto sus puertas para todo aquel ciudadano que quisiera guarecerse. El párroco, colocado en el dintel de la puerta alzaba los brazos, llamando a voces para que la gente que corría a lo largo de la calle entrase.

Ox trastabilló cuando los adoquines bajo sus pies se combaron y abrieron una grieta entre sus dos piernas. La techumbre de la casa de las mieles se vino abajo a escasos centímetros de ella, aplastando a un hombre que trataba, como todos, de huir.

—Socorro —le oyó decir.

Lo ignoró. Saltó la grieta y se encaramó al extremo de la calle menos perjudicado, mientras familias enteras peleaban para entrar a la capilla. Pudo oír, desde el interior, los cánticos de algunos feligreses. Tenían moral para cantar. Bien por ellos.

Fidias le hacía señas desde el final de la avenida. Pronto lo perdió de vista en medio de una multitud que corría a la desesperada, huyendo de la calle aledaña, en la que había estallado un incendio. El olor de betunes calcinados llegó hasta ella mucho más deprisa que el humo.

Corrió. Desde uno de los balcones una mujer trataba de bajar hasta la calle a un niño atado a unas improvisadas sábanas. La casa estaba ardiendo. No lo conseguiría. Y el niño tampoco.

—¡Eh! ¡Aquí! —oyó gritar. Era el asesino, entre el gentío, quien la llamaba.

Un hombre que había reparado en la situación dejó de huir y se colocó bajo el infante que pendía desde el balcón, y cuando reparó en

que la improvisada soga no daría para más, extendió sus brazos al cielo, esperando se cayese sobre ellos. La madre, alcanzada ya por las llamas, soltó el agarre y el niño cayó a peso. El espontáneo no fue lo bastante rápido y el pequeño se aplastó contra los adoquines sin remedio. Espantado, el hombre salió corriendo calle arriba, gritando como un demente.

Ox avanzó dando empujones a todo aquel que se le echaba encima.

—¡Entre, joven, rápido! —le gritó el párroco cuando llegó a su altura.

Observó desde la entrada el interior, en el que los piadosos y los que no lo eran, habían encendido todos los cirios de la iglesia y se sentaban en los bancos de madera, unidos en una canción que era una plegaria a los dioses. A cualquiera de ellos. Las madres abrazaban a sus hijos y los hombres rezaban. Iban a morir en una tumba preparada.

Negó con la cabeza y continuó avanzando. Los gritos la mareaban. El humo la mareaba. Ese hedor que ya no traía aromas del betún chamuscado, ni de la madera ardiente, y que semejaba más bien el de una barbacoa, casi hizo que vomitase.

Una mano la sujetó. El asesino había dado con ella. ¿Por qué se empeñaba tanto en ayudarla?

—¿Estás bien? —le oyó decir.

Lo observó unos instantes. Despeinado y cubierto de cenizas, sabe dios su procedencia, sostenía a la niña en sus brazos, agarrada como una garrapata.

Escuchó un silbido, después un pequeño golpe, y acto seguido una súbita y tremenda explosión venida de cualquier parte que los mandó a todos al suelo. El cielo se llenó de objetos en llamas que volaron hacia los tejados. Durante unos segundos, mientras los restos del polvorín se mantenían en el aire, la imagen fue hasta hermosa. Tras esos leves instantes, uno de aquellos restos impactó contra la torre de la capilla, derribándola de un solo golpe, y haciéndola caer sobre la taberna que tenía en frente. Los edificios crujieron. El polvo y las cenizas los barrieron con tanta fuerza que laceraron su carne como si de látigos se tratase.

Ox tosió escupiendo sangre. Su garganta estaba al rojo vivo y le costaba respirar. Gateó hacia adelante, aplastando a otros damnificados en su camino. Escuchó los llantos de una niña. ¿Era Natha? Era Natha. Alguien la agarró del chaleco sin ningún miramiento, obligándola a ponerse en pie.

—¡Vamos! —escuchó. Le pitaban los oídos.

Corrió o anduvo, o se arrastró, avenida arriba. El suelo seguía temblando. De una de las salidas de los túneles afloraban personas, huyendo de la ciudad subterránea. Estaban empapados y maltrechos, y

gritaban y gruñían de tal modo que parecían más bestias que humanos.

Un anciano se abalanzó sobre el asesino. El hombre era la viva imagen de la desesperación.

—¡Ayuda! —gritaba—. ¡Mi hijo y mi nuera, y los niños, están atrapados ahí!

Fidias dirigió la mirada hacia donde el viejo señalaba. El edificio estaba semiderruído, y crujía peligrosamente. El asesino negó con la cabeza y apartó al viejo para seguir su camino. Ox respiró con alivio. Solamente faltaría que le hubiese dado por convertirse en un héroe.

Aquel edificio estaba condenado. Cuando lo sobrepasaron en apenas unos metros, se derrumbó por completo. Uno de los escombros que salió despedido, alcanzó a Natha en la cabeza. La niña se desvaneció, y en cuanto dejó de ayudar y se convirtió en un peso muerto, Fidias tuvo que dejarla en el suelo. Tenía una brecha en la nuca, pero seguía respirando.

Ox sabía que llevarla así le iba a costar el doble. Quizás había llegado el momento de dejarla ir. Sin embargo, testarudo, el joven se la cargó de nuevo al hombro y se levantó para continuar la marcha.

Todo era inútil, pensó ella; «No se puede estar ni fuera, ni dentro. Tan solo los pájaros pueden escapar de este Armagedón».

Sin embargo, continuaron avanzando. La gente huía hacia las salidas de la ciudad, como era natural, haciendo que dichos pasos fueran casi intransitables. Una carreta había volcado en mitad de la estrecha calle de los joyeros, bloqueando el paso y aplastando a varias personas, que permanecían con vida bajo el armatoste, pidiendo ayuda.

—No quiero pensar lo que habrá sido de «La colmena» y de Mehen —consiguió decir Fidias, pensando en que, si esto les había pasado a los barrios pudientes de la urbe, qué mayores desgracias estarían apabullando a la parte miserable de Phontos, donde los materiales de construcción eran más precarios e inflamables.

Ox observó maravillada cómo algunas personas detenían su huida, incluso dejando a sus hijos a un lado, para tratar de levantar aquellos restos de carreta, y sacar de debajo a las malhadadas víctimas. Sin embargo, levantando la vista, pronto reconoció algo más familiar. Aprovechando el caos, todavía quedaban tipos dispuestos a obviar la devastación y hasta su propia seguridad personal para entrar a golpes en las joyerías y robar materiales preciosos. Con asco, vio como uno de aquellos saqueadores rompía un cristal con una piedra y entraba en un pequeño comercio. Se escucharon gritos de mujer, golpes, y luego el silencio. El malhechor salió de la tienda cargando un pequeño cofre mal cerrado, del que sobresalían collares, pulseras y relojes de oro.

—¿Dónde vamos, asesino? —preguntó ella, deseando salir de ahí.

—Yo... no lo sé. Todas las rutas parecen peligrosas —respondió él.

—Eso es porque lo son. Da igual donde vayamos. Nuestra supervivencia depende exclusivamente de la suerte —dijo ella, jadeando.

—Supongo que es prioritario escapar de las zonas incendiadas.

—Cualquiera de estos edificios puede caérsenos encima de un momento a otro —siguió Ox.

—La tierra tiembla. Se acerca otro —anunció Fidias.

Los sonidos de las piezas de armaduras tintineando llamaron la atención de la pareja. Un grupo de cenestes, cargando escudos de cuerpo entero y otros enseres, cruzaban la plaza aledaña. Pese a lo que estaba sucediendo guardaban la formación con férrea disciplina, y se dirigían con rapidez a algún punto en concreto.

—El cuartel —dijo entonces, Ox.

—¿Qué? —preguntó Fidias. A veces escucharla era muy difícil, ya que solía hablar para el cuello de su camisa.

—Los edificios más fuertes, los que cuentan con las vigas maestras mejor apuntaladas, y los mejores materiales son los cuarteles —explicó ella, como si hubiera visto la luz.

—Entiendo. Hay uno cruzando esta manzana, creo —anunció Fidias.

Y sin más esperanza que la de dos desesperados que cargaban el cuerpo inerte de una niña pequeña esperando que siguiese con vida, la pareja tomo rumbo hacia el cuartel ceneste de la plaza de Eurm Bales, mientras la ciudad se convulsionaba, latía y se resquebrajaba a su paso.

La celda crujió. Sus paredes se resquebrajaron de tal modo que la grieta que se había abierto en la ventana de barrotes recorrió tres de los cuatro muros de la prisión, haciendo saltar guijarros y lascas de roca sobre la estancia. Alcanzó ésta la puerta, temblando y desconchándose su dintel, antes de llegar a detenerse.

El prisionero se levantó, vestido con una túnica de harpillera, despojado de todo su orgullo y olvidado en aquella prisión vetusta. Caminó hasta la entrada dando una patada al almuerzo que le habían dejado como una limosna, que no era otra cosa que un trozo de pan reseco al que le habían rascado el moho y una taza de agua que todavía no había tenido la necesidad de apurar. Los barrotes estaban sueltos.

Dado que llevaba poco tiempo encerrado, conservaba sus fuerzas físicas, aun cuando había perdido toda su voluntad. Era el hombre sin nombre. El desahuciado. El condenado al olvido. Sulluh Sisco, el que

no había de ser recordado.

Dio una patada a los hierros y la puerta se desvencijó de un solo golpe, dándole paso libre al pasillo.

No había guardias; habían salido corriendo en cuanto el palacio había empezado a crujir y sacudirse con los embates de la furia de los dioses. Corto había sido su encierro, pero más corta aun iba a ser la supervivencia del reino. Kur sería engullido y deglutido por deidades resentidas. Él había hecho todo lo que había podido por salvarlo, pero había fracasado. Un falso rey para un reino que se desplomaba en su decadencia, le parecía el réquiem perfecto para aquella tragedia; justo lo que tal obra se merecía. Ahora sabía que ya nada quedaba para él. Tan solo una cosa. Algo que haría antes de entregarse al destino del reino. Y debía consumarlo deprisa.

El descastado salió de las mazmorras sin que nadie reparase en su persona. No se iba escondiendo como un ladrón pues no era tal cosa, y ni tan siquiera había intentado robar los ropajes de algún sirviente aplastado por los escombros de las techumbres que se habían venido abajo, para disfrazarse. No. Era completamente ignorado. Podría pensarse que se debía a que todos los sirvientes, trabajadores, cómicos, danzarinas, nobles, juglares, y demás fauna de la corte de Jakar tenían suficientes problemas tratando de ponerse a salvo ellos mismos, pero él conocía la verdad. Lo ignoraban pues el rey lo había maldecido. Innombrable y olvidado, era para ellos tan solo un fantasma que caminaba.

Una lámpara de araña cayó a su vera, rasgándole el brazo derecho. No le importaba la sangre que empezaba a manar, ni el lacerante dolor que apareció tras unos segundos. No importaba que el ala oeste fuera pasto de las llamas, pues su camino era otro.

Tal y como era ignorado, Sulluh ignoraba a cuantos se cruzaban en su camino. No se detuvo a ayudar a ningún caído, ni aun cuando a algunos de ellos los conocía sobradamente. Aduladores hedonistas cuyo máximo logro en vida había sido asistir a los banquetes reales y hartarse de vino. Para solicitar su auxilio sí lo veían. Hipócritas. Decadentes.

Tomó la escalera que conducía al ala regia, donde solía moverse su majestad, caminando por aquella pomposa moqueta roja que tanto se afanaban en conservar impoluta. Ahora yacía cubierta de escombros, cenizas y trozos de vidrio.

A través de las ventanas de arco peraltado se colaba el viento. Los cristales y vidrieras estaban hechas añicos en su mayoría, y dejaban entrar el aroma a destrucción y fuego que llegaba de Phontos. Una rápida mirada le confirmó lo que ya sabía. La ciudad entera estaba pagando el precio de su complacencia. Los incendios iluminaban la urbe sumida ya en las sombras de la noche. El sol muerto en el

horizonte anunciaba que no habría otro despertar.

Atravesó los salones y las crucerías sin detenerse a mirar a su alrededor, con la excepción de a un guardia real, muerto por aplastamiento de un muro. La espada del muerto brillaba, como una señal divina, en el suelo. Sulluh se acercó recobrando su orgullo y se la arrancó sin miramiento al cadáver, levantándola sobre él, degustando por unos instantes aquel resquicio de satisfacción que la vida le otorgaba.

Y mientras lo hacía, detectó que alguien lo estaba observando, boquiabierto. Se trataba de aquel viejo entrometido que hacía las veces de recadero, soplón y niñera para su majestad. Toda la vida había estado teniendo que soportar el ir y venir de aquel petulante, un hombre de escaso valor, pero de afiliación incorruptible a la corona.

—Sulluh... —alcanzó a decir el recién aparecido hombre, que se encontraba plantado en medio del pasillo, tan sorprendido de verle como si estuviera contemplando a un fantasma.

—El adulador real, Tirios —se mofó Sulluh, a modo de saludo—. Tantos años limpiando pañales a su majestad os han conducido a esto. Un triste final para un hombre recto y servicial como vos.

—No os acercaréis a él —exclamó el anciano, apretando los puños y frunciendo el ceño.

—¿Y cómo pensáis impedírmelo, viejo? ¿Vais a usar vuestra fuerza de voluntad, quizás? —rio el antiguo Vicensor.

—El mal nunca prevalecerá —respondió Tirios.

—Ya lo ha hecho —espetó Sulluh, mientras giraba su espada y se dirigía hacia él.

Aquello suponía una mejoría en sus planes. Dos irritantes enemigos por el precio de uno. Sulluh comenzó a pensar que sería bueno si, además, fuese capaz de sobrevivir a la hecatombe. Sus iniciales ideas suicidas comenzaron a desvanecerse mientras se abalanzaba sobre el sirviente. El anciano, con el rostro desencajado por un terror incipiente, había agarrado una antorcha y la enarbolaba frente a él, como si eso fuese a servirle de algo.

—¡Majestad! ¡Huíd! —gritó el viejo con toda la fuerza de sus pulmones.

Pero la última palabra se fundió en un doloroso gemido. Sulluh había incrustado su espada en el costado del anciano, quien trataba de tomar aire y agarraba a su verdugo, con los ojos desorbitados.

—¿Lo veis, viejo? Habéis desperdiciado toda vuestra vida amamantando a un potrillo inválido —dijo, sacando la espada de la carne y dejando que el hombre cayese al suelo, entre balbuceos.

Sin prestarle un segundo más de atención, y con el ánimo renovado, Sulluh blandió la hoja cubierta de sangre y se dirigió hacia la puerta entreabierta de los aposentos de su majestad. La abrió de

una patada y al hacerlo la encontró aparentemente vacía.

—¿Dónde os escondéis, mi rey? —declamó el renegado.

Sulluh observó con detenimiento a su alrededor. La estancia había sufrido pocos daños en comparación con el resto del palacio, y el hecho de que permaneciese iluminada le indicaba que su presa debía estar escondiéndose.

—Vamos, majestad, no alarguemos esto todo el día. Debemos reunirnos con los hacedores, y vos antes que yo —se mofó el hombre.

Escuchó un pequeño golpe al lado de la ventana, y al desviar la mirada hacia allí, atisbó un leve movimiento a su espalda. Reconoció sin dificultad aquella burda maniobra de distracción, tan propia de un novato, como uno de los ardides que sería capaz de ingeniar su rey. Se giró raudo, efectuando un golpe rotundo de espada contra la mesa que desenmascaró a la figura que allí se escondía, y que hubo de dar una voltereta para esquivar el tajo. Efectivamente se trataba de Jakar Aurelius, el monarca.

—Vaya, vaya, majestad, os hacía cobarde, pero no tanto como para reptar por los suelos como un gusano —espetó Sulluh, dibujando una sonrisa torva.

El rey corrió hacia la puerta de servicio al otro lado de la sala, esquivando por los pelos la hoja voladora que había lanzado su agresor, y que se hundió en la madera labrada. Los segundos que su agresor necesitó para cubrir la distancia entre ellos, y bregar con la hoja atascada, los aprovechó Jakar para intentar alcanzar la puerta de entrada. Casi había llegado a su objetivo cuando Sulluh consiguió echársele encima y derribarlo. El hombre había desistido de recuperar el arma y ahora lo agarraba por el cuello de la camisola, mientras cargaba su puño. Jakar recibió el primer golpe parcialmente, mientras trataba de zafarse del siguiente. Con dificultad, logró salir de debajo de su agresor y lo empujó para ganar tiempo. El rey se dio cuenta de que no lograría escapar de aquel demente, así que buscó con rapidez algo con lo que, al menos, hacerle frente. Tan solo fue capaz de localizar una jarra metálica sobre una de las mesitas, que atrapó y lanzó al mismo tiempo. Sulluh la esquivó sin pestañear.

—Aceptadlo, majestad. Sois incapaz de huir, y no me venceréis en combate. Vuestros hombres os han abandonado, y sin ellos no sois mayor rival que el anciano que os servía —rio el hombre.

—¿Servía? ¿Qué habéis hecho con Tirios, canalla? —languideció Jakar.

Sulluh se acercó al rey y le lanzó un derechazo directo a la mandíbula, tumbándolo de un solo golpe.

—No necesito siquiera armas para venceros. Qué desperdicio —escupió mientras se acercaba y le propinaba una patada tras otra en el costado y la cabeza. El rey gemía y se retorcía, mientras trataba de

cubrir sus órganos vitales— No os preocupéis por el viejo, majestad. Muy pronto os reuniréis con él.

—Maldito... seáis —gimió genuinamente Jakar.

—Ya me habéis maldecido suficientemente por un día, escoria — espetó Sulluh.

En ese instante algo lo desconcertó y detuvo su ataque inmisericorde al tiempo. Un repentino mareo le había hecho perder el equilibrio durante unos breves segundos, haciéndole trastabillar. Atontado, Sulluh logró recuperarse y se miró las manos empapadas en la sangre de su rey. Un nuevo vahído le hizo verlas dobles.

Jakar, al darse cuenta de que los golpes habían cesado inesperadamente, se atrevió a descubrirse y observar a su agresor. No comprendió qué es lo que le pasaba al hombre hasta que reparó en algo muy concreto. Algo que le hizo sonreír.

Sulluh sacudió su cabeza y se quedó mirando con intriga a Jakar. Su víctima lucía media cara hinchada y un hilo de sangre manaba de su boca. Así contemplado, parecía un insulto que un hombre tan pusilánime hubiera ostentado tanto poder. Se arrodilló junto a él y lo levantó agarrándolo de la desvencijada camisa. Un nuevo temblor retumbó en la estancia, coreando la tragedia del momento.

—¿Qué os hace tanta gracia, mi rey? ¿Acaso deseabais morir, y os estoy ayudando? Hablad, os lo ruego —le animó.

—Tenéis... poderosos... enemigos, Sulluh —consiguió decir Jakar, tras escupir una muela.

—Supongo que no os referiréis a vos mismo... —empezó a decir Sulluh con sarcasmo, preparando un nuevo golpe.

Sin embargo, un nuevo mareo lo obligó a detener su empresa, al tiempo de reparar en que el rey no hacía nada por protegerse. Aquella rata miraba con insistencia su cuello, como si lo que ahí veía le resultara más interesante que el hecho de proteger su propia vida. Siguiendo la dirección de esa mirada, Sulluh se llevó la mano a la nuca y tocó algo puntiagudo. Se trataba de una especie de astilla, o esquirla de pequeñas dimensiones que se encontraba clavada en su piel.

—¿Qué es esto? —exclamó, preocupado de repente. Al arrancarla, descubrió que se trataba de una fina aguja adornada con un hilo azul, en la que nadie repararía en un primer vistazo.

—Un regalo para vos... por todos vuestros años de fiel servicio — respondió Jakar, tratando de incorporarse.

—Vos habéis... —comenzó a decir Sulluh.

—No, yo no soy tan astuto —sonrió el monarca.

Súbitamente, Sulluh Sisco comprendió su situación. Angustiado, presa de un terror que no hubiera imaginado y olvidando todo asunto con el rey, se incorporó dando amplias zancadas de vuelta al pasillo.

Comenzó a sentir las manos entumecidas, y los muros de los aposentos empezaron a ondular ante sus ojos, haciéndole difícil percibir la distancia y profundidad de los objetos que le rodeaban.

—Demasiado tarde, Sulluh —oyó decir a Jakar a sus espaldas, entre toses—. Es hora de que pagues por todos tus crímenes.

Lo ignoró. De repente ninguna reyerta ni venganza parecía tener sentido. Lo que le trajo a ese lugar, sus anhelos de muerte y resarcimiento parecían sombras de un pasado lejano. Nada en absoluto parecía relevante ahora que la vida se le escapaba, velozmente, entre los dedos.

Un nuevo temblor derribó parte de la techumbre abovedada del pasillo, bloqueando parcialmente los aposentos reales, haciéndole trastabillar, pero no caerse. Localizó el cuerpo del maltrecho mayordomo que continuaba al final del pasillo, tendido sobre la moqueta. Seguía con vida, el muy obcecado tunante, para su alivio. Había conseguido apoyarse contra una de las paredes y ahora lo observaba acercarse, casi sin resuello.

—Maldito intrigante... —comenzó a decir Sulluh.

Pero entonces sintió que las piernas le fallaban. El entumecimiento se estaba extendiendo rápidamente, y fue consciente de que pronto no sería capaz de dar ni un solo paso más. Consiguió apurar el último tramo del corredor, antes de caer de bruces a un metro de Tirios. Sus pulmones parecían rechazar el oxígeno que el antiguo censor trataba de inhalar, y una fuerte opresión en su pecho daba paso por momentos a un lacerante dolor.

—Veneno —consiguió decir, el malhadado.

—Sí, Vicensor —respondió Tirios, con un suspiro cansado—, os dije que no os acercaríais al rey.

—Os mataré si no me... —gruñó Sulluh. Era evidente que sufría enormes dolores.

—Incluso ahora, que veis la muerte acercarse a través de los ventanales, proferís amenazas. No tengo el antídoto, si es lo que buscabais. Me temo que habéis malgastado vuestros últimos momentos —respondió el mayordomo, con dificultad. Mantenía su mano apretando la herida tan fuertemente como podía, con la ayuda de su pañuelo.

—Moriréis conmigo —escupió el Vicensor, con amargura, pues aquel era el único consuelo que le quedaba.

—Veréis, espero poder evitar eso. Mi rey me necesita —respondió Tirios, tratando de regular su respiración.

—Callaos... me dais asco... —respondió el Vicensor, antes de comenzar a convulsionar.

En un intento desesperado, Sulluh trató de tomar una última bocanada de aire que se negó a concederle más vida. Efectivamente, la

muerte venía a recibirle. Frunció el ceño y decidió recibir a la dama oscura con toda la dignidad posible. Sin embargo, no fue ella quien apareció en el pasillo. Antes de exhalar su último aliento, Sulluh pudo ver cómo múltiples figuras aparecían a su vera. Reconocía aquellas caras. ¿Quiénes eran? Le sonaban muchísimo, y había tantas... ¿Quienes?...

Con una mueca de espanto que convirtió su rostro en una máscara de terror, Sulluh Sisco expiró.

—Que halléis más paz en la muerte que la que disfrutasteis en vida —rezó Tirios, junto a él.

Maeron Bayle consiguió ponerse en pie, totalmente maltrecho. Que el terremoto no le hubiera aplastado y sí la paliza de un enajenado censor era humillante. Jamás hubiera imaginado que Sulluh, aquel intrigante cortesano, poseyera tal fuerza. «La fuerza de la determinación, supongo», pensó Maeron.

Le dolía muchísimo el pecho al moverse. Probablemente tuviera una costilla rota, y sintió un mareo preocupante mientras trataba de alcanzar la entrada para seguir al malhechor. La puerta estaba parcialmente bloqueada por un desprendimiento en el corredor. Los cascotes no eran difíciles de apartar, pero el dolor le impidió hacerlo con rapidez.

Cuando por fin logró salir, cada paso se convirtió en una pesadilla. Los golpes y magulladuras no le importaban demasiado, pero aquella costilla podía estar perforándole el pulmón, por cómo dolía.

Al fondo del pasillo, dos cuerpos tendidos le revelaron a un fallecido Sulluh y a su diligente Tirios. Con dificultad llegó hasta el mayordomo, quien lo recibió con una sonrisa cansada.

—Amigo mío —suspiró el rey, arrodillándose junto al anciano.

—Estáis malherido, mi rey. Debéis buscar ayuda —respondió él, preocupado.

Maeron contempló a su sirviente y su corazón se encogió.

—Eres, sin duda, el más fiel de los hombres.

—Tan solo el más testarudo —sonrió el viejo—. No os preocupéis por mí, majestad, no pienso morir así.

—Claro que no morirás. ¿Has visto lo que está pasando? Tenemos el deber de sobrevivir a este día, para reconstruir nuestro reino —adujo Jakar, con solemnidad—. No tienes mi permiso para morirte, Tirios.

—A sus órdenes, majestad —respondió el mayordomo.

Tras comprobar que la improvisada venda del anciano estaba anudada a la perfección, pero corría el riesgo de ser insuficiente,

Maeron rasgó su túnica para asegurar una más firme y compacta. Después, haciendo caso omiso del extremo dolor que le supuso hacerlo, ayudó al anciano a ponerse en pie y a andar.

—Buscaremos a algún clérigo sanador —anunció Jakar.

—Majestad, si se me permite sugerir...

—Por favor —le animó el rey mientras descendían, con extrema lentitud y cuidado, el primer tramo de las escaleras.

—En mi estudio tengo remedios que pueden ayudar. Fabrico mis propios fármacos, para aliviar ciertas dolencias, y sé cómo utilizarlos —dijo Tirios—. Si es que todo sigue en pie...

—No me sorprende en absoluto. Eres una caja de sorpresas, mi buen mayordomo.

—Son cuatro cosillas —respondió éste, avergonzado.

—Permite que lo ponga en duda.

La pareja cruzó el ala entera evitando los peligros que se sucedían a su paso. El temblor primigenio, el que habría resquebrajado gran parte del palacio, había cesado, pero en su ocaso había engendrado nuevos corrimientos que no estaban resultando menos desastrosos.

Decir que Kur no estaba preparada para algo así era quedarse corto, pues si bien el país se erigía en un conjunto de cordilleras, cualquier movimiento orogénico se perdía en los anales de los tiempos. Ningún libro de historia ni registro relataba actividad sísmica alguna, ni terremoto, desde que el reino fuese fundado.

Por ello Maeron sufría al pensar la desgracia que esto habría de traer a su pueblo. Cada vez que veía caer un trozo de mármol, o desvencijarse una pared, sufría por su gente. ¿De dónde había nacido aquel desvelo? No lo comprendía, pero era algo real y tangible. Algo que lo alejaba de cualquier identidad previa, o de vida anterior a ésta.

Debía arreglarlo.

—Pero ¿cómo seré capaz? —se encontró preguntándose en voz alta.

—¿Capaz de qué, mi señor? —preguntó Tirios.

—De restaurar este reino —sentencio él. Era inútil salirle con evasivas a su inteligente sirviente.

—¿Sabéis? —sonrió el viejo—. Durante años soñé con oíros decir algo así. Cada vez que os escapabais, que huíais de vuestros instructores y os perdíais en vuestras ensoñaciones, soñaba con ello.

—Supongo que fui una gran decepción —rezongó Maeron, asqueado al pensar que carecía de esos recuerdos. Que esos recuerdos pertenecían a otro hombre.

—No, no, mi rey. Pronto entendí lo equivocado que estaba —explicó el sirviente.

—No lo comprendo.

—Erais el heredero al trono. Y después de un tiempo, el trono en sí

mismo. El mundo entero os obligaba a responder de algo sin haberos efectuado una sola pregunta. Hasta yo mismo lo hacía.

«Pero yo os seguía cuando os escapabais. Os seguía a los jardines cuando os escabullíais para llevar comida a los gatos callejeros, y a los mapaches. Os vigilaba cuando escribíais, para luego hallar cuentos fantásticos de los viajes imposibles que realizabais con vuestra mente, en vuestros escritos. Os veía sufrir por vuestra madre enferma, y por vuestro padre cuando fue asesinado. Sufríais más que el resto de los hombres y mujeres que he conocido.

Nadie entendía que aquella carga era la tumba para un niño de naturaleza amable y sensible. El azar os había dado un trono, pero no una familia.

Así, cuando caísteis presa de aquella larga enfermedad que os mantenía muerto en vida, lamenté no haber sido más para vos, más de lo que necesitabais.

Poco después regresasteis, como un milagro, y el milagro os convirtió en una persona nueva. Ignoro lo que encontrasteis al otro lado, pero os juro que jamás he visto a un hombre cambiar como vos lo habéis hecho».

Maeron detuvo su avance y se quedó muy serio.

—¿Y ese cambio, ha sido a mejor, o a peor? —preguntó el rey.

—Majestad, para mí no puede haber un mejor, o un peor. Soy incondicionalmente vuestro fiel servidor, y siempre lo seré —respondió el anciano.

La conversación los había llevado, sin darse cuenta, hasta su destino. La modesta habitación del chambelán se abría con la llave simple de un sirviente, y su puerta estaba mellada y gastada del paso de los años. Cuando entraron, y tras encender un farol, una pequeña estancia llenísima de objetos se iluminó ante Maeron.

En la pared este había una mesa clavada a la pared, una silla, y un enorme alambique que conectaba con un vaso de precipitación. Numerosos frascos de vidrio llevaban las estanterías, cada uno lleno de alguna sustancia; algunas eran reconocibles, otras no. La habitación desprendía una mezcla de olores extremadamente fuertes, debido a las muchas plantas que la adornaban. Los maceteros se apilaban como podían, compartiendo el espacio con ingredientes de todo tipo.

—Alquimia —comentó el rey, asombrado.

—Majestad, necesitaré vuestra ayuda —le dijo el fatigado anciano —. Debo frenar la pérdida de sangre u os seré de escasa ayuda.

—Por supuesto, amigo mío. Dime todo lo que tengo que hacer.

LO QUE NUNCA FUE

«Milenios consumidos buscándoos.
Y ahí estáis.
Y ahí nos pertenecéis».

Eurm Bales había sido un Comandante Ceneste involucrado en las expediciones a Interterras de hacía un siglo, que había ayudado a consolidar el último enclave fronterizo de Kur. Construyó la torre vigía de Palhos, destinada a contener una posible invasión enemiga desde los desfiladeros, aunque ésta cayese en desuso poco después. Como premio a una larga vida de servicio, el rey Aster III, bisabuelo de Jakar, le había homenajeado a su muerte, otorgando su nombre a una sobria plaza y a un cuartel que resultó ser más bien un fuerte dentro de la ciudad. En la noche fatídica actual, el fuerte hacía las veces de hospital y casa de comandancia, y trataba de organizar partidas de salvamento con las tropas de que disponía.

De que no habían sido los únicos en tener la maravillosa idea de refugiarse entre sus fuertes muros de piedra, se dieron cuenta enseguida. Ox y Fidias contemplaron cómo un apurado sargento, acompañado de varios de sus hombres, se apostaba en la puerta del cuartel, tratando de frenar a la enardecida plebe que trataba, por todos los medios, de sobrepasar el portón.

—¡En orden! ¡Antes de entrar deberán ser registrados! ¡No pasarán sin registro previo! —gritaba el sargento, mientras gesticulaba para que formasen algo parecido a una fila.

Era obvio que aquel registro no era sino una excusa para que media ciudad no irrumpiese en el cuartel a golpes, pero el ceneste estaba soñando despierto si pensaba que podría controlar a las masas en un momento como aquel, en el cual sus vidas corrían peligro.

—Salva Mcmellon, de la curtiembre de la calle Regos —gritó un hombre que se encontraba a la cabeza del gentío.

—Pase —dijo el sargento, haciéndole un gesto a sus hombres para que le dejaran acceder.

Mientras cruzaba entre los cenestes, que simplemente se apartaron unos centímetros sin bajar sus sables, el resto de la turba empezó a gritar sus propios nombres y a empujar y ser empujados por los que se encontraban detrás y no escuchaban nada de lo que estaba sucediendo más adelante.

—¡Alto! —gritó el sargento, quien levantó un arcabuz hacia el cielo y disparó.

Sus subalternos guardaron sus armas blancas y levantaron sus propios mosquetes con el objetivo de amedrentar a la gente en su avance.

—¿Lo intentamos? —preguntó Ox.

—¿Acceder por ahí? Imposible. Este escenario no tardará en convertirse en un baño de sangre —rezongó el asesino.

—No veo cómo vamos a entrar en una fortaleza de otra manera.

—Ya veremos —respondió Fidias.

La pareja rodeó la plaza, sorteando en su camino los escombros de un taller cuyo balcón se había venido abajo momentos antes. En lugar de dirigirse al muro de piedra del cuartel, Fidias se desvió a su izquierda, hacia un callejón cercano bastante estrecho. Una vez en su interior, se detuvo a levantar y despejar un montón de tejas de pizarra que se habían amontonado en el suelo, y al hacerlo descubrió el maltrecho cuerpo de un vagabundo que había sido aplastado por el desprendimiento sucedido ahí, seguramente momentos antes.

—Pobre diablo —masculló, mientras lo apartaba de una patada.

—¿Pretendes entrar ahí? —preguntó Ox.

—Es una boca de alcantarilla. Conecta con el desagüe del cuartel, aunque es muy estrecha. Se puede cruzar con un poco de esfuerzo —explicó él.

—¿Arrastrarse por un túnel angosto en mitad de un terremoto te parece una idea razonable? —inquirió la joven.

—Es un tramo corto. Si no es practicable lo descubriremos enseguida —respondió Fidias.

—Y si se hace impracticable con nosotros dentro, también —protestó Ox.

—Ya hemos pasado por algo así antes, aunque no lo recuerdes —dijo Fidias, mientras abría la tapa de metal y descolgaba a la niña en su interior.

—Sí, lo cierto es que hace tiempo que lo único que hago en la vida es huir de la muerte —se resignó la joven, ayudando a su compañero en su propósito.

—Eso te pasa por ser *singulari* —comentó él.

—¿Por ser qué? —preguntó Ox, inmediatamente.

—Natha ya está abajo, yo entraré primero y tú la empujarás —ordenó el asesino.

—Bien, pero respóndeme a lo que he preguntado —siguió ella.

—No es nada, estemos a lo que debemos estar, ahora mismo —respondió él en tono muy serio.

La pareja se deslizó por el túnel con bastante dificultad. Pese a seguir en pie, las vibraciones en sus paredes anunciaban que no soportaría un embate más. Sin poder erguirse, y avanzando tan rápido como pudieron, vadearon el pútrido conducto hasta llegar al extremo

opuesto, en el que encontraron una cámara claustrofóbica y un pozo cubierto de moho. Unas escaleras de mano los separaban del fuerte.

—Hemos llegado —anunció Fidias—. Si no me equivoco, esto desemboca en los sótanos de almacenaje. Voy a inspeccionar.

El joven, con el sigilo de un guepardo, remontó los escalones y se asomó al interior del recinto. Tanto silencio era innecesario, dado el estruendo que reinaba en cualquier parte, pero aquello ya era deformación profesional.

—Despejado —anunció.

Pero justo en ese momento, Fidias, quien sintió repentinamente erizarse el vello de su nuca avisando un peligro inminente, hubo de tirarse al suelo para esquivar la inconfundible trayectoria de un cuchillo que se dirigía a su cuello. Inmediatamente rodó hacia atrás para alejarse unos metros de su atacante y se colocó en posición defensiva, desenvainando su propio puñal. De no ser por su entrenamiento, que lo mantenía en constante alerta, en ese momento ya sería un cadáver.

La luz tenue que iluminaba la estancia provenía del pasillo aledaño, abandonando muchas zonas a la oscuridad de la sombra, otorgando a aquel desgraciado múltiples opciones de refugio. Un casi imperceptible movimiento a su derecha desveló la posición de su enemigo, oculto bajo una capa oscura, agazapado y preparando su próxima acción. No se trataba de ningún ceneste.

Con una agilidad felina, su atacante saltó repentinamente sobre él, otorgándole escaso margen de maniobra. Fidias eludió una vez más la hoja agresora, valiéndose de una esquiva lateral y repeliendo a su enemigo con un tajo al aire. La figura no se quedó a recibir represalia tras fallar, sino que se alejó de un brinco, ocultándose de nuevo en la sombra. Ese estilo de lucha lo conocía. No lo pillaría desprevenido otra vez.

«Ahí viene de nuevo» —se dijo.

Fidias lanzó su puñal a su mano izquierda mientras giraba sobre sí mismo no más de quince grados, abriendo un espacio suficiente para esquivar fácilmente la repetitiva trayectoria del arma de su enemigo. Aprovechando su mismo ataque, Fidias lo agarró por el cuello con su mano derecha libre y con la inercia de su propio impulso, lo derribó contra el suelo. Se trataba de una figura pequeña que apenas pesaba, lo que le facilitó la empresa. Con un golpe seco de la empuñadura de su daga en la muñeca de su atacante, consiguió desarmar a éste, mientras lo sujetaba contra el suelo de piedra. El desconocido profirió un grito de dolor desvelando que se trataba de una mujer. Por su envergadura, Fidias ya lo había supuesto.

Sin ningún miramiento bajó la capucha y arrancó la máscara de tela de la cara de su agresor, que se debatía en el suelo para no

asfixiarse.

Fidias bufó a verla, maldijo en varios idiomas al reconocerla y la soltó con desgana, dejándole espacio para que se recompusiese.

—A ti te han debido instruir en una granja de cerdos —masculló el joven, mientras se sentaba en un cajón de madera y se arreglaba los maltrechos ropajes.

La mujer consiguió levantarse y respirar con normalidad en pocos segundos, momento en el cual reparó en la identidad de su enemigo.

—¿Fidias? —asintió más que preguntó, anonadada.

—El mismo que intentabas matar —anunció él, levantando los brazos a modo de sorna.

—Pensaba matar a cualquiera que se apareciese por aquí, idiota. Sabes que no es personal —protestó ella, masajeándose la muñeca —. Me has destrozado la mano, ¿sabes?

—Así es. No podía dejar que me rozase uno de tus puñales untados de veneno. Y no te quejes, he estado a punto de clavarte mi daga en el corazón sin mirar quién había debajo de la capucha.

—Me alegro de que seas un cotilla, entonces —suspiró ella, recuperando un tono más jovial.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Fidias.

—Tenía un trabajo en las inmediaciones cuando a la maldita ciudad le dio por reventar. Me escabullí al lugar que me parecía más seguro. Un momento...

La mujer se giró de repente y buscó de nuevo su arma en el suelo. Fidias, anticipando sus acciones, saltó sobre ella y la agarró por la muñeca lastimada, haciéndola chillar de dolor.

A apenas un metro, su compañera los observaba con la intensidad de un halcón a punto de lanzarse en picado.

—Ox, te presento a Ivory, Ivory, ésta es Ox —anunció Fidias, soltando una vez más a la asesina.

—¡Au! —protestó ella. Después se detuvo a observar a la mujer que tenía delante— ¿Y quién es ésta?

—Es complicado —respondió él.

—Su cara me suena. ¡Ah, sí!, pusieron un buen precio por su cabeza. Y por la tuya, Fidias. Estuve tentada de ir a matarte, incluso —comentó la joven.

—Qué suerte la mía —arguyó él, mientras se arrodillaba a comprobar el estado de la niña, que yacía tendida en el suelo.

—Luego recordé que eres más valioso en mi catre y se me pasaron las ganas de cobrar —comentó Ivory, sonriendo— ¿Quién eres, Ox? ¿Eres su amante? —le preguntó directamente la mujer.

—Tú eres una asesina como él, ¿verdad? —respondió Ox, hablando por vez primera.

—Mejor que él —asintió la chica, tomando uno de los cabellos de

Ox y acariciándolo —Y no soy celosa, podemos compartirlo, ¿sabes? Incluso podríamos divertirnos entre nosotras más aún.

—Ivory, déjala en paz —rezongó un hastiado Fidias.

—¿Qué es un singularí? —preguntó Ox, ignorando la cháchara irrelevante de la chiquilla.

—Oh —sonrió ella tras hacer una pausa, sorprendida—, entiendo. ¿Fidias no te lo ha explicado?

—Cállate. Ivory —amenazó Fidias, con seriedad.

—Es alguien que, por la razón que sea, importa en las altas esferas —explicó la asesina, paladeando cada palabra como si fuese miel en su boca.

—Basta ya —se adelantó el joven, esta vez enfadado.

Ox lo detuvo, alzando el brazo y mirándolo a los ojos.

—Tengo derecho —arguyó con seriedad.

—La dama tiene derecho —rio Ivory, sarcásticamente.

Fidias se quedó mirándola y dio un paso atrás, apoyándose contra la pared. Había perdido todo rastro de jovialidad en su rostro.

—Continúa, por favor —le pidió a la asesina.

—Verás, yo no doy nada por nada, y mucho menos información. Fastidiar a Fidias me place, pero me parece que esto le fastidia demasiado —respondió ella, encogiéndose de hombros.

Ox apretó los puños y cerró los ojos. Cada centímetro de su cuerpo se encontraba crispado.

—Estoy harta de juegos. No puedo más —dijo, con amargura.

—Un *singulari* es un protegido —intervino Fidias entonces.

El joven, ahondando en la oscuridad de sus profundas pupilas y habiendo llegado a aquel punto, se veía incapaz de seguir manteniendo la treta. Ox lo observaba con estoicismo, tratando de guardar sus emociones para sí, por muy lacerantes que estas fueran. Fidias sabía que aquello acabaría con cualquier resquicio de confianza o camaradería que hubiera logrado surgir entre ellos, y por alguna razón, aquel pensamiento le profirió un dolor inesperado. No obstante, ya no podía echarse atrás—. Un objetivo de alto rango, en la jerga de los servidores de la noche.

—¿Eso es lo que soy? —preguntó ella, acercándosele lentamente.

—Sí —respondió el joven, con asertividad—. A alguien muy importante le interesa que, al menos, no mueras.

—¿A quién?

—A ese nivel, no conocemos la identidad de nuestros contratistas —explicó Ivory, detrás de ellos.

Un nuevo movimiento de tierra los trajo de nuevo al momento presente, recordándoles la precaria situación en la que se encontraban. El polvo de muros y techos descendió sobre ellos tras el profundo temblor, demostrando que la estructura aguantaba.

—¿Ha sido siempre así? —indagó Ox, mirando a los ojos a Fidias.

—No siempre. En un principio eras una protegida ordinaria. Yo debía acompañarte y vigilar tus acciones —explicó él.

—¿Por qué? ¿Qué puede haber en mí que deba nadie vigilar? —siguió ella, con un nudo en la garganta.

—Yo tampoco lo entendía al principio —respondió Fidias, evidentemente apurado.

—¿Al principio?

—Ox, no eres una persona ordinaria y lo sabes. Tú me ocultas más cosas de las que yo te he ocultado a ti —respondió el joven.

El silencio se hizo entre ellos unos instantes.

—Encontrarme en aquel keppler, seguirme a Mehen, sacarme del castillo... ¿todo formaba parte de un plan? —continuó Ox, desviando la mirada hacia el muro más cercano.

—No del mismo plan, pero sí. Mis objetivos iban cambiando, y en un momento dado te convertiste en singulari, por orden de arriba.

—De arriba... —masculló ella.

—Tienes amigos poderosos, de eso no cabe duda. Hasta el rey de Kur me encomendó sacarte con vida de la ciudad, y eso no lo esperaba en absoluto —explicó el joven.

—Entiendo, asesino —asintió Ox, estoicamente—, ¿hay algo más que deba saber?

—Ya sabes tanto como yo —respondió Fidias.

Durante unos segundos, la tensión en el aire casi podía palparse. Ox apretaba los puños con la mirada perdida. Fidias la observaba fijamente, tratando de desvelar cualquier emoción que pudiese aflorar en su demacrado rostro. Ella era experta en camuflarlas, pero el joven intuía que en esta ocasión estaba haciendo un esfuerzo enorme.

—Perdóname —le dijo Fidias, entonces. No era algo que hubiera querido decir, pero aquella palabra surgió como surge el magma de un volcán en erupción, directamente desde algún resquicio de su alma, y no fue capaz de detenerla.

Esperaba que ella se alejase impertérrita, demostrando su desdén, o incluso que rompiera a gritar liberando una furia inusitada, como ya le había visto hacer con anterioridad, y sin embargo nada de eso sucedió. Inesperadamente, el asesino contempló cómo le temblaban los labios y fruncía el ceño. La joven dio un paso atrás y bajó su cabeza, tratando de ocultar las lágrimas que afloraban en su rostro.

—Eh... —susurró él, acercándose a ella y tomando sus manos entre las suyas— no, no, no... por favor, no te equivoques.

—Déjame —consiguió decir ella, en un sollozo.

Fidias, que no sabía qué hacer, la abrazó para que sus acciones hablaran por sí mismas. Ella se revolvió unos instantes y después se rindió complemente, rompiendo a llorar con desconsuelo, como si

todas las lágrimas que hubiera estado guardando en el oscuro rincón de sus entrañas, aflorasen sin remedio. Todos sus sentimientos enquistados, sus emociones reprimidas, se desataron como el torrente de un río tras el deshielo de la primavera. El peso de muchas millas de un viaje agotador se cernió sobre ella, trayendo a su mente en aquel lugar y aquel instante, un océano de imágenes y vivencias.

Se vio a sí misma en aquel keppler que la separaría de su hogar, tratando de enfrentar sus propios demonios, rumbo a lo desconocido. Vio a Fidias, encantador, la primera vez que lo conoció y escuchó de nuevo sus zalameras frases adornadas de música. Se encontró de nuevo escapando de las cribas y buscando al que después sería su maestro. Rememoró todos sus viajes a través de los planos de existencia, de la mano de Maeron Bayle, y con ellos, todos los sentimientos que estos le produjeron; ansiedad, terror, desesperación, y por qué no, también poder. Un poder innegable que la había acompañado toda su vida, que había estado al alcance de sus dedos en el filo de una navaja, siempre un centímetro más alejado de lo que podía alcanzar. Sintió de golpe el precio por el que, con cada uno de sus esfuerzos para comprender su don, había pagado en su propia carne y sangre, en cada porción de su alma.

Vio al asesino quitándole la vida a la reina, sin escrúpulos, traicionándola por primera vez. Recorrió una vez más los pasillos del palacio real en el etéreo, a la búsqueda del perdido rey Jakar. Rememoró Tesalonia, el hermoso refugio de aquella pobre alma atormentada que regresó tan solo para morir poco después. Sintió de nuevo la culpa y la vergüenza tras haber tratado de asesinar al malhadado rey, hecho que, de no ser por la intervención de su maestro, habría acabado con el último resquicio de su humanidad. Recordó haberse rendido y haber sido rescatada, por el mismo hombre que hoy una vez más, la traicionaba.

Y lo recordó a él.

—Danan —susurró, en un gemido apenas audible.

Él, que fue el motivo por el que empezó todo. Él, que había sido su pilar, su mundo, su eje. Su amor más allá del amor, por quien movería montañas y traspasaría mundos. Él, por quien gastaría su propia alma y llegaría más allá de la muerte. Él, a quien había buscado con desesperación y que había visto alejarse poco a poco de su alcance. Él, a quien debía traer de vuelta desde los istmos del mismísimo averno.

Él se había marchado. Lo contemplaba ahora en la distancia, sumido en la bruma de sus recuerdos, más allá de lo que todos sus esfuerzos podrían abarcar. Más allá de lo que su determinación podía asumir. Más allá de sus propios sueños y esperanzas.

Y después no sintió nada más. Tan solo el vacío y la calma, y aquel abrazo que la sostenía para que no cayese al abismo, mientras su

llanto empezaba a remitir.

La tierra bajo sus pies se estremecía, crujían los muros y los gritos de los inocentes llegaban hasta sus oídos. Se encontraba en el final del mundo, incapaz de controlar nada, ni tan siquiera a ella misma. Tan solo aquel abrazo evitaba que se desmoronase junto a aquella ciudad en llamas que era presa de la destrucción.

La mano del asesino acarició su rostro y levantando su barbilla la instó a mirarle.

—¿Quién es Danan? —le preguntó él.

Al contemplar el rostro del joven, Ox se encontró mirándose a sí misma. Su rostro ajado y cubierto de cenizas y polvo revelaba los surcos de las mismas penurias y preocupaciones que a ella habían aquejado. No lo comprendía, y realmente no sabía nada de él, de todos modos. La había utilizado y engañado tantas veces como le había salvado la misma vida. Eran dos desconocidos que, de alguna sutil manera, se conocían. Ella, que sabía de la dualidad de las cosas, reconocía así también la de los seres que habitan los mundos. Reconocía la dualidad de toda realidad; que lo que parecía, en raras ocasiones era lo verdadero.

Aquella mirada no era la de un oportunista, ni la de un sicario que finge preocupación. Aquellos ojos dejaban ver tantas cosas, que sintió que, si lo deseaba, podría llegar a escrutar su alma, y él no haría nada por impedírselo.

—Mi nombre es Valena. Valena Ox —respondió ella.

—Valena —repitió el asesino, tomándose su tiempo para asimilarlo.

Ambos se miraron fijamente a los ojos, viéndose por vez primera, después de tanto tiempo y vicisitudes, como reconociendo a un antiguo amigo de toda la vida al que no esperaban encontrar.

Los muros retumbaron de nuevo, esta vez peligrosamente, y el suelo se movió una vez más bajo sus pies, separándolos. Se escuchó un crujido tremebundo, como el de un trueno rasgando el cielo enardecido, pero que brotaba de la tierra misma, y tras un ensordecedor golpe, parte de la techumbre del sótano se desmoronó.

Ox tuvo escasamente un segundo para ver el muro precipitarse sobre ella. En ese segundo sintió cómo su compañero la empujaba con fuerza y sin miramientos, lanzándola directamente junto a Natha. El polvo y el ruido ensordecedor la desorientaron completamente, mientras el edificio se venía abajo. Cuando el desprendimiento cesó, trató de incorporarse con gran dificultad y se golpeó la cabeza contra un bloque de piedra. Toda la sección sur se había desplomado sobre ellos. Tosió, se debatió y gritó tratando de recibir una respuesta.

Escuchó un gemido a su alrededor y palpando a ciegas encontró una mano. La agarró.

—Está bien. Está bien —dijo en voz alta, tratando de calmarse—. Ya ha pasado.

Presa del nerviosismo, buscó frenéticamente en el bolsillo de sus pantalones hasta encontrar una cajita de cerillas. Le costó tres intentos llegar a prender una de ellas.

Cuando la luz se hizo, observó a su alrededor. Natha yacía tendida e inconsciente como antes estuviera, y no había sufrido daño alguno. Aquello era todo un prodigio, pues los bloques de piedra desprendidos las rodeaban como una cárcel diminuta.

Con la respiración agitada, pudo ver que el brazo que había encontrado era el de Fidias, y sobresalía entre dos bloques.

—Fidias, eh —llamó sin aliento, sujetando sus dedos—. Estoy aquí. ¿Cómo vas? Dime.

—No muy bien —oyó decir al joven, sin resuello—. Estoy un poco atrapado.

—Defíneme atrapado. Venga. ¿Una pierna? ¿este brazo? —inquirió ella, faltándole el aire tras cada palabra.

—No lo sé. No veo nada. No puedo moverme —respondió el joven.

—Lo arreglaré. Lo arreglaré —dijo ella, mirando hacia todas partes.

La mano de Fidias apretó la de ella con fuerza.

—No te preocupes, Valena. Tú misma me avisaste de esto ¿recuerdas? Me sugeriste que no tuviera miedo de la muerte. Pues bien, no lo haré, no temeré a la muerte —le dijo.

—No, no, no —susurró ella, desquiciada —Fidias, olvídate de eso. Te sacaré de ahí.

—Cállate ahora, tozuda. Nos aplastan toneladas de roca. Quiero decirte algo antes de... —empezó a decir el asesino, en un hilo de voz.

—¡Cállate tú! —le interrumpió ella, soltándole la mano de un tirón —. ¡He dicho que lo arreglaré! ¡He dicho que lo arreglaré!

Ox se llevó las manos a la cabeza, presa de la locura. Volvía a suceder y no podría pararlo, igual que la última vez. En esta ocasión no podía permitirlo, pues de hacerlo, sería más de lo que podría manejar. No volvería a vivir sobre la tumba de nadie. No volvería a perderlo todo.

«Maestro» —gritó en su mente.

«¡Maestro escúchame!»

«¡Escúchame!»

«Sé que estás ahí».

«Puedo sentir tu dolor».

«Estás herido, maestro, pero necesito tu ayuda ¡escúchame ahora!»

Maeron dio un respingo y se incorporó de tal modo sobre la mesa, que tiró al suelo no menos de cinco frascos y dio al traste con todo su vendaje. La habitación se impregnó de un hedor dulzón insoportable.

—Señor, por lo que más quiera —protestó un agotado Tirios.

—Yo, lo siento, Tirios... no sé qué ha pasado... —Maeron trató de sujetarse el emplasto sobre la carne, sin mucha convicción.

—Lo volveré a colocar, majestad —resolvió el anciano, levantándose de la silla con dificultad.

—No, no, yo lo haré. Tú debes descansar más que yo...

«¡Maestro!»

—¿Ox? —preguntó en voz alta.

—¿Señor? —preguntó a su vez, el mayordomo.

«Necesito tu ayuda, maestro. Mi vida pende de un hilo».

—¿Cómo puedo ayudarte? —dijo Maeron, en alta voz.

«Estoy atrapada bajo una montaña de roca.
Debe haber algún modo…».

—Déjame pensar.

Maeron se levantó de la mesa y se puso a dar vueltas por la pequeña botica del anciano, olvidado ya el vendaje y su dolencia.

—Majestad, creo que necesitáis una tisana fuerte —arguyó el viejo criado.

—Svelton Fallas. En sus escritos habla de la capacidad de trabajar desde dentro hacia fuera. En teoría es posible, para algunos, interactuar con este plano físico desde otro cercano.

«Se puede. Lo he hecho antes. Sin saber cómo».

Maeron Bayle sintió la desesperación de su pupila, pues sus palabras le llegaban entremezcladas con sus sensaciones inmediatas. Miedo a la pérdida, sensaciones de apremio, angustia, todo ello no ayudaba en absoluto a dejarle pensar.

—Reducir lo descomunal a un solo grano de arena no es más complicado que levantar una taza de té, cuando se trabaja sobre las posibilidades y no sobre la materia —recitó Maeron, de memoria.

«Necesito algo más que acertijos, maestro».

—Las posibilidades son como cuerdas entrelazadas. Tejen el

universo y sus espacios. Pueden... pueden... ¿cómo era? —decía Maeron, obligándose a recordar.

—Pueden tañerse como la cuerda de una cítara, y para ciertos Ah'Ree, su manejo les conducía a desplazarse o desplazar la materia entre realidades —le ayudó Tirios.

—¡Eso es! —aplaudió el falso Jakar.

«¿Significa eso que puedo levantar un edificio derrumbado?»

—Recuerda lo que aprendiste en nuestros viajes, querida. Todo se encuentra interconectado. Las dimensiones se superponen y comparten espacios. Tal y como yo lo veo, significa que, si es posible, puede existir y existe en alguno de los infinitos planos. Svelton Fallas hablaba de que el poder de los más grandes Ah'Ree radicaba en su desbloqueada comprensión de las leyes del universo.

Y tras decir aquella última frase, Maeron Bayle sintió cómo la conexión telepática de su pupila se difuminaba hasta desaparecer. El ruido exterior regresó a él de repente, junto con el profundo dolor de su pecho. Tambaleándose, se reclinó de nuevo sobre la mesa y buscó el emplasto de su fiel ayudante.

—Majestad, ¿qué ha sido eso? —preguntó un Tirios perplejo.

—Creo que tu rey ha enloquecido momentáneamente, mi querido amigo. Será mejor que descanse un poco.

—Sin duda alguna, mi señor —añadió el nada convencido alquimista. Y repitió—. Sin duda alguna.

Ox se sentó en su reducido cubículo, sumida en la oscuridad. Las palabras de su maestro bailaban en su mente mientras trataba de exprimir su sentido. Carecía de tiempo para hacer elucubraciones o trazar esquemas. Debería trabajar con lo que tenía, y debía ser ya mismo.

—Ox —llamó Fidias, en un susurro—, ¿sigues conmigo?

—Aquí estoy, y no pienso marcharme —dijo.

—Qué suerte tengo —escuchó responder al joven con una débil voz.

—Todo esto ha de tener un sentido. Demasiados caminos confluyen aquí y ahora. Fidias, voy a encontrar un modo o moriré en el camino. Ya no es solo por ti, o por mí. Espero que lo entiendas y sepas que no te guardo ningún rencor. Debo irme.

Y pronunciadas aquellas palabras, abandonó su cuerpo físico de golpe, sin detenerse siquiera para tumbarlo. No había tenido que sufrir para hacerlo, ni sintió el acostumbrado dolor que aquel acto solía

producirle.

Observó el etéreo que se ondulaba a su alrededor, presentando un paisaje similar, pero diferente al lugar del que provenía. Las rocas estaban ahí, pero podía traspasarlas sin restricciones. Se elevó entre ellas, hasta abandonar el edificio, colocándose sobre la terraza de madera suspendida de una licorería contigua, que parecía continuar en pie. Enseguida pudo ver lo que había sucedido; una enorme grieta se había abierto transversalmente al fuerte, levantando una parte del cuartel sobre la otra, haciendo que la primera aplastara a la segunda. Dicha grieta comenzaba kilómetros adelante, y había elevado literalmente, media ciudad más de un metro de altura. Semejante catástrofe no tenía parangón.

La tormenta eterna parecía el escenario perfecto para aquel apocalipsis que retumbaba en todos los planos a la vez. La herida abierta era tan profunda, que los gritos de mil voces ofendidas ofrecían un coro inapelable a su alrededor. Podía ver cientos de figuras, alzándose sobre la ciudad perdida, desorientadas y confusas al haber sido arrancadas de aquella manera de sus cuerpos. Las vidas segadas eran incontables, aberrantes, y Ox sintió una arcada al contemplar la imparable cofradía de almas que se agolpaban en las calles sin nombre de una Phontos devastada.

Descendió hasta la altura de la calle y contempló el fuego iridiscente que no podía tocarla, y que danzaba consumiendo lo que encontraba a su paso. Trazó un arco con su brazo y aquella llama respondió brincando y saltando de un lado a otro, como si hubiera sido alcanzada por una ráfaga de viento.

—Apágate —dijo, intentándolo de nuevo. El fuego volvió a brincar y hacer cabriolas, y sus chispas saltaron al edificio cercano, prendiendo una nueva llama.

«Así no es, estúpida», se dijo.

«...si trabaja sobre las posibilidades y no sobre la materia».

Se obligó a rememorar. Aquello tenía sentido. Mucho sentido. En el fondo, sabía que nada más escuchar las palabras de su maestro, lo había entendido de forma innata. ¿Por qué no podía manifestarlo, entonces? ¿Qué la estaba reteniendo?

«Cuerdas que tejen el universo…».

—Espacio entre espacios —susurró—. ¿Cuál es el espacio en el que la llama se apaga?

Ox contempló el fuego ondulante con detenimiento. ¿Era un todo, o era la suma de muchos muchos? Pequeñas partículas comenzaron a

materializarse ante ella, conformando un sinfín de pequeñas llamas, que a su vez se dividían entre sí, hasta que su vista, que no tenía nada que ver con sus ojos físicos, dejó de poder atisbar sus divisiones.

—Lo que es posible, puede existir y existe —susurró, sintiendo cómo un nuevo significado se abría paso en su mente como la ola creciente de un maremoto—. Existe, porque es posible... ¿Cuál es el espacio en el que la llama se apaga?

«El espacio en el que nunca llegó a prenderse».

Ox se incorporó, dando un brinco hacia atrás. Con nerviosismo, trató de guardar y atesorar aquel pensamiento. Ahí se encontraba la clave. Lo intuía.

—La llama nunca llegó a prenderse...

Levantó su mano hacia el fuego y observó con detenimiento las propiedades que lo conformaban, tratando de no obviar ninguna y darle el significado preciso a cada una de ellas, como la parte contingente que eran en sí mismas, y como el todo global que manifestaban. Una red infinita apareció ante sus ojos, más vasta y rica que todo lo que había contemplado hasta entonces. La urdimbre se tejía como una malla de infinitos espacios entre infinitos vacíos. De alguna manera, estaba contemplando la esencia misma de aquella manifestación; calor, movimiento, partículas que chocaban las unas contra las otras frenéticamente. Y mientras contemplaba su esencia, pudo atisbar que era, y no era, en el mismo lugar y en el mismo tiempo.

—Te tengo —dijo.

Y entonces el incendio, o al menos aquella parte del mismo, se extinguió. Ox se quedó paralizada, tratando de entender lo que había sucedido. Ni una voluta de humo restaba en el lugar donde antes se alzaran aquellas llamas.

«No es que se haya extinguido, es que nunca estuvo aquí».

La joven se giró de inmediato, tratando de contener su entusiasmo. Sin perder un instante más, traspasó las ruinas del cuartel y llegó hasta el cuerpo de Fidias, arrodillándose a su vera. El joven tenía la parte derecha de su cuerpo atrapada bajo el peso de dos pisos de roca viva, que no le habían llegado a aplastar por la mera casualidad del ángulo en el que los bloques se habían amontonado. Si bien no se encontraba lastimado de gravedad, nadie podría sacarlo de ahí abajo sin causarle, de hecho, la muerte más dolorosa.

—Yo te salvaré esta vez, asesino —sonrió ella, tratando de mitigar el frenético estado de nerviosismo que la aquejaba.

La Ah'Ree inhaló oxígeno profundamente para serenarse, ignorando la paradoja de que, de hecho, aquello no estaba sucediendo realmente.

Abrió los ojos con determinación y contempló las rocas. Pero esta vez no trataba de verlas tan solo a ellas, sino de inventariar todo el espacio que las rodeaba. Lentamente, como había sucedido con el fuego, atisbó la urdimbre que conformaba cada uno de aquellos espacios. La materia se subdividió ante su mirada, sin perder su composición actual, pero mostrando cada una de sus facetas. Cuarzo, feldespato, mica. Algo de circón y apatito.

«Necesito más».

Sílice. Potasio. Oxígeno. Redes cristalinas. Celdas cristalinas en paralelepípedos.

«No es suficiente».

Ox frunció el ceño, sintiendo cómo la materia vibraba a su alrededor. Su mente trataba de abarcar cada una de las piezas que la rodeaban, pugnando por descifrar lo que las hacía ser lo que eran. Su composición era tan rica y abundante que sentía cómo la desbordaba. Las conexiones entre un bloque y otro parecían universos en sí mismos, ante sus ojos. Las uniones entre los diferentes espacios que cohabitaban en sus distintas dimensiones parecían, en su infinitud, inabarcables.

«Así no. Me estoy perdiendo».

Pensó, asustada. Un temor irracional trataba de apoderarse de ella. Demasiada información para una sola mente. No sería capaz de comprenderla.

«¡No!»

—¡¿Cuál es el espacio en el que el edificio no se derrumba, maldita sea?! —se preguntó, gritando, golpeando el suelo con su puño, de pura frustración.

La realidad se combó y distorsionó a su alrededor. Una sucesión de planos de existencia comenzó a aparecer y desaparecer delante suya, sucediéndose unos a otros sin descanso ni tregua. Surgían y se desvanecían ante sus ojos, mostrándole cada una de las realidades de aquel espacio, en el tiempo que tardaba en pestañear. No podía, sino era de pasada, observar claramente ninguno, intuyendo más que

reconociendo, formas vagas y difusas que se solapaban unas con otras.

Se sintió desfallecer. Las imágenes se sucedían sin parar, y cada vez más deprisa. Había demasiadas posibilidades, demasiadas dimensiones que investigar.

«Basta»

Languideció. Estaba cayendo por un precipicio del que no se veía capaz de salir. Las fuerzas comenzaban a abandonarla, y su mente cada vez se encontraba más saturada y distendida, alargada hacia el infinito, estirada. Pronto no sería capaz de regresar, ni siquiera a su propio plano.

«Valena. Detente» —escuchó a su lado.

Súbitamente abrió los ojos, para descubrir que aquella locura se había detenido. Miró hacia todas partes, buscando el origen de aquella voz, pero no vio a nadie. Conocía aquel timbre, aunque parecía distinto.

Tras unos instantes de perplejidad, Ox se dio cuenta de que se encontraba justamente donde había deseado estar, desde el principio. Alrededor suya, el cuartel de Eurm Bales se levantaba tan espléndido como siempre hubiera sido. No existía ni rastro del derrumbe, y ni tan siquiera se veía atravesado por la enorme grieta que cruzaba Phontos.

—Éste es el espacio en el que el edificio nunca se derrumbó —suspiró, satisfecha.

Repentinamente agotada, sintió que sus escasas fuerzas la abandonaban. Cayó irremediablemente de espaldas y despertó dentro de su cuerpo físico, azotada esta vez por el peor de los dolores de reentrada que jamás había vivido.

Gritó y convulsionó mientras trataba de tomar el control de sus extremidades. Sus miembros de retorcían y sentía cómo sus propias articulaciones le estrangulaban. La sangre trataba de fluir por un cuerpo frío que se resistía a su control.

—Eh, eh, chica. ¿Te encuentras bien? —preguntó la descarada voz de Ivory.

Ox se obligó a calmarse y tomó unos instantes para recuperarse sin ejercer lucha alguna, mientras trataba de regular el ritmo de su respiración descompasada. Cuando finalmente consiguió cierto control sobre su cuerpo, se incorporó a duras penas y se permitió contemplar lo que la rodeaba.

Para su alivio, el fuerte se encontraba en pie, intacto e impoluto. No había ni rastro del derrumbe, ni de nada que se le pareciese. Se encontraba, de hecho, más ordenado e iluminado que como lo recordaba y hasta juraría que alguno de los objetos que veía, antes no estaban ahí.

—Fidias, Natha —consiguió vocalizar.

—La niña vive. El aprendiz de matón también —respondió la asesina, junto a ella.

Fidias la observaba como si hubiese visto a un fantasma. Seguía en el mismo lugar que lo había dejado, y su carne mostraba cada golpe que había recibido por el aplastamiento. Ox lo vio incorporarse con dificultad, cojeando y con la ropa destrozada, y arrastrarse hasta llegar a su lado, lugar en el que volvió a dejarse caer.

—Juraría que este maldito edificio se nos había venido encima —resopló él.

—No sé —respondió Ox, sonriendo con cansancio—, quizás te lo hayas imaginado.

—Estoy bastante seguro de que lo hizo —continuó él, señalando su pierna. Tenía heridas bastante feas en los lugares en los que la piedra había cortado la carne. Afortunadamente no parecía tener nada roto.

—¿Y cómo podría ser eso? No exageres. Estarías muerto, asesino.

—Puede ser teniéndote a ti cerca, supongo —arguyó él.

—Qué cosas me dices... —la joven se retorció sobre sí misma, mostrando una mueca de dolor.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Fidias, con preocupación.

—Se me pasará —respondió la joven, si bien se estaba empezando a poner nerviosa. El malestar jamás había durado tanto, ni había sido tan fuerte.

—Tenemos que sacarla de aquí —anunció Fidias, al notar que ella mentía.

—¿Y dónde la llevamos? El hospital más cercano creo es el de «Villa destruida». El siguiente es el «Pasto de llamas»—bromeó Ivory.

—No puedes evitarlo ni siquiera ahora, ¿verdad? —masculló Fidias, tratando de incorporarse.

—Ahora menos que nunca. En serio, tienes que proteger a esta bruja. Vale su peso en oro —rio la asesina.

—No es una bruja. Y por cierto que acaba de salvar ese culito respingón tuyo, para que lo lleves por ahí a causar problemas —refunfuñó él.

Ox se arrastró hasta Natha y acarició su suave rostro. Seguía respirando, que era lo importante, pero llevaba mucho tiempo inconsciente y ello le preocupaba. Si volvía a encontrarse con Botas y tenía que entregarle a una hija muerta, jamás se lo perdonaría.

El suelo vibraba bajo sus pies, pero en mucha menor intensidad que antes. La joven tenía la impresión de que aquella falla que había partido la ciudad por la mitad había sido el fin de fiestas.

Esperaba y deseaba que, a partir de ahora, el terremoto comenzase a remitir.

Fidias se acercó a ella y la levantó en brazos, pese a sus quejas. Si

bien el joven caminaba con dificultad, ella no podía hacerlo en absoluto. Todavía no.

El vapuleado grupo cruzó las cámaras del cuartel, sorteando cuerpos caídos que habían sido claramente aplastados, y cruzando entre ciudadanos supervivientes que, anonadados, observaban a su alrededor sin dar crédito a lo que veían. Se dirigían hacia la puerta de entrada, pues ya no era posible otra ruta, a esas alturas. De todos modos, nadie les prestaba la más mínima atención.

—¿Habéis visto esto? Salid, salid —escuchó decir Fidias a un hombre, llamando a otros dos conocidos suyos.

—¡Inaudito! —escuchó a otro, unos metros más allá.

—¿Y dices que viste cómo sucedió? —exclamaba una mujer.

—Como lo oyes. Ese mismo arco se partió ante mis ojos, y míralo ahora —respondió otra, señalando una arquería de medio punto de tipo militar—. Tieso como él solo.

Fidias, que aguantaba como podía a Ox entre sus brazos, lidiando con sus propias dificultades para avanzar, tardó un buen rato en llegar al portón, en el que se congregaba una pequeña multitud. Ivory le esperaba ahí, observando a su alrededor, sin dejar de proferir exclamaciones de asombro.

—Fíjate en eso —rio ella al verlo llegar, dando saltitos, sin misericordia hacia la niña que cargaba a las espaldas como una mochila.

Y todas aquellas loas que había venido escuchando le parecieron pocas. Cuando el joven llegó al exterior tampoco pudo creer lo que veían sus ojos. Una ráfaga de brisa nocturna refrescó su rostro y meció su enmarañado y chamuscado cabello rubio.

—Por todos los... —comenzó a decir Fidias. No pudo terminar la frase, y fue incapaz de contener las lágrimas de emoción que acudían a sus ojos.

Los incendios se habían apagado. A su alrededor, todos los edificios hasta donde su vista alcanzaba se encontraban en pie, majestuosos e impertérritos a la hecatombe.

Los carillones colgaban de las ventanas tintineando con el viento de montaña de Phontos. Las terrazas exhibían sus estandartes, y de los balcones colgaban las ropas de las coladas del día anterior, dispuestas para secarse. Los carros en la calle se encontraban en pie, aparcados donde sus dueños los habían dejado. Los utensilios que colgaban de puertas y ventanas ni siquiera se habían inclinado. Ni un solo vidrio se encontraba roto o mellado. En los jardines, las petunias y las siemprevivas crecían en todo su esplendor, y se podían ver los letreros de los comercios pender de los marcos, exhibiendo su mensaje de «cerrado».

Fidias, anonadado, bajó la mirada para observar a la

empequeñecida joven que sostenía entre sus brazos con sumo cuidado. Un tremendo respeto se apoderó de él, y aun un escalofrío de temor recorrió su espina dorsal, al contemplarla. La joven se retorció y tiritó entre sus brazos.

—Tengo frio —dijo, simplemente, arrebujándose en los maltrechos jirones de su ropa, y cerrando los ojos—. Tengo ganas de dormir.

Fidias se recostó junto a la pared, tan asombrado como exhausto, rendido totalmente ante las poderosas fuerzas que le rodeaban. Quién era él, al fin y al cabo, para cuestionar poderes tan altos como aquellos.

Epílogo

Abrió los ojos y tomó una bocanada de aire. Los pulmones le quemaban al sorber aquel oxígeno enrarecido con los vapores del metal fundido. Tosió.

Tras una rápida ojeada a su alrededor, comprobó que no le quedaba mucho tiempo. La colisión había dañado el anclaje de la cabina y el suministro de energía se había detenido. Con dificultad, palpó el panel de su izquierda sin obtener respuesta.

Tiró de su cuerpo aplastado por varias toneladas de aleación de titanio y aluminio, notando cómo se le partían varios huesos en el proceso. Chilló. No tenía a mano anestésicos, y aquella era la única manera de salir con vida.

Gruñendo, arrastró lo que quedaba de ella sin misericordia a través de un amasijo de metal ardiente. Podía oler el incendio y sentir el calor extremo mientras avanzaba.

Un cuerpo parcialmente quemado yacía en el pasillo presa de las llamas, sus manos sosteniendo todavía un estabilizador auxiliar manual. Aunque no había llegado a tiempo, lo había entregado todo.

—Traw —le llamó, buscando en él resquicios de vida.

No respondió.

Gimiendo, consiguió ignorar el horrible dolor y apoyar su peso sobre una de sus piernas. Con extremo esfuerzo, pasó el brazo de su compañero por su hombro y lo levantó. Si el fuego había llegado hasta ellos, significaba que estaría a punto de alcanzar el reactor de Gei.

Se tambaleó hacia la escotilla y una vez allí hubo de detenerse para tomar resuello.

—¡Salid! ¡Va a explotar! —gritó, con la esperanza de que alguien pudiera escucharla. No podía hacer nada más por ellos.

Se agarró a las escalerillas manuales mientras sentía los peldaños al rojo vivo lacerar su piel. Accionó la palanca analógica, por vez primera quizás desde que fue construida y gritó por el esfuerzo de moverla. Las llamas los rodeaban. Notó las hebras de su cabello comenzar a fundirse y sisear. Estaban al límite.

La escotilla chirrió con demasiada insistencia antes de ceder. El oxígeno exterior entró raudo y avivó el incendio creando una gran llamarada que se elevó hacia el cielo, mientras escapaban del habitáculo.

Jadeó. La atmósfera era respirable. No solo respirable. Era deliciosa. El aire limpio nutría sus pulmones mientras se arrastraba, y arrastraba a su compañero a través del cráter que había creado el impacto. Media montaña había sido levantada del mismo golpe, y

varias hectáreas de vegetación yacían calcinadas.

Apenas pudo alejarse lo suficiente para evitar la onda expansiva de la explosión del reactor cuando ésta se produjo, y ambos fueron separados, lanzados sin misericordia contra las afiladas rocas de la cordillera.

Durante unos minutos, la explosión reverberó en las soledades del paisaje, devolviendo ecos que rebotaban en los valles y regresaban en una cadencia rítmica, amortiguados.

Cuando el silencio regresó, ella buscó a su compañero. Lo que quedaba de él era tan solo medio cuerpo y un brazo, pero había recuperado la consciencia y ahora la observaba con los ojos desencajados.

—Xyàn —la llamó—. Ayúdame.

—No sé si voy a poder. Debes prepararte —respondió ella, al tiempo que buscaba algo en su traje.

—Pero no puedo morir. No ahora —se lamentó.

Ella sacó un objeto alargado y fino de uno de los bolsillos.

—Tiene mi secuencia genética. No te va a servir —anunció ella, apretando los dientes.

—Puede que sí. Al menos... déjame intentarlo —suplicó el caído.

—Si funciona, quedaremos tullidos los dos —maldijo ella.

—¡Lo necesito! —bramó él, con un lamento que retumbó en todo el valle.

Ella torció el gesto y clavó el objeto en el pecho de su compañero, sosteniéndolo unos segundos antes de sacarlo.

—40% de carga —anunció, antes de hacer lo propio en su propio pecho y dejarse caer.

La bóveda celeste se levantaba sobre ella, regia y expectante, y una miríada de estrellas conocidas se agrupaban en curiosos dibujos.

—¿Estás vivo? —preguntó, sin dejar de observar el cielo nocturno —. Fíjate en esas constelaciones.

—Todavía respiro, gracias a ti —respondió su compañero—. Y sí, es fantástico poder ver las estrellas una vez más.

Respiraba mejor. Probablemente las costillas rotas ya se habían soldado, permitiendo a los tejidos de sus pulmones comenzar a regenerarse. Podía mover las piernas y aparentemente apoyarse en ellas, con lo cual optó por incorporarse.

—No lo has rechazado —comentó ella al ver cómo la piel de su compañero se liberaba de las costras calcinadas poco a poco. El muñón de su pierna izquierda ya estaba creando tejido sano.

—Te dije que necesitaba vivir. Debes tener un poco de fe —adujo él.

—Aun así, no será completo, y lo sabes.

—No importa. Puedo aguantar hasta que volvamos.

Ella le miró con sorna.

—¿Hasta que volvamos? ¿Hablas en serio? Sabes muy bien dónde nos encontramos. Y ya nunca podremos volver.

—Eso nunca se sabe. Al menos nosotros hemos sobrevivido. Podremos ayudarles.

—No sé por qué te seguí hasta aquí —rezongó ella.

—Porque ignorar los problemas jamás ha solucionado nada. Y porque al final seremos los últimos, si seguimos sentándonos a observar.

—Lo sé, lo sé. Ya escuché ese discurso antes.

—Entonces levántate y ve a inspeccionar.

Ella obedeció sin rechistar. Había visto en la distancia un halo rojo inconfundible cuando escapaba, y decidió dirigirse hacia él.

Todavía tambaleándose debido a la inestabilidad de sus huesos, sorteó el repecho de una ladera ascendente que la condujo hasta un precipicio. Desde su posición ventajosa en lo alto de una altísima montaña, podía contemplar el paisaje entero de una gigantesca cordillera y sus depresiones hasta donde la vista alcanzaba. Una gigantesca ciudad se levantaba en el extremo de un cañón, una ciudad sacudida por un violento cataclismo. Los fuegos que se elevaban desde sus edificios mostraban la imagen de los últimos momentos de la urbe. Estaba demasiado lejos como para escuchar los gritos, pero rápidamente supo que la pérdida de vidas sería incontable.

Apretó los puños con fuerza hasta que sintió que iban a romperse. Un temblor gélido recorrió de arriba abajo todo su sistema nervioso.

—Hemos llegado tarde —susurró, sobrecogida.